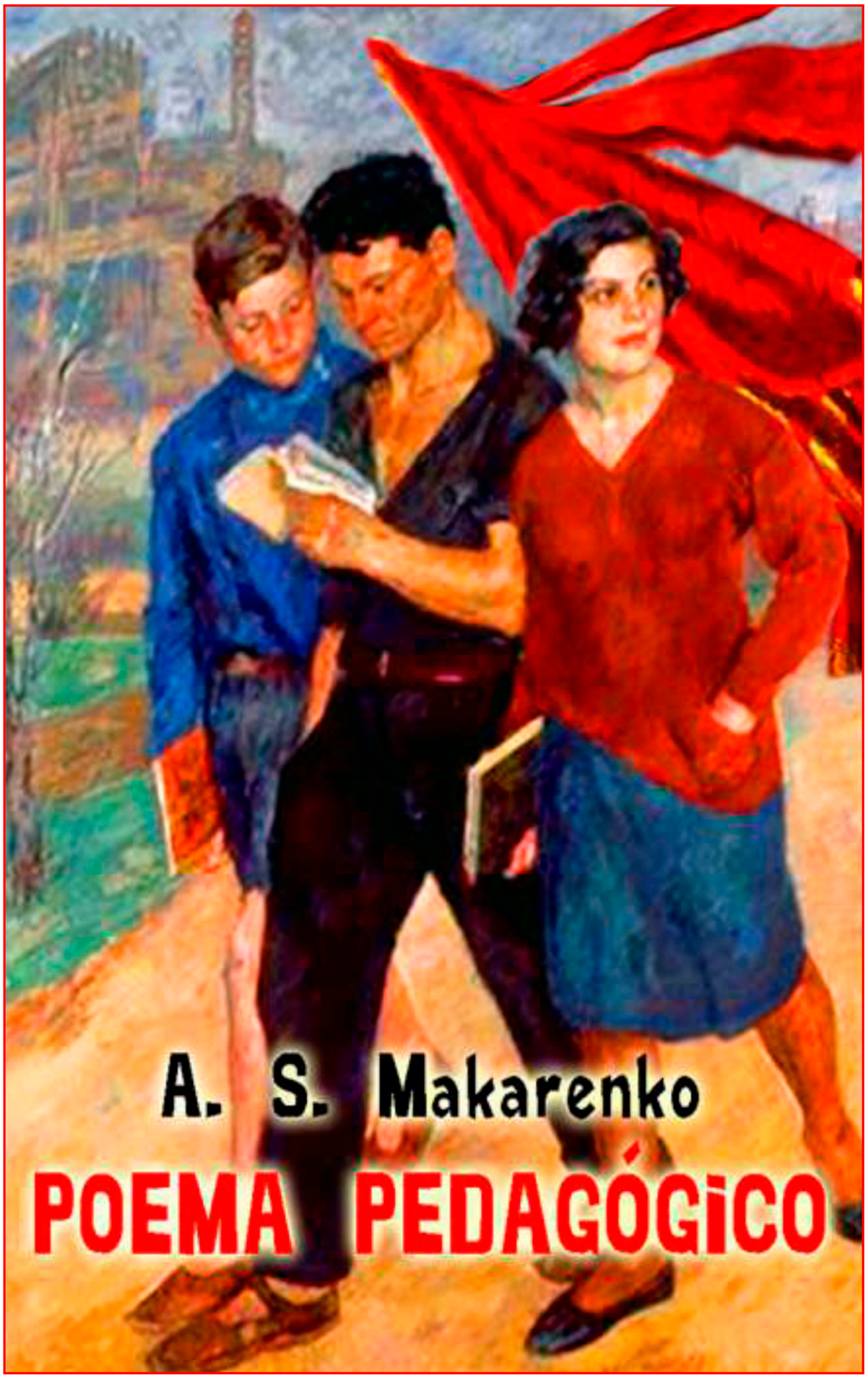

A. S. Makarenko
POEMA PEDAGÓGICO

Presentación

Antón Makarenko (1888-1939) fue un pedagogo ruso de métodos novedosos, cuya vida laboral estuvo marcada por la política revolucionaria que acabó con el régimen zarista de su país.

Entre sus diversas obras destaca éste *Poema pedagógico* que escribió entre 1925 y 1935. En esta autobiografía narra, de forma novelada, su experiencia como profesor de una escuela para delincuentes juveniles y sus intentos de crear nuevos métodos educativos avanzados para la época.

Logró que chiquillos tildados de ladrones llegasen a formar parte de la élite intelectual del país.

Créditos

Edición: Editorial Progreso
Moscú. 1975
ISBN: 978-84-7600-055-7

Edición Digital: Carretero

Poema pedagógico

Anton Makarenko

Dedicatoria

A Máximo Gorki,

Nuestro padrino, amigo y maestro.

Con devoción y cariño

LIBRO PRIMERO

CONVERSACIÓN CON EL DELEGADO PROVINCIAL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

En septiembre de 1920 me llamó el delegado provincial de Instrucción Pública.

- Escúchame, hermano -me dijo-, he oído que andas chillando por ahí... porque han instalado tu escuela de trabajo... en el local del Consejo Provincial de Economía.

- ¿Cómo no voy a chillar? La cosa no es para chillar solamente: es para aullar. ¿Qué escuela de trabajo es ésa? Toda ahumada, sucia... ¿Acaso se parece eso a una escuela? (1)

- Sí... Para tu gusto, haría falta construir un edificio nuevo, colocar nuevos pupitres, y entonces tú te dedicarías a la enseñanza. El quid no está, hermano, en los edificios; lo importante es educar al hombre nuevo, pero vosotros, los pedagogos, no hacéis más que sabotearlo todo: el edificio no os gusta y las mesas no son como deben ser. Os falta eso... ¿sabes qué?.. El fuego revolucionario. ¡Necesitáis la raya en los pantalones!

- ¡Yo no llevo raya en los pantalones!

- Bueno, tú no la llevas... ¡Intelectuales asquerosos! No hago más que buscar y rebuscar... La cosa tiene mucha importancia. ¡Hay tantos ladronzuelos de ésos, que es imposible ir por la calle! Además, ya se meten en las casas. Me dicen que éste es un asunto nuestro, de Instrucción Pública... ¿Qué te parece?

- ¿Qué va a parecerme?

- Pues eso, precisamente, que no quiere nadie: que todos se defienden con uñas y dientes, que todos dicen: Nos degollarán. Naturalmente, os gustaría tener un despachito, libros. . . ¡Tú te has puesto hasta gafas!...

Me eché a reír:

- ¡Vaya, también las gafas le molestan!

- Es lo que yo digo: que sólo queréis leer. Pero, si se os da un ser vivo, entonces salís con ésas: Me degollará. ¡Intelectuales!

El delegado provincial de Instrucción Pública me acribillaba enojado con sus pequeños ojos negros, y, bajo los bigotes a lo Nietzsche, su boca expelía insultos contra toda nuestra casta pedagógica. Pero este delegado provincial de Instrucción Pública no tenía razón...

(1) .- Se alude a la escuela que Antón Makárenko dirigía en Poltava. La escuela no tenía local propio y las clases se daban en el edificio del Consejo Provincial de Economía.

- Usted escúcheme...

- ¡Qué "escúcheme" ni qué "escúcheme"! ¿Qué puedes decirme? Me dirás: ¡si fuera esto como en Norteamérica! Hace poco leí un librito acerca de eso... Alguien me lo dio intencionadamente. Reformadores... O, ¿cómo es? Espera... ¡Ah! Reformatorios. Pero eso no existe todavía en nuestro país.

- No, usted escúcheme.

- Bien, le escucho.

- También antes de la Revolución se hacía entrar en vereda a esos vagabundos. Entonces había colonias de delincuentes menores de edad...

- Esto no es lo mismo, ¿sabes?... Lo de antes no sirve.

- Precisamente. Y esto quiere decir que el hombre nuevo debe ser forjado de un modo nuevo.

- De un modo nuevo; en eso tienes razón. Pero nadie sabe cómo... ¿Y tú lo sabes?

- Yo tampoco.

- Pues yo tengo en la delegación provincial de Instrucción Pública gente que sabe...

- Sin embargo, no quieren poner manos a la obra...

- No quieren los infames; en eso tienes razón...

- Y, si yo me pongo a ello, me harán imposible la vida. Haga lo que haga, dirán que no es así.

- Estás en lo justo; lo dirán esos sinvergüenzas.

- Y usted les creerá a ellos y no a mí.

- No les creeré. Les diré: debíais haberlo hecho vosotros mismos.

- Bueno; ¿y si, en realidad, me armo un lío?

El delegado provincial de Instrucción Pública dio un puñetazo sobre la mesa.

- Pero, ¿por qué vas a armarte un lío?... Bien, pues te armas un lío. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Acaso yo no lo comprendo o qué? Ármate todos los líos que quieras, pero hay que obrar.

Después veremos. Lo más importante es ¿sabes?... no una colonia de menores, sino una escuela de educación social. ¡Necesitamos, ¿comprendes?, forjar un hombre nuestro! Y tú eres quien debe hacerlo. De cualquier forma, todos tenemos que aprender. Y, por lo tanto, tú también aprenderás. Me gusta que me hayas dicho francamente: no sé. Eso está bien.

- ¿Y sitio hay? Porque, a pesar de todo, hacen falta edificios.

- Hay sitio, hermano. Un sitio magnífico. Precisamente allí había antes una colonia de menores.

No está lejos, a unas seis verstas. Se está bien allí. Hay bosque, campo... Podrás criar vacas...

- ¿Y gente?

- ¿Gente?... En seguida la saco del bolsillo. ¿Tal vez necesitas también un automóvil?

- ¿Dinero?...

- Dinero hay. Toma.

De un cajón de la mesa sacó un paquete.

- Ciento cincuenta millones.(2) Para toda clase de gastos de organización. Reparaciones, los muebles que precises - ¿Y para las vacas?

- Para las vacas tendrás que esperar; allí no hay cristales. Y luego haces el presupuesto para un año.

- No está bien así. Sería mejor ver antes el sitio.

- Yo lo he visto ya. ¿Es que tú vas a ver mejor que yo? Ve. No hay más que hablar.

- Bien, de acuerdo, -asentí aliviado, porque en aquel momento no había nada más terrible para mí que las habitaciones del Consejo Provincial de Economía.

- ¡Eres un valiente! -resumió el delegado provincial de Instrucción Pública-. ¡Manos a la obra!

¡La causa es sagrada!

(2) .- Moneda en curso en 1920.

PRINCIPIO SIN GLORIA DE LA COLONIA GORKI

A seis kilómetros de Poltava, sobre unas colinas arenosas, extendíase un bosque de pinos como de doscientas hectáreas, y por el lindero del bosque corría la carretera de Járkov, en la que brillaban, monótonos y pulcros, los guijarros.

En el bosque había un prado de unas cuarenta hectáreas. En uno de sus ángulos se alzaban cinco cajas geométricas de ladrillos, que constituían todas juntas un cuadrilátero perfecto.

Ésta era la nueva colonia para menores.

La plazoleta arenosa del patio descendía hacia el extenso claro del bosque, hacia los juncos de un pequeño lago, en cuya orilla opuesta se hallaban las cercas y las jatas de un caserío de kulaks.(3) Más allá del caserío se perfilaba en el cielo una hilera de viejos abedules y dos o tres tejados de bálago. Eso era todo.

Antes de la Revolución, aquí había una colonia de menores. En 1917 la colonia se disolvió, dejando en pos de sí muy pocas huellas pedagógicas. A juzgar por estas huellas, conservadas en unos viejos y rotos cuadernos-diarios, los principales pedagogos eran celadores, probablemente suboficiales retirados, cuyas obligaciones consistían en vigilar cada paso de sus educandos, tanto durante el trabajo como durante el recreo, y en dormir por las noches junto a ellos en la habitación contigua. De lo que contaban los campesinos de la vecindad deduciase que la pedagogía de esos celadores no brillaba por ninguna complicación especial.

Exteriormente se expresaba por un instrumento tan simple como el palo.

(3) .- Casas campesinas en Ucrania.: En la URSS, los campesinos fueron distinguidos según los criterios siguientes: bednyaks, los más pobres, seredniaks, de nivel intermedio, y finalmente los kulaks, quienes poseían más de 3 hectáreas. Los batraks eran los agricultores sin tierra.

Los rastros materiales de la antigua colonia eran todavía más insignificantes. Los vecinos más inmediatos de la colonia habían trasladado y llevado a sus depósitos propios todo lo traducible a unidades materiales: los talleres, los almacenes, los muebles. Entre otros bienes había sido trasladado también hasta el huerto de árboles frutales. Sin embargo, nada de toda esta historia recordaba a los vándalos. El huerto no había sido talado, sino excavado y replantado en algún otro lugar; tampoco los cristales de las casas habían sido rotos, sino sacados con precaución; las puertas, no arrancadas por ningún hacha colérica, habían sido cuidadosamente desprendidas de sus goznes y los hornos desmontados ladrillo a ladrillo. Sólo el aparador, en el antiguo domicilio del director, permanecía en su sitio.

- ¿Por qué sigue aquí el armario? -pregunté a un vecino, Luká Semiónovich Verjola, que había venido desde el caserío para ver a los nuevos amos.

- Pues porque, como usted ve, puede decirse que este armario no sirve para nuestra gente.

Usted mismo juzgará que no vale la pena de desmontarlo. En las jatas no entrará, tanto por lo alto como por lo ancho...

En los rincones de los cobertizos se amontonaba la chatarra, pero no había cosas útiles.

Siguiendo las huellas recientes, conseguí recuperar algunos objetos de valor, sustraídos en los últimos días. Eran una vieja sembradora corriente, ocho bancos de carpintería, que apenas se tenían en pie, un caballo merino de treinta años de edad, que en otros tiempos fuera kirguís, y una campana de cobre.

En la colonia encontré ya a Kalina Ivánovich, el administrador. Me acogió con esta pregunta:

- ¿Usted es el encargado de la parte pedagógica?

Pronto reparé en que Kalina Ivánovich hablaba con acento ucraniano, aunque no reconocía la lengua ucraniana como una cuestión de principio. En su léxico abundaban las palabras ucranianas, y siempre pronunciaba la letra "g" al modo meridional. Pero yo no sé por qué en la palabra "pedagógica" acentuaba con tanta fuerza esa literaria "g" rusa, que en él resultaba hasta exagerada.

- ¿Usted es el encargado de la parte pedagógica?

- ¿Por qué? Yo soy el director de la colonia...

- No -objetó quitándose la pipa de la boca-. Usted será el encargado de la parte pedagógica y yo el encargado de la administración.

Imaginaos el Pan de Vrúbel, ya completamente calvo, sólo con un resto de pelo sobre las orejas.(4) Afeitad a este Pan la barba y cortadle los bigotes como a un arcipreste. Ponedle una pipa entre los dientes. Y ya no será Pan, sino Kalina Ivánovich Serdiuk. Era un hombre extraordinariamente complicado para un trabajo tan simple como la administración de una colonia infantil. Tenía a sus espaldas, por lo menos, cincuenta años de diferente actividad.

(4) .- El autor se refiere a Pan, dios mitológico de los rebaños y protector de la naturaleza, que inspiró el conocido cuadro de M. Vrúbel (1856-1910).

Pero únicamente dos épocas constituían su orgullo: en su juventud había sido húsar del regimiento de Kexholm de guardias de corps de Su Majestad y en el año 18, durante la ofensiva de los alemanes, había dirigido la evacuación de la ciudad de Mírgorod.

Kalina Ivánovich fue el primer objeto de mi actividad pedagógica. Era una gran dificultad para mí su abundancia en las convicciones más diversas. Con el mismo placer denostaba contra los burgueses, los bolcheviques, los rusos, los hebreos, nuestro desaliño y la meticulosidad alemana. Pero sus ojos azules brillaban con tanto amor a la vida, era tan sensible y dinámico, que no escatimé para él una pequeña cantidad de energía pedagógica. Y comencé a educarle desde el primer día, desde nuestra primera conversación: - ¿Cómo es posible, camarada Serdiuk, que la colonia no tenga director? Alguien debe responder de todo.

Kalina Ivánovich se quitó otra vez la pipa y se inclinó cortésmente hacia mi rostro:

- Entonces ¿usted desea ser el director de la colonia? ¿Y que yo sea, en cierto modo, su subordinado?

- No, eso no es obligatorio. Si usted quiere, yo seré su subordinado.

- Yo no he estudiado pedagogía y lo que no me incumbe, no me incumbe. Usted es joven aún, y quiere que yo, un viejo, sea el chico de los recados. Esto tampoco está bien. Sin embargo, para ser el director de la colonia me falta cultura, y además, ¿qué necesidad tengo?...

Kalina Ivánovich se apartó con enojo de mí. Se había disgustado. Anduvo triste todo el día, y al anochecer se presentó en mi cuarto ya completamente abatido.

- Aquí le he puesto una camita y una mesilla. Lo que he podido encontrar...

- Gracias.

- No hago más que pensar qué vamos a hacer con esta colonia. Y he decidido que, naturalmente, vale más que sea usted el director de la colonia y yo una especie de subordinado suyo.

- No regañaremos, Kalina Ivánovich.

- También yo lo creo así. La cosa no es tan difícil, y nosotros cumpliremos nuestro deber. Y usted, como hombre culto, será un especie de director de la colonia.

Nos pusimos a trabajar. Con ayuda de palos conseguimos levantar el viejo caballo de treinta años. Kalina Ivánovich se encaramó a algo semejante a una carreta, amablemente cedida por un vecino, y todo este sistema puso rumbo a la ciudad a una velocidad de dos kilómetros por hora. Comenzaba el período de organización.

Para este período había sido planteada una tarea muy en su punto: la concentración de los valores materiales imprescindibles para la educación del hombre nuevo. Por espacio de dos meses, Kalina Ivánovich y yo nos pasamos días enteros en la ciudad. Kalina Ivánovich iba en coche y yo a pie. El creía que ir a pie rebajaba su dignidad, y a mí me era imposible resignarme con el ritmo que podía proporcionar el caballo ex kirguís.

En el transcurso de dos meses logramos, con ayuda de los especialistas rurales, poner más o menos en orden uno de los cuarteles de la antigua colonia: colocamos cristales, reparamos las estufas, pusimos puertas nuevas. En el dominio de la política

exterior obtuvimos un solo éxito, aunque, en cambio, verdaderamente notable: a fuerza de solicitudes logramos de la Comisión de Abastecimiento del Primer Ejército de Reserva ciento cincuenta puds de harina de centeno.

Pero no tuvimos la suerte de poder concentrar otros valores materiales.

Comparando todo eso con mis ideales en el terreno de la cultura material, vi que, aunque tuviera cien veces más, me faltaría tanto como ahora para llegar al ideal. A consecuencia de ello tuve que declarar terminado el período de organización. Kalina Ivánovich aprobó mi punto de vista:

- ¿Y qué podemos reunir, si ellos, los parásitos, se dedican a hacer encendedores? Han arruinado al pueblo y ahora dicen: Organízate como puedas. Tendremos que hacer lo mismo que Ilyá Múromets... (5)

- ¿Lo mismo que Ilyá Múromets?

- Sí. Hubo en otro tiempo un Ilyá Múromets, tal vez tú lo sepas, y los parásitos ésos han declarado que era un paladín. Pero yo considero que no era más que un pobretón y un vago.

En verano, ¿comprendes?, viajaba en trineo...

- Pues bien: seremos como Ilyá Múromets. Después de todo, eso no es tan malo. ¿Y dónde está el bandido Solovéi? (6)

- Bandidos, hermano, hay todos los que quieras...

Llegaron a la colonia dos educadoras: Ekaterina Grigórievna y Lidia Petrovna. En mis búsquedas de pedagogos, yo había llegado casi a la desesperación completa; nadie quería consagrarse a la educación del hombre nuevo en nuestro bosque, porque todo el mundo temía a los golfos y nadie confiaba en el fausto final de nuestra empresa. Y sólo en una conferencia de maestros rurales, en la que me vi obligado a hacer uso de la palabra, encontré a dos personas vivas. Me alegró que fueran mujeres. Yo creía que la ennoblecedora influencia femenina completaría afortunadamente nuestro conjunto de fuerzas.

Lidia Petrovna era todavía muy joven, una chiquilla. Acababa de salir del liceo, y aún no había perdido la costumbre de los cuidados maternos. El delegado provincial de Instrucción Pública me preguntó al firmar su nombramiento:

- ¿Para qué quieres a esa muchachita? Si no sabe nada...

- Así la he buscado precisamente. De vez en cuando se me ocurre que los conocimientos no tienen ahora tanta importancia. Esta Lídochka es un ser purísimo, y yo cuento con ella como con una especie de vacuna.

- ¿No te pasarás de listo? En fin, de acuerdo...

En cambio, Ekaterina Grigórievna era un experto lobo pedagógico. No había nacido mucho antes que Lídochka, pero Lídochka se reclinaba en su hombro igual que una niña junto a su madre. En el rostro serio y hermoso de Ekaterina Grigórievna resaltaban unas cejas negras, casi varoniles.

(5) .- Héroe de los poemas épicos rusos.

(6) .- Fabuloso bandido al que venció Ilyá Múromets.

Sabía llevar con aseo subrayado vestidos que conservaba por verdadero milagro y Kalina Ivánovich, al conocerla, se expresó acertadamente: - Con una mujer así hay que tener mucho cuidado...

En fin, todo estaba dispuesto.

El 4 de diciembre llegaron a la colonia los primeros seis educandos y me hicieron entrega de un sobre fabuloso, sellado con cinco enormes lacres... Este sobre contenía sus expedientes.

Cuatro eran enviados a la colonia por asalto a mano armada de una casa y tenían dieciocho años de edad; los otros dos, más jóvenes, eran acusados de robo. Nuestros educandos estaban espléndidamente vestidos: pantalones de montar, botas elegantes. Sus peinados eran de última moda. En ellos no había absolutamente nada de niños abandonados. Los apellidos de estos primeros educandos eran Zadórov, Burún, Vólojov, Bendiuk, Gud y Taraniets.

Los recibimos afablemente. Desde por la mañana se estaba condimentando una comida especialmente sabrosa. La cocinera deslumbraba con su cofia de impoluto blancor. En el dormitorio, mesas engalanadas ocuparon el espacio libre entre las camas. No teníamos manteles, pero sábanas nuevas hicieron con buen éxito sus veces. Aquí se congregaron todos los participantes de la colonia naciente. También acudió Kalina Ivánovich, que, con motivo de la solemnidad, había cambiado la sucia chaqueta gris que vestía a diario por una cazadora de terciopelo verde.

Yo pronuncié un discurso acerca de la nueva vida de trabajo, acerca de la necesidad de olvidar el pasado y marchar adelante y adelante. Los educandos oían mi discurso con poca atención, susurraban algo entre sí, mirando con sonrisas sarcásticas y despreciativas los catres plegables, recubiertos de edredones que no tenían nada de nuevos, y las ventanas y las puertas sin pintar. En pleno discurso, Zadórov dijo de pronto en voz alta a uno de sus camaradas:

- ¡Por culpa tuya nos hemos metido en este lío!

Dedicamos el resto del día a planear nuestra vida futura. Pero los educandos escuchaban con cortés negligencia mis propuestas: sólo querían librarse de mí lo antes posible.

Por la mañana, Lidia Petrovna, toda agitada, vino a mi cuarto y me dijo:

- No sé cómo hablar con ellos... Les digo que hay que ir al lago por agua, y uno de ellos, con el pelo todo planchado, que estaba calzándose, me acerca de repente una bota a la cara y me dice: ¡Mire usted qué botas tan estrechas me ha hecho el zapatero!

Durante los primeros días ni siquiera nos ofendían: simplemente, no reparaban en nuestra presencia. Al anochecer, se iban tranquilamente de la colonia y volvían por la mañana, escuchando con una discreta sonrisa mis reconvenciones, inflamadas por el espíritu de la educación socialista.(7) Una semana más tarde, Bendiuk fue detenido en la colonia por un agente de investigación: se le acusaba de asesinato y robo nocturno. Lídochka, mortalmente asustada por este acontecimiento, lloraba en su habitación y no salía más que para preguntarnos a todos:

- Pero, ¿qué es eso? ¿Cómo ha podido matar?

Ekaterina Grigórievna, sonriendo seriamente, fruncía el entrecejo:

- No sé, Antón Semiónovich; de verdad que no lo sé... Tal vez tengamos que marcharnos sin más ni más... No sé qué tono hay que emplear aquí...

El bosque desierto en torno a nuestra colonia, las cajas vacías de los edificios, los diez catres plegables en lugar de camas, el hacha y la pala como herramientas y la media docena de educandos que negaban categóricamente no sólo nuestra pedagogía, sino la cultura humana íntegra, todo eso, a decir verdad, no se ajustaba en absoluto a nuestra precedente experiencia escolar.

En las largas veladas invernales, la colonia era angustiante. Dos quinqués la alumbraban, uno en el dormitorio y el otro en mi habitación. Las educadoras y Kalina Ivánovich tenían velones, invención de la época de Kii, Schek y Joriv.(8) El cristal de mi quinqué estaba roto por la parte superior, y el resto se hallaba todo ahumado, porque Kalina Ivánovich, al encender su pipa, recurría frecuentemente al fuego de mi lámpara, metiendo para ello medio periódico en el cristal.

Aquel año las nevascas comenzaron pronto, y todo el patio de la colonia se llenó de montones de nieve. No teníamos a nadie para limpiar los senderos. Pedí a los educandos que lo hicieran ellos, y Zadórov me contestó:

- Podemos limpiar los senderos, pero sólo cuando pase el invierno: si no, los limpiaremos nosotros, y otra vez nevará. ¿Comprende?

Sonrió amablemente y se dirigió hacia un camarada, olvidando mi existencia. Zadórov procedía de una familia de intelectuales: se notaba en el acto. Hablaba correctamente, su rostro se distinguía por ese aspecto lustroso que no tienen más que los niños bien alimentados. Vólojov era de otro género; boca ancha, nariz ancha, los ojos muy separados, todo ello acompañado de una particular movilidad de facciones: el rostro de un bandido.

(7) .- Se alude a la sección de Educación Social del Ministerio de Instrucción Pública. La sección dirigía las colonias infantiles. Makárenko se burlaba de los principios idílicos y poco viables de educación que implantaba la sección mencionada.

(8) .- Aquí: tiempos remotos. Kii, Schek y Joriv son los legendarios fundadores de la ciudad de Kíev.

Vólojov llevaba siempre las manos metidas en los bolsillos del pantalón de montar, y ahora se acercó a mí en esa actitud:

- Bueno, ya le hemos contestado...

Salí del dormitorio, transformando mi cólera en una especie de piedra pesada dentro del pecho. Pero era preciso limpiar los senderos, y la cólera petrificada exigía acción. Fui en busca de Kalina Ivánovich: - Vamos a limpiar la nieve.

- ¿Qué dices? ¿Es que yo he venido aquí de peón? ¿Y los ruiseñores-bandidos qué? -dijo, señalando los dormitorios.

- No quieren.

- ¡Ah, parásitos! Bueno, vamos.

Kalina Ivánovich y yo estábamos terminando de limpiar el primer sendero cuando en él aparecieron Vólojov y Taraniets, que iban, como siempre, a la ciudad.

- ¡Eso está bien! -exclamó alegremente Taraniets.

- Hace tiempo que debían haberlo hecho -le sostuvo Vólojov.

Kalina Ivánovich les cerró el paso:

- ¿Qué es eso de que está bien? Tú, canalla, te has negado a trabajar, ¿y piensas que voy a hacerlo yo por ti? Por aquí no pasas, parásito. Métete en la nieve, que, si no, te daré con la pala...

Kalina Ivánovich alzó la pala, pero un segundo después su pala volaba hasta un lejano montón de nieve, su pipa iba a parar a otro lado, y el estupefacto Kalina Ivánovich pudo solamente acompañar con la mirada a los jóvenes y oír cómo le gritaban, ya desde lejos: - ¡Tendrás que ir tú solito en busca de la pala!...

Entre risas se marcharon a la ciudad.

- ¡Me iré al diablo! ¡Yo aquí no trabajo! -exclamó Kalina Ivánovich y se fue a su habitación, dejando abandonada la pala en el montón de nieve.

Nuestra vida se hizo siniestra y angustiosa. Cada noche se oían gritos en la carretera principal de Járkov: - ¡Socorro!

Los aldeanos desvalijados acudían a nosotros y con voces trágicas imploraban nuestra ayuda.

Conseguí del delegado provincial un revólver para defenderme de los caballeros salteadores, pero le oculté la situación en la colonia. Aún no había perdido la esperanza de encontrar la manera de llegar a un acuerdo con los educandos.

Para mí y para mis compañeros, los primeros meses de nuestra colonia no fueron sólo meses de desesperación y de tensión impotente: también fueron meses de busca de la verdad. En toda mi vida había leído yo tanta literatura pedagógica como en el invierno de 1920.

Esto ocurría en la época de Wrángel y de la guerra contra Polonia. Wrángel andaba por allí cerca, alrededor de Novomírgorod; muy próximos a nosotros, en Cherkasy, combatían los polacos; toda Ucrania estaba plagada de batkos; mucha gente a nuestro alrededor se hallaba fascinada por las bandas de Petliura. (9) Pero nosotros, en nuestro bosque, con la cabeza entre las manos, tratábamos de olvidar el fragor de los grandes acontecimientos y leíamos libros de pedagogía.

El fruto principal que yo obtenía de mis lecturas era una firme y honda convicción de que no poseía ninguna ciencia ni ninguna teoría, de que era preciso deducir la teoría de todo el conjunto de fenómenos reales que transcurrían ante mis ojos. Al principio, yo ni siquiera lo comprendía, pero veía, simplemente, que no necesitaba fórmulas librescas, que, de todas suertes, no podría aplicar a mi trabajo, sino un análisis inmediato y una acción también inmediata.

Con todo mi ser sentía que debía apresurarme, que era imposible esperar ni un solo día más.

La colonia estaba adquiriendo crecientemente el carácter de una cueva de bandidos. En la actitud de los educandos frente a los educadores se incrementaba más y más el tono permanente de burla y de granujería. Ya habían empezado a referir anécdotas escabrosas en presencia de las educadoras, exigían groseramente la comida, arrojaban los platos por el aire, jugaban de manera ostensible con sus navajas y, chanceándose, inquirían los bienes que poseía cada uno.

- Siempre puede ser útil... ¡en un momento de apuro!

Se negaban resueltamente a cortar leña para las estufas y un día destrozaron, en presencia de Kalina Ivánovich, el tejado de madera del cobertizo. Lo hicieron entre risas y bromas: - ¡Para lo que vamos a vivir aquí nos basta!

Kalina Ivánovich desprendía millones de chispas de su pipa y hacía gestos de desesperación:

(9) .- Jefes guerrilleros en Ucrania. Simón Vasílievich Petliura (Poltava, 1877 - París, 1926) Político ucraniano. Representante de una Ucrania Independiente... de la URSS se entiende, pues se alía con el polaco Pilsudski en 1920. Lucha contra los bolcheviques hasta que los polacos son expulsados de Ucrania y se refugia en París. Cabe agregar que no impidió los pogroms perpetrados por sus fuerzas armadas que significaron el asesinato de miles de judíos, razón por la que Shalom Schwartzbard lo mató en París el 26 de mayo de 1926.

- ¿Qué vas a decirles a esos parásitos? ¡Gomosos indecentes! ¿Y de dónde habrán sacado que se puede destrozar las dependencias? Por una cosa así habría que meter en la cárcel a sus padres. ¡Parásitos!

Y sucedió que no pude mantenerme más tiempo en la cuerda pedagógica.

Una mañana de invierno pedí a Zadórov que cortase leña para la cocina. Y escuché la habitual contestación descarada y alegre:

- ¡Ve a cortarla tú mismo: sois muchos aquí!

Era la primera vez que me tuteaban.

Colérico y ofendido, llevado a la desesperación y al frenesí por todos los meses precedentes, me lancé sobre Zadórov y le abofeteé. Le abofeteé con tanta fuerza, que vaciló y fue a caer contra la estufa. Le golpeé por segunda vez y, agarrándole por el cuello y levantándole, le pegué una vez más.

De pronto, vi que se había asustado terriblemente. Pálido, temblándole las manos, se puso precipitadamente la gorra, después se la quitó y luego volvió a ponérsela. Y probablemente yo hubiera seguido golpeándole, pero el muchacho, gimiendo, balbuceó: - Perdóneme, Antón Semiónovich.

Mi ira era tan frenética y tan incontenible, que yo me daba cuenta de que, si alguien decía una sola palabra contra mí, me arrojaría sobre todos para matar, para exterminar a aquel tropel de bandidos. En mis manos apareció un atizador de hierro. Los cinco educandos permanecían inmóviles junto a sus camas. Burún se arreglaba precipitadamente algo en el traje.

Me volví a ellos y les conminé, golpeando con el atizador el respaldo de una cama:

- O vais todos inmediatamente al bosque a trabajar o ahora mismo os marcháis fuera de la colonia... con mil demonios. Y salí del dormitorio.

En el cobertizo donde guardábamos las herramientas empuñé un hacha y contemplé, ceñudo, cómo los educandos se repartían las hachas y los serruchos. Por mi mente pasó la idea de que era mejor no ir al bosque aquel día, no poner las hachas en manos de los educandos, pero ya era tarde: se habían repartido todas las herramientas. Daba igual. Yo me sentía dispuesto a todo: había resuelto no entregar gratuitamente mi vida. Además, tenía el revólver en el bolsillo.

Nos fuimos al bosque. Kalina Ivánovich me dio alcance y, terriblemente agitado, susurró:

- ¿Qué pasa? Dime, por favor: ¿cómo están hoy tan amables?

Yo contemplé distraído los ojos azules del Pan y respondí:

- Mal van las cosas, hermano... Por primera vez en mi vida he pegado a un hombre.

- Pero, ¿qué has hecho? -se sorprendió Kalina Ivánovich-. ¿Y si se quejan?

- Eso es lo de menos...

Para mi asombro, todo transcurrió bien. Estuve trabajando con los muchachos hasta la hora de comer. Cortábamos pinos torcidos. En general, los muchachos permanecían sombríos, pero el aire puro y helado, el hermoso bosque, que ornaban enormes caperuzas de nieve, la amistosa colaboración del hacha y el serrucho hicieron su obra.

En un alto, fumamos confusos de mi reserva de majorka y Zadórov, echando el humo hacia las copas de los pinos, lanzó de repente una carcajada: - ¡Menudo! ¡Ja, ja, ja, ja! (10)

Era agradable ver su rostro sonrosado, que agitaba la risa, y yo no pude dejar de sonreír:

- ¿A qué te refieres? ¿Al trabajo?

- También al trabajo, pero ¡hay que ver cómo me ha zumbado usted!

Era natural que Zadórov, un mocetón robusto y grandote, se riese. Yo mismo me sorprendía de haberme atrevido a tocar a tal gigante.

Lanzó otra carcajada, y, sin dejar de reírse, empuñó el hacha y se fue hacia un árbol.

- ¡Vaya una historia! ¡Ja, ja, ja, ja!

Almorzamos juntos con apetito, bromeando, pero no aludimos más al suceso de la mañana.

Yo, sin embargo, me sentía violento, aunque estaba dispuesto a no bajar el tono y seguí dando órdenes con la misma firmeza después de la comida. Vólojov sonreía, pero Zadórov se aproximó a mí con una expresión de lo más seria:

- ¡No somos tan malos, Antón Semiónovich! Todo saldrá bien. Nosotros comprendemos...

(10) .- Tabaco ordinario.

CARACTERÍSTICA DE LAS NECESIDADES PRIMORDIALES

Al día siguiente dije a los educandos:

- ¡El dormitorio debe estar limpio! Es preciso designar responsables de dormitorio. A la ciudad se puede ir únicamente con mi autorización. El que se marche sin permiso, que no vuelva, porque no le admitiré.

- ¡Oh, oh! -dijo Vólojov- . Puede que sea algo menos.

- Elegid, muchachos, qué os conviene más. Yo no puedo actuar de otra manera. En la colonia tiene que haber disciplina. Si no os gusta, marchaos cada uno a donde queráis. Pero el que se quede aquí, observará la disciplina. Como gustéis. Aquí no habrá ninguna cueva de ladrones.

Zadórov me tendió la mano:

- ¡Venga la mano! ¡Tiene usted razón! Tú, Vólojov, cállate. Todavía eres demasiado tonto para estos asuntos. Más nos conviene estar aquí, que ir a la cárcel.

- ¿Y es obligatorio asistir a la escuela? -preguntó Vólojov.

- Obligatorio.

- ¿Y si yo no quiero estudiar?... ¿Qué falta me hace?...

- Es obligatorio asistir a las clases. Quieras o no quieras, será igual. ¿Ves? Zadórov acaba de llamarte tonto. Esto quiere decir que debes aprender a ser listo.

Vólojov movió, burlón, la cabeza, repitiendo unas palabras de no sé qué anécdota ucraniana: - ¡Eso sí que es un salto!

En el terreno de la disciplina, el incidente con Zadórov había señalado un viraje. Y, en honor a la verdad, yo no me sentía atormentado por ningún remordimiento de conciencia. Sí, había abofeteado a un educando. Yo experimentaba toda la incongruencia pedagógica, toda la ilegalidad jurídica de aquel hecho, pero, al mismo tiempo, comprendía que la pureza de mis manos pedagógicas era un asunto secundario en comparación con la tarea planteada ante mí.

Estaba resueltamente decidido a ser dictador, si no salía adelante con ningún otro sistema. Al cabo de cierto tiempo tuve un choque serio con Vólojov, que, estando de guardia, no había arreglado el dormitorio y se negó a hacerlo después de una observación mía. Mirándole enfadado, le dije: - ¡No me saques de quicio! ¡Arregla el dormitorio!

- ¿Y si no lo arreglo? ¿Me abofeteará usted? No tiene derecho...

Le agarré por el cuello y, acercándole hacia mí, barboté muy cerca de su rostro con absoluta sinceridad: - ¡Oyeme! Te prevengo por última vez; ¡no te abofetearé, sino que te dejaré baldado! Después, si quieres, te quejas, y yo iré a la cárcel. Eso a ti no te importa.

Vólojov se desprendió de mis manos y me dijo con lágrimas en los ojos: - No vale la pena ir a la cárcel por una tontería así. Arreglaré la habitación, ¡y que el diablo se lo lleve a usted!

Troné:

- ¿Qué manera de hablar es ésa?

- ¿Cómo quiere que hable con usted?... ¡Váyase al ...!

- ¿Qué? ¡Atrévete!...

Vólojov rompió a reír e hizo un ademán evasivo.

- ¡Vaya un hombre, fíjate!... ¡Arreglaré la habitación, la arreglaré, no chille usted!

Sin embargo, es preciso señalar que yo no pensaba ni por un minuto haber hallado en la violencia un medio todopoderoso de pedagogía. El incidente con Zadórov me había costado más caro que al mismo Zadórov. Tenía miedo a lanzarme por el camino de la menor resistencia. Lidia Petrovna fue quien me condenó con más franqueza y más insistencia entre las educadoras. Al anochecer de aquel mismo día, con el rostro apoyado en los pequeños puños, me dijo machacona: - Entonces, ¿ha encontrado usted ya el método? ¿Como en el seminario?

- Déjeme, Lídochka.

- No, conteste: ¿tenemos que andar a bofetadas? ¿y yo también puedo? ¿O sólo usted?

- Lídochka, ya le contestaré más tarde. Por ahora ni yo mismo lo sé. Espere un poco.

- Bueno, esperaré.

Ekaterina Grigórievna anduvo varios días con el entrecejo fruncido y, al hablar conmigo, adoptaba un tono cortésmente oficial. Sólo cinco días después me preguntó con una sonrisa seria:

- Bueno, ¿cómo se encuentra?

- Igual. Me encuentro muy bien.

- ¿Sabe usted qué es lo más triste de toda esta historia?

- ¿Lo más triste?

- Sí. Lo más desagradable es que los muchachos refieren su hazaña con admiración. Están incluso dispuestos a enamorarse de usted, y Zadórov el primero de todos. ¿Cómo explicarlo? No lo comprendo.

¿La costumbre de la esclavitud?

Después de reflexionar un poco, contesté a Ekaterina Grigórievna:

- No, aquí no se trata de esclavitud. Aquí hay una cosa distinta. Analícelo usted bien: Zadórov, más fuerte que yo, podía haberme mutilado de un golpe. Considere usted, además, que no tiene miedo a nada, como tampoco tiene miedo a nada Burún y los demás. En toda esta historia, ellos no ven los golpes, sino la ira, el estallido humano. Comprenden muy bien que igualmente podía no haber pegado a Zadórov, que podía haberle devuelto como incorregible a La comisión, que podía ocasionarles muchos disgustos graves.(11) Pero yo no hice eso y procedí de una manera peligrosa para mí, aunque humana y no formal. Y, por lo visto, la colonia, a pesar de todo, les hace falta. La cosa es bastante complicada. Además, ellos ven que nosotros trabajamos mucho para su servicio. A pesar de todo, son personas. Y éste es un hecho de suma importancia.

- Tal vez -me respondió, pensativa, Ekaterina Grigórievna.

(11) .- Se refiere a la comisión que se encargaba de los delincuentes menores de edad.

Sin embargo, no disponíamos de mucho tiempo para meditar. Una semana más tarde, en febrero de 1921, traje en un carromato a quince muchachos auténticamente abandonados y harapientos. Nos vimos obligados a trabajar mucho para lavarles, vestirles de algún modo, curarles la sarna. En marzo teníamos en la colonia a unos treinta chicos. En su mayoría, estaban muy descuidados, en estado salvaje y absolutamente inadecuados para la realización del sueño de la educación socialista. De momento no había en ellos esa capacidad peculiar de creación, que, según se dice, asemeja el modo de razonar de los niños al de los sabios.

En la colonia aumentó también el número de educadores. Para marzo contábamos ya con un verdadero consejo pedagógico. La pareja Natalia Márkovna e Iván Ivánovich Osipov trajo, en medio del asombro de toda la colonia, un ajuar bastante considerable: divanes, sillas, armarios, una gran cantidad de ropa y de vajilla. Nuestros colonos, carentes hasta de lo más indispensable, contemplaban con extraordinario interés cómo era descargada de los carros toda esa riqueza a la puerta de la habitación en que debían vivir los Osipov.

El interés de los colonos por los bienes de los Osipov no era, ni mucho menos, un interés académico, y a mí me asustaba mucho la idea de que todo ese magnífico transporte hiciera el viaje de vuelta hacia los mercados urbanos. Una semana más tarde, cuando llego el ama de llaves, el interés especial por las riquezas de los Osipov se entibió un poco. El ama de llaves era una viejecita muy buena, parlanchina y tonta. Su ajuar, aunque cedía en mucho al de los Osipov, se componía de cosas muy apetitosas. Había allí mucha harina, tarros de mermelada y no sé que más, muchas bolsas cuidadosamente atadas y numerosos sacos de viaje, a través de los cuales la mirada de los colonos discernía diversos objetos de valor.

El ama de llaves arregló su habitación con el gusto y el confort de una persona entrada en años: dispuso sus cajas y los demás bártulos en despensas, rinconcitos y huecos, dispuestos para ello por la propia naturaleza, y entabló rápida amistad con dos o tres muchachos. Esta amistad descansaba sobre principios semejantes a los de un tratado: ellos le traerían leña y le encenderían el samovar y ella, como pago, les convidaría a tomar

té y a hablar acerca de la vida. En realidad, el ama de llaves no tenía nada que hacer en la colonia. A mí me asombraba que nos la hubieran mandado.

En la colonia no necesitábamos ningún ama de llaves. Nosotros éramos increíblemente pobres.

Aparte unas cuantas habitaciones destinadas al personal, de todos los locales de la colonia habíamos conseguido reparar únicamente un vasto dormitorio con dos estufas. En esta habitación habían sido colocados treinta catres plegables y tres grandes mesas, en las que comían y escribían los muchachos. Otro gran dormitorio, el comedor, dos aulas y la oficina esperaban el momento de la reparación.

Teníamos juego y medio de sábanas y nos faltaba en absoluto otra clase de ropa. Nuestra actitud ante el problema de la ropa se expresaba casi exclusivamente en las diversas demandas dirigidas a la delegación de Instrucción Pública y a otras instituciones.

El delegado de Instrucción Pública que había inaugurado tan enérgicamente la colonia estaba ahora en otra parte. Su sucesor se interesaba poco por la colonia: tenía asuntos más importantes que nosotros.

La atmósfera reinante en la delegación de Instrucción Pública no favorecía en absoluto nuestros afanes de riqueza. En aquel tiempo, la delegación era un conglomerado de muchísimas habitaciones, grandes y pequeñas, y de muchísima gente, pero los verdaderos exponentes de la obra pedagógica no eran aquí las habitaciones ni la gente, sino las mesitas.

Vacilantes y deterioradas, bien de escritorio, bien de tocador o de juego, en otro tiempo negras o rojas, estas mesitas, rodeadas de sillas semejantes, simbolizaban las diversas secciones, de lo que daban fe los rótulos colgados en las paredes sobre cada mesita. Una gran mayoría de las mesas estaba siempre vacía, porque la magnitud complementaria -el hombre- era esencialmente no tanto encargado de la sección como contable del distribuidor provincial. Si de pronto alguna figura humana aparecía detrás de cualquier mesita, los visitantes se precipitaban de todas partes y abalanzábanse sobre ella. En tal caso, el diálogo se reducía a poner en claro de qué sección se trataba y de si era ésa la sección a que debía dirigirse el visitante, y, si era a otra, por qué y a cuál precisamente; y, si, en efecto, era otra, ¿por qué el camarada sentado el sábado último ante aquella mesita dijo que era ésta, precisamente, la sección indicada? Después de resolver todas estas cuestiones, el encargado de la sección levaba anclas y desaparecía con rapidez cósmica.

Nuestros pasos inexpertos alrededor de las mesitas no nos llevaron a ningún resultado positivo. Por ello, en el invierno del año 21, la colonia se parecía muy poco a una institución educativa. Las chaquetas destrozadas, a las que cuadraba mucho mejor el nombre de klift, según el argot bandidesco, apenas cubrían la piel humana; muy raramente aparecían bajo el klift los restos de alguna camisa, que se caía en jirones de puro rota. Nuestros primeros educandos, que habían llegado bien vestidos, se distinguieron poco tiempo de la masa general: la tala de leña, los trabajos en la cocina y en el lavadero hacían su obra, aunque pedagógica, fatal para la ropa. En marzo todos nuestros colonos estaban vestidos de tal modo, que hubiera podido envidiarles cualquier

artista que interpretase el papel de molinero en la ópera Rusalka.(12) Muy pocos colonos tenían zapatos: la mayoría usaban peales sujetos con cuerdas. Pero, incluso con esta clase de calzado, sufríamos continuas crisis.

Nuestra comida se llamaba kondior, sopa aguada de mijo. La demás comida era puramente casual. En aquel tiempo existía gran cantidad de normas de alimentación: había normas corrientes, normas superiores, normas para débiles y para fuertes, normas para atrasados mentales, para sanatorios, para hospitales. Por medio de una activa diplomacia conseguíamos, a veces, convencer, rogar, engañar, ganarnos la simpatía con nuestro aspecto lamentable, intimidar agitando la amenaza de una rebelión de los colonos, y entonces se nos pasaba, por ejemplo, a la norma de sanatorio. En el racionamiento de sanatorio había leche, grasas en abundancia y pan blanco. Esto, claro está, no lo recibíamos, pero se nos daba en gran cantidad algunos elementos del kondior y pan de centeno. Al cabo de un mes o dos, experimentábamos una derrota diplomática y de nuevo descendíamos a la categoría de simples mortales, y otra vez comenzábamos a poner en práctica la línea cautelosa y oblicua de la diplomacia secreta y abierta. A veces, conseguíamos ejercer una presión tan intensa que hasta lográbamos carne, embutidos y caramelos, pero nuestra existencia se hacía aún más triste al demostrarse que a ese lujo no tenían ningún derecho los defectuosos morales, sino solamente los defectuosos intelectuales.

De vez en cuando, conseguíamos hacer incursiones desde la esfera de la pedagogía estricta hasta algunas esferas vecinas, como, por ejemplo, el Comité Provincial de Abastos o la Comisión especial de abastecimiento del Primer Ejército de Reserva. En la delegación de Instrucción Pública se nos prohibía rigurosamente tales actos de guerrillerismo, y por eso teníamos que efectuar estas incursiones en secreto. Para ello era imprescindible armarse de un papel, donde constaran estas simples y expresivas palabras: La colonia de delincuentes menores de edad le ruega ordenar la entrega de cien puds de harina para la alimentación de los educandos.

En la propia colonia no empleábamos términos como ése de delincuentes, y nuestra colonia nunca se llamó así. En aquel tiempo se nos llamaba defectuosos morales. Sin embargo, para el mundo exterior ese nombre era poco adecuado, ya que olía excesivamente a negociado de educación. Yo me colocaba con mi papelito en algún lugar del pasillo del negociado correspondiente, a la puerta del despacho. Por esta puerta pasaba muchísima gente. A veces, el despacho se abarrotaba de tal modo, que podía entrar todo el que quisiera. Entonces había que abrirse paso hacia el jefe por entre los visitantes y deslizar en silencio el papel bajo su mano.

Los jefes de los negociados en abastos se orientaban con mucha dificultad en las argucias de la clasificación pedagógica y no siempre caían en la cuenta de que los delincuentes menores de edad tenían algo que ver con la instrucción. A su vez, el tinte emocional de ese mismo término delincuentes menores de edad era bastante expresivo. Por eso, raramente los jefes nos miraban con severidad y nos decían:

(12) .- Ópera del compositor Dargomyzhski (1813-1869). El molinero loco -personaje de la ópera- se viste de andrajos.

- ¿Para qué han venido ustedes aquí? Diríjanse a su delegación de Instrucción Pública.

Lo más frecuente era que el jefe dijera después de reflexionar:

- ¿Quién les abastece a ustedes? ¿El negociado de prisiones?

- No, el negociado de prisiones no, porque, ¿sabe usted? son niños...

- ¿Pues quién entonces?

- Por ahora no está decidido...

- ¿Cómo que no está decidido ?... Es extraño...

El jefe apuntaba algo en su block de notas y nos invitaba a volver dentro de una semana.

- En tal caso, denos usted de momento aunque no sean más que veinte puds.

- Veinte puds no puedo darles; reciban por ahora cinco y, mientras tanto, ya pondré en claro este asunto. Cinco puds era poco y, además, la conversación entablada no correspondía a nuestros propósitos, en los que no entraba, claro está, ningún esclarecimiento. Lo único aceptable para la colonia Gorki era que el jefe, sin preguntar nada, tomara en silencio nuestro papel y escribiera en un ángulo:

Entréguese

En este caso, yo, a riesgo de romperme las narices, volaba a la colonia:

- ¡Kalina Ivánovich!... Tenemos una orden... ¡Cien puds! Busca gente y ve corriendo, que, si no, pueden darse cuenta...

Kalina Ivánovich examinaba radiante el papelito:

- ¿Cien puds? ¡Vaya contigo! ¿Y de dónde?

- ¿Acaso no lo ves?... Comité Provincial de Abastos de la sección jurídica provincial...

- ¡Cualquiera lo entiende!... Pero, además, nos es igual: ¡aunque venga del diablo, con tal de que nos salga bien, je, je, je!

La necesidad primordial del hombre es la comida. Por eso, la cuestión de la ropa no nos angustiaba tanto como la cuestión de los víveres. Nuestros educandos tenían siempre hambre, y esto complicaba sensiblemente su reeducación moral. Con ayuda de medios privados conseguían calmar los colonos sólo cierta parte, no grande, de su apetito. Uno de los aspectos fundamentales de la industria privada de la alimentación era la pesca. Durante el invierno, la cosa era muy difícil. El método más sencillo consistía en vaciar las redes en forma de pirámides tetraédricas tendidas por los vecinos del caserío en un riachuelo próximo y en nuestro lago. El sentido de autoconservación y la sensatez económica inherente al hombre hacían abstenerse a nuestros muchachos del robo de las redes, pero entre los colonos hubo uno que infringió esa regla de oro.

Fue Taraniets. Tenía dieciséis años, descendía de una vieja familia de ladrones y era esbelto, picado de viruelas, alegre, ingenioso, organizador magnífico y hombre emprendedor. Pero no sabía respetar los intereses colectivos. Un día robó varias redes en la orilla del río y se las trajo a la colonia. Tras él se presentaron también los dueños de las

redes y el asunto concluyó en un gran escándalo. Después de este incidente, los vecinos del caserío comenzaron a tener cuidado de sus redes, y nuestros cazadores raras veces lograban atrapar algo. Pero al cabo de cierto tiempo Taraniets y otros colonos se hicieron con sus propias redes, regaladas por un conocido de la ciudad. Gracias a estas redes propias, la pesca empezó a desarrollarse rápidamente. Al principio, el pescado era consumido en un pequeño círculo de personas, pero, a finales del invierno, Taraniets decidió, sin ninguna prudencia, incluirme a mí también en el círculo.

Un día trajo a mi habitación un plato de pescado frito.

- Este pescado es para usted.

- No lo acepto.

- ¿Por qué?

- Porque no está bien lo que hacéis. Hay que dar el pescado a todos los colonos.

- ¿A santo de qué? -enrojeció de rabia Taraniets-. ¿A santo de qué? Yo he conseguido las redes, yo soy quien pesca, quien se moja en el río, ¿y encima tengo que dar a todos?

- Pues, entonces, llévate tu pescado: yo no he conseguido nada ni me he mojado.

- Pero si es un regalo que le hacemos...

- No, no estoy de acuerdo. A mí esto no me gusta. Y, además, no es justo.

- ¿En qué está aquí la injusticia?

- Pues en que tú no has comprado las redes. Te las han regalado, ¿no es verdad?

- Sí, me las han regalado.

- ¿A quién? ¿A ti o a toda la colonia?

- ¿Por qué a toda la colonia? A mí...

- Sin embargo, yo pienso que también a mí y a toda la colonia. ¿Y las sartenes de quiénes son?

¿Tuyas? No. Son de todos. Y el aceite que habéis pedido a la cocinera, ¿de quién es? De todos. ¿Y la leña, y el horno, y los cubos? ¿Qué puedes decir? Y si yo te quito las redes, se habrá concluido todo. Pero lo más importante es que eso que hacéis no es de camaradas. No importa que las redes sean tuyas. Tú hazlo por los camaradas. Todos pueden pescar.

- Está bien -accedió Taraniets-, que sea así. Pero, de todas maneras, tome usted el pescado.

Tomé el pescado. A partir de entonces, la pesca pasó a ser un trabajo que se hacía por turno, y el producto se entregaba a la cocina.

El segundo método de obtención privada de víveres eran los viajes al mercado de la ciudad.

Cada día, Kalina Ivánovich enganchaba al Malish, el caballo kirguís, y se íba a buscar los víveres o a recorrer las instituciones. Se le sumaban dos o tres colonos que tenían necesidad de ir a la ciudad para algún asunto: el hospital, los ínterrogatorios en la comisión o, simplemente, para ayudar a Kalina Ivánovich a cuidar del Malish. Todos estos felices mortales solían regresar ahítos de la ciudad y siempre traían algo para los compañeros. No hubo un solo caso de alguien que fuera pescado en la plaza. Los resultados de estas campañas tenían una apariencia legal: Una conocida me lo ha dado... Me encontré a un amigo... Yo me esforzaba por no agraviar al colono con turbias

sospechas y siempre daba crédito a sus explicaciones. Pero, además, ¿a dónde podía llevarme la desconfianza? Los colonos, sucios y hambrientos, correteando en busca de comida, me parecían un objetivo ingrato para la prédica de cualquier clase de moral con un motivo tan baladí como el robo en el mercado de una rosquilla o de un par de suelas.

Nuestra extraordinaria pobreza tenía, sin embargo, un aspecto bueno, que después ya no existió jamás. Igual de pobres y de hambrientos éramos también nosotros, los educadores.

Entonces casi no percibíamos salario, nos contentábamos con el mismo kondior y andábamos casi tan andrajosos. Durante todo el invierno yo anduve sín suelas en las botas, siempre con algún trozo de peal fuera. Sólo Ekaterina Grigórievna lucía vestidos limpios y planchados.

OPERACIONES DE CARÁCTER INTERNO

En febrero desapareció de mi cajón un fajo entero de billetes: aproximadamente mi salario de seis meses. Por aquel tiempo en mi habitación estaban la oficina, la sala de los maestros, la contaduría y la caja, porque yo compaginaba en mi persona todas esas obligaciones. El fajo de billetes nuevecitos había desaparecido de mi cajón cerrado sin la menor huella de fractura.

Por la noche hablé de ello con los muchachos y les pedí que me fuera reintegrado el dinero. Yo no estaba en condiciones de demostrar que había sido robado, y podrían acusarme libremente de malversación. Los muchachos me oyeron sombríos y se dispersaron. Después de la reunión, dos de ellos -Taraniets y Gud- se me acercaron en el patio oscuro cuando me dirigía a mi habitación. Gud era un adolescente pequeño y ágil.

- Nosotros sabemos quién ha cogido el dinero -susurró Taraniets-, sólo que no podemos decirlo delante de todos: no sabemos dónde lo ha escondido. Y si declaramos lo que sabemos, el ladrón alzará el vuelo, llevándose el dinero.

- ¿Quién ha cogido el dinero?

- Uno de aquí.

Gud miraba con el entrecejo fruncido a Taraniets. Por lo visto, no aprobaba plenamente su política.

- ¡Hay que zumbarle! -gruñó- ¿A qué viene perder el tiempo hablando aquí?

- ¿Y quién va a zumbarle? -preguntó Taraniets, volviéndose hacia él-. ¿Tú? Te hará picadillo.

- Vosotros decidme quién ha cogido el dinero. Yo hablaré con él -les propuse.

- No, eso no podemos hacerlo.

Taraniets insistía en el secreto. Yo me encogí de hombros:

- Bueno, como queráis.

Me fui a dormir. Por la mañana, Gud encontró el dinero en la cuadra. Alguien lo había arrojado por el estrecho ventanuco de la caballeriza, y los billetes se habían esparcido por todo el local. Temblando de alegría, Gud vino corriendo a mí. En las dos manos traía los billetes arrugados y en desorden. Gud bailaba de alegría por la colonia; todos los muchachos, resplandecientes, irrumpían en mi habitación para verme. Sólo Taraniets andaba presumiendo con la cabeza erguida. Ni a él ni a Gud les interrogué acerca de su conducta después de nuestro diálogo.

Dos días después alguien descerrajó la puerta de la cueva y se llevó unas cuantas libras de tocino, que constituían toda nuestra riqueza en grasas. También desapareció el candado. Al día siguiente alguien rompió la ventana de la despensa, y desaparecieron los caramelos que guardábamos para las fiestas de la Revolución de Febrero y varias latas de lubrificantes para ruedas, que eran como oro para nosotros.

Kalina Ivánovich llegó a adelgazar aquellos días: aproximaba su rostro pálido a cada colono y, echándole a los ojos el humo de la majorka, trataba de convencerle:

- ¡Pero pensadlo un poco! Todo es para vosotros, hijos de perra. ¡Os robáis a vosotros mismos, parásitos!

Taraniets sabía más que nadie, pero observaba una actitud evasiva. Por lo visto, no entraba en sus cálculos esclarecer este asunto. Los colonos hablaban mucho de los robos, aunque entre ellos prevalecía un interés puramente deportivo. No admitían en absoluto la idea de que los robados fueran, precisamente, ellos mismos.

En el dormitorio yo gritaba, iracundo:

- Pero ¿qué sois? ¿Sois personas o?...

- Somos ladronzuelos -sonó una voz desde un catre lejano.

- ¡Ladronazos!

- ¡Qué vais a ser ladronazos! ¡Sois rateros vulgares! ¡Os robáis a vosotros mismos! Ahora, por ejemplo, no tendréis tocino, ¡y que el diablo os lleve! Y pasaréis las fiestas sin caramelos. Nadie nos dará más. ¡Fastidiaos!

- Pero, ¿qué podemos hacer, Antón Semiónovich? Nosotros no sabemos quién los ha cogido. Ni usted lo sabe, ni tampoco nosotros.

Yo, dicho sea de paso, había comprendido desde el principio que mis palabras eran superfluas. Robaba alguien de los mayores temido por todos los demás.

Al día siguiente fui en compañía de dos muchachos a gestionar una nueva ración de tocino.

Tuvimos que ir varios días, pero logramos la nueva ración. También nos dieron caramelos, aunque nos reprendieron mucho por no haber sabido conservarlos. Por las noches referíamos prolijamente nuestras andanzas. Al fin, trajimos el tocino a la colonia y lo guardamos en la cueva. La primera noche fue también robado.

A mí incluso me alegró esta circunstancia. Esperaba que ahora hablaría el interés colectivo, común, y que él obligaría a todos a tomar con más afán la cuestión de los robos.

Efectivamente, todos los muchachos se apenaron, pero no hubo entre ellos excitación alguna, y, una vez disipada la primera impresión, el interés deportivo volvió a apoderarse de todos: ¿quién podría obrar con tanta habilidad?

Unos días más tarde desapareció de la cuadra la collera del caballo, lo que nos impedía incluso ir a la ciudad. Nos vimos obligados al principio a pedir prestada una collera en el caserío.

Los robos sucedíanse ahora a diario. Cada mañana se descubría que en uno o en otro lugar faltaba algo: un hacha, un serrucho, vajilla, sábanas, los arreos, las riendas, víveres. Probé a no dormir de noche y a vigilar, armado de mi revólver, en el patio, pero, naturalmente, no pude resistir más de dos o tres noches. Pedí a Osipov que montase él la guardia una noche; sin embargo, tuvo tanto miedo, que no volví a hablarle de ello. Yo sospechaba de bastantes muchachos, entre ellos también de Taraniets y de Gud. Pero no tenía ninguna prueba y me veía obligado a guardar en secreto mis sospechas.

Zadórov, riéndose a carcajadas, bromeaba:

- ¿Y usted creía, Antón Semiónovich, que, por tratarse de una colonia de trabajo, aquí no habría más que trabajar y trabajar, sin ninguna diversión? ¡Espérese, que aún las verá más gordas! ¿Y qué hará usted al que pesque?

- Le meteré en la cárcel.

- Eso no es nada. Yo pensaba que le pegaría.

Una noche salió vestido al patio.

- Voy a acompañarle.

- Ten cuidado, no sea que los ladrones se metan contigo.

- No, ellos saben que hoy monta usted la guardia y no saldrán a robar. Además ¿qué hay de particular en esto?

- Confiesa, Zadórov, que les tienes miedo.

- ¿A quiénes? ¿A los ladrones? Claro que les tengo miedo, pero no se trata de eso: es que delatar no está bien. ¿No cree usted lo mismo, Antón Semiónovich?

- ¡Pero si están robándoos!

- ¡A mí qué van a robarme! Yo no tengo aquí nada mío.

- Pero si todos vivís aquí.

- ¿Qué vida es ésta, Antón Semiónovich? ¿Acaso puede llamarse vida a esto? No sacará usted nada en limpio de la colonia. Está esforzándose en vano. Ya verá cómo, después de saquear la colonia, los ladrones se escaparán. Vale más que contrate a dos buenos guardias y que les dé fusiles.

- No, no contrataré a ningún guardia ni les daré fusiles.

- ¿Por qué? -se sorprendió Zadórov.

- A los guardias hay que pagarles, y nosotros ya somos bastante pobres, pero lo principal es que vosotros debéis ser aquí los amos.

La idea de que eran precisos guardias pertenecía también a otros muchos colonos. En el dormitorio se había entablado una verdadera discusión con tal motivo.

Antón Brátchenko, el mejor representante de la segunda partida de colonos, demostraba:

- Cuando haya un guardia, nadie saldrá a robar. Y, si sale, se le puede meter, en salva sea la parte, una descarga de sal. Después de andar un mes con sal, ya no tendrá ganas de robar.

Le refutaba Kostia Vetkovski, un apuesto muchacho, cuya especialidad en la libertad eran los registros con mandatos falsos. Durante estos registros ejecutaba papeles secundarios; los principales pertenecían a los mayores. El propio Kostia -este hecho figuraba en su expediente jamás había robado nada, atraído exclusivamente por el lado estético de la operación. Su actitud respecto a los ladrones había sido siempre despectiva. Ya hacía algún tiempo que yo había advertido la naturaleza delicada y compleja de este muchacho. Lo que, sobre todo, me sorprendía en él era lo bien que se llevaba con los muchachos menos sociables y su autoridad, unánimemente reconocida, en las cuestiones políticas.

- ¡Antón Semiónovich tiene razón! -decía Kostia-. ¡Ni hablar de guardias! Por ahora no nos damos cuenta, pero, dentro de poco, todos comprenderemos que en la colonia no se debe robar. Incluso muchos lo comprenden ya ahora. Pronto vigilaremos nosotros mismos.

¿Verdad, Burún? -preguntó, volviéndose inesperadamente hacia Burún.

- ¿Y qué? Si hay que vigilar, vigilaremos -repuso Burún.

En febrero nuestra ama de llaves dejó de trabajar en la colonia; yo había conseguido su traslado a un hospital. Un domingo el Malish se acerco al umbral de su casa, y todos los amigos y participantes de sus tés filosóficos comenzaron a instalar cuidadosamente los múltiples sacos y maletines en el trineo. La buena viejecita,

balanceándose apaciblemente en lo alto de su tesoro, salió al encuentro de su nueva vida a la rapidez habitual de dos kilómetros por hora.

El Malish regresó tarde, pero con él volvió también la viejecita, que, entre gritos y sollozos, irrumpió en mi habitación: había sido desvalijada por completo. Sus amigos y ayudantes no habían colocado sólo en el trineo todos sus sacos, maletines y bártulos, sino, además, en otro sitio: el robo era insolente. Desperté en el acto a Kalina Ivánovich, a Zadórov y a Taraniets y procedimos a un registro general en toda la colonia. Lo robado era tanto, que seguramente no habrían tenido tiempo de ocultarlo bien. Entre los matorrales, en las buhardillas de los cobertizos, bajo las escaleras de la terracilla, simplemente debajo de las camas y detrás de los armarios dimos con todos los tesoros del ama de llaves. La viejecita era, efectivamente, muy rica: encontramos una docena aproximada de manteles nuevos, muchas sábanas y toallas, cucharas de plata, unos jarritos, un brazalete, pendientes y muchas menudencias.

La viejecita lloraba en mi despacho. Mientras tanto, la habitación se iba llenando de detenidos: sus antiguos amigos y simpatizantes.

Al principio, los muchachos negaban, pero yo les chillé y se despejó el horizonte. Los amigos de la viejecita no habían sido los principales desvalijadores. Ellos se habían limitado a llevarse algún recuerdo, como una servilleta o un azucarero. Se puso en claro que el protagonista de todo este suceso era Burún. El descubrimiento sorprendió a muchos y, en primer lugar, a mí.

Desde el primer día Burún me había parecido el más firme de todos los muchachos. Siempre serio y afable sin exceso, era quien estudiaba con más aplicación e interés en la escuela. El volumen y la envergadura de su actividad me dejaron estupefacto. Burún había escondido fardos enteros de bienes de la viejecita. Estaba fuera de duda que los restantes robos producidos en la colonia eran también obra de sus manos.

¡Por fin había llegado hasta el verdadero mal! Sometí a Burún al juicio de un tribunal popular, el primer juicio en la historia de nuestra colonia.

En el dormitorio, sobre las camas y las mesas, se instalaron los jueces negros y harapientos. Un débil quinqué alumbraba los rostros agitados de los colonos y la cara pálida de Burún, pesadote y lento, con el cuello grueso, parecido a MacKinley, el presidente de los Estados Unidos.

Con acentos vigorosos y coléricos describí a los muchachos el delito: robar a una anciana, cuya única felicidad residía en esos pobres trapos, robarla, aunque nadie en la colonia trataba con más cariño que ella a los muchachos, robarla cuando pedía ayuda, significaba no tener realmente nada de humano, significaba no ser ni siquiera un reptil, sino un reptilillo. El ser humano debía respetarse, debía ser fuerte y altivo y no arrebatar a las viejecillas débiles sus últimos trapos.

Bien porque mi discurso produjo gran impresión en los colonos, bien porque estaban ya rabiosos contra Burún sin necesidad de discursos, el caso es que todos cayeron unánime y apasionadamente sobre él. El pequeño y melenudo Brátchenko tendió los dos brazos hacia Burún.

- ¿Y qué? ¿Tú qué dices a eso? Hay que meterte entre barrotes, encerrarte en la cárcel. Por culpa tuya hemos pasado hambre y tú eres quien robó el dinero de Antón Semiónovich.

Burún protestó de repente.

- ¿El dinero de Antón Semiónovich? ¡A ver: demuéstralo!

- ¡Claro que lo demostraré!

- Demuéstralo.

- ¿Lo niegas? ¿Dices que no fuiste tú?

- ¿Yo?

- Claro que tú.

- ¿Que fui yo quien cogió el dinero de Antón Semiónovich? ¿Quién puede demostrarlo?

Resonó atrás la voz de Taraniets:

- Yo lo demostraré.

Burún quedó atónito. Se volvió hacia Taraniets con intención de decir algo, pero después se encogió de hombros:

- Bueno, aunque sea así. ¿Es que no lo he devuelto?

En respuesta los muchachos rompieron a reír inesperadamente. Les gustaba este atractivo diálogo. Taraniets tenía un aire de héroe. Dio un paso adelante.

- Pero no hay que expulsarle de aquí. A cualquiera puede sucederle. Lo que sí hay que hacer es darle en los morros como es debido.

Todos guardaban silencio. Burún paseó lentamente su mirada por el rostro picado de viruelas de Taraniets.

- ¡No has crecido todavía bastante para darme en los morros! ¿Por qué te esfuerzas? De todas formas tú no serás nunca el director de la colonia. Si es preciso, Antón me abofeteará, pero ¿tú qué tienes que ver con eso?

Vetkovski saltó de su asiento:

- ¿Cómo? Muchachos ¿tenemos que ver con eso nosotros o no?

- Claro que sí -gritaron los muchachos-. Nosotros te hincharemos los morros mejor que Antón.

Alguno se había lanzado ya contra él. Brátchenko vociferaba, agitando las manos junto al mismo rostro de Burún:

- ¡Azotarte, eso es lo que deberíamos hacer: azotarte!

Zadórov me susurró al oído:

- Lléveselo usted de aquí: si no, le pegarán.

Aparté a Brátchenko de Burún. Zadórov apartó a dos o tres más. Difícilmente sofocamos el escándalo.

- ¡Que hable Burún! ¡Que hable! -gritó Brátchenko.

Burún bajó la cabeza:

- No tengo nada que decir. Todos tenéis razón. Dejadme con Antón Semiónovich; que él me castigue como sabe.

Silencio. Fui hacia la puerta, temiendo verter el mar de ira feroz que me llenaba hasta los bordes. Los colonos se apartaron a un lado y a otro, dejándonos pasar a mí y a Burún. Atravesamos en silencio el patio oscuro, entre los montones de nieve: yo delante, él detrás.

Mi estado de ánimo era pésimo. Burún me parecía el último detritus que podía producir el basurero humano. No sabía qué hacer con él. Había llegado a la colonia por su

participación en una banda de ladrones, cuyos miembros mayores de edad habían sido fusilados casi todos. Tenía diecisiete años.

Burún permanecía sin decir palabra junto a la puerta. Yo, sentado a la mesa, me contenía a duras penas para no terminar la conversación arrojando contra él algún objeto pesado.

Por fin, Burún alzó la cabeza, me miró con fijeza a los ojos y despacio, recalcando cada palabra, conteniendo difícilmente las lágrimas, habló:

- Yo... jamás... volveré a robar.

- ¡Mientes! ¡Eso se lo has prometido ya a la comisión!

- ¡Una cosa es la comisión y otra es usted! ¡Castígueme como quiera, pero no me eche de la colonia!

- ¿Y qué es lo que te interesa en la colonia?

- Aquí estoy a gusto. Aquí se estudia. Yo quiero estudiar. Y si he robado es porque siempre tengo hambre.

- Bueno. Permanecerás tres días bajo cerrojo, a pan y agua. Y ni tocar a Taraniets.

- Está bien.

Burún pasó tres días en la pequeña habitación contigua al dormitorio, donde, en la antigua colonia, vivían los celadores. No le encerré porque me dio su palabra de que no saldría sin mi permiso. El primer día le envié, efectivamente, pan y agua. El segundo sentí lástima y dispuse que le llevaran la comida. Burún quiso renunciar altivamente, pero yo le chillé: - ¿Es que encima vas a hacer paripés?

Sonriendo, se encogió de hombros y tomó la cuchara.

Burún cumplió su palabra: nunca volvió a robar nada, ni en la colonia ni en otro lugar.

ASUNTOS DE IMPORTANCIA ESTATAL

Mientras nuestros colonos adoptaban una actitud casi de indiferencia respecto a las propiedades de la colonia, había fuerzas ajenas que les concedían profunda atención.

El núcleo más importante de estas fuerzas se hallaba dislocado en la carretera principal de Járkov. Apenas había noche sin que alguien fuese desvalijado allí. Convoyes íntegros de carros campesinos eran detenidos por el disparo de un retaco, y los atracadores, sin perder tiempo en palabras, hundían las manos libres del retaco en el corpiño de las mujeres sentadas en los carros, mientras los maridos, llenos de confusión, golpeaban con sus látigos las cañas de las botas y se asombraban:

- ¿Quién podía pensarlo? Escondimos el dinero en el corpiño de las mujeres porque creíamos que era el sitio más seguro, y los malditos han ido a buscarlo directamente allí.

Este tipo de asalto colectivo, por llamarlo así, casi nunca era sangriento. Los labriegos, ya recobrados del susto, acudían a la colonia después de permanecer en el lugar del robo todo el tiempo señalado por los desvalijadores y nos describían expresivamente el suceso. Yo reunía a mi ejército, lo armaba de estacas, empuñaba personalmente el revólver, nos dirigíamos a todo correr a la carretera y husmeábamos largo tiempo por el bosque. Pero sólo una vez nuestras pesquisas se vieron coronadas por el éxito: a media versta de la carretera descubrimos a un grupo de gente, agazapado tras un montón de nieve. Aunque respondieron con un disparo a los gritos de los muchachos y se dispersaron, conseguimos apresar a uno y traerlo a la colonia. No encontramos en su poder ni el retaco ni ningún objeto robado, y negaba todo lo divino y lo humano. Entregado por nosotros a los agentes de investigación criminal, resultó, sin embargo, un bandido famoso, y tras él fue detenida la banda entera. El Comité Ejecutivo Provincial expresó su gratitud a la colonia Gorki.

Pero tampoco después de eso disminuyeron los asaltos en la carretera. A finales del invierno los muchachos comenzaron a encontrar ya huellas de sangrientos sucesos nocturnos. Entre los pinos veían, de pronto, un brazo asomando en la nieve. Se escarbaba la nieve y aparecía una mujer, muerta de un tiro en el rostro. En otro lugar, cerca del mismo camino, entre la maleza, un hombre vestido de cochero con el cráneo hendido. Una buena mañana, descubrimos al despertarnos que desde el lindero del bosque nos contemplaban dos ahorcados. Mientras llegó el juez, estuvieron colgados un par de días, mirando con sus ojos desorbitados la vida de la colonia.

Los colonos no experimentaban ante estos sucesos ni pizca de temor, sino un sincero interés.

En primavera, cuando se fundió la nieve, buscaban en el bosque cráneos roídos por los zorros y, ensartándolos en un palo, los traían a la colonia únicamente para asustar a Lidia Petrovna.

Los educadores no tenían necesidad de ello para vivir horrorizados, y por las noches temblaban en espera de que irrumpiese en la colonia una banda de saqueadores y

diera comienzo la matanza. Los más asustados de todos eran los Osipov, que, según la opinión general, tenían qué perder.

A finales de febrero, nuestra carreta, que, arrastrándose a la velocidad habitual, venía de la ciudad con algunos bienes, fue detenida al anochecer cerca del mismo recodo antes de llegar a la colonia. En la carreta había cebada y azúcar en polvo, cosas que, por motivos ignotos, no sedujeron a los saqueadores. En poder de Kalina Ivánovich no encontraron ningún objeto de valor, a excepción de la pipa. Esta circunstancia despertó entre los asaltantes una justa ira: golpearon a Kalina Ivánovich en la cabeza, y el viejo cayó en la nieve, donde permaneció mientras los salteadores se daban a la fuga. Gud, que era quien cuidaba siempre del Malish en la colonia, fue un simple testigo. Ya en la colonia, tanto Kalina Ivánovich como Gud, se desahogaron en largos relatos. Kalina Ivánovich describía el suceso con tintes dramáticos; Gud, con tintes cómicos. Pero la decisión adoptada fue unánime: enviar siempre al encuentro de nuestra carreta a un destacamento de colonos.

Así procedimos durante dos años. Estas campañas tenían en nuestro léxico un nombre militar: Ocupar el camino.

Enviábamos a unas diez personas. A veces, yo también formaba parte del destacamento, ya que tenía un revólver. No podía confiárselo a cualquier muchacho, y, sin revólver, nuestro destacamento parecía débil. Tan sólo Zadórov recibía a veces el revólver y se lo colgaba orgullosamente sobre sus guiñapos.

Montar la guardia en la carretera era una ocupación muy interesante. Nos emplazábamos a lo largo de la carretera en una extensión de kilómetro y medio, desde el puente sobre el río hasta el mismo recodo antes de llegar a la colonia. Los muchachos, transidos de frío, daban saltos en la nieve, llamándose para no perder el contacto entre sí, y en la penumbra creciente eran como la amenaza de una muerte segura en la imaginación del viajero rezagado. De vuelta de la ciudad, los campesinos apaleaban a sus caballos y en silencio se deslizaban veloces ante aquellas figuras, que se repetían rítmicamente con el aspecto más criminal. Los dirigentes de los sovjoses y las autoridades volaban en trepidantes tachankas y exhibían ostensiblemente a los colonos sus escopetas de dos cañones y sus retacos; los que iban a pie deteníanse junto al puente en espera de otros peatones.

Delante de mí, los muchachos jamás se conducían mal ni asustaban a los viajeros, pero, cuando yo no estaba, hacían travesuras, y muy pronto Zadórov incluso renunció al revólver y exigió obligatoriamente mi presencia. En lo sucesivo, yo salía cada vez que se formaba el destacamento, pero seguí dando el revólver a Zadórov para no privarle de un placer merecido.

Al aparecer nuestro Malish, le recibíamos gritando:

- ¡Alto! ¡Manos arriba!

Pero Kalina Ivánovich se limitaba a sonreír y fumaba con particular energía su pipa.

Nuestro destacamento torcía gradualmente detrás del Malish y entraba como un alegre tropel en la colonia, interrogando a Kalina Ivánovich sobre las diversas novedades relacionadas con el capítulo de abastos.

Aquel mismo invierno emprendimos otras operaciones, no ya limitadas a la colonia, sino de importancia estatal. Un guardia forestal se presentó en la colonia y nos

pidió que vigiláramos el bosque: había muchos infractores y el personal de que él disponía no era suficiente para poner coto a las talas furtivas.

La custodia de un bosque perteneciente al Estado, tarea que nos elevó mucho ante nuestros propios ojos, debía proporcionarnos un trabajo extraordinariamente ameno y, además, considerables ventajas.

Es de noche. Pronto amanecerá, pero la oscuridad es todavía completa. Me despierta un golpe en la ventana. Miro: a través del cristal advierto entre los dibujos del hielo una nariz aplastada y una cabeza de híspida cabellera.

- ¿Qué pasa?

- ¡Antón Semiónovich, están talando en el bosque!

Enciendo el quinqué, me visto apresuradamente y salgo después de coger el revólver y la escopeta. En la puerta me aguardan los mayores aficionados a las andanzas nocturnas: Burún y Shelaputin, un muchachito pequeño, diáfano, completamente puro.

Burún toma la escopeta de mis manos y llegamos al bosque.

- ¿Dónde es?

- Escuche.

Hacemos alto. Al principio, no oigo nada; después comienzo a distinguir los sordos golpes de un hacha, que se escuchan apenas entre los imperceptibles sonidos nocturnos y los latidos de nuestros corazones. Avanzamos inclinados; las ramas de los pinos jóvenes arañan nuestros rostros, me arrancan las gafas y nos salpican de nieve. A veces, cesan los golpes del hacha, y nosotros, sin orientación, nos detenemos y aguardamos pacientes. Otra vez resuena el hacha, pero ahora más fuerte y más próxima.

Hay que acercarse imperceptiblemente para no espantar al ladrón. Burún se balancea con la agilidad de un oso; tras él, avanza a saltitos el pequeño Shelaputin, arrebujándose en su klift, y yo cierro la procesión.

Por fin, estamos frente al objetivo. Nos escondemos detrás del tronco de un pino. Un árbol alto y esbelto se estremece, y junto a él surge una silueta ceñida por un cinto. La silueta golpea varias veces sin fuerza y sin decisión, hace un alto, se yergue, mira en torno suyo y vuelve a golpear con el hacha. Nosotros estamos a unos cinco pasos. Burún mantiene la escopeta hacia arriba y me observa sin respirar. Shelaputin, oculto detrás de mí, musita colgado de mi hombro:

- ¿Se puede? ¿Ya se puede?

Afirmo con la cabeza. Shelaputin tira a Burún de la manga.

Suena el disparo como una terrible explosión y se difunde largamente por los ámbitos del bosque.

El hombre del hacha se agacha instintivamente. Silencio. Nos acercamos a él. Shelaputin conoce sus obligaciones. El hacha está ya en sus manos. Burún saluda alegremente:

- ¡Ah, Musi Kárpovich, buenos días!

Da unas palmaditas en la espalda a Musi Kárpovich, pero Musi Kárpovich no se halla ahora en condiciones de pronunciar una sola palabra de saludo. Le domina un pequeño temblor y se sacude mecánicamente la nieve de su manga izquierda.

Yo le pregunto:

- ¿El caballo está lejos?

Musi Kárpovich sigue sin hablar y es Burún quien responde por él:

- ¡Pero si el caballo está aquí! ¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¡Da la vuelta! Solamente ahora distingo entre los pinos los morros del caballo y el arco.

Burún coge a Musi Kárpovich por un brazo:

- Haga el favor, Musi Kárpovich, de tomar asiento en la ambulancia de urgencia.

Musi Kárpovich comienza a dar, por fin, señales de vida. Quitándose el gorro, se atusa el pelo y balbucea sin mirar a nadie:

- ¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!

Vamos hacia el trineo.

El trineo arranca lentamente y avanzamos por unas huellas profundas y blandas. Un muchachuelo como de catorce años, con un gorro enorme y botas altas, guía el caballo, moviendo tristemente las riendas. No hace más que sorberse la nariz y, en general, se le nota disgustado. Nosotros guardamos silencio.

Ya en el lindero del bosque, Burún toma las riendas en sus manos.

- ¡Eh! ¿A dónde vas? Si tuvieras carga, irías hacia allí, pero, para llevar al padre, hay que ir allá...

- ¿A la colonia? -pregunta el muchacho, y Burún, sin devolverle ya las riendas, obliga a torcer al caballo hacia nuestro camino. Está empezando a amanecer.

Musi Kárpovich, por encima de la mano de Burún, hace parar súbitamente al caballo y con la otra mano se quita el gorro.

- ¡Antón Semiónovich, suélteme usted! ¡Es la primera vez!... No tengo leña... ¡Déjeme marchar!

Burún, descontento, desprende de las riendas la mano de Musi Kárpovich, pero no arrea al caballo, en espera de mi decisión.

- No, eso no vale, Musi Kárpovich -digo yo-. Hay que levantar un acta; usted mismo comprende que se trata de un asunto de Estado.

- Y tampoco es verdad que sea la primera vez -dice Shelaputin, recibiendo con su timbre argentino de contralto el amanecer-. No es la primera vez, sino la tercera. Una vez sorprendimos a su Vasili y la otra...

Burún interrumpe la música del contralto argentino con su voz ronca de barítono:

- ¿Qué hacemos aquí parados? Tú, Andréi, vuela a casa, que tienes poco que pintar en este asunto. Dile a la madre que el padre ha dado un mal paso y que prepare algo de comer para enviárselo.

Andréi, atemorizado, salta del trineo y vuela al caserío. Nosotros seguimos adelante. A la entrada de la colonia nos recibe un grupo de muchachos.

- ¡Oh! Y nosotros pensábamos que os habían matado allí y ya nos disponíamos a ir a salvaros.

Burún rompe a reír:

- La operación se ha efectuado con un éxito vertiginoso.

En mi habitación se reúne gran cantidad de gente. Musi Kárpovich, abrumado, está en una silla frente a mí; Burún, junto a la ventana, vigila con el revólver; Shelaputin musita a sus camaradas la historia espeluznante de la alarma nocturna. Dos muchachos han

tomado asiento en mi cama y lo mismo que los restantes, sentados en los bancos, siguen con atención el levantamiento del acta.

El documento es redactado con desgarradores detalles.

- ¡Tiene usted doce desiatinas de tierra? ¿Tres caballos?

- ¡Pero qué van a ser caballos! -gime Musi Kárpovich-. Tengo una yegüita que no pasa de dos añitos...

- Tres, tres -insiste Burún, golpeando cariñosamente a Musi Kárpovich en un hombro.

Yo sigo escribiendo:

- ...el tajo del árbol mide 36 centímetros.

Musi Kárpovich alza los brazos:

- Pero, ¿qué dice usted? ¡Por Dios, Antón Semiónovich! ¡Qué va a ser tanto! ¡Ni siquiera veinticinco centímetros!

Shelaputin interrumpe su relato, señala con las manos algo parecido a medio metro y, mirando fijamente a Musi Kárpovich, dice con una risa descarada:

- ¿Era así? ¿Así? ¿Verdad?

Musi Kárpovich hace un ademán como sacudiéndose de su risa y sigue dócilmente los movimientos de mi pluma.

El acta está concluida. Musi Kárpovich con un aire de persona agraviada me da la mano para despedirse y tiende igualmente la mano a Burún como al mayor de todos los chicos.

- En vano hacéis esto, muchachos. Todos tenemos que vivir.

Burún se inclina en una gentil reverencia:

- ¡Naturalmente, y nosotros estamos siempre dispuestos a ayudar!

De improviso recuerda:

- ¡Ah, Antón Semiónovich! ¿Y qué hacemos con el árbol?

Quedamos pensativos. El árbol, en efecto, está casi talado, y de seguro mañana acabarán de talarlo y se lo llevarán. Burún no espera nuestra decisión y se dirige a la puerta. De paso lanza al apenado Musi Kárpovich:

- Le llevaremos el caballo; no se preocupe. Muchachos, ¿quiénes vienen conmigo? Bueno, seis bastan. ¿Tiene usted cuerda, Musi Kárpovich?

- Está en el trineo.

Todos se dispersan. Una hora más tarde los muchachos traen un alto pino. Es el premio a la colonia. Además, el hacha, conforme a una vieja tradición, pasa a ser propiedad nuestra.

Mucha agua correrá desde entonces, pero los colonos, al arreglar sus cuentas mutuas, todavía hablarán así largo tiempo:

- Había tres hachas. Yo te he dado tres hachas y ahora no hay más que dos. ¿Dónde está la tercera?

- ¿Qué tercera ?

- ¿Cómo qué tercera ? La que quitamos entonces a Musi Kárpovich.

Más que las convicciones morales y que la ira, fue esta lucha verdaderamente práctica e interesante lo que originó los primeros brotes de un buen ambiente colectivo.

Al reunirnos por las tardes, discutíamos, y reíamos, y fantaseábamos sobre nuestras peripecias, nos sentíamos hermanados por la lucha, nos fundíamos en un todo único que se llamaba colonia Gorki.

LA CONQUISTA DEL TANQUE METÁLICO

Mientras tanto, nuestra colonia había comenzado a desarrollar poco a poco su historia material. La pobreza elevada al último extremo, los piojos y los pies helados no nos impedían soñar con un futuro mejor. Aunque los treinta años de nuestro Malish y nuestra vieja sembradora nos hacían confiar poco en el desarrollo de la agricultura, nuestros sueños se orientaron, precisamente, en esa dirección. Pero se trataba únicamente de sueños. El Malish era un motor tan poco adecuado para la agricultura, que sólo mentalmente se podía uno representar al Malish tirando de un arado. Además, en la colonia no sólo pasaban hambre los colonos: también la pasaba el Malish. Con un gran trabajo conseguíamos paja y, a veces, heno. Durante casi todo el invierno lo que hacíamos con el Malish, más que viajar, era sufrir, y a Kalina Ivánovich le dolía siempre el brazo derecho de agitar continuamente el látigo para amenazar al caballo, sin lo cual nuestro Malish se detenía por las buenas.

Y, por último, tampoco el terreno en que estaba enclavada la colonia servía para la agricultura. Era un suelo arenoso, que formaba dunas al menor vientecillo. Todavía hoy no comprendo plenamente cómo, en las condiciones descritas, emprendimos la evidente aventura, que, sin embargo, debía permitirnos levantar cabeza. La cosa comenzó por una anécdota.

Inesperadamente la suerte nos sonrió: recibimos una autorización para recoger leña de roble.

Era preciso traerla directamente del lugar de la tala. Este lugar se hallaba en los límites de nuestro Soviet rural, pero nosotros, antes de ello, no habíamos andado nunca por allí.

Nos pusimos de acuerdo con dos vecinos nuestros del caserío y nos dirigimos en sus trineos a ese país ignoto. Mientras los conductores de los trineos daban vueltas por el lugar de la tala, cargando gruesos troncos de roble y discutiendo si la carga se sostendría o no en los trineos durante el trayecto, Kalina Ivánovich y yo reparamos en una fila de álamos que se alzaban sobre los cañaverales de un río helado.

Cruzamos por el hielo, subimos un sendero empinado y nos encontramos en el reino de la muerte. Hasta una decena de casas grandes y pequeñas, cobertizos y jatas, corrales y otras dependencias se encontraban allí en escombros. Todos estos edificios eran iguales en su destrucción: montones de arcilla y de ladrillos, cubiertos de nieve, en lugar de las estufas; los pavimentos, las puertas, las ventanas, las escaleras habían desaparecido. Muchos tabiques y techos estaban igualmente rotos; en bastantes sitios, habían sido ya desmontados los muros de ladrillo y los cimientos. De una enorme cuadra no quedaban más que dos muros longitudinales de ladrillo, y sobre ellos, emergía, triste y estúpido, un magnífico tanque metálico que parecía haber sido pintado recientemente. Este tanque era lo único en toda la hacienda que daba la impresión de algo vivo: todo lo demás parecía ya cadáver.

Pero el cadáver era rico: a un lado se alzaba una casa de dos pisos, nueva, todavía sin revocar, con ciertas pretensiones de estilo. En sus habitaciones, altas y espaciosas, se

conservaban aún las molduras de los techos y los alféizares de mármol. En el otro extremo del patio, había una cuadra nueva de hormigón. Incluso los edificios derruidos, vistos más de cerca asombraban por su construcción sólida, por su recio armazón de roble, por la seguridad musculosa de sus ensambladuras, por la elegancia de sus soportes, por la precisión de sus líneas perpendiculares. El poderoso organismo no había sucumbido de enfermedad o de senectud: se trataba de una muerte violenta, en pleno florecimiento de sus fuerzas y de su salud.

Kalina Ivánovich no hacía más que carraspear, contemplando toda esta riqueza:

- ¡Fíjate en lo que hay! ¡Ahí tienes el río y el jardín, y mira qué prados!...

El río rodeaba la finca por tres lados, circundando una colina bastante alta, casual en nuestra llanura. El jardín descendía hacia el río en tres terrazas: en la terraza superior había guindos; en la segunda, manzanos y perales, y, en la tercera, plantaciones íntegras de casis.

En el segundo patio funcionaba un gran molino de cinco pisos. Por los trabajadores del molino supimos que la finca había pertenecido a los hermanos Trepke. Al marcharse con el ejército de Denikin, los Trepke dejaron sus casas llenas de objetos de valor. Todos estos bienes habían sido trasladados hacía tiempo a la vecina aldea de Gonchárovka y a los caseríos próximos. El mismo camino estaban siguiendo ahora las casas.

Kalina Ivánovich estalló en un verdadero discurso:

- ¡Salvajes! ¿Comprendes? ¡Son unos canallas, unos idiotas! ¡Aquí tienen tantos bienes, casas amplias, caballerizas! Y, en vez de vivir aquí, cuidando de la hacienda y bebiendo tranquilamente café, los muy miserables destrozan a hachazos un marco como éste, hijos de perra. ¿Y por qué?¡ Porque tienen que hacer la comida y no quieren molestarse en cortar leña!... ¡Así se os atragante la comida, memos, idiotas! Y lo mismo que nacieron, estirarán la pata: ninguna revolución puede ayudarles... ¡Ah! ¡Miserables, malditos babiecas! ¿Qué puedes decir a esto? -Kalina Ivánovich se dirigió a uno de los trabajadores del molino-:

- Dígame, por favor, camarada: ¿de quién depende obtener aquel tanque? El que está sobre la cuadra. De todas formas, aquí va a perderse sin ningún provecho.

- ¿Aquel tanque? ¡El diablo lo sabe! Aquí manda el Soviet rural...

- ¡Ah! Eso está bien -terminó Kalina Ivánovich y emprendimos el viaje de vuelta.

De regreso, Kalina Ivánovich, que marchaba tras los trineos de nuestros vecinos por el camino apisonado en que ya se anunciaba la primavera, empezó a soñar: estaría bien conseguir aquel tanque, trasladarlo a la colonia, instalarlo en la buhardilla del lavadero y convertir así el lavadero en baño. Por la mañana, cuando nos disponíamos a ir otra vez en busca de leña, Kalina Ivánovich me agarró de un botón:

- Escríbeme, querido, un papelito para el Soviet rural. A ellos les hace tanta falta el tanque como un bolsillo lateral a un perro, y nosotros, en cambio, podemos tener baño...

Para complacer a Kalina Ivánovich, escribí el papel. Al anochecer, volvió furioso.

- ¡Vaya unos parásitos!... No consideran las cosas más que de un modo teórico, sin ponerse en lo práctico. Dicen, el diablo se los lleve, que el tanque es propiedad del Estado. ¿Has visto idiotas semejantes? Escribe, que iré al Comité Ejecutivo del distrito.

- Pero ¿a dónde vas a ir? Si está a veinte verstas... ¿Cómo piensas hacer el viaje?

- Aquí hay uno que se dispone a ir; yo le acompañaré.

El proyecto de Kalina Ivánovich de construir un baño encantó sobremanera a todos los colonos, pero nadie creía en la posibilidad de obtener el tanque.

- Vamos a organizarlo sin el tanque ése. Se puede colocar uno de madera.

- ¡Bah! ¡No entiendes nada! La gente hacía tanques de hierro y eso quiere decir que comprendía por qué. Pero lo que es el tanque ése se lo arrancaré a esos parásitos y, si es preciso, con su carne...

- ¿Y cómo va a traerlo usted? ¿A lomos del Malish !

- ¡Ya lo trasladaremos! Si hay artesa, habrá cerdos...

Kalina Ivánovich regresó todavía más rabioso del Comité Ejecutivo del distrito y se olvidó de todas las palabras, a excepción de las denigrantes.

Durante toda la semana, bajo la risa de los colonos, estuvo corriendo tras de mí:

- Escríbeme un papel para el Comité Ejecutivo de la comarca -imploraba.

- Déjame, Kalina Ivánovich; hay asuntos más importantes que tu tanque.

- Escribe; ¿a ti qué te cuesta? ¿Es que te da lástima gastar papel? Escribe: ya verás cómo lo traigo.

Y escribí el papel. Al guardárselo en el bolsillo, Kalina Ivánovich sonrió, por fin.

- No es posible que rija una ley tan estúpida: se pierden cosas de valor, y nadie piensa en ello.

¡No estamos en época del zar!

Kalina Ivánovich regresó del Comité Ejecutivo de la comarca ya avanzada la noche y ni siquiera apareció por mi habitación o por el dormitorio. Sólo por la mañana entró en mi cuarto.

Frío y altivo, aristocráticamente rígido, miraba por la ventana hacia algún sitio lejano.

- No se conseguirá nada -dijo lacónico y me tendió el papel.

Atravesando el texto detallado de nuestra solicitud, había una palabra breve, enérgica y ofensivamente rotunda, escrita con tinta roja:

D e n e g a r

Kalina Ivánovich sufrió larga y apasionadamente. Durante un par de semanas desapareció su alegre y senil vivacidad.

Un domingo de marzo, cuando la primavera se burlaba ya cruelmente de los últimos restos de nieve, invité a algunos muchachos a dar un paseo por los alrededores. Consiguieron ropa de abrigo y nos encaminamos... a la finca de los Trepke.

- ¿Qué os parecería si instalásemos aquí nuestra colonia? -pregunté, soñando en voz alta.

- ¿Dónde aquí ?

- Pues en estas casas.

- Pero, ¿cómo? Aquí no se puede vivir...

- Las repararemos.

Zadórov se echó a reír y, haciendo cabriolas, giró por el patio.

- Tenemos todavía por reparar tres casas. En todo el invierno no hemos podido ponernos a ello.

- Pero, bueno, ¿y si, a pesar de todo, reparásemos estas casas?

- ¡Oh, en ese caso sí que sería una colonia! ¡Río, jardín, molino!

Trepábamos por los escombros y soñábamos: aquí los dormitorios; aquí, el comedor; allí, un magnífico club; éstas serían las aulas. Regresamos cansados y llenos de energía. En el dormitorio discutimos ruidosamente los detalles de la futura colonia. Antes de separarnos, dijo Ekaterina Grigórievna:

- ¿Sabéis una cosa, muchachos? No está bien soñar cosas imposibles. Eso no es de bolcheviques...

En el dormitorio se hizo un silencio embarazoso. Yo miré rabiosamente a Ekaterina Grigórievna y di un puñetazo sobre la mesa:

- Pues yo le digo que, dentro de un mes, la finca será nuestra. ¿Esto será de bolcheviques?

Los muchachos rompieron en una carcajada y gritaron: ¡Hurra! También yo me eché a reír y conmigo se rió Ekaterina Grigórievna. La noche entera se me fue redactando un informe para el Comité Ejecutivo Provincial. Siete días más tarde me llamó el delegado provincial de Instrucción Pública.

- Habéis tenido una buena idea. Vamos a ver la finca.

Otra semana después nuestro proyecto era discutido en el Comité Ejecutivo Provincial.

Resultó que las autoridades llevaban bastante tiempo sin saber qué hacer con la finca. Y yo tuve oportunidad de describir la pobreza, la falta de perspectivas, el abandono de nuestra colonia, en la que había nacido ya una colectividad llena de vida.

El presidente del Comité Ejecutivo Provincial resolvió:

- Necesitamos un dueño para la hacienda, y aquí tenemos a unos dueños sin hacienda. Que se queden con la finca.

Y ahora tengo en mis manos la autorización para ocupar la finca de los Trepke, más unas sesenta desiatinas de tierra de labor anejas a ella y el presupuesto aprobado para los

gastos de la reparación. Estoy en el centro del dormitorio y me cuesta trabajo creer que no se trata de un sueño. Alrededor de mí veo una multitud de colonos emocionados, un remolino de entusiasmo y de manos tendidas.

- ¡Déjenos ver la autorización!

Entra Ekaterina Grigórievna. Los muchachos se abalanzan a su encuentro con borboteante fogosidad y se oye la voz cantarina de Shelaputin:

- ¿Es o no de bolcheviques? ¡Conteste usted ahora!

- ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

- ¿Es de bolcheviques? ¡Mire, mire!...

El que más se alegró de todos fue Kalina Ivánovich.

- Eres un águila, porque, como se dice entre los curas, el que busca encuentra y el que llama a alguna puerta acaba consiguiendo que le den...

- En el testuz -interrumpió Zadórov.

- ¿Cómo en el "testuz"? -se volvió hacia él Kalina Ivánovich-. Ahí tienes la autorización.

- Usted es el que anduvo llamando cuando lo del tanque y entonces le dieron en el testuz. Pero, en cambio, ésta es una cosa que el Estado necesita y no nos la dan porque nosotros la hayamos suplicado...

- Tú eres joven aún para poder interpretar las escrituras -bromeó Kalina Ivánovich, ya que en aquel momento no podía enfadarse.

El primer domingo, Kalina Ivánovich, conmigo y una multitud de colonos, fue a recorrer nuestra nueva posesión. Su pipa humeaba triunfalmente a la vista de cada ladrillo de la finca de los Trepke. Dándose importancia, pasó cerca del tanque.

- ¿Cuándo vamos a trasladar el tanque, Kalina Ivánovich? -preguntó en serio Burún.

- ¿Y para qué vamos a trasladarlo? También aquí nos servirá. ¿Acaso no comprendes que la cuadra está montada según la última palabra de la técnica extranjera?

NO HAY PULGA MALA

Tardamos bastante en traducir al lenguaje de los hechos nuestro entusiasmo por la conquista de la herencia de los hermanos Trepke. Diversas causas retrasaron la entrega del dinero y de los materiales. Pero el principal obstáculo era el Kolomak, un riachuelo pequeño, aunque maligno, que separaba nuestra colonia de la finca de los Trepke. Este río se condujo en abril como un representante muy respetable de los elementos naturales. Al principio, se desbordaba lento y tenaz, y después volvía con mayor lentitud aún a sus humildes riberas y dejaba a sus espaldas una nueva calamidad: un barro intransitable, por el que no podía pasar nadie.

Por eso Trepke como entre nosotros llamábamos a la nueva adquisición, siguió todavía mucho tiempo en ruinas. Todo este tiempo los colonos estuvieron entregándose a efusiones primaverales. Por las mañanas, después del desayuno, esperando la llamada al trabajo, se instalaban cerca del cobertizo y se calentaban al sol, ofreciendo sus vientres a los rayos solares y tirando despreciativamente sus klifts por el patio. Podían permanecer horas enteras al sol, resarciéndose de los meses invernales, en que era difícil entrar en calor hasta dentro de los dormitorios.

La llamada al trabajo les obligaba a levantarse. Entonces iban con desgana a sus puestos, pero, incluso en pleno trajín, encontraban pretextos y posibilidades técnicas para seguir tomando el sol.

A principios de abril se escapó Vaska Poleschuk. No era un colono envidiable. En diciembre, me encontré con este cuadro en la delegación de Instrucción Pública: un grupo numeroso de gente rodeaba junto a una mesita a un chicuelo sucio y harapiento. La sección de deficientes le había reconocido como anormal y quería enviarle a una casa de atrasados mentales. El harapiento protestaba, llorando y gritando que él no estaba loco, que le habían llevado con artimañas a la ciudad cuando, en realidad, le habían prometido llevarle a una escuela de Krasnodar.

- ¿Por qué gritas? -le pregunté yo.
- Pues, porque me toman por loco...
- Ya lo he oído. Deja de llorar y ven conmigo.
- ¿Y cómo vamos a ir?
- Montados en nuestras piernas. Ensilla.
- ¡Ji, ji, ji!...

La fisonomía del harapiento, desde luego, no era la fisonomía de una persona inteligente. Pero una energía poderosa desprendíase de él y yo me dije: Es igual, no hay pulga mala...

La sección de deficientes se desembarazó con alegría de su cliente y emprendimos animosos el camino de la colonia. Durante el trayecto el muchacho me refirió la historia de costumbre, que empezaba con la muerte de los padres y con la mendicidad. Se llamaba Vaska Poleschuk.

Según sus palabras, sabía ya lo que era estar herido: había participado en la toma de Perekop.

Al día siguiente de llegar a la colonia enmudeció, y ni los educadores ni los muchachos conseguían hacerle hablar. Por lo visto, semejantes fenómenos habían impelido a los peritos a considerarle loco.

Los muchachos, interesados por su mutismo, me pidieron permiso para aplicarle no sé qué método especial: era preciso asustarle, y entonces rompería a hablar en el acto. Lo prohibí categóricamente. En general; lamentaba haber traído a este mudo a la colonia.

De repente Poleschuk empezó a hablar, a hablar sin motivo alguno. Era simplemente un maravilloso día de primavera, tibio, que olía a tierra secándose y a sol. Poleschuk rompió a hablar enérgicamente, a gritos, acompañando sus palabras de risas y de saltos. Se pasaba días enteros sin separarse de mí, hablándome de los encantos de la vida en el Ejército Rojo y del jefe Zubati.

- ¡Qué hombre! Tenía unos ojos azules, que parecían negros y que, cuando miraban, se sentía frío hasta en la barriga. Cuando estuvo en Perekop, incluso los nuestros le tenían miedo.

- ¿Por qué hablas tanto de ese Zubati? -le preguntaban los muchachos-. ¿Conoces su dirección?

- ¿Qué dirección?

- La dirección para escribirle. ¿Tú la conoces?

- No, no la conozco. Pero ¿para qué escribirle? Iré a Nikoláiev y allí daré con él.

- ¿Y si te echa?...

- No me echará. Fue otro quien me echó. Decía que no se debía perder tiempo con un bobo.

¿Es que yo soy bobo?

Poleschuk se pasaba el día íntegro hablándonos a todos de Zubati, de su apostura, de su intrepidez y de que nunca blasfemaba.

Los muchachos le preguntaban a boca de jarro:

- ¿Te dispones a largarte?

Poleschuk, pensativo, se quedaba mirándome. Meditaba largo tiempo y, cuando los muchachos se olvidaban ya de él y pasaban a tratar apasionadamente otro tema, zarandeaba de repente al que le había hecho la pregunta:

- ¿Antón se enfadará?

- ¿De qué?

- Si me largo.

- ¿Y tú crees que no? ¡Valía la pena de perder el tiempo contigo!...

Vaska se quedaba pensativo otra vez.

Y un día, después del desayuno, Shelaputin vino corriendo hacia mí.

- Vaska no está en la colonia... y no ha desayunado. Se ha largado. Se ha ido con Zubati.

Los muchachos me rodearon en el patio. Tenían interés por saber qué impresión me había producido la fuga de Vaska.

- A pesar de todo, Poleschuk se ha escapado...

- El olor a la primavera...

- Se habrá ido a Crimea.

- A Crimea no: a Nikoláiev...

- Si fuésemos a la estación, podríamos echarle el guante...

Y, aunque Poleschuk no era un colono envidiable, su fuga me produjo una impresión muy penosa. Me amargaba como una ofensa que, sin querer aceptar nuestro pequeño sacrificio, se hubiera marchado en busca de algo mejor. Pero, al mismo tiempo, yo sabía que la indigencia de nuestra colonia era incapaz de retener a nadie.

- ¡Que se vaya al diablo! -les dije a los muchachos-. Se ha ido, y no hay más que hablar. Tenemos asuntos más importantes.

En abril Kalina Ivánovich comenzó a arar. Este acontecimiento cayó sobre nosotros de manera completamente imprevista. La comisión encargada de los asuntos relacionados con los menores de edad había detenido a un pequeño cuatrero. El delincuente había sido enviado no sé a dónde, pero con el dueño del caballo no se pudo dar. La comisión pasó una semana entre terribles tormentos: no estaba acostumbrada a tener en su poder una prueba material tan incómoda como un caballo. Un día que fue a la comisión, Kalina Ivánovich -enterado de los tormentos y de la triste vida del inocente caballo, recluido en un patio pavimentado de guijarros- empuñó las riendas del animal sin decir nada a nadie y se lo trajo a la colonia. Tras él volaron los suspiros de alivio de los miembros de la comisión.

En la colonia Kalina Ivánovich fue recibido con gritos de entusiasmo y de asombro. Gud tomó en sus manos trémulas de emoción las riendas que le entregó Kalina Ivánovich y guardó en lo más hondo de su alma el sermón del viejo:

- ¡Ten cuidado! Al caballo no hay que tratarle como os tratáis aquí vosotros. Es un animal, que no sabe hablar y que no puede decir nada. Ya comprenderéis que no está en condiciones de quejarse. Pero, si le molestas y te larga una coz en la cabezota, no se te ocurra ir a Antón Semiónovich. Llores o no llores, yo, de todas formas, daré contigo y te partiré la cabeza.

Nosotros rodeábamos a aquel grupo solemne, y ninguno protestó contra los espantosos peligros que se cernían sobre la cabeza de Gud. Kalina Ivánovich sonreía, resplandeciente, a través de su pipa, pronunciando un discurso tan terrorífico. El caballo era de pelaje rojizo, todavía no viejo y bastante bien cuidado.

Durante varios días Kalina Ivánovich trabajó con los muchachos en el cobertizo. Con ayuda de martillos, de destornilladores, de simples trozos de hierro y, en fin, con ayuda de muchos discursos didácticos, logró construir de los diversos restos inútiles de la vieja colonia algo que se parecía a un arado. Y vimos un cuadro inefable: Burún y Zadórov arando. Kalina Ivánovich, que iba a su lado, les decía:

- ¡Vaya parásitos! ¡No sabéis ni arar! Aquí tenéis un blanco, y aquí otro, y otro...

Los muchachos refunfuñaban bonachones:

- Debería enseñarnos usted, Kalina Ivánovich. Pero, seguramente, usted no ha arado nunca.

Kalina Ivánovich se quitaba la pipa de la boca y procuraba dar a su rostro una expresión feroz.

- ¿Cómo? ¿Que yo no he arado nunca? Pero, ¿qué falta hace que uno mismo are? Aquí lo que hace falta es comprender. Yo comprendo que tú has hecho blancos, y tú no lo comprendes.

A un lado iban Gud y Brátchenko. Gud espiaba a los labradores por si maltrataban al caballo, mientras Brátchenko se limitaba a contemplar embelesado al Pelirrojo. Se había ofrecido a Gud como ayudante voluntario en los trabajos de la cuadra. En el cobertizo, algunos de los muchachos mayores se afanaban junto a la vieja sembradora. Sofrón Golován les imprecaba, asombrando sus almas impresionables con la erudición de cerrajero y de herrero que poseía.

Sofrón Golován estaba dotado de algunos rasgos muy notables, que le destacaban de los demás mortales: hombre de estatura gigantesca, lleno de alegría de vivir, eternamente bebido y jamás borracho, tenía acerca de todas las cosas una opinión propia que dejaba siempre estupefacta a la gente por su ignorancia. Golován era una monstruosa amalgama de kulak y de herrero: poseía dos jatas, tres caballos, dos vacas y una fragua. Pero, con todo, era un buen herrero, y sus manos parecían incomparablemente más listas que su cabeza. La fragua de Sofrón estaba en la carretera de Járkov junto a una posada, y en esta posición geográfica residía el secreto del enriquecimiento de la familia Golován.

Sofrón vino a la colonia invitado por Kalina Ivánovich. En nuestros cobertizos había aparecido algún que otro instrumental de forja. La propia fragua estaba semiderruida, pero Sofrón nos propuso traer su yunque y su hornillo, añadir algún otro instrumental y trabajar con nosotros como instructor. Incluso se comprometió a reparar la fragua por su cuenta. A mí me sorprendió tanto afán de ayudarnos.

Mi perplejidad quedó disipada con el informe nocturno de Kalina Ivánovich. Metiendo un papel en el cristal de mi quinqué para encender su pipa, Kalina Ivánovich me dijo:

- Ese parásito de Sofrón no viene en vano a trabajar con nosotros. Los mujiks le presionan, ¿sabes?, y tiene miedo a que le quiten la fragua. En cambio, trabajando aquí, tendrán que considerarle como si estuviera sirviendo a los Soviets.

- Y entonces, ¿qué vamos a hacer con él? -pregunté a Kalina Ivánovich.

- ¿Qué vamos a hacer? ¿Quién querrá venir aquí? ¿De dónde podemos sacar una fragua? ¿Y las herramientas? Casa tampoco tenemos, y, si aparece alguna covachuela, de todas formas deberemos llamar a los carpinteros. ¿Y sabes una cosa? -Kalina Ivánovich entornó los párpados-. ¿A nosotros qué más nos da? Sea bizca, sea jorobada, con tal de que sea bien dotada. ¡Da lo mismo que sea un kulak! De todas formas, trabajará como es debido.

Kalina Ivánovich, meditativo, llenaba de humo mi habitación y, de pronto, dijo, sonriendo:

- Los mujiks, esos parásitos, acabarán quitándole la fragua. ¿Y qué van a sacar con ello? De todas formas, no harán nada. Más vale, entonces, que tengamos nosotros nuestra fragua, porque, pase lo que pase, Sofrón está perdido. Esperaremos un poquito y después le daremos la patada: nosotros somos una institución soviética, y tú, hijo de perra, eres una sanguijuela que bebe sangre humana, ¡je, je, je!

Habíamos recibido ya parte del dinero presupuestado para la reparación de la finca, pero era tan poco que exigía de nosotros una habilidad extraordinaria. Todo debíamos hacerlo con nuestras propias manos. Para ello, la fragua era imprescindible, así como un taller de carpintería. Teníamos los bancos. En ellos, aunque difícilmente, se podía trabajar: habíamos comprado herramientas. Poco después apareció en la colonia el

instructor carpintero. Bajo su dirección, los muchachos se dedicaron enérgicamente a serrar las tablas traídas de la ciudad y a ensamblar las puertas y ventanas de la nueva colonia. Por desgracia, los conocimientos profesionales de nuestros carpinteros eran tan insignificantes, que el proceso de fabricación de puertas y ventanas para la vida futura fue muy doloroso en los primeros tiempos. Los trabajos en la fragua -y eran muchos- tampoco nos alegraban al principio. Sofrón no se distinguía por el afán de terminar rápidamente el período de reconstrucción en el Estado soviético. Su jornal de instructor se expresaba en cifras insignificantes: los días de pago, Sofrón enviaba ostensiblemente todo el dinero por un muchacho a alguna mujer que fabricaba aguardiente:

- Tres botellas de aguardiente -ordenaba.

Tardé en saberlo. En general, yo estaba como hipnotizado entonces por esta relación: garfios, bisagras, argollas, pestillos. Y como yo, todo el mundo sentíase arrebatado por el trabajo en vías de franco desarrollo. Entre los muchachos se destacaban ya carpinteros y herreros; el dinero comenzó a sonarnos en los bolsillos.

Nos entusiasmaba la animación que la fragua había traído consigo. A las ocho de la mañana, resonaba ya en la colonia el alegre sonido del yunque. En la fragua había siempre risas, y junto a su amplio portón, abierto de par en par, constantemente aguardaban dos o tres aldeanos que discurrían de sus quehaceres, de los impuestos en especie de Verjola, el presidente del Comité de campesinos pobres, del forraje, de la sembradora. Herrábamos los caballos del lugar, colocábamos llantas de hierro en las ruedas, reparábamos los arados. A los campesinos pobres les cobrábamos únicamente la mitad de la tarifa, y aquí nacieron interminables discusiones acerca de la justicia y la injusticia social.

Sofrón se ofreció a construirnos una carreta. En los cobertizos de la colonia, donde había, en cantidad inagotable, toda clase de trastos, encontramos la caja de un carro. Kalina Ivánovich trajo de la ciudad dos ejes, sobre los que estuvieron golpeando por espacio de dos días los machos y los martillos de la fragua. Por fin, Sofrón declaró que la carreta estaba ya lista, pero que faltaban las ballestas y las ruedas. No teníamos ni lo uno ni lo otro. Durante mucho tiempo yo rebusqué por la ciudad, implorando ballestas viejas, y Kalina Ivánovich emprendió un largo viaje al interior del país. Viajó una semana entera y trajo consigo dos pares de llantas nuevas y unos cuantos centenares de impresiones diversas, entre las cuales la principal era ésta:

- ¡Qué gente tan inculta son esos mujiks!

Sofrón nos trajo del caserío a Kósir. Kósir tenía cuarenta años y se persignaba a cada oportunidad. Apacible y cortés, tenía siempre una animación sonriente. Hacía poco tiempo que había salido de un manicomio y temblaba mortalmente sólo de oír el nombre de su propia esposa, culpable del diagnóstico erróneo de los siquiatras provinciales. Kósir hacía ruedas de carros. Cuando le pedimos que nos hiciese cuatro ruedas, se alegró extraordinariamente. Las peculiaridades de su vida familiar y sus brillantes dotes de asceta le impulsaron a hacernos una proposición puramente práctica:

- ¿Saben una cosa, camaradas? Ya que, loado sea el Señor, han llamado al viejo, ¿saben lo que voy a decirles? Que me quedaré a vivir aquí.

- Aquí no hay dónde.

- No importa, no importa; ustedes no se preocupen, yo encontraré dónde, y Nuestro Señor me ayudará. Ahora estamos en verano. Para el invierno ya nos

arreglaremos de algún modo. Yo me acomodaré en ese cobertizo. Me las compondré bien...

- Bueno, quédese usted.

Kósir se persignó y pasó inmediatamente a desarrollar el aspecto práctico de la cuestión:

- Conseguiremos llantas. Kalina Ivánovich no sabe encontrarlas, pero yo sí sé. Los propios mujiks nos las traerán. Ya verán ustedes cómo no nos deja abandonados Nuestro Señor.

- Pero si ya no nos hacen falta más llantas.

- ¿Cómo que no nos hacen falta ? ¡Dios os libre! Si no les hacen falta a ustedes, a la gente sí le hacen falta. ¿Cómo puede pasarse el mujik sin ruedas? Ustedes las venden y así sacan dinero; con ello saldrán ganando los muchachos.

Kalina Ivánovich apoyó, riéndose, la petición de Kósir:

- ¡El diablo sea con él! Que se quede. En la naturaleza, ¿sabes?, todo está tan bien dispuesto, que hasta cada hombre sirve para algo.

Kósir pasó a ser pronto el preferido de todos los colonos. Los muchachos consideraban su religiosidad como una forma especial de demencia, muy desagradable para el enfermo, pero nada peligrosa para quienes le rodeaban. Más aún: Kósir desempeñó un papel positivo, pues contribuyó a despertar en los muchachos un sentimiento de aversión por todo lo religioso.

Se instaló en una habitación pequeña, junto al dormitorio. Aquí se sentía bien guarecido contra los actos agresivos de su esposa, que poseía, en efecto, un carácter verdaderamente demencial. Los muchachos experimentaban un auténtico placer defendiendo a Kósir de los vestigios de su vida pasada. La mujer de Kósir se presentaba en la colonia siempre entre gritos y maldiciones. Exigiendo el retorno del marido al hogar familiar, nos culpaba a todos nosotros -los colonos, el Poder soviético, ese granuja de Sofrón y yo- del hundimiento de su felicidad doméstica. Los muchachos le demostraban con ironía manifiesta que Kósir no tenía para ella ninguna utilidad como marido, que la fabricación de ruedas era algo mucho más importante que la felicidad doméstica. Mientras tanto, el propio Kósir, escondido en su habitación, esperaba, paciente, a que el ataque fuera definitivamente rechazado. Y sólo cuando la voz de la esposa ofendida resonaba tras el lago y de sus maldiciones llegaban únicamente retazos sueltos ...hijos de... que... os... vuestra cabeza... , Kósir aparecía en escena:

- ¡Hijitos! ¡Sálvame, Jesucristo! Una mujer tan poco ordenada...

A pesar de un medio tan hostil, el taller de fabricación de ruedas comenzó a rendir beneficios. Kósir, textualmente con ayuda de una persignación, sabía hacer excelentes negocios comerciales; la gente nos traía llantas sin que nosotros las buscásemos e incluso no nos exigía el pago inmediato. Se trataba, en efecto, de un espléndido constructor de ruedas, y la fama de su trabajo había rebasado en mucho los límites de nuestro distrito.

Nuestra vida se hizo más complicada y más alegre. A pesar de todo, Kalina Ivánovich consiguió sembrar en nuestro prado unas cinco desiatinas de avena; el Pelirrojo caracoleaba en la cuadra, en el patio lucía la carreta, cuyo único defecto era su altura sin igual: se alzaba más de dos metros sobre el suelo, y el pasajero sentado en su cesta tenía

siempre la impresión de que el caballo que tiraba de la carreta iba no sólo delante, sino también muy debajo.

Desarrollamos una actividad tan intensa, que comenzamos ya a sentir falta de mano de obra. Tuvimos que reparar a toda prisa un dormitorio más, y pronto nos llegaron refuerzos. Fueron de un tipo completamente nuevo.

Por aquel tiempo había sido liquidado un gran número de atamanes y de batkos, y todos los menores de edad pertenecientes a las diversas bandas de las Lévchenko y de las Marusias, cuyo papel militar y bandidesco no había rebasado las obligaciones de cocheros o de pinches, eran enviados a la colonia. Gracias, precisamente, a esta circunstancia histórica aparecieron en la colonia los nombres de Karabánov, Prijodko, Golos, Soroka, Vérshnev, Mitiaguin y otros.

CARÁCTER Y CULTURA

La llegada de nuevos colonos debilitó sensiblemente nuestra poco firme colectividad, y de nuevo adquirimos el aspecto de una cueva de malhechores.

Nuestros primeros educandos se habían formalizado únicamente para las necesidades más imprescindibles. Los adeptos del anarquismo patrio eran todavía menos partidarios de someterse a cualquier orden. Debe hacerse constar, sin embargo, que en la colonia jamás volvieron a aparecer la franca resistencia y la grosería respecto al personal educativo. Cabe suponer que Zadórov, Burún, Taraniets y los demás supieron comunicar a los novatos la breve historia de los primeros días de la colonia Gorki. Tanto los nuevos colonos como los viejos demostraron siempre su convicción de que el personal educativo no era una fuerza hostil a ellos. La causa principal de esta convicción residía, sin género de dudas, en el trabajo de nuestros educadores, tan manifiestamente abnegado y difícil, que inspiraba un respeto natural.

Por esto, los colonos, salvo alguna que otra rara excepción, estuvieron siempre en buenas relaciones con nosotros, aceptando la necesidad de trabajar y de estudiar en la escuela y comprendiendo con bastante claridad que todo ello se desprendía de nuestros intereses comunes. La pereza y la falta de voluntad de pasar privaciones revestían entre nosotros formas puramente zoológicas y jamás adquirieron la forma de una protesta.

Nosotros comprendíamos que todo ese bienestar era una forma puramente externa de la disciplina y que tras ella no se encerraba ninguna clase de cultura, ni siquiera la más primitiva.

La razón de que nuestros colonos siguieran viviendo en medio de nuestra indigencia y de nuestro bastante rudo trabajo, la razón de que no huyesen de la colonia no debía ser buscada únicamente, claro está, en el terreno pedagógico. El año 1921 no ofrecía nada de envidiable para la vida en la calle. Aunque nuestra provincia no figuraba entre las hambrientas, en la propia ciudad se sufrían bastantes privaciones e incluso hambre. Además, en los primeros años casi no recibimos a auténticos niños abandonados, hechos a vagar por la calle. La mayoría de nuestros educandos procedían de famílias con las que acababan de romper.

Nuestros muchachos constituían, como término medio, una amalgama de rasgos muy brillantes de carácter y un nivel bajísimo de cultura. Precisamente estos muchachos eran los que se procuraba enviar a nuestra colonia, destinada especíalmente a los educandos difíciles.

En su enorme mayoría tratábase de semianalfabetos o de analfabetos totales. Casi todos estaban acostumbrados a la suciedad y a los piojos, y frente a los demás había ido formándose en ellos una actitud permanente, entre defensiva y amenazadora, de heroísmo primitivo.

Destacaban de toda esa masa algunos muchachos de nivel intelectual más elevado, como Zadórov, Burún, Vetkovski, Brátchenko y, entre los nuevos, Karabánov y Mitiaguin. Los demás asimilaban gradualmente y con extraordinaria lentitud la cultura humana, con mayor lentitud aún porque éramos pobres y pasábamos hambre.

Durante el primer año nos abatía particularmente su continuo afán de reñir entre sí, la terrible debilidad de sus vínculos colectivos, que se rompían a cada momento y por cualquier nimiedad. Esto ocurría en grado considerable no ya por animadversión, sino por esa misma postura heroica, que no atenuaba ningún sentimiento político. Aunque bastantes muchachos habían estado en campos de clases hostiles, ninguno de ellos tenía la menor sensación de pertenecer a una u otra clase. Entre los educandos no había casi hijos de obreros. El proletariado era para ellos algo lejano e ignoto; la mayoría observaba un profundo desprecio por el trabajo campesino, desprecio que no se refería tanto al trabajo en sí como a la vida de los campesinos y a su sicología. Por lo tanto, les quedaba un amplio margen para toda clase de arbitrariedades, para la manifestación de una personalidad, que en su aislamiento llegaba al salvajismo.

El cuadro, en general, era penoso, pero, de todas suertes, los brotes de vida colectiva crecidos durante el primer invierno germinaban calladamente en nuestra sociedad, y era preciso salvarlos fuera como fuera, sin permitir que les ahogase la llegada de los refuerzos. Yo creo que mi mérito principal radica en haber sabido comprender esta importante circunstancia y haberla valorado exactamente. La defensa de esos primeros brotes fue luego un proceso tan increíblemente difícil, tan infinitamente largo y penoso, que, de haberlo sabido antes, es seguro que me hubiera intimidado y habría renunciado a la lucha. Por fortuna, me sentía siempre como en vísperas del triunfo, aunque para esto hacía falta ser un optimista incorregible.

En cada jornada de mi vida de entonces había obligatoriamente fe, alegría y desesperación.

Todo, al parecer, marcha bien. Por la noche, los educadores han concluido su trabajo, han leído algún libro, simplemente han charlado o jugado, y, después de dar las buenas noches a los muchachos, se han retirado a sus habitaciones. Los muchachos, aparentemente tranquilos, se disponen a acostarse. En mi habitación va cesando de latir el pulso del día de trabajo. Todavía permanece conmigo Kalina Ivánovich, dedicado, con arreglo a su costumbre, a alguna generalización; cerca de nosotros da vueltas un colono curioso; junto a la puerta, Gud y Brátchenko se disponen al ataque cotidiano contra Kalina Ivánovich por cuestiones relacionadas con el forraje, y de pronto irrumpe, gritando, algún pequeño:

- ¡En el dormitorio están matándose los muchachos!

Salgo disparado de la habitación. En el dormitorio gritos y estrépito. En un rincón dos grupos furiosos y erizados hasta el frenesí. Los gestos amenazadores y los saltos se mezclan con espantosos insultos; uno le atiza a otro, Burún arrebata a un héroe su navaja y alguien le grita desde lejos:

- ¿Y tú por qué te metes? ¿Quieres que te estampe mi firma?

Sentado en su cama, entre una multitud de simpatizantes, un herido se venda silenciosamente con un trozo de sábana la mano maltrecha.

Yo nunca separaba a los que combatían, nunca me esforzaba por chillar más que ellos.

A mi espalda, Kalina Ivánovich, empavorecido, musita:

- ¡Ay, de prisa, de prisa, querido, que si no, los parásitos se degollarán y no quedará ni uno vivo!...

Pero yo permanezco silencioso en la puerta y observo. Poco a poco los muchachos advierten mi presencia y se apaciguan. El rápido silencio hace volver en sí incluso a los más enfurecidos. Se guardan las navajas y se bajan los puños; los monólogos coléricos e injuriosos se cortan a media palabra. Pero yo sigo sin decir nada: dentro de mí hierven la ira y el odio a todo este mundo salvaje. Es el odio a la impotencia, porque sé perfectamente que hoy no será el último día de pelea.

Por fin, se establece en el dormitorio un angustioso y pesado silencio. Incluso se calman los sordos sonidos de la respiración jadeante.

Entonces estallo súbitamente yo mismo, estallo en un acceso de verdadera ira, y, penetrado de la consciente seguridad de que así debe ser, ordeno:

- ¡Las navajas sobre la mesa! ¡Y de prisa, demonio!...

La mesa va llenándose de armas: navajas, cuchillos de cocina, cogidos especialmente para la pelea, cortaplumas y puñales hechos en la fragua. El silencio sigue pesando sobre el dormitorio. Cerca de la mesa sonríe Zadórov, el simpático y encantador Zadórov, que ahora me parece el único ser próximo a mí. Yo vuelvo a ordenar categóricamente:

- ¡Los rompecabezas!

- Yo tengo uno; lo he recogido antes -dice Zadórov.

Todos permanecen con la cabeza gacha.

- ¡A dormir!...

No me voy del dormitorio hasta que se acuesta el último muchacho.

Al día siguiente, los colonos procuran no recordar el escándalo de la víspera. Tampoco yo aludo a él.

Pasa un mes, otro. Durante este tiempo, focos aislados de hostilidad humean débilmente en algunos sitios, pero si intentan tomar impulso, son pronto sofocados en el seno de la propia colectividad. Hasta que, de repente, vuelve a estallar la bomba, y de nuevo los colonos enfurecidos, perdiendo todo aspecto humano, se persiguen cuchillo en alto.

Una noche comprendí que era preciso apretar la tuerca, como se dice entre nosotros. Después de una pelea ordeno a Chóbot, uno de los caballeros más infatigables de la navaja, que se presente en mi habitación. Obedece sumisamente. Ya en la habitación, le digo:

- Tendrás que abandonar la colonia.

- ¿Y a dónde voy a ir?

- Te aconsejo que vayas allí donde esté tolerado el empleo del cuchillo. Hoy por que un camarada no te cedió el sitio en el comedor, le has pinchado con el cuchillo. Busca, pues, un sitio donde las discusiones se decidan a cuchilladas.

- ¿Cuándo debo marcharme?

- Mañana por la mañana.

Se aparta sombrío. Por la mañana, durante el desayuno, todos los muchachos me piden que perdone a Chóbot. Ellos responden de él.

- ¿Cómo respondéis?

- ¿Cómo respondéis? Supongamos que, a pesar de todo, empuña un cuchillo. Entonces, ¿qué vais a hacer vosotros?

- En tal caso, le expulsará usted.

- Eso quiere decir que no respondéis de ningún modo. No, se irá de la colonia.

Después del desayuno Chóbot se me acercó.

- Adiós, Antón Semiónovich -me dijo- ; gracias por la lección...

- Hasta la vista y no me guardes rencor. Si la vida se te hace difícil, vuelve, pero no antes de quince días.

Al cabo de un mes regresó, pálido y flaco:

- He vuelto, como usted me dijo.

- ¿No has encontrado un sitio donde se pueda discutir a cuchilladas?

Sonrió.

- ¿Cómo que no lo he encontrado? Hay sitios así... Pero seguiré en la colonia y no volveré a tocar un cuchillo.

Los colonos nos acogieron cariñosamente en el dormitorio.

- ¡A pesar de todo, le ha perdonado! Ya lo decíamos nosotros.

AÚN QUEDAN CABALLEROS EN UCRANIA

Un domingo se embriagó Osadchi. Le trajeron a mi presencia porque estaba escandalizando en el dormitorio. Sentado en mi habitación, no cesaba de proferir tonterías de borracho ofendido. Era inútil hablar con él. Le dejé allí y le ordené que se acostara. Dócilmente se quedó dormido.

Pero, al entrar en el dormitorio, noté olor a alcohol. Numerosos muchachos rehuían evidentemente hablar conmigo. No quise complicar las cosas buscando a los culpables y me limité a decir:

- No es sólo Osadchi quien está borracho. Otros han bebido también.

Algunos días más tarde hubo nuevos casos de embriaguez en la colonia. Parte de los muchachos ebrios evitaban encontrarse conmigo; otros, arrepentidos en medio de su borrachera, acudían, por el contrario, a mí y, entre lágrimas, charlaban por los codos y me juraban afecto.

No me ocultaron que les habían invitado en el caserío.

Estábamos rodeados de un mar de samogón. (13) En la propia colonia había casos frecuentes de embriaguez entre los empleados y los campesinos. Al mismo tiempo, supe que Golován enviaba a los muchachos por samogón. El propio Golován no lo negó:

- ¿Y qué hay de particular en ello?

Kalina Ivánovich, que no bebía nunca, empezó a gritarle:

- ¿No comprendes, parásito, lo que significa el Poder soviético? ¿Crees que el Poder soviético existe para que tú te atiborres de samogón ?

Girando con torpeza en la silla chirriante y endeble, Golován argüía:

- ¿Y qué hay en ello de particular? ¿Quién es el que no bebe? Pregunte usted... Todos tienen algún alambique y beben todo lo que les da la gana. ¡Que el Poder soviético no beba entonces!...

- ¿Qué Poder soviético?

- Pues todo. Y en la ciudad se bebe y los ucranianos también.

- ¿Usted sabe quién vende aquí samogón ? -le pregunté.

- ¡Cualquiera lo sabe! Yo jamás lo he comprado. Cuando me hace falta, mando a alguien por él.

¿Por qué quiere saberlo usted? ¿Piensa confiscar los aparatos para fabricar samogón ?

- Pues ¿qué piensa usted? Claro que los confiscaré...

- ¡Je! Cuántos quitó la milicia, y ya ve usted: no ha conseguido nada.

Al día siguiente obtuve en la ciudad un mandato que me autorizaba a luchar implacablemente contra el samogón en todo el territorio de nuestro Soviet rural. Por la noche celebré un consejo con Kalina Ivánovich. El viejo se sentía escéptico:

(13) .- Especie de aguardiente hecho de trigo, remolacha, etc., por procedimientos rudimentarios.

- No te metas en este asunto sucio. Aquí hay montado todo un negocio: el presidente,

Grechani, es de ellos, ¿comprendes? Y en los caseríos, mírese a donde se mire, todos son Grechani y nada más que Grechani. Gente, que ¿sabes?, no ara con caballos, sino con bueyes. Y date cuenta: tienen Gonchárovka así -y Kalina Ivánovich mostró el puño cerrado-. ¡La tienen bien sujeta los parásitos, y no hay nada que hacer!

- No comprendo, Kalina Ivánovich. ¿Qué tiene que ver el samogón con eso?

- ¡Qué hombre más raro eres! ¡Parece mentira que tengas ilustración! Todo el poder está en sus manos. Más vale que no te metas con ellos, porque, si no, te harán la vida imposible. ¿Comprendes?

En el dormitorio previne a los colonos:

- Muchachos, os digo sinceramente que no permitiré beber a ninguno. Y expulsaré del caserío a esa banda de fabricantes de samogón . ¿Quién quiere ayudarme?

La mayoría de los muchachos se quedaron perplejos, pero otros se me ofrecieron con fervor.

A Karabánov le brillaron los grandes ojos negros.

- Eso está muy bien. Muy bien. Es preciso meter un poco en cintura a esos mujiks.

Invité en calidad de ayudantes a tres muchachos: Zadórov, Vólojov y Taraniets. Avanzada la noche del sábado, nos pusimos a elaborar el plan. En torno a mi mesilla de noche, los muchachos permanecían inclinados sobre un plano del caserío, trazado por mí, y Taraniets, las manos hundidas en sus greñas pelirrojas, husmeaba el papel con su nariz salpicada de pecas.

Anton Bratchenko conduce el primer carro.
El segundo por la derecha es Semyon Karabanov

- Atacaremos una jata -dijo-, y en las otras esconderán el samogón . Tres personas son pocas.

- ¿Es que hay samogón en tantas jatas ?

- En casi todas: en la de Musi Grechani lo fabrican, y en la de Andréi Kárpovich, y en la del propio presidente Serguéi Grechani. Los Verjolas se dedican también todos a fabricarlo y las mujeres lo venden en la ciudad. Necesitamos más muchachos; si no, ¿sabe?, nos hincharán los morros y no conseguiremos nada.

Sentado silenciosamente en una esquina, Vólojov bostezaba.

- ¡Qué van a poder con nosotros! Unicamente con Karabánov nos basta. Y nadie se atreverá a tocarnos ni con un solo dedo. Yo conozco bien a esos mujiks.(14) Nos tienen miedo.

Vólojov participaba en la operación sin entusiasmo. Todavía entonces me trataba con frialdad: la disciplina le era odiosa. Pero estaba entregado fielmente a Zadórov y le seguía sin comprobar ninguna cuestión de principio.

Zadórov, como siempre, sonreía, tranquilo y seguro. Sabía hacerlo todo sin desgastar su personalidad y sin pulverizar ni un solo gramo de su ser. Y también yo, igual que siempre, no confiaba en nadie como en Zadórov: lo mismo ahora, sin perder su personalidad, sería capaz de efectuar cualquier proeza si la vida le llamaba a ella.

Y Zadórov dijo a Taraniets:

- No le des vueltas, Fiódor; di claramente por qué jata debemos empezar y a dónde hay que ir después. Lo demás, mañana se verá. Eso sí, hay que llevar a Karabánov: sabe hablar con los mujiks, porque él mismo lo es. Y ahora vamos a dormir, que mañana debemos salir antes de que estén todos borrachos en los caseríos, ¿De acuerdo, Gritskó?

- Sí -resplandeció Vólojov.

Nos separamos. Por el patio paseaban Lídochka y Ekaterina Grigórievna.

- Los muchachos -dijo Lídochka- dicen que van ustedes en busca de samogón . ¿Qué falta le hace a usted eso? ¿Es tal vez un trabajo pedagógico? ¿Qué pensarán de nosotros?

- Se trata, precisamente, de un trabajo pedagógico. Venga usted mañana con nosotros.

- ¿Cree que tengo miedo? Iré. Sólo que ése no es un trabajo pedagógico...

- Entonces, ¿viene usted?

- Sí.

Ekaterina Grigórievna me llamó aparte:

- Pero, ¿a santo de qué lleva usted a esa niña?

- No le haga caso -gritó Lidia Petrovna-; iré a pesar de todo.

De tal manera, formamos una comisión de cinco personas.

A las siete de la mañana llamamos a la puerta de Andréi Kárpovich Grechani, nuestro vecino más inmediato. La llamada sirvió de señal para una compleja obertura canina, que se prolongó alrededor de cinco minutos.

únicamente después de la obertura comenzó la representación en regla.

Se inició con la salida a escena del abuelo Andréi Grechani, un viejecillo pequeño, con la cabeza monda, que conservaba una barbita cuidadosamente recortada. El abuelo Andréi nos preguntó secamente:

(14) .- Se emplea aquí en el sentido de persona atrasada, codiciada, glotona, torpe y de mala traza.

- ¿Qué desean ustedes?

- En su casa hay un aparato para fabricar samogón y nosotros venimos a destrozarlo -contesté yo-; aquí está la orden de la milicia provincial.

- ¿Un aparato para fabricar samogón ? -repitió, perplejo, el abuelo Andréí, haciendo correr una aguda mirada por nuestras caras y por la abigarrada vestimenta de los colonos.

Pero en aquel momento se inmiscuyó en fortissimo la orquesta canina. Karabánov, a espaldas del abuelo, consiguió aproximarse al plano posterior y tumbar, por medio de un palo que llevaba previsoramente, a un perro melenudo y pelirrojo, que respondió al atentado con un estruendoso solo dos octavas más alto de la corriente voz canina.

Nos lanzamos por la brecha, ahuyentando a los perros. Vólojov les gritó con una voz imperiosa de bajo, y los perros se dispersaron por los rincones del patio, matizando los acontecimientos ulteriores con una música poco expresiva de ladridos en que se sentía la ofensa. Karabánov estaba ya en la jata y, cuando entramos en ella con el abuelo, nos mostró triunfalmente lo que buscábamos: el aparato para fabricar samogón.

- ¡Aquí está!

El abuelo Andréi daba vueltas por la jata. Su chaqueta nueva de lustrina brillaba lo mismo que en la ópera.

- ¿Habéis hecho samogón ayer? -interrogó Zadórov.

- Sí, ayer -contestó el abuelo Andréi, rascándose, confuso, la barbita y viendo cómo Taraniets sacaba de debajo de un banco que había en el ángulo delantero un cuarterón lleno de néctar color rosáceo-malva.

De improviso el abuelo Andréi se enfureció y se lanzó sobre Taraniets, calculando justamente que lo más fácil sería agarrarle en la angosta esquina, escombrada por los bancos, la mesa y los iconos. Y, en efecto, consiguió sujetar a Taraniets, pero Zadórov tomó con toda tranquilidad el cuarterón por encima de la cabeza del abuelo, y al anciano no le quedó más que la sonrisa injuriosamente abierta y encantadora de Taraniets.

- ¿Qué pasa, abuelo?

- ¿Cómo no os da vergüenza? -gritó colérico el abuelo-. No tenéis conciencia. Andáis robando por las jatas . ¡Y hasta traéis a una muchacha con vosotros! ¿Cuándo dejaréis de dar guerra? ¿Cuándo os tragará, por fin, la tierra?

- ¡Eh, abuelo! Pero si resulta que es usted poeta -dijo, gesticulando animadamente, Karabánov y, apoyándose en el palo, quedó inmóvil ante el abuelo en una actitud expectante y teatral.

- ¡Fuera de mi jata ! -gritó el abuelo Andréi, y, empuñando una enorme horquilla que había junto al horno, golpeó torpemente en un hombro a Vólojov.

Vólojov se echó a reír y volvió a poner la enorme horquilla junto al horno, haciendo ver al abuelo un nuevo detalle del suceso:

- Vale más que mire usted hacia allí.

El abuelo volvió la vista y vio a Taraniets, que descendía del horno con otro cuarterón en las manos, sin perder su franca y encantadora sonrisa. El abuelo Andréi se desplomó en un banco, bajó la cabeza e hizo un ademán de impotencia.

Lídochka se sentó a su lado.

- ¡Andréi Kárpovich! -comenzó a hablarle cariñosamente-. Usted sabe que la ley prohíbe fabricar aguardiente. ¡Hay que ver cuánto trigo se pierde así! ¡Con el hambre que hay alrededor!

- Hambre pasa el vago. El que trabaja, no tiene hambre.

- ¿Y usted, abuelo, ha trabajado? -preguntó con una voz sonora y jovial Taraniets, sentándose en el horno-. A lo mejor es Stepán Nechiporenko quien ha trabajado.

- ¿Stepán?

- Sí, Stepán. Y usted le ha echado de su casa sin pagarle ni darle ropa, y ahora él pide que le admitan en la colonia.

Taraniets chascó alegremente la lengua mirando al abuelo y saltó del horno.

- ¿Qué hacemos con todo esto? -inquirió Zadórov.

- Romperlo en el patio.

- ¿Y el aparato?

- El aparato también.

El abuelo no salió al lugar de la ejecución: se quedó en la jata, escuchando las digresiones económicas, sicológicas y sociales que Lídia Petrovna había comenzado a desarrollar ante él con tanto éxito. Los perros, llenos de indignación, representaban los intereses del amo desde los rincones del patio en que se habían guarecido. Sólo cuando ya nos íbamos, algunos de ellos expresaron una protesta tardía y sin objeto.

Zadórov hizo salir previsoramente a Lídochka de la jata:

- Venga con nosotros, porque, si no, el abuelo hará salchichas de usted...

Lídochka salió, animada por la conversación que había mantenido con el abuelo Andréi:

- ¿Sabéis? ¡Lo ha comprendido todo! Está de acuerdo con que hacer samogón es un crimen.

Le respondió una carcajada de los muchachos. Karabánov miró irónicamente a Lídochka:

- ¿Conque de acuerdo? ¡Qué formidable! Si hubiera estado usted hablando más tiempo con él habría roto personalmente el aparato, ¿verdad?

- Dé las gracias a que su mujer no estaba en casa -dijo Taraniets-. Ha ido a la iglesia de Gonchárovka. En cambio, tendremos que oír a la de Verjola.

Luká Semiónovich Verjola visitaba frecuentemente la colonia por diversos asuntos y también nosotros solíamos dirigirnos a él en busca de cosas que nos hacían falta: bien una collera, bien una carreta, bien un tonel. Luká Semiónovich era un diplomático de talento, ubicuo, hablador y servicial. Muy apuesto, sabía cuidar su barba rizada, de un rojo brillante. Tenía tres hijos: el mayor, Iván, era irresistible en diez kilómetros a la redonda, porque tocaba un acordeón vienés de tres filas y lucía gorras de un color verde despampanante.

Luká Semiónovich nos recibió afablemente:

_ ¡Ah, queridos vecinos! ¡Pasen ustedes, pasen ustedes! Ya he oído, ya he oído que están buscando ustedes aparatos. Muy bien, muy bien. Siéntense. Joven, siéntese usted aquí, en el banco. ¿Y qué hay de nuevo? ¿Han encontrado albañiles para la finca de los Trepke? Porque, si no, yo, que pienso ir mañana a Brigadírovka, podría traerles a alguno de allí. Hay allí unos albañiles que... Pero ¿por qué no se sienta, joven ? Yo no tengo

ningún aparato; no me dedico a eso. No se puede. ¿Cómo podría yo?... Una vez que el Poder soviético ha dicho que no se puede, yo comprendo que no debe ser... Mujer, no seas tacaña: ¡se trata de unos visitantes de calidad!...

En la mesa apareció una fuente llena de nata hasta los bordes y una montaña de empanadillas de requesón. Luká Semiónovich invitaba sin implorar, ni adular. Nos arrullaba con su voz agradable de bajo; sus modales eran los de un señor hospitalario. Yo observé que los corazones de los colonos se estremecían a la vista de la nata. Vólojov y Taraniets no podían quitar los ojos del rico convite. Zadórov, de pie en la puerta, sonreía, sonrojándose y comprendiendo lo desesperado de la situación. Karabánov, que se había sentado junto a mí, susurró, aprovechando un momento oportuno:

- ¡Menudo hijo de perra!... ¿Qué vamos a hacerle? No tenemos más remedio que comer. Yo no puedo resistir: ¡palabra que no puedo!

Luká Semiónovich ofreció una silla a Zadórov:

- ¡Coman, queridos vecinos, coman! Podríamos conseguir también un poco de aguardiente, pero como vienen ustedes para un asunto así...

Zadórov se sentó frente a mí, bajó la vista y se metió media empanada en la boca, llenándose de nata la barbilla. Taraniets tenía unos bigotes de nata, que le llegaban hasta las mismas orejas. Vólojov engullía empanadilla tras empanadilla, sin manifestar la menor emoción.

- Sirve más empanadillas -ordenó Luká Semiónovich a su mujer- . Toca algo, Iván...

- Ahora hay servicio en la iglesia -objetó la mujer.

- Eso no tiene importancia -repuso Luká Semiónovich- ; para unos visitantes como éstos se puede tocar.

El apuesto Iván, apacible y silencioso, empezó a tocar Brilla la luna. Karabánov se destornillaba de risa.

- ¡Vaya unos visitantes!...

Después del agasajo, la conversación se animó. Luká Semiónovich apoyaba con gran entusiasmo nuestros planes relativos a la hacienda de los Trepke y estaba dispuesto a acudir en nuestra ayuda con todos sus recursos.

- No vale la pena de que estén ustedes aquí, en el bosque. Trasládense lo antes posible; allí hace falta el ojo del amo. Y aprovechen también el molino. La fábrica ésa no sabe dirigir el asunto. Los mujiks se quejan, se quejan mucho. Hay que moler harina blanca para las empanadillas de Pascua, pero uno se pasa un mes entero yendo hasta allí, y nada. Al mujik le gustan las empanadillas. Sin embargo, ¿cómo va a hacerlas cuando falta la harina blanca, que es lo más importante?

- Tenemos poca fuerza para el molino -repliqué yo.

- ¿Por qué poca? La gente le ayudará... No sabe usted cuánto le aprecia la gente de aquí.

Todos están diciendo siempre: Ése sí que es un hombre bueno...

En aquel momento lírico apareció Taraniets en la puerta, y en la jata resonó el chillido del ama asustada. Taraniets tenía en sus manos la mitad de un magnífico alambique, su parte más vital, el serpentín. Nosotros ni siquiera habíamos advertido la ausencia de Taraniets.

- Lo he encontrado en la buhardilla -explicó Taraniets-. También hay allí samogón . Tibio aún.

Luká Semiónovich se mesó la barba y dejó de sonreír, nada más que por un brevísimo instante. En el acto se recobró y, acercándose a Taraniets, se detuvo, sonriente, ante él.

Después se rascó detrás de la oreja y me guiñó un ojo.

- Este muchacho dará fruto. Bueno, si es así, yo no puedo decir nada... y ni siquiera me ofendo.

La ley es la ley. ¿Qué van a hacer ustedes con el aparato? ¿Romperlo? Iván, ayúdales...

Pero la Verjolija no compartía la lealtad de su cuerdo esposo y, arrancando el serpentín de las manos de Taraniets, clamó:

- Pero, ¿Quién os va a permitir que lo rompáis? ¡Cuando vosotros hagáis uno, podréis romperlo! ¡Harapientos del demonio! ¡Cómo no os marchéis, voy a daros en la cabeza!...

El monólogo de la Verjolija fue interminablemente largo. Lídochka, que hasta entonces había permanecido silenciosa en el ángulo delantero, intentó entablar un apacible debate acerca del daño que produce el samogón, pero la Verjolija poseía unos espléndidos pulmones. Ya habían sido rotas las botellas de samogón; ya Karabánov, armado de una palanca de hierro, concluía en medio del patio de destrozar el aparato; ya se despedía afablemente de nosotros Luká Semiónovich y nos suplicaba que volviéramos a visitarle, asegurándonos que no se sentía ofendido; ya Zadórov había estrechado la mano de Iván y ya Iván había comenzado a tocar algo, y todavía la Verjolija, chillona y gimiente, seguía encontrando nuevos matices para pintar nuestro proceder y augurar nuestro triste sino. Desde los patios contiguos nos miraban mujeres inmóviles; ladraban y aullaban los perros, saltando por los alambres tendidos en los patios, y los dueños de las casas movían la cabeza, mientras limpiaban sus cuadras.

Nosotros saltamos a la calle, y Karabánov se dejó caer contra una valla próxima.

- ¡Ay, no puedo, no puedo! ¡Vaya unos invitados! ¿Cómo decía la mujer? ¡Que se os hinche la barriga de la nata! ¿Cómo tienes tú la tripa, Vólojov?

Aquel día acabamos con seis aparatos de fabricar samogón. Por nuestra parte no hubo bajas.

únicamente, al salir de la última jata nos tropezamos con Serguéi Petrróvich Grechani, el presidente del Soviet rural. El presidente se parecía al cosaco Mamái: cabellos negros untados con aceite y pegados al cráneo y un bigotillo ensortijado. A pesar de su juventud, era el campesino más ordenado del distrito y se le tenía por un hombre muy cabal. Todavía desde lejos nos gritó:

- ¡Espérenme!

Le esperamos

- ¡Buenos días! ¡Felicidades!... Permítame que me interese, ¿en qué mandato se basa semejante intervención arbitraria? ¿Por qué rompen ustedes los aparatos de la gente? ¿Qué derecho tienen a ello?

Afiló más aún sus bigotes y escrutó nuestras sospechosas fisonomías.

Yo le tendí en silencio el mandato de la intervención arbitraria.

Estuvo dándole vueltas largo rato y me lo devolvió descontento.

- Esto, claro está, es una autorización, pero la gente se molesta. Si una colonia cualquiera se dedica a hacer esto, no se podrá asegurar al Poder soviético que este asunto concluirá bien. Yo mismo lucho contra el samogón .

- Pero también usted tiene un aparato -dijo en voz baja Taraniets, permitiendo a sus penetrantes ojillos escrutar con descaro el rostro del presidente.

El presidente miró con ferocidad al andrajoso Taraniets.

- ¡Tú! ¡Tú a callar! ¿Quién eres tú? ¿De la colonia? Llevaremos este asunto hasta lo más alto, y entonces se verá por qué cualquier criminal puede injuriar libremente a los presidentes de los organismos locales.

Nos separamos.

Nuestra expedición había sido provechosa. Al otro día Zadórov anunciaba en la fragua a nuestros clientes:

- El domingo próximo lo haremos mejor aún. Ese día saldrá toda la colonia, los cincuenta que somos.

Los aldeanos asentían con la cabeza y expresaban su conformidad:

- Eso, desde luego, está bien. Porque el trigo se desperdicia y, ya que se trata de una cosa prohibida, está bien.

En la colonia se dejó de beber, pero apareció un nuevo mal: los naipes. Empezamos a advertir que en el comedor era frecuente que uno u otro colono comiera sin pan, que la limpieza o cualquier otro trabajo desagradable no fuese ejecutado por el que debía hacerlo, sino por otro.

- ¿Por qué limpias hoy tú en vez de Ivanov?

- Me lo ha pedido.

El trabajo a petición se convirtió en un fenómeno corriente y hasta llegaron a formarse grupos concretos de peticionarios. Aumentaba también el número de colonos que renunciaban a la comida y cedían su ración a algún camarada.

En una colonia infantil no puede haber mayor desgracia que los naipes. Los naipes sacan al colono de la esfera común de consumo y le obligan a buscar recursos complementarios, pero la única vía para ellos es el robo. Por eso me apresuré a lanzarme al ataque contra este nuevo enemigo.

Ovcharenko, un muchacho alegre y enérgico, ya habituado a la colonia, huyó de ella. No conseguí poner en claro los motivos de su fuga. Al día siguiente, le encontré en el mercado de la ciudad; pero, a pesar de todos mis esfuerzos para convencerle, se negó a volver a la colonia. Le noté lleno de confusión al hablar conmigo.

Una deuda de juego era considerada como una deuda de honor entre nuestros educandos. Negarse a pagar semejante deuda implicaba no sólo el apaleamiento y otros medios coercitivos, sino también el desprecio general. De regreso a la colonia, pregunté por la noche a los muchachos:

- ¿Por qué se ha escapado Ovcharenko?

- ¿Cómo vamos a saberlo?

- Vosotros lo sabéis.

SILENCIO

Aquella misma noche, con ayuda de Kalina Ivánovich, efectué un registro general. Sus resultados me dejaron estupefacto: debajo de las almohadas, en los cofres, en las cajas, en los bolsillos de algunos colonos hallé verdaderos depósitos de azúcar. El más rico era Burún: en su cofre, que él mismo se había construido con mi permiso en el taller de carpintería, aparecieron más de treinta libras. Pero más interesante aún era lo que se encontró en poder de Mitiaguin. Debajo de su almohada se le hallaron dentro de un viejo gorro de piel unos cincuenta rublos en monedas de cobre y de plata.

Burún, muy compungido, confesó sinceramente:

- Lo he ganado jugando a las cartas.

- ¿A los colonos?

- Sí.

Mitiaguin respondió:

- Yo no diré nada.

El depósito principal de azúcar, de prendas ajenas, de blusas, de pañuelos, de bolsillos, estaba en la habitación donde vivían nuestras tres muchachas: Olia, Raísa y Marusia. Las muchachas se negaron a decir quién era el dueño de tales reservas. Olia y Marusia lloraban, Raísa había optado por enmudecer.

En la colonia teníamos, efectivamente, a tres muchachas. La comisión nos las había enviado por robos domiciliarios. Una de ellas, Olia Vóronova, debía de haber caído,

probablemente por casualidad, en una historia desagradable, caso frecuente entre las criadas menores de edad.

Marusia Lévchenko y Raísa Sokolova, muy desenvueltas y depravadas, blasfemaban e intervenían en las borracheras de los muchachos y en las partidas de cartas, que transcurrían principalmente en su habitación. Marusia, que se distinguía por un carácter insoportablemente histérico, ofendía con frecuencia y hasta pegaba a sus compañeras de colonia. Al menor pretexto, siempre andaba peleándose también con los muchachos. Ella misma se tenía por un caso perdido, y cada vez que le hacíamos una observación o le dábamos un consejo nos contestaba monótonamente:

- ¿Por qué se molesta usted? Yo soy un caso perdido.

Muy gorda, sucia, reidora, indolente, Raísa distaba mucho de ser tonta y poseía alguna instrucción. Por haber estudiado en el liceo, nuestras educadoras la habían convencido de que debía prepararse para el ingreso en el Rabfak (Facultad obrera). Su padre -un zapatero de nuestra ciudad-había sido degollado dos años atrás en una compañía de borrachos; la madre bebía y mendigaba. Raísa afirmaba que esa mujer no era su madre, que ella había sido abandonada de niña en casa de los Sokolov, pero los muchachos decían que Raísa fantaseaba:

- Pronto dirá que su padre fue un príncipe.

Marusia y Raísa observaban una actitud de independencia frente a los muchachos y gozaban de cierto respeto por su parte como antiguas y expertas ladronas. Precisamente por ello Mitiaguin y otros les confiaban importantes detalles de sus tenebrosas operaciones. Con la llegada de Mitiaguin, los elementos del hampa representados en la colonia habían aumentado en cantidad y en calidad.

Mitiaguin era un ladrón calificado, hábil, listo, afortunado y valiente. Además de todo eso, le caracterizaba una extraordinaria simpatía. Tenía unos diecisiete años, tal vez más.

Su rostro poseía una marca especial: unas cejas de blancura brillante, formadas por unos mechones completamente canosos y espesos. Según él, esta marca estorbaba frecuentemente el éxito de sus empresas. De todas maneras, ni siquiera se le ocurría pensar que pudiese dedicarse a otra cosa que al robo. La misma noche de su llegada a la colonia se explayó conmigo de manera franca y amistosa:

- Los muchachos hablan bien de usted, Antón Semiónovich.
- Bueno, ¿y qué?
- Eso es magnífico. Si los muchachos se encariñan con usted, les será más fácil.
- Entonces tú también tendrás que tomarme cariño.
- No. Yo no pienso estar mucho tiempo en la colonia.
- ¿Por qué?
- Porque es igual. De todas maneras, seré ladrón.
- De eso puede uno desacostumbrarse.
- Sí, se puede, pero a mí me parece que no hay necesidad.
- Tú presumes, Mitiaguin.
- Ni pizca. Robar es interesante y divertido. Sólo que hay que saberlo hacer y, además, no se debe robar a todo el mundo. Hay muchos miserables, a los que nos ordena robar el propio Dios. Pero hay también otra gente a quien no se debe robar.

- En eso tienes razón -dije a Mitiaguin- , pero el mal mayor no es para el robado, sino para el ladrón.

- ¿Y en qué consiste el mal?

- Pues en que, una vez acostumbrado a robar, te deshabitúas del trabajo, todo se te da fácilmente, te familiarizas con la bebida, y te quedas estancado, te conviertes en un golfo y nada más. Después, la cárcel y, más adelante, quién sabe...

- ¡Como si los que están en la cárcel no fueran gente! En libertad viven muchos que son peores que los que están en la cárcel. Eso no se puede saber.

- ¿Has oído hablar de la Revolución de Octubre?

- ¡Claro que he oído hablar! Yo mismo he ido detrás de la Guardia Roja.

- Pues bien: la gente no va a vivir ahora como se vive en la cárcel.

- ¡Quién lo sabe! -arguyó, pensativo, Mitiaguin-. De todas formas, queda mucha basura. Recuperarán lo suyo de una manera u otra. ¡Fíjese usted en la gente que hay alrededor de la colonia! ¡Menuda es!

Cuando disolví la organización de juego de la colonia, Mitiaguin se negó a declarar la procedencia del gorro lleno de dinero.

- ¿Lo has robado?

Sonrió:

- ¡Qué ingenuo es usted, Antón Semiónovich!... Claro que no lo he comprado. Todavía hay muchos tontos en el mundo. Este dinero lo llevaron los tontos a un sitio y se lo dieron con toda clase de reverencias a unos granujas barrigudos. ¿Por qué iba a limitarme yo a contemplarlo? ¿No era mejor que lo cogiese para mí? Y eso es lo que hice. Lo malo es que en su colonia no tenemos donde guardarlo. Jamás creí que haría usted registros...

- Bien. Tomo el dinero para la colonia. Ahora mismo levantaremos un acta. Por ahora no se trata de ti.

Hablé a los muchachos acerca de los robos:

- Prohibo enérgicamente las partidas de cartas. No jugaréis más a los naipes. Jugar a los naipes significa robar al compañero.

- Que no jueguen.

- Juegan porque son tontos. Hay en la colonia muchos chicos que pasan hambre, que no comen pan ni azúcar. Por culpa de estos mismos naipes, Ovcharenko se fue de la colonia.

Ahora anda por ahí llorando, está echándose a perder en el mercado...

- Sí, con Ovcharenko la cosa no estuvo bien -aprobó Mitiaguin.

Yo proseguí:

- Resulta que en la colonia no hay quien defienda al compañero débil. Por eso soy yo quien asume su defensa. No puedo permitir que los muchachos pasen hambre y pierdan la salud sólo por no haberles llegado a tiempo algún naipe estúpido. No lo toleraré. Por lo tanto, elegid. No me gusta registrar vuestros dormitorios, pero, cuando he encontrado en la ciudad a Ovcharenko, cuando he visto cómo llora y está a punto de perderse, he decidido no gastar ceremonias con vosotros. Y, si queréis, vamos a ponernos de acuerdo para no jugar más. ¿Podéis darme vuestra palabra de honor? Sólo me temo que no estéis muy fuertes en cuestiones de honor. Burún me dio su palabra...

Burún dio un salto adelante:

- No es verdad, Antón Semiónovich; vergüenza debería darle decir cosas que no son ciertas. Si también va a andar con mentiras... entonces nosotros... Yo di ninguna palabra acerca de las cartas...

- Bueno, perdóname. La culpa fue mía. Entonces no comprendí que hacía falta que me dieses palabra de no jugar, palabra de no beber...

- Yo no bebo.

- Bien, asunto concluido. ¿Y ahora cómo vamos a hacer?

Avanza lentamente Karabánov. Es irresistiblemente original y gracioso y, como siempre, posa un poco. De él emana una fuerza bovina criada en las estepas, que Karahánov parece contener deliberadamente.

- Muchachos, la cosa está clara. No hay que engañar a los compañeros. Aunque os enfadéis, aunque os pongáis como os pongáis, yo estoy en contra de los naipes. Así, pues, sabedlo bien: no descubriré nada, pero de los naipes sí hablaré. Y, si me apuráis mucho, pondré en juego las manos. Porque yo vi a Ovcharenko cuando se iba y puede decirse que entonces empujamos a la tumba a un compañero: vosotros mismos sabéis que Ovcharenko no tiene talento de ladrón. Los que le ganaron son Burún y Raísa. Creo que ellos deben ir a buscarle y no volver sin él.

Burún asintió calurosamente:

- ¿Para qué diablos me hace falta Raísa ? Yo mismo lo encontraré.

Todos los muchachos rompieron a hablar al mismo tiempo: había unanimidad en el acuerdo. Burún confiscó por su propia mano todos los naipes y los arrojó a un cubo. Kalina Ivánovich recogió alegremente el azúcar:

- Muchas gracias. Habéis hecho economías.

Mitiaguin me acompañó cuando salía del dormitorío:

- ¿Debo marcharme de la colonia?

Le respondí tristemente:

- No, ¿para qué? Sigue un poco más.

- De todas formas, robaré.

- Que el diablo te lleve, roba. No soy yo quien va a perderse, sino tú.

Asustado, se separó.

A la mañana siguiente Burún fue a la ciudad en busca de Ovcharenko. Los muchachos arrastraban tras él a Raísa. Karabánov relinchaba por toda la colonia y palmoteaba a Burún en los hombros:

- ¡Eh! ¡Aún quedan caballeros en Ucrania!

Zadórov reíase en la puerta de la fragua. Se dirigió a mí amistosamente, como siempre:

- Son unos sinvergüenzas, pero se puede vivir con ellos.

- ¿Y tú quién eres? -le preguntó ferozmente Karabánov.

- Ex atracador, descendiente de atracadores, y en la actualidad herrero de la colonia de trabajo Máximo Gorki, Alexandr Zadórov -dijo, poniéndose firme.

- ¡En su lugar, descanso! -repuso Karabánov, y pasó, contoneándose, a lo largo de la fragua.

Al caer la tarde, Burún trajo a Ovcharenko, hambriento y feliz.

LOS ASCETAS DE LA EDUCACIÓN SOCIALISTA

Los ascetas de la educación socialista eran cinco, yo incluido. Nos llamó así un camarada.

Nosotros mismos no nos llamamos nunca de tal modo. Al contrario, ni siquiera pensábamos que estuviésemos realizando una hazaña. No lo pensábamos cuando la colonia daba tan sólo sus primeros pasos ni lo pensamos más tarde, al cumplir la colonia el octavo aniversario de su nacimiento.

Al hablarse de ascetismo, no se tenía únicamente en cuenta al personal de la colonia Gorki y por eso nosotros considerábamos en nuestro fuero interno esas palabras como una frase alada, imprescindible para el mantenimiento de la moral de los trabajadores de las casas y de las colonias de niños.

Entonces había mucho heroísmo en la vida soviética y en la lucha revolucionaria, y nuestro trabajo era excesivamente modesto, tanto en sus expresiones como en sus éxitos.

Nosotros, personas de lo más corriente, teníamos una infinidad de diversos defectos. Y, hablando con propiedad, no conocíamos nuestra profesión: nuestra jornada de trabajo estaba llena de errores, de movimientos inseguros, de ideas confusas. Y por delante teníamos unas tinieblas infinitas, en las que discerníamos difícilmente, a retazos, los contornos de nuestra futura vida pedagógica.

Se podía decir todo lo que se quisiera acerca de cada uno de nuestros pasos: hasta tal punto eran casuales. No existía nada indiscutible en nuestro trabajo. Pero cuando empezábamos a discutir, la cosa era peor aún; de nuestros debates, ignoro por qué causa, no nacía la verdad.

Teníamos únicamente dos cosas fuera de toda duda: nuestra firme resolución de no abandonar la causa, de llevarla hasta el final, aunque el final fuese triste. Y había, además, ese vivir cotidiano: entre nosotros, en la colonia y alrededor de nosotros.

Cuando los Osipov llegaron a la colonia, observaban una actitud de repulsión hacia los colonos. Según nuestras reglas, el educador de guardia estaba obligado a comer con los educandos. Tanto Iván Ivánovich como su mujer me manifestaron decididamente que ellos no comerían en la misma mesa que los colonos, porque les era imposible dominar su repugnancia.

Yo les dije:

- Más tarde veremos.

Durante su guardia nocturna en el dormitorio, Iván Ivánovich no se sentaba jamás en la cama de ningún educando. Pero no había otro sitio donde sentarse. Por eso se pasaba de pie toda su guardia. Iván Ivánovich y su mujer me decían:

- ¿Cómo puede usted sentarse en esa cama llena de piojos?

Yo les replicaba:

- Eso no tiene importancia. Ya se arreglará todo: acabaremos de alguna manera con los piojos...

A los tres meses, Iván Ivánovich, además de comer con apetito en la misma mesa que los colonos, había perdido la costumbre de traer consigo su propia cuchara. Lo que

hacía era tomar una cualquiera del montón general de la mesa, aunque, para tranquilidad de su conciencia, pasaba un dedo por encima.

Y por las noches, en el dormitorio, Iván Ivánovich, incorporado al círculo juvenil más fogoso y sentado en alguna cama, jugaba al ladrón y el confidente. Este juego era muy sencillo. Todos los que participaban en él recibían un billete con una inscripción: ladrón, confidente, juez, verdugo, etc. El confidente anunciaba la suerte que le había caído y, armándose de un zurriago, procuraba averiguar quién era el ladrón. Todos le tendían la mano, y él debía indicar por medio de un golpe la mano del ratero. Por lo común, el señalado era el juez o el fiscal, y estos honestos ciudadanos, ofendidos por la sospecha, golpeaban la mano extendida del confidente según la tarifa fijada para el pago de las ofensas. Si a la otra vez el confidente daba, a pesar de todo, con el ladrón, sus sufrimientos concluían, pero comenzaban los del ladrón. El juez podía condenarle a cinco calientes o a diez calientes o a cinco frías. El verdugo empuñaba entonces el zurriago, y comenzaba la ejecución.

Como los papeles de los participantes en el juego cambiaban cada vez, y el ladrón, a la vuelta siguiente se convertía en juez o en verdugo, el encanto principal de toda la distracción estribaba en esa alternativa del sufrimiento y la venganza. Cuando le tocaba ser confidente o ladrón, el juez implacable o el verdugo feroz recibía al céntuplo del juez y del verdugo en funciones, que entonces le recordaban todas las condenas y todos los castigos.

Ekaterina Grigórievna y Lidia Petrovna jugaban también a esa distracción con los muchachos, pero los muchachos se conducían como unos caballeros: en caso de robo, la condena no pasaba de tres o cuatro frías. Durante la ejecución, el verdugo ponía los morritos más tiernos y se limitaba a acariciar con el zurriago la suave palma femenina.

Cuando jugaban conmigo, los muchachos tenían interés, sobre todo, por conocer mi capacidad de resistencia, y ésta era la causa de que a mí no me quedara otro remedio que recurrir a las bravatas. En calidad de juez, condenaba a los ladrones a tales castigos, que hasta los propios verdugos horrorizábanse, y cuando me tocaba ejecutar la sentencia, obligaba a la víctima a perder el sentimiento de la propia dignidad y a gritar:

- ¡Antón Semiónovich, así no se puede!

Pero también yo cobraba: siempre volvía a mi habitación con la mano izquierda hinchada; se consideraba vergonzoso cambiar de mano y, además, la derecha me hacía falta para escribir.

El pusilánime Iván Ivánovich seguía una táctica femenina, y, al principio, los muchachos le trataban con delicadeza. Un día advertí a Iván Ivánovich que tal política era falsa: nuestros muchachos tenían que crecer resistentes y valerosos. No debía intimidarles ningún peligro y menos aún los sufrimientos físicos. Iván Ivánovich no se mostró de acuerdo conmigo.

Una velada coincidí con él en el mismo grupo, y, haciendo de juez, le condené a doce calientes y en la otra vuelta, actuando en calidad de verdugo, batí implacablemente su mano con el zurriago. Enfadado, se vengó de mí. Uno de mis adictos no pudo dejar sin castigo semejante conducta de Iván Ivánovich y le zurró hasta hacerle cambiar de mano.

A la noche siguiente, Iván Ivánovich quiso rehuir su participación en este bárbaro juego, pero le abochornó la ironía general de los colonos, y en lo sucesivo soportó ya

dignamente la prueba, sin adular cuando le tocaba ser juez y sin abatirse cuando tenía que hacer de ladrón o de confidente.

Frecuentemente los Osipov se me quejaban de que llevaban muchos piojos a su casa.

- No hay que luchar contra los piojos en la casa -les decía yo-, sino en los dormitorios...

Y, efectivamente, luchamos. Con gran esfuerzo conseguimos dos juegos de ropa de cama y dos mudas. Las mudas eran remiendo sobre remiendo, como dicen los ucranianos, pero, hirviéndolas, quedaba en ellas una cantidad mínima de insectos. Si no logramos exterminarlos rápidamente del todo, fue por la continua afluencia de educandos nuevos, por la relación con los aldeanos y por otras causas.

Oficialmente el trabajo de los pedagogos se distribuía de este modo: guardia principal, guardia durante el trabajo y guardia nocturna. Además, los educadores daban clase todas las mañanas en la escuela.

La guardia principal era un auténtico suplicio, que duraba desde las cinco de la mañana hasta el toque de queda. El encargado de la guardia principal era quien dirigía toda la actividad del día, controlaba la distribución de la comida, cuidaba del cumplimiento de los trabajos, resolvía todos los conflictos, ponía paz entre los alborotadores, convencía a los que protestaban, formulaba el pedido de productos, vigilaba la despensa de Kalina Ivánovich, y tenía cuidado de la limpieza de la ropa de cama y, en general, de toda la ropa. Sobre el encargado de la guardia principal se acumuló tanto trabajo, que ya a principios del segundo año comenzaron a ayudarle los colonos mayores, distinguidos por un brazalete rojo en el brazo izquierdo.

El educador encargado de la guardia en el trabajo participaba sencillamente en las labores de la colonia, por lo general allí donde se concentraban más colonos o donde había mayor número de educandos nuevos. La participación de los educadores en el trabajo era una participación real, porque, en nuestras condiciones, otra cosa habría sido imposible. Los educadores trabajaban en los talleres, en la tala, en el campo y en la huerta, en la reparación.

La guardia nocturna se convirtió muy pronto en una simple formalidad: por la noche se reunían en los dormitorios todos los educadores, tanto los que estaban de guardia como los que se hallaban libres. Tampoco era ésta una hazaña. No teníamos otro sitio donde ir, salvo los dormitorios de los colonos. Nuestras habitaciones desoladas no eran confortables y, además, la luz de nuestros quinqués las hacía un poco terroríficas. Por el contrario, en los dormitorios nos esperaban impacientes después del té de la tarde los morritos conocidos y los ojos vivos y alegres de los colonos con una reserva enorme de relatos de toda índole, de historias inverosímiles y de hechos reales, de preguntas de todo género -sobre temas actuales, filosóficos, políticos, literarios- y una gran diversidad de juegos, comenzando por el ratón y el gato y terminando por el ladrón y el confidente. También aquí se examinaban los hechos diversos de nuestra vida, semejantes a los ya descritos, se ponía verdes a los vecinos del caserío, se proyectaban los detalles de la reparación y de nuestra futura vida feliz en la segunda colonia.

A veces, Mitiaguin nos refería cuentos. Era un maravilloso narrador. Sabía contar sus cuentos, empleando elementos de ficción teatral y una mímica expresiva. Mitiaguin

quería a los pequeños, a los que sus narraciones causaban un placer especial. En ellas faltaba casi por completo el elemento mágico: únicamente figuraban mujiks listos y mujiks tontos, nobles bobalicones y operarios astutos, ladrones valientes y afortunados y policías ineptos, soldados audaces y vencedores y popes obtusos y lentos.

Por las noches organizábamos frecuentemente en los dormitorios lecturas en voz alta. Desde el primer día formamos una biblioteca, para la que yo compraba los libros o los pedía en las casas particulares. A finales del invierno teníamos casí todos los clásicos y mucha literatura política y agrícola. En los depósitos abandonados de la Delegación Provincial de Instrucción Pública encontramos numerosos libritos de divulgación sobre diversas ramas del saber.

Eran muchos los colonos aficionados a la lectura, pero no todos, ni mucho menos, sabían asimilarla. Por eso instauramos la costumbre de las lecturas en voz alta, en las que participaban habitualmente todos los muchachos. Leía yo o Zadórov, que poseía una espléndida dicción. En el transcurso del primer invierno leímos muchas obras de Pushkin, de Korolenko, de Mamin-Sibiriak, de Veresáiev y, en particular, de Gorki.

Gorki producía en nuestro medio una impresión muy fuerte, aunque de doble carácter.

Karabánov, Taraniets, Vólojov y otros educandos sentían más directamente el romanticismo de Gorki, pero se negaban en redondo a tener en cuenta el análisis gorkiano. Con los ojos encendidos oían Makar Chudrá, estallaban en exclamaciones de admiración, agitaban los puños ante la figura de Ignat Gordéiev y se aburrían con la tragedia del Abuelo Arjip y Lionka.

A Karabánov le gustaba, en particular, la escena en que el viejo Gordéiev contempla la destrucción de su Boyárina por los hielos. Semión tensaba todos los músculos de su rostro y decía con una voz de trágico:

- ¡Ése sí que es un hombre! ¡Si todo el mundo fuera así!

Con el mismo entusiasmo escuchaba la historia de la muerte de Ilyá en Los tres.

- ¡Vaya un tipo! ¡Eso sí que es morir: darse con la cabeza contra una piedra!

Mitiaguin, Zadórov y Burún se burlaban, condescendientes, del entusiasmo de nuestros románticos y les herían en lo vivo.

- Oís como pasmados y no comprendéis nada.

- ¿Que yo no comprendo nada?

- Claro que no. ¿Qué hay de bueno en eso de darse con la cabeza contra una piedra? Ese Ilyá es un tonto y un guiñapo. Porque una mujer le pone mala cara en seguida se echa a llorar. Yo en su puesto hubiera estrangulado a un comerciante más. Con todos hay que hacer lo mismo y con tu Gordéiev también.

Ambas partes coincidían únicamente en la apreciación del Luká de Bajos fondos. Karabánov movía la cabeza:

- Estos viejecitos son venenosos. No hacen más que zumbar y zumbar, y luego desaparecen como por encanto. También yo conozco a gente así.

- Ese Luká es un diablo listo -decía Mitiaguin-. Es feliz, lo comprende todo, siempre se sale con la suya, bien con astucia, bien robando, bien fingiendo bondad. Y así vive.

Las obras de Gorki Infancia y Por el mundo impresionaron profundamente a todos. Los muchachos escucharon la lectura, conteniendo el aliento y pidiendo que

continuásemos aunque fuera hasta las doce. Al principio, no me habían creído cuando yo les conté la historia de la vida real de Gorki. Tal historia les había dejado estupefactos y me preguntaban llenos de interés:

- Entonces, ¿resulta que Gorki es como nosotros? ¡Esto sí que es formidable!

Esta circunstancia despertó en ellos una honda y alegre emoción.

La vida de Máximo Gorki pasó a formar parte de nuestra vida. Algunos de sus episodios llegaron a ser entre nosotros elementos de comparación, base para los apodos, motivos para las discusiones, escalas para la medición de la calidad humana.

- A esos pequeños les cae muy bien el nombre de Korolenko -dijo Zadórov- . En cambio, nosotros somos los de Gorki.

Kalina Ivánovich era de la misma opinión:

- Yo he visto a ese Korolenko y hasta he hablado con él: una persona muy decente. Pero vosotros, tanto teórica como prácticamente, sois unos harapientos.

Comenzamos a llamarnos colonia Gorki sin que nos autorizase ninguna disposición oficial. Poco a poco en la ciudad se acostumbraron a que nos llamásemos así y no protestaron contra nuestros nuevos timbres y estampillas, que llevaban el nombre del escritor.

Desgraciadamente, tardamos en establecer contacto con Máximo Gorki: nadie en la ciudad conocía su dirección. Sólo en 1925 leímos en un semanario ilustrado un artículo acerca de la vida de Gorki en Italia; en el artículo se citaba la transcripción italiana de su nombre: Massimo Gorky. Entonces enviamos al azar nuestra primera carta a una dirección idealmente lacónica:

Italia. Massimo Gorky

Tanto los mayores como los pequeños se sentían entusiasmados por los relatos y la biografía de Gorki, a pesar de que la mayoría de los pequeños eran analfabetos.

En la colonia teníamos a doce niños de diez años para arriba. Eran unos arrapiezos vivos y hábiles, ladronzuelos de menudencias y eternamente sucios hasta más no poder. Siempre llegaban a la colonia en mal estado: anémicos, escrofulosos, comidos por la sarna. Ekaterina Grigórievna, nuestra enfermera y hermana voluntaria de la caridad, se afanaba incansablemente con ellos. Los pequeños estaban siempre pegados a ella, a pesar de su seriedad. Ekaterina Grigórievna sabía reprenderles de un modo maternal, conocía todas sus debilidades, no creía en sus palabras (yo jamás me vi libre de este defecto), no pasaba por alto ninguna falta y se indignaba manifiestamente ante cualquier iniquidad.

Pero, en cambio, sabía admirablemente hablarles con las palabras más simples, con el sentimiento más humano acerca de su madre, de la vida, de lo que cada uno de ellos sería -marino o jefe del Ejército Rojo o ingeniero-; sabía comprender toda la hondura de la terrible ofensa que la vida maldita y estúpida había causado a los pequeños. Además, sabía sobrealimentarlos: infringía a la chita callando todas las normas y reglas de abastecimiento y triunfaba fácilmente con una palabra afable sobre la feroz meticulosidad de Kalina Ivánovich.

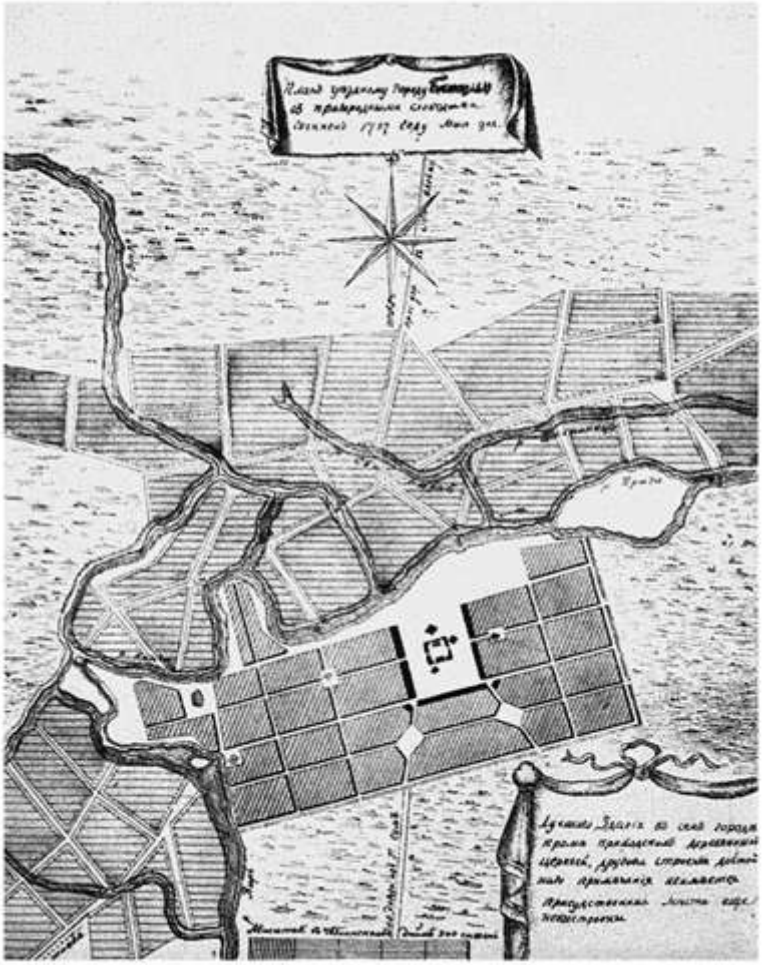
Los colonos mayores, que veían ese vínculo entre Ekaterina Grigórievna y los pequeños, no lo estorbaban y con un aire protector y bonachón cumplían siempre los pequeños ruegos de Ekaterina Grigórievna: cuidar de que el pequeño se bañase

debidamente, que se enjabonara bien, que no fumase, que no desgarrara su traje, que no se pelease con Petka, etc.

Gracias en gran parte a Ekaterina Grigórievna, los muchachos mayores de nuestra colonia quisieron siempre a los pequeños, les trataron siempre como hermanos mayores: con cariño, con rigor y con solicitud.

LA SEMBRADORA TRIUNFAL

Cada día era más evidente que la vida en la primera colonia estaba llena de dificultades para nosotros. Nuestras miradas se volvían con más y más frecuencia a la segunda colonia, allí donde, a orillas del Kolomak, los jardines florecían opulentos en primavera y brillaba lustrosa la grasienta tierra negra.



No obstante, la reparación de la segunda colonia avanzaba con extraordinaria lentitud. Los carpinteros, que cobraban una miseria por su trabajo, eran capaces de construir jatas aldeanas, pero les intimidaba cualquier techumbre un poco complicada. Nos era imposible conseguir cristales a ningún precio y, además, carecíamos de dinero. A pesar de todo, dos o tres edificios grandes quedaron reparados ya para finales del verano, aunque no se podía vivir en ellos por la falta de cristales. Conseguimos reparar también algunos pequeños pabellones, pero allí vivían los carpinteros, los albañiles, los fumistas,

los guardias. No valía la pena de trasladar a los muchachos, porque, sin talleres y sin una tierra aneja, no tenían nada que hacer.

Los colonos iban todos los días a la segunda colonia. Una gran parte de los trabajos eran ejecutados por ellos mismos. Durante el verano, unos diez muchachos, alojados en chozas, trabajaron en el jardín y enviaron a la primera colonia carros enteros de manzanas y de peras. Gracias a ellos, el jardín de los Trepke adquirió un aspecto bastante digno.

Los vecinos de la aldea Gonchárovka estaban muy disgustados por la aparición entre las ruinas de la finca de unos nuevos amos, que, para colmo, eran tan poco honorables, harapientos y sospechosos. El documento que nos daba derecho a sesenta desiatinas de tierra resultó, con gran sorpresa mía, un papel inútil: toda la tierra de los Trepke, incluido nuestro sector, era cultivada ya desde el año 17 por los campesinos. En la ciudad sonrieron al ver nuestra indecisión:

- Si tenéis el documento, esto quiere decir que la tierra es vuestra: no os falta más que poneros a trabajar.

Sin embargo, Serguéi Petrróvich Grechani, el presidente del Soviet rural, era de otra opinión:

- Ustedes comprenden lo que significa que el campesino laborioso haya recibido la tierra según todas las reglas de la ley. Esto quiere decir que seguirá arando. Y los que se dedican a escribir diversos papelitos y documentos no hacen más que descargar una puñalada por la espalda contra los trabajadores. De modo que más vale que se olvide usted de ese papel.

El camino de los peatones hacia la segunda colonia pasaba por el Kolomak. Era preciso cruzar el río. Habíamos organizado en el Kolomak nuestra propia barca, y siempre había allí algún colono encargado de ella. Yendo a la segunda colonia con carga o a caballo, había que dar un rodeo por el puente de Gonchárovka. En la aldea nos recibían con bastante hostilidad. Al ver nuestro pobre atuendo, los mozos se burlaban:

- ¡Eh, harapientos! ¡Cuidado con llenarnos de piojos el puente! En vano os metéis aquí. De todas formas, os echaremos de Trepke.

No nos instalamos en Gonchárovka como vecinos pacíficos, sino como conquistadores indeseados. Y, si no hubiéramos sostenido el tono en esta posición militar, si nos hubiésemos mostrado incapaces de combatir, habríamos acabado perdiendo, sin duda, la tierra y la colonia. Los campesinos comprendían que la discusión debía ser resuelta en el campo y no en las oficinas. Llevaban ya tres años trabajando la tierra de los Trepke, es decir, contaban con un precedente que les servía de base para sus protestas. Tenían, pues, que prolongar, fuera como fuera, tal precedente. Toda su esperanza de éxito residía en esa política.

También para nosotros la única salida estaba en iniciar lo antes posible el trabajo práctico en la tierra.

En verano llegaron los agrimensores para deslindar la tierra, pero tuvieron miedo a salir al campo con los instrumentos y se limitaron a señalarnos en el mapa las zanjas, los hoyos y los matorrales que debían servirnos de referencia para nuestra tierra. Con el acta de los agrimensores en el bolsillo, me dirigí a Gonchárovka, acompañado de algunos muchachos mayores.

Nuestro viejo conocido Luká Semiónovich Verjola presidía ahora el Soviet rural. Nos recibió muy amablemente y nos invitó a tomar asiento, pero ni siquiera miró el acta.

- Queridos camaradas, nada puedo hacer. Hace mucho tiempo que los mujiks trabajan la tierra, y yo no voy a agraviarles. Pidan ustedes tierra en otro lugar.

Cuando los campesinos empezaron a labrar nuestros campos, coloqué un aviso diciendo que la colonia no pagaría nada por la labranza de la tierra que nos pertenecía.

Yo mismo no confiaba en el valor de las medidas que tomaba, y no confiaba porque a mi conciencia le repugnaba la idea de que había que quitar esa tierra a los campesinos laboriosos, que la necesitaban como el aire.

Pero, a los pocos días, Zadórov, en compañía de un muchacho desconocido, se me acercó una tarde en el dormitorio. Zadórov se hallaba en un estado visible de excitación.

- ¡Escúchele, escúchele!

Karabánov, haciéndole coro, daba unos pasos de hopak y vociferaba por todo el dormitorio: (15)

- ¡Oh! ¡Que me traigan a Verjola!

Los colonos nos rodearon.

El muchacho resultó ser un komsomol de Gonchárovka.

- ¿Hay en Gonchárovka muchos miembros de las Juventudes Comunistas?

- Somos únicamente tres.

- ¿Únicamente tres?

- ¿Sabe usted? La situación es difícil para nosotros -explicó el joven-. La aldea está llena de kulaks; predominan los caseríos ricos. Los muchachos me envían para decirles a ustedes que apresuren su traslado; entonces las cosas marcharán bien, ¡ya lo creo! Sus muchachos son unos águilas. ¡Ah, si nosotros tuviéramos unos muchachos así!

- Pero el asunto de la tierra marcha mal.

- Por eso he venido. Tomen ustedes la tierra por la fuerza. No hagan caso a ese diablo pelirrojo de Luká. ¿Sabe usted de quién es la tierra que les ha sido asignada?

- ¿De quién?

- ¡Dilo, dilo, Spiridón!

Spiridón comenzó a doblar los dedos:

- De Andréi Kárpovich Grechani...

- ¿Del abuelo Andréi? Pero si aquí también tiene tierra...

- Sí, así es... De Piotr Grechani, de Onopri Grechani, de Serguéi Stomuja, el que vive junto a la iglesia, de Yavtuj Stomuja, del propio Luká Semiónovich. En total, seis personas.

- Pero, ¿qué me dice? ¿Cómo ha podido ocurrir eso? ¿Y dónde está su Comité de campesinos pobres?

- Nuestro Comité es pequeño. Y la cosa ha ocurrido así: la tierra quedó aneja a la hacienda. Se disponían a hacer algo, pero, como el Soviet rural estaba en sus manos, se repartieron la tierra.

- ¡Bueno, ahora la cosa va a ser más divertida! -gritó Karabánov- . ¡Agárrate, Luká!

(15) .- Baile popular ucraniano.

Un día de principios de septiembre yo volvía de la ciudad. Serían, más o menos, las dos de la tarde. Nuestra carreta de tres pisos avanzaba lentamente. En tono adormecedor hablaba Antón acerca del carácter del Pelirrojo y, mientras tanto, yo pensaba en los diversos problemas de la colonia.

De pronto, Brátchenko enmudeció, miró fijamente a lo largo del camino, se incorporó en su asiento, fustigó al caballo y, en medio de un estrépito enorme, nos lanzamos por el empedrado.

Antón castigaba al Pelirrojo, cosa que no hacía nunca, y me gritaba algo. Por fin, pude entender de qué se trataba:

- ¡Los nuestros... con una sembradora!

En el recodo, ya antes de llegar a la colonia, faltó poco para que tropezáramos con una sembradora que volaba vertiginosamente, emitiendo un raro sonido de hojalata. Dos caballitos bayos, horrorizados por el estrépito del carro, tan poco frecuente para ellos, corrían como locos. La sembradora salió ruidosamente del empedrado, susurró por la arena y de nuevo empezó a trepidar, ya por el camino de la colonia. Antón saltó de la carreta y echó a correr detrás de la sembradora, abandonando las riendas en mi mano. Sobre la sembradora, aferrándose a los cabos de las riendas tirantes, Karabánov y Prijodko se mantenían de milagro.

Antón detuvo difícilmente a aquel extraño vehículo. Karabánov, ahogándose de entusiasmo y de fatiga, nos relató lo ocurrido.

- Estábamos ordenando los ladrillos en el patio cuando, de pronto, vimos que salían dándose importancia cinco personas y la sembradora. Entonces nos dirigimos a ellos y les ordenamos: ¡Fuera de aquí! Nosotros éramos cuatro: estaba también Chóbot y... ¿quién más?

- Soroka -contestó Prijodko .

- Eso, Soroka. Largaos -les dije-, porque, de todas formas, no vais a sembrar nada. Y uno negro como un gitano que estaba allí... usted le conoce... fue y le soltó un latigazo a Chóbot.

Por supuesto, Chóbot le dio en los dientes. De repente vimos que Burún venía corriendo con un palo. Yo sujeté al caballo por las riendas y el presidente me cogió del pecho...

- ¿Qué presidente?

- ¡Cuál va a ser! El nuestro, el pelirrojo, Luká Semiónovich. Pero Prijodko le golpeó por detrás y le tiró de hocicos contra la tierra. Entonces yo le dije a Prijodko: Súbete a la sembradora y andando. Al pasar por Gonchárovka, unos mozos nos salieron al encuentro. ¿Qué íbamos a hacer? Yo arreé a los caballos, que nos llevaron al galope hasta el puente y de allí pasamos ya a la carretera... Tres de los nuestros han quedado allí. Seguramente les han dado una buena paliza...

Karabánov vibraba en el entusiasmo de la victoria. Prijodko, inmutable, liaba un cigarrillo y sonreía. Yo me imaginé los capítulos siguientes de esta amena historia: la investigación, los interrogatorios, los viajes...

- ¡Que el diablo os lleve! ¡De nuevo nos habéis metido en un lío!

Karabánov se desanimó increíblemente al ver mi disgusto:

- ¡Pero si han empezado ellos!...

- Bien, bien, vamos a la colonia: allí veremos.

En la colonia nos recibió Burún. Lucía en la frente un cardenal enorme, y los muchachos se reían alrededor de él. Junto a un tonel de agua se lavaban Soroka y Chóbot.

Karabánov asió de los hombros a Burún:

- ¿Qué? ¿Te has escapado? ¡Eres un valiente!

- Ellos se lanzaron al principio detrás de la sembradora, pero después, al comprender que no conseguirían nada, optaron por lanzarse detrás de nosotros. ¡Oh, cómo hemos corrido!

- ¿Y dónde están ellos?

- Nosotros hemos pasado el río en la lancha y ellos se han quedado en la otra orilla, insultándonos. Allí les hemos dejado.

- ¿Ha quedado algún chico en la colonia? -pregunté yo.

- Los pequeños: Toska y dos más. No les tocarán.

Una hora más tarde, Luká Semiónovich se presentó en la colonia con dos campesinos. Los muchachos les recibieron afablemente:

- ¿Qué? ¿Vienen por la sembradora?

En mi despacho no podía uno moverse por la aglomeración de ciudadanos interesados. La situación era embarazosa.

Luká Semiónovich tomó asiento frente a la mesa y comenzó:

- Llame usted a los muchachos que me han pegado a mí y a dos personas más.

- Mire, Luká Semiónovich -repliqué yo-, si le han pegado, vaya a quejarse donde quiera. Yo ahora no pienso llamar a nadie. Dígame qué más necesita y para qué ha venido a la colonia.

- Entonces, ¿usted se niega a llamarles?

- Me niego.

- ¡Ah! Entonces se niega. Si es así, hablaremos en otro sitio.

- De acuerdo.

- ¿Quién devolverá la sembradora?

- ¿A quién?

- A su dueño, aquí presente.

Señaló a un hombre con cara de gitano, moreno, desmelenado y sombrío.

- ¿La sembradora es suya?

- Sí.

- Pues mire usted: voy a mandarla a la milicia como capturada durante el trabajo arbitrario en una tierra ajena y le ruego que me diga su apellido.

- ¿Mi apellido? Grechani, Onopri. Pero, ¿qué es eso de tierra ajena? Es mi tierra. Mía y de nadie más...

- Bueno, de eso no hay por qué hablar aquí. Ahora vamos a levantar un acta acerca de la ocupación arbitraria de una tierra ajena y del apaleamiento de los educandos que trabajaban en ella...

Burún dio un paso adelante:

- Ése es el que a poco me mata.

- Pero, ¿a quién le haces tú falta? ¿Matarte a ti? ¡Ojalá te hundas!

Durante mucho tiempo estuvimos hablando en ese tono. Ya me había olvidado yo de que era la hora de comer y de cenar, ya habían tocado a silencio en la colonia, pero nosotros seguíamos con los aldeanos y, bien pacíficamente, bien amenazadores y excitados, bien irónicos y astutos, dialogábamos con ellos.

Yo me mantenía firme: no devolvía la sembradora y exigía que se levantase un acta. Por fortuna, los aldeanos no tenían la menor huella de la pelea, mientras que los colonos exhibían sus cardenales y arañazos. Zadórov fue quien decidió el asunto. Golpeó la mesa con la palma de la mano y pronunció el siguiente discurso:

- Vamos a dejar de discutir. La tierra es nuestra, y os irá mejor sin meteros con nosotros. No os dejaremos trabajar en nuestro campo. Somos cincuenta muchachos de cuidado.

Luká Semiónovich reflexionó largo tiempo. Por fin, se atusó la barba y carraspeó:

- Bien... ¡Que el diablo os lleve! Pagadnos aunque no sea más que por la labranza.

- No -repliqué yo fríamente-. Ya les previne que no pagaríamos nada.

Volvió a hacerse el silencio.

- En tal caso, devolvednos la sembradora.

- Firme usted el acta de los agrimensores.

- Bueno... Démela.

En otoño, a pesar de todo, sembramos centeno en la segunda colonia. Todos hicimos de agrónomos. Kalina Ivánovich entendía poco de agricultura y los restantes entendían menos aún, pero todos tenían deseos de trabajar tras el arado y la sembradora, a excepción de Brátchenko, que sufría y se enrabiaba, maldiciendo la tierra, y el centeno, y nuestro entusiasmo.

- Les parece poco el trigo. ¡Además, quieren centeno!

En octubre ocho desiatinas verdeaban con sus brotes brillantes. Kalina Ivánovich señaló orgullosamente con su bastón de punta de goma algún lugar del horizonte, hacia el Este:

- ¿Sabes? Tenemos que sembrar lentejas. La lenteja es una cosa buena.

El Pelirrojo y la Banditka trabajaban en los sembrados de primavera, y Zadórov volvía por la noche rendido y polvoriento.

- Que se vaya al diablo ese trajín de campesinos. Yo me vuelvo a la fragua.

La nieve nos sorprendió a medio trabajo. Por ser la primera vez, se podía resistir.

BRÁTCHENKO Y EL COMISARIO REGIONAL DE ABASTOS

El desarrollo de nuestra hacienda seguía un camino lleno de milagros y de sufrimientos. De milagro consiguió Kalina Ivánovich, a fuerza de súplicas, una vaca vieja, que, según las palabras del propio Kalina Ivánovich, era estéril por naturaleza; de milagro también obtuvo en una institución ultra bien organizada, distante de nosotros, una yegua negra, no más joven que la vaca, barriguda, epiléptica y perezosa; de milagro, aparecieron bajo nuestros cobertizos carros, carretas y hasta un faetón. El faetón debía ser tirado por dos caballos y, para nuestros gustos de entonces, era bonito y cómodo, pero ningún milagro nos ayudó a encontrar el correspondiente par de caballos.

El jefe de nuestra cochera, Antón Brátchenko, que había pasado a ocupar ese puesto al trasladarse Gud al taller de zapatería y que era un muchacho sumamente enérgico y orgulloso, pasó muchos momentos desagradables desde el pescante de ese magnífico carruaje, que arrastraban el alto y esquelético Pelirrojo y la yegua negra, zamba y rechoncha, bautizada por Antón con el nombre injusto de Banditka. A cada paso, la Banditka pegaba un tropezón y a veces se caía, en cuyo caso era necesario volver a poner en pie nuestro fabuloso cortejo en plena ciudad bajo las pullas de los cocheros y los vagabundos. Antón, que soportaba difícilmente las burlas, entablaba terribles batallas con los espectadores inoportunos, lo que contribuía más aún al descrédito del transporte de la colonia Gorki.

Antón Brátchenko, extraordinariamente aficionado a toda clase de lucha, sabía mantener un duelo verbal con cualquier enemigo. Para ello disponía de una reserva considerable de palabrotas, comparaciones ofensivas y recursos mímicos.

Antón no era un muchacho abandonado. Su padre trabajaba de panadero en la ciudad; también tenía madre, y él era el único vástago de esa familia honorable. Pero, desde la edad más temprana, Antón había sentido aversión por sus penates. Entabló las más amplias relaciones con los golfos y los rateros de la ciudad. Volvía a la casa únicamente de noche. Se distinguió en algunas aventuras audaces y divertidas, fue conducido varias veces a la cárcel y, por último, cayó en la colonia. Tenía sólo quince años. Era un muchacho guapo, esbelto, con el pelo rizado y los ojos azules. Extraordinariamente sociable, no podía permanecer solo ni un minuto. Había aprendido a leer en algún sitio y se sabía de memoria todos los libros de aventuras, pero no experimentaba el menor deseo de estudiar y tuve que sentarle violentamente ante el pupitre. Al principio desaparecía con frecuencia de la colonia, pero regresaba a los dos o tres días sin sentirse culpable. El mismo trataba de vencer en sí su tendencia a la vida vagabunda y me pedía:

- Por favor, Antón Semiónovich, tráteme usted con más severidad: si no, me convertiré obligatoriamente en un vagabundo.

En la colonia no robó nunca nada y le gustaba defender la verdad, pero era absolutamente incapaz de comprender la lógica de la disciplina, que aceptaba sólo en tanto estaba de acuerdo con una u otra tesis en cada caso particular. No reconocía la necesidad de cumplir las reglas de la colonia y no lo ocultaba. A mí me temía un poco, pero jamás escuchaba hasta el fin mis reconvenciones: me interrumpía con un fogoso

discurso, en el que siempre acusaba a sus numerosos enemigos de diferentes acciones injustas -de adularme, de murmurar, de ser descuidados-, amenazaba con el látigo en dirección de los enemigos ausentes y, dando un portazo, abandonaba, disgustado, mi despacho. Con los educadores era increíblemente grosero, pero en su grosería había siempre algo simpático, y por eso nuestros educadores no se sentían ofendidos. En su tono no había nunca nada insolente, ni siquiera hostil; dominaba siempre en él una nota profundamente humana y apasionada, jamás se enfadaba por motivos egoístas.

La conducta de Antón en la colonia se determinó pronto por su afición a los caballos y al trabajo de cochero. Era difícil comprender el origen de esta pasión. Por su desarrollo, Antón dejaba atrás a muchos colonos. Hablaba un correcto lenguaje urbano, en el que sólo por presunción intercalaba algún que otro ucranismo. Procuraba ir bien arreglado, leía mucho y le gustaba hablar de libros. Y, sin embargo, todo eso no le impedía pasarse el día y la noche en la cuadra, limpiar el estiércol, enganchar y desenganchar continuamente a los caballos, limpiar la retranca y las riendas, trenzar un látigo, hacer viajes con cualquier tiempo a la ciudad o a la segunda colonia y vivir permanentemente medio hambriento, porque jamás llegaba a tiempo ni a la comida ni a la cena y, si, por olvido, no le guardaban su ración, ni siquiera se acordaba de ella.

Antón alternaba su actividad de cochero con interminables disputas. Discutía con Kalina Ivánovich, con los herreros, con los encargados de la despensa y obligatoriamente con todos los que aspiraban a salir de viaje. Cumplía la orden de enganchar para ir a algún sitio únicamente después de un largo escándalo, esmaltado de acusaciones contra el trato cruel de que se hacía víctima a los caballos, recordando que un día el Pelirrojo o el Malish habían vuelto con el cuello rozado y exigiendo, al mismo tiempo, forraje y hierro para las herraduras.

A veces, era imposible salir de la colonia, por el simple motivo de que no se encontraba a Antón ni a los caballos y no había la menor traza de dónde podían estar. Después de largas indagaciones, en las que participaba media colonia, aparecían en la finca de los Trepke o en algún prado vecino.

Rodeaba siempre a Antón un séquito constituido por dos o tres muchachos, que estaban tan enamorados de Antón como él lo estaba de los caballos. Brátchenko les hacía observar una disciplina muy rigurosa, y, por ello, en la cuadra reinaba siempre un orden ejemplar: los carros se hallaban perfectamente alineados, los arneses colgaban en sus lugares, sobre las cabezas de los caballos pendían urracas disecadas, los caballos estaban limpios, peinadas las crines y las colas trenzadas. (16)

Una noche de junio, ya tarde, vinieron corriendo a avisarme:

- Kósir está enfermo, se muere...

- ¿Cómo que se muere?

- Se muere: está caliente y apenas respira.

Ekaterina Grigórievna confirmó que Kósir sufría un ataque al corazón y que era preciso traer sin tardanza a un médico. Yo envié en busca de Antón. Vino predispuesto a oponerse a cualquier orden mía.

(16) .- Una vieja creencia popular aseguraba que las urracas disecadas espantaban al diablo.

- Antón, engancha inmediatamente; hay que ir a la ciudad...

Antón no me dejó concluir:

- ¡No iré a ningún sitio ni daré caballos!... Todo el día han estado haciéndolos correr. Todavía no se han enfriado... ¡No iré!

- Hay que ir en busca de un doctor, ¿comprendes?

- ¡Me río yo de sus enfermos! También está enfermo el Pelirrojo, pero a él no le traen ningún doctor.

Me enfurecí:

- ¡Entrega ahora mismo la cuadra a Oprishko! ¡Contigo es imposible trabajar!...

- ¡Pues claro que sí! ¡Valiente cosa! Vamos a ver cómo se arreglan ustedes con Oprishko.

Usted se cree todo lo que le dicen: Está enfermo, se muere. Y ningún cuidado de los caballos: es igual, que revienten... Pues bien: que revienten, pero, de cualquier forma, yo no daré caballos.

- ¿Me has oído? Ya no eres el jefe de la cochera. Entrega la cuadra a Oprishko. ¡Ahora mismo!

- ¡Pues claro que sí!... Que la entregue el que sea, que yo no quiero vivir en la colonia.

- Si no quieres, es igual: nadie te retiene aquí...

Con los ojos anegados en lágrimas, Antón metió la mano en un profundo bolsillo, sacó de él un manojo de llaves y lo depositó sobre la mesa. En la habitación entró Oprishko, el brazo derecho de Antón, y miró, sorprendido, a su lloroso jefe. Brátchenko le contempló despectivamente y quiso decir algo, pero se secó en silencio la nariz con la manga y se fue.

De la colonia se marchó aquella misma noche, sin pasar siquiera por el dormitorio. Cuando nuestra gente iba a la ciudad en busca del doctor le vieron en la carretera. Ni siquiera pidió que le llevasen y respondió a la invitación de subir con un ademán desdeñoso.

Dos días más tarde, Oprishko, lloroso y con la cara ensangrentada, irrumpió en mi habitación.

No había tenido yo tiempo de interrogarle qué había pasado cuando, toda agitada, llegó corriendo Lidia Petrovna, que aquel día se hallaba de guardia en la colonia.

- Antón Semiónovich, vaya usted a la cuadra: allí está Brátchenko. y yo, francamente, no comprendo qué es lo que hace...

Camino de la cuadra, encontramos al segundo cochero, el enorme Fedorenko, que lloraba a todo llorar.

- ¿Qué pasa?

- Pero, ¿cómo... se puede hacer así? Ha tomado las bridas y, ¡zas!, en los morros...

- ¿Quién? ¿Brátchenko?

- Sí, Brátchenko...

En la cuadra encontré a Brátchenko y a otro cochero más en plena faena. Me saludó secamente, pero, al ver detrás de mí a Oprishko, olvidó que yo estaba delante y se abalanzó sobre él:

- Es mejor que ni siquiera entres, porque, de todas maneras, te daré con el sillín. ¡Vaya con el paseante! ¡Jinete! ¡Mire usted lo que ha hecho con el Pelirrojo!

Antón agarró con una mano la linterna y con la otra me arrastró hacia el Pelirrojo. El caballo tenía, efectivamente, una terrible rozadura en las cruces, pero sobre la herida había ya un trapito blanco, y Antón lo alzó amorosamente y luego volvió a colocarlo donde estaba.

- Le he puesto xeroformo -me dijo seriamente.

- Pero, vamos a ver, ¿qué derecho tenías tú a venir sin permiso a la cuadra, a castigar a nadie, a pelearte?...

- ¿Usted cree que ya no le pegaré más? Mejor será que no aparezca ante mi vista: de todas maneras, le golpearé.

En la puerta de la cuadra, un tropel de colonos se reía a carcajadas. No me sentí con fuerzas para reprender a Antón: se hallaba demasiado seguro de que él y los caballos estaban en lo justo.

- Escúchame, Antón: por haber pegado a los muchachos, pasarás castigado esta tarde en mi habitación.

- Pero ¿cuándo voy a poder?...

- ¡Basta de hablar! -le grité.

- Bueno. Encima estate sentado...

Pasó la tarde en mi habitación, leyendo enfadado un libro.

El invierno de 1922 trajo días difíciles para Antón y para mí. El campo de avena sembrado por Kalina Ivánovich en un terreno arenoso y sin abonar casi no nos produjo grano ni paja. Prados no teníamos aún.

En enero se nos acabó el forraje. Al principio, nos arreglamos de algún modo, suplicando bien en la ciudad, bien a los vecinos. pero la gente dejó pronto de ayudarnos. ¡Cuántas veces Kalina Ivánovich y yo traspusimos el umbral de las oficinas de Abastos! Fue en vano: no sacamos nada.

Por fin, llegó la catástrofe. Brátchenko me comunicó con lágrimas en los ojos que los caballos llevaban ya dos días sin comer. Yo callé. Llorando y profiriendo juramentos, el muchacho limpiaba la cuadra: ya no tenía otro trabajo. Los caballos estaban tumbados, y Antón insistía, sobre todo, en ello.

Al día siguiente, Kalina Ivánovich regresó, furioso y perplejo, de la ciudad.

- ¿Qué vas a hacerle? No dan nada... ¿Qué hacer?

De pie junto a la puerta, Antón callaba. Kalina Ivánovich hizo un ademán de impotencia y miró a Brátchenko:

- ¿Que hacer? ¿Ir a robar acaso? Las bestias no saben hablar...

Antón abrió bruscamente la puerta y salió corriendo de la habitación. Una hora más tarde me dijeron que se había marchado de la colonia.

- ¿A dónde?

- ¡Quién lo sabe!... No ha dicho nada a nadie.

Al día siguiente se presentó en la colonia acompañado de un aldeano con un carro de paja. El campesino vestía una chaqueta nueva y se tocaba con un buen gorro. Las ruedas del carro golpeaban rítmicamente, y los caballos tenían un aspecto muy lozano. El campesino tomó a Kalina Ivánovich por el encargado.

- Ese muchacho me ha dicho en la carretera que aquí se recibe el impuesto en especie...

- ¿Qué muchacho?

- Ése que estaba aquí... Hemos venido juntos...

Desde la cuadra, Antón me hacía unas señas incomprensibles.

Kalina Ivánovich sonrió confuso sin dejar de fumar su pipa y me llevó aparte:

- ¿Qué podemos hacer? Vamos a aceptar este carro, y después veremos.

Yo me había dado ya cuenta de qué se trataba.

- ¿Cuánto hay aquí?

- Unos veinte puds. No lo he pesado.

Antón apareció en el lugar de la acción y objetó:

- Usted mismo me ha dicho por el camino que diecisiete y ahora sale con que veinte. Diecisiete puds.

- Descárguelos usted y pase a la oficina por el recibo.

En la oficina, es decir, en un pequeño despachito que por aquel entonces me había improvisado entre los locales de la colonia, yo escribí con una mano criminal en papel timbrado que el ciudadano Onufri Vats había entregado a cuenta del impuesto en especie diecisiete puds de paja de avena. Firmé después y estampé el sello.

Onufri Vats se inclinó profundamente y nos agradeció no sé qué.

Se fue: Brátchenko trabajaba alegremente con toda su compañía en la cuadra; incluso se le oía cantar. Kalina Ivánovich se frotaba las manos y sonreía con un aire culpable.

- ¡Diablos! Te va a caer el pelo por una broma así, pero ¡qué vas a hacerle! ¡No se puede dejar morir a los animales! De todas formas, son del Estado...

- ¿Y por qué se ha ido tan contento ese tipo? -pregunté a Kalina Ivánovich.

- ¿Y tú qué crees? Si no hubiera sido por nosotros, habría tenido que ir a ciudad y hacer cola encima, mientras que aquí el parásito ha dicho que son diecisiete puds sin haberlo comprobado nadie, y quizá no haya más de quince.

A los dos días entró en el patio una carreta cargada de heno.

- El impuesto en especie. Vats lo ha entregado aquí...

- ¿Y usted cómo se llama?

- Yo también soy Vats. Stepán Vats.

- Ahora mismo.

Fui en busca de Kalina Ivánovich para pedirle consejo. En el zaguán tropecé con Antón.

- ¿Ves? Tú has indicado el camino, y ahora...

- Recíbalo, Antón Semiónovich; ya nos justificaremos.

Era imposible aceptarlo, pero tampoco podía uno negarse. ¿Por qué, preguntarían, se admitía el impuesto a un Vats y a otro no?

- Anda, recibe tú el heno, mientras yo extiendo el recibo.

Y todavía recibimos dos carros más de forraje y unos cuarenta puds de avena.

Yo esperaba medio muerto el castigo. Antón me contemplaba atentamente y sonreía apenas con la comisura de los labios. Pero había dejado de luchar contra todos los

consumidores del transporte, cumplía gustosamente cualquier disposición y trabajaba en la cuadra como un titán.

Por fin, recibí una nota breve, aunque enérgica:

Comunique inmediatamente con qué autorización recibe la colonia el impuesto en especie.

El comisario regional de Abastos Aguéiev.

No hablé de la nota ni con Kalina Ivánovich. y no contesté a ella. ¿Qué podía contestar?

En abril entró velozmente en la colonia una tachanka tirada por un par de caballos negros, y Brátchenko, todo asustado, irrumpió en mi despacho.

- Viene hacia aquí -anunció jadeante.

- ¿Quién?

- Debe ser con motivo de la paja... Viene enfadado.

El muchacho se sentó detrás de la estufa y guardó silencio.

El comisario de Abastos era como todos los comisarios: joven, bien plantado, con cazadora de cuero y revólver.

- ¿Es usted el director?

- Sí.

- ¿Ha recibido mi nota?

- Sí.

- ¿Por qué no me ha contestado? ¿Qué es esto de que deba venir yo mismo? ¿Quién le ha autorizado a recibir el impuesto?

- Lo hemos recibido sin autorización.

El comisario saltó de la silla y empezó a chillar:

- ¿Cómo sin autorización? ¿Sabe usted a qué huele esto? Ahora mismo será detenido, ¿lo sabe?

Yo lo sabía.

- Termine de una vez -pedí al comisario con voz sorda-. No trato de justificarme ni de rehuir nada. Y no grite. Haga lo que crea pertinente.

El comisario recorría en diagonal mi pobre despacho.

- ¡El diablo sabe qué es esto! -refunfuñaba, hablando consigo mismo y resoplando como un caballo.

Antón había salido de su escondite y ahora observaba al enojado comisario. De pronto zumbó en voz baja, lo mismo que un abejorro:

- Nadie habría reparado en el impuesto ni en nada si tuviese a sus caballos cuatro días sin comer. Si sus caballos negros se hubieran pasado cuatro días leyendo periódicos. ¿habrían entrado con tanto brío en la colonia?

Aguéiev se detuvo asombrado:

- ¿Y tú quién eres? ¿Qué necesitas aquí?

- Es nuestro responsable de la cuadra. Más o menos, una persona interesada en el asunto - contesté yo.

El comisario volvió a ir y venir por la habitación y de improviso se detuvo frente a Antón:

- ¿Lo tenéis, por lo menos, anotado? El diablo sabe que...

Antón saltó hacia mi mesa y balbuceó inquieto:
- ¿Está anotado, Antón Semiónovich?
Aguéiev y yo nos echamos a reír.
- Está anotado.
- ¿De dónde ha sacado usted a un muchacho tan majo?
- Los hacemos nosotros mismos -sonreí .
Brátchenko alzó los ojos hacia el comisario y le preguntó entre serio y afable:
- ¿Quiere usted que eche de comer a sus caballos?
- Bien, échales de comer.

OSADCHI

En el invierno y en la primavera de 1922 hubo terribles explosiones en la colonia Gorki. Estas explosiones sucedíanse casi sin interrupción, y actualmente se funden en mi memoria como una madeja común de infortunios.

Sin embargo, esos días, aun con todo su dramatismo, eran días de auge tanto de nuestra economía como de nuestra salud. No puedo explicar ahora cómo se compaginaban lógicamente estos fenómenos, pero se compaginaban. El día corriente de la colonia era también entonces un día magnífico, lleno de trabajo, de confianza, de humano sentimiento de camaradería, y siempre había risas, bromas, entusiasmo y un ambiente general sano y animoso. Pero no transcurría ni siquiera una semana sin que cualquier historia absurda nos lanzase a algún abismo profundo, a alguna cadena tan espantosa de acontecimientos, que casi perdíamos la noción normal de las cosas y nos transformábamos en seres enfermos, que veían el mundo a través de sus nervios excitados.

Inesperadamente apareció entre nosotros el antisemitismo. Hasta entonces no habíamos tenido judíos en la colonia. En otoño nos fue enviado el primer hebreo; después llegaron varios más, uno tras otro. Uno de ellos había trabajado antes en el Departamento de Investigación, y sobre él recayó, en primer lugar, la ira feroz de nuestros veteranos.

En las manifestaciones de antisemitismo, yo no pude al principio ni siquiera distinguir quién era más culpable y quién menos. Los colonos recién llegados eran antisemitas simplemente porque hallaban en los judíos víctimas inofensivas para el desahogo de sus instintos de granuja; los mayores, a su vez, tenían más posibilidades de burlarse y reírse de los hebreos.

El primer judío se llamaba Ostromújov.

Ostromújov empezó a ser maltratado con motivo y sin motivo. Los colonos le pegaban, se burlaban de él a cada paso, le quitaban un buen cinturón o unos zapatos en perfecto uso y le daban, a cambio, algo que no servía para nada; recurriendo a cualquier artimaña, le dejaban sin alimentos o se los hacían incomibles; le irritaban interminablemente, le injuriaban y, lo peor de todo, le mantenían en un estado continuo de miedo y de vejación. Eso es lo que hallaron en la colonia no sólo Ostromújov, sino también Schnéider, Glézer y Kráinik. Fue terriblemente difícil luchar contra ello. Todo se hacía en medio de un misterio absoluto, con mucha cautela y casi sin riesgo, porque previamente se atemorizaba de tal modo a los judíos, que ni se atrevían a quejarse. Sólo por indicios indirectos, por su aspecto de abatimiento, por su actitud silenciosa y tímida, se podía establecer alguna que otra conjetura. Además, por conductos más alejados, por conversaciones amistosas de los educadores con los muchachos más impresionables se filtraban rumores difíciles de captar.

Sin embargo, no se podía ocultar plenamente ante el personal pedagógico el ultraje continuo de todo un grupo de colonos, y llegó un instante en que dejó de ser un secreto para nadie el desenfreno antisemita a que había llegado la colonia. Se pudo establecer, además, la lista de los ofensores. Todos ellos eran viejos conocidos nuestros

-Burún, Mitiaguin, Vólojov, Prijodko-, pero dos colonos, Osadchi y Taraniets, desempeñaban el papel principal.

Hacía ya mucho tiempo que la viveza, el ingenio y la capacidad de organización habían promovido a Taraniets a la primera fila de los colonos, pero la llegada de muchachos mayores no le dejaba espacio libre. Ahora su tendencia al dominio había encontrado una válvula de escape en el atemorizamiento de los judíos y en su escarnio. Osadchi era un muchacho de dieciseis años, sombrío, tenaz, fuerte y excepcionalmente salvaje. Se enorgullecía de su pasado, pero no porque hallara en él ningún atractivo, sino por tesón, porque se trataba de su pasado y a nadie le importaba su vida.

Osadchi sentía gusto por la vida y procuraba siempre celosamente que no pasara día alguno sin proporcionarle su correspondiente satisfacción. En materia de satisfacciones, Osadchi era hombre de pocas exigencias. Generalmente, se contentaba yendo de paseo a Pirogovka, aldea próxima a la ciudad, poblada por medio-kulaks, medio-artesanos. En aquellos tiempos, Pirogovka brillaba por su abundacia de muchachas guapas y de aguardiente, y ambas cosas constituían la principal satisfacción de Osadchi. Su eterno acompañante era Galatenko, un muchacho famoso en toda la colonia por lo vago y glotón.

Osadchi se dejaba un flequillo absurdo que le impedía ver la luz del día, pero que, según todas las trazas, constituía una ventaja considerable en la lucha por la simpatía de las muchachas de Pirogovka. Bajo ese flequillo, me miraba siempre sombríamente y, al parecer, hasta con odio cuando yo trataba de inmiscuirme en su vida privada. No le dejaba ir a Pirogovka y le exigía con insistencia que se interesara más por la colonia.

Osadchi se convirtió en el inquisidor principal de los judíos. Seguramente no era antisemita.

Pero su impunidad y la indefensión de los hebreos le permitían brillar en la colonia con un ingenio y un heroísmo primitivos.

Era preciso emprender prudentemente la lucha franca y manifiesta contra esta banda de monstruos, porque semejante lucha implicaba la amenaza de terribles represalias, sobre todo contra los judíos. Tipos como Osadchi no se abstendrían, en caso extremo, ni siquiera de recurrir al cuchillo. Había que actuar bajo cuerda y con mucho tiento o cortando por lo sano.

Comencé por lo primero. Necesitaba aislar a Osadchi y a Taraniets. Karabánov, Mitiaguin, Prijodko y Burún me eran adictos, y yo tenía descontada su ayuda. Pero lo más que obtuve de ellos. fue convencerles de que no tocaran a los hebreos.

- ¿De quién hay que defenderlos? ¿De toda la colonia?

- No mientas, Semión. Tú sabes de quién.

- ¡Y qué importa que lo sepa! Aunque salga en su defensa no voy a tener todo el día atado a mí a ese Ostromújov. De todas formas, le pescarán y le zurrarán todavía más.

Mitiaguin me dijo francamente:

- Yo no me meto en eso, no es cosa mía; pero no les tocaré: no me hacen falta.

El que más simpatizaba conmigo era Zadórov. Sin embargo, no sabía cómo abordar la lucha directa contra tipos como Osadchi.

- Aquí hay que intervenir radicalmente, pero no sé de qué manera. Además, delante de mí todos lo ocultan como delante de usted. En mi presencia no tocan a nadie.

La situación de los judíos se hacía más y más difícil. Todos los días se les podía ver ya llenos de cardenales, pero, al interrogarles, se negaban a dar el nombre de sus apaleadores. Osadchi se paseaba como un gallito por la colonia y nos miraba desafiante a mí y a los educadores bajo su espléndido flequillo.

Decidí jugarme el todo por el todo y le llamé a mi despacho. Negó todo resueltamente. Sin embargo, su aspecto dejaba traslucir que negaba sólo por el bien parecer, pero que, en realidad, le tenía sin cuidado lo que yo pensara de él.

- Tú les pegas todos los días.

- Nada de eso -me respondía de mala gana.

Le amenacé con expulsarle de la colonia.

- Bueno, ¿y qué? Expúlseme usted.

Conocía muy bien el trámite difícil y penoso necesario para expulsar de la colonia a alguien.

Había que gestionarlo largo tiempo en la comisión, presentar toda suerte de cuestionarios y de características, enviar más de diez veces al propio Osadchi al interrogatorio e incluso a diferentes testigos.

Además, Osadchi no me interesaba por sí mismo. Toda la colonia seguía sus hazañas, y muchos estaban de acuerdo con él y le admiraban. Expulsarle de la colonia significaba conservar esas simpatías en forma de recuerdo eterno del heroico y sufrido Osadchi, que no temía nada ni obedecía a nadie, que apaleaba a los judíos y que por ello había sido encerrado.

Por otra parte, Osadchi no era el único que actuaba contra los judíos: Taraniets era menos brutal que Osadchi, pero mucho más astuto y sutil. Nunca les golpeaba y, en presencia de todos, los trataba hasta con ternura, pero por la noche les metía papeles entre los dedos de los pies y, después de encenderlos, se acostaba y se hacía el dormido. O bien, después de procurarse una maquinilla de cortar el pelo convencía a algún botarate como Fedorenko de que pelase a Schnéider media cabeza; luego, simulaba que se había estropeado la máquina, lo que le permitía burlarse del pobre chiquillo cuando iba tras él, suplicándole con los ojos llenos de lágrimas que terminara de pelarle la cabeza.

La salvación de todas esas calamidades llegó de la manera más inesperada y vergonzosa. Una noche se abrió la puerta de mi despacho, e Iván Ivánovich hizo entrar a Ostromújov y a Schnéider, los dos ensangrentados y escupiendo sangre, aunque sin llorar siquiera por su miedo habitual.

- ¿Osadchi? -pregunté.

Iván Ivánovich me refirió que, durante la cena. Osadchi se había metido con Schnéider, responsable del comedor aquel día. Primero le obligó a cambiar su ración, luego le hizo darle otro pan y, por último, cuando Schnéider, al servirle la sopa, inclinó involuntariamente el plato y rozó la sopa con sus dedos, Osadchi se levantó de la mesa y, en presencia del responsable principal y de la colonia en pleno, abofeteó a Schnéider. Schnéider tal vez se hubiera aguantado, pero el responsable principal no era hombre pusilánime y, además, nunca había habido hasta entonces entre nosotros peleas en presencia del responsable de la guardia. Iván Ivánovich ordenó a Osadchi que saliera del comedor y me comunicase lo sucedido. Osadchi iba ya hacia la puerta cuando se detuvo para decir:

- Iré a ver al director, pero antes va a pagármelas este judío.

Entonces se produjo un pequeño milagro. Ostromújov, que siempre había sido el más indefenso de los hebreos, saltó inesperadamente de la mesa y se abalanzó sobre Osadchi:

- ¡No te permitiré que le pegues!

Todo eso terminó golpeando Osadchi a Ostromújov allí mismo, en el comedor, y cuando, al salir, descubrió a Schnéider escondido detrás de la puerta le pegó con tanta fuerza, que le saltó un diente. Osadchi se negó después a presentarse ante mí.

En mi despacho, Ostromújov y Schnéider se embadurnaban de sangre el rostro con las sucias mangas de sus klifts, pero no lloraban y, por lo visto, se despedían de la vida. Yo estaba también seguro de que, si ahora no resolvía la situación de una vez para siempre, los judíos tendrían que salvarse inmediatamente por medio de la fuga o disponerse a sufrir un verdadero tormento. Me abatía y me dejaba literalmente helado la indiferencia de todos los colonos, incluido Zadórov, en relación con la riña del comedor. Repentinamente, me sentí tan solo como en los primeros días de la colonia. Pero en los primeros días yo no esperaba ayuda ni simpatía, y la soledad era un fenómeno natural y previsto, mientras que ahora había ya tenido tiempo de sentirme mimado y habituarme a la constante colaboración de los colonos.

En mi despacho, además de los muchachos perjudicados, había algunos otros. Yo le dije a uno de ellos:

- Llama a Osadchi.

Estaba casi seguro de que Osadchi se encabritaría y no querría venir, y había decidido firmemente que, en caso de necesidad, iría yo en busca suya, aunque fuese con el revólver en la mano.

Sin embargo, Osadchi vino. Irrumpió en el despacho con la chaqueta echada por encima de los hombros y las manos en el bolsillo, derribando al pasar una silla. Con el se presentó también Taraniets. Taraniets fingía una actitud de hombre interesado: parecía decir que había acudido únicamente porque aguardaba un ameno espectáculo.

Osadchi me miró por encima del hombro.

- Bueno, ya estoy aquí... ¿Qué pasa? -preguntó.

Le mostré a Ostromújov y a Schnéider:

- ¿Qué es esto?

- ¿Y qué? ¡Vaya una cosa!... ¡Dos judíos! ¡Y yo que creía que iba a enseñarme usted algo interesante!...

Y de pronto la base pedagógica se desmoronó estrepitosamente. Me encontré en el vacío. El pesado ábaco que había sobre mi mesa voló de repente hacia la cabeza de Osadchi. Fallé el tiro, y el ábaco golpeó sonoramente contra la pared y cayó al suelo.

En un estado de inconsciencia total busqué en la mesa algún objeto pesado, nada... entonces.. una silla... y me lancé con ella sobre Osadchi. Presa de pánico, el muchacho retrocedió hacia la puerta. No obstante, la chaqueta le resbaló por los hombros hasta el suelo, y Osadchi, enredándose en ella, se cayó.

Me recobré: alguien tiraba de mí por los hombros. Al volverme, hallé la mirada sonriente de Zadórov:

- ¡No vale la pena ese bicho!

Sentado en el suelo, Osadchi sollozaba. En el poyo de la ventana se había ocultado el pálido Taraniets. Los labios le temblaban.

- ¡Tú también te burlabas de estos muchachos!

Taraniets descendió del poyo de la ventana.

- Le doy mi palabra de que no volveré a hacerlo.

- ¡Fuera de aquí!

Se marchó de puntillas.

Osadchi, por fin, se levantó del suelo. Tenía la chaqueta en una mano y con la otra se limpiaba el último resto de su debilidad nerviosa: una lágrima solitaria en la sucia mejilla. Me miraba serio y tranquilo.

- Permanecerás cuatro días en la zapatería a pan y agua.

Osadchi sonrió con la boca torcida y me respondió sin pensarlo:

- Bueno.

Al segundo día de castigo me llamó:

- No lo haré más: perdóneme usted.

- Hablaremos de perdón cuando cumplas el castigo.

Después de cumplir los cuatro días de castigo ya no habló más de perdón. Por el contrario, me dijo sombríamente:

- Me marcho de la colonia.

- Márchate.

- Deme usted un documento...

- ¡Nada de documentos!

- Adiós.

- Que te vaya bien.

BUENOS VECINOS

No sabíamos a dónde se había marchado Osadchi. Unos decían que se había ido a Tashkent, porque allí todo estaba barato y se podía vivir alegremente; otros aseguraban que Osadchi tenía un tío en nuestra ciudad, y los terceros rectificaban esta versión, diciendo que no era tío, sino un conocido, cochero de oficio.

Yo no podía rehacerme después del nuevo derrumbamiento pedagógico. Los colonos me fastidiaban con sus preguntas sobre si sabía algo de Osadchi.

- ¿Qué os importa a vosotros Osadchi? ¿Por qué os preocupáis tanto?

- No nos preocupamos -me respondió Karabánov- , pero sería mejor que estuviera aquí. Para usted sería mejor...

- No comprendo.

Karabánov me contempló con una mirada mefistofélica:

- Seguramente su alma no se sentirá muy tranquila...

Le chillé:

- ¡Dejadme en paz con vuestra palabrería acerca del alma! ¿Qué os habéis creído? ¿Que también mi alma está a vuestra disposición?...

Karabánov se alejó en silencio.

En la colonia vibraba la vida. Yo sentía su pulso sano y animoso; bajo mi ventana resonaban bromas y travesuras en las horas libres (a todos, no sé por qué, les gustaba congregarse al pie de mi ventana); nadie se quejaba. Y una vez Ekaterina Grigórievna me dijo con tal expresión, que no parecía sino que yo era un enfermo grave y ella una hermana de la caridad:

- No tiene usted por qué atormentarse así. Pasará.

- Pero si yo no me atormento. Claro que pasará. ¿Qué hay por la colonia?

- Yo misma no sé cómo explicarlo. La colonia está ahora bien; en ella hay un espíritu humano.

Nuestros judíos son un encanto: están un poco asustados por todo, trabajan muy bien y se azoran terriblemente. ¿Sabe usted? Los mayores cuidan de ellos. Mitiaguin, como una niñera, obliga a Gléizer a lavarse, le ha cortado el pelo, hasta le ha cosido los botones.

Sí. Es decir, todo iba bien. Pero, ¡qué desorden, qué caos llenaba mi alma pedagógica! Un pensamiento me abrumaba: ¿sería posible que yo no encontrara la clave del secreto? Parecía que ya lo tenía entre las manos, que únicamente me faltaba asirlo. Los ojos de muchos colonos brillaban ya de un modo nuevo... y, de pronto, todo se venía lamentablemente abajo.

¿Sería posible que debiese comenzar de nuevo?

Me indignaba la técnica pedagógica, tan mal organizada, y me indignaba también mi impotencia técnica. Con repugnancia y con rabia pensaba yo acerca de la ciencia pedagógica: ¡Cuántos miles de años lleva existiendo! ¡Qué nombres, qué pensamientos

brillantes: Pestalozzi, Rousseau, Natorp, Blonski![17] ¡Cuántos libros, cuánto papel, cuánta gloria! Y al mismo tiempo, un lugar vacío, nada que pueda corregir a un solo granuja, ningún método, ningún instrumento, ninguna lógica, nada. Pura charlatanería.

En lo que menos pensaba yo era en Osadchi. Le había incluido en la cuenta de pérdidas inevitables en toda empresa. Su marcha presuntuosa me inquietaba menos todavía.

Y, además, Osadchi volvió pronto.

Sobre nuestra cabeza se abatió un nuevo escándalo, a consecuencia del cual supe, por fin, lo que quiere decir que se le pongan a uno los pelos de punta.

En una apacible noche de invierno, un grupo de colonos, incluido Osadchi, riñó con los mozos de Pirogovka. La riña degeneró en pelea. Por nuestra parte predominaban las armas blancas, las navajas; por parte de ellos, las armas de fuego, los retacos. El combate terminó a nuestro favor. Los mozos fueron desplazados del lugar en que solían reunirse con las mozas y, después de huir vergonzosamente, se refugiaron en el edificio del Soviet rural. A eso de las tres de la madrugada, el edificio fue tomado por asalto; es decir, fueron arrancadas de él las puertas y las ventanas, y el combate derivó en una enérgica persecución. Saltando por esas mismas puertas y ventanas, los mozos se dispersaron por las casas, y los colonos volvieron triunfalmente a la colonia.

Lo más terrible de todo fue que el Soviet rural quedó destrozado hasta tal punto, que al día siguiente no se pudo trabajar en él. Además de las puertas y de las ventanas, habían sido rotas las mesas y las sillas, dispersos los papeles y hechos añicos los tinteros.

Por la mañana, los bandidos se despertaron como angelitos inocentes y se fueron al trabajo. Hacia mediodía vino a verme el presidente del Soviet rural de Pirogovka y me relató los sucesos de la noche pasada. Yo miraba con sorpresa a aquel viejecito lugareño, delgado y listo: ¿por qué seguía hablando conmigo, por qué no daba parte a la milicia, por qué no metía en la cárcel a todos estos miserables y a mí entre ellos?

Pero el presidente me refería el suceso con más tristeza que indignación y lo que, sobre todo, le preocupaba era saber si la colonia repararía las puertas y las ventanas y si yo podría ahora facilitarle dos tinteros.

Me quedé estupefacto, sin poder explicarme tan humanitaria actitud hacia nosotros por parte de las autoridades. Después resolví que el presidente, igual que yo, no concebía aún todo el horror del asunto: lo único que hacía era mascullar no sé qué para dar a entender que reaccionaba de algún modo.

Yo juzgaba por mí mismo: también estaba atascado en una especie de balbuceo.

- Claro está que lo arreglaremos todo... ¿Tinteros?... Puede usted llevarse éstos.

El presidente tomó los tinteros y, sujetándolos cuidadosamente con la mano izquierda, los estrechó contra su vientre. Eran unos tinteros corrientes y seguros.

- En fin, nosotros lo repararemos todo. Ahora mismo enviaré a un maestro. Sólo que deberán esperar ustedes a que traigamos los cristales de la ciudad.

El presidente me miró reconocido:

(17) .- Véase El Contrato social y Cartas sobre la educación de los niños Pablo Natorp (1854-1924): Filósofo y pedagogo alemán. P. Blonski (1844-1941): Pedagogo teórico. Autor de La escuela de trabajo (1919).

- No corre tanta prisa. Podemos esperar hasta mañana. Cuando tengan ustedes el vidrio, se puede hacer todo al mismo tiempo...

- ¿Ah, sí? Entonces mañana...

Pero ¿por qué seguía sin irse aquel botarate de presidente?

- ¿Regresa usted ahora a Pirogovka? -le pregunté.

- Sí.

El presidente se volvió, sacó del bolsillo un pañuelo amarillo y se secó el bigote, completamente limpio. Se me acercó más.

- ¿Comprende? Se trata de... ayer sus muchachos se apoderaron allí... ¿Sabe? La gente es joven... También estaba allí el mío... Son mozos y, para divertirse, sólo por eso, nada de otra cosa, Dios nos libre... Como los camaradas tienen, pues él también... Yo digo que con estos tiempos... cada uno tiene...

- ¿De qué se trata? -inquirí-. Perdóneme usted, pero no entiendo nada.

- El retaco -contestó a boca de jarro el presidente .

- ¿El retaco?

- Sí, el retaco.

- ¿Y qué?

- Pero, por Dios, si estoy contándoselo a usted: ayer, cuando anduvieron de jarana... Lo que ocurrió ayer... Los suyos se lo quitaron al mío y no sé a quién más; tal vez lo perdió alguno, porque como estaban bebidos... Pero ¿de dónde sacarán el aguardiente?

- ¿Quién estaba bebido?

- ¿Quién va a ser, santo cielo?... ¿Es que puede uno saberlo? Yo no estaba allí, pero según dicen, todos los suyos estaban borrachos...

- ¿Y los suyos?

El presidente titubeó:

- ¡Pero si yo no estaba allí!... Cierto que ayer era domingo. Pero no estoy hablando de eso. Es cosa de jóvenes, y ¿qué se le va a hacer? Yo a eso no me refiero... Cierto que hubo pelea, pero no mataron ni hirieron a nadie. ¿Tampoco entre los suyos, verdad? -preguntó, temeroso.

- Con los míos no he hablado aún.

- Yo no sé; he oído decir a algunos que hubo tiros, dos o tres, seguramente cuando huían, porque los suyos, como usted sabe, son gente fogosa, y los nuestros, aldeanos, mientras se mueven... ¡Je, je, je, je!

El viejecito se reía con los ojillos entornados, dulzón, cariñoso. A los viejos así se les llama siempre abuelos. También yo me reía, mirándole, pero dentro de mí había una confusión insoportable.

- Entonces, según usted, ¿no ha ocurrido nada terrible? ¿Se han peleado y luego tan amigos?

- Eso es, eso es: tan amigos. También yo, de joven, me peleaba por las muchachas. Mi hermano Yákov fue apaleado un día por los mozos hasta quedar medio muerto. Usted llame a los muchachos y hable con ellos para que la cosa no vuelva a repetirse.

Salí al zaguán.

- Llama a todos los que estuvieron ayer en Pirogovka.

- ¿Y dónde están? -me preguntó un muchacho de aire despierto, que, ocupado, por lo visto, en algún asunto urgente, atravesaba, corriendo, el patio.

- ¿Acaso no sabes quién estuvo ayer en Pirogovka?

- ¡Oh! ¡Qué listo es usted!... Más vale que llame a Burún.

- Bueno, llámale.

Burún se presentó en el zaguán.

- ¿Osadchi está en la colonia?

- Ha venido y está trabajando en el taller de carpintería.

- Dile que los nuestros han armado ayer un escándalo en Pirogovka y que el asunto es muy serio.

- Sí, los muchachos han hablado de ello.

- Pues anda: di ahora a Osadchi que se reúnan todos en mi despacho: el presidente está allí. Y que no mientan, porque la cosa puede concluir muy mal.

Mi despacho rebosaba de pirogovianos: Osadchi, Prijodko, Chóbot, Oprishko, Galatenko, Golos, Soroka y otros que no recuerdo. Osadchi se mantenía con desenvoltura, como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros. En presencia de un extraño yo tampoco quería recordar el pasado.

- Ayer habéis estado en Pirogovka. Os emborrachasteis, escandalizasteis, los mozos quisieron poner paz, y entonces vosotros les golpeasteis y destruisteis el Soviet rural. ¿Fue así?

- No del todo como usted lo cuenta -dijo Osadchi, adelantándose-. Es verdad que los muchachos estuvieron en Pirogovka. Yo he vivido allí tres días: usted sabe por qué... Pero no es verdad que nos emborrachásemos... Sólo Panás, el hijo del presidente, anduvo todo el día con Soroka, y Soroka, efectivamente, estaba un poquitín bebido... Y también a Golos le convidaron sus amistades. Pero los demás estábamos como es debido. Y no nos metíamos con nadie. Paseábamos como todos. Y, en esto, se acercó uno, Járchenko, y me gritó: ¡Arriba las manos!, y me apuntó con un retaco. Yo, claro, le di en los morros. Y entonces se armó todo... Están furiosos con nosotros porque las chicas nos prefieren a ellos...

- ¿Y qué es lo que se armó?

- Pues nada, que nos peleamos. Si ellos no hubieran disparado, no habría pasado nada de particular. Pero Panás disparó y Járchenko también, y nosotros, naturalmente, les perseguimos. No queríamos pegarles, sino solamente quitarles los retacos, pero ellos se encerraron. Entonces, Prijodko, usted le conoce, arrimó el hombro...

- ¡Arrimó el hombro! ¡Buena la habéis hecho! ¿Dónde están los retacos? ¿Cuántos tenéis?

- Dos.

Osadchi se volvió a Soroka:

- Tráelos.

Trajeron los retacos. Ordené a los muchachos que volvieran a los talleres. El presidente vacilaba, contemplando los retacos:

- Entonces, ¿puedo llevármelos?

- ¿Por qué? Su hijo no tiene derecho a llevar retaco y Járchenko tampoco. Por mi parte, yo no tengo tampoco derecho a devolverlos...

- ¿Yo para qué los necesito? No me los devuelva; quédese con ellos. Tal vez le sirvan para asustar a los ladrones en el bosque. Yo lo que quiero, ¿comprende?, es que no dé usted importancia al asunto... Es cosa de jóvenes, ¿sabe?

- ¿Me dice usted eso para que no me queje en ningún sitio?

- Claro, para eso...

Me eché a reír:

- ¿Qué falta hace? Nosotros somos vecinos.

- Eso, eso -se alegró el abuelo-; nosotros somos vecinos... ¿Qué no puede ocurrir? Y si todo se lleva a las autoridades...

Cuando se fue el presidente, yo sentí que un gran peso se me quitaba de encima.

Hablando con propiedad, aún debía exponer toda esta historia en lenguaje pedagógico. Pero los muchachos y yo nos sentíamos tan satisfechos de que todo hubiera terminado bien, de que esta vez no nos hubiese hecho falta la pedagogía. Yo no les castigué, y ellos me dieron palabra de no volver a Pirogovka sin mi permiso y de reconciliarse con los mozos del lugar.

EL NUESTRO ES EL MÁS GUAPO

En el invierno de 1922 había seis muchachas en la colonia. Por aquel entonces, Olia Vóronova había espigado y estaba verdaderamente hermosa. Los muchachos la admiraban en serio, pero Olia observaba con todos la misma actitud cariñosa e inaccesible, y solamente Burún era su amigo. Tras las amplias espaldas del muchacho, Olia no tenía miedo a nadie en la colonia y podía incluso contemplar desdeñosamente el enamoramiento de Prijodko, el muchacho más fuerte, más tonto y más torpe de la colonia. Burún no estaba enamorado. Lo que le unía a Olia era una auténtica amistad juvenil, y esta circunstancia había aumentado en mucho el respeto de que los dos gozaban entre los colonos. A pesar de su belleza, Olia no destacaba en nada. Le gustaba mucho la agricultura; el trabajo en el campo, hasta el más duro, le atraía como una bella música, y soñaba:

- Cuando yo crezca, me casaré obligatoriamente con un campesino.

Quien llevaba la voz cantante entre las muchachas era Nastia Nochévnaia. La habían enviado a la colonia con un voluminoso expediente, en el que se hablaba de ella: ladrona, vendedora de objetos robados, mantenedora de una guarida de ladrones. Y por eso, nosotros mirábamos a Nastia como si fuese un milagro. Criatura excepcionalmente honesta y simpática, no tenía arriba de quince años, pero se distinguía por su apostura, su rostro blanco, su gesto arrogante y su carácter firme. Sabía reprender a las muchachas sin arrebatarse ni chillar, sabía también llamar al orden a cualquier colono sólo con la mirada y reconvenirle de manera breve, aunque enérgica:

- ¿Por qué has tirado el pan después de partirlo? ¿Te consideras rico o es que has estudiado en la universidad de los cerdos? ¡Recógelo ahora mismo!...

Nastia tenía una voz profunda, de pecho, en la que se transparentaba una fuerza recóndita.

Nastia hizo amistad con las educadoras, leía mucho, tenazmente, y marchaba sin la menor duda hacia el objetivo propuesto: el Rabfak. Pero el Rabfak se hallaba todavía en un horizonte lejano para Nastia, lo mismo que para los demás colonos que también aspiraban a él: Karabánov, Vérshnev, Zadórov, Vetkovski. Nuestros primogénitos eran demasiado incultos y les costaba trabajo asimilar las profundidades de la aritmética y de la cultura política elemental. Raísa Sokolova era la más instruida de todos: por eso la enviamos al Rabfak de Kíev en el otoño de 1921.

Hablando con propiedad, se trataba de una empresa desesperada, pero nuestras educadoras sentían vehementes deseos de tener a una alumna del Rabfak en la colonia. Aunque el objetivo era hermoso, Raísa reunía pocas condiciones para una causa tan noble. El verano íntegro estuvo preparándose, pero era preciso sentarla por la fuerza para que estudiara algo, porque Raísa no tenía el menor afán de instrucción.

Zadórov, Vérshnev, Karabánov -todos los que sentían la vocación del estudio- estaban muy descontentos de que Raísa fuera al Rabfak. Vérshnev, que se distinguía por la admirable capacidad de pasarse leyendo las veinticuatro horas del día, incluso cuando estaba soplando en el fuelle de la forja, infatigable buscador y amante de la verdad,

profería terribles juramentos siempre que pensaba en el futuro luminoso de Raísa y me decía, tartamudeando:

- ¿Cómo no-no-no lo comprenden ustedes? De to-todas for-for-mas, Raísa acaba-bará en la cárcel.

Karabánov se expresaba con mayor claridad:

- ¡Jamás les creí capaces de tanta tontería!

Zadórov, sin sentirse cohibido por la presencia de Raísa, sonreía desdeñosamente y hacía un ademán de desesperanza:

- ¡Vaya una estudiante! ¡Es igual que querer pegar a un jorobado a la pared!

Raísa sonreía coqueta y soñadora en respuesta a todos esos sarcasmos, y, aunque no deseaba ingresar en el Rabfak, se sentía contenta: le agradaba la idea de ir a Kíev.

Yo estaba de acuerdo con los muchachos. En realidad, Raísa no tenía nada de estudiante: incluso ahora, preparándose para el ingreso en el Rabfak, recibía misteriosas esquelas de la ciudad, se marchaba a escondidas de la colonia y con el mismo misterio acudía a verla Kornéiev, un colono fracasado, que permaneció solamente tres semanas en la colonia y que estuvo robándonos de modo consciente y regular, detenido después en la ciudad por robo, peregrino constante por los departamentos de Investigación Criminal, un ser repugnante y corrompido hasta más no poder, que fue uno de los pocos muchachos a quienes yo renuncié a la primera ojeada.

Raísa aprobó el examen de ingreso. Pero, una semana después de ese feliz acontecimiento, los muchachos supieron que también Kornéiev se había ido a Kíev.

- Ahora comenzará la verdadera ciencia -anunció Zadórov.

Corría el invierno. De vez en cuando Raísa nos escribía, pero era imposible sacar algo en limpio de sus cartas. Unas veces parecía que todo iba bien; otras veces que era muy difícil estudiar, y siempre se quejaba de falta de dinero, aunque percibía su estipendio. Cada mes le enviábamos de veinte a treinta rublos. Zadórov afirmaba que Kornéiev cenaría bien con ese dinero, y esto tenía todas las trazas de ser verdad. Principalmente eran censuradas las educadoras, a quienes se debía toda la historia del viaje a Kíev.

- Para todos, menos para ustedes, es evidente que Raísa no sirve. ¡Cómo es posible que nosotros lo veamos y ustedes no?

En enero, Raísa regresó inesperadamente con todas sus cestas y nos dijo que venía de vacaciones. Pero no traía ningún documento en el que constase que, efectivamente, estaba de vacaciones, y por toda su conducta era visible que no pensaba volver a Kíev. El Rabfak de Kíev respondió a mi demanda que Raísa Sokolova, después de dejar de asistir a las clases, había abandonado la residencia colectiva en dirección desconocida.

El asunto estaba claro. Hay que hacer justicia a los muchachos: no se burlaban de Raísa, no aludieron al desdichado Rabfak e incluso parecían haberse olvidado de toda esta aventura. Al principio, después de llegar la muchacha, se rieron a sus anchas de Ekaterina Grigórievna, ya de por sí muy confusa, pero en general, se comportaron como si hubiese ocurrido la cosa más corriente del mundo, algo previsto ya por ellos.

En marzo me comunicó Osipova una duda que la inquietaba: según ciertos indicios, Raísa estaba embarazada.

Yo me quedé helado. Nuestra situación era bastante complicada: ¡una educanda embarazada en una colonia infantil! Yo sentía alrededor de nuestra colonia, en la ciudad, en la delegación de Instrucción Pública, la presencia de un gran número de santurronas, que indudablemente aprovecharían la ocasión para poner el grito en el cielo: en la colonia reinaba la depravación sexual, los niños cohabitaban con las niñas. Me asustaba también el propio estado de cosas en la colonia y la situación difícil de Raísa como educanda. Supliqué a Osipova que hablara francamente con ella.

Raísa negó categóricamente el embarazo e incluso se ofendió:

- ¡Nada de eso! ¿Quién ha inventado semejante porquería? ¿Y desde cuándo las educadoras se dedican también a chismorrear?

La pobre Osipova sintió que, en efecto, no había obrado bien. Raísa estaba muy gruesa, y lo que parecía embarazo podía ser simplemente una obesidad anormal, sobre todo porque a simple vista, realmente, no se podía decir nada. Creímos a Raísa.

Pero no había transcurrido una semana cuando Zadórov me hizo salir un anochecer al patio para hablar conmigo a solas.

- ¿Usted sabe que Raísa está embarazada?

- ¿Y tú cómo lo sabes?

- ¡Qué raro es usted! ¿No se ve acaso? Todos lo saben, y yo pensaba que ustedes también.

- Bueno, y si está embarazada, ¿qué?

- Pues nada... Sólo que ¿para qué lo oculta? Si está embarazada, que lo esté; pero ¿por qué hace como si no hubiese nada? Y, además, aquí tiene usted una carta, de Kornéiev. ¿Ve?... Querida mujercita. Pero esto lo sabíamos ya nosotros.

También entre los educadores cundía la inquietud. Al cabo, toda esta historia comenzó a sacarme de quicio.

- Pero, ¿por qué os preocupáis tanto? Si está embarazada, tendrá que dar a luz. No importa que lo oculte ahora: el parto no podrá ocultarlo. En esto no hay nada de terrible: nacerá un niño, y nada más.

Llamé a Raísa y le pregunté:

- Dime la verdad, Raísa. ¿Estás embarazada?

- Pero ¿por qué me importunan todos con lo mismo? ¿Qué significa eso? Están todos tan pesados, que parecen abejorros: ¡embarazada, embarazada!... No hay nada de eso, ¿comprende usted o no?

Raísa se echó a llorar.

- Mira, Raísa, si estás embarazada no debes ocultarlo. Nosotros te ayudaremos a colocarte, aunque sea en nuestra colonia; también te ayudaremos económicamente. Es preciso prepararlo todo para el niño, hacer la ropita y lo demás...

- Pero si no hay nada de eso. No quiero ningún trabajo; déjenme en paz.

- Bueno, vete.

Así, pues, nadie pudo saber nada en la colonia. Podíamos haberla enviado a que la reconociera un médico, pero en esta cuestión diferían las opiniones de los pedagogos. Unos insistían en la necesidad de que la cosa fuese puesta rápidamente en claro; otros me daban la razón y decían que un reconocimiento de esa clase era muy penoso y humillante para una muchacha y que, en fin de cuentas, no hacía falta ningún reconocimiento: tarde

o temprano aparecería toda la verdad. Y, además, ¿por qué apresurarse? Si Raísa estaba embarazada, sería, a lo sumo, de cinco meses. Mejor era que se tranquilizase. Así se acostumbraría a esta idea y, mientras tanto, le sería ya difícil ocultarlo.

Dejamos en paz a Raísa.

El 15 de abril se celebró en el teatro municipal una gran reunión de pedagogos, en la que yo informé acerca de la disciplina. Conseguí terminar mi informe en la primera velada, pero en torno a mis tesis se desarrolló un apasionado debate y tuvimos que aplazar la discusión del informe para el día siguiente. En el teatro se hallaban presentes casi todos nuestros educadores y algunos de los colonos de más edad. Nos quedamos a pasar la noche en la ciudad.

En aquella época, no sólo en nuestra provincia se interesaban por la colonia, y al día siguiente el teatro estaba atestado. Entre las preguntas que se me hicieron hubo una acerca de la coeducación. Entonces la coeducación en las colonias para delincuentes estaba prohibida por la ley, y nuestra colonia era la única en toda la Unión Soviética que hacía esa experiencia.

Respondiendo a la pregunta, recordé por un segundo a Raísa, pero incluso su posible embarazo no alteraba en absoluto mi punto de vista acerca de la coeducación y participé a la asamblea que en este terreno todo marchaba bien entre nosotros.

Durante el descanso me llamaron al vestíbulo. Tropecé con el jadeante Brátchenko: había hecho el viaje a caballo y no quería revelar el objeto de su viaje a ninguno de los educadores.

- Una desgracia, Antón Semiónovich: en el dormitorio de las muchachas ha aparecido un niño muerto.

- ¿Cómo un niño muerto?

- Muerto, completamente muerto. En una cesta de Raísa. Lenka estaba fregando el suelo y, no sé por qué, se le ocurrió mirar en la cesta, tal vez para coger algo de ella. Entonces descubrió un niño muerto.

- Pero, ¿qué dices?

¿Cómo expresar nuestro estado de ánimo? En toda mi vida había experimentado semejante horror. Las educadoras, pálidas y sollozantes, salieron a duras penas del teatro y regresaron a la colonia en un coche de alquiler. Yo no podía hacer lo mismo: tenía que defenderme aún de los ataques a mi informe.

- ¿Dónde está ahora el niño? -pregunté a Antón.

- Iván Ivánovich lo ha encerrado en el dormitorio.

- ¿Y Raísa?

- En el despacho, vigilada por los muchachos.

Envié a Antón a la milicia con un escrito en el que notificaba el hallazgo, y me quedé para continuar la discusión acerca de la disciplina.

Sólo al anochecer llegué a la colonia. Raísa estaba en mi despacho: sentada en un diván de madera, los cabellos revueltos, con el mismo delantal sucio que llevaba en el lavadero. No quiso mirarme cuando entré y bajó más todavía la cabeza. En el mismo diván, se hallaba Vérshnev, rodeado de libros: parecía buscar algo, porque hojeaba rápidamente volumen tras volumen sin hacer caso de nadie.

Dispuse que se levantara el candado que había en la puerta del dormitorio y que la cesta en que estaba el cadáver fuese trasladada al depósito de la ropa. Ya avanzada la noche, cuando todos se retiraron a dormir, pregunté a Raísa:

- ¿Por qué has hecho eso?

Ella levantó la cabeza y, mirándome torpemente, como una bestia, se arregló el delantal sobre las rodillas.

- Lo he hecho y nada más.

- ¿Por qué no me hiciste caso?

De pronto rompió a llorar en silencio.

- Yo misma no lo sé.

La dejé que pasara la noche en el despacho, bajo la custodia de Vérshnev, cuya pasión por la lectura garantizaba una vigilancia perfecta. Todos temíamos que Raísa atentara contra su vida.

Por la mañana llegó el juez. Pero la instrucción de la causa exigió poco tiempo; no había a quién interrogar. Raísa relató su crimen con palabras lacónicas, aunque exactas. Había dado a luz por la noche, en el mismo dormitorio donde descansaban cinco muchachas más. Ninguna de ellas se despertó. Raísa explicó esta circunstancia como si se tratara de la cosa más sencilla:

- Procuré no quejarme.

Inmediatamente después del parto, estranguló al niño con un pañuelo. Negaba la premeditación del asesinato:

- Yo no quería hacerlo, pero él empezó a llorar.

Escondió el cadáver en una de las cestas que había llevado al Rabfak, con intención de trasladarla la noche siguiente al bosque y dejarla abandonada allí. Las raposas devorarían el cadáver y nadie sabría nada. Por la mañana, fue a trabajar al lavadero, donde las muchachas lavaban su ropa. Desayunó y almorzó con todos los colonos; solamente parecía aburrida, según la expresión de los muchachos.

El juez instructor se llevó consigo a Raísa y dispuso el traslado del cadáver al depósito de un hospital para que se le practicara la autopsia.

El personal pedagógico se hallaba desmoralizado hasta más no poder por este suceso. Todos pensaban que habían llegado los últimos días para la colonia.

Los colonos se hallaban un tanto excitados. Las muchachas tenían miedo a la oscuridad nocturna y a su propia alcoba, en la que no querían dormir sin que hubiese algún muchacho.

Zadórov y Karabánov pasaron varias noches en el dormitorio, pero todo esto tuvo por única consecuencia que tanto las muchachas como los muchachos ni dormían ni siquiera se desnudaban. La ocupación preferida de los chicos en aquellos días era asustar a las muchachas: aparecían bajo sus ventanas envueltos en sábanas blancas, organizaban monstruosos conciertos por las tuberías de las estufas, se ocultaban en secreto debajo de la cama de Raísa y por la noche aullaban desde allí.

En cuanto al crimen, los muchachos lo consideraban como la cosa más simple del mundo. Al mismo tiempo, ellos constituían la oposición a los educadores en su versión de los posibles móviles que habían inducido a Raísa. Los pedagogos estaban seguros de que Raísa había estrangulado al niño en una crisis de pudor femenino, como si la muchacha,

sobreexcitada en aquel dormitorio en que descansaban sus compañeras, hubiera temido, realmente, que alguna de ellas se despertase cuando el niño comenzó a llorar.

Zadórov se retorcía de risa al oír esas explicaciones de los pedagogos, excesivamente inclinados a la sicología:

- ¡Pero no digan ustedes absurdos! ¿Por qué hablar de pudor femenino? De antemano lo tenía pensado todo; por eso no quería confesar que iba a dar pronto a luz. Todo lo había previsto y discutido con Kornéiev. Y también lo de la cesta y lo de llevarla al bosque. En caso de que hubiera obrado por vergüenza, ¿acaso habría ido tan tranquila a trabajar al día siguiente? Si dependiera de mí, fusilaría a Raísa mañana mismo. Ha sido un bicho y siempre lo será. Y ustedes salen ahora con el pudor femenino cuando ella no ha tenido nunca el menor pudor.

- En ese caso, ¿qué objetivos perseguía? ¿Por qué ha obrado así? -planteaban los pedagogos la pregunta que ellos consideraban fulminante.

- Un objetivo muy sencillo: ¿para qué quería ella un niño? Un niño origina siempre mucho trabajo, hay que darle de comer, etc. ¡Menuda falta les hace a ellos el niño, sobre todo a Kornéiev!

- ¡No, hombre! Eso no puede ser...

- ¿Que no puede ser? ¡Cuidado que son ustedes raros! Claro que Raísa no dirá nada, pero, si se la sondeara bien, se descubriría cada cosa...

Los muchachos eran todos de la misma opinión que Zadórov. Karabánov estaba seguro de que no era la primera vez que Raísa salía con una broma de ésas y de que antes de ir a la colonia seguramente había habido ya algo.

Tres días después del crimen, Karabánov llevó el cadáver del niño a un hospital. Regresó excitadísimo:

- ¡Qué de cosas he visto allí! En unos frascos hay, por lo menos, treinta ninos pequeños. Algunos son terribles, con la cabeza así, otro tiene las piernas tan retorcidas, que no se sabe si es un ser humano o un sapo. El nuestro ¡ni comparación tiene! Es el más guapo.

Ekaterina Grigórievna movió con aire reprobatorio la cabeza, pero tampoco ella pudo reprimir una sonrisa:

- ¡Qué dice usted, Semión! ¿Cómo no le da vergüenza?

Alrededor los muchachos se reían a carcajadas, cansados ya de los rostros fúnebres y abatidos de los educadores.

Tres meses más tarde, Raísa fue juzgada. Todo el consejo pedagógico de la colonia fue citado al juicio. En el proceso reinaron la sicología y la teoría del pudor femenino. El juez nos reprochó que no hubiéramos sabido inculcar en la muchacha un buen criterio. Naturalmente, nosotros no pudimos protestar. Cuando deliberaba el tribunal me llamaron para preguntarme:

- ¿Puede usted admitirla de nuevo en la colonia?

- Claro que sí.

Raísa fue condenada condicionalmente a ocho años y puesta en el acto bajo la vigilancia responsable de la colonia.

Volvió a la colonia como si no hubiera ocurrido nada. Trajo consigo unas espléndidas botinas amarillas, y en nuestras veladas refulgía entre los giros del vals,

suscitando con sus botinas la envidia irresistible de nuestras lavanderas y de las mozas de Pirogovka.

Nastia Nochévnaia me dijo:

- O retiran ustedes a Raísa de la colonia o la retiramos nosotras mismas. Da asco vivir con ella en la misma habitación.

Yo me apresuré a colocarla en una fábrica de artículos de punto.

La encontré varias veces en la ciudad. En 1928 estuve en la ciudad para asuntos de la colonia y un día vi, de pronto, a Raísa tras el mostrador de un refectorio. La reconocí en el acto: había engordado, pero, al mismo tiempo, parecía más musculosa y más esbelta.

- ¿Cómo estás?

- Bien. Trabajo aquí. Tengo dos hijos y un buen marido.

- ¿Kornéiev?

- ¡Oh, no! -sonrió-. Lo viejo está ya olvidado. Hace tiempo que le apuñalaron en la calle... ¿Y sabe usted una cosa, Antón Semiónovich?

- ¿Qué?

- Gracias por haberme ayudado entonces. Tan pronto como entré en la fábrica, me despedí de todo lo viejo.

En la primavera cayó sobre nosotros una nueva plaga: el tifus exantemático. El primero que enfermó fue Kostia Vetkovski.

No había médico en la colonia. Ekaterina Grigórievna, que en otro tiempo había asistido a un instituto de medicina, actuaba como médico en los casos imprescindibles en que era violento llamar a algún médico y no podíamos pasarnos sin él. Su especialidad en la colonia eran la sarna y la cura de urgencia en casos de quemadura, corte o golpe, así como en casos de heladuras de las extremidades inferiores durante el invierno, frecuentes por culpa de la imperfección de nuestro calzado. Me parece que ésas eran todas las dolencias que accedían a sufrir nuestros colonos, nada caracterizados por la inclinación a perder el tiempo con médicos y medicinas.

Yo he sentido siempre profundo respeto ante los colonos por su falta de exigencias para con la medicina y personalmente aprendí mucho de ellos en este sentido. Entre nosotros era en absoluto normal no considerarse enfermo con treinta y ocho grados de fiebre, y presumíamos mutuamente de nuestra capacidad de resistencia en tales casos. Por lo demás, se trataba casi de una necesidad, ya que los médicos nos visitaban de bastante mala gana.

Por ello, cuando enfermó Kostia y llegó a tener casi cuarenta grados de fiebre, eso fue una novedad en nuestra vida. Acostamos a Kostia y procuramos rodearle de toda clase de atenciones. Por las noches se reunían los amigos alrededor de su cama, y, como eran muchos los que estaban en buenas relaciones con él, cada noche le rodeaba una verdadera multitud.

Para no dejar solo a Kostia y para no originar una situación embarazosa a los muchachos, también nosotros pasábamos junto a su lecho las horas nocturnas.

Unos tres días más tarde, Ekaterina Grigórievna me comunicó alarmada su aprensión: la enfermedad se parecía mucho al tifus exantemático. Prohibí a los muchachos acercarse a la cama de Kostia, pero, de todos modos, era imposible aislarle de verdad: teníamos que estudiar en la misma habitación y reunirnos allí por la noche.

Cuando, un día después, Vetkovski se agravó, le envolvimos en el edredón con que se cubría, le instalamos en el faetón y yo le conduje a la ciudad.

En la sala de admisión del hospital había unas cuarenta personas paseando, tendidas en el suelo o quejándose. El médico tardaba en aparecer. Se veía que allí habían perdido la cabeza: la hospitalización de un enfermo en aquel establecimiento no auguraba nada bueno para él.

Por fin, llegó el médico. Con un gesto indolente alzó la camisa de nuestro Vetkovski, carraspeó senilmente y, sin abandonar su actitud perezosa, dijo a un practicante que tomaba notas tras él:

- Tifus. A las barracas.

En el campo, fuera de la ciudad, habían quedado después de la guerra unas veinte barracas de madera. Erré largo tiempo entre enfermeras, enfermos y sanitarios, que sacaban camillas tapadas con sábanas. Me dijeron que el enfermo debía ser admitido por

el practicante de guardia, pero nadie sabía dónde estaba ni nadie quería buscarle. Por último, perdí la paciencia y me lancé sobre la primera enfermera que vi, empleando palabras rotundas: vergonzoso, indignante, inhumano. Mi cólera surtió efecto: desnudaron a Kostia y se lo llevaron no sé a dónde.

De vuelta a la colonia, me enteré de que habían caído en cama con la misma fiebre Zadórov, Osadchi y Belujin. Sin embargo, a Zadórov le encontré todavía de pie en el preciso instante en que respondía a Ekaterina Grigórievna cuando procuraba convencerle de que debía acostarse:

- ¡Pero qué mujer tan extraña es usted! ¿Qué necesidad tengo de acostarme? Ahora mismo voy a la fragua, y en un segundo Sofrón me pone bueno...

- ¿Cómo va a ponerle bueno Sofrón? ¿Por qué dice usted tonterías?

- Me curaré tomando lo mismo que él toma para curarse: aguardiente, pimienta, sal, aceite de lubrificante y un poco de grasa para ruedas -y Zadórov se reía a carcajadas, sincero y contagioso como siempre .

- ¡Fíjese, Antón Semiónovich, hasta qué punto les ha relajado usted! -me dijo Ekaterina Grigórievna-. ¡Quiere ir a ver a Sofrón para que le cure!... ¡Acuéstese inmediatamente!

Zadórov despedía un calor terrible, y se veía que le costaba trabajo mantenerse de pie. Le así por el codo y le llevé en silencio al dormitorio. Allí estaban acostados ya Osadchi y Belujin.

Osadchi sufría y estaba disgustado por hallarse enfermo. Yo había observado hacía ya mucho tiempo que los muchachos belicosos como él soportaban siempre difícilmente las enfermedades. Belujin, en cambio, estaba radiante.

En la colonia no había nadie más alegre ni más optimista que Belujin. Procedía de una vieja familia obrera de Nizhni-Taguil; en la época del hambre se marchó de su casa en busca de comida; fue detenido en Moscú durante una redada y llevado a una casa de niños, de donde tardó poco en huir para convertirse en un vagabundo; entonces le detuvieron por segunda vez y de nuevo se escapó. De carácter emprendedor, procuraba no robar, sino más bien especular, pero él mismo hablaba después de sus especulaciones con una risa bonachona: tan atrevidas, originales y desafortunadas eran siempre. Por fin, Belujin se convenció de que no servía para la especulación y resolvió trasladarse a Ucrania.

En algún tiempo Belujin había estudiado en la escuela. Sabía un poco de todo y era un muchacho desenvuelto y experto, aunque, al mismo tiempo, de una terrible y sorprendente incultura. Hay muchachos así: parece que han aprendido a leer y escribir, conocen los quebrados, y hasta tienen una noción de la regla de interés, pero todo eso lo expresan de un modo tan terriblemente desmañado, que hasta hacen reír. Belujin se expresaba también en un lenguaje deslabazado, en el que, a pesar de todo, había sensatez e ingenio.

Enfermo de tifus, era de una charlatanería inagotable y, como siempre, su ingenio se duplicaba por la cómica combinación de palabras casuales:

- El tifus es la intelectualidad médica. ¿Cómo, entonces, se ha pegado a un hombre de origen obrero? Cuando nazca el socialismo, no permitiremos ni pisar los umbrales a este bacilo, y, si tiene que resolver un asunto urgente, como, por ejemplo, recibir los

víveres asignados según el racionamiento, porque, en justicia, también él tiene derecho a la vida, le diré que se dirija a mi secretario-escritor. Y como secretario pondremos a Kolka Vérshnev, que está siempre tan pegado a sus libros como un perro a sus pulgas. Kolka será un intelectual, y a él le corresponde tanto la pulga como el bacilo por el aquel de su equilibrio democrático.

- Yo seré secretario, pero ¿tú qué vas a ser bajo el socialismo? -inquiere, tartamudeando, Vérshnev.

Kolka está sentado a los pies de Belujin, como siempre, con un libro en la mano y, como siempre, desmelenado, con la camisa hecha jirones.

- Yo me dedicaré a escribir leyes acerca de cómo debes vestirte para adaptarte al estilo general de la humanidad y no al de los harapientos, porque hasta Toska Soloviov está indignado. ¡Tú qué vas a ser lector, si pareces un mono! Y, además, no todos los que andan con los monos por las ferias trabajan con un bicho tan negro. ¿Verdad, Toska?

Los muchachos se reían de Vérshnev, pero él, sin enfadarse, posaba amorosamente sobre Belujin la mirada de sus nobles ojos grises. Eran grandes amigos. Habían llegado juntos a la colonia y juntos trabajaban en la fragua, sólo que Belujin se afanaba en el yunque y Kolka prefería el fuelle, para tener una mano libre con qué sujetar algún libro.

Toska Soloviov, a quien llamábamos más frecuentemente Antón Semiónovich -éramos tocayos dobles-, tenía sólo diez años. Belujin le halló en nuestro bosque, medio muerto de hambre, ya en estado de inconsciencia. Había salido con sus padres procedente de la provincia de Samara para Ucrania; en el camino perdió a su madre, y ya no se acordaba de nada más. Toska tenía un hermoso y risueño rostro infantil, siempre vuelto hacia Belujin. Por lo visto, Toska había vivido su corta vida sin grandes impresiones, y el alegre, confiado y dicharachero Belujin, que, por temperamento, no podía temer a la vida y apreciaba el valor de todas las cosas del mundo, le sorprendió y atrajo para siempre.

Toska está a la cabecera de Belujin, y en sus ojos arden el amor y la admiración. Su risa infantil estalla aguda y sonora.

- ¡Mono negro!

- ¡Toska sí que será un jabato! -dice Belujin, empujándole desde la cama.

Toska se inclina, confuso, sobre el vientre de Belujin, cubierto con el edredón.

- Oye, Toska, no leas los libros como Kolka: ya ves que ha perdido el seso.

- No es él quien lee los libros, sino los libros quienes le leen a él -dice Zadórov desde la cama vecina.

Yo, cerca de ellos, juego al ajedrez con Karabánov y me digo: Parece que han olvidado que tienen tifus.

- A ver, llamad alguno a Ekaterina Grigórievna.

Ekaterina Grigórievna llega en forma de ángel colérico.

- ¿Pero qué ternuras son ésas? ¿Qué hace aquí Toska? ¿Es que vosotros os dais cuenta de algo? ¡Esto no tiene nombre!

Toska, asustado, salta de la cama y retrocede. Karabánov le ase de la mano, se encoge y, fingiéndose terriblemente asustado, se mete en un rincón:

- También yo tengo miedo...

Zadórov dice con voz ronca:

- Toska, coge también de la mano a Antón Semiónovich. ¿Por qué le habéis abandonado?

En medio de esa turba jovial, Ekaterina Grigórievna mira alrededor con aire de impotencia:

- ¡Lo mismo que entre los zulúes!

- Los zulúes son esos que andan sin pantalones y que consumen para comer a sus conocidos

-dice Belujin, dándose importancia-. Se acercan a una señorita y le dicen así: Permítame que la acompañe. La señorita, naturalmente, se alegra: No, ¿para qué se molesta? Yo misma me acompañaré.

- ¿Cómo? No puedo permitirlo de ningún modo. Y así van con ella hasta la bocacalle y allí se la engullen. Incluso sin mostaza.

Desde un rincón apartado resuena la risa estridente de Toska. Y Ekaterina Grigórievna sonríe:

- Allí se comen a las señoritas y aquí se permite que los niños pequeños se acerquen a los enfermos de tifus. Viene a ser igual.

Vérshnev encuentra el momento oportuno para vengarse de Belujin:

- Los zu-zulúes no se co-comen a las se-señoritas. Y, naturalmente, son más cu-cultos que tú.

Vas a con-contagiar a To-toska.

- ¿Y usted, Vérshnev, por qué está sentado en esta cama? -observa Ekaterina Grigórievna-. Váyase inmediatamente de aquí.

Vérshnev, confuso, empieza a recoger sus libros, esparcidos sobre la cama de Belujin. Zadórov sale en su defensa:

- El no es una señorita. Belujin no se lo engullirá.

Toska, que está ya al lado de Ekaterina Grigórievna, dice pensativo:

- Matvéi no se comerá al mono negro.

Vérshnev se lleva en una mano un verdadero montón de libros y con la otra, tira de Toska, que agita las piernas y se ríe. Todo este grupo se desploma sobre la cama de Vérshnev en el ángulo más alejado.

Por la mañana, un profundo carro, construido según un proyecto de Kalina Ivánovich, y que recuerda vagamente un ataúd, rebosa de gente. En el fondo, van nuestros tíficos, envueltos en edredones. Sobre los bordes del ataúd ha sido colocada una tabla, y en ella nos sentamos Brátchenko y yo. Mi estado de ánimo es pésimo, porque presiento la repetición de las idas y venidas del día en que llevé a Vetkovski. Y no tengo ninguna fe en que los muchachos vayan precisamente a curarse.

Osadchi yace en el fondo y se echa convulsivamente el edredón sobre los hombros. De la manta asoma un algodón negro-grisáceo; a mis pies veo una bota, agujereada y rota, de Osadchi. Belujin, colocándose el edredón sobre la cabeza, forma algo parecido a una mitra y dice:

- La gente de por aquí creerá que somos popes y pensará: ¿a dónde llevan a tantos popes?

Zadórov sonríe en respuesta, pero, por su sonrisa, puede uno comprender lo mal que está.

En las barracas, la situación no ha cambiado. Doy con la enfermera que trabaja en la sala donde está Kostia. Difícilmente detiene su veloz carrera por el pasillo.

- ¿Vetkovski? Me parece que está en esta sala...

- ¿Cómo se encuentra?

- Todavía no se sabe nada.

Antón, a sus espaldas, hace restallar el látigo:

- ¿Cómo que no se sabe?

- ¿Este chico viene con usted? -y la enfermera mira con repugnancia a Antón, todo húmedo, oloroso a estiércol y con briznas de paja adheridas a los pantalones.

- Somos de la colonia Gorki -comienzo yo prudentemente-. Aquí está nuestro educando

Vetkovski. Y ahora he traído a tres más, me parece que también con tifus.

- Vaya usted a la sala de admisión.

- ¡Pero si hay allí una verdadera multitud! Y, además, me gustaría que los muchachos estuviesen juntos.

- No podemos consentir cualquier capricho.

Y la enfermera sigue andando, pero Antón le cierra el paso:

- ¿Cómo?, ¿es que no puede usted hablar con la gente?

- Vayan a la sala, camaradas; aquí no hay de qué hablar.

La enfermera se enfada con Antón y yo también me enfado con él:

- Lárgate de aquí. ¡No molestes!

Sin embargo, Antón no se va a ningún sitio. Estupefacto, me mira a mí y a la enfermera, y yo me dirijo a la enfermera con el mismo acento irritado:

- Tenga la bondad de escucharme dos palabras. Necesito que los muchachos se repongan. Por cada uno que se reponga pagaré dos puds de harina blanca. Pero desearía tratar con una sola persona. Vetkovski está en su sala: haga de modo que los demás muchachos se queden también con usted.

La enfermera se asombra, probablemente ofendida.

- ¿Qué es eso de harina blanca? ¿Se trata de un soborno? No le entiendo.

- No es un soborno: es un premio, ¿comprende? Si no está usted de acuerdo, buscaré a otra enfermera. No es un soborno: suplicamos un poco más de atención para con nuestros enfermos, tal vez también un poco de trabajo suplementario. Los muchachos están deficientemente alimentados, y no tienen parientes. Esta es la cuestión. ¿comprende usted?

- Sin necesidad de harina, los llevaré, si usted quiere, a mi sala. ¿Cuántos son?

- He traído ahora a tres. Pero seguramente traeré a más.

- Bueno, vamos.

Antón y yo echamos a andar tras la enfermera. Antón me guiña maliciosamente un ojo, señalándome a la enfermera, pero, por lo visto, también él se halla sorprendido del giro que ha tomado el asunto. Dócilmente acepta mi falta de deseos de responder a sus muecas.

La enfermera nos lleva a una habitación en el extremo del hospital. Antón trae a nuestros enfermos.

Todos, naturalmente, tienen tifus. El practicante de guardia examina, un poco asombrado, nuestros edredones, pero la enfermera le dice con una voz convincente:

- Son de la colonia Gorki: envíelos a mi sala.

- Pero ¿en su sala hay plazas?

- Ya lo arreglaremos. Dos son dados hoy de alta, y siempre habrá un sitio donde colocar la otra cama.

Belujin se despide alegremente de nosotros:

- Traiga a más chicos: así habrá más calor.

A los dos días cumplimos su deseo: llevamos a Schnéidel y a Golos, y una semana después, a tres más.

La cosa terminó, afortunadamente, ahí.

Antón visitó varias veces el hospital, informándose por la enfermera de cómo iban nuestros enfermos. El tifus no podía nada contra los colonos.

Ya nos disponíamos a ir en busca de alguno de ellos cuando un mediodía luminoso de primavera surgió del bosque una sombra, envuelta en un edredón. La sombra penetró directamente en la forja y allí maulló:

- Bien, torneros de pacotilla, ¿qué tal andáis por aquí? ¿Y tú, sigues leyendo? Fíjate, ya se te sale un hilillo cerebral por el oído...

Los muchachos se entusiasmaron: Belujin, aunque delgado y ennegrecido, seguía igual de alegre y no tenía miedo a nada en la vida.

Ekaterina Grigórievna se lanzó a reprenderle: ¿por qué había venido andando, por qué no había esperado a que fuesen por él?

- ¿Sabe usted, Ekaterina Grigórievna? Yo hubiera esperado, pero echaba muy de menos la pitanza. Cada vez que pensaba que los nuestros estaban comiendo buen pan de centeno, y kondior, y cazuelas enteras de gachas de alforfón, era como si se extendiese por toda mi sicología una angustia tan grande... Yo no puedo contemplar cómo comen ese habersup... ¡Ja, ja, ja, ja!

- ¿Qué es habersup?

- Es una sopa descrita por Gógol. Cuando leí la descripción me gustó muchísimo. Y en el hospital también se aficionaron a servir esa sopa, y a mí cada vez que la veía me entraba tal gana de reír que no podía contenerme. Incluso la enfermera comenzó a reñirme y a mí, después de eso, la cosa me hacía más gracia aún: me reía sin parar. Cada vez que me acuerdo... ¡Habersup!... Y no podía comer: en cuanto levantaba la cuchara, me moría de risa. Y por eso me marché de allí... ¿Y vosotros, qué habéis comido hoy? ¿Seguramente gachas?

Ekaterina Grigórievna consiguió leche en alguna parte: ¡no se podía dar gachas de buenas a primeras a un enfermo!

Belujin le agradeció alegremente la atención:

- Gracias, se ha compadecido usted de un agonizante.

Pero, a pesar de todo, vertió la leche en las gachas. Ekaterina Grigórievna hizo un ademán de impotencia.

Pronto regresaron los demás.

Antón llevó al domicilio de la enfermera un saco de harina blanca.

SHARIN EN LA PICOTA

Poco a poco nos íbamos olvidando del más guapo, de los disgustos que nos había proporcionado el tifus, nos olvidábamos del invierno con su séquito de pies helados, con la tala, con su pista de patinar, pero en la delegación de Instrucción Pública no podían olvidar mis fórmulas casi militares de disciplina. En la delegación empezaron a hablarme de un modo también militar:

- Daremos un cerrojazo a su experimento de gendarmes. Hace falta educación socialista y no una cárcel.

En mi informe acerca de la disciplina yo me había permitido poner en duda el acierto de tesis que entonces eran reconocidas generalmente y que afirmaban que el castigo no hace más que educar esclavos, que se debía dar libre espacio al espíritu creador del niño y, sobre todo, que era preciso hacer hincapié en la auto organización y en la autodisciplina. Me permití sostener el punto de vista, para mí incuestionable, de que, mientras no existiera la colectividad con sus organismos correspondientes, mientras faltasen la tradición y los hábitos elementales de trabajo y de vida, el educador tendría derecho a la coerción, a cuyo empleo no debía renunciar.

También afirmé que era imposible fundamentar toda la educación en el interés, que la educación del sentimiento del deber se hallaba frecuentemente en contradicción con el interés del niño, en particular tal como lo entendía él mismo. A mi juicio, se imponía la educación de un ser resistente y fuerte, capaz de ejecutar incluso un trabajo desagradable y fastidioso si lo requerían los intereses de la colectividad.

En total, yo defendí la formación de una colectividad entusiasta, fuerte y, si era preciso, severa.

Y sólo en tal colectividad cifraba todas mis esperanzas. Pero mis adversarios me arrojaban a la cara los axiomas de la paidología y todo lo veían partiendo únicamente del niño.

Yo estaba ya hecho a la idea del cerrojazo de la colonia, pero los temas cotidianos de nuestra vida -la siembra y la reparación de la segunda colonia- me impedían sufrir particularmente con motivo de las persecuciones de la delegación. Al parecer, alguien me defendía allí, porque tardaban mucho en darme el cerrojazo. Y la cosa era de lo más sencillo: no tenían más que destituirme.

Yo procuraba no ir por la delegación; allí me trataban con muy poco cariño e incluso con desprecio. Particularmente me atacaba uno de los inspectores, Sharin, un moreno guapo y fatuo, con una espléndida y ondulada cabellera, conquistador de los corazones de las damas provinciales. Tenía los labios gruesos, rojos y húmedos y unas cejas arqueadas y espesas. No sé a qué podría dedicarse antes de 1917, pero ahora era un gran especialista precisamente en educación social. Había aprendido a las mil maravillas un centenar de términos en boga y sabía hilar sin fin gorjeos verbales completamente hueros, persuadido de que ocultaban preciosos valores pedagógicos y revolucionarios.

A mí me trataba con hostilidad y altivez desde el día en que no pude reprimir ante él una carcajada verdaderamente irreprimible.

Una vez vino a la colonia. Sobre la mesa de mi despacho vio un barómetro aneroide.

- ¿Qué es eso? -me preguntó.

- Un barómetro.

- ¿Cómo un barómetro?

- Sí, un barómetro -me sorprendí-. Un barómetro que predice el tiempo.

- ¿Que predice el tiempo? ¿Cómo puede predecir el tiempo si está encima de su mesa? El tiempo no está aquí, sino fuera.

Y fue en aquel momento cuando yo me eché a reír desconsiderada e inconteniblemente. ¡Si Sharin no hubiese tenido un aspecto tan de profesor, si no hubiera sido por su melena y su aplomo de hombre de ciencia!...

Se enfadó mucho:

- ¿De qué se ríe usted? ¡Y aún se llama pedagogo! ¿Cómo puede educar a sus muchachos?

Debe usted explicarme lo que sea, si ve que yo no lo sé, en vez de reírse de mí.

No, yo era incapaz de semejante magnanimidad y seguí riéndome. Una vez había oído una anécdota, de la que era una reproducción casi literal mi diálogo con Sharin acerca del barómetro, y me divertía que historias tan estúpidas se repitieran en la vida y que en ellas participasen los inspectores de la delegación provincial de Instrucción Pública.

Sharin se marchó ofendido.

Durante mi informe sobre la disciplina me atacó implacablemente:

- El sistema localizado de influencia médico-pedagógica sobre la personalidad del niño, en tanto se diferencia en una institución de educación social, debe prevalecer en cuanto está de acuerdo con las necesidades naturales del niño y en cuanto pone de manifiesto las perspectivas creadoras en el desarrollo de la estructura en cuestión desde el punto de vista biológico, social y económico. Partiendo de ello, nosotros constatamos...

Durante dos horas, casi sin tomar aliento y con los ojos semicerrados, estuvo machacando a los asistentes a la reunión por medio de semejante matraca científica, pero terminó recurriendo a un latiguillo ramplón:

- La vida es alegría.

Pues bien, ese mismo Sharin me asestó un golpe demoledor en la primavera de 1922.

La Sección Especial del Primer Ejército de Reserva envió a un educando a la colonia con la exigencia que le admitiéramos obligatoriamente. Ya antes de ello la Sección Especial y la Comisión Extraordinaria nos habían enviado a algunos muchachos. Admití al nuevo. A los dos días me llamó Sharin.

- ¿Ha admitido usted a Evguéniev?

- Sí.

- ¿Qué derecho tenía a admitir a un educando sin nuestra autorización?

- Le enviaba la Sección Especial del Primer Ejército de Reserva.

- ¿Y a mí qué me importa la Sección Especial? Usted no tiene derecho a admitir a nadie sin permiso nuestro.

- No puedo dejar de admitirlo si lo envía la Sección Especial. Y si ustedes estiman que la Sección Especial no tiene derecho a enviar a nadie, resuelvan este asunto con ellos. Yo no puedo ser juez entre ustedes y la Sección Especial.

- Devuelva inmediatamente a Evguéniev.

- Unicamente en caso de que me dé usted una orden por escrito.

- Para usted deben valer también mis órdenes verbales.

- Deme una orden por escrito.

- Soy su jefe y puedo tenerle detenido siete días desde ahora mismo por incumplimiento de una orden verbal mía.

- Bueno, deténgame usted.

Yo me daba cuenta de que sentía un vehemente deseo de hacer uso de su derecho teniéndome detenido siete días. ¿Para qué buscar otro pretexto cuando existía ya uno?

- ¿No devolverá usted al muchacho?

- Sin una orden por escrito, no. A mí, ¿sabe usted?, me conviene más ser detenido por el camarada Sharin que por la Sección Especial.

- ¿Por qué le conviene más? -se interesó en serio el inspector.

- Es más agradable. Al fin y al cabo, me detiene un pedagogo.

- En tal caso, queda usted detenido.

Agarró el teléfono:

- ¿Milicia?... Envíen inmediatamente a alguien en busca del director de la colonia Gorki. Lo he detenido yo por siete días... Sharin.

- ¿Qué debo hacer? ¿Esperar en su despacho?

- Sí. Aguarde usted aquí.

- ¿No me dejará salir bajo palabra de honor? Mientras llega el miliciano, recibo en el almacén lo que me hace falta y digo al muchacho que se vuelva a la colonia.

- No puede usted ir a ningún sitio.

Sharin descolgó de la percha un sombrero de fieltro que iba muy bien con su negra cabellera y salió disparado del despacho. Entonces yo tomé el auricular y llamé al presidente del Comité Ejecutivo Provincial. El presidente escuchó con paciencia mi relato:

- Oigame, querido, no se disguste usted y vuélvase tranquilamente a la colonia. Aunque no, vale más que espere al miliciano. Cuando llegue, dígale que me llame.

Llegó el miliciano.

- ¿Es usted el director de la colonia?

- Sí, yo soy.

- Entonces, vamos.

- El presidente del Comité Ejecutivo ha dispuesto que vuelva a mi domicilio. Dice que le llame usted.

- Yo no tengo por qué llamar a nadie: que llame el jefe. Andando.

En la calle, Antón me miró con asombro al verme custodiado.

- Espérame aquí.

- ¿Le soltarán a usted pronto?

- ¿Cómo sabes tú que pueden soltarme?

- Uno moreno que ha salido hace poco me ha dicho: Vuélvete a la colonia, que el director no va por ahora. Y unas mujeres de sombrero me han dicho también: Su director está detenido.

- Espérame; en seguida vuelvo.

En la milicia tuve que aguardar al jefe. Sólo a eso de las cuatro fui puesto en libertad.

Nuestro carro estaba lleno hasta los bordes de cajas y de sacos. Antón y yo íbamos pacíficamente por la carretera de Járkov. Los dos pensábamos en nuestras cosas: él seguramente en el forraje y en los prados; y yo, en las vicisitudes que el destino reserva en particular a los directores de colonias infantiles. De vez en cuando nos deteníamos para colocar de nuevo los sacos que se habían deslizado, nos encaramábamos otra vez a ellos y seguíamos adelante.

Eine Kolonistenabteilung arbeitet an der Rübenmiete (1921)

Antón había tirado ya de la rienda izquierda para torcer hacia la colonia cuando, de repente, el Malish se echó a un lado, irguió la cabeza y quiso encabritarse: desde el camino de la colonia volaba hacia nosotros, estrepitoso y chirriante, un auto lanzado hacia la ciudad. Por un instante vi el fieltro verde de un sombrero y la mirada perpleja de Sharin.

A su lado, el bigotudo Chernenko, presidente de la Inspección Obrera y Campesina, se sujetaba el cuello del abrigo.

Antón no tuvo tiempo para asombrarse de la inesperada aparición del auto: el Malish había embrollado el complejo y poco seguro sistema de nuestro atalaje. Pero tampoco yo tuve tiempo de asombrarme: a toda marcha se precipitaba hacia nosotros un par de caballos de la colonia, arrastrando una carreta trepidante, llena de muchachos hasta los topes. Delante, Karabánov, con la cabeza hundida entre los hombros y los negros ojos de gitano brillándole ferozmente, guiaba los caballos en pos del automóvil fugitivo. La carreta pasó a toda marcha por delante de nosotros. Algunos muchachos saltaron a tierra, gritando palabras ininteligibles, y quisieron detener, entre risas, a Karabánov. Por fin, Karabánov volvió en sí y comprendió lo que ocurría. En el cruce de caminos se armó una verdadera feria.

Los muchachos me rodearon. Karabánov, al parecer, no estaba satisfecho de que todo concluyera de un modo tan prosaico. Ni siquiera descendió de la carreta: hacía girar, rabioso, a los caballos y profería insulto tras insulto:

- ¡Dad la vuelta, condenados! ¡Que el diablo os lleve, jamelgos!...

Por fin, tiró de la rienda derecha en una última explosión de cólera y emprendió a galope el camino de la colonia, balanceándose sombríamente en los baches.

- ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué equipo de bomberos es éste? -pregunté.

- ¿Por qué habéis salido así? -inquirió, a su vez, Antón.

Interrumpiéndose y empujándose, los muchachos me refirieron lo ocurrido. Su idea de los sucesos era muy vaga, aunque todos los habían presenciado. A dónde se precipitaban en la carreta y qué se disponían a ejecutar en la ciudad eran temas sumidos para ellos en las tinieblas de lo ignoto, y a mis preguntas respondían incluso con sorpresa:

- ¡Cualquiera lo sabe! Allí hubiéramos decidido.

Sólo Zadórov fue capaz de relatar con alguna coherencia lo que había pasado:

- ¿Sabe? ¡Todo ha ocurrido con la misma velocidad que si hubiera venido no sé de dónde volando por los aires! Ellos llegaron en coche y sólo algunos lo advirtieron, porque todos estaban trabajando. Fueron directamente a su despacho y no sé qué hicieron allí, pero les vio uno de los nuestros y él fue quien chilló: Están rebuscando en los cajones. ¿Qué ocurría? Los muchachos se agruparon frente a su puerta. En aquel momento salieron ellos. Nosotros oímos cómo le decían a Iván Ivánovich: Encárguese usted de la colonia. Entonces se armó tal jaleo, que ya fue imposible entender nada más. Unos gritaban, otros se disponían a emplear los puños. Burún vociferaba por toda la colonia: ¿Dónde habéis metido a Antón? Un verdadero motín. Sin Iván Ivánovich y sin mí, la cosa hubiera acabado a puñetazos, y a mí incluso me arrancaron los botones. El moreno se asustó terriblemente y corrió a refugiarse en el coche, que estaba allí mismo. Arrancaron con rapidez y los muchachos se lanzaron en persecución del coche, gritando, agitando los brazos, ¡el diablo sabe qué! Y, precisamente, en aquel momento llegó Semión de la segunda colonia con la carreta vacía.

Llegamos a la colonia. Karabánov, ya más tranquilo, desenganchaba los caballos y se defendía de los ataques de Antón.

- ¡Para vosotros -le reprendía Antón-los caballos son lo mismo que un auto! ¡Fíjate cómo los habéis puesto!

- ¿Comprendes, Antón? Nosotros no pensábamos en los caballos, ¿comprendes? -decía Karabánov, y le brillaban alegremente los dientes y los ojos.

- Lo he comprendido mucho antes que tú, en la ciudad. Vosotros estabais almorzando aquí, mientras nosotros éramos llevados por las milicias.

Encontré a los educadores medio muertos de susto. Iván Ivánovich estaba tan nervioso, que, en realidad, hubiera hecho falta acostarle.

- ¿Usted ha pensado, Antón Semiónovich, en cómo ha podido concluir todo? Los muchachos tenían una expresión tan feroz, que yo creí que saldrían a relucir las navajas. Menos mal que estaba Zadórov: él ha sido el único que no ha perdido la cabeza. Nosotros tratábamos de disolver los grupos, pero ellos parecían perros rabiosos... ¡Oh, qué manera de gritar!

Yo no pregunté nada a los muchachos y, en general, fingí que no había ocurrido nada de particular. Tampoco ellos me interrogaron. Tal vez la cosa no les interesaba: los colonos, grandes realistas, se apasionaban sólo por lo que determinaba directamente su línea de conducta.

De la delegación no me llamaron y yo tampoco me presenté allí por mi propia iniciativa. Una semana más tarde tuve que ir a la Inspección Obrera y Campesina de la provincia. Fui invitado a entrar en el despacho del presidente. Chernenko me recibió como si yo fuera algún pariente suyo:

- Siéntate, palomo, siéntate -me dijo, estrechándome la mano y contemplándome con una sonrisa radiante-. ¡Qué muchachos tan magníficos tienes! ¿Sabes? Después de todo lo que me contó Sharin, yo creía que iba a encontrarme con unas criaturas abatidas, lastimosas... Pero esos sinvergüenzas promovieron tal torbellino a nuestro alrededor, que parecían demonios, ¡auténticos demonios! ¡Y cómo corrían detrás de nosotros los condenados! Sharin no hacía más que repetir: Creo que no nos alcanzarán Y yo le respondía: Unicamente si el coche está en regla. ¡Qué encanto! Hacía tiempo que no había visto nada igual. Se lo he contado a algunos de aquí, y se morían de risa...

Aquel día comenzó nuestra amistad con Chernenko.

LA FUSIÓN CON EL CAMPESINADO

La reparación de la propiedad de los Trepke resultó algo increíblemente pesado y difícil para nosotros. Había muchos edificios, y casi todos necesitaban ser construidos de nuevo y no una simple reparación. De dinero andábamos siempre cortos. La ayuda concedida por las instituciones provinciales se expresaba principalmente en la entrega de diversas autorizaciones para recoger materiales de construcción. Con estas autorizaciones teníamos que ir a otras ciudades: Kíev, Járkov. Allí consideraban altivamente nuestros papeles, y unas veces nos daban un diez por ciento de los materiales solicitados y otras veces no nos daban nada. Medio vagón de vidrio, conseguido después de varios viajes a Járkov, nos lo quitó en nuestra propia ciudad, todavía en el tren, una institución mucho más fuerte que la colonia.

La falta de dinero nos colocaba en una situación sumamente embarazosa en el capítulo de la mano de obra: casi no podíamos contar con obreros asalariados. Con ayuda de un artel efectuábamos únicamente los trabajos de carpintería. No obstante, pronto dimos con la fuente de la energía monetaria: estaba en los viejos cobertizos y en las cocheras destrozadas, tan abundantes en la segunda colonia. Los hermanos Trepke tenían diversas dependencias para la cría caballar; pero la cría de caballos de raza no entraba, de momento, en nuestros planes y, por otra parte, la restauración de esas cocheras era una empresa superior a nuestras posibilidades, no estaba al alcance de nuestro bolsillo, como decía Kalina Ivánovich.

Lo que hicimos, pues, fue desmontar esas construcciones y vender los ladrillos a los campesinos. Encontramos muchos compradores: cada persona decente necesitaba construir un horno y pavimentar el sótano. Además, los representantes de la tribu de los kulaks, con la codicia propia de esta tribu, adquirían los ladrillos simplemente como reserva.

Los colonos eran los encargados de desmontar las construcciones. En la fragua se aprovechó toda clase de chatarra vieja para la fabricación de barras de hierro, y el trabajo hervía.

Como los colonos trabajaban la mitad del día y se pasaban la otra mitad ante la mesa de estudio, en el transcurso de la jornada había dos expediciones de muchachos a la segunda colonia: el primero y el segundo turno. Estos dos grupos recorrían el camino entre las colonias con el aspecto más atareado, lo que, sin embargo, no les impedía desviarse con frecuencia de su camino recto para correr tras alguna clásica gallinita moñuda que había salido inocentemente a aspirar el aire fresco fuera de los límites de su patio. La caza de esa gallinita y, más aún, la plena utilización de todas las calorías contenidas en ella, eran operaciones complejas que exigían decisión, sangre fría, prudencia y entusiasmo. Estas operaciones se complicaban más aún, porque nuestros colonos, a pesar de todo, tenían alguna relación con la historia de la cultura y no podían prescindir del fuego.

El hecho de que los muchachos fueran a trabajar a la segunda colonia les permitía, en términos generales, entablar relaciones más íntimas con el mundo campesino. De

completo acuerdo con las tesis del materialismo histórico, los colonos se interesaban sobre todo por la base económica de los campesinos, hacia la que se aproximaban directamente en el período que describimos. Sin profundizar demasiado en el análisis de las distintas superestructuras, los colonos penetraban directamente en cuevas y despensas y disponían a su arbitrio de las riquezas acumuladas allí. Aguardando lógicamente resistencia a sus actos por parte de los instintos pequeñoburgueses de la población local, los muchachos procuraban dedicarse a la historia de la cultura a las horas en que tales instintos dormían, es decir, por la noche. Y los colonos, de pleno acuerdo con la ciencia, se interesaron exclusivamente durante cierto tiempo por la satisfacción de la necesidad más elemental del hombre: la comida. La leche, la nata, el tocino, las empanadas: he aquí una breve nomenclatura que entonces servía de índice a la colonia Gorki en su fusión con el campo.

Mientras eran los Karabánov, los Taraniets, los Vólojov, los Osadchi, los Mitiaguin quienes se dedicaban a este trabajo plenamente científico, yo podía dormir tranquilo, ya que esos muchachos se distinguían por su perfecto conocimiento de causa y su escrupulosidad.

Después de un breve inventario de bienes hecho por la mañana al despertarse, los campesinos llegaban a la conclusión de que faltaban dos jarros de leche, sobre todo porque los jarros, estaban allí, testimoniando lo oportuno del inventario. Pero el cerrojo de la cueva se hallaba en perfecto estado e incluso cerrado como antes del inventario, el techo estaba intacto, el perro no había ladrado de noche y, en general, todos los objetos animados e inanimados contemplaban el mundo con unos ojos redondos y llenos de confianza.

Algo completamente distinto empezó cuando también la generación joven acometió el estudio de la cultura primitiva. En este caso, el cerrojo acogía a su dueño con el rostro desfigurado por el terror, ya que su propia vida había sido liquidada, hablando propiamente, por falta de habilidad en el empleo de la ganzúa e incluso de las barras destinadas a la reparación de la antigua finca de los Trepke. El perro, según recordaba el dueño, no sólo había ladrado de noche: virtualmente había estado desgañitándose, y tan sólo la pereza del amo había tenido la culpa de que el can no hubiera recibido a tiempo refuerzos. El trabajo burdo, nada calificado, de nuestros pequeños tuvo por consecuencia que ellos mismos debieran experimentar pronto el horror de la persecución del dueño colérico, sobresaltado por el antedicho perro o incluso al acecho del visitante inoportuno desde la víspera. En estas persecuciones residían los primeros elementos de mi inquietud. El pequeño fracasado corría, naturalmente, a la colonia, cosa que jamás habría hecho la generación mayor. El dueño llegaba también a la colonia y, después de despertarme, exigía que le entregara al delincuente. Sin embargo, el delincuente estaba ya acostado, y yo tenía posibilidad de preguntar con un aire ingenuo:

- ¿Podría usted reconocer a ese niño?

- Pero, ¿cómo voy a reconocerle? Sólo he visto que venía corriendo hacia aquí.

- Tal vez no sea de nuestra colonia -decía yo, haciendo otra jugada ingenua.

- ¿Cómo no va a ser de la colonia? Cuando los suyos no pasaban por la aldea, estas cosas no ocurrían.

La víctima comenzaba a doblar los dedos y a enumerar las pruebas fehacientes de que disponía:

- Anoche se han bebido la leche de Miroshnichenko; anteayer le rompieron el cerrojo a Stepán

Verjola; el sábado de la última semana robaron dos gallinas a Piotr Grechani, y un día antes robaron también a la viuda Stovbina... Quizá la conozca usted. Había preparado dos orzas de nata para llevarlas al mercado, y cuando la pobre mujer fue a buscarlas a la cueva, se encontró con que todo estaba revuelto: alguien había andado en la nata. Y también han robado en la cueva de Vasili Móschenko y en la de Yákov Verjola y en la del jorobado, ¿cómo se llama?...¡Ah, sí! Nechípor Móschenko...

- Pero ¿usted qué pruebas tiene?

- ¿Qué falta hacen las pruebas? Si he venido a la colonia es porque él echó a correr hacia aquí. No pueden ser más que ellos. Cuando los suyos van a Trepke, lo husmean todo...

Entonces mi actitud respecto a estos hechos no era ni mucho menos tan indulgente. Sentía lástima de los campesinos y me inquietaba y enfurecía mi impotencia total. Lo que me preocupaba por encima de todo era no conocer siquiera todas estas historias; siempre se podía sospechar cualquier cosa. En aquella época, mis nervios, a consecuencia de los acontecimientos del invierno, se hallaban en bastante mal estado.

Superficialmente parecía que todo marchaba bien en la colonia. Durante el día los muchachos trabajaban, seguían sus estudios; al atardecer había bromas y juegos, luego todos se acostaban y a la mañana siguiente se despertaban alegres y contentos de la vida. Sin embargo, era precisamente de noche cuando se producían las excursiones a la aldea. Los muchachos mayores oían mis discursos indignados.y fustigantes en medio de un sumiso silencio. Por espacio de algún tiempo las quejas de los campesinos cesaban, pero luego se reanudaban y su hostilidad hacia la colonia volvía a encenderse.

Nuestra situación se complicaba porque el pillaje en la carretera no había cesado. Ahora los atracos tenían un carácter relativamente distinto: los desvalijadores preferían arrebatar a los campesinos sus provisiones de boca -a veces en cantidades insignificantes- y no dinero. Al principio, yo no creí que la cosa partiera de nosotros, pero los campesinos decían en sus conversaciones íntimas:

- Son vuestros. Cuando agarremos a alguno y le apaleemos, entonces verán.

Los muchachos me tranquilizaban ardorosamente:

- ¡Los mujiks mienten! Tal vez alguno de los nuestros se haya metido en una cueva: esto... puede ocurrir. Pero en la carretera... ¡Ni hablar!

Yo veía que los muchachos estaban sinceramente convencidos de que los nuestros no robaban en el camino y también veía que los colonos mayores no aprobarían semejante saqueo. Esto disminuía algo mi tensión nerviosa, aunque solamente hasta el primer rumor, hasta la primera reunión con los elementos más activos del campesinado.

De pronto, un atardecer, irrumpió en la colonia una sección de milicia a caballo. Todas las salidas de nuestros dormitorios fueron ocupadas y comenzó un registro general. También yo fui detenido en mi despacho, y eso fue, precisamente, lo que echó por tierra todo el plan de la milicia. Los muchachos recibieron a puñetazos a los milicianos: saltaban por las ventanas, habían comenzado ya a volar en la oscuridad los ladrillos, y aquí y allá,

en el patio, ardía la pelea. Un verdadero tropel se abalanzó sobre los caballos, que estaban cerca de la cochera, y los caballos se dispersaron por el bosque. Después de una violenta lucha, salpicada de sonoros insultos, Karabánov irrumpió en mi despacho:

- ¡Salga inmediatamente, que si no, ocurrirá una desgracia! -gritó.

Yo salté al patio, y en torno mío se agruparon inmediatamente los colonos, ofendidos y rugientes de rabia. Zadórov gritaba histéricamente:

- ¿Cuándo va a terminar esto? ¡Que me envíen a la cárcel: ya estoy harto!... ¿Soy un presidiario o qué? ¿Un presidiario? ¿Por qué hacen eso, por qué nos registran, por qué se meten todos?...

El jefe de la sección, muy asustado, procuraba, a pesar de todo, no perder el tono:

- Ordene inmediatamente a los educandos que vayan a los dormitorios y se coloquen junto a sus camas.

- ¿Con qué autorización procede usted al registro? -pregunté yo al jefe.

- Ese no es asunto suyo. Tengo orden de registrar.

- Márchese inmediatamente de la colonia.

- ¿Cómo que me marche?

- No permitiré que efectúen ustedes ningún registro sin autorización del delegado de

Instrucción Pública provincial. ¿Comprende? ¡No les dejaré; se lo impediré por la fuerza!

- ¡Tenga usted cuidado, no les registremos nosotros! -gritó uno de los colonos, pero yo troné:

- ¡A callar!

- Bueno -dijo, amenazador, el jefe-, usted tendrá que hablar de otro modo...

Reunió como pudo a los suyos, ya con ayuda de los colonos, que habían trocado la ira por la risa, buscaron los caballos y se fueron, acompañados de irónicos votos.

En la ciudad obtuve que con este motivo se amonestara a no sé qué jefe. Después de la incursión, los acontecimientos comenzaron a desarrollarse con extraordinaria rapidez. Los campesinos acudían, indignados, a mí, chillaban, amenazaban:

- Ayer en la carretera los suyos quitaron la mantequilla y el tocino a la mujer de Yavtuj.

- ¡Mentira!

- ¡Los suyos! Sólo que se echaron el gorro sobre la frente para que no les reconocieran.

- Pero ¿cuántos eran?

- La mujer dijo que uno solo. ¡Y era de la colonia! La misma chaqueta.

- ¡Mentira! Nuestros muchachos no se dedican a eso.

Los campesinos se iban y nosotros guardábamos silencio, aplanados, hasta que Karabánov soltaba:

- ¡Mienten, yo le digo que mienten! Nosotros lo sabríamos.

Hacía tiempo que los muchachos compartían mi inquietud. Incluso parecían terminadas las incursiones a las cuevas. En cuanto llegaba la noche, la colonia contenía literalmente la respiración en espera de algo nuevo y sorprendente, pesado y doloroso. Karabánov, Zadórov y Burún iban de dormitorio en dormitorio, recorrían los oscuros

ángulos del patio, husmeaban en el bosque. En toda mi vida yo no había sentido los nervios tan excitados como entonces.

Y una vez...

En un bello crepúsculo se abrió la puerta de mi despacho, y un tropel de colonos arrojó en la habitación a Prijodko. Karabánov, que sujetaba a Prijodko por el cuello de la chaqueta, le lanzó con fuerza contra mi mesa:

- ¡Aquí le tiene!

- ¿Otra vez con el cuchillo? -pregunté yo fatigado.

- ¿Cómo con el cuchillo? ¡Saqueando en la carretera!

El mundo se desplomó sobre mí. Interrogué mecánicamente al callado y tembloroso Prijodko:

- ¿Es verdad?

- Sí -balbuceó el muchacho casi imperceptiblemente, mirando hacia el suelo.

En la millonésima parte de un segundo se produjo la catástrofe. En mis manos apareció el revólver.

- ¡Ah, diablos!... ¿Para qué vivir con vosotros?

Pero no tuve tiempo de llevarme el revólver a la cabeza. Sobre mí se abalanzó, gritando y gimiendo, el tropel de muchachos.

Volví en mí ante Ekaterina Grigórievna, Zadórov y Burún. Yacía en el suelo, entre la mesa y la pared, todo salpicado de agua. Zadórov sujetaba mi cabeza y, mirando hacia Ekaterina Grigórievna, decía:

- Vaya usted allí. Los muchachos son capaces de matar a Prijodko...

Un segundo más tarde, me hallaba en el patio. Prijodko, ya sin sentido, cubierto de sangre, fue liberado por mí.

JUEGO DE PRENDAS

Esto ocurrió a principios del verano de 1922. En la colonia se había dejado ya de hablar del delito de Prijodko. Fuertemente apaleado por los colonos, Prijodko había tenido que guardar cama mucho tiempo y nosotros no le atosigamos con ninguna clase de preguntas. De pasada supe que no había nada de extraordinario en sus hazañas. No se le encontró ningún arma.

No obstante, Prijodko era un auténtico bandido. Toda la catástrofe ocurrida en mi despacho, su propia desgracia no produjeron en él la menor impresión. También en el futuro debería causar a la colonia muchos padecimientos. Pero, al mismo tiempo, era fiel, a su manera, a la colonia, y todo enemigo de ella no podía estar seguro de que no cayera sobre su cabeza una pesada palanca o un hacha. Criatura extraordinariamente limitada, Prijodko vivía siempre bajo el peso de sus impresiones inmediatas y actuaba a impulsos de las primeras ideas que llenaban su obtuso meollo. En cambio, para el trabajo no había nadie mejor que él. En las faenas más duras nunca se alteraba su humor, y utilizaba apasionadamente el hacha y el martillo, incluso cuando no caían sobre la cabeza del prójimo.

Después de los difíciles días descritos, apareció entre los colonos un acusado sentimiento de ira contra los campesinos. Los muchachos no podían perdonarles que ellos fueran el origen de nuestros sufrimientos. Yo me daba cuenta de que, si se contenían en su afán de infringir ultrajes demasiado evidentes a los campesinos, era sólo porque se apiadaban de mí.

Mis charlas y las charlas de los educadores acerca del campesinado, acerca de su trabajo, acerca de la necesidad de respetarlo, jamás eran consideradas por los muchachos como procedentes de personas más cultas y más razonables que ellos. Desde su punto de vista, nosotros entendíamos poco en estos asuntos. A sus ojos, éramos intelectuales urbanos, incapaces de comprender en toda su profundidad la falta de atractivos del carácter campesino.

- Ustedes no les conocen. En cambio, nosotros hemos probado en nuestro pellejo qué clase de gente son. Están dispuestos a degollar a un hombre por media libra de pan, pero, ¡prueban ustedes a pedirles algo a ellos!... Por nada darán de comer a un hambriento. Prefieren que todo se les pudra en sus escondrijos.

- Nosotros somos bandidos, bueno. Sabemos que nos hemos equivocado y, además, se nos ha perdonado. Nosotros lo sabemos. En cambio, ellos no necesitan a nadie: el zar era malo, el Poder soviético también. Para ellos, será bueno el que les dé todo y no les exija nada a cambio. ¡Mujiks, en una palabra!

- ¡Ay, no me gustan nada esos mujiks! No puedo verles: ¡les fusilaría a todos! -decía Burún, hombre urbano hasta la médula.

Cuando iba al mercado, Burún se divertía siempre de la misma manera: acercábase a algún campesino, que, de pie junto a su carro, contemplaba con exasperación a los bandidos urbanos que mariposeaban a su alrededor, y le preguntaba:

- ¿Tú eres ratero?

El aldeano, perplejo, olvidaba su cautela:

- ¿Eh?

- ¡Ah! ¿Conque eres un mujik? -se reía Burún y, con un movimiento relámpago e imprevisto hacia algún saco del carro, gritaba-: ¡Cuidado, compadre!

Durante largo rato el campesino profería juramentos y blasfemias, pero eso era, precisamente, lo que necesitaba Burún: para él, aquello era lo mismo que para un aficionado a la música asistir a un concierto sinfónico.

Burún me declaraba francamente:

- Si no fuera por usted, esos kulaks la pasarían mal.

Una de las causas importantes que obstaculizaban nuestras relaciones con los campesinos era que nuestra colonia estaba rodeada exclusivamente de caseríos de kulaks. Gonchárovka, donde dominaban los verdaderos campesinos trabajadores, estaba todavía lejos de nuestra vida. Nuestros vecinos inmediatos, todos esos Musi Kárpovich y Efrem Sídorovich, que anidaban en jatas impecablemente blancas y bien techadas, construidas aparte y rodeadas no de cercas, sino de verjas, no dejaban pasar a nadie a su recinto y, cuando venían a la colonia, nos fastidiaban con sus interminables lamentaciones acerca del impuesto en especie y predecían que con semejante política el Poder soviético no se mantendría, pero, al mismo tiempo, montaban espléndidos potros, se llenaban de samogón en las fiestas, sus mujeres olían a percales nuevos, a nata y a varéniki, y sus hijos eran algo fuera de concurso en el mercado de novios y de galanes encantadores, porque nadie llevaba unas chaquetas tan bien cortadas, unas gorras de color verde oscuro tan nuevas y unas botas tan lustrosas, ornadas en verano e invierno por unos chanclos espejeantes y magníficos.

Los colonos conocían perfectamente la hacienda de cada uno de nuestros vecinos, conocían incluso en qué estado se encontraba cada sembradora o segadora, porque reparaban frecuentemente esas herramientas en la fragua. También conocían los colonos la triste suerte de muchos pastores y peones, a quienes los kulaks solían echar implacablemente de su casa, sin pagarles ni siquiera el jornal debido.

Hablando francamente, también yo me contagié de la animosidad a ese mundo de los kulaks, agazapado tras portales y verjas.

De todas maneras, los continuos malentendidos desasosegaban. A ello se sumaron también las relaciones hostiles con las autoridades rurales. Luká Semiónovich, que nos había cedido la tierra de los Trepke, no renunciaba a la esperanza de expulsarnos de la segunda colonia y gestionaba incansablemente la cesión del molino y de toda la hacienda de los Trepke al Soviet rural para instalar allí, según él decía, una escuela. Con ayuda de los parientes y compadres que tenía en la ciudad, consiguió adquirir un pabellón de la segunda colonia para trasladarlo a la aldea. Nosotros rechazamos esta agresión con puños y estacas, pero me costó trabajo anular la compra y demostrar en la ciudad que el pabellón había sido adquirido solamente para su transformación en leña con destino al mismo Luká Semiónovich y sus parientes.

Luká Semiónovich y sus secuaces escribían interminables quejas contra la colonia y las enviaban a la ciudad; nos denigraban constantemente en las diversas instituciones urbanas, y a su insistencia se debió la incursión de la milicia.

Todavía durante el invierno, Luká Semiónovich irrumpió una tarde en mi despacho.

- A ver -me ordenó autoritario-, ¡Enséñeme los documentos que prueban en qué invertís el dinero que cobráis a los campesinos por los trabajos en la fragua!

Yo le dije:

- ¡Márchese usted!

- ¿Cómo?

- ¡Que se marche de aquí!

Probablemente, mi aspecto no auguraba el menor éxito en cuanto al esclarecimiento del destino que seguía el dinero de los campesinos, y Luká Semiónovich desapareció sin decir una sola palabra. Pero después se transformó ya manifiestamente en un enemigo mío y de toda nuestra organización. Los colonos también odiaban a Luká Semiónovich con todo el ardor de la juventud.

Un mediodía caluroso de junio apareció en el horizonte, más allá del lago, una verdadera procesión. Cuando estuvo cerca de la colonia, distinguimos sus detalles espeluznantes: dos mujiks traían amarrados a Oprishko y a Soroka.

Oprishko era una personalidad heroica en todos los sentidos, y en la colonia temía solamente a Antón Brátchenko, bajo cuyas órdenes trabajaba y de cuya mano había conocido más de una vez el peso. Era mucho más grande y más fuerte que Antón, pero un amor inexplicable al jefe de las caballerizas y a su buena estrella le impedía utilizar ambas ventajas. Respecto a todos los demás colonos, Oprishko observaba una actitud digna y no permitía que nadie abusara de él. Le ayudaba su maravilloso carácter. Siempre alegre, atraíale también la compañía de gente alegre, y por eso se le hallaba sólo en aquellos sitios de la colonia donde no había ningún gesto triste ni ningún rostro abatido. Cuando estaba en el centro de reunión de los delincuentes menores de edad, no quería de ningún modo ir a la colonia, y yo tuve que acudir personalmente a buscarle. Me recibió, tumbado en la cama, con una mirada desdeñosa:

- ¡Váyase usted al diablo, porque no pienso ir a ningún sitio!

Me habían prevenido de sus cualidades heroicas. Por eso, al dirigirme a él, utilicé un lenguaje de lo más adecuado:

- Me es muy desagradable molestarle, sir, pero me veo obligado a cumplir mi deber y, en vista de ello, le suplico encarecidamente que suba al carruaje preparado para usted.

Al principio, Oprishko quedó sorprendido de mi lenguaje horteril e incluso se incorporó sobre la cama, pero después volvió a ganarle su estado caprichoso y de nuevo dejó caer la cabeza sobre la almohada.

- ¡He dicho que no voy! ¡Y no hay más que hablar!

- En tal caso, respetado sir, me veré obligado con enorme pesar mío, a hacer uso de la fuerza.

Oprishko alzó su rizosa cabeza sobre la almohada y me contempló con auténtica estupefacción:

- ¡Mira tú! ¿De dónde sales? ¡Como si fuese fácil dominarme a mí por la fuerza!...

- Tenga usted en cuenta...

Reforcé la entonación de la voz y añadí con cierto matiz irónico:

- ... querido Oprishko...

Y, de pronto, le chillé:

- ¡Venga! ¿Qué demonios haces ahí tumbado? ¡Te he dicho que te levantes!

Saltó de la cama y corrió hacia la ventana:

- ¡Le juro que me tiraré a la calle!

Yo le dije con desprecio:

- O te tiras ahora mismo por la ventana o montas en el carro: yo no tengo tiempo que perder contigo.

Estábamos en el tercer piso, y, por eso, Oprishko se echó a reír con alegre sinceridad:

- ¡Vaya una tabarra!... En fin, ¡qué se le va a hacer! ¿Es usted el director de la colonia Gorki?

- Sí.

- Haber empezado por ahí. Hace tiempo que estaríamos en camino.

Y se dispuso enérgicamente a emprender el viaje.

En la colonia intervenía absolutamente en todas las operaciones de los colonos, pero jamás desempeñaba el primer papel y me parece que prefería la distracción al lucro.

Soroka, más joven que Oprishko, con el rostro agradable y redondo, tonto de remate y torpe de expresión, tenía una mala suerte que se salía de lo común. No había empresa en que no fracasara. Por ello, cuando los colonos le vieron amarrado junto a Oprishko, se quedaron muy descontentos:

- ¡Qué ganas tenía Dmitri de aliarse con Soroka!...

El presidente del Soviet rural y Musi Kárpovich, nuestro viejo conocido, eran sus guardianes.

En el momento que describimos, Musi Kárpovich observaba una actitud de ángel ultrajado.

Luká Semiónovich, idealmente sereno, permanecía inaccesible como un gran personaje. Tenía la barba pelirroja peinada con esmero, y bajo la chaqueta se veía su camisa pulcra y bordada: era evidente que venía de la iglesia.

El presidente comenzó:

- Educa usted muy bien a sus colonos.

- ¿Y a usted por qué le preocupa eso?

- Pues mire usted por qué: la gente no puede vivir tranquila por culpa de sus educandos. Desvalijan a los caminantes en las carreteras, roban todo lo que encuentran.

- ¡Eh, abuelo! ¿Y tú qué derecho tienes a amarrarles? -resonó una voz entre los colonos.

- Cree que está en el viejo régimen...

- No vendría mal darle un poco...

- ¡Callaos! -ordené a los colonos-. Dígame usted de qué se trata.

Habló Musi Kárpovich:

- Mi mujer había puesto una falda y una manta a secar en la empalizada y, cuando pasaron esos dos, vi que la ropa había desaparecido ya. Me lancé en su persecución, y ellos echaron a correr. Por supuesto, ¡cómo iba a alcanzarles! Menos mal que Luka Semionovich volvía de la iglesia, y así pudimos detenerles...

- ¿Para qué les habéis amarrado? -preguntó otra vez alguien entre la muchedumbre.

- Para que no se escapen. Para que...

- Ahora no estamos tratando de eso -comenzó el presidente-; vamos a levantar un acta...

- Podemos prescindir del acta. ¿Les han devuelto a ustedes las cosas?

- Eso es poco. Es preciso levantar un acta.

El presidente había decidido darse importancia, tomarse la revancha y, verdaderamente, tenía los mejores motivos para ello: por primera vez se había sorprendido a los colonos en pleno delito.

Para nosotros, tal giro del asunto era sumamente desagradable. El acta significaba la cárcel segura para los muchachos y una mancha imborrable para la colonia.

- Habéis sorprendido a estos muchachos por primera vez -dije yo-. ¡Entre vecinos pueden ocurrir tantas cosas! Como es la primera vez, hay que perdonar.

- No -dijo el pelirrojo-. ¡Qué perdón ni qué ocho cuartos! Vamos a la oficina a levantar el acta.

Musi Kárpovich recordó también:

- ¿No recuerda usted cómo me llevaron aquella noche? Y se quedaron con el hacha hasta hoy día. ¡Y encima tuve que pagar una multa!

Sí, no se podía objetar nada. Los kulaks nos habían vencido. Encaminé a los vencedores hacia la oficina y, volviéndome a los muchachos, les hablé iracundo:

- ¡Menuda la habéis armado! ¡Malditos!... Por lo visto, no podíais vivir sin esa falda. Ahora no podremos evitar el oprobio... Pronto comenzaré a apalearos, canallas. ¡Y ese par de idiotas echarán raíces en la cárcel!

Los muchachos callaban, porque, efectivamente, se sentían culpables.

Después de pronunciar un discurso tan ultrapedagógico, me dirigí también a la oficina.

Empleé dos horas en suplicar y halagar al presidente, le prometí que el hecho no volvería a repetirse, accedí a construir a precio de coste un nuevo juego de ruedas para el Soviet rural.

Por fin, el presidente puso una sola condición:

- Que me lo pidan todos los muchachos.

En aquellas dos horas odié al presidente para toda mi vida. Hablaba con él, y un pensamiento sanguinario atravesaba mi mente: si en alguna ocasión los muchachos cazaban a este presidente en un rincón oscuro y le molían a palos, yo no lo impediría.

En fin, de una manera o de otra no había más salida. Ordené a los colonos que seformasen ante la terracilla, donde se colocaron las autoridades. Con la mano en la visera, declaré en nombre de todos los colonos que deplorábamos mucho la falta de nuestros camaradas y pedíamos perdón para ellos, con la promesa de que semejantes casos no se repetirían. Luká Semiónovich pronunció el siguiente discurso:

- Es incuestionable que, por cosas así, hay que proceder con todo el rigor de la ley, porque el campesino es, incuestionablemente, un trabajador. Y si el campesino cuelga una falda y otro va y la coge, es que éste es un enemigo del pueblo, del proletariado. Yo, en cuyas manos ha sido depositado el Poder soviético, no puedo consentir semejante

ilegalidad de que cualquier bandido o delincuente eche la mano a lo que no es suyo. Y, aunque vosotros lo pidáis incuestionablemenle y prometáis enmendaros, cualquiera sabe qué ocurrirá. Si lo pedís con humildad y también lo pide vuestro director, él debe educaros como a ciudadanos honrados y no como a bandidos. Os perdono incuestionablemente.

Yo me estremecía de humillación y de rabia. Oprishko y Soroka, pálidos, estaban entre los colonos.

El presidente y Musi Kárpovich me estrecharon la mano, diciéndome algo solemne y magnánimo, pero no les hice caso.

- ¡Rompan filas!

Un sol tórrido se había extendido sobre la colonia y ahora parecía quieto. A ras de tierra flotaba el olor a tomillo. El aire inmóvil estaba como petrificado en chorros azules sobre el bosque.

Miré en torno mío. Y lo que había en torno mío era la misma colonia, las mismas cajas de piedra, los mismos colonos, y mañana habría otra vez lo mismo: las faldas, el presidente, Musi Kárpovich, los viajes a la ciudad tediosa, plagada de moscas. Ante mí se abría la puerta de mi habitación, con un catre y una mesa sin pintar y un paquete de tabaco barato sobre la mesa.

¿Dónde meterme? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? Giré hacia el bosque.

En los pinares no hay sombra al mediodía, pero en ellos se está siempre bien, siempre se divisa el horizonte, y los pinos esbeltos saben situarse armoniosamente bajo el cielo, como en una mise en scène teatral.

Aunque vivíamos en el bosque, yo casi no había tenido nunca tiempo de sumirme en su espesura. Los asuntos humanos me amarraban a la mesa, a los bancos, a los cobertizos, a los dormitorios. El silencio y la pureza del pinar, el aire saturado de olor a resina eran atrayentes.

Yo quería no salir de aquí y transformarme en otro árbol esbelto, sabio y oloroso, y permanecer en esta compañía tan delicada y elegante bajo el cielo azul.

A mis espaldas crujió una rama. Volví la cabeza: toda la parte del bosque que yo podía ver estaba llena de colonos. Avanzaban cautelosamente de tronco a tronco, y sólo en los claros más lejanos les veía correr hacia mí.

Me detuve asombrado. También ellos se quedaron inmóviles: sus ojos, desorbitados, me contemplaban en una espera quieta y asustada.

- ¿Qué queréis? ¿Qué husmeáis detrás de mí?

Zadórov, que era el que estaba más cerca, se separó de su árbol y me dijo bruscamente:

- Vamos a la colonia.

Sentí una punzada en el corazón.

- ¿Qué ha pasado en la colonia?

- Nada... Vamos.

- ¡Pero habla de una vez, demonio! ¿Es que os habéis confabulado hoy para burlaros de mí?

Di rápidamente un paso hacia él. Se acercaron dos o tres más; los restantes manteníanse aparte. Zadórov me susurró:

- Nos marcharemos, pero háganos usted el favor...

- ¿Qué favor?

- Deme el revólver.

- ¿El revólver?

Súbitamente adiviné de qué se trataba y me eché a reír:

- ¡Ah, el revólver! Tomadlo. ¡Vaya unos ingenuos! ¿No veis que puedo ahorcarme o tirarme al lago ?

Zadórov se echó también a reír estrepitosamente.

- ¡Bueno, quédese con el revólver! Es que nos pasó esta idea por la cabeza. Pero ¿no hace usted más que pasear? Muy bien: siga paseando. ¡Muchachos, atrás!

¿Qué había ocurrido?

Cuando yo tomé el camino del bosque, Soroka voló al dormitorio:

- ¡Ay, muchachos, vamos corriendo al bosque, que Antón Semiónovich quiere matarse!...

Sin terminar de oírle, los muchachos se precipitaron fuera de la habitación.

Por la noche, todos sentíanse terriblemente confusos. Sólo Karabánov hacía el tonto y daba vueltas entre las camas, lo mismo que un diablillo. Zadórov enseñaba graciosamente los dientes y -no sé por qué- abrazaba sin cesar al pequeño y radiante Shelaputin. El silencioso Burún no se apartaba de mí, como si guardase tenazmente algún misterio. Oprishko estaba entregado a la histeria: tumbado en la habitación de Kósir, sollozaba hundiendo la cabeza en la almohada sucia. Soroka, para evitar las burlas de los muchachos, se había escondido no sé dónde.

- Vamos a jugar a las prendas propuso Zadórov.

Y, efectivamente, nos pusimos a jugar a las prendas. En la pedagogía suele haber piruetas parecidas: cuarenta muchachos bastante haraposos y bastante hambrientos jugaban alegremente a las prendas a la luz de un quinqué. Sólo que sin besos.

SOBRE LO VIVO Y LO MUERTO

En la primavera las cuestiones del material de trabajo nos colocaron entre la espada y la pared.

El Malish y la Banditka no servían para nada: con ellos era imposible trabajar. Todos los días, desde por la mañana, Kalina Ivánovich pronunciaba en la cuadra discursos contrarrevolucionarios, acusando al Poder soviético de desorden y de implacabilidad en el trato de los animales:

- Si te dedicas a organizar una economía, hay que procurar ganado de labor y no atormentar a bestias irracionales. En teoría, esto, claro está, es un caballo, pero, prácticamente, se cae y da lástima verlo, y ni hablar de trabajar.

Brátchenko se atenía a una línea recta. Quería a los caballos simplemente por ser caballos vivos, y cualquier trabajo superfluo cargado sobre los lomos de sus favoritos le indignaba y ofendía. Contra toda suerte de súplicas y de reproches tenía siempre de reserva un argumento contundente:

- ¿Y si a ti te obligasen a tirar del arado? Sería interesante ver qué dirías entonces.

En su interpretación, las palabras de Kalina Ivánovich eran una directiva rotunda: no dar caballos para ningún trabajo. Pero nosotros ni siquiera sentíamos ganas de pedírselos. En la segunda colonia, la cuadra estaba ya terminada, y era preciso llevar allí, apenas entrara la primavera, dos caballos para la labranza y la siembra. Sin embargo, nos faltaban estos dos caballos.

Un día, hablando con Chernenko, el presidente de la Inspección Obrera y Campesina, le expuse nuestras dificultades: en lo tocante a los aperos, nos las arreglaríamos de algún modo para la temporada de primavera, pero, en cuanto a los caballos, las cosas marchaban mal.

¡Eran sesenta desiatinas! Y, si no las labrábamos, ¿qué dirían los campesinos?

Chernenko reflexionó y, de pronto, dio un salto de alegría:

- Espera; yo tengo aquí también una sección económica. Nosotros no necesitamos tantos caballos para la primavera. Os dejaré tres por algún tiempo y, de paso, así no tendré que darles de comer. Vosotros me los devolveréis dentro de mes y medio. Habla con mi administrador.

El administrador era un hombre riguroso e interesado, que nos pidió un pago considerable por el arriendo de los caballos: por cada mes, cinco puds de trigo y ruedas para sus carruajes.

- Ustedes tienen un taller donde hacen ruedas.

- ¿Cómo es eso? ¿Quiere usted despellejarnos a nosotros?

- Yo soy el encargado de la sección económica y no una dama bondadosa. ¡Fíjese en los caballos! Por nada del mundo se los hubiera dado: los estropearán ustedes. ¡Yo les conozco! He estado buscándolos dos años. No son caballos: ¡son preciosidades!

Dicho sea de paso, yo podía prometerle cien puds de trigo y ruedas para todos los carruajes de la ciudad. Los caballos nos hacían falta.

El administrador redactó un contrato en dos ejemplares, donde se detallaba con toda circunspección: ...lo que en lo sucesivo recibirá el nombre de colonia... estas ruedas serán entregadas a la sección económica de la Inspección Obrera y Campesina provincial una vez revisadas por una comisión especial y levantada el acta correspondiente... Por cada día que sobrepase el plazo del contrato, la colonia abonará a la sección económica de la Inspección Obrera y Campesina provincial a razón de diez libras de trigo por caballo... Y, en caso de incumplimiento del presente contrato, la colonia indemnizará al quíntuplo el importe de los perjuicios...

Al día siguiente, Kalina Ivánovich y Antón entraron con toda solemnidad en la colonia. Desde muy temprano, los pequeños montaban la guardia muy lejos en el camino, y sobre toda la colonia, comprendidos los educadores, pesaba la angustia de la espera. Shelaputin y Toska fueron los más afortunados: encontraron la procesión en la carretera y tardaron poco tiempo en encaramarse a los caballos. Kalina Ivánovich parecía incapaz de hablar o de sonreír: a tal punto habían invadido su ser la importancia y la inaccesibilidad. Y, a su vez, Antón ni siquiera giró la cabeza hacia nosotros. En general, todos los seres vivos habían dejado de contar para él, a excepción del trío de caballos negros atados a la trasera de nuestro carro.

Kalina Ivánovich se apeó del carro, se sacudió las briznas de paja adheridas a su chaqueta y dijo a Antón:

- Tú cuídate de instalarlos como es debido; no se trata de una Banditka cualquiera.

Antón, que lanzaba órdenes entrecortadas a sus ayudantes y colocaba a sus antiguos favoritos en los pesebres más lejanos e incómodos, amenazando con la barriguera a los curiosos que asomaban por la puerta de la cochera, respondió a Kalina Ivánovich con amistosa brusquedad:

- Busca arreos, Kalina Ivánovich: ¡esta porquería no nos sirve!

Los caballos eran negros, altos y lustrosos. Trajeron consigo sus nombres, y esta circunstancia les comunicó a los ojos de los colonos cierto prestigo nobiliario. Se llamaban Zver, Korshun y Mary.

Sin embargo, el Zver nos decepcionó pronto: era un potro vistoso, aunque inútil para los trabajos agrícolas: se rendía rápidamente y se ahogaba. En cambio, la Mary y el Korshun demostraron su buena calidad en todos los terrenos: fuertes, dóciles, hermosos. Cierto que las esperanzas de Antón de tener un magnífico caballo que le permitiera deslumbrar a todos los cocheros de la ciudad resultaron fallidas, pero tanto la Mary como el Korshun eran muy buenos con la sembradora y el arado, y Kalina Ivánovich carraspeaba de satisfacción cuando, por las noches, me comunicaba cuánta tierra había sido labrada y cuánta sembrada. Lo único que le inquietaba en grado sumo era la alta posición oficial de los dueños de los caballos.

- Todo está bien. Pero tener que tratar con la Inspección Obrera y Campesina es una cosa que... siempre harán lo que quieran. ¿Y a dónde vamos a quejarnos? ¿A la Inspección Obrera y Campesina?

La segunda colonia comenzó a cobrar vida. Acabó la reparación de una casa y pasaron a habitarla seis colonos. Vivían allí sin educador y sin cocinera. Se llevaban unos cuantos víveres de nuestra despensa y ellos mismos se hacían la comida como podían en un hornillo instalado en el jardín. En sus obligaciones entraba: cuidar del jardín y de los

edificios, asegurar la travesía en el Kolomak y trabajar en la cuadra, donde había dos caballos y donde Oprishko actuaba como emisario de Brátchenko. El propio Antón decidió quedarse en la colonia principal: aquí había más gente y más alegría. Diariamente efectuaba algún viaje de inspección a la segunda colonia, y todos los colonos, incluso el cochero y Oprishko, temían su visita.

En los campos de la segunda colonia se efectuó un gran trabajo. Las sesenta desiatinas íntegras fueron sembradas. Cierto que sin especiales conocimientos agrotécnicos y sin un plan correcto, pero teníamos allí trigo de otoño y de primavera, centeno y avena. En algunas desiatinas plantamos patata y remolacha. Para ello teníamos que labrar la tierra y aporcar, y esto nos obligaba a trabajar como condenados. En aquel período la colonia contaba con sesenta educandos.

Entre la primera y la segunda colonia no se interrumpía el tráfico en todo el transcurso del día: hasta muy avanzada la noche: pasaban los grupos de colonos que iban al trabajo o que volvían de él; pasaban nuestros carros cargados de materiales de siembra, de forraje y de víveres para los colonos; pasaban los carros campesinos que alquilábamos para el transporte de materiales de construcción; pasaba Kalina Ivánovich en un viejo cabriolet que había conseguido no sé dónde; montado en el Zver pasaba también Antón, irguiéndose gallardamente en la silla.

Los domingos, casi toda la colonia se bañaba en el Kolomak. Al principio se bañaban únicamente los colonos y los educadores y luego poco a poco empezaron también a congregarse a orillas del alegre y acogedor riachuelo las mozas y los mozos de la vecindad, los komsomoles de Pirogovka y de Gonchárovka y los hijos de los kulaks que poblaban los caseríos. Nuestros carpinteros construyeron junto al Kolomak un pequeño atracadero, sobre el que ondeaba una bandera con las iniciales C. G. Entre el atracadero y nuestra orilla iba y venía todo el día una lancha verde con bandera igual, que atendían Mitka Zheveli y Vitka Bogoiávlenski. Nuestras muchachas, comprendiendo perfectamente la importancia de nuestra representación en el Kolomak, hicieron de diferentes restos de galas femeninas sendas camisetas marineras para Mitka y Vitka, y numerosos pequeños, tanto en la colonia como en muchos kilómetros a la redonda, envidiaban de manera terrible a estos dos seres extraordinariamente dichosos. El Kolomak se transformó en nuestro club central.

En la propia colonia había siempre alegría y bullicio a consecuencia del trabajo constante e intenso, de las continuas preocupaciones derivadas de él, de las visitas de campesinos que llegaban a encargar algún trabajo, del refunfuñar de Antón y de las sentencias de Kalina Ivánovich, de la risa y las travesuras eternas de Karabánov, de Zadórov y de Belujin, de los infortunios de Soroka y de Galatenko, de la vibración armoniosa de los pinos, del sol y de la juventud.

En este período ya habíamos olvidado lo que eran la suciedad, los piojos y la sarna. La colonia brillaba por su limpieza y por los nuevos remiendos, colocados cuidadosamente sobre cada lugar sospechoso, lo mismo en los pantalones de los colonos que en la empalizada o en los muros del cobertizo, o en la vieja terracilla. En los dormitorios seguía habiendo los mismos catres, pero ahora estaba prohibido sentarse en las camas durante el día, porque para ello teníamos especialmente unos bancos de madera de pino sin

pintar. En el comedor había mesas también sin pintar, que raspábamos a diario con unos cuchillos especiales hechos en nuestra fragua.

Por aquel tiempo, en la fragua se habían producido cambios esenciales. El plan diabólico de Kalina Ivánovich fue ejecutado por completo; despedimos a Golován por borracho y por sostener conversaciones contrarrevolucionarias con los clientes, pero Golován ni siquiera intentó recuperar sus herramientas: sabía que era una empresa desesperada. Al marcharse, se limitó a mover la cabeza con reproche e ironía:

- ¡También vosotros sois unos explotadores, como todos! ¡Os habéis enriquecido a costa mía!

Era imposible alterar a Belujin con semejantes discursos: no en balde leía libros y vivía entre la gente. Sonrió, animoso, mirando a Golován, y exclamó:

- ¡Qué ciudadano tan inconsciente eres, Sofrón! Llevas ya dos años trabajando con nosotros, y todavía no comprendes que se trata de medios de producción.

- Pues eso es lo que yo digo...

- Y, según la ciencia, los medios de producción, ¿comprendes?, deben pertenecer al proletariado. Y aquí tienes al proletariado, ¿ves?

Y Belujin mostró a Golován a los auténticos representantes vivos de la gloriosa clase proletaria: Zadórov, Vérshnev y Kuzma Leshi.

En la fragua mandaba Semión Bogdanenko, un auténtico herrero de abolengo, cuyo apellido gozaba de antigua fama en los talleres de locomotoras. Semión había implantado en la fragua una limpieza y una disciplina militar: todos los bruñidores, todos los machos, todos los martillos miraban severamente desde su puesto; el piso de tierra estaba cuidadosamente barrido, como en la casa de un amo aseado, sobre el hornillo ni un gramo de carbón, y con los clientes diálogos concisos y claros:

- No estás en la iglesia: aquí no hay que regatear.

Semión Bogdanenko sabía leer y escribir, se afeitaba todos los días, no blasfemaba nunca.

En la fragua había trabajo de sobra: nuestros aperos y los de los campesinos. Por aquel tiempo, los demás talleres habían suspendido casi sus trabajos. Sólo Kósir y dos colonos seguían haciendo ruedas bajo su cobertizo: la demanda de ruedas no había cedido.

La sección económica de la Inspección Obrera y Campesina necesitaba unas ruedas especiales para llantas de goma, y Kósir no había hecho nunca ruedas de esa clase. Sentíase muy perplejo ante esos caprichos de la civilización, y cada tarde, después del trabajo, musitaba tristemente:

- Nosotros no conocíamos estas llantas de goma. Nuestro Señor Jesucristo iba a pie, igual que los apóstoles... y ahora la gente podría viajar con llantas de hierro.

Kalina Ivánovich decía severamente a Kósir:

- ¿Y el ferrocarril? ¿Y los automóviles? ¿Tú qué crees? ¿Qué tiene esto que ver con que tu Señor fuese a pie? Eso significa que era un hombre inculto, o, quizá, un aldeano, como tú. O quizá iba a pie porque era un mendigo, pero, si alguien le hubiera llevado en automóvil, le habría gustado. Y tú dices: Id a pie. ¡Vergüenza debía darte decir estas cosas a tus años!

Kósir sonreía con timidez y balbuceaba confuso:

- Si yo pudiera ver cómo son las llantas de goma, tal vez, con ayuda de Dios, las haría. Pero ¡Dios sabe para cuántos rayos será!

- Ve a la Inspección y míralo. Cuéntalos.

- ¡Señor, Dios mío! ¿Dónde voy a encontrar eso?

Un día, a mediados de junio, Chernenko quiso proporcionar una distracción a los muchachos:

- He hablado aquí con unos cuantos y van a ir unas bailarinas a la colonia para que las vean los muchachos ¿Sabes? Tenemos buenas bailarinas aquí, en la Opera. Esta tarde llévalas a la colonia.

- Está bien.

- Pero ten cuidado con ellas, que son muy delicadas: no vayan a asustarlas tus bandidos. ¿Y cómo las llevarás a la colonia?

- Tenemos un coche.

- Lo he visto. No sirve. Envía los caballos para que los enganchen a mi carruaje y ve en busca de las bailarinas. Y pon guardia en el camino, no sea que alguien se apodere de ellas: son objetos tentadores.

Las bailarinas llegaron ya avanzada la noche. Durante todo el camino no cesaron de temblar, haciendo reír a Antón.

- Pero ¿qué teméis? -las tranquilizaba el muchacho-. Si no tenéis nada que pueda ser robado. Ahora no estamos en invierno: en invierno os habrían quitado los abrigos.

Nuestra guardia, que salió inesperadamente del bosque, las puso en tal estado, que, cuando llegaron a la colonia, hubo que darles inmediatamente valeriana. Bailaron de muy mala gana y no gustaron en absoluto a los muchachos. Una, la más joven, que tenía una espléndida y expresiva espalda morena, la empleó toda la noche en patentizar su indiferencia desdeñosa y altiva por toda la colonia. La otra, más entrada en años, nos contemplaba con un temor que no podía ocultar. Su actitud irritaba particularmente a Antón:

- ¡Pero, hombre! ¡Valía la pena de enviar un par de caballos ida y vuelta a la ciudad y otra vez ida y vuelta! Como éstas yo traigo cuantas hagan falta andando desde la ciudad.

- Pero ésas no bailan -dice, riéndose, Zadórov.

- ¡Ya lo creo!

Sentada al piano que adorna desde hace tiempo uno de nuestros dormitorios, está Ekaterina Grigórievna. No toca muy bien, su música se adapta difícilmente al baile, y las bailarinas no tienen la delicadeza suficiente como para salvar la falta de dos o tres compases. Con aire ofendido hacen gestos de impotencia ante las bárbaras faltas y paradas. Además, tienen una prisa terrible por llegar a cierta velada muy interesante.

Mientras cerca de la cochera, a la luz de las linternas y bajo los furiosos insultos de Antón, se engancha a los caballos, las bailarinas se agitan terriblemente: llegarán tarde a la velada. En su agitación y en su desprecio por esta colonia sumida en la oscuridad, por estos colonos silenciosos, por toda esta sociedad absolutamente extraña, ni siquiera pueden hablar y no hacen más que gemir quedamente, apoyadas la una contra la otra. Soroka, subido en el pescante, refunfuña por culpa del tirante y grita que él no irá. Antón, sin cohibirse por la presencia de las bailarinas, responde a Soroka:

- ¿Tú quién eres: un cochero o una bailarina? ¿Qué haces danzando en el pescante? ¿Dices que no vas a ir? ¡Venga, baja de ahí!

Soroka tira, en fin, de las riendas. Las bailarinas contienen la respiración y, mortalmente angustiadas, miran la carabina que cuelga en bandolera del hombro de Soroka. Mal que bien, el coche arranca. Y, de pronto, se oye gritar otra vez a Brátchenko:

- ¿Pero, cuervo, qué has hecho? ¿O es que está ciego o estás loco para enganchar así? ¿Cómo demonios has enganchado? ¿Dónde has puesto al Pelirrojo? ¡Desengancha! ¡El Korshun a la derecha! ¿Cuántas veces te lo habré dicho?

Soroka, sin apresurarse, se descuelga el fusil y lo coloca a los pies de las bailarinas. Del faetón llega un débil rumor de sollozos contenidos.

A mis espaldas se oye la voz de Karabánov:

- ¡Les ha hecho efecto! Yo creía que serían menos sensibles. ¡Bravo por los muchachos!

Cinco minutos más tarde el coche vuelve a arrancar. Nosotros saludamos dignamente con la mano en la visera, aunque, de todas formas, sin grandes esperanzas de obtener un saludo de respuesta. Las llantas de goma saltan por el empedrado, pero en este instante se desliza ante nosotros, en persecución del carruaje, una sombra desgarbada que agita los brazos y vocifera:

- ¡Esperad! ¡Esperad, por amor de Cristo! ¡Esperad, queridos!

Soroka, perplejo, tira de las riendas, y una de las bailarinas salta en el asiento.

- ¡Me había olvidado, Virgen Santísima, de contar los rayos!

Kósir se inclina sobre las ruedas, arrecian los sollozos que parten del faetón, y a ellos se suma una voz agradable de contralto:

- Pero tranquilízate, tranquilízate...

Karabánov aparta de la rueda a Kósir:

- Vete, abuelo, a...

Pero el propio Karabánov, sin poder contenerse, lanza un bufido y se va hacia el bosque.

También yo salgo de mis casillas:

- ¡Venga, Soroka, basta de hacer el tonto! ¿Es que os habéis contratado o qué?

Soroka golpea de lleno al Korshun. Los colonos estallan en una risa unánime, Karabánov gime bajo una mata y hasta Antón se rie a carcajadas:

- ¡Menuda juerga si, además, les detiene algún bandido! Entonces, seguro que llegan tarde a la velada.

Kósir permanece desconcertado en medio de todos, sin acabar de comprender qué circunstancias importantes han podido impedirle que cuente los rayos.

Ocupados por diferentes asuntos, ni siquiera nos dimos cuenta de cómo pasó el mes y medio.

El administrador de la Inspección Obrera y Campesina se presentó exactamente al cumplirse el plazo señalado.

- Bueno, ¿cómo están nuestros caballos?

- Bien.

- ¿Cuándo vais a devolverlos?

Antón palideció:

- ¿Cómo devolverlos? ¿Y con qué vamos a trabajar?

- Es lo convenido, camaradas -dijo el administrador con una voz áspera-. ¿Y cuándo puedo recibir el trigo?

- Pero, ¿qué dice usted? Hay que recogerlo, molerlo. ¿No ve que está aún en el campo?

- ¿Y las ruedas?

- Nuestro especialista en ruedas, ¿sabe?, no ha contado los rayos y no sabe de qué tamaño debe hacer las ruedas.

El administrador se sentía un gran personaje en la colonia. ¡Cómo no! ¡Administrador de la Inspección Obrera y Campesina provincial!

- Tendréis que indemnizar los perjuicios, según lo convenido. Ya lo sabéis: a partir de hoy son diez libras por día, diez libras de trigo. Como gustéis.

Se fue el administrador. Brátchenko siguió con una mirada de rabia su rápido coche y resumió lacónicamente:

- ¡Miserable!

Estábamos muy disgustados. Los caballos nos hacían una falta terrible, pero no íbamos a dar por ellos la cosecha íntegra.

Kalina Ivánovich gruñó:

- No daré el trigo a esos parásitos: quince puds al mes y ahora, encima, diez libras. Ellos no hacen más que dedicarse a la teoría, y nosotros somos quienes cultivamos el trigo. Y, luego, dales el trigo y devuélveles los caballos. ¡Que lo cojan donde puedan, que yo no se lo doy!

Los muchachos mantenían una actitud negativa respecto al contrato:

- Si tenemos que darles el trigo, mejor será que se seque de raíz. O que ellos recojan el trigo y nos dejen los caballos.

Brátchenko resolvía el litigio de un modo más conciliador:

- Vosotros podéis darles el trigo, el centeno y las patatas, pero lo que es los caballos, yo no los devuelvo. Aunque me insultéis, ellos no volverán a ver los caballos.

Llegó julio. Viendo cómo los muchachos segaban el heno en el prado, Kalina Ivánovich decía descontento:

- Los muchachos siegan mal: no saben hacerlo. Y eso que es heno. No sé qué va a pasar con el trigo. Tenemos siete desiatinas de centeno y ocho de trigo y, además, la avena, y luego el trigo vernalizado. ¿Qué podemos hacer? No hay otra solución que comprar una segadora.

- Pero, ¿qué dices, Kalina Ivánovich? ¿Con qué dinero quieres comprar la segadora?

- Aunque sea una sencilla. Antes costaba unos ciento cincuenta o doscientos rublos.

Al anochecer vino a mí con un puñadito de centeno:

- ¿Ves? A más tardar dentro de dos días tendremos que segar.

Teníamos la intención de segar el centeno con guadañas. Y decidimos inaugurar solemnemente la siega con una fiesta en torno al primer haz. En nuestra colonia, el centeno maduraba rápidamente sobre la arena cálida, y esta circunstancia favorecía

nuestro propósito de celebrar una fiesta, para la cual nos preparamos como para una solemnidad muy grande.

Invitamos a mucha gente, preparamos una buena comida, dispusimos el bello y expresivo ritual del majestuoso principio de la siega. Ya habíamos adornado el campo con arcos y banderas, ya estaban listos los nuevos trajes de los muchachos, pero Kalina Ivánovich no acababa de sentirse a gusto:

- ¡La cosecha está perdida! Antes de que terminen de segar, se desgranará todo el centeno.

¡Hemos trabajado para los cuervos!

Los colonos afilaban las guadañas en los cobertizos y disponían los rastrillos.

- No se perderá nada, Kalina Ivánovich -tranquilizaban al viejo-. ¡Trabajaremos como auténticos campesinos!

Designamos a ocho muchachos para la siega.

El mismo día de la fiesta Antón me despertó muy temprano:

- Ahí está un campesino con una segadora.

- ¿Qué segadora?

- Una máquina, grande, con alas: una segadora. Pregunta que si se la compramos.

- Despáchale. Ya sabes que no tenemos dinero...

- El dice que tal vez queramos cambiarla. El quiere un caballo.

Me vestí y fui a la cochera. En medio del patio había una segadora no muy vieja, al parecer pintada especialmente para la venta. Los colonos se habían agrupado alrededor de la máquina.

Allí estaba también Kalina Ivánovich, que repartía sus miradas coléricas entre la segadora, su propietario y yo.

- ¿Es que ha venido usted a burlarse de nosotros? ¿Quién le ha traído aquí?

El propietario de la segadora desenganchaba los caballos. Era un hombre pulcro, con una honorable barba grisácea.

- ¿Y por qué la vendes? -preguntó Burún.

El campesino miró en torno suyo:

- Necesito casar al hijo. Yo tengo ya una segadora. Ésta que traigo, me sobra. En cambio, me hace falta un caballo para el hijo.

Karabánov me susurró:

- Miente. Yo le conozco... ¿No es usted de Storozhevói?

- Sí, de allí mismo. ¿Y tú qué haces aquí? ¿No eres Semión Karabánov? ¿El hijo de Panás?

- ¡El mismo! -se alegró Karabánov-. ¿Usted es Omélchenko? Teme, seguramente, que se la quiten, ¿no?

- Eso también es verdad. Claro que pueden quitármela, pero, al mismo tiempo, tengo que casar al hijo...

- ¿Es que su hijo no sigue en la banda?

- Pero ¿qué dices? ¡Nuesto Señor Jesucristo sea contigo!...

Semión se encargó de dirigir toda la operación. Durante largo tiempo estuvo conversando con el propietario de la segadora junto a los hocicos de los caballos; los dos sacudían la cabeza, se daban palmadas en los hombros y en los codos. Semión tenía el

aspecto de un verdadero amo, y se veía que Omélchenko le trataba como a un hombre entendido.

Media hora más tarde Semión abría una reunión secreta en la terracilla de la casa de Kalina Ivánovich. A la reunión asistimos Kalina Ivánovich, Karabánov, Burún, Zadórov, Brátchenko, dos o tres colonos de los mayores y yo. Mientras tanto, los demás esperaban en torno de la segadora, silenciosamente asombrados de que en el mundo hubiera gente que poseyese esta felicidad mecánica.

Semión nos explicó que el campesino quería un caballo a cambio de la segadora porque en Storozhevói iba a procederse al recuento de máquinas y tenía miedo a que se la quitaran, mientras que un caballo no se lo quitarían porque pensaba casar al hijo.

- Quizá sea verdad, quizá no -dijo Zadórov-. Sin embargo, esto no nos importa; lo que nos importa es quedarnos con la segadora. Y emplearla hoy mismo.

- Entonces, ¿qué caballo piensas darle? -preguntó Antón-. El Malish y la Banditka no sirven para nada. ¿Tal vez has pensado en el Pelirrojo?

- Aunque sea el Pelirrojo -dijo Zadórov-. ¡Se trata de una segadora!

- ¿El Pelirrojo? ¿Ves esto?...

Karabánov interrumpió al fogoso Antón:

- No, claro que no debemos dar el Pelirrojo. Es el único caballo que tiene la colonia. Pero podemos dar el Zver. Es un caballo vistoso, que puede servir todavía como semental.

Semión lanzó una mirada maliciosa a Kalina Ivánovich.

El viejo ni siquiera le contestó. Golpeó su pipa contra el peldaño de la escalera y se levantó:

- No quiero perder el tiempo hablando tonterías con vosotros.

Y entró en su casa.

Semión le siguió con sus ojos entornados y musitó a mi oído:

- En serio, Antón Semiónovich, dé usted al Zver. Al fin y al cabo, todo se arreglará y nosotros tendremos una segadora.

- Nos meterán a la cárcel.

- ¿A quién?... ¿A usted? ¡Ni hablar de eso! ¡Si una segadora vale más que un caballo! Que la Inspección se lleve la segadora en vez de un caballo. ¿Por qué no va a darles lo mismo? Para ellos no es ningún perjuicio y nosotros podremos recoger el centeno. De todas formas, no se saca ningún provecho del Zver...

Zadórov se echó a reír entusiasmado.

- ¡Vaya una historia! ¿Y si efectivamente...?

Burún guardaba silencio y, sonriendo, mordía una espiga de centeno con la comisura de la boca.

Antón se reía, los ojos brillantes:

- ¡Menuda broma si los de la Inspección enganchan una segadora al faetón en lugar del Zver!

Los muchachos me miraban con los ojos encendidos.

- Venga, resuelva usted, Antón Semiónovich... Decídase: no es nada terrible. Incluso si le encierran será, a lo sumo, una semana.

Burún adoptó, al fin, una expresión seria y habló:

- Por muchas vueltas que demos al asunto, hay que acabar entregando el potro. Si no, todos nos llamarán estúpidos. Y en la Inspección también.

Yo contemplé a Burún y me limité a decir:

- ¡Es verdad! Saca el potro, Antón.

Todos corrieron a la cochera.

Al propietario de la segadora le gustó el Zver. Kalina Ivánovich me tiraba de la manga y me decía al oído:

- ¿Te has vuelto loco? ¿Es que estás harto de vivir? Anda y que se pierda todo: la colonia y el centeno... ¿Por qué te metes tú?

- Déjalo, Kalina... Es igual. Trabajaremos con la segadora.

Una hora más tarde el campesino se iba con el Zver.

Y dos horas después llegaba Chernenko. Lo primero que vio fue la segadora en el patio.

- ¡Oh, qué listos! ¿De dónde habéis sacado semejante preciosidad?

Los muchachos enmudecieron repentinamente igual que ante una tormenta. Yo miré con angustia a Chernenko.

- La hemos conseguido por casualidad -respondí.

Antón hizo sonar las palmas y salió:

- Por casualidad o no, el caso es que tenemos una segadora, camarada Chernenko. ¿Quiere usted trabajar hoy en ella?

- ¿En la segadora?

- Sí.

- Bueno, recordaremos los viejos tiempos... Vamos a probarla.

Antes de la fiesta, los muchachos y Chernenko anduvieron atareados con la segadora: la engrasaron, la limpiaron, estuvieron poniéndola a punto y probándola.

En la fiesta, después del primer momento solemne, el propio Chernenko montó en la segadora y la hizo chirriar por el campo. Karabánov, ahogándose de risa, clamaba a voz en cuello:

- ¡En seguida se ve al amo!

El administrador de la Inspección Obrera y Campesina no hacía más que dar vueltas por el campo y preguntar a todo el mundo:

- ¿Y cómo no se ve al Zver? ¿Dónde anda el Zver?

Antón señalaba con el látigo hacia el Este:

- Está, en la segunda colonia. Mañana nos toca segar allí el centeno: queremos que hoy descanse.

Las mesas del banquete habían sido instaladas en el bosque. Los muchachos acomodaron a Chernenko y, ofreciéndole empanadas y borsch, le entretenían con su conversación:

- Habéis hecho bien en adquirir una segadora.

- ¿Verdad que hemos hecho bien?

- Bien, bien.

- ¿Y qué vale más, camarada Chernenko: un caballo o una segadora? -preguntó Brátchenko, y sus ojos disparaban por todo el frente.

- Son cosas distintas. Depende del caballo que sea.

- ¿Y si es un caballo como, por ejemplo, el Zver?

El administrador de la Inspección dejó caer la cuchara y movió, inquieto, las orejas. De repente, Karabánov se echó a reír y escondió la cabeza bajo la mesa. Tras él soltaron la carcajada todos los demás. El administrador dio un salto y empezó a recorrer el bosque con la mirada como si implorase ayuda. Pero Chernenko seguía sin comprender nada:

- ¿Qué les pasa? ¿Es que el Zver es un mal caballo?

- Hemos cambiado hoy al Zver por la segadora -expliqué yo sin ninguna gana de reír.

El administrador se desplomó en un banco y Chernenko, estupefacto, abrió la boca. Todos callaron.

- ¿Que lo habéis cambiado por la segadora? -balbuceó Chernenko y miró al administrador.

Ofendido, el administrador abandonó la mesa.

- ¡Es una desvergüenza de chiquillos y nada más! Golfería, anarquismo...

De pronto, Chernenko sonrió alegremente:

- ¡Qué granujas! ¿De verdad? ¿Y qué vamos a hacer nosotros con la segadora?

- ¿Cómo qué vamos a hacer? Tenemos el contrato: los perjuicios serán indemnizados al quíntuplo de su importe -insistió, cruel, el administrador.

- ¡Déjalo! -dijo Chernenko con animosidad-. Tú eres incapaz de una cosa así.

- ¿Yo?

- Tú, precisamente, y por eso debes callarte. En cambio, ellos son capaces. Necesitan segar y saben que el trigo vale más que tus multiplicaciones por cinco, ¿comprendes? Y eso de que no nos tengan miedo está igualmente muy bien. En una palabra: hoy les regalamos la segadora.

Destrozando las mesas de gala y el alma del administrador de la Inspección Obrera y Campesina, los muchachos mantearon a Chernenko. Cuando el presidente, desprendiéndose de ellos entre carcajadas, recobró, al fin, la postura vertical, Antón se le acercó:

- ¿Y de la Mary y el Korshun qué?

- ¿Cómo qué?

- ¿Hay que devolvérselos? -preguntó Antón, indicando al administrador.

- Claro que sí.

- No los devolveré -dijo Antón.

- Los devolverás: ya tienes bastante con la segadora -se enfadó Chernenko.

Pero Antón se enfadó también:

- ¡Llévese usted su segadora! ¿Para qué demonios la necesito yo? ¿A quién vamos a enganchar en ella: a Karabánov?

Y Antón se fue a la cochera.

- ¡Ay, qué granuja! -exclamó, preocupado, Chernenko.

Alrededor se hizo el silencio. Chernenko miró al administrador:

- Nos hemos metido en un lío. Véndeles los caballos de algún modo, a plazos, como quieras, ¡el diablo se los lleve! Magníficos muchachos, aunque bandidos. Vamos, vamos por ese demonio rabioso.

Antón se había dejado caer en un montón de heno.

- Bueno, Antón, te he vendido los caballos.
Antón levantó la cabeza.
- ¿No caros?
- Ya los pagaréis de algún modo.
- Eso me parece bien -dijo Antón-. Es usted un hombre inteligente.
- Yo también pienso lo mismo -sonrió Chernenko.
- Más inteligente que su administrador.

UNOS VIEJOS DAÑINOS

Era deliciosa la colonia en las noches de verano. Amplio y dulce, extendíase el cielo palpitante de vida; en el crepúsculo se diluía el lindero del bosque; las siluetas de los girasoles al borde de las huertas reposaban después de la ardorosa jornada, y en los difusos contornos del anochecer se perdía la fresca y profunda pendiente que llevaba hacia el lago. En la terracilla de alguna casa había gente sentada, y, aunque se oía su diálogo incoherente, era difícil precisar quiénes eran y cuántos.

Es esa hora en que aún parece de día, pero en que ya se distingue y reconoce difícilmente las cosas. En esta hora, la colonia parece siempre desierta. Uno se pregunta: ¿dónde se habrán metido los muchachos? Pero dad una vuelta por la colonia y les encontraréis a todos. Aquí, en la cuadra, unos cinco muchachos celebran consejo al pie de una collera colgada de la pared.

En la panadería, toda una asamblea: dentro de media hora estará el pan, y todos los que tienen que ver con ello, con la cena, con la guardia en la colonia, se han sentado en los bancos de la panadería, muy limpia, y ahora conversan en voz baja. Cerca del pozo han coincidido casualmente varios muchachos: uno, que iba corriendo con un cubo por agua; otro, que pasaba simplemente por allí; un tercero, al que llamaron los otros dos porque ya esta mañana tenían algo que decirle. Todos se han olvidado del agua para acordarse, en cambio, de otra cosa, tal vez poco importante. Pero ¿acaso puede haber algo poco importante en un bello crepúsculo de estío?

En el mismo extremo del patio, allí donde comienza la pendiente que lleva hacia el lago, se ha sentado sobre un sauce abatido y descortezado hace ya tiempo todo un tropel de muchachos, y Mitiaguin les refiere uno de sus maravillosos cuentos:

- ...entonces, una mañana la gente va a la iglesia y ve que no hay ningún pope. ¿Qué pasa? ¿Dónde se han metido los popes? Y el guardia dice: Seguramente el demonio se ha llevado hoy a nuestros popes al pantano. ¿Tenemos cuatro popes? Cuatro. Pues bien: a los cuatro se los ha llevado el demonio esta noche al pantano...

Los muchachos le escuchan en silencio con los ojos encendidos y sólo de vez en cuando chilla alegremente Toska: a él no le hace tanta gracia el demonio como ese guardia estúpido, que se ha pasado vigilando toda la noche sin poder descifrar si son o no sus popes los que el demonio se ha llevado al pantano. Toska se imagina a todos esos popes iguales, cebados y vulgares, se imagina toda esa difícil y pesada empresa -calculen ustedes: ¡llevarles a hombros hasta el pantano!-, toda esa profunda indiferencia por su destino, la misma indiferencia que suele haber en una matanza de chinches.

Entre los arbustos del viejo jardín se escucha la risa en explosiones de Olia Vóronova, le contesta como un eco la voz abaritonada y burlona de Burún, y luego nuevas risas, pero ahora ya no sólo de Olia, sino de todo un coro femenil, y después Burún echa a correr hacia el prado sujetando la gorra toda arrugada, y tras él un abigarrado y alegre tropel de muchachas. En el prado, Shelaputin, atraído por las risas, se detiene sin saber qué hacer: reírse o escapar, porque también él tiene viejas cuentas pendientes con las muchachas.

Sin embargo, estos anocheceres apacibles, íntimos y líricos no siempre correspondían a nuestro estado de ánimo. Tanto los depósitos de la colonia como las cuevas de los campesinos y hasta los domicilios de los educadores no habían dejado de ser todavía arena de operaciones suplementarias, aunque ya no tan productivas como en el primer año de nuestra vida en la colonia. En general, la desaparición de objetos diversos había pasado a ser un fenómeno raro en la colonia. Incluso si aparecía en la colonia algún nuevo especialista en estos asuntos, tardaba poco en comprender que no tenía que habérselas con el director, sino con una parte considerable de la colectividad, y la colectividad era extraordinariamente cruel en sus reacciones. A principios del verano me costó un gran esfuerzo arrancar de sus manos a un novato, sorprendido por los muchachos cuando intentaba deslizarse por la ventana en la habitación de Ekaterina Grigórievna. Los colonos estaban golpeándole con la cólera ciega y despiadada de que únicamente es capaz la muchedumbre. Cuando yo me sumergí en esta muchedumbre, alguien me empujó con la misma ira y se oyó una voz febril:

- ¡Llevaos a Antón con mil demonios!

En verano había llegado a la colonia Kuzmá Leshi, enviado por la comisión. Seguramente su sangre era medio gitana. Adornaban el rostro atezado de Leshi unos enormes ojos negros, provistos de espléndidas pupilas, a las que la naturaleza había dado una facultad especial: descubrir lo que estaba colocado mal y podía, por lo tanto, ser sustraído. El resto del cuerpo de Leshi se subordinaba ciegamente a las órdenes sumarias de sus ojos gitanos: las piernas le conducían hasta el lugar en que se encontraba el objeto mal colocado, las manos se tendían dócilmente hacia él, la espalda curvábase, obediente, al amparo de alguna defensa natural, las orejas prestaban oído a toda suerte de susurros y otros ruidos inquietantes. Era imposible precisar en qué grado participaba la cabeza de Leshi en todas esas operaciones. En la historia futura de la colonia, la cabeza de Leshi debería ser bastante apreciada, pero durante la primera época fue para todos los colonos el objeto más inútil de su organismo.

¡Qué de disgustos y de risas tuvimos con este Leshi! No pasaba día sin que le sorprendiéramos en algo: o sustraía un pedazo de tocino del carro que acababa de volver de la ciudad, o se llevaba de la despensa, a ojos vistas, un puñado de azúcar, o sutilizaba la majorka del bolsillo de un amigo, o, yendo de la panadería a la cocina, se comía la mitad del pan, o, en plena conversación interesante acerca del trabajo en el domicilio de algún educador, desaparecía un cuchillo de mesa. Leshi no recurría jamás a ningún plan complicado ni utilizaba herramienta alguna por sencilla que fuese: consideraba que la mejor herramienta eran sus manos. Los muchachos probaron a pegarle, pero Leshi no hacía más que sonreír:

- ¿Por qué vais a pegarme? Ni yo mismo sé cómo ha ocurrido: me hubiera gustado veros en mi lugar.

Kuzmá era un muchacho muy alegre. En sus dieciséis años había podido acumular muchas experiencias: había viajado y visto mucho, había pasado algún tiempo en todas las cárceles provinciales. Tenía cierta instrucción, era ingenioso, muy ágil y audaz de movimientos, sabía bailar admirablemente el hopak y desconocía la propiedad de azorarse.

Por todas esas cualidades, los colonos le perdonaban muchas cosas, pero sus eternos robos empezaron a hartarles. Por fin, cayó en una historia muy desagradable, que le tuvo amarrado mucho tiempo a la cama. Una noche se deslizó en la panadería y fue golpeado fuertemente con un leño. Nuestro panadero, Kostia Vetkovski, llevaba padeciendo mucho tiempo tanto por las continuas faltas de pan como por las enojosas conversaciones con Kalina Ivánovich que ello traía consigo. Kostia preparó una celada y tuvo la inmensa satisfacción de que aquella noche apareciera precisamente Leshi. Por la mañana, Leshi acudió a Ekaterina Grigórievna en demanda de ayuda. Le contó que había trepado a un árbol para coger moras y se había producido algunos arañazos. Ekaterina Grigórievna se sorprendió mucho de que una simple caída de árbol hubiese tenido consecuencias tan sangrientas, pero su misión era sencilla: vendó el rostro de Leshi y le llevó hasta el dormitorio porque, sin su concurso, Leshi no hubiera podido hacerlo. Durante algún tiempo, Kostia no reveló a nadie los pormenores de la emboscada nocturna en la panadería: en sus horas libres, hacía de enfermera junto a la cama de Kuzmá y le leía Las aventuras de Tom Sawyer.

Una vez repuesto, el mismo Leshi refirió todo lo sucedido y fue el primero en reírse de su desventura.

- Escucha, Kuzmá -le dijo Karabánov- , si yo tuviera tan mala suerte como tú, habría dejado de robar hace tiempo. Así van a matarte alguna vez.

- Yo pienso lo mismo. ¿Por qué tendré tan mala suerte? Seguramente porque no soy un auténtico ladrón. Tendré que probar un par de veces más y, si no consigo nada, lo dejo. ¿Verdad, Antón Semiónovich?

- ¿Un par de veces? -le respondí yo-. En tal caso, no hay que aplazarlo: prueba hoy mismo. De todas formas, no conseguirás nada. Tú no sirves para eso.

- ¿Que no sirvo?

- No. En cambio, serás un buen herrero: Semión Petróvich lo ha dicho.

- ¿Ah, sí?

- Sí. Pero también ha dicho que tú has robado dos marcadores nuevos, que ahora estarán seguramente en tus bolsillos.

Leshi se sonrojó hasta donde era posible que se sonrojara su rostro moreno.

Karabánov agarró a Leshi por un bolsillo y relinchó como sólo él podía relinchar:

- ¡Claro que los tiene él! ¿ Ves? La primera vez que fallas.

- ¡Maldita sea! -dijo Leshi, vaciando sus bolsillos.

Sólo con casos como éste teníamos que habérnoslas en el interior de la colonia. Las cosas estaban mucho peor en el llamado mundo circundante. Las cuevas de los campesinos seguían gozando de las simpatías de los colonos, pero ahora esta empresa, organizada hasta el último detalle, se había estructurado en un armonioso sistema. En las incursiones contra las cuevas participaban exclusivamente los mayores. Los pequeños no eran admitidos e incluso se les acusaba de manera despiadada e implacable a la menor tentativa de incursión subterránea.

Los mayores habían llegado a un grado de especialización tan notable, que hasta las lenguas de los kulaks no se atrevían a inculpar a la colonia de este sucio asunto. Aparte de ello, yo tenía todos los fundamentos para suponer que el dirigente de las operaciones en las cuevas era un perito como Mitiaguin.

Mitiaguin había sido siempre ladrón. En la colonia no robaba, porque sentía aprecio a los que vivían en ella y se daba cuenta perfectamente de que robar en la colonia era agraviar a los muchachos. Pero en los mercados urbanos y en las casas de los campesinos no había nada sagrado para él. Con frecuencia faltaba de la colonia por la noche, y a la mañana siguiente era difícil levantarle para el desayuno. Todos los domingos pedía permiso y regresaba ya avanzada la noche, a veces con un gorro o una bufanda que no tenía antes y siempre cargado de golosinas para todos los pequeños. Los pequeños adoraban a Mitiaguin, pero él sabía ocultar ante ellos su sincera filosofía de ladrón.

Mitiaguin me trataba con el mismo cariño que antes. Jamás hablábamos de robos. Yo sabía que con palabras no se le podía ayudar.

A pesar de todo, Mitiaguin me preocupaba mucho. Más listo e inteligente que muchos colonos, gozaba por ello del aprecio general. Sabía exhibir su naturaleza de ladrón de una manera irresistiblemente sugestiva. Siempre le rodeaba un séquito de muchachos mayores, que se comportaba con el mismo tacto que Mitiaguin y sentía tanto respeto como él por la colonia y por los educadores. Era difícil saber a qué se dedicaba toda esa banda en las horas sombrías y misteriosas. Para ello hubiera hecho falta espiarles o sonsacar a alguno de los colonos, y a mí me parecía que, de seguir tal camino, haría fracasar el desarrollo del ambiente que estaba cuajando con tanta dificultad en la colonia.

Si yo conocía por casualidad alguna aventura de Mitiaguin, le atacaba directamente en las reuniones, a veces le imponía castigos, le llamaba a mi despacho y le reprendía a solas.

Mitiaguin solía dar la callada por respuesta y con una expresión idealmente tranquila me sonreía afable y simpático. Al marcharse, se despedía inmutablemente serio y cariñoso:

- ¡Buenas noches, Antón Semiónovich!

Partidario resuelto del honor de la colonia, se indignaba muchísimo cuando alguno se pillaba los dedos.

- ¡No sé de dónde salen estos memos! ¡Se meten allí donde no les llegan las manos!

Yo intuía que deberíamos renunciar a Mitiaguin. Era doloroso reconocer la propia impotencia y, además, Mitiaguin me daba lástima. Seguramente, también él consideraba que no tenía por qué seguir en la colonia, pero al mismo tiempo, no experimentaba ningún deseo de abandonarla.

En la colonia tenía numerosos amigos, y todos los pequeños se pegaban a él como las moscas al azúcar.

Lo peor de todo era que la filosofía de Mitiaguin había empezado a propagarse a colonos en apariencia tan firmes como Karabánov, Vérshnev, Vólojov. Sólo Belujin constituía la oposición manifiesta a Mitiaguin. Era interesante que la enemistad entre Mitiaguin y Belujin jamás revistiese la forma de un cambio de improperios. Los dos muchachos nunca se peleaban, ni siquiera reñían. Belujin decía sin ambages en el dormitorio que, mientras tuviéramos a Mitiaguin en la colonia, no nos libraríamos de ladrones. Mitiaguin le escuchaba sonriente y le respondía sin acritud:

- No todos pueden ser honrados, Matvéi. ¿Qué valdría tu honradez si no hubiera ladrones?

Sólo gracias a mí, vales tú algo.

- ¿Cómo gracias a ti? ¿Qué dices?

- Pues muy sencillo. Yo, por ejemplo, robo y tú no, y sólo con eso ya te haces notar. Si nadie robara, todos seríamos, iguales. Me parece que Antón Semiónovich debería traer a propósito a gente como yo. Porque, si no, los que son como tú no valdrían nada.

- Pero ¿qué dices? -objetaba Belujin-. Existen países donde no hay ladrones. Por ejemplo, Dinamarca, Suecia, Suiza. Yo he leído que allí no hay ni un ladrón.

- Bu-bueno, eso es me-me-mentira -intervenía Vérshnev- . A-allí tam-también roba-barán. ¿Y qué hay de-de bu-bueno en que a-allí no-no hay la-lad-drones? En cambio, son... Di-dinamarca y Suecia una pe-pe-pequeñez.

- ¿Y nosotros qué somos?

- No-nosotros ya-ya verás có-cómo nos ma-manifestaremos, ¡ya ve-ves qué-qué Re-revolución!...

- Tipos como tú son los que primero están contra la Revolución, eso es...

Ante discursos semejantes, el que más se exasperaba y encendía era Karabánov. Saltaba de la cama, agitaba los puños en el aire y hundía, colérico, la mirada de sus ojos negros en el rostro bonachón de Belujin:

- Pero ¿de qué te las das? ¿Crees que, si Mitiaguin y yo nos comemos un panecillo de más, la Revolución sufrirá algo por ello? Vosotros estáis acostumbrados a medirlo todo por los panecillos...

- ¿Y por qué me metes tu panecillo por las narices? No se trata del panecillo, sino de que andas lo mismo que un cerdo, restregando la tierra con los hocicos.

A finales del verano, la actividad de Mitiaguin y sus compañeros se desenvolvió en los sandiares vecinos dentro de las proporciones más amplias. En nuestra comarca, la siembra de sandías y de melones tenía entonces gran difusión. Algunos campesinos acomodados dedicaban a ello varias desiatinas.

La cosa comenzó con incursiones aisladas contra los sandiares. En Ucrania, no se ha considerado jamás un delito el robo de sandías. Por eso, hasta los muchachos campesinos se permitían alguna que otra incursión por los sandiares próximos. Los dueños reaccionaban a ello con más o menos benevolencia: en una desiatina se podía recoger alrededor de veinte mil sandías, y la desaparición de un centenar de ellas en todo el verano no se estimaba un perjuicio muy grande. Sin embargo, siempre había en medio de los sandiares alguna choza, y en ella solía vivir un abuelillo, que no tanto defendía el sembrado como registraba la aparición de visitantes inoportunos.

A veces acudía a mí un abuelillo de ésos y se me quejaba:

- Los suyos anduvieron ayer por el sandiar. Dígales que no está bien lo que hacen. Que vengan directamente a mí, porque siempre se puede obsequiar a la gente. Que hablen conmigo, y yo les daré la mejor sandía.

Transmití el ruego del viejo a los muchachos. Lo utilizaron aquella misma noche, aunque no sin introducir ciertas modificaciones en el sistema propuesto por el abuelo: mientras en la choza se degustaba la mejor sandía elegida por el viejo y se sostenía un amistoso diálogo acerca de las sandías del año pasado y de las que hubo el verano en que los japoneses declararon la guerra, en todo el sandiar actuaban huéspedes ilegales, que,

sin ninguna conversación, atiborraban de sandías sacos, fundas y hasta los faldones de sus camisas. El primer día, aprovechando la deferente invitación del abuelo, Vérshnev propuso a Belujin que les acompañase. Los demás colonos no objetaron nada a esa distinción. Matvéi regresó satisfecho del sandiar:

- Palabra de honor que eso está bien: hemos hablado y hemos dado gusto a una persona.

Vérshnev, sentado en un banco, sonreía plácidamente. Por la puerta irrumpió Karabánov.

- Bueno, Matvéi, ¿qué tal la visita?

- Ya lo ves, Semión. Se puede vivir como buenos vecinos.

- Para ti la cosa ha estado bien: te has hinchado de sandía. Pero ¿y nosotros?

- ¡Qué raro eres! Ve tú también.

- ¡Caramba contigo! ¿Cómo no te da vergüenza? ¿Crees que, porque el viejo nos haya invitado, ya debemos ir todos? Eso sería una cochinada. Somos sesenta.

Al día siguiente, Vérshnev propuso otra vez a Belujin ir a visitar al abuelo. No obstante, Belujin renunció magnánimo: que fueran otros.

- ¿Y dónde voy a encontrar ahora a otros? ¡Vámonos! Tú puedes ir sin necesidad de comer sandías. Vas y hablas con él.

Belujin pensó que Vérshnev tenía razón. Incluso le sedujo la idea: visitar al abuelo y enseñarle que los colonos no iban únicamente a comerse sus sandías. Sin embargo, el abuelo recibió a los colonos de muy mala manera, y Belujin no consiguió enseñarle nada. Al contrario, fue el abuelo quien les enseñó una escopeta:

- Ayer vuestros delincuentes, mientras vosotros hablabais aquí, se llevaron medio sandiar. ¿Acaso está bien esto? No, se ve que con vosotros hay que proceder de otro modo. Y os aviso que pienso disparar.

Belujin volvió confuso a la colonia y empezó a chillar en el dormitorio. Los muchachos se reían a carcajadas, mientras Mitiaguin peroraba:

- ¿Te has contratado como abogado del abuelo? Ayer te has comido legalmente la mejor sandía. ¿Qué más quieres? A lo mejor, nosotros ni siquiera hemos visto una sandía. ¿ Qué pruebas tiene el abuelo?

El abuelo no vino más a verme. Pero, por muchos indicios, podía considerarse que había comenzado una verdadera bacanal de sandías.

Una mañana entré en el dormitorio y vi que todo el suelo estaba lleno de cortezas de sandía.

Me lancé sobre el muchacho de guardia, castigué a unos cuantos y exigí que la cosa no volviera a repetirse. En efecto, durante los días siguientes los dormitorios estuvieron tan limpios como de costumbre.

Los bellos y plácidos crepúsculos de verano, llenos de gorgojeantes diálogos, de dulces y serenos estados de ánimo y de risas inesperadas y sonoras, eran seguidos por noches solemnes y transparentes.

Sobre la colonia dormida vagan los sueños, la fragancia de los pinos y del tomillo, los trinos de los pájaros y los ladridos de los perros, que parecen provenir de algún Estado remoto.

Salgo a la terracilla. De una esquina surge el colono de guardia y me pregunta la hora. A sus pies, gozando del frescor vespertino, camina silenciosamente el moteado Bouquet. Puede uno acostarse tranquilamente.

Sin embargo, esa quietud ocultaba hechos muy complicados y alarmantes.

Un día, Iván Ivánovich me preguntó:

- ¿Ha dispuesto usted que los caballos paseen libremente toda la noche por el patio? Pueden robarlos.

Brátchenko estalló:

- ¿Es que los caballos no pueden ni siquiera respirar el aire puro?

Al día siguiente se interesó Kalina Ivánovich:

- ¿Cuál es la razón de que los caballos asomen los hocicos por las ventanas del dormitorio?

- ¿Cómo que asoman los hocicos?

- Fíjate: en cuanto amanece, ya están junto a las ventanas. ¿Qué hacen allí?

Lo comprobé: efectivamente, por la mañana temprano todos nuestros caballos y hasta el buey Gauriushka, que la sección económica de la delegación de Instrucción Pública nos había regalado por viejo e inútil, se situaban ante las ventanas del dormitorio, entre los arbustos de lilas y de ciruelos silvestres, y pasábanse allí, inmóviles, largas horas, aguardando visiblemente algo muy agradable para ellos.

Yo pregunté en el dormitorio:

- ¿Por qué están los caballos pegados a las ventanas?

Oprishko se levantó de la cama, miró por la ventana y gritó sonriente, no sé a quién:

- Seriozhka, ve y pregunta a esos idiotas qué hacen plantados ante las ventanas.

Bajo las mantas se oían risas. Mitiaguin, desperezándose, habló con su voz de bajo:

- No se debería tener en la colonia a unas bestias tan curiosas. Ya lo veis: ahora os darán un disgusto...

Me lancé sobre Antón:

- ¿Qué misterio es éste? ¿Qué hacen aquí los caballos todas las mañanas? ¿Cómo los atraéis?

Belujin apartó a Antón:

- No se preocupe usted, Antón Semiónovich; los caballos no sufren ningún daño. Antón los trae deliberadamente: esto quiere decir que les espera algo agradable.

- ¡Vaya! ¡Ya has abierto tú el chorro! -exclamó Karabánov.

- Se lo explicaremos todo. Usted nos prohibió que tirásemos al suelo las cortezas de sandía.

Pero entre nosotros suele ocurrir que alguien tenga una sandía...

- ¿Cómo suele ocurrir?

- Unas veces nos las regala el abuelo; otras veces las traen los mozos de la aldea...

- ¿Qué el abuelo os regala sandías? -inquirí, recalcando bien mi pregunta.

- Bueno, supongamos que no nos las da el abuelo, sino que las obtenemos de otro modo. ¿Y dónde vamos a tirar las cortezas? Y una vez Antón sacó de paseo a los caballos y los muchachos les obsequiaron.

Salí del dormitorio.

Después del almuerzo, Mitiaguin se presentó en mi despacho con una enorme sandía:

- Pruébela usted, Antón Semiónovich.

- ¿De dónde la has sacado? ¡Lárgate de aquí con tu sandía!... Y, en general, tendré que ocuparme seriamente de vosotros.

- La sandía es de lo más honrado: elegida especialmente para usted. Se la hemos pagado al abuelo en dinero contante y sonante. Y hace ya tiempo que sabemos que es preciso ocuparse seriamente de nosotros: por eso no nos ofendemos.

- ¡Lárgate con tu sandía y con tu verborrea!

Diez minutos más tarde llegó con la misma sandía toda una delegación. Yo me quedé asombrado: fue Belujin quien habló, interrumpiendo a cada palabra su discurso para reírse:

- ¡Si usted supiera, Antón Semiónovich, la de sandías que se comen esas bestias cada noche!

¿Para qué ocultarlo?... Sólo Vólojov... aunque esto, naturalmente, no tiene importancia. Que caiga sobre su conciencia el modo de conseguirlas, pero es indudable que también a mí me obsequian: estos bandidos han descubierto una debilidad en mi tierno corazón: me gustan terriblemente las sandías. Hasta las muchachas reciben su parte y también le dan a Toska: hay que reconocer que en el alma de esos bandidos se alojan, a pesar de todo, sentimientos nobles. Y nosotros sabemos también que usted no come sandías, que las malditas sandías no le dan más que disgustos. Así que acepte usted este humilde regalo. Yo soy un hombre honrado y no un Vérshnev cualquiera. Créame: al abuelo se le ha pagado por esta sandía quizá más de la productividad que hay en ella de trabajo humano, como dice la ciencia de la política económica.

Una vez que hubo hablado así, Belujin recobró la seriedad y, después de colocar la sandía sobre mi mesa, se apartó modestamente a un lado.

Vérshnev, despeinado y con su eterno aire de mártir, asomó detrás de un hombro de Mitiaguin:

- E-economía po-política y no po-política eco-conómica.

- Es igual -repuso Belujin.

Yo pregunté:

- ¿Y cómo le habéis pagado al abuelo?

Karabánov empezó a enumerar, doblando los dedos:

- Vérshnev le ha hecho un asa para su jarrito, Gud le ha remendado las botas y yo he estado media noche de guardia por él.

- ¡Me imagino la de sandías que habréis sumado a ésta mientras tanto! -exclamé.

- Exacto, exacto -asintió Belujin-. Eso puedo confirmarlo por mi honor. Ahora tenemos contacto con ese abuelo. En cambio, allí, en el bosque, hay un sandiar ¡con un abuelo más malo! Ese no hace más que disparar.

- ¿Tú también has comenzado a frecuentar los sandiares?

- No, yo no voy, pero oigo los disparos: a veces, salgo a dar una vuelta...

Di las gracias a los muchachos por la espléndida sandía.

Pocos días más tarde conocí al abuelo malo. Se me presentó muy disgustado.

- ¿Qué va a ser esto? Antes robaban, sobre todo, de noche, pero ahora ¡ni de día hay salvación! Llegan a las horas de comer en bandadas enteras y no se puede hacer nada. Es para desesperarse: mientras corro detrás de uno, los demás andan por todo el sandiar.

Amenacé a los muchachos, diciéndoles que yo ayudaría personalmente a vigilar los sembrados o que contrataría a guardias a expensas de la colonia.

Mitiaguin objetó:

- No crea usted a ese mujik. No se trata de las sandías, sino de que no deja pasar delante del sembrado.

- ¿Y vosotros para qué queréis pasar delante del sembrado? ¿Es que pasa algún camino por allí?

- ¿Y a él qué le importa a dónde vamos? ¿Por qué dispara?

A los dos días Belujin me advirtió:

- Las cosas van a terminar mal con ese abuelo. Los muchachos están muy ofendidos. El abuelo tiene ya miedo a estar solo en la choza y ahora hay dos más con él, los tres con escopeta. Y esto no pueden tolerarlo los muchachos.

Aquella misma noche, los muchachos se encaminaron en fila india al sandiar. Mis prácticas de instrucción militar les sirvieron de provecho. Hacia las doce de la noche, media colonia tomó posiciones en la linde del sandiar. Por delante salieron las patrullas y el servicio de reconocimiento. Cuando los abuelos dieron la voz de alarma, los muchachos, al grito de hurra, se lanzaron al ataque. Los guardias retrocedieron hacia el bosque y, en su pánico, olvidaron las escopetas en la choza. Una parte de los muchachos se dedicó a explotar el éxito, haciendo rodar las sandías por la pendiente hacia el lindero, y los demás se encargaron de la represión: incendiaron la enorme choza.

Uno de los guardias corrió a la colonia y me despertó. Nos apresuramos a trasladarnos al lugar del combate.

La choza era una gran hoguera sobre la altura, y esparcía tal resplandor, que se hubiera dicho que estaba ardiendo toda una aldea. Cuando llegamos al sandiar, se oyeron algunos disparos.

Vi a los colonos, tendidos en correctas secciones entre la maleza que circundaba las sandías.

De vez en cuando, las secciones se incorporaban y corrían hacia la choza en llamas. En algún sitio del flanco derecho, Mitiaguin daba órdenes:

- No vayas de frente: vete dando un rodeo.

- ¿Quién dispara? -pregunté yo al abuelo.

- ¡Cualquiera lo sabe! Allí no hay nadie. Tal vez alguno se ha dejado olvidada la escopeta, y ahora está disparando sola.

El asunto, en realidad, estaba terminado. Al verme, los muchachos desaparecieron como tragados por la tierra. El abuelo exhaló un suspiro y se fue a su casa. Yo volví a la colonia. En los dormitorios reinaba un silencio de muerte. No es que estuvieran durmiendo todos; es que incluso roncaban; yo no había oído en mi vida ronquidos semejantes.

- ¡Basta de hacer el tonto! ¡Levantaos! -ordené en voz baja.

Los ronquidos cesaron, pero todos los muchachos siguieron durmiendo tenazmente.

- ¡He dicho que os levantéis!

De las almohadas se alzaron unas cabezas greñudas. Mitiaguin me miró sin reconocerme:

- ¿Qué ocurre?

Pero Karabánov no pudo resistir:

- Déjalo, Mitiaga. ¿Ya para qué?...

Todos me rodearon y empezaron a referirme, entusiasmados, los detalles de la noche gloriosa.

De pronto, Taraniets dio un salto, como si le hubiesen escaldado:

- ¡Las escopetas se han quedado en la choza!

- Habrán ardido...

- La madera sí, pero todo lo demás sirve...

Y salió volando del dormitorio.

- Esto -dije yo- será tal vez muy divertido, pero, a pesar de todo, se trata de bandidaje auténtico. Yo no puedo aguantar más. Si vosotros queréis continuar así, tendremos que separarnos. ¡Ni de día ni de noche hay tranquilidad en la colonia y en todas sus cercanías!

Karabánov me asió de la mano:

- Esto no ocurrirá más. Nosotros mismos comprendemos que ya está bien. ¿Verdad, muchachos?

Los muchachos zumbaron algo que parecía una aprobación.

- Todo eso son palabras -continué-. Os prevengo que, si estos actos de bandidaje se repiten, expulsaré a alguno de la colonia. Sabedlo, pues, de una vez. No lo repetiré más.

Al día siguiente fueron unos carros al sandiar siniestrado, recogieron todo lo que quedaba allí y se fueron.

Sobre mi mesa yacían los cañones y las pequeñas piezas de las escopetas quemadas.

AMPUTACIÓN

Los muchachos no cumplieron su palabra. Ni Karabánov, ni Mitiaguin, ni los demás componentes del grupo cesaron sus incursiones por los sandiares ni sus atentados a las cuevas y las despensas de los campesinos. Por último, organizaron una empresa nueva, extraordinariamente complicada, que culminó en una verdadera cacofonía de cosas agradables y desagrables.

Una noche irrumpieron en el colmenar de Luká Semiónovich y se llevaron de él dos colmenas con la miel y las abejas. Los muchachos trajeron de noche las colmenas a la colonia y las instalaron en el taller de zapatería, que entonces no funcionaba. Para conmemorar el triunfo, celebraron un banquete, al que asistieron numerosos colonos. Por la mañana se hubiera podido hacer una relación exacta de los asistentes al banquete: todos ellos andaban por la colonia con la cara roja e hinchada. El propio Leshi tuvo que recurrir a la ayuda de Ekaterina Grigórievna.

Yo llamé a Mitiaguin. Inmediatamente reconoció que todo era obra suya, pero se negó a nombrar a sus cómplices. Más aún, me dijo, sorprendido:

- Aquí no hay nada de particular. No hemos cogido las colmenas para nosotros: lo que hemos hecho es traerlas a la colonia. Si usted cree que la colonia no necesita colmenar, podemos devolverlas.

- ¿Cómo vais a devolverlas? Os habéis comido la miel y las abejas han perecido.

- Bueno, como usted quiera. Pero conste que yo he intentado lo mejor.

- No, Mitiaguin, lo mejor será que nos dejes en paz... Tú ya eres grande, y nunca estarás de acuerdo conmigo: vamos a separarnos.

- Yo también pienso lo mismo.

Había que expulsar a Mitiaguin lo antes posible. Para mí estaba ya claro que me había retrasado imperdonablemente en tomar esta resolución y que no había advertido el proceso, declarado hacía tiempo, de descomposición de nuestra colectividad. Quizá las incursiones por los sembrados de sandías y el desvalijamiento del colmenar no fueron particularmente pecaminosos, pero la continua atención que los colonos otorgaban a esas empresas, las noches y los días llenos de los mismos esfuerzos y las mismas impresiones significaban una parada completa en el desarrollo de nuestro ambiente, es decir, significaban un estancamiento. Y sobre el fondo de este estancamiento, cualquier mirada atenta podía advertir ya tangiblemente varios aspectos negativos: el desparpajo de los colonos, el desdén con que miraban a la colonia y al trabajo, una charlatanería huera y fatigosa, ciertos elementos de indudable cinismo. Yo veía que incluso muchachos como Belujin y Zadórov, que no participaban en ningún asunto sucio, habían comenzado a perder el brillo de su personalidad, se enmohecían. Nuestros planes, un libro de interés, las cuestions políticas habían pasado a segundo plano, cediendo el puesto central a las aventuras desordenadas y baratas y a los interminables diálogos acerca de ellas. Todo esto se reflejaba también en el aspecto de los colonos y de toda la colonia: falta de disciplina, cierta tendencia descuidada y poco profunda a la ingeniosidad fácil, ropa al desgaire y porquería escondida en todos los rincones.

Di a Mitiaguin un certificado de salida de la colonia, le entregué cinco rublos para el camino -me dijo que se iba a Odesa- y le deseé buen viaje.

- ¿Puedo despedirme de los muchachos?

- Como quieras.

Cómo transcurrió la despedida, lo ignoro. Mitiaguin se marchó antes del anochecer, despedido por casi toda la colonia.

Por la noche, todos estaban tristes. Los pequeños parecían apagados, igual que si se hubiesen estropeado los potentes motores que les ponían en movimiento. Karabánov se sentó en un cajón tirado junto a la despensa y no se movió de allí hasta la noche.

Leshi entró en mi despacho.

- ¡Qué pena de Mitiaga! -suspiró.

Esperó largo tiempo mi contestación, pero yo no le contesté nada. Y se fue.

Estuve trabajando hasta muy tarde. A eso de las dos, al salir del despacho, vi luz en la buhardilla de la cochera. Desperté a Antón.

- ¿Quién está en la buhardilla? -le pregunté.

Antón se encogió de hombros, descontento, y me repuso de mala gana:

- Mitiaguin.

- ¿Qué hace allí?

- ¡Yo qué sé!

Subí a la buhardilla. En torno a la linterna de la cochera había varios muchachos: Karabánov, Vólojov, Leshi, Prijodko, Osadchi. Me miraron en silencio. A Mitiaguin, que hacía algo en un rincón de la buhardilla, pude verle apenas en la oscuridad.

- Todos al despacho.

Cuando yo abría la puerta del despacho, Karabánov dispuso:

- No es necesario que nos reunamos todos aquí. Con Mitiaguin y conmigo es bastante.

No objeté nada.

Entramos. Karabánov se dejó caer cómodamente en el diván. Mitiaguin detúvose en un rincón cerca de la puerta.

- ¿Por qué has vuelto a la colonia?

- Tenía un asunto pendiente.

- ¿Qué asunto?

- Un asunto nuestro.

Karabánov me contemplaba con una mirada fija y ardiente. De pronto se encogió todo y, con un movimiento flexible de serpiente, se inclinó sobre mi mesa, acercando sus ojos llameantes a mis gafas:

- ¿Sabe usted una cosa, Antón Semiónovich? ¿Sabe lo que voy a decirle? Que yo también me marcho con Mitiaguin.

- ¿Qué estabais tramando en la buhardilla?

- La cosa, en verdad, es de lo más simple, pero es igual: para la colonia no sirve. Me voy con Mitiaguin. Ya que no servimos para estar aquí, iremos a probar nuestra suerte. Quizá tenga usted educandos mejores.

Siempre había presumido un poco y ahora desempeñaba un papel de hombre ofendido, probablemente confiando en que yo me avergonzaría de mi propia crueldad e indultaría a Mitiaguin.

Mirándole de frente, volví a preguntarle:

- ¿Para qué os estabais preparando?

Karabánov no me respondió nada y miró a Mitiaguin como interrogándole.

Yo salí de detrás de la mesa y pregunté a Karabánov:

- ¿Tienes revólver?

- No -me respondió con firmeza.

- Enséñame los bolsillos.

- ¿Es posible que vaya a registrarnos usted, Antón Semiónovich?

- Enséñame los bolsillos.

- ¡Mire usted! -gritó casi histéricamente Karabánov y volvió del revés todos los bolsillos del pantalón y de la cazadora, esparciendo por el suelo briznas de tabaco y migas de pan de centeno.

Luego me acerqué a Mitiaguin.

- Enséñame los bolsillos.

Metiaguin metió torpemente las manos en los bolsillos, de los que sacó un monedero, un manojo de llaves y de ganzúas. Luego dijo, sonriendo con turbación:

- No hay nada más.

Metí la mano tras el cinturón de su pantalón y saqué una browning de tamaño medio. En el cargador había tres cartuchos.

- ¿De quién es esta pistola?

- Mía -repuso Karabánov.

- Entonces, por qué has mentido diciendo que no tenías nada? ¡Cómo sois!... ¿A qué esperáis?

¡Largaos ahora mismo de la colonia para que no quede de vosotros ni el olor! ¿Comprendéis?

Me senté ante la mesa y escribí un certificado para Karabánov. Tomó en silencio el papel y miró con desdén los cinco rublos que yo le tendía:

- Ya me las arreglaré sin ellos. Adiós.

Me tendió la mano con un ademán convulsivo y estrechó fuertemente la mía hasta hacerme daño. Quiso decir algo, pero se precipitó súbitamente hacia la puerta y desapareció en el claro nocturno. Mitiaguin no me dio la mano ni se despidió de mí. Cerró ampliamente los faldones de su klift y con un andar silencioso de ladrón se lanzó en pos de Karabánov.

Salí a la terracilla. Ante ella habíase congregado una multitud de educandos. Leshi echó a correr detrás de los expulsados, pero llegó únicamente a la linde del bosque y en seguida se volvió. Antón, subido en el peldaño superior, murmuraba algo ininteligible. De pronto, Belujin quebró el silencio:

- Bien. Yo reconozco que se ha procedido en justicia.

- Quizá -dijo Vérshnev- , pero, de to-to-todas forformas, me da pe-pena.

- ¿Quién te da pena? -le pregunté yo.

- Pues Se-semión y Mitiaga. ¿Es-s-s que-que a uss-ted no-no le dan pe-pe-pena?

- Tú eres quien me da pena, Kolka.

Me dirigí a mi habitación y escuché cómo Belujin procuraba persuadir a Vérshnev:

- Eres un tonto. No comprendes nada. Los libros no dejan en ti ninguna huella.

Durante dos días no supimos nada de los expulsados.

Por Karabánov yo me preocupaba poco: tenía a su padre en Storozhevói. Erraría por la ciudad una semana y luego volvería a la casa paterna. El destino de Mitiaguin estaba claro. Vagaría en libertad un año más, volverían a recluirle unas cuantas veces en la cárcel, le sorprenderían en algo serio y se le deportaría a otra ciudad, y cinco o seis años más tarde sería degollado por los suyos o fusilado en cumplimiento de la condena de algún tribunal. Otro camino no había para él. Quizá podría también arrastrar a Karabánov. El mismo había sido arrastrado, él mismo había sido inducido a participar en un asalto a mano armada.

Dos días más tarde, empezó a susurrarse en la colonia.

- Dicen que Semión y Mitiaga andan desvalijando por los caminos. Ayer han atracado a unos carniceros de Reshetílovka.

- ¿Quién lo ha dicho?

- Una lechera que ha estado en casa de los Osipov. Ella ha dicho que eran Semión y Mitiaga.

Los colonos cuchicheaban por los rincones y enmudecían al acercarse algún educador. Los mayores nos miraban con el entrecejo fruncido: no querían leer ni hablar; por las noches se reunían en grupos de dos o tres e intercambiaban palabras escuetas.

Los educadores procuraban no hablar conmigo acerca de los ausentes. Sólo Lídochka me dijo una vez:

- Es una lástima lo de los muchachos, ¿ verdad?

- Mire, Lídochka, vamos a ponernos de acuerdo -le respondí yo-. Empápese usted de lástima sin mi concurso.

- Ni falta que me hace -se ofendió Lidia Petrovna.

Unos cinco días más tarde volvía yo a la colonia en el cabriolet. El Pelirrojo, sobre alimentado por el pródigo estío, galopaba alegremente hacia la casa. Junto a mí, Antón, con la cabeza gacha, pensaba en algo. Estábamos acostumbrados a nuestra carretera solitaria y no esperábamos de ella nada interesante.

De repente, Antón me dijo:

- Mire, ¿no son ésos nuestros muchachos? ¡Oh, pero si son Semión y Mitiaguin!

Delante, en la carretera solitaria, se vislumbraban dos siluetas.

Unicamente la vista aguda de Antón había podido precisar con tanta exactitud que eran Mitiaguin y su camarada. El Pelirrojo nos conducía rápidamente hacia su encuentro. Antón miró con inquietud mi revólver enfundado.

- A pesar de todo, métase usted el revólver en el bolsillo. Así le tendrá más a mano.

- No digas tonterías.

- Bueno, como usted quiera.

Antón tiró de las riendas.

- Está muy bien que le hayamos visto -me dijo Semión-. Aquella vez, ¿sabe? nos despedimos de mala manera.

Mitiaguin, como siempre, sonreía afablemente.

- ¿Qué hacéis aquí?

- Queríamos verle. Usted nos dijo que no quería que quedase de nosotros en la colonia ni el olor y por eso no hemos ido allí.

- ¿Por qué no te has ido a Odesa? -pregunté a Mitiaguin.

- Por ahora se puede vivir bien aquí. Ya me iré a Odesa en invierno.

- ¿No piensas trabajar?

- Veremos cómo se arreglan las cosas -contestó Mitiaguin-. No crea, Antón Semiónovich, que estamos ofendidos con usted. Cada uno tiene su camino.

Semión irradiaba franca alegría.

- ¿Piensas irte con Mitiaguin?

- Todavía no lo sé. Estoy tirando de él, porque quiero que vayamos a ver al viejo, a mi padre, y él no acepta.

- ¡Pero si su padre es un campesino! ¿Qué tengo yo que hacer allí?

Me acompañaron hasta el recodo de la colonia.

- No guarde usted un mal recuerdo de nosotros -me dijo Semión al despedirse-. ¡Venga, abracémonos!

Mitiaguin se echó a reír:

- ¡Qué bestia tan cariñosa eres, Semión! ¡De ti no saldrá nada!

- ¿Y tú eres mejor? -interrogó Semión.

Los dos se echaron a reír estruendosamente, agitaron las gorras, y nos separamos en distintas direcciones.

SEMILLAS DE CALIDAD

Coincidiendo con el final del otoño, empezó en la colonia un período sombrío: el más sombrío de toda nuestra historia. La expulsión de Karabánov y Mitiaguin resultó una operación en extremo dolorosa. El hecho de haber sido expulsados los muchachos más destacados, que hasta entonces habían ejercido la mayor influencia sobre la colonia, privó a los colonos de una buena orientación.

Tanto Karabánov como Mitiaguin eran excelentes trabajadores. Karabánov sabía entregarse al trabajo con ímpetu y pasión, sabía encontrar alegría en el trabajo y transmitírsela a los demás.

Chispas de energía y de inspiración irradiaban literalmente de sus manos. No hacía más que gruñir de tarde en tarde contra los haraganes y los flojos, pero eso bastaba para avergonzar al vago más declarado. En el trabajo, Mitiaguin era un excelente complemento de Karabánov. Sus movimientos se distinguían por lo suaves y felinos -auténticos movimientos de ladrón-, pero en todo tenía suerte, todo lo hacía bien, con una alegre bonachonería. Al mismo tiempo, los dos muchachos, sensibles en extremo, reaccionaban enérgicamente a cualquier irritación, a cualquier acontecimiento cotidiano de la colonia.

Después de su marcha todo se hizo, de pronto, aburrido y gris. Vérshnev se sumergió todavía más en los libros. Las bromas de Belujin adquirieron un cariz excesivamente serio y sarcástico. Muchachos como Vólojov, como Prijodko, como Osadchi, se hicieron demasiado serios y corteses. Los pequeños se aburrían y secreteaban y, en general, toda la muchedumbre de colonos adquirió repentinamente el aspecto de una sociedad de adultos. Por las noches era difícil reunir una compañía animada: cada uno estaba embebido en sus propios asuntos. Tan sólo Zadórov, siempre sonriente y sincero, no había perdido su alegría, pero nadie experimentaba el deseo de compartir su animación, y el muchacho tenía que sonreír a solas, sentado, ante un libro o ante el modelo de una máquina de vapor que había comenzado a construir ya en la primavera.

Contribuían igualmente al desánimo de la colonia nuestros reveses agrícolas. Kalina Ivánovich, mal agrónomo, tenía las ideas más absurdas acerca de la rotación de cultivos y la técnica de la siembra, y, por otra parte, la tierra recibida por nosotros de los campesinos estaba terriblemente abandonada y exhausta. Por ello, a pesar del inmenso trabajo de los colonos en el verano y el otoño, nuestra cosecha se expresó en cifras vergonzosas. En el trigo de invierno había más malas hierbas que trigo; el de primavera tenía un aspecto lastimoso, y, en cuanto a la remolacha y a las patatas, la cosa era peor aún.

Y en las casas de los educadores reinaba la misma depresión.

Tal vez estábamos, simplemente, fatigados: desde el nacimiento de la colonia, ninguno de nosotros había tenido vacaciones. Pero los propios educadores no atribuían la cosa al cansancio. Reaparecieron las viejas conversaciones acerca de la inutilidad de nuestro trabajo, de la imposibilidad de dar una educación socialista a semejantes muchachos, de que aquello era un vano derroche de energías físicas y espirituales.

- Hay que dejar todo esto -decía Iván Ivánovich- . Ya ven ustedes: hasta a Karabánov, de quien nos enorgullecíamos, hemos tenido que echarle. No tenemos una confianza particular ni en Vólojov, ni en Vérshnev, ni en Osadchi, ni en Taraniets, ni en otros muchos. ¿Acaso vale la pena mantener la colonia únicamente por Belujin?

Hasta Ekaterina Grigórievna traicionó nuestro optimismo, que antes hacía de ella mi primer amigo y ayudante. Fruncía las cejas, absorta en hondas meditaciones y los resultados de estas meditaciones eran extraños e inesperados para mí:

- ¿Sabe usted una cosa? ¿Y si estuviéramos cometiendo un terrible error? No existe ninguna colectividad, ¿comprende usted?, ninguna colectividad, y, sin embargo, nosotros no hacemos más que hablar de ella. ¿Y si no hubiésemos hecho más que hipnotizarnos con nuestra propia ficción de colectividad?

- Pero vamos a ver -la detenía yo-. ¿Cómo que no hay colectividad? ¿Y los sesenta colonos, su trabajo, su vida, su amistad?

- ¿Sabe lo que pienso? Que éste es un juego interesante, un juego llevado tal vez con mucho talento. Arrastrados por él, hemos arrastrado también a los muchachos, pero se trata de un entusiasmo puramente provisional. Me parece que el juego nos tiene ya hartos a todos. Hoy estamos aburridos, pronto dejaremos todos de jugar, y todo se reducirá a una vulgar y fracasada casa de niños.

- Cuando aburre un juego, se empieza otro -intervino Lidia Petrovna, tratando de disipar el mal humor.

Nos reímos tristemente. Pero yo no pensaba deponer las armas:

- Ekaterina Grigórievna, su estado de ánimo es el lloriqueo corriente que corresponde a un intelectual blandengue, como hay tantos. Nada se puede deducir de su estado de ánimo, es un estado casual. Usted deseaba ardientemente que tanto Mitiaguin como Karabánov fueran dominados por nosotros. El maximalismo injustificado, el capricho y la avidez se transforman siempre en gemidos y en actitudes de desesperación. O todo o nada: vulgar filosofía epiléptica.

Yo decía todo eso, macerando tal vez en mi fuero interno la misma blandenguería intelectual.

En ocasiones, también a mi mente acudían ideas anémicas: había que abandonar la empresa, no valía Belujin o Zadórov los sacrificios inmolados en aras de la colonia. Nosotros, pensaba, estábamos ya cansados y por ello el éxito era imposible.

Sin embargo, no me abandonaba el viejo hábito de la tensión silenciosa y paciente. Yo procuraba aparecer enérgico y seguro ante los colonos y los educadores, atacaba a los educadores pusilánimes, esforzándome por convencerles de que las adversidades eran temporales, de que todo se olvidaría. Tengo que rendir homenaje al enorme dominio y a la disciplina de que nuestros educadores dieron pruebas en aquel tiempo adverso.

Como siempre, ocupaban puntualmente sus puestos; como siempre, reaccionaban activos y sensibles a cada nota discordante en la vida de la colonia; como siempre, hacían las guardias, según la bella tradición establecida entre nosotros, con su mejor traje, pulcros y correctos.

La colonia marchaba adelante sin alegrías y sin sonrisas, pero marchaba con un ritmo neto y seguro, como una máquina bien montada. Yo veía también las consecuencias positivas de mi condena de los dos colonos: habían cesado por completo las incursiones a

la aldea, habían llegado a ser inverosímiles las operaciones contra los sandiares y las despensas. Yo fingía no advertir el abatimiento de los colonos y daba a entender que la nueva disciplina y la lealtad respecto a los campesinos no tenían nada de particular y que, en general, todo marchaba como antes y que como antes seguíamos avanzando.

En la colonia aparecieron muchos asuntos nuevos e importantes. Empezamos a construir un invernadero en la segunda colonia, comenzamos a trazar los senderos y a arreglar los patios después de la liquidación de las ruinas de la finca de los Trepke, construimos arcos y empalizadas, empezamos a tender un puente sobre el Kolomak, en el sitio donde el río era más estrecho; en la fragua hacíamos camas de hierro para los colonos, reparábamos nuestro material agrícola y nos apresurábamos febrilmente a terminar la reparación de los edificios de la segunda colonia. Yo acumulaba rigurosamente trabajos nuevos y exigía de toda la colonia el mismo esmero y la misma precisión en el trabajo.

No sé por qué -probablemente por un instinto pedagógico ignoto para mí-, me aferré a la instrucción militar.

Ya anteriormente habían efectuado los colonos algunos ejercicios de educación física y de instrucción militar. Yo no había sido nunca un especialista en educación física, y, además, carecíamos de medios para traer a un especialista semejante. Tan sólo conocía la formación y la gimnasia militar, tan sólo conocía lo referente a los ejercicios tácticos de una compañía. Sin la menor reflexión y, desde luego, sin ninguna vacilación pedagógica, dispuse que los muchachos se ejercitaran en todas esas cosas útiles.

Los colonos accedieron a ello de buen grado. Después del trabajo, dedicábamos todos los días una o dos horas a esos ejercicios, en los que participaba toda la colonia. Los ejercicios efectuábanse en nuestro patio, que constituía un espacioso cuadrado. A medida que iban aumentando nuestros conocimientos, ampliábamos también el campo de operaciones. Para el invierno, nuestras escuadras efectuaban interesantes y complicados movimientos militares en todo el territorio ocupado por nuestros caseríos. Asaltábamos de manera bella y metódica diversos objetivos -jatas y cobertizos- y coronábamos nuestros ataques con cargas a la bayoneta, que despertaban verdadero pánico en las almas impresionables de los dueños y las dueñas de esos objetivos. Ocultos tras las paredes de níveo blancor, los campesinos salían corriendo al oír nuestros gritos belicosos, se apresuraban a cerrar depósitos y cobertizos y, pegados a las puertas, seguían con una mirada recelosa y asustada a las airosas escuadras de los colonos.

A los muchachos les gustaba mucho todo esto, y pronto tuvimos fusiles de verdad, porque se nos aceptó con alegría en las filas de la instrucción militar general, ignorando artificialmente nuestro tenebroso pasado de infractores de la ley.

Durante la instrucción, yo era severo e inflexible como un auténtico jefe; los muchachos aprobaban plenamente tal actitud. Así sentamos el comienzo del juego militar, que debería ser más tarde uno de los motivos fundamentales de toda nuestra vida.

Yo observé ante todo, la influencia positiva que ejercía el porte militar. Cambió por completo el aspecto del colono: se hizo más esbelto y más fino, dejó de recostarse en las mesas y en las paredes, podía mantenerse libre y airoso sin necesidad de soportes. Ya los nuevos colonos empezaron a distinguirse notablemente de los viejos. Hasta el propio andar de los muchachos se hizo más seguro y más flexible; ahora iban con la cabeza

erguida y empezaban ya a echar al olvido su costumbre de tener siempre metidas las manos en los bolsillos.

Atraídos por los ejercicios militares, los colonos aportaron e introdujeron muchos elementos nuevos en ellos, utilizando sus lógicas simpatías infantiles por todo lo relacionado con la vida marinera y militar. Por aquel tiempo, precisamente, fue introducida en la colonia la regla de responder a cada orden, en señal de aquiescencia y de conformidad, con las palabras a la orden, contestación magnífica que se subrayaba con el amplio saludo de los pioneros.

También en aquella época adquirimos trompetas para la colonia.

Hasta entonces habíamos estado haciendo nuestras señales con una campana, que todavía quedaba de la antigua colonia. Ahora compramos dos trompetas, y varios colonos iban todos los días a la ciudad para tomar lecciones de un maestro de música, que les enseñaba a tocar.

Después compusimos señales para todos los casos de la vida colonística, y en invierno renunciamos a la campana. Ahora el corneta de guardia salía a la terracilla de mi despacho y derramaba sobre la colonia los bellos y estentóreos sonidos del toque.

En la calma crepuscular, los sonidos de la trompeta vibraban de un modo especialmente emocionante sobre la colonia, sobre el lago, sobre los tejados de los caseríos. Alguien repetía el toque desde una ventana abierta del dormitorio con una voz joven y sonora de tenor y otro lo ejecutaba de repente al piano.

Cuando en la delegación de Instrucción Pública se enteraron de nuestras aficiones militares, la palabra cuartel fue durante largo tiempo nuestro mote. Era igual: yo estaba tan disgustado, que no me molesté en tomar en consideración un pequeño disgusto más. Además, no tenía tiempo.

Todavía en agosto traje dos lechones de una estación experimental. Ingleses auténticos, durante todo el camino protestaron enérgicamente contra el traslado a la colonia y no hacían más que hundirse a cada momento en un agujero de nuestro carro. Los lechones se enfurecían hasta la histeria y Antón protestaba irritado:

- ¡Como si tuviéramos pocos líos! Encima nos hacían falta estos cerdos...

Enviamos a los ingleses a la segunda colonia, y entre los chicos pequeños encontramos muchos más aficionados a cuidados de los que nos hacían falta. Entonces vivían en la segunda colonia veinte muchachos y un educador, individuo bastante anodino que llevaba el apellido de Rodímchik. La reparación de la casa grande, que nosotros llamábamos cuerpo A, estaba ya concluida. Destinada a talleres y clases, en ella se habían instalado ahora provisionalmente los muchachos. También estaban terminados otros edificios, y sólo quedaba todavía mucho por hacer en un enorme pabellón central de dos pisos, donde pensábamos instalar los dormitorios. En los cobertizos, en la cochera, en los graneros cada día se clavaban nuevas tablas, se revocaban nuevas paredes, se colocaban nuevas puertas.

La agricultura obtuvo un poderoso refuerzo. Llamamos a un agrónomo, y en los campos de la colonia apareció Eduard Nikoláievich Shere, un ser incomprensible en absoluto para la inexperta mirada de los colonos. Para todos estaba claro que Shere se debía a una clase especial de semillas de calidad y que no había sido regado por las lluvias bienhechoras, sino por una esencia preparada especialmente para tipos como Shere.

Shere, al contrario de Kalina Ivánovich, jamás se indignaba o enardecía por nada: su estado de ánimo era siempre igual, si acaso un poquitín alegre. Trataba a todos los colonos, incluso a Galatenko, de usted y nunca subía la voz, pero tampoco entablaba amistad con nadie. A los muchachos les impresionó mucho que un día, respondiendo a una grosera negativa de Prijodko: ¿Qué tengo yo que ver con el casis? ¡No quiero trabajar allí! , Shere se sorprendiera afable y simpático, sin afectación ni fingimiento:

- ¡Ah! ¿No quiere usted? En tal caso, dígame su apellido para que no le encargue casualmente algún otro trabajo.

- Yo estoy dispuesto a trabajar donde sea, menos en el casis.

- No se preocupe: me pasaré sin usted, ¿sabe?, y usted encontrará trabajo en otra parte.

- Pero ¿por qué?

- Tenga la amabilidad de decirme su apellido: no quiero perder mi tiempo hablando.

La gallardía bandidesca de Prijodko se amustió en el acto. Prijodko se encogió desdeñosamente de hombros y fue a trabajar en el casis, que un minuto antes contradecía de manera tan categórica su destino en el mundo. Shere era relativamente joven, pero sabía dejar estupefactos a todos los colonos con su aplomo continuo y su capacidad sobrehumana de trabajo. Los colonos tenían la impresión de que Shere no se acostaba nunca. La colonia se despertaba, y Eduard Nikoláievich estaba ya midiendo el campo con sus piernas largas, un poco desgarbadas, como las de un perro joven de raza. Sonaba el toque de queda, y Shere seguía aún en la porqueriza, poniéndose de acuerdo acerca de algo con el carpintero. Durante el día era posible verle simultáneamente -en la cochera y en las obras del invernadero, y en la carretera que llevaba a la ciudad y en la distribución del estiércol por el campo. Por lo menos, nosotros teníamos la impresión de que todo eso ocurría al mismo tiempo: con tanta rapidez, trasladaban a Shere de un lugar a otro sus maravillosas piernas.

Al día siguiente de su llegada a la colonia, Shere tuvo un choque con Antón en la cochera.

Antón no podía comprender ni concebir que se pudiera tratar a un animal tan simpático como el caballo con la matemática precisión que recomendaba insistentemente Eduard Nikoláievich.

- ¿Qué es lo que se le ha ocurrido? ¿Pesar? ¿Vosotros habéis oído alguna vez que se pese el heno? Me dice: Aquí tienes la norma, y ni más ni menos. Y la norma es estúpida: de todo un poco. Si los caballos revientan, ¿debo responder yo? Y también dice que hay que trabajar conforme a un horario. Y hasta ha inventado una libreta para apuntar en ella cuántas horas han trabajado los caballos.

Shere no se amilanó cuando Antón, fiel a su costumbre, empezó a gritar que no daría al Korshun, porque según sus planes, este caballo tenía que realizar al día siguiente no se sabía qué proeza especial. El propio Eduard Nikoláievich entró en la cochera, sacó y enganchó personalmente al Korshun, y ni siquiera miró a Brátchenko, petrificado ante tal agravio. Antón, enfadado, tiró el látigo en un rincón y se fue de la cochera. Al anochecer pasó, a pesar de todo, por la cochera y vio que allí mangoneaban Orlov y Búblik. Antón se sintió profundamente ofendido y venía ya a mi despacho para presentar su dimisión

cuando Shere le alcanzó en mitad del patio con un papel en la mano y, como si no hubiese ocurrido nada, se inclinó cortésmente ante el rostro agraviado del cochero jefe.

- Oiga, su apellido si no me equivoco, es Brátchenko, ¿verdad? Aquí tiene el plan para una semana. Vea usted, aquí se indica claramente lo que cada caballo debe hacer uno u otro día, cuándo deben salir y demás. Vea usted, aquí se indica también qué caballo está de guardia para ir a la ciudad y qué caballo está de descanso. Examine este plan con sus camaradas y dígame mañana qué modificaciones considera preciso introducir.

Antón tomó, estupefacto, el papelito y se volvió a la cochera. Al día siguiente, por la noche, se podía ver, inclinadas sobre mi mesa, la cabeza rizosa de Antón y la cabeza aguda, afeitada al cero, de Shere: asuntos importantes les embargaban. Yo estaba sentado ante la mesa de dibujo, pero interrumpía de vez en cuando mi trabajo para poner oído a su conversación.

- Eso lo ha observado usted bien. Bueno, entonces que salgan el miércoles a labrar el Pelirrojo y la Banditka ...

- ... El Malish no podrá comer remolacha: no tiene dientes...

- Es igual. Se puede cortar la remolacha más menuda. Pruebe usted...

- ... Bueno, y ¿si alguien más necesita ir a la ciudad?

- Que vaya andado. O que alquile un coche en la aldea. A nosotros eso no nos importa.

- ¡Ah! -aprobó Antón-. Eso está bien.

Dicho sea en honor de la verdad, nuestras necesidades en el capítulo del transporte se satisfacían muy mal con un solo caballo de guardia. Pero Kalina Ivánovich no pudo hacer nada contra Shere, porque el agrónomo fulminó su inspirada lógica de administrador con una respuesta fría y plácida:

- Yo no tengo en absoluto nada que ver con sus necesidades de transporte. Cargue sus víveres como quiera o cómprese un caballo. Yo tengo sesenta desiatinas. Y le agradeceré mucho que no vuelva a hablarme de ello.

Kalina Ivánovich aporreó la mesa con el puño y gritó:

- ¡Si me hace falta un caballo, yo mismo lo engancharé!

Shere apuntaba algo en su librito de notas y ni siguiera miró al enojado Kalina Ivánovich. Una hora más tarde me previno al abandonar mi despacho:

- Si el plan de trabajo de los caballos es infringido sin mi conformidad, ese mismo día abandonaré la colonia.

Yo me apresuré a llamar a Kalina Ivánovich y le dije:

- ¡Que se vaya al diablo! ¡No te metas con él!

- Pero ¿cómo voy a componérmelas con un solo jamelgo? Hay que ir a la ciudad, y traer agua, y acarrear la leña, y llevar los víveres a la segunda colonia...

- Ya discurriremos algo.

Y lo discurrimos.

Los nuevos hombres, y las nuevas preocupaciones, y la segunda colonia, y el insignificante Rodímchik en ella, y la nueva silueta del airoso colono, y la antigua pobreza, y el bienestar creciente, todo ese multifacético mar de nuestra vida ocultó de un modo inadvertible hasta para mí mismo los últimos restos del abatimiento y de la gris melancolía. Sólo yo me reía con menos frecuencia, e incluso la viva alegría interior no

tenía ya fuerzas para atenuar visiblemente la severidad externa, que, como una máscara, habían impreso a mi rostro los acontecimientos y el ambiente de finales de 1922. Esta máscara no me hacía sufrir y yo casi no la notaba. Pero los colonos la veían siempre. Tal vez sabían también que no era más que una máscara, pero, a pesar de ello, me trataban ahora con excesivo respeto, con cierta timidez, quizá también con cierto temor; no puedo definirlo exactamente. Pero, en cambio, yo veía siempre cómo los muchachos resplandecían y se aproximaban espiritualmente a mí si en alguna ocasión jugaba con ellos o hacía cualquier tontería para divertirles o cuando, sin más ni más, abrazaba a alguno al pasear con él por el corredor.

En la colonia desaparecieron toda la severidad y toda la seriedad innecesarias. Al principio, nadie advirtió él cambio. Como antes, las risas y las bromas seguían sonando alrededor; como antes, el ingenio y la energía de los muchachos eran inagotables. Sólo que ahora adornaba todo eso la ausencia total de dejadez y desorden.

Kalina Ivánovich encontró, a pesar de todo, solución a las dificultades del transporte. Para el buey Gavriushka, contra el que Shere no atentaba -realmente, ¿qué podía hacerse con un buey solo?-, se construyó un yugo, y Gavriushka traía el agua y la leña y, en general, ejecutaba todos los traslados de orden interior. Y una encantadora tarde de abril toda la colonia se rió como llevaba mucho tiempo sin reírse. Antón tenía que ir en el cabriolet a la ciudad en busca de algo y había enganchado a Gavriushka.

- Te detendrán -dije a Antón.

- Que lo intenten -respondió el muchacho-. Ahora todos son iguales. ¿En qué es peor Gavriushka que un caballo?... También él es un trabajador.

Y Gavriushka, sin turbarse lo más mínimo, llevó el cabriolet a la ciudad.

EL CALVARIO DE SEMIÓN

Shere dirigió enérgicamente el asunto agrícola. Llevó a cabo la siembra de primavera según el sistema de rotación de cultivos, y supo convertir la ejecución de su plan en un acontecimiento para toda la colonia. En el campo, en la cochera, en la porqueriza, en el dormitorio, simplemente en el camino o junto a la travesía, en mi despacho y en el comedor, en todas partes alrededor de Shere siempre se hablaba de agricultura. Los muchachos no acataban siempre sin discusión sus disposiciones, y Shere jamás se negaba a escuchar una observación práctica. A veces exponía afable y seco con las palabras más escuetas una pequeña hilera de argumentos y terminaba su breve discurso sin apelación:

- Hagan como yo les digo.

Seguía pasándose el día entero dedicado a su trabajo intenso y, al mismo tiempo, sosegado; seguía siendo difícil alcanzarle y, al mismo tiempo, sabía pasarse pacientemente dos o tres horas junto a algún pesebre, o andar cinco horas tras la sembradora, o entrar sin fin, cada diez minutos, en la porqueriza y aburrir con preguntas corteses y pesadas a los porqueros.

- ¿A qué hora han dado el salvado a los lechones? ¿No se han olvidado de anotarlo? ¿Lo apuntan todo como yo les he dicho? ¿Han preparado las cosas para el baño?

La actitud de los colonos con relación a Shere era, una actitud de entusiasmo contenido.

Naturalmente, estaban seguros de que nuestro Shere era tan bueno sólo por ser nuestro y que en otro sitio valdría mucho menos. Este entusiasmo se expresaba en el reconocimiento tácito de su autoridad y en los interminables diálogos acerca de sus palabras, sus conocimientos, sus modales y su impermeabilidad a toda clase de sentimientos.

A mí no me asombraba esa simpatía. Yo sabía ya que los muchachos no justifican el axioma intelectualista de que los niños pueden querer y apreciar sólo a quien les ama, a quien les trata con ternura. Hacía ya tiempo que estaba persuadido de que los muchachos -al menos, los muchachos como los que teníamos en la colonia- profesaban el mayor respeto y el más profundo amor a otro tipo de gente. Eso que nosotros llamamos alta calificación, conocimientos seguros y exactos, destreza, arte, manos de oro, pocas palabras y falta absoluta de presunción, constante aptitud para el trabajo es lo que más entusiasma a los muchachos.

Podéis ser secos con ellos hasta el máximo grado, exigentes hasta la quisquillosidad, podéis pasar a su lado sin verles, incluso cuando procuran estar a vuestra vista, podéis ser indiferentes a su simpatía, pero si brilláis por vuestro trabajo, por vuestros conocimientos, por vuestra estrella afortunada, entonces podéis vivir tranquilos: todos estarán de vuestra parte y no os traicionarán. Independientemente del campo en

que se manifiesten vuestras capacidades, independientemente de lo que seáis: carpinteros, agrónomos, forjadores, maestros, maquinistas.

Y, al contrario, por cariñosos que seáis, por amena que sea vuestra conversación, por bondadosos, afables y simpáticos que os mostréis en la vida y en el descanso, si vuestro trabajo está acompañado de reveses y de desventuras, si se ve a cada paso que no conocéis vuestro oficio, si todo lo que emprendéis acaba mal, jamás mereceréis nada, a excepción del desprecio, unas veces condescendiente e irónico, otras veces violento y hostil hasta la destrucción, otras veces enojosamente mordaz.

Una vez tuvimos que instalar una estufa en el dormitorio de las muchachas. Encargamos una estufa redonda. El estufista había llegado casualmente a la colonia. Estuvo todo un día entre nosotros, reparó a alguien un fogón y la pared de la cochera. Tenía un aspecto divertido: todo redondo, calvo, y, al mismo tiempo, resplandeciente y dulzón. Salpicaba su conversación de interminables refranes y proverbios, y de sus palabras se deducía que en el mundo no había un constructor de estufas como él.

Los colonos iban en masa tras él. En general, aceptaban con suma desconfianza sus relatos y los acogían a veces con reacciones que él no esperaba.

- Allí, hijitos, había, claro está, estufistas más expertos que yo, pero el conde no reconocía a nadie. Hermanos -decía-, llamad a Artemio. ¡Si él construye una estufa, ésa sí que será una estufa! Yo, claro está, era joven en el oficio, y vosotros mismos comprenderéis lo que es una estufa en la casa de un conde... A veces, me quedaba así, mirando la estufa, y el conde iba y me decía: Tú, Artemio, esfuérzate...

- ¿Y qué, conseguiste algo? -preguntaban los colonos.

- ¿Cómo no? El conde estaba siempre al tanto... -y Artemio, pavoneándose, estiraba su cabeza monda y representaba al conde en actitud de inspeccionar la estufa construida por él. Los muchachos no podían aguantarse y se echaban a reír: Artemio se parecía muy poco a un conde...

Artemio empezó la construcción de la estufa con una verborrea solemne y especial, recordando todas las estufas buenas construidas por él y todas las estufas malas e inservibles construidas por otros. Al hablar así, revelaba, sin cohibirse, todos los secretos de su oficio y enumeraba, una tras otra, las dificultades que distinguían la construcción de una estufa redonda.

- Lo más importante aquí es trazar bien el radio. Hay quienes no saben hacerlo.

Los colonos efectuaban peregrinaciones enteras al dormitorio de las muchachas y seguían en silencio el trabajo de Artemio con el radio.

Artemio divagó mucho mientras construía la base. Cuando pasó a la estufa propiamente dicha, en sus movimientos apareció cierta inseguridad y su lengua se detuvo.

Yo entré a ver el trabajo de Artemio. Los colonos me abrieron paso, mirándome interesados.

- ¿Por qué es tan barriguda? -pregunté, sacudiendo la cabeza.

- ¿Barriguda? -preguntó Artemio-. No, no es barriguda. Lo parece porque no está terminada aún. Después será como es debido.

Zadórov entornó un ojo y contempló la estufa:

- ¿Y también lo parecía en casa del conde?

Artemio no captó la ironía:

- ¿Cómo no? Eso ocurre siempre, cuando la estufa no está terminada. Tú, por ejemplo...

Al cabo de tres días, Artemio me llamó para mostrarme la estufa. En el dormitorio se había congregado toda la colonia. Artemio daba vueltas alrededor de su obra y erguía la cabeza. La destartalada estufa estaba en el centro de la habitación, toda torcida, y de pronto, se desmoronó estruendosamente, llenó la habitación de ladrillos y nos ocultó a todos en una espesa nube de polvo que no pudo ocultar las carcajadas, los gritos y los gemidos que estallaron en aquel mismo instante. Muchos fueron alcanzados por los ladrillos, pero ninguno estaba en condiciones de reparar en su dolor. Los muchachos se reían en el dormitorio y, una vez fuera de él, se reían en los pasillos y en el patio, retorciéndose literalmente en los espasmos de la risa. Me levanté entre los escombros y tropecé en la habitación contigua con Burún, que tenía agarrado a Artemio por el cuello de la chaqueta y levántaba el puño sobre su calva sucia.

Despedimos a Artemio, pero su nombre fue durante mucho tiempo sinónimo de ignorante, fanfarrón y chapucero. Se decía:

- ¿Qué clase de persona es?

- Un Artemio, ¿acaso no se ve?

A los ojos de los colonos, Shere no tenía nada de Artemio, y por eso, le acompañaba en la colonia el respeto general y nuestros trabajos agrícolas se efectuaron a tiempo y con acierto.

Además, Shere poseía capacidades complementarias: sabía encontrar bienes abandonados por falta de heredero, gestionar letras de cambio, hallar créditos. Por eso comenzaron a aparecer en la colonia nuevas podaderas, sembradoras, arados-sembradoras, cerdos y hasta vacas. ¡Tres vacas! Se sentía cerca el olor de la leche.

En la colonia nació una verdadera pasión por la agricultura. Únicamente los muchachos que habían aprendido algo en los talleres no se dejaban arrastrar por el campo. Detrás de la fragua, en una plazoleta, Shere había abierto unos invernaderos, y el taller de carpintería estaba construyendo unos marcos para ellos. En la segunda colonia se construían unos invernaderos de grandes proporciones.

En pleno fragor del entusiasmo agrícola, a principios de febrero, llegó Karabánov a la colonia.

Los muchachos le recibieron con abrazos y besos entusiastas. Cuando pudo mal que bien desprenderse de ellos, entró en mi despacho:

- He venido a ver cómo viven ustedes.

Rostros alegres y risueños asomaban por la puerta del despacho: colonos, educadores, lavanderas.

- ¡Oh, Semión! ¡Mírale! ¡Salud!

Hasta el anochecer erró Semión por la colonia, estuvo también en la finca de los Trepke y luego, al ponerse el sol, vino a mí, triste y silencioso.

- Cuéntame, Semión, ¿cómo vives?

- ¿Que cómo vivo? Con mi padre.

- ¿Y Mitiaguin dónde anda?

- ¡Que se vaya al diablo! Le dejé. Me parece que se ha ido a Moscú.

- ¿Y tu padre qué tal?

- Pues un campesino como todos. Aún gallea... A mi hermano le han matado...

- ¿Cómo?

- Era guerrillero: le han matado los petliuristas en la ciudad, en plena calle.

- ¿Y tú qué piensas hacer? ¿Seguir en casa de tu padre?

- No... En casa del padre no quiero... No sé...

Se acercó, indeciso, hacia mí:

- ¿Sabe usted una cosa, Antón Semiónovich? -me disparó a quemarropa-. ¿Y si me quedara en la colonia, eh?

Me miró rápidamente y bajó la cabeza hasta las mismas rodillas.

Yo le dije sencilla y alegremente:

- ¿Se trata sólo de eso? Pues claro que sí: quédate. Todos estaremos contentos.

Semión saltó de la silla, y todo su cuerpo se estremeció en un acceso de ardiente y contenida pasión:

- No puedo, ¿comprende?, no puedo. Los primeros días menos mal, pero después... En fin, que no puedo. Ando, trabajo, y luego, cuando estoy comiendo, me pongo a recordar y, entonces, es que gritaría de dolor. Le diré por qué: me he encariñado con la colonia. Yo mismo no lo sabía, pensaba que sería una cosa pasajera, pero siempre acababa diciéndome: Voy, por lo menos, a ver cómo viven. ¡Y cuando he venido y he visto lo que ustedes tienen aquí, lo bien que están! Y su Shere...

- Tranquilízate -dije yo a Karabánov- . Debías haber vuelto inmediatamente. ¿Para qué atormentarte así?

- Yo también pensaba lo mismo, pero cuando recordaba todas nuestras fechorías, cómo le hacíamos rabiar...

Sacudió la mano en un ademán de impotencia y guardó silencio.

- Bueno -dije yo-, olvídalo todo.

Semión alzó, desconfiado, la cabeza:

- Pero... tal vez piense usted que estoy coqueteando, como solía decir. ¡Pues no! ¡Oh, si usted supiera cuántas cosas he aprendido! Dígame con sinceridad: ¿me cree usted?

- Te creo -le contesté en serio.

- No, dígame la verdad: ¿me cree?

- Pero, hombre, ¡vete al demonio! -exclamé, riéndome-. Supongo que lo pasado no volverá a repetirse.

- ¿Ve usted? Eso significa que no confía del todo...

- Te atormentas en vano, Semión. Yo confío en todos, sólo que en unos más y en otros menos; en unos confío en cinco kopeks y en otros, en diez.

- ¿Y en mí en cuánto?

- En ti, en cien rublos.

- Pues yo no le creo en absoluto -se encrespó Semión.

- ¡Vaya contigo!

- Pero no importa: todavía tengo que demostrarle...

Semión se fue al dormitorio.

Desde el primer día pasó a ser el brazo derecho de Shere. Con francas dotes de agricultor, sabía muchas cosas y otras muchas las llevaba en la sangre, desde el abuelo y el

bisabuelo: una experiencia agrícola heredada. Al mismo tiempo, absorbía con avidez la nueva teoría agrícola, la belleza y la armonía de la técnica agronómica.

Semión seguía a Shere con una mirada celosa y procuraba demostrarle que también él era capaz de no quedar a la zaga y de no cansarse. Pero no sabía alcanzar la tranquilidad de Eduard Nikoláievich y siempre andaba nervioso y exaltado, hirviente bien de indignación, bien de entusiasmo o de palpitante alegría.

Dos semanas más tarde, llamé a Semión y le dije simplemente:

- Aquí tienes un recibo: debes cobrar quinientos rublos en la sección de finanzas.

Semión abrió los ojos y la boca, se puso primero pálido y luego gris, por fin, balbuceó torpemente:

- ¿Quinientos rublos? ¿Y qué más?

- Nada más -respondí, mirando hacia el cajón de la mesa-. Vas y me traes el dinero.

- ¿Debo ir a caballo?

- Naturalmente. Ten, por si acaso, la pistola.

Entregué a Semión la misma pistola que yo había extraído en otoño del cinturón de Mitiaguin, con los mismos tres cartuchos. Karabánov la tomó maquinalmente. Echó una mirada feroz al arma, se la guardó con un rápido movimiento en el bolsillo y, sin decir una sola palabra más, salió de la habitación. Diez minutos más tarde oí un chasquido de herraduras contra el empedrado: por delante de mi ventana pasó, veloz, un jinete.

Antes del anochecer, Semión, ceñido por un cinturón y envuelto en una corta pelliza de herrero, fino y esbelto, aunque sombrío, entró en mi despacho. Silenciosamente depositó sobre la mesa un fajo de billetes y la pistola.

Tomé el paquete y, con la voz más indiferente e inexpresiva de que fui capaz, pregunté a Semión:

- ¿Has contado los billetes?

- Sí.

Yo arrojé descuidadamente el fajo en el cajón.

- Gracias por la molestia. Ve a comer.

Karabánov hacía girar maquinalmente su cinturón y dio dos o tres vueltas por el despacho, pero repuso en voz baja:

- Bueno.

Y se fue.

Pasaron dos semanas más. Semión, al encontrarse conmigo, me saludaba con sombría aspereza, como si se sintiese cohibido ante mí.

Con el mismo gesto sombrío escuchó mi nueva orden:

- Tienes que ir a buscar dos mil rublos.

Me contempló indignado largo tiempo, mientras se guardaba la pistola en el bolsillo. Después dijo, subrayando cada palabra:

- ¿Dos mil rublos? ¿Y si no los traigo?

Salté de mi sitio y le increpé.

- ¡Déjate de conversaciones estúpidas! Se te ha dado una orden: ve y cúmplela. ¡No hay necesidad de escenas sicológicas!

Karabánov se encogió de hombros y murmuró confusamente:

- Bueno...

Al traer el dinero, insistió:

- Cuéntelo.

- ¿Para qué?

- Cuéntelo, se lo pido.

- Pero si tú lo has contado ya.

- Le digo que lo cuente.

- ¡Déjame!

Se agarró de la garganta, como si le ahogase algo, después tiró del cuello de la camisa y se tambaleó.

- ¡Está usted burlándose de mí! No es posible que tenga tanta confianza. No es posible. ¿Sabe?

No es posible. Arriesga usted a propósito el dinero. Yo sé que es a propósito.

Ahogándose, se sentó en una silla.

- Me sale caro tu servicio.

- ¿Cómo que le sale caro? -saltó Semión.

- Ya ves: tengo que asistir a tu histeria.

Semión se aferró al poyo de la ventana y rugió:

- ¡Antón Semiónovich!

- ¿Qué pasa? -dije, ya un poco asustado.

- ¡Si usted supiera! ¡Si usted supiera lo que me pasa! Cuando iba antes por el camino, me decía: si existiera Dios en el mundo, si Dios enviara a alguien, si saliese alguien del bosque y se lanzara contra mí... ¡Aunque fueran diez, aunque fueran yo qué sé cuántos! Dispararía, les mordería lo mismo que un perro hasta que me matasen... Y, ¿sabe usted?, sentía ganas de llorar. Y sé que usted, mientras tanto, estaba aquí y pensaba: ¿traerá el dinero, no lo traerá? Porque usted arriesgaba el dinero, ¿no es verdad?

- Eres un tipo raro, Semión. Con el dinero se corre siempre algún riesgo. Traer dinero a la colonia sin peligro es imposible. Pero yo discurro así: si tú eres el encargado de traer el dinero a la colonia, el riesgo será menor. Eres joven, fuerte, montas bien, puedes escaparte dé cualquier bandido; en cambio, a mí me pescarían en un dos por tres.

Semión guiñó alegremente un ojo:

- ¡Ay, qué listo es usted, Antón Semiónovich!

- ¡Yo qué voy a ser listo! Ahora ya sabes cómo hay que cobrar el dinero: en lo sucesivo tú seguirás cobrándolo. No es ninguna astucia. Yo no tengo miedo a nada. Sé que eres un hombre tan honrado como yo. Esto lo sabía ya antes. ¿Es que tú no te habías dado cuenta?

- No, yo pensaba que usted no lo sabía -replicó Semión y, ya fuera del despacho, comenzó a cantar con voz que resonaba en toda la colonia.

Salían las águilas
tras las altas montañas
Salían en bandadas,
en busca del lujo.

PEDAGOGÍA DE MANDOS

El invierno del año 23 nos trajo muchos hallazgos de importancia en el terreno de la organización, que habían de predeterminar para largo tiempo las formas de nuestra colectividad. El más importante de estos hallazgos fue el de los destacamentos y sus jefes.

Todavía hoy existen destacamentos y jefes en la colonia Gorki y en la comuna Dzerzhinski, así como en otras colonias dispersas por Ucrania.

Por supuesto, hay poca analogía entre los destacamentos de la colonia Gorki de la época de 1927-1928 o los destacamentos de la comuna Dzerzhinski, y los primeros destacamentos mandados por Zadórov y Burún. Pero algo fundamental había ya en el invierno del año 23. La importancia de principio del sistema de nuestros destacamentos se hizo notoria bastante más tarde, cuando los destacamentos de nuestra colonia agitaron el mundo pedagógico con la amplia marcha de la ofensiva y sirvieron de blanco a las ingeniosidades de algunos escritorzuelos pedagógicos. Entonces todo nuestro trabajo no era calificado más que de pedagogía de mandos en la inteligencia de que en esta combinación de palabras se encerraba una condena fatal.

En 1923 nadie suponía que en nuestro bosque estaba naciendo una institución importante, alrededor de la cual habrían de crepitar tantas pasiones.

La cosa empezó por una fruslería.

Confiando, como siempre, en nuestra habilidad, aquel año no nos dieron leña. De nuevo recurrimos al ramaje seco del bosque y a los desperdicios forestales. Las reservas acopiadas durante el verano de este combustible poco valioso se agotaron en noviembre, y de nuevo volvimos a sentir una crisis aguda de combustible. A decir verdad, todos nos sentíamos terriblemente cansados del trajín que suponía para nosotros este trabajo. No era difícil talar las ramas secas, pero, para reunir un centenar de puds de esa leña, por llamarla de algún modo, había que rebuscar en desiatinas de bosque, abrirse paso entre espesos matorrales y transportar a la colonia toda la menudencia recogida con una grande e inútil pérdida de energías. En este trabajo se destrozaba muchísimo la ropa, que, de por sí, nos faltaba ya, y, además, en invierno las operaciones de acopio de combustible estaban acompañadas de pies helados y de feroces escándalos en la cochera. Antón ni siquiera quería oír hablar del acopio de combustible.

- Dedicaos vosotros mismos a ese mísero trabajo; no hace falta mover a los caballos para ello.

¡Ya ves tú: que van a recoger leña! ¡Vaya una leña!

- Brátchenko, ¿hace falta o no encender la calefacción? -intervenía Kalina Ivánovich, planteando la pregunta mortal.

Antón se evadía:

- A mí me es igual que no la encendáis. De todas formas, no dais calefacción a la cochera. Nosotros estamos bien así.

En esta situación difícil, logramos, a pesar de todo, convencer a Shere, en una reunión general, de que redujese por algún tiempo los trabajos de transporte de estiércol,

lo que nos permitió movilizar a los colonos más fuertes y mejor calzados para las faenas forestales. Constituimos un grupo de veinte muchachos, en el que entró todo nuestro activo: Burún, Belujin, Vérshnev, Vólojov, Osadchi, Chóbot y otros. Por la mañana llenaban de pan sus bolsillos y se pasaban el día entero trajinando en el bosque. Al anochecer, nuestro sendero empedrado se adornaba de montones de ramiza, y Antón, dando a su rostro una expresión desdeñosa, salía a buscarla con un par de trineos.

Los muchachos regresaban hambrientos y alegres. Frecuentemente acompañaban su vuelta a la colonia de un juego original, en el que introducían algunos elementos de sus recuerdos bandidescos. Mientras Antón y dos muchachos más llenaban de ramaje los trineos, los otros se perseguían mutuamente por el bosque y todo ello era rematado por la lucha contra los bandidos y su captura. Una sección armada de hachas y serruchos conducía a los bandidos capturados hasta la colonia. Bromeando, les empujaban a mi despacho, y Osadchi o Korito, que había servido en el ejército de Majnó y que incluso había perdido allí un dedo de una mano, me exigía ruidosamente: (18)

- ¡Cortarles la cabeza o fusilarles! Andan armados por el bosque; debe de haber muchos por allí.

Comenzaba el interrogatorio. Con las cejas fruncidas, Vólojov apremiaba a Belujin:

- ¿Cuántas ametralladoras tenéis?

Belujin, riéndose a carcajadas, inquiría:

- ¿Qué es una ametralladora? ¿Algo que se come?

- ¡Una ametralladora! ¡Eh, tú, morros de bandido!...

- ¿Qué? ¿No se come? Entonces, la ametralladora me interesa muy poco.

De pronto se dirigían a Fedorenko, muchacho terriblemente pueblerino:

- Confiesa: ¿has estado con Majnó?

Fedorenko comprendía con bastante rapidez cómo era preciso contestar para que no se interrumpiese el juego:

- Sí.

- ¿Y qué hacías allá?

Mientras Fedorenko medita la contestación, a sus espaldas responde alguien, imitando su voz, torpe y soñolienta:

- Estaba al cuidado de las vacas.

Fedorenko mira hacia atrás, pero le contemplan rostros inocentes. Todos se ríen. Fedorenko, azorado, comienza a perder el tono del juego, adquirido con tanta dificultad y, mientras, una nueva pregunta se abate sobre él.

- ¿Las vacas iban en las tachankas?

El tono del juego se pierde definitivamente, porque Fedorenko sale con el clásico:

- ¿Eh?

Korito le mira terriblemente colérico y después, volviéndose hacia mí, pronuncia con un concentrado susurro:

- Ahorcarle. ¡Qué hombre tan terrible! No hay más que mirarle a los ojos.

(18) .- Majnó: Jefe anarquista que actuó en Ucrania durante la guerra civil

Yo le contesto en el mismo tono:

- Sí, no merece ninguna conmiseración. Llevadle al comedor y dadle dos raciones.

- ¡Terrible castigo! -exclama, trágico, Korito.

Belujin empieza veloz:

- En realidad, yo también soy un bandido terrible... Y también apacentaba vacas en las bandas de la madrecita Marusia... (19)

Sólo ahora sonríe Fedorenko y cierra su boca sorprendida. Los muchachos empiezan a cambiar impresiones acerca del trabajo. Burún refiere:

- Nuestro destacamento ha recogido hoy, por lo menos, doce carros. Le dijimos que para Navidades tendríamos mil puds, y los tendremos...

La palabra destacamento era un término de la época revolucionaria, de aquel tiempo en que las olas de la Revolución no se habían formado aún en las esbeltas columnas de los regimientos y las divisiones. La guerra de guerrillas, sobre todo larga en Ucrania, era llevada a cabo exclusivamente por destacamentos. Un destacamento podía contar con varios miles de personas y con menos de cien: tanto para unos como para otros estaban destinadas las hazañas heroicas y las salvadoras espesuras de los bosques.

Nuestros colonos se sentían atraídos más que nadie por el romanticismo guerrillero-militar de la lucha revolucionaria. Incluso los que, por un juego del azar, habían sido llevados al campo de una clase hostil, encontraban, ante todo, en él ese sabor romántico. Para muchos de ellos, la esencia de la lucha, las contradicciones de clase eran incomprensibles y desconocidas. Eso explicaba también que el Poder soviético no exigiese demasiado de ellos y los enviara a la colonia.

El destacamento de nuestro bosque, aunque armado tan sólo del hacha y el serrucho, resucitaba la imagen entrañable y habitual de otro tipo de destacamento, del que los muchachos, si no tenían recuerdos, conocían, por lo menos, múltiples leyendas y relatos.

Yo no quería impedir ese juego semiconsciente de los instintos revolucionarios de nuestros colonos. Los escritorzuelos pedagógicos que condenaron. con tanta severidad nuestros destacamentos y nuestros juegos militares eran simplemente incapaces de comprender de qué se trataba. Para ellos, los destacamentos no eran un recuerdo agradable: no respetaban sus casitas ni su sicología y disparaban tanto contra lo uno como contra lo otro, sin tener compasión ni de su ciencia ni de sus entrecejos fruncidos.

No había nada que hacer. En contra de sus gustos, la colonia empezó por el destacamento.

En el destacamento forestal, Burún había sido siempre el primero y nadie le disputaba este honor. Siguiendo el juego, los muchachos comenzaron a llamarle atamán.

Yo les dije:

- El nombre de atamán no es adecuado. Sólo entre los bandidos hay atamanes.

Los muchachos me objetaron:

- No sólo entre los bandidos. También entre los guerrilleros ha habido atamanes. Muchos han estado con los guerrilleros rojos.

(19) .- Marusia: Jefe de una banda contrarrevolucionaria.

- En el Ejército Rojo no se dice atamán.

- En el Ejército Rojo hay jefes. Pero nosotros estamos lejos del Ejército Rojo.

- Nada de eso, y jefe es mucho mejor que atamán.

Terminamos la tala: a principios de enero teníamos más de mil puds. Pero no disolvimos el destacamento de Burún, que pasó íntegro a la construcción de invernaderos en la segunda colonia. Por la mañana, el destacamento se iba al trabajo, comía fuera de casa y no regresaba hasta el anochecer.

Una vez, Zadórov me preguntó:

- ¿Qué es lo que ocurre entre nosotros? Tenemos el destacamento de Burún, ¿y los demás muchachos qué?

No lo pensamos mucho. Por aquel tiempo habíamos implantado ya la orden del día, y en una de estas órdenes se dispuso la organización de un segundo destacamento al mando de Zadórov. El segundo destacamento trabajaba íntegro en los talleres, y en él ingresaron maestros tan calificados como Belujin y Vérshnev, que hasta entonces habían formado parte del destacamento de Burún.

El desarrollo de los destacamentos transcurrió con extraordinaria rapidez. En la segunda colonia se organizó un tercero y un cuarto destacamentos con sus jefes propios. Las muchachas integraron el quinto destacamento al mando de Nastia Nochévnaia.

Para la primavera, el sistema de los destacamentos estaba ya definitivamente elaborado. Los destacamentos menos densos por su número de componentes tendían a la distribución de los colonos por los talleres. Recuerdo que los zapateros tenían siempre el número uno; los herreros, el seis; los caballerizos, el dos; los porqueros, el diez. Al principio, no teníamos ninguna constitución. Yo era quien designaba a los jefes, pero en la primavera empecé a convocar con más y más frecuencia reuniones de jefes, a las que los muchachos tardaron poco en dar un nombre nuevo y hermoso Soviet de jefes. Yo me acostumbré pronto a no emprender nada importante sin consultar con los jefes, y, poco a poco, la propia designación de los jefes pasó a ser asunto del Soviet, que, por lo tanto, empezó a completarse mediante la cooptación. La verdadera electividad de los jefes, su responsabilidad, no se consiguieron fácilmente, pero yo no he considerado eso nunca ni tampoco lo considero hoy como un progreso. En el Soviet de jefes, la elección de cada nuevo jefe se acompañaba siempre de una discusión sumamente minuciosa. Gracias al sistema de cooptación, disponíamos siempre de excelentes jefes y, al mismo tiempo, de un Soviet que, como un todo único, jamás interrumpió su actividad ni presentó su dimisión.

Norma muy importante, mantenida hasta hoy, fue la prohibición absoluta de que el jefe gozase del menor privilegio: nunca obtenía ningún suplemento ni se libraba del trabajo.

En la primavera del año 23 nos enfrentamos con una importante complicación en el sistema de los destacamentos. Esta complicación, hablando en propiedad, fue la innovación más importante de nuestra colectividad en sus trece años de existencia. Sólo ella permitió a nuestros destacamentos fundirse en una colectividad auténtica, fuerte y única, dentro de la que había diferencias de trabajo y de organización, democracia de la asamblea general, órdenes y sometimiento del camarada al camarada, pero en la que no se formó ninguna aristocracia, ninguna casta de jefes.

Esta innovación fue el destacamento mixto.

Los enemigos de nuestro sistema, que tanto atacaban la pedagogía de mandos, jamás habían visto a nuestro jefe vivo en el trabajo. Pero eso mismo no tenía tanta importancia. Mucho más importante era que ni siquiera habían oído hablar del destacamento mixto, es decir, no tenían la menor idea de la corrección determinante y fundamental introducida en el sistema.

El destacamento mixto nació porque en aquel tiempo nuestro trabajo principal era agrícola.

Teníamos aproximadamente unas setenta desiatinas de tierra, y en verano Shere exigía que todos trabajaran en ellas. Al mismo tiempo, cada colono estaba adscrito a algún taller, y nadie quería dejar de trabajar en él: todos veían en las faenas agrícolas un medio de existencia y de mejoramiento de nuestra vida, mientras que el taller era considerado como una especialización. En invierno, cuando los trabajos agrícolas se reducían al mínimo, todos los talleres estaban repletos de muchachos, pero ya a partir de enero Shere comenzaba a reclamar gente para los invernaderos y el estiércol, y sus exigencias eran mayores cada día.

El trabajo agrícola estaba acompañado de continuos cambios en el lugar y el carácter del trabajo y, por lo tanto, conducía a una original distribución de la colectividad para el cumplimiento de las tareas. Desde el primer momento nos pareció que el mando único de nuestro jefe en el trabajo y su responsabilidad concentrada eran una institución muy importante; por otra parte, también Shere insistía en que un solo colono respondiera de la disciplina, de las herramientas, del trabajo y de su calidad. Hoy día ninguna persona de buen juicio se opondría a esa exigencia e incluso entonces me parece que no se oponían más que los pedagogos.

Saliendo al encuentro de una necesidad de organización plenamente comprensible, llegamos al destacamento mixto.

El destacamento mixto era un destacamento provisional, constituido a lo sumo para una semana, con una función breve y concreta; escardar la patata en un campo determinado, labrar tal o cual sector, limpiar las semillas, sacar el estiércol, sembrar, etc.

Según el trabajo, así era el número de colonos que se exigía. Algunos destacamentos mixtos necesitaban dos miembros; otros, cinco, ocho, veinte. El trabajo de estos destacamentos se distinguía también por su duración. En invierno, cuando funcionaba nuestra escuela, los muchachos trabajaban antes o después del almuerzo, en dos turnos. Después de cerrarse la escuela, implantamos la jornada de trabajo de seis horas de un tirón para todos, pero la necesidad de utilizar plenamente el inventario vivo y muerto hacía que algunos muchachos trabajasen desde las seis de la mañana hasta el mediodía, otros desde el mediodía hasta las seis de la tarde. A veces, recaía tanto trabajo sobre nosotros, que nos veíamos obligados a prolongar la jornada.

Toda esta diversidad de tipos de trabajo y de su duración determinó también la gran diversidad de los destacamentos mixtos. Entre nosotros apareció un gráfico de los destacamentos mixtos, que recordaba un poco el horario de una estación ferroviaria.

En la colonia todos sabían muy bien que el tercer destacamento mixto H trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde con un intervalo para el almuerzo y, además, obligatoriamente en la huerta; que el tercero J debía trabajar en el jardín, el

tercero R en la reparación y el tercero I en los invernaderos; que el primer destacamento mixto trabajaba desde las seis de la mañana hasta las doce del día y el segundo mixto, desde las doce hasta las seis. La nomenclatura de los destacamentos mixtos se elevó rápidamente a trece.

El destacamento mixto era siempre un destacamento exclusivamente de trabajo. En cuanto concluía su trabajo, los muchachos regresaban a la colonia, y el destacamento dejaba de existir.

Cada colono conocía su destacamento permanente, con su jefe también permanente, su lugar determinado en los talleres, su puesto en el dormitorio y en el comedor. El destacamento permanente era la colectividad primaria de los colonos, y su jefe debía ser obligatoriamente miembro del Soviet de jefes. Pero, al empezar la primavera y, sobre todo, a medida que iba acercándose el verano, el colono entraba con más y más frecuencia en esos destacamentos mixtos de trabajo, que le tenían atareado toda una semana en una u otra faena. A veces, un destacamento mixto estaba formado sólo por un par de colonos; de todas formas, uno de los dos era nombrado jefe del destacamento. Este jefe asignaba el trabajo y respondía de él. Pero, tan pronto como finalizaba la jornada de trabajo, el destacamento mixto se disolvía.

Todo destacamento mixto era constituido para una semana; por lo tanto, cada colono, al comenzar la semana siguiente, solía ser designado para un nuevo destacamento mixto, que tenía a su cargo un nuevo trabajo y estaba mandado por un nuevo jefe. El Soviet de jefes designaba a los jefes de los destacamentos mixtos también para una semana y, después de ello, cada jefe pasaba a formar parte de algún nuevo destacamento mixto, por lo común ya no como jefe, sino como simple miembro.

El Soviet de jefes procuraba siempre que todos los colonos pasaran por la prueba del mando, a excepción de los más incapaces. Esto era natural, porque el mando del destacamento mixto estaba vinculado a grandes responsabilidades y preocupaciones. Gracias a tal sistema, la mayoría de los colonos participaba no sólo en las funciones de trabajo, sino también en las funciones de organización. Esto tenía mucha importancia: era exactamente lo que hacía falta para la educación comunista. Gracias, precisamente, a ello, nuestra colonia se distinguía, a partir de 1926, por una capacidad visible de adaptarse a cualquier tarea, y para el cumplimiento de los detalles aislados de esta tarea, siempre encontrábamos en abundancia organizadores capaces y ricos en iniciativa, gente dinámica, a la que se podía confiar lo que fuese.

La significación del jefe del destacamento permanente se hizo en extremo moderada. Los jefes permanentes no eran casi nunca designados jefes de los destacamentos mixtos, porque se suponía que, sin necesidad de ello, tenían ya bastante qué hacer. El jefe del destacamento permanente iba al trabajo como un simple miembro del destacamento mixto, y durante el trabajo estaba a las órdenes del jefe del destacamento mixto, frecuentemente miembro de su propio destacamento. Esto originaba una cadena muy compleja de dependencia dentro de la colonia, y, en tal cadena, era imposible que se destacara y alzase sobre la colectividad un colono aislado.

El sistema de destacamentos mixtos hacía la vida en la colonia muy intensa y llena de interés, de sucesión de funciones de trabajo y de organización, de ejercicios de mando y de subordinación, de movimientos colectivos y personales.

LOS MONSTRUOS DE LA SEGUNDA COLONIA

Durante dos años largos estuvimos dedicados a la reparación de la finca de los Trepke, pero en la primavera del año 23 resultó casi inesperadamente para nosotros que habíamos hecho mucho, y la segunda colonia comenzó a desempeñar un notable papel en nuestra vida. En la segunda colonia se hallaba el principal campo de actividad de Shere; allí estaban los establos, la cochera y las porquerizas. Al comenzar la temporada de verano, la vida en la segunda colonia dejaba de vegetar: entonces hervía verdaderamente.

Durante algún tiempo, los verdaderos estimuladores de esta vida fueron, a pesar de todo, los destacamentos mixtos de la primera colonia. Durante todo el día, se podía ver cómo por los tortuosos senderillos y los linderos entre la primera y la segunda colonia sucedíase casi ininterrumpidamente el movimiento de los destacamentos mixtos: unos destacamentos iban rápidamente a trabajar a la segunda colonia, otros regresaban a toda prisa a la primera para el almuerzo o la cena.

El destacamento mixto cubría rápidamente en fila india la distancia. La inventiva y la audacia de los muchachos no se arredraban ante la existencia de intereses particulares o de límites de propiedades privadas. Al principio, los dueños de los caseríos intentaron oponer algo a esa inventiva, pero después se convencieron de que era una empresa desesperada: los colonos controlaban, alegres e inflexibles, las diversas vías de comunicación que pasaban por los caseríos y las rectificaban insistentemente, tendiendo a un ideal realista: la línea recta. Allí donde la línea recta pasaba por alguna propiedad privada, había que efectuar algo más que un trabajo de superación geométrica; también era preciso neutralizar perros, cercas; empalizadas y portalones.

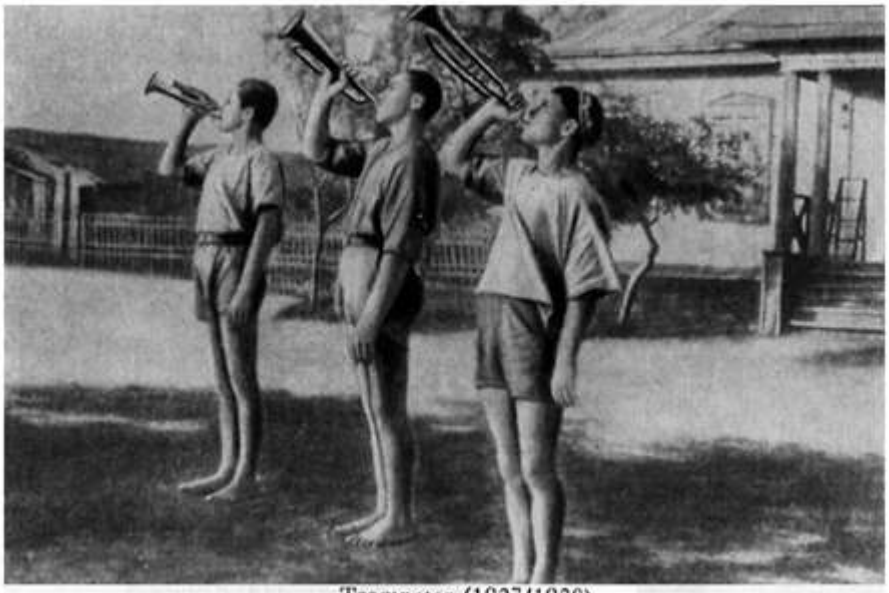
Los perros eran el objetivo más fácil; teníamos bastante pan, pero, además, los perros de los caseríos, incluso sin necesidad de pan, simpatizaban, en el fondo de su alma, con los colonos.

La tediosa vida provinciana perruna, privada de impresiones fuertes y de risas saludables, se veía súbitamente embellecida por nuevas e interesantes sensaciones: una gran sociedad, amenos diálogos, la posibilidad de organizar una lucha grecorromana en el primer montón de paja y, en fin, el máximo deleite: saltar junto al destacamento en su rápida marcha, arrancar una ramita de entre las manos de algún pequeñuelo y recibir de vez en cuando de sus manos una brillante cintita para el cuello. Incluso los representantes de presa de la gendarmería de los caseríos resultaron unos renegados, sobre todo porque faltaba el elemento principal para sus acciones agresivas: desde el principio de la primavera, los colonos no usaban pantalones.

Los calzones de baño eran más higiénicos, más hermosos y más baratos.

La descomposición de la sociedad de los caseríos, iniciada con la traición de los Brovko, los Serko y los Kabizdoj, se prolongó y tuvo posteriormente como consecuencia que los demás obstáculos para la rectificación de la línea Colonia-Kolomak resultaran también ineficaces. Al principio se pasaron a nuestro bando los Andri, los Mikita, los Nechípor y los Mikola, cuya edad oscilaba entre diez y dieciséis años. Los muchachos se sentían atraídos por ese mismo elemento romántico de la vida en la colonia y del trabajo.

Hacía mucho tiempo que escuchaban nuestras cornetas y, percatados de la inefable dulzura de una colectividad numerosa y alegre, ahora abrían la boca y se quedaban pasmados ante todos estos indicios de suprema actividad humana: destacamento mixto, jefe y, lo que era todavía más imponente, el parte. Los mayores se sentían interesados por los nuevos métodos de trabajo agrícola; los barbechos al estilo de Jersón les atraían no sólo hacia el corazón de los colonos, sino también hacia nuestro campo y nuestra sembradora. Se generalizó el hecho de que siguiera obligatoriamente a cada uno de nuestros destacamentos mixtos algún amigo de los caseríos con una pala o un azadón sacado en secreto del cobertizo. También por las noches estos muchachos llenaban la colonia y pasaron a ser insensiblemente para nosotros su complemento invariable. Sus ojos proclamaban que ser colonos era para ellos el sueño de su vida. Algunos lo consiguieron más tarde, a medida que los conflictos familiares, cotidianos y religiosos fueron arrojándoles de los brazos paternos.



Trompeter (1927/1928)

Y, en fin, la descomposición de los caseríos se coronó por lo más fuerte que existe en el mundo: las muchachas de los caseríos no pudieron resistir la seducción del airoso, alegre y culto colono de piernas desnudas. Los representantes indígenas del sexo masculino eran incapaces de oponer nada a esta seducción, sobre todo, porque los colonos no se apresuraban a valerse de la maleabilidad femenil, no golpeaban a las muchachas entre las paletillas, no se aferraban a ningún sitio y no se reían de ellas. Nuestros jóvenes se disponían ya a ingresar en las facultades obreras y en el Komsomol, habían comenzado a comprender ya el sabor de una cortesía refinada y una charla interesante.

Las simpatías de las muchachas de los caseríos no habían adquirido aún la forma del enamoramiento. También trataban con deferencia a nuestras muchachas, más instruidas y urbanas, aunque, al mismo tiempo, no señoritas. El amor y las fábulas amorosas deberían llegar un tanto más tarde. Por eso, las muchachas no buscaban

únicamente citas y conciertos de ruiseñores, sino también valores sociales. Sus bandadas aparecían con más y más frecuencia en la colonia. Todavía les daba miedo nadar a solas entre las olas de la colonia: se sentaban por grupos en los bancos y asimilaban en silencio las nuevas impresiones. Tal vez las hubiera sorprendido la prohibición de comer semillas de girasol no sólo en los edificios, sino también en el patio.

Krocketspiel. Links zwei Fenster der Wohnung Makarenkos

Las cercas, empalizadas y portalones, gracias a las simpatías de la generación joven por nuestra causa, no podían ya servir al dueño en el mismo sentido que antes: asegurar la intangibilidad de la propiedad privada. Por ello, los colonos llegaron muy pronto al descaro de construir en los sitios más difíciles los llamados pasos. Me parece que en Rusia se ignora este perfeccionamiento del transporte. Es muy sencillo: sobre la cerca se coloca una tabla con un puntal a cada lado.

La rectificación de la línea Kolomak-Colonia -confesamos este pecado nuestro- se efectuaba también a costa de los sembrados. Sea como fuere, el caso es que en la primavera del año 23 esta línea podía competir en rectitud con la línea Moscú-Leningrado del Ferrocarril de Octubre.(20) Tal círcunstancia alivió mucho el trabajo de nuestros destacamentos mixtos.

A la hora del almuerzo, el destacamento mixto recibía su porción antes que los demás. A las doce y veinte el primer destacamento había comido ya y se aprestaba a partir. El responsable de la guardia en la colonia les entregaba un papel, en el que constaba todo lo necesario: el número del destacamento, la relación de miembros, el nombre del jefe, el trabajo a realizar y el plazo señalado para su ejecución.

(20) .- Esta línea, llamada antes Ferrocarril del zar Nicolás, por haberse tendido durante su reinado, se consideraba de una rectitud extraordinaria, pues se construyó sin tener en cuenta las peculiaridades del terreno.

Shere había introducido las matemáticas superiores en todo ello; la tarea estaba calculada siempre hasta el último metro y el último kilo.

El destacamento mixto se pone rápidamente en camino y, a los cinco o seis minutos, su fila se divisa ya lejos en el campo. Vedlo saltando por una empalizada y ocultándose entre las casas.

Tras él, a una distancia determinada por la duración del diálogo con el responsable de la guardia en la colonia, sale el siguiente destacamento, por ejemplo, el tercero K o el tercero J.

Poco después, todo el campo está cortado por las líneas de nuestros destacamentos mixtos.

Desde la trampilla de la cueva anuncia Toska:

- Regresa el primero B.

Efectivamente, de las empalizadas de los caseríos se desliza el primero B. Este destacamento trabaja siempre en la labranza o en la siembra; en fin, siempre con caballos. Eran todavía las cinco y media de la mañana cuando se marchó de la colonia, y con él, su jefe, Belujin. Es a Belujin, precisamente, a quien divisa Toska desde la trampilla de la cueva. Unos minutos más tarde, el primero B -seis colonos- está ya en el patio de la colonia. Mientras el destacamento toma asiento ante las mesas instaladas en el bosque, Belujin da el parte al responsable de la guardia en la colonia. En el parte, Rodímchik ha anotado la hora de llegada y la ejecución del trabajo.

Belujin, como siempre, está contento.

- Nos hemos retrasado unos cinco minutos. La culpa ha sido de la flota. Nosotros tenemos que ir al trabajo, y Mitka se dedica a transportar a no sé qué especuladores.

- ¿A qué especuladores? -interroga, curioso, el responsable de la guardia.

- ¿No lo sabe usted? Venían a arrendar el jardín.

- ¿Y qué?

- Que no les he dejado pasar de la orilla. ¿ Qué os creéis, ciudadanos, que vais a comer manzanas y nosotros nos limitaremos a mirarles? ¡Volved, ciudadanos, al punto de partida!... Buenos días, Antón Semiónovich, ¿qué tal van aquí las cosas?

- Buenos días, Matvéi.

- Dígame de verdad, ¿cuándo van a quitar de allí a Rodímchik? Mire usted, Antón Semiónovich: es incluso indecente que un hombre así ande por la colonia. Quita las ganas de trabajar y, encima, hay que darle a firmar el parte. ¿Por qué razón?

Este Rodímchik fastidiaba a todos los colonos.

Por aquella época, en la segunda colonia había más de veinte personas y tenían trabajo de sobra. Shere empleaba a los destacamentos mixtos de la primera colonia únicamente en los trabajos del campo. La cochera, los establos y las porquerizas, que cada día iban cobrando mayor incremento, eran atendidos por los muchachos de allí. En la segunda colonia se invertían, sobre todo, muchas fuerzas en poner en orden el jardín, que ocupaba cuatro desiatinas y estaba poblado por excelentes árboles jóvenes. Shere emprendió en él grandiosos trabajos. Toda la tierra fue removida, los árboles podados y liberados de impurezas, se desbrozaron los zarzales de casis, se abrieron senderos y

parterres. Nuestro joven invernadero dio aquella primavera su primera producción. También se trabajó mucho en la orilla: aquí se construyeron zanjas y se cortaron juncos.

La reparación de la finca tocaba a su fin. Incluso la cuadra de hormigón dejó de irritarnos con su techo destrozado: fue cubierta de chapa. En el interior de la cuadra, los carpinteros terminaban de construir los compartimentos para los cerdos. Según los cálculos de Shere, había que instalar allí ciento cincuenta cerdos.

Para los colonos, la vida en la segunda colonia tenía pocas atracciones, particularmente en invierno. Ya estábamos adaptados a la vieja colonia, y nos habíamos acomodado aquí tan bien, que ni siquiera reparábamos en las aburridas cajas de piedra y en la ausencia absoluta de belleza y de poesía. La belleza había sido reemplazada por un orden matemático, por la limpieza y la exacta coordinación de las cosas más mínimas.

La segunda colonia, a pesar de la turbulenta belleza del meandro del Kolomak, a pesar de sus altas riberas, de su jardín, de sus edificios bellos y espaciosos, no había sido sacada más que a medias del caos de la destrucción, estaba tan llena de los restos de los trabajos de construcción y tan deformada por los hoyos de cal, y sobre todo ello había, además, tanta maleza, que yo muchas veces me paraba a pensar si podríamos liquidar esa basura algún día.

Y, además, tampoco aquí estaba todo completamente preparado para la vida: había buenos dormitorios, pero faltaba una verdadera cocina y un verdadero comedor. Cuando conseguimos a duras penas instalar una cocina, resultó que el sótano no estaba preparado. Pero el mal mayor era la falta de personal: en la segunda colonia no había nadie capaz de una iniciativa.

Todas estas circunstancias tuvieron como fruto que los colonos, que con tanto agrado y tanto brío efectuaban el enorme trabajo de reparar la segunda colonia, no quisieran vivir allí.

Brátchenko estaba dispuesto a recorrer veinte verstas diarias de una colonia a otra, estaba dispuesto a pasar hambre y sueño, pero consideraba un bochorno ser trasladado a la segunda colonia. Incluso Osadchi decía:

- Prefiero marcharme de la colonia a vivir en Trepke.

Todos los muchachos destacados de la primera colonia formaban entonces una sociedad tan amigable, que, para arrancar a alguno, sería preciso hacerlo con carne y todo. Trasladarles a la segunda colonia significaría arriesgar la segunda colonia y los propios colonos. Los muchachos lo comprendían muy bien.

- Nuestra gente -decía Karabánov-es igual que los buenos potros. Uno como Burún, si se le engancha bien y se le arrea como es debido, le llevará incluso con la cabeza erguida, pero, si se le aflojan las riendas, entonces le despeñará a usted y al carro por el primer precipicio.

Por eso, en la segunda colonia comenzó a formarse una colectividad distinta de la primera por el tono y el valor. Esta colectividad estaba integrada por muchachos no tan brillantes, ni tan activos, ni tan difíciles. De ellos emanaba una mediocridad colectiva, resultado de la selección por consideraciones pedagógicas.

Las personalidades interesantes eran allí casuales. Surgían de entre los pequeños, destacaban inesperadamente entre los nuevecitos, pero, en aquel entonces, estas

personalidades aún no habían tenido tiempo de manifestarse y se esfumaban en la masa gris de los trepkistas.

Y los trepkistas, en su conjunto, eran de un modo que nos disgustaba cada día más a los educadores, a los colonos y a mí. Vagos y sucios, incurrían hasta en un pecado mortal como la pedigüeñería. Sentían siempre envidia de la primera colonia y mantenían eternamente conversaciones misteriosas acerca de lo que había habido de almuerzo o de cena en la primera colonia, qué víveres habían sido llevados a la despensa de la primera colonia y por qué razón no se les había llevado a ellos. No eran capaces de una protesta fuerte y directa: cuchicheaban por los rincones y se insolentaban, sombríos, ante nuestros representantes oficiales.

Nuestros colonos habían empezado a adoptar una actitud despectiva hacia los trepkistas. Al volver de la segunda colonia, Zadórov y Vólojov solían traer consigo a algún quejumbroso y, metiéndole en la cocina, pedían:

- Haced el favor de dar de comer a este hambriento.

Por supuesto, el hambriento, partiendo de un falso amor propio, se negaba a comer. En realidad, los muchachos comían mejor en la segunda colonia que en la primera. La huerta estaba más próxima, se podía comprar algo en el molino y, en fin, tenían sus vacas propias.

Trasladar la leche a nuestra colonia era difícil: estaba lejos y no había bastantes caballos.

En la segunda colonia iba formándose una colectividad de vagos y quejicas. Como ya he indicado, de ello eran culpables muchas circunstancias y, más que nada, la falta de un núcleo y el mal trabajo del personal pedagógico.

Los pedagogos no querían trabajar en la colonia: poco salario y trabajo difícil. Por fin, la delegación de Instrucción Pública envió lo primero que le vino a las manos: Rodímchik y, en pos de él, Deriuchenko. Llegaron con sus mujeres y sus niños y se instalaron en los mejores locales de la colonia. Yo no protesté, contento de que se hubiese encontrado aunque fuera gente así.

Estaba claro como el agua que Deriuchenko era un auténtico petliurista. Desconocía la lengua rusa; adornó todos los edificios de la colonia con malos retratos de Shevchenko y emprendió inmediatamente la única cosa de que era capaz: cantar canciones ucranianas.

Deriuchenko era joven aún. En su cara todo aparecía ensortijado a la manera de un típico cosaco de Zaporozhie. Bigotes ensortijados, cabellera ensortijada y corbata ensortijada: un cordoncillo en torno al cuello de su bordada camisa ucraniana. Y, a pesar de todo, este hombre tenía que efectuar cosas monstruosamente indiferentes a la idea de la potencia ucraniana: estar de guardia en la colonia, entrar en la porqueriza, señalar la llegada al trabajo de los destacamentos mixtos y, durante las guardias de trabajo, ayudar a los colonos. Este trabajo era para él algo absurdo e insensato, y toda la colonia, un fenómeno completamente inútil, sin vínculo alguno con su obsesión.

Rodímchik servía de tanta utilidad a la colonia como Deriuchenko, sólo que era todavía más repulsivo...

Rodímchik tenía treinta años de experiencia de la vida. Antes de llegar a nuestra colonia había trabajado en diversas instituciones: en la investigación criminal, en las

cooperativas, en el ferrocarril y, por fin, se había dedicado a la educación de la juventud en las casas de niños.

Tenía un rostro extraño, que recordaba mucho algún morral viejo, deteriorado y rugoso. Todo en este rostro aparecía ajado y cubierto de una película roja: la nariz, un poco achatada e inclinada hacia un lado; las orejas, pegadas al cráneo como pliegues sin vida; la boca torcida, como deteriorada hacía mucho tiempo e incluso desgarrada por el uso largo y poco cuidadoso.

Después de llegar a la colonia y de instalarse con su familia en una casa recién reparada, Rodímchik trabajó una semana y de repente desapareció, enviándome una nota en la que decía que se marchaba a un asunto muy importante. A los tres días volvió en un carro campesino: tras el carro caminaba, atada, una vaca. Rodímchik ordenó a los colonos que instalaran su vaca junto a las nuestras. Incluso Shere, sorprendido, se desconcertó un poco.

Dos días más tarde Rodímchik corrió a quejárseme:

- Jamás creí que aquí se trataría de este modo a los empleados. Aquí, por lo visto, se han olvidado de que ahora no estamos ya en los viejos tiempos. Mis hijos y yo tenemos el mismo derecho a la leche que todos los demás. Y, si yo he dado prueba de iniciativa y no he esperado a que se me dé leche del Estado, ya que, como usted sabe, me he preocupado de comprar una vaca a costa de mis precarios recursos y la he traído yo mismo a la colonia, usted puede comprender que esto debe ser fomentado y en ningún caso perseguido. ¿Y qué trato se le da a mi vaca? En la colonia hay varios almiares de heno. Además, la colonia obtiene a bajo precio en el molino salvado y otras cosas. Y, sin embargo, todas las vacas comen, y la mía pasa hambre, y los muchachos me responden muy groseramente que ellos no tienen nada que ver con mi vaca. Las demás vacas están limpias, y la mía lleva ya sucia cinco días. Resulta que es mi esposa quien tiene personalmente que limpiarla. Ella lo habría hecho, pero los muchachos no le dan pala ni horquillas y, además, tampoco le dan paja. Si una bagatela como la paja tiene importancia, debo advertirle que tomaré medidas terminantes. Es igual que no esté ahora en el Partido. He sido del Partido y merezco que no se trate así a mi vaca.

Yo contemplaba a este hombre sin comprenderle y en el primer momento no pude siquiera darme cuenta de si había posibilidad de luchar contra él.

- Permítame, camarada Rodímchik, ¿qué dice usted? La vaca, a pesar de todo, es su propiedad privada. ¿ Cómo puede usted mezclar estas cosas? Y, en fin, usted es un pedagogo. ¿En qué situación se coloca con relación a los educandos?

- Pero ¿de qué se trata? -tableteó Rodímchik-. Yo no quiero absolutamente nada de balde. Pagaré, claro está, el forraje y el trabajo de los educandos, si el precio no es muy elevado. Y cuando hace poco los colonos, indudablemente fueron ellos, le robaron la boina a mi niño, yo no dije nada.

Le envié a Shere.

Shere había tenido tiempo de volver en sí para entonces y expulsó de la cuadra a la vaca de Rodímchik. Días más tarde, la vaca desapareció: probablemente la habría vendido su dueño.

Pasaron dos semanas. Vólojov planteó en una asamblea general:

- ¿Por qué Rodímchik se lleva las patatas de las huertas de la colonia? Nuestra cocina no tiene patatas, y Rodímchik se las lleva. ¿Quién le ha autorizado?

Los colonos apoyaron a Vólojov.

- No se trata de las patatas -dijo Zadórov- . Tiene familia y podía haber pedido permiso: a nosotros no nos duelen las patatas. Pero, ¿qué falta nos hace este Rodímchik? Se pasa el día entero en su casa, cuando no se va a la aldea. Los muchachos andan sucios, no le ven nunca y viven como salvajes. Incluso cuando se le busca para que firme el parte, tampoco se le encuentra: está durmiendo o almorzando o no tiene tiempo, y siempre hay que esperar. ¿Qué provecho sacamos de él?

- Nosotros sabemos cómo deben trabajar los educadores -opinó Taraniets- . ¿Y Rodímchik? Cuando le toca la guardia de trabajo, se presenta con la pala, no hace nada y media hora más tarde dice: Bueno, tengo que ir a un asunto , y desaparece, pero dos horas más tarde ya viene de la aldea con algo en la bolsa...

Yo prometí a los muchachos que tomaría medidas. Al día siguiente llamé a Rodímchik. Llegó al anochecer y, a solas con él, empecé a reprenderle, pero no hice más que empezar. Rodímchik me interrumpió indignado:

- Sé quién trabaja contra mí, quién me pone la zancadilla: ¡todo es obra de ese alemán! Valdría más que usted, Antón Semiónovich, comprobase qué clase de hombre es. Yo lo he hecho ya: para mi vaca no he logrado paja incluso pagándola y he tenido que venderla. Mis hijos carecen de leche y debo traerla de la aldea. Después de esto pregunte usted: ¿con qué alimenta Shere a su Milord ? ¿Sabe usted con qué le alimenta? No, no lo sabe usted. Pues lo que hace es coger el mijo destinado a las vacas y cocerlo para Milord . ¡El mijo! El mismo lo cuece y se lo da al perro sin pagar nada. Y el perro se come el mijo de la colonia completamente gratis y en secreto, valiéndose de que Shere es agrónomo y de que usted tiene confianza en él.

- ¿Cómo sabe usted todo eso?

- ¡Oh! Yo nunca hubiera hablado sin pruebas. No soy así: mire usted...

Extrajo de un bolsillo interior un pequeño paquete y lo desenvolvió. En el paquetito apareció algo entre negro y blanco, una extraña mezcla.

- ¿Qué es eso? -pregunté sorprendido.

- Esto lo demostrará todo: son excrementos de Milord . Excrementos, ¿comprende usted? He estado vigilando hasta que he podido conseguirlos. ¿Ve usted las deposiciones de Milord ?

Mijo puro. ¿Y usted cree que Shere lo compra? Claro que no lo compra; lo coge simplemente de la despensa.

Yo le dije a Rodímchik:

- ¿Sabe usted una cosa? Sería mejor que se marchara de la colonia.

- ¿Cómo que me marche?

- Sí, que se vaya lo antes posible. Hoy daré una orden despidiéndole. O, si no, preséntеme una solicitud de baja voluntaria; esto será lo mejor.

- No dejaré así la cosa.

- Bueno. No la deje usted, pero yo le despido.

Rodímchik se fue; dejó así la cosa y tres días más tarde abandonó la colonia.

¿Qué se podía hacer con la segunda colonia? Los trepkistas salían malos colonos, y era imposible seguir tolerándolo. Entre ellos las peleas eran continuas, siempre estaban robándose unos a otros: indicios evidentes de una mala colectividad.

¿Dónde encontrar gente para este maldito trabajo? ¡Verdadera gente!

¿Verdadera gente? Eso no era tan poco, ¡qué diablo!

LA CONQUISTA DEL KOMSOMOL

En 1923 las marciales filas de los gorkianos se aproximaron a una nueva fortaleza, que, aunque parezca extraño, hubo que tomar por asalto: el Komsomol, la organización de las Juventudes Comunistas.

La colonia Gorki no había sido nunca una organización cerrada. Ya desde el año 21 nuestras relaciones con la llamada población circundante se distinguían por su amplitud y su diversidad. Los vecinos inmediatos, tanto por motivos sociales como por motivos históricos, eran nuestros enemigos, contra los que nosotros luchábamos como podíamos, lo que no impedía que sostuviéramos también con ellos relaciones económicas, gracias, sobre todo, a nuestros talleres. Pero las relaciones económicas de la colonia se extendían mucho más allá de esa capa hostil, ya que servíamos a campesinos de un radio bastante extenso, penetrando en lugares tan distantes como Storozhevói, Machuji, Brigadírovka. Las grandes aldeas próximas a la colonia -Gonchárovka, Pirogovka, Andrúshevka, Zabirálovka- habían sido asimiladas ya por nosotros en el año 23 no sólo en el terreno económico. Incluso las primeras campañas de nuestros argonautas en busca de objetivos de orden estético como la investigación de las bellezas del elemento femenino local o la demostración de los propios adelantos en el dominio de los peinados, de las aposturas, de los modales y de las sonrisas, incluso estas primeras incursiones de los colonos en el mar campesino condujeron a una considerable extensión de las relaciones sociales. Precisamente, en esas aldeas los colonos conocieron a los komsomoles.

Las fuerzas del Komsomol en las aldeas próximas a la colonia eran muy débiles tanto en calidad como en cantidad. Los komsomoles aldeanos se interesaban más por el aguardiente y las muchachas, y frecuentemente ejercían una influencia negativa en los colonos. Sólo cuando en la orilla derecha del Kolomak, frente a la colonia, comenzó a organizarse el artel agrícola Lenin, convertido involuntariamente en el blanco de la enemistad de nuestro Soviet rural y de todo el grupo de caseríos, descubrimos temple combativo en las filas del Komsomol y entablamos amistad con los jóvenes del artel. Los colonos conocían perfectamente, hasta en sus pormenores más pequeños, todos los asuntos del nuevo artel y las dificultades que acompañaron su nacimiento. Ante todo, el artel mermó las grandes parcelas de tierra de los kulaks y provocó, por su parte, una resistencia colérica. La victoria no fue fácil para el artel.

Los campesinos de los caseríos constituían en aquella época una gran fuerza; tenían amistades en la ciudad, y para muchas personalidades urbanas su naturaleza de kulaks era -no se sabía por qué- un secreto. En esta lucha, los principales campos de batalla eran las oficinas de la ciudad y el arma fundamental, la pluma: por eso, los colonos no podían participar directamente en la lucha. Pero cuando terminó el asunto de la tierra y empezaron las complicadísimas operaciones del material agrícola, hubo para nuestros muchachos y para los del artel mucho trabajo interesante, que estrechó más aún su amistad.

Sin embargo, los komsomoles no desempeñaban tampoco el papel dirigente en el artel y eran de por sí más débiles que los colonos mayores. Nuestras clases enseñaban mucho a los colonos y habían profundizado sensiblemente sus conocimientos políticos. Los colonos se reconocían ya con orgullo como proletarios y calibraban bien la diferencia entre su posición y la posición de los jóvenes campesinos. El intenso trabajo agrícola, en ocasiones muy rudo, no borraba en ellos la firme certidumbre de que tenían por delante otra actividad.

Los mayores podían ya describir con más detalle lo que esperaban de su futuro y hacia dónde tendían. En la determinación de estos afanes y movimientos eran las fuerzas juveniles urbanas y no las rurales quienes ejercían el papel principal. Cerca de la estación había unos grandes talleres de reparación de locomotoras. Para los colonos eran un valiosísimo conglomerado de hombres y objetos estimables. Los talleres ferroviarios tenían un glorioso pasado revolucionario; en ellos actuaba un potente núcleo del Partido bolchevique. Los colonos soñaban con estos talleres como con un palacio de cuento, indescriptiblemente maravilloso.

En el palacio no refulgían las columnas fosforescentes de El Pájaro Azul,sino algo más soberbio: el titánico vuelo de las grúas, los poderosos martillos de vapor, los ingeniosos tornos-revólver, de complicada aparatura mental. (21) Por el palacio iban los hombres-dueños, príncipes nobilísimos, vestidos con preciosos atavíos, en los que brillaba el aceite de las locomotoras, y de los que se desprendían olores de acero y de hierro. Las manos de estos hombres tenían derecho a tocar los planos, cilindros y conos sagrados, toda la riqueza del palacio. Y estos hombres eran también unos hombres especiales. No tenían atildadas barbas pelirrojas y fisonomías grasientas como los hombres de los caseríos. Sus rostros eran finos e inteligentes. En ellos brillaban el conocimiento y el poder: el poder sobre los tornos y las locomotoras, el conocimiento de las complicadísimas leyes de las manivelas, los soportes, las palancas y los volantes. Y entre estos hombres había muchos komsomoles, que nos sorprendieron por su nueva y brillante apostura. Eran seguros y animosos. Al hablar, empleaban el rudo y chispeante lenguaje obrero.

Sí, los talleres ferroviarios eran el tope de las aspiraciones para muchos colonos de la época del año 22. Nuestros muchachos habian oído hablar también de obras todavía más notables de la humanidad: las fábricas de Járkov, de Leningrado, todas esas empresas legendarias de Putílov, de Sórmovo, del Combinado de Electricidad de Ucrania. ¿Acaso había pocas cosas en el mundo? Pero el modesto colono provincial no tenía derecho a soñar con todo.

Paulatinamente fuimos estrechando nuestras relaciones con los ferroviarios y así obtuvimos la posibilidad de verlos con nuestros propios ojos, de experimentar su encanto con todos los sentidos, incluso con el del tacto.

Ellos fueron los primeros en acudir a nosotros. Acudieron, precisamente, los komsomoles. Un domingo, Karabánov entró corriendo en mi despacho y gritó:

(21) .- Se refiere a los juegos de luz en la representación de la obra El Pájaro Azul, del escritor belga Mauricio Meterlink (1862-1949), por el Teatro de Arte de Moscú.

- ¡Han venido los komsomoles de los talleres! ¡Qué bien!...

Los komsomoles habían oído muchas cosas buenas acerca de la colonia y deseaban conocernos. Eran siete. Los muchachos les rodearon amorosamente en estrecho tropel y pasaron todo el día con ellos, mostrándoles la segunda colonia, nuestros caballos, el material agrícola, los cerdos, el invernadero; les mostraron también a Shere, sintiendo en lo hondo de su alma de colonos la insignificancia de nuestra riqueza en comparación con la de los talleres ferroviarios. Les sorprendió muchísimo que los komsomoles no presumiesen ante ellos, que no manifestaran su superioridad e incluso que se entusiasmaran y emocionasen un poco.

Antes de regresar a la ciudad, los komsomoles vinieron a hablar conmigo. Querían saber por qué en la colonia no había una organización del Komsomol. Yo les referí brevemente la historia trágica de este asunto.

Ya en el año 22 habíamos empezado a gestionar la organización en la colonia de un núcleo del Komsomol, pero las fuerzas locales de las Juventudes Comunistas se oponían decididamente a ello: la colonia era un centro de delincuentes; ¿qué komsomoles, pues, podía haber en ella?

A todas nuestras súplicas, discusiones, insultos, oponían una sola cosa: vuestros muchachos son delincuentes; que salgan de la colonia, que se compruebe que se han corregido; entonces podremos hablar de la admisión de algunos muchachos en el Komsomol.

Los ferroviarios expresaron su simpatía por nuestra causa y prometieron ayudarnos en la organización urbana del Komsomol. En efecto, el domingo siguiente volvió uno de ellos a la colonia, aunque sólo para comunicarnos tristes noticias. En el Comité urbano y en el de la provincia decían: Es justo. ¿Cómo puede haber komsomoles en la colonia, cuando entre los colonos hay muchos que han estado con Majnó, elementos delincuentes y, en general, gente turbia?

Yo le expliqué que entre nosotros había muy pocos majnovistas y que incluso éstos habían estado casualmente con Majnó. Por último también le expliqué que no era posible interpretar el término corregirse de un modo tan formal como lo comprendían en la ciudad. Para nosotros, no bastaba corregir a una persona. Era preciso educarla de un modo nuevo, no para hacer simplemente de ella un miembro inofensivo y seguro de la sociedad, sino para convertirla en un elemento activo de la nueva época. ¿Y cómo podía educarse esta persona si anhelaba incorporarse al Komsomol y no se le dejaba ingresar, recordándosele continuamente delitos antiguos, delitos, al fin y al cabo, infantiles? El ferroviario estaba y no estaba de acuerdo conmigo. La mayor dificultad consistía, según él, en el límite: ¿cuándo se podía admitir al colono en el Komsomol y cuándo no, y quién se encargaría de resolver esta cuestión?

- ¿Cómo que quién puede resolverla? La resolvería, precisamente, la organización del Komsomol que funcionase en la colonia.

Los komsomoles ferroviarios siguieron visitándonos con asiduidad, pero yo acabé comprendiendo que les movía un interés hasta cierto punto insano por nosotros. Nos consideraban, precisamente, como infractores de la ley, querían escudriñar con gran curiosidad el pasado de los muchachos y estaban dispuestos a reconocer nuestros éxitos

con una sola condición: que, a pesar de todo, no se trataba de muchachos corrientes. Me costó gran trabajo convencer de lo contrario a algunos komsomoles aislados.

Nuestras posiciones en esta cuestión seguían siendo las mismas que el primer día de existencia de la colonia. Yo consideraba que el método fundamental de reeducación de los delincuentes se basaba en la ignorancia completa de su pasado y tanto más de los antiguos delitos. Incluso para mí mismo fue poco fácil atenerme estrictamente a este método, porque, entre otros obstáculos, había que vencer también la propia naturaleza. Siempre se quería saber por qué había sido enviado el colono a la colonia, qué había hecho. La habitual lógica pedagógica trataba entonces de imitar a la lógica médica y repetía con una expresión inteligente en el rostro: para curar una enfermedad, es preciso conocerla. A veces, esta lógica me seducía también a mí y, en particular, a mis colegas y a la delegación provincial del Comisariado de Instrucción Pública.

La comisión encargada de los asuntos relacionados con los menores de edad nos enviaba los expedientes de los educandos, en los que se describía con todo detalle los diversos interrogatorios, careos y demás galimatías, que, según ellos, ayudaban a conocer la enfermedad.

En la colonia pude atraer a mi criterio a todos los educadores, y ya en 1922 pedía a la comisión que dejase de enviarme los expedientes. Del modo más sincero dejamos de interesarnos por los antiguos delitos de los colonos, y lo hacíamos tan bien, que hasta los propios colonos no tardaban en olvidarlos. Me alegraba mucho ver cómo desapareció gradualmente en la colonia todo interés por el pasado, cómo se esfumaba de nuestra vida todo el reflejo de los días enfermizos, malos y hostiles a nosotros. En este sentido llegamos al ideal completo: incluso a los nuevos colonos les daba vergüenza referir sus hazañas.

Y de pronto, con motivo de un asunto tan admirable como la organización del Komsomol en la colonia, teníamos que recordar precisamente nuestro pasado y restablecer los términos denigrantes para nosotros: corrección, infracción de la ley, expediente.

Gracias a la resistencia contraria, el afán de los muchachos por ingresar en el Komsomol se hizo apremiante y tenaz: estaban dispuestos a entablar verdaderas batallas. Colonos inclinados al compromiso, como Taraniets, proponían una maniobra: dar a los aspirantes al ingreso en el Komsomol un certificado de que se habían corregido y dejarles, naturalmente, en la colonia. La mayoría protestó contra semejante ardid.

- No hace falta eso -dijo, arrebatado de indignación, Zadórov- . No estamos tratando con mujiks. Aquí no hay que engañar a nadie. Necesitamos conseguir que el Komsomol funcione en la colonia, y el propio Komsomol determinará quién es digno y quién no.

Los muchachos visitaban frecuentemente las organizaciones urbanas del Komsomol y trataban de conseguir lo que querían, pero, en general, sin ningún éxito.

En el invierno del año 23 entablamos relaciones de amistad con otra organización del Komsomol. Esto fue por casualidad.

Un atardecer regresábamos Antón y yo a la colonia. La brillante y cuidada Mary tiraba de un ligero trineo. Cuando empezábamos a bajar la pendiente, nos encontramos con un fenómeno inesperado en nuestras latitudes: un camello. Mary fue incapaz de

superar un sentimiento natural de repugnancia, se estremeció, encabritóse y, toda palpitante, echó a correr. Antón quiso frenar a la yegua, apoyando las piernas en la parte delantera del trineo, pero no consiguió nada. Un defecto esencial de nuestro trineo, defecto que Antón, dicho sea en honor de la verdad, había indicado ya hacía tiempo -lo corto de las varas-, determinó los acontecimientos ulteriores y nos acercó a la nueva organización del Komsomol antes mencionada. Corriendo enloquecida por el pánico, Mary golpeaba con sus patas traseras el borde de hierro del trineo y, todavía más asustada, nos llevaba con enorme velocidad hacia la catástrofe inevitable. Antón y yo tirábamos de las riendas, pero esto producía algo peor aún:

Mary erguía la cabeza y se encrespaba más y más. Yo divisaba ya el lugar en que todo debía acabar de un modo más o menos lamentable: en el recodo de la carretera, junto a un abrevadero, se habían detenido unos cuantos trineos campesinos. Se hubiera dicho que no había salvación: la carretera estaba interceptada. Sin embargo, Mary cruzó, por no se sabe qué milagro, entre el abrevadero y un grupo de trineos urbanos. Sonó un chirrido de madera rota, sonaron gritos humanos, pero nosotros estábamos ya lejos. Terminada la pendiente, ahora corríamos, más tranquilos, por la carretera recta y llana. Antón pudo incluso mirar hacia atrás y mover la cabeza:

- Hemos destrozado un trineo: hay que correr.

Blandió el látigo sobre Mary, que, sin necesidad de ello, iba francamente al trote, pero yo detuve su enérgico brazo:

- No podemos escapar. ¡Mira qué diablo nos sigue!

Efectivamente, en pos de nosotros, lanzando de un modo amplio y tranquilo sus poderosas patas, venía un hermoso caballo de carrera y, tras de su grupa, un hombre con distintivos color frambuesa examinaba penetrante a los fracasados fugitivos. Nos detuvimos. El de los distintivos permanecía de pie en el trineo y se apoyaba en los hombros del cochero, porque no tenía donde sentarse: el asiento posterior y el respaldo del trineo habían quedado convertidos en una especie de enrejado bamboleante, y por el camino se arrastraban piezas y trozos desgarrados del trineo.

- Sígannos -nos lanzó, enfadado, el militar.

Le seguimos. Antón sonreía alegremente: le había agradado mucho el perfeccionamiento introducido por nosotros en el trineo. Diez minutos más tarde estábamos en la comandancia de la GPU, y sólo entonces se pintó en el rostro de Antón una sorpresa desagradable.

- Mira dónde hemos venido a caer: en la GPU...

Nos rodearon hombres de distintivos de color frambuesa y uno de ellos me gritó:

- ¡Claro está! ¡A quién se le ocurre poner de cochero a un chiquillo! ¿Acaso puede sujetar a un caballo? Tendrá que responder usted.

Antón vibró, ultrajado, y casi con lágrimas en los ojos movió la cabeza hacia el ultrajante:

- ¿Conque chiquillo? ¡Si no dejaran andar a los camellos por las calles! Pero se han empeñado en cultivar toda suerte de porquería y, claro, se mete entre los pies... ¿Es que una yegua puede mirarla?

- ¿De qué porquería hablas?

- De los camellos.

Los hombres de los distintivos de color frambuesa se echaron a reír.

- ¿De dónde son ustedes?

- De la colonia Gorki -respondí.

- ¿Oh, si son gorkianos! ¿Y usted es el encargado? Buenos peces hemos pescado hoy -se rió alegremente un hombre joven, llamando a sus compañeros y mostrándonos como a visitantes agradables.

Alrededor de nosotros se congregó una multitud. Los camaradas de la GPU se burlaban de su propio cochero y no dejaban en paz a Antón, haciéndole preguntas acerca de la colonia.

- Hace mucho tiempo que pensábamos ir por allá. Dicen que sois gente combativa. Iremos a veros el domingo.

Sin embargo, llegó el administrador y se puso enfadado a levantar un acta. Los demás le increparon:

- ¡Pero, hombre, deja tus modales burocráticos! Vamos a ver: ¿para qué escribes?

- ¿Cómo para qué? ¿Habéis visto cómo han dejado el trineo? Que lo arreglen ahora.

- Lo arreglarán sin necesidad de tu acta. ¿Verdad que sí? Más vale que nos contéis cómo vivís en la colonia. Dicen que incluso no tenéis celda de castigo.

- Pues no faltaba más que eso. ¡Celda de castigo! ¿Y ustedes tienen? -se interesó Antón.

La gente se echó otra vez a reír.

- El domingo, sin falta, iremos a veros. Os llevaremos el trineo para que lo reparéis.

- ¿Y en qué voy a ir yo hasta el domingo? -aulló el administrador.

Pero yo le tranquilicé:

- Nosotros tenemos otro trineo. Que venga uno ahora con nosotros y él se lo llevará.

Así, la colonia adquirió nuevos y excelentes amigos. El domingo llegaron a la colonia chequistas-komsomoles. Y de nuevo se puso a debate la misma cuestión maldita: ¿por qué los colonos no podían ser miembros del Komsomol? En la resolución de este problema, los chequistas se colocaron unánimemente de nuestro lado:

- Pero ¿qué inventos son ésos? -me decían-. ¿Qué delincuentes hay aquí? Esas son tonterías que deberían avergonzar a la gente seria... Nosotros moveremos este asunto, si no aquí, en Járkov.

Precisamente por aquel tiempo nuestra colonia pasó a depender directamente del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de Ucrania como una institución modelo y ejemplar para infractores de la ley. Comenzaron a visitarnos inspectores del Comisariado. No tenían ya nada de provincianos superficiales e ignaros, adeptos de la educación socialista bajo la influencia de las emociones primaverales. En la educación socialista, los de Járkov se interesaban poco por el alma, el derecho de la personalidad y otra chatarra lírica. Buscaban formas nuevas de organización y nuevos acentos. Lo más simpático de ellos era que no fingían ser el doctor Fausto, a quien le falta un solo momento feliz, sino que nos trataban como camaradas y estaban dispuestos a buscar con nosotros lo nuevo y a alegrarse de cada nueva partícula.

Los de Járkov se asombraron mucho al conocer nuestras desventuras con motivo de la cuestión del Komsomol:

- ¿Entonces trabajáis sin Komsomol?... ¿Que no se puede?... ¿ A quién se le ha ocurrido?

Por las tardes sostenían conversaciones secretas con los colonos mayores y concertaban el plan a seguir.

En el Comité Central del Komsomol de Ucrania, gracias a las gestiones del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y de nuestros amigos urbanos, la cuestión fue resuelta con la rapidez de un relámpago, y en el verano del año 23 se nombró a Tijon Néstorovich Kóval instructor político de la colonia.

Tijon Néstorovich era un hombre del campo. A pesar de sus veinticuatro años, había tenido tiempo de introducir en su biografía muchos aspectos interesantes, sobre todo relacionados con la lucha en el campo; había acumulado fuertes reservas de actividad política y era, además, un hombre inteligente, bonachón y tranquilo. Desde su primer contacto con los colonos les habló como un camarada, y tanto en el campo como en la era demostró ser un experto conocedor.

En la colonia se organizó una célula, integrada por nueve komsomoles.

COMIENZO DE LA MARCHA AL SON DE LAS FANFARRIAS

Deriuchenko, empezó a hablar de repente en ruso. Este acontecimiento antinatural estaba relacionado con una serie de sucesos desagradables en el nido de los Deriuchenko. La cosa empezó porque la mujer de Deriuchenko -persona, dicho sea de paso, totalmente indiferente a la idea ucraniana- se dispuso a dar a luz. Por emocionado que estuviera Deriuchenko ante las perspectivas del desarrollo de la gloriosa raza cosaca, estas emociones no fueron capaces de apearle de sus trece. En puro idioma ucraniano exigió de Brátchenko caballos para ir en busca de una comadrona. Brátchenko no renunció al placer de soltar varias sentencias, que condenaban tanto el nacimiento del joven Deriuchenko, suceso imprevisto por el plan de transporte de la colonia, como la invitación a hacer venir de la ciudad a una comadrona, porque, según opinión de Antón, era igual con comadrona que sin ella. A pesar de todo, dio los caballos a Deriuchenko. Al día siguiente, se puso de manifiesto que era preciso trasladar a la parturienta a la ciudad. Antón se disgustó tanto, que perdió la noción de la realidad y hasta dijo:

- ¡No daré caballos!

Pero Shere y toda la opinión social de la colonia y yo condenamos tan enérgica y severamente la conducta de Brátchenko, que no tuvo más remedio que dar los caballos. Deriuchenko escuchó pacientemente los razonamientos de Antón y quiso convencerle sin perder su magnificencia de expresión:

- Ya que se trata de un asunto que exige solución inmediata, le suplico, estimado camarada Brátchenko, que no pierda tiempo.

Antón manejaba datos matemáticos y se sentía seguro de su especial fuerza de persuasión:

- ¿Hemos enviado un par de caballos por la comadrona? Los hemos enviado. ¿Hemos llevado a la comadrona a la ciudad? Otro par de caballos, ¿verdad? ¿Usted cree que a los caballos les interesa mucho que alguien dé a luz?

- Sin embargo...

- ¡Ahí tiene usted el sin embargo! ¡Usted figúrese qué ocurriría si todos comenzaran con tales iniquidades!...

En señal de protesta, Antón enganchó para el asunto del parto los caballos menos estimados y más lentos. Luego aseguró que el faetón estaba estropeado y enganchó la carreta, sentando a Soroka en el pescante, indicio inequívoco de que no se trataba de un viaje de gala.

Pero cuando Antón se enfureció realmente fue el día en que Deriuchenko pidió caballos para ir en busca de la parturienta. No era un padre feliz: su primogénito, llamado prematuramente Tarás, vivió sólo una semana en la casa de maternidad y falleció sin haber añadido nada esencial a la historia de la raza cosaca. Deriuchenko manifestaba en su fisonomía un duelo completamente adecuado y se expresaba con cierta dejadez, pero, a pesar de ello, su dolor no llegaba a lo trágico, y Deriuchenko seguía hablando obstinadamente en ucraniano. En cambio, Brátchenko, a causa de su indignación y de la

impotencia de su cólera, no encontraba palabras en ningún idioma, y de sus labios salían retazos poco comprensibles:

- En balde corrieron. ¡Un cochero!... no hay por qué apresurarse... Se puede esperar una hora.

Todas parirán... Y todas sin objeto...

Deriuchenko reintegró a su nido a la desafortunada parturienta, y los sufrimientos de Brátchenko terminaron para mucho tiempo. Brátchenko no participó más en esta penosa historia, pero la historia no terminó así. Aún no había venido Tarás Deriuchenko al mundo cuando casualmente se inmiscuyó en la historia un tema extraño, que, sin embargo, no había de tener nada de extraño en lo sucesivo. También este tema hizo padecer a Brátchenko.

Consistía en lo siguiente.

Los educadores y todo el personal de la colonia recibían el suministro en caliente de la olla común de los colonos. Pero durante cierto tiempo, teniendo en cuenta las peculiaridades de la vida de familia y deseando descargar un poco la cocina, permití a Kalina Ivánovich que entregara a algunos sus raciones en seco. Así la recibía Deriuchenko. Una vez conseguí en la ciudad una cantidad mínima de manteca de vaca: tan poca, que duró sólo unos cuantos días y no se empleó más que en la olla común. Naturalmente, a nadie se le ocurrió incluirla en la ración en seco. Pero Deriuchenko se emocionó mucho al saber que en la olla de los colonos llevaba flotando ya tres días el valioso ingrediente y se apresuró a presentar una solicitud diciendo que prefería pasar a la olla común y renunciaba a la ración en seco.

Desgraciadamente, cuando Deriuchenko presentó su solicitud se había agotado toda la reserva de manteca en la despensa de Kalina Ivánovich, y esto dio base a Deriuchenko para correr a mí con una protesta ardiente:

- ¡No hay que burlarse de la gente! ¿Dónde está la manteca?

- ¿La manteca? No queda: se la han comido.

Deriuchenko presentó otra solicitud: su familia y él deseaban recibir la ración en seco.

Accedimos. No obstante, dos días más tarde Kalina Ivánovich trajo de nuevo manteca y de nuevo en la misma cantidad mínima. Deriuchenko soportó también este nuevo dolor rechinando los dientes y ni siquiera volvió a la olla común. Algo, sin embargo, debía haber ocurrido en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública: se esbozaba cierto largo proceso de inculcación periódica de manteca en el organismo de los funcionarios de la Instrucción Pública y de los educandos. Siempre que volvía de la ciudad, Kalina Ivánovich sacaba de debajo de su asiento una pequeña orza, pulcramente recubierta de gasa. La cosa llegó al extremo de que Kalina Ivánovich no iba a la ciudad sin esa orza. Lo más frecuente era, claro está, que la orza volviera sin estar cubierta por nada y que Kalina Ivánovich, haciéndola rodar desdeñosamente sobre la paja que cubría el fondo de la carreta, dijese:

- ¡Qué gente tan inconsciente! ¡Ya que dan, que lo hagan de modo que se vea! ¿Y ellos, los parásitos, qué hacen? ¡No se sabe si lo dan para oler o para comer!

A pesar de todo, Deriuchenko no resistió: otra vez pasó a la olla común. Sin embargo, este hombre era incapaz de observar la vida en su dinamismo. No veía que la

curva de las grasas en la colonia ascendía de manera constante y, políticamente débil, ignoraba que la cantidad, en una etapa determinada, se transforma en calidad. Este tránsito se abatió inesperadamente sobre la cabeza de su familia. De repente empezamos a recibir manteca en tanta abundancia, que juzgué posible incluirla en la ración en seco correspondiente a la quincena vencida. Las mujeres, las abuelas, las hijas mayores, las suegras y otros personajes de importancia secundaria salían de la despensa de Kalina Ivánovich llevando a su domicilio rectángulos dorados que eran el premio de su larga paciencia. En cuanto a Deriuchenko, no tuvo manteca: imprevisoramente se había comido la grasa que le correspondía en la forma inasequible y poco atractiva de la olla común de la colonia. Deriuchenko incluso palideció de tristeza por su desventura constante. Completamente desorientado, escribió una solicitud indicando su deseo de obtener la ración en seco. Su profundo dolor suscitaba la simpatía general, pero incluso embargado por este dolor se portó como un cosaco y como un hombre y no abandonó su entrañable lengua ucraniana.

En aquel momento el tema de las grasas coincidió cronológicamente con el intento fracasado de prolongar la raza de los Deriuchenko.

Deriuchenko y su mujer rumiaban todavía pacientemente el amargo recuerdo de Tarás, cuando el destino quiso restablecer su equilibrio y trajo a los Deriuchenko una alegría merecida desde hacía tiempo: en la colonia se dispuso la entrega de la ración en seco correspondiente a la quincena vencida y en ella se incluía otra vez manteca de vaca. El feliz Deriuchenko se presentó en la despensa de Kalina Ivánovich con una bolsa. El sol resplandeció y todo lo vivo irradiaba júbilo. Pero esta felicidad duró poco tiempo. Media hora más tarde Deriuchenko corrió a mi despacho, disgustado y ofendido hasta lo más hondo. Los golpes descargados por el destino sobre su fuerte cabeza habían llegado ya a ser insoportables. El hombre había descarrilado y ahora golpeaba las traviesas con las ruedas en correcto idioma ruso:

- ¿Por qué no se me ha entregado la grasa correspondiente a mi hijo?

- ¿A qué hijo? -pregunté yo asombrado.

- ¿Cómo a qué hijo? A Tarás. ¡Esto es una arbitrariedad, camarada director! La ración en seco es para todos los miembros de la familia, y ustedes deben darla.

- ¡Pero si usted no tiene ningún hijo Tarás!...

- A usted no le importa si lo tengo o no. Yo le he presentado un certificado de que mi hijo Tarás nació el 2 de junio y murió el 10. Por lo tanto, le corresponde la grasa de ocho días...

Kalina Ivánovich, que había venido especialmente a mi despacho para presenciar el litigio, agarró con cuidado a Deriuchenko por un codo.

- Camarada Deriuchenko, ¿qué idiota da manteca a un niño tan pequeño? Piense usted ¿acaso un niño puede resistir semejante comida?

Contemplé estupefacto a los dos.

- Pero, Kalina Ivánovich, ¿qué les pasa hoy a todos ustedes?... Ese niño pequeño murió hace tres semanas...

- ¡Ah, sí! ¡Es verdad que ha muerto! Entonces, ¿qué necesita usted? De todas formas, la grasa le será ahora tan útil al niño como una misa a un difunto. Y él está difunto, si puede uno expresarse así.

Deriuchenko, rabioso, iba y venía por la habitación y cortaba el aire con la palma de la mano:

- Durante ocho días ha habido en mi familia un miembro con derechos iguales a todos y usted debe entregarle lo que le corresponde.

Kalina Ivánovich, reprimiendo a duras penas una sonrisa, demostraba:

- ¡Pero qué va a tener derechos iguales! Aunque teóricamente sea así, en la práctica no queda nada de él. Sólo la apariencia.

Pero Deriuchenko había salido definitivamente del carril, y sus movimientos ulteriores fueron ya desordenados y repulsivos. Había perdido todas las expresiones floridas de su lenguaje y hasta los rasgos específicos de su persona -los bigotes, el cabello y la corbata- se desenrollaron y pendían lacios. Con tal aspecto llegó hasta el delegado provincial de Instrucción Pública, en quien produjo una impresión desagradable. El delegado me llamó:

- Ha venido a verme un educador suyo para quejarse. ¿Sabe usted una cosa? A tipos así hay que echarlos. ¿Cómo puede usted mantener en la colonia a un intrigante tan insoportable? Me ha llenado los oídos de una serie de tonterías: un tal Tarás, la manteca, ¡el diablo sabe qué!

- Pero si fue usted quien le designó.

- ¡No puede ser!... ¡Echelo inmediatamente!

A este grato resultado condujo la actuación mutua y reforzada de dos temas: Tarás y la manteca. Deriuchenko y su mujer se fueron por el mismo camino que Rodímchik. Yo me alegré, los colonos se alegraron y se alegró también el pequeño sector de la naturaleza ucraniana enclavado en las inmediaciones de los hechos descritos. Pero, al tiempo que alegría, yo sentí también inquietud. La cuestión de siempre -¿dónde encontrar a un hombre de verdad?- nos ponía ahora entre la espada y la pared, ya que en la segunda colonia no quedaba ni un solo educador. Sin embargo, la suerte favorecía, sin duda, a la colonia Gorki: inesperadamente para mí mismo, tropecé con el hombre de verdad que necesitábamos.

Tropecé con él en plena calle. Estaba en la acera, junto a una vitrina de la sección de abastos de la delegación de Instrucción Pública, y, de espaldas a la vitrina, contemplaba la calle cubierta de polvo y de paja y los objetos poco complicados que había en ella. Antón y yo estábamos sacando del depósito unos sacos de cereales. Antón metió el pie en un hoyo y se cayó. El hombre de verdad corrió al lugar del accidente y entre los dos terminamos de cargar el saco en nuestro carro. Di las gracias al desconocido y reparé en su ágil figura, en su rostro joven e inteligente y en la dignidad de su sonrisa en respuesta a mis palabras de reconocimiento. Llevaba con gallardía militar un blanco gorro cosaco de piel.

- ¿Seguramente es usted militar? -le pregunté.

- Ha acertado usted -sonrió el desconocido.

- ¿De caballería?

- Sí.

- En tal caso, ¿qué puede interesarle en la delegación de Instrucción Pública?

- Me interesa el delegado. Me han dicho que no tardará en llegar y estoy aguardándole.

- ¿Quiere usted obtener trabajo?
- Sí, me han prometido trabajo como instructor de educación física.
- Hable antes conmigo.
- Bueno.

Hablamos. Se encaramó a nuestro carro y nos dirigimos a la colonia. Mostré a Piotr Ivánovich la colonia, y al anochecer, el asunto de su nombramiento estaba resuelto.

Piotr Ivánovich aportó a la colonia todo un conjunto de felices peculiaridades. Tenía, precisamente, lo que nosotros necesitábamos: juventud, excelentes modales, una endiablada capacidad de resistencia, seriedad y buen ánimo, y no tenía nada de lo que no necesitábamos: ni siquiera una insinuación de prejuicios pedagógicos, ninguna fatuidad con relación a los educandos, ningún afán de medro personal. Y, además de todo ello, Piotr Ivánovich poseía cualidades complementarias: amaba el arte militar, sabía tocar el piano, tenía ciertas dotes poéticas y una gran fuerza física. Bajo su dirección, la segunda colonia adquirió, ya al día siguiente de su llegada, un nuevo tono. Piotr Ivánovich comenzó a agrupar a los muchachos en una comuna, valiéndose para ello bien de la broma, bien de la orden, bien de la ironía o el ejemplo. Aceptó a pies juntillas todas mis tesis pedagógicas y jamás las puso en duda, librándome de infructuosas discusiones pedagógicas y de inútil palabrería.

La vida de nuestras dos colonias se deslizaba como un tren bien engrasado. Yo sentía confianza y seguridad en el personal, cosa inusitada en mí: Tijon Néstorovich, Shere y Piotr Ivánovich, igual que nuestros veteranos, servían de verdad a la causa común.

Teníamos entonces unos ochenta colonos. Los cuadros de los años 20 y 21, cohesionados en un grupo muy unido, mandaban francamente en la colonia y eran para cada persona nueva una armazón de indómita voluntad, a la que tal vez fuese imposible no someterse. Por otra parte, yo casi no observé tentativas de resistencia. La colonia atraía y embargaba intensamente a los novatos por su bella forma exterior, por la precisión y la sencillez de su vida, por una relación bastante entretenida de tradiciones y hábitos diversos, cuyo origen no siempre recordaban ni siquiera los veteranos. Las obligaciones de cada colono se determinaban a través de expresiones exigentes y duras, pero todas estaban rigurosamente incluidas en nuestra constitución, y en la colonia casi no quedaba margen para ninguna clase de anarquías ni de extravagancias.(22) Al mismo tiempo, ante toda la colonia hallábase planteada una tarea cuya importancia no admitía dudas: terminar la reparación de la segunda colonia, agruparse todos en un solo sitio y ampliar nuestra hacienda. Nadie ponía en duda el carácter obligatorio de esta tarea para nosotros ni la seguridad de que la resolveríamos. Por eso, todos nos resignábamos fácilmente a la falta de muchas cosas, renunciábamos a distracciones superfluas, a un traje mejor, a un plato más de comida, invirtiendo cada kopek libre en la porqueriza, en las semillas, en una nueva máquina segadora. Observábamos una actitud tan tranquila y benévola respecto a nuestros pequeños sacrificios en aras de la reconstrucción, teníamos una fe tan alegre, que yo me permití una verdadera bufonada en una asamblea general, cuando alguien de los recién llegados dijo que ya era hora de tener pantalones nuevos.

(22) .- Se alude al Reglamento de la colonia, redactado por Antón Makárenko.

- El día en que terminemos la segunda colonia y seamos ricos -dije- tendremos de todo: los colonos llevarán camisas de terciopelo con cinturón de plata y las muchachas, vestidos de seda y zapatos de charol; cada destacamento tendrá automóvil y cada colono, además, su bicicleta propia. Y en toda la colonia plantaremos millares de Tosales. ¿Veis? Pero, por ahora, compremos con estos trescientos rublos una buena vaca Simmenthal.

Los colonos se reían de todo corazón, y después de ello ya no les parecían tan pobres los remiendos de percal en los pantalones y las gorras grises y grasientas.

También entonces había motivos para reprender a la capa superior de la colectividad colonística por sus numerosas desviaciones del camino hacia una moralidad ideal, pero ¿a quién no se puede reprender por ello en el globo terrestre? Y en nuestro difícil trabajo la capa superior se comportaba como un mecanismo exacto y puntual. Yo la apreciaba, sobre todo, porque la tendencia principal de su trabajo -tendencia casi imperceptible- era el afán de dejar de ser la capa superior, de absorber a toda la masa de los colonos.

Constituían esta capa superior casi todos nuestros viejos conocidos: Karabánov, Zadórov, Vérshnev, Brátchenko, Vólojov, Vetkovski, Taraniets, Burún, Gud, Osadchi, Nastia Nochévnaia.

Pero en el último tiempo se habían añadido a esos nombres otros nuevos: Oprishko, Gueórguievski, Zhorka Vólkov y Aliosha Vólkov, Stupitsin y Kudlati.

Oprishko había asimilado muchas cosas de Brátchenko: la pasión, el amor a los caballos y una capacidad sobrehumana de trabajo. No era tan original ni tan brillante, pero, en cambio, tenía cualidades propias: un brío exuberante hasta más no poder, movimientos ágiles y airosos.

A los ojos de la sociedad colonística, Gueórguievski era un ser bicéfalo. Por una parte, su aspecto inducía a llamarle gitano. Efectivamente, había algo de gitano en su rostro atezado, en sus ojos negros y saltones, en su ingenio indolente y bonachón, en su desdén de pillo por la propiedad privada. Pero, por otra parte, Gueórguievski procedía, indudablemente, de alguna familia intelectual: culto y atildado, tenía una belleza ciudadana y hablaba con un ligero deje aristocrático, arrastrando un poco las eres. Los colonos decían que Gueórguievski era hijo del antiguo gobernador de Irkutsk. El propio Gueórguievski negaba toda posibilidad de semejante origen vergonzoso, y en sus documentos no había ninguna huella de esa maldición del pasado, pero en tales casos yo me inclinaba siempre a dar crédito a los colonos.

Gueórguievski era uno de los jefes de la segunda colonia y le distinguía un espléndido rasgo: nadie se afanaba tanto con su destacamento como el jefe del sexto. Gueórguievski leía libros a los muchachos de su destacamento, les ayudaba a vestirse y personalmente les hacía lavarse, y podía suplicar, convencer, insistir sin fin. En el Soviet de jefes, él encarnaba siempre la idea del cariño a los pequeños, el interés por ellos. Y Gueórguievski podía alardear de importantes progresos en este terreno. A él se le confiaban los muchachos más sucios y más mocosos, y, al cabo de una semana, les transformaba en petimetres peinados con esmero, que seguían cuidadosamente las sendas de la vida laboriosa de la colonia.

Había dos Vólkov en la colonia: Zhorka y Aliosha. No tenían ningún rasgo común, aunque eran hermanos. Zhorka inició mal su vida en la colonia: manifestó una pereza invencible, una antipática naturaleza enfermiza, mal carácter y una mezquindad odiosa y ruin. Jamás sonreía, hablaba poco, y yo llegué a dictaminar: Éste no es nuestro; se escapará. Su regeneración se produjo sin ninguna solemnidad y sin esfuerzos pedagógicos. En una sesión del Soviet de jefes se puso de manifiesto que, para trabajar en la excavación de una bodega, no había más que una combinación posible: Galatenko y Zhorka. Se oyeron risas:

- ¡Dos vagos que ni buscados a propósito!

Todavía hubo más risas cuando alguien propuso llevar a cabo una experiencia interesante: formar con ellos un destacamento mixto y ver el fruto de su trabajo, ver cuánto cavaba. A pesar de todo, en calidad de jefe se eligió a Zhorka: Galatenko era peor aún. Zhorka fue llamado al Soviet, y yo le dije:

- Se trata de lo siguiente, Vólkov: has sido nombrado jefe de un destacamento mixto para cavar una bodega y te han dado a Galatenko. Pues bien, nosotros tenemos miedo a que no puedas con él.

Zhorka reflexionó un poco y masculló:

- Podré.

Al día siguiente, el colono de guardia, todo agitado, vino corriendo a buscarme.

- ¡Venga usted! Es muy interesante ver cómo Zhorka está amaestrando a Galatenko. Pero ande con cuidado. Si nos oyen, no veremos nada.

Ocultos entre la maleza, nos acercamos al lugar de la acción. En una plazoleta, habían sido marcados entre los restos del antiguo jardín los ángulos de la futura bodega. En un extremo, el sector de Galatenko; en el otro, el de Zhorka. Esto salta inmediatamente a la vista, tanto por la distribución de las fuerzas como por las evidentes diferencias en el rendimiento de trabajo.

Zhorka ha cavado ya varias toesas cuadradas y Galatenko, una franja estrecha. Sin embargo, Galatenko no está sentado: torpe, empuja con su grueso pie la pala desobediente, cava y, haciendo un esfuerzo, vuelve frecuentemente la pesada cabeza hacia Zhorka. Si Zhorka no le mira, Galatenko deja de trabajar, aunque mantiene el pie sobre la pala, dispuesto a la primera señal de alarma a hundirla en la tierra. Por lo visto, todas esas astucias tienen ya harto a Zhorka.

- ¿Crees que voy a estar siempre encima de ti, suplicándote? -pregunta a Galatenko-. No tengo tiempo que perder contigo, ¿sabes?

- ¿Y tú para qué te afanas tanto? -zumba Galatenko.

Zhorka, sin responderle, se acerca a él:

- No quiero hablar contigo, ¿comprendes? Y, si no cavas desde aquí hasta aquí, tiraré tu comida a la basura.

- ¡Como que van a dejarte! ¿Y qué te dirá Antón?

- Que me diga lo que quiera, pero yo tiro la comida: ya lo sabes.

Galatenko mira fijamente a Zhorka y comprende que cumplirá su amenaza...

- Si ves que trabajo -pregunta-, ¿por qué me das la lata?

Su pala comienza a moverse con más ligereza, y el colono de guardia oprime mi codo.

- Señálalo en el informe -susurro yo al de guardia.

Por la noche, el colono terminó así su informe:

- Merece atención el buen trabajo del tercero P mixto, mandado por Vólkov primero.

Karabánov encerró la cabeza de Vólkov entre las tenazas de sus manos y relinchó:

- ¡Ah! ¡No todos los jefes merecen tal honor!

Zhorka sonrió orgullosamente. Desde la puerta del despacho, Galatenko nos regaló también una sonrisa y carraspeó:

- ¡Sí, hoy hemos trabajado como diablos!

Y, desde entonces, la pereza de Zhorka desapareció igual que por encanto. El muchacho emprendió a todo vapor el camino de la perfección, y dos meses más tarde el Soviet de jefes le trasladó especialmente a la segunda colonia para que se hiciera cargo del séptimo destacamento, que adolecía de pereza.

Aliosha Vólkov agradó a todos desde el primer día. Era feo, con el rostro cubierto de manchas de los matices más diversos. Su frente era tan baja, que el pelo no parecía crecer hacia arriba, sino hacia adelante. Sin embargo, Aliosha era muy listo, por encima de todo, listo, y esto saltaba a los ojos de todos. Aliosha era el mejor jefe de los destacamentos mixtos: sabía calcular perfectamente el trabajo, distribuir a los pequeños, encontrar nuevos métodos, nuevas formas. Igual de listo era Kudlati, un muchacho de ancho rostro mongólico, recio y corpulento. Había sido bracero, pero en la colonia llevaba el mote de kulak; en efecto, sin la colonia, que con el tiempo debería llevarle hasta el carnet del Partido, Kudlati hubiera sido un kulak: en él predominaba demasiado un instinto profundamente económico, intestinal, el amor por las cosas, por los carros, los caballos, los rastrillos, el estiércol y el campo labrado, por cualquier trabajo en el cobertizo, en el granero. Kudlati era terriblemente razonable, discurría sin prisa, con la firme base de un rentista y un ahorrador concienzudo. Pero, como antiguo bracero, odiaba a los kulaks con la misma calma y la misma fuerza del sentido común; estaba profundamente convencido del valor de nuestra comuna, como de toda comuna en general.

Hacía tiempo que Kudlati se había convertido en la mano derecha de Kalina Ivánovich, y a finales del año 23 una parte considerable de la administración de nuestra economía descansaba ya en él.

Stupitsin era también un buen administrador, aunque de una índole completamente distinta.

Era un auténtico proletario. Procedía del proletariado de la ciudad de Járkov, y podía contar dónde habían trabajado su tatarabuelo, su abuelo y su padre. Hacía mucho tiempo que su apellido ornaba las filas proletarias de las fábricas de Járkov; su hermano mayor había sido deportado en 1905. Stupitsin era guapo. Tenía olas cejas finas y unos pequeños ojos agudos y negros. Alrededor de su boca, se dibujaba un hermoso ramo de músculos elásticos y finos; su rostro era rico en mímica, en transiciones bruscas y graciosas. Stupitsin representaba entre nosotros una de las ramas más importantes de la agricultura: la porqueriza de la segunda colonia, en la que los cerdos se multiplicaban con fabulosa rapidez. En la porqueriza trabajaba un destacamento especial, el décimo, mandado por Stupitsin. Stupitsin supo hacer de este destacamento un grupo enérgico,

que se parecía poco a los porqueros clásicos: los muchachos andaban siempre con libros, siempre estaban pensando en las raciones, en sus manos había lápices y cuadernos, en las puertas de las jaulas, inscripciones, en todas las esquinas de la porqueriza, diagramas y reglas, cada cerdo tenía su cédula. ¡Qué de cosas se podía ver en aquella porqueriza!

Al lado de la capa superior había dos amplios grupos próximos a ella, su reserva. Por una parte, eran antiguos y aguerridos colonos, excelentes trabajadores y camaradas, que, sin embargo, no poseían dotes visibles de organizadores, muchachos tranquilos y fuertes como Prijodko, Chóbot, Soroka, Leshi, Gléizer, Schnéider, Ovcharenko, Korito, Fedorenko y otros muchos. Por otra parte, estaban los pequeños de la generación creciente, el auténtico relevo, que ya ahora enseñaba sus dientes de futuros organizadores. Por su edad, no podían empuñar todavía las riendas del poder y, además, los puestos de mando estaban ocupados por los mayores, a quienes ellos querían y respetaban. Pero, al mismo tiempo, los pequeños ofrecían muchas ventajas: habían conocido más jóvenes el sabor de la vida de la colonia, habían asimilado sus tradiciones con más profundidad, creían más intensamente en el valor indiscutible de la colonia, y, sobre todo, eran más cultos, la ciencia tenía entre ellos más raíces. En parte, eran nuestros viejos conocidos: Toska, Shelaputin, Zheveli, Bogoiavlenski y, en parte, nombres nuevos: Lapot, Sharovski, Románchenko, Nazarenko y Véxler. Todos ellos eran los jefes y los activistas futuros de la época de la conquista de Kuriazh. También ahora se les elegía frecuentemente jefes de los destacamentos mixtos.

Los grupos enumerados de colonos constituían la mayor parte de nuestra colectividad. Estos grupos, por su entusiasmo, por su energía, por sus conocimientos y experiencias, eran muy fuertes, y los demás colonos podían solamente ir a su zaga. Para los propios colonos, la parte restante podía dividirse en tres grupos: el pantano, los pequeños y la chusma.

En el pantano entraban los colonos que no habían sobresalido en nada, inexpresivos como si ellos mismos no estuvieran seguros de ser colonos. Hay que decir, sin embargo, que del pantano salían continuamente personalidades notables y, además, que el pantano era un estado temporal. Durante algún tiempo estuvo compuesto en su mayoría por educandos de la segunda colonia. Pequeños, teníamos unos quince; para los colonos eran materia prima, cuya función principal consistía en aprender a limpiarse las narices. Por lo demás, tampoco los pequeños tendían a una actividad sobresaliente y se contentaban con los juegos, los patines, las lanchas, la pesca, los trineos y otras pequeñeces. Yo estimaba que tenían razón.

En la chusma había cinco muchachos. Aquí entraban Galatenko, Perepeliátchenko, Evguéniev, Gustoiván y alguno más. Fueron calificados así por decisión unánime de toda la sociedad, una vez evidentes los vicios que poseía cada uno de ellos: Galatenko era tragón y perezoso; Evguéniev, un charlatán epiléptico y embustero; Perepeliátchenko, un ser endeble, quejica, pedigüeño; Gustoiván, un santurrón idiotizado, medio tonto, que rezaba a la Virgen y soñaba con el convento. Los representantes de la chusma lograron, con el tiempo, librarse de alguno de esos defectos, pero esto tardó bastante.

Así era la colectividad de los colonos a finales del año 23. Desde el punto de vista exterior, todos los colonos, salvo rarísimas excepciones, tenían un aspecto gallardo y alardeaban de apostura militar. Teníamos ya una magnífica formación, que precedían

cuatro cornetas y ocho tambores. También contábamos con nuestra bandera, una hermosa bandera de seda, bordada igualmente en seda, regalo del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de Ucrania el día de nuestro tercer aniversario.

En los días de fiesta proletaria, la colonia entraba en la ciudad al son de sus tambores, asombrando a los ciudadanos y a los impresionables pedagogos por su aspecto marcial, su férrea disciplina y su original apostura. Siempre llegábamos los últimos a la plaza para no tener que esperar a nadie. Nos quedábamos inmóviles a la voz de firmes, los cornetas saludaban a todos los trabajadores de la ciudad y los colonos alzaban los brazos. Después, nuestras filas se rompían en busca de impresiones de fiesta, pero en el lugar que había ocupado la columna quedaban inmóviles el abanderado y los centinelas por delante y donde había estado la última fila un pequeño señalero con un banderín. Y esto tenía un aspecto tan imponente, que nadie se atrevió nunca a ocupar el puesto jalonado por nosotros.

Superábamos fácilmente nuestra pobre indumentaria recurriendo a nuestra inventiva y a nuestra audacia. Eramos adversarios resueltos de los trajes nuevecitos de percal, esta detestable peculiaridad de las casas de niños. Sin embargo, no teníamos trajes más caros.

Tampoco teníamos calzado nuevo y elegante. Por ello acudíamos descalzos al desfile, pero esto tenía la apariencia de ser algo deliberado. Los muchachos brillaban con sus nuevas camisas blancas y limpias. Los pantalones eran buenos, negros, doblados a la altura de las rodillas, por donde asomaba el blanco ribete de la pulcra ropa interior. También llevábamos dobladas las mangas de la camisa por encima del codo. Resultaba una formación alegre y elegante, que tenía algo de campestre.

Die Gorki-Kolonie auf dem Marsch während einer Fahrt

El 3 de octubre de 1923 una formación parecida se extendió por la plaza de la colonia. Este día terminó una complicadísima operación cuyo proceso había durado tres semanas. Por acuerdo de la asamblea unificada del Soviet pedagógico y del Soviet de jefes, la colonia Gorki se concentraba en una sola posesión, la antigua finca de los Trepke, y cedía su vieja casa junto al lago Rakítnoie a la delegación provincial del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública.

Para el 3 de octubre habíamos trasladado ya todo a la segunda colonia: los talleres, los cobertizos, las cocheras, las despensas, los objetos del personal, el comedor, la cocina y la escuela. En la mañana del día 3 no quedaban en la colonia más que cincuenta colonos, la bandera y yo.

A las doce de la mañana un representante de la delegación provincial de Instrucción Pública firmó el acta de recepción de la finca que había ocupado la colonia Gorki y se apartó. Yo ordené:

- ¡Ante la bandera, firmes!

Los colonos se irguieron en el saludo, tronaron los tambores, las cornetas rompieron a tocar.

La brigada de custodia de la bandera sacó la enseña del despacho. La colocamos en el flanco derecho y, aunque no sentíamos ningún rencor hacia nuestra vieja residencia, no nos despedimos de ella. Simplemente no nos gustaba mirar hacia atrás. Ni siquiera volvimos la cabeza cuando la columna de colonos, rompiendo el silencio campestre con el fragor de sus tambores, pasó junto al lago Rakítnoie, junto a la fortaleza de Andréi Kárpovich, por la calle del caserío y, descendiendo hacia el prado que festoneaba la hondonada del Kolomak, se encaminó al nuevo puente construido por los colonos.

En el patio de la segunda colonia se habían congregado todo el personal y muchos campesinos de Gonchárovka, y la formación de los muchachos de la segunda colonia resplandeció igual de bella e igual de inmóvil en el saludo a la roja enseña de Gorki.

Entrábamos en una nueva época.

LIBRO SEGUNDO

LA JARRA DE LECHE

Nos trasladamos a la segunda colonia un buen día tibio, casi estival. Aún no se había marchitado el follaje de los árboles, aún verdeaba la hierba en plena segunda juventud, refrescada por las primeras jornadas de otoño. También la segunda colonia era entonces como una mujer bella a los treinta años: bella para todos, feliz y segura de su indudable encanto. El Kolomak la rodeaba casi por todos lados, dejando un pequeño paso para la comunicación con Gonchárovka. Sobre el Kolomak pendían bulliciosas, como una espléndida cortina susurrante, las copas de los árboles de nuestro parque. Aquí había muchos rinconcitos umbríos y misteriosos, donde uno podía con gran éxito bañarse, criar sirenas, pescar o, en último caso, secretear con un buen amigo. Nuestros principales edificios estaban al borde de la alta ribera, y los chicos, desvergonzados y audaces, saltaban directamente de las ventanas al río, dejando en el poyo de la ventana su poco complicada indumentaria.

En otros lugares, allí donde se extendía el viejo jardín, la pendiente bajaba en terrazas, y Shere conquistó antes que nadie la gradería inferior. Aquí había siempre amplitud y sol. El Kolomak se deslizaba ancho y apacible, pero este lugar era tan poco adecuado para las sirenas como para la pesca y, en general, para la poesía. En lugar de poesía aquí florecían las coles y el casis. Los colonos acudían a este sitio exclusivamente movidos por intenciones prácticas, bien con la pala, bien con el azadón, y, a veces, acompañando a los colonos descendía penosamente hasta aquí, provisto de un arado el Korshun o la Banditka. En este mismo sitio estaba nuestro embarcadero: tres tablas que avanzaban sobre las olas del Kolomak a unos tres metros de la orilla.

Más lejos aún, el Kolomak, torciendo hacia el Este, extendía pródigamente ante nosotros unas cuantas hectáreas de prados buenos y jugosos, circundados de matorrales y de sotos.

Nosotros bajábamos a la pradera directamente desde nuestro nuevo jardín, y esta verde pendiente se prestaba a las mil maravillas al descanso: en las horas de ocio, la hierba parecía invitar a sentarse bajo la sombra de los álamos que se alzaban en el extremo del jardín y admirar una vez más el prado, y los sotos, y el cielo, y los tejados de Gonchárovka recortándose en el horizonte. A Kalina Ivánovich le agradaba mucho ese lugar, y algún que otro mediodía dominical me arrastraba consigo hasta allí.

A mí me encantaba hablar con Kalina Ivánovich de los mujiks, de nuestros trabajos, de las injusticias de la vida y de nuestro porvenir. Ante nosotros se extendía el prado, y esta circunstancia desviaba en ocasiones a Kalina Ivánovich de la buena senda filosófica.

- ¿Sabes, querido? La vida es como una mujer, no esperes justicia de ella. A aquel que, ¿comprendes?, tiene bigotes enhiestos le dará empanadas, y bollos, y una botella, pero al que ni siquiera le crece la barba, sin hablar ya de los bigotes, la muy miserable no le dará ni un trago de agua. Cuando yo estuve en los húsares... ¡Eh, tú, hijo de Satanás! ¿Dónde tienes la cabeza? ¿ Es que te la has comido con el pan o te la has dejado olvidada en el tren? ¿Dónde has metido el caballo? ¡Así te retuerzas, parásito! ¿No ves que ahí está sembrada la col?

Kalina Ivánovich pronuncia en pie el final de este discurso, agitando la pipa, ya lejos de mí.

A unos trescientos metros de nosotros sombrea en el césped un lomo castaño, pero a nuestro alrededor no se ve a ningún hijo de Satanás. Sin embargo, Kalina Ivánovich no se equivoca de dirección. El prado es el reino de Brátchenko. Aunque invisible, Brátchenko está siempre aquí, y el discurso de Kalina Ivánovich es, en realidad, como un conjuro. Después de dos o tres breves fórmulas más, Antón se materializa, pero, de completo acuerdo con el ambiente espiritista, no aparece junto al caballo, sino detrás de nosotros, en el jardín.

- ¿Por qué grita usted, Kalina Ivánovich? ¿Dónde diablos están las coles y dónde diablos el caballo?

Comienza una discusión especial, de la que hasta un profano absoluto en el particular puede comprender cuánto ha envejecido Kalina Ivánovich y qué mal se orienta en la topografía de la colonia. En efecto, se ha olvidado del lugar donde está el campo de coles.

Los colonos dejaban envejecer tranquilamente a Kalina Ivánovich. Hacía ya tiempo que la agricultura pertenecía indivisiblemente a Shere, y Kalina Ivánovich sólo a título de crítico quisquilloso intentaba, a veces, meter su vieja nariz en algunas rendijas agrícolas. Pero Shere sabía pellizcar esta nariz con una broma fría y cortés, y entonces Kalina Ivánovich se rendía:

- ¿Qué vas a hacerle? En mis tiempos, teníamos trigo. Ahora que prueben otros: orgullo les sobra, pero vamos a ver si les crece el trigo.

En la administración general Kalina Ivánovich se acercaba más a la situación del rey de Inglaterra: reinaba sin gobernar. Todos reconocíamos su majestad administrativa y nos inclinábamos respetuosamente ante sus sentencias, pero hacíamos las cosas a nuestro modo.

Esto ni siquiera ofendía a Kalina Ivánovich, porque no le distinguía un amor propio enfermizo y, además porque lo que estimaba ante todo eran sus sentencias, igual que para su colega inglés lo que más valía era el oropel.

Según la vieja tradición, Kalina Ivánovich seguía yendo a la ciudad, y su salida era rodeada ahora de cierta solemnidad. Kalina Ivánovich había sido siempre partidario del lujo antiguo, y los muchachos no ignoraban su sentencia:

- El señor lleva faetón a la moda y caballo hambriento, mientras que un buen amo prefiere carro no tan hermoso, pero caballo brioso.

Los colonos alfombraban de heno fresco la vieja carreta, semejante a un ataúd, y la cubrían de sacos limpios. Luego enganchaban el mejor caballo y se acercaban a la puerta de Kalina Ivánovich. Todas las autoridades y rangos administrativos hacen lo preciso para este momento: Denís Kudlati, ayudante del administrador, guarda en el bolsillo la lista de las operaciones urbanas; Aliosha Vólkov, encargado de la despensa, mete bajo el heno los cajones que hacen falta, las cuerdas, las orzas y demás envases. Kalina Ivánovich se hace esperar tres o cuatro minutos, después sale con una gabardina limpia y bien planchada, enciende la pipa preparada para este minuto, inspecciona rápidamente el caballo o el carro, y a veces lanza entre dientes, con un aire importante:

- ¡Cuántas veces te he dicho que para ir a la ciudad no te pongas un gorro tan roto!... ¡Vaya una gente obtusa!

Mientras Denís cambia de gorro con algún camarada, Kalina Ivánovich se encarama al asiento y ordena:

- ¡Venga, arrea!

En la ciudad, lo que hace principalmente Kalina Ivánovich es permanecer sentado en el despacho de algún magnate del abastecimiento, dándose tono y tratando de mantener el honor de la fuerte y rica potencia: la colonia Gorki. Por eso precisamente sus charlas versan más que nada sobre cuestiones de alta política:

- Los mujiks tienen de todo. Se lo digo yo con seguridad.

Mientras tanto, Denís Kudlati, tocado con un gorro ajeno, boga y se sumerge en el mar administrativo, que está un piso más abajo: hace pedidos, discute con encargados y oficinistas, carga cajones y sacos en el carro sin rozar el puesto intangible de Kalina Ivánovich, da de comer al caballo y a eso de las tres irrumpe en el despacho, todo lleno de harina y de aserrín:

- Podemos marcharnos, Kalina Ivánovich.

Kalina Ivánovich florece en una sonrisa diplomática, estrecha la mano del jefe e interroga diligente a Denís:

- ¿Has cargado todo como es debido?

De vuelta a la colonia, el agotado Kalina Ivánovich descansa, y Denís, después de engullir a toda prisa su comida ya fría, pasea hasta muy entrada la noche su fisonomía mongólica por las rutas administrativas de la colonia y se afana como una vieja.

Orgánicamente, Kudlati no podía ver tirado nada de valor; sufría si caía paja del carro, si se extraviaba algún candado, si la puerta del establo pendía de un gozne. Denís sonreía pocas veces, pero jamás parecía irritado, y sus prédicas a los despilfarradores de los valores económicos no eran nunca fastidiosas y pesadas: tanta solidez convincente, tanta voluntad contenida había en ellas. Kudlati sabía reprender a los frívolos pequeñuelos que consideraban en su simplicidad que el hecho de trepar a un árbol era la inversión más racional de la energía humana y con un solo movimiento de sus cejas les hacía descender del árbol.

- Me gustaría saber, hablando en propiedad, con qué razonas -les decía-. Te falta poco para casarte, y te dedicas a escalar sauces y a romperte los pantalones. Ven, que voy a darte otros.

- ¿Cómo otros? -respondía el pequeño, inundado de un sudor frío.

- Una especie de mono para trepar a los árboles. Pero dime, hablando en propiedad, ¿dónde has visto a un hombre con pantalones nuevos subiéndose a los árboles? ¿Has visto a alguno?

Denís se hallaba profundamente penetrado de espíritu administrativo y por eso era incapaz de reparar en el sufrimiento humano. No podía comprender la sencilla sicología humana: si el pequeño se había subido al árbol era precisamente por hallarse entusiasmado con motivo de la obtención de unos pantalones nuevos. Los pantalones y el árbol tenían una relación de causa, pero Denís pensaba que eran cosas incompatibles.

Sin embargo, la política inflexible de Kudlati era indispensable, ya que nuestra pobreza exigía una economía feroz. Por eso, el Soviet de jefes le confería invariablemente el cargo de ayudante del administrador, rechazando sin vacilar las quejas pusilánimes de los pequeños contra las represalias de Denís -injustas según ellos- respecto a los pantalones. Karabánov, Belujin, Vérshnev, Burún y otros viejos colonos estimaban mucho la energía de Kudlati, a la que ellos se sometían dócilmente en primavera, cuando Denís ordenaba en alguna asamblea general:

- Mañana tenéis que entregar el calzado en el depósito; en verano se puede andar descalzo.

En octubre de 1923, Denís trabajó mucho. A duras penas instalamos a diez destacamentos de colonos en los edificios que habíamos reparado por completo. En el viejo palacio de los terratenientes -nosotros lo llamábamos la casa blanca- instalamos los dormitorios y la escuela, y en la gran sala, que pasó a sustituir a la terraza, dispusimos nuestro taller de carpintería. El comedor lo dejamos en un semientresuelo de la segunda casa, donde estaban las habitaciones del personal. No tenía cabida para más de treinta personas, y por esta razón comíamos en tres turnos. Los talleres de fabricación de ruedas, de costura y de calzado se refugiaron en rincones, muy poco semejantes a naves de trabajo. Todos en la colonia padecíamos de falta de espacio, tanto los educandos como los educadores. Y, lo mismo que una obsesionante alusión a nuestro posible bienestar, en el jardín se alzaba una casa de dos pisos estilo imperio, burlándose de nuestra imaginación con la amplitud de sus espaciosas habitaciones, sus techos revestidos de molduras y su gran terraza abierta, avanzando sobre el jardín. Si aquí hubiera pavimentos, ventanas, puertas, escaleras y calefacción, tendríamos unos magníficos dormitorios para ciento veinte personas y podríamos dejar libres otros edificios para necesidades pedagógicas de toda índole. Pero esto requería unos seis mil rublos, y nosotros no los teníamos, porque nuestros ingresos corrientes se invertían en la lucha contra los obstinados restos de la antigua miseria, a la que estábamos dispuestos a no volver. En este frente, nuestra ofensiva había aniquilado ya los klift, los gorros en jirones, los catres plegables, los edredones de la época del último Románov y los trapos en que los muchachos se envolvían los pies. Hasta había comenzado a venir dos veces al mes un peluquero y, aunque nos cobraba diez kopeks por el rapado al cero y veinte por el corte del pelo, podíamos permitirnos el lujo de cultivar en las cabezas de los colonos peinados de moda a la polaca, a lo político, y otros frutos de la cultura europea. Cierto que nuestros muebles estaban todavía por barnizar, que comíamos con cucharas de madera, que nuestra ropa se hallaba llena de remiendos, pero eso era porque invertíamos la mayor parte de nuestros ingresos en herramientas de trabajo, en instrumentos y en capital básico.

Nos faltaban seis mil rublos y no teníamos ninguna esperanza de obtenerlos. En las asambleas generales de los educandos, en el Soviet de Jefes o simplemente en las conversaciones de los colonos mayores, en los discursos de los jóvenes comunistas y muchas veces hasta en el gorjeo de los pequeñuelos se oía con frecuencia esa cifra, que, en todos estos casos, aparecía inasequible en absoluto por su magnitud.

En aquel tiempo la colonia Gorki dependía del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, que nos daba pequeñas sumas para nuestro presupuesto. De su cantidad se puede juzgar aunque no sea más que por el hecho de que para el vestuario de cada colono destinábanse veintiocho rublos anuales. Kalina Ivánovich se indignaba:

- ¿Quién será el listo que asigna esa suma? ¡Cuánto me gustaría verle la cara para saber cómo es, porque, después de haber vivido sesenta años, ¿comprendes?, no he visto todavía a hombres así, ¡parásitos!

Tampoco yo los había visto, a, pesar de ir frecuentemente por el Comisariado. Esa cifra no era asignada por ningún organizador, sino obtenida de una simple división entre el número de niños desamparados y la cantidad de rublos disponibles.

La casa roja, como nosotros designábamos simplemente a la casa imperio de Trepke, estaba arreglada igual que para un baile, pero el baile llevaba mucho tiempo siendo aplazado. Incluso las primeras parejas de bailarines -los carpinteros- no habían sido invitadas aún.

Sin embargo, esa triste coyuntura no hacía que los colonos se sintieran abatidos. Karabánov atribuía tal circunstancia a algo diabólico:

- Los diablos nos ayudarán, ¡ya lo verá! Tenemos suerte, ¿no ve usted que somos bastardos?... Ya lo verá: si no son los demonios, será alguna fuerza satánica, tal vez una bruja o algo por el estilo. Es imposible que la casa esté así tan estúpidamente ante nuestros ojos.

Y por eso, cuando recibimos un telegrama anunciándonos que la inspectora Bókova, de la Ayuda a la Infancia de Ucrania, visitaría el 6 de octubre la colonia y que era preciso enviar caballos en su busca al tren de Járkov, los círculos dirigentes de la colonia consideraron la noticia con suma atención y muchos expusieron ideas directamente relacionadas con la reparación de la casa roja:

- Esa viejecita puede darnos los seis mil rubios...

- ¿Y cómo sabes tú que es una viejecita?

- En la Ayuda a la Infancia siempre hay viejas.

Kalina Ivánovich dudaba:

- De la Ayuda a la Infancia no recibiréis nada. Yo lo sé ya. Nos pedirá que admitamos a tres muchachos. Y, además, hay que tener en cuenta que es una mujer: teóricamente, las mujeres son iguales a los hombres, pero, en la práctica, siguen siendo mujeres...

El día 5, el negociado de Antón Brátchenko se dedicó a limpiar el faetón de dos caballos y a trenzar las crines del Pelirrojo y de Mary. Eran poco frecuentes en la colonia los visitantes de la capital, y Antón sentía gran respeto por ellos. En la mañana del 6 fui a la estación, llevando en el pescante al propio Brátchenko.

En la plaza de la estación, Antón y yo, sentados en el faetón, examinábamos atentamente a todas las viejecitas y, en general, a todas las mujeres por el estilo del

Comisariado de Instrucción Pública que aparecían en la plaza, cuando, de repente, oímos que una persona poco adecuada para nosotros nos preguntaba:

- ¿De dónde son esos caballos?

Antón respondió entre dientes con bastante grosería:

- Nosotros tenemos nuestros asuntos. Ahí están los cocheros.

- ¿No son ustedes de la colonia Gorki?

Antón alzó las piernas y giró en el pescante alrededor del eje. También yo me interesé.

Teníamos ante nosotros un ser completamente inesperado: un liviano abrigo gris a grandes cuadros, bajo el que asomaban unas piernecitas coquetonas enfundadas en seda: y un rostro cuidado, rosáceo, con hoyuelos de calidad superior en las mejillas y unos ojos brillantes bajo las cejas de delicado dibujo. Emergiendo de un chal de encaje, nos contemplaban unos esplendorosos bucles rubios. Tras ella, un mozo, y, en sus manos, un bagaje insignificante: una caja y una maleta de buen cuero.

- ¿Es usted la camarada Bókova?

- ¿Ve usted? Yo he adivinado en seguida que eran ustedes de la colonia Gorki.

Antón, al fin recobrado, movió seriamente la cabeza y examinó con atención las bridas.

Bókova saltó al carruaje, sustituyendo el aire de la calle que nos envolvía por otro gas, fresco y aromático. Yo me encogí todo lo que pude en el fondo del asiento, pero me sentía muy turbado por la imprevista vecindad.

Durante todo el camino la camarada Bókova gorjeó acerca de diferentes cosas. Había oído hablar mucho de la colonia Gorki, y un deseo terrible de ver cómo era se había apoderado de ella.

- ¡Ah, camarada Makárenko, usted sabe qué difícil, qué difícil es tratar con esos muchachos! Me dan mucha lástima, y ¿sabe?, siento muchos deseos de ayudarles en algo. ¿Éste es un educando? ¡Qué chico tan simpático! ¿No se aburren ustedes aquí? En estas casas de niños la gente se aburre bastante, ¿sabe? Entre nosotros se habla mucho de usted. Sólo que dicen que usted no nos estima.

- ¿A quién?

- A nosotras, las damas de la educación socialista.

- No comprendo.

- Dicen que usted nos llama así: las damas de la educación socialista.

- ¡Vaya una novedad! -exclamé-. Jamás he llamado así a nadie, pero... eso, naturalmente, está bien dicho.

Me eché a reír sinceramente. Bókova se sentía entusiasmada por un calificativo tan feliz.

- ¿Sabe? En parte, eso es justo: hay muchas damas que se dedican a la educación socialista. Yo también soy una dama de ésas. Pero de mí no oirá usted nada sabio... ¿Está satisfecho?

Antón no hacía más que volver la cabeza, contemplando seriamente con los ojos desorbitados a un pasajero tan poco habitual.

- ¡No hace más que mirarme! -se echó a reír Bókova-. ¿Por qué me mira de ese modo?

Antón enrojeció y, farfullando algo ininteligible, arreó a los caballos.

En la colonia nos acogieron los colonos, llenos de curiosidad, y Kalina Ivánovich, también.

Semión Karabánov, azorado, se llevó las manos al cuello, ademán que expresaba su total turbación. Zadórov entornó un ojo y sonrió.

Presenté a Bókova a los colonos, y ellos se la llevaron afablemente consigo para mostrarle la colonia. Kalina Ivánovich me tiró de la manga:

- ¿Y qué le damos de comer? -preguntó.

- Te juro que no lo sé -respondí, imitando el tono de Kalina Ivánovich.

- Opino que hay que darle leche, mucha leche. ¿Tú qué piensas?

- No, Kalina Ivánovich, hay que darle algo de más consistencia...

- ¿Y qué voy a hacer? ¿Matar un cerdo? ¡Eduard Nikoláievich no nos dejará!

Kalina Ivánovich se fue a resolver el problema de la comida para la ilustre visitante y yo corrí a reunirme con Bókova. Ya había tenido tiempo de entablar amistad con los muchachos.

- Llamadme María Kondrátievna -les decía.

- ¿María Kondrátievna? ¡Eso sí que está bien!... Pues mire usted, María Kondrátievna, éste es nuestro invernadero. Nosotros mismos lo hemos construido; yo también he cavado aquí bastante. ¿ Ve usted? Todavía tengo callos.

Karabánov mostraba su mano, que parecía una pala, a María Kondrátievna.

- Mentira, María Kondrátievna. Esos callos son de remar.

María Kondrátievna giraba vivamente su bella cabeza rubia, libre ya del chal de viaje, y demostraba escaso interés por el invernadero y por otros adelantos nuestros.

Los muchachos mostraron igualmente a María Kondrátievna la casa roja.

- ¿Por qué no la terminái s? -preguntó María Kondrátievna.

- Seis mil -dijo Zadórov.

- ¡Ah! ¿No tenéis dinero? ¡Pobrecitos!

- ¿Y usted lo tiene? -rugió Semión-. ¡Oh, entonces!... ¿Sabe usted una cosa? Vamos a sentarnos aquí en la hierba.

María Kondrátievna se sentó graciosamente en la hierba, al lado mismo de la casa roja. Los muchachos le describieron en vivos colores nuestra estrechez y los futuros contornos opulentos de nuestra vida una vez reparada la casa roja.

- Comprenda usted: ahora tenemos ochenta colonos y podríamos tener ciento veinte. ¿Comprende?

Del jardín salió Kalina Ivánovich y, tras él, Olia Vóronova con una enorme jarra, dos tazones campesinos de barro y medio pan de centeno. María Kondrátievna se admiró:

- ¡Magnífico! ¡Qué bien organizado lo tenéis todo! ¿Este abuelito es también de la colonia? El colmenero, ¿verdad?

- No, no soy colmenero -floreció en una sonrisa Kalina Ivánovich-ni lo he sido nunca, pero esta leche vale más que cualquier miel. No se la hemos comprado a una aldeana cualquiera, es de la colonia de trabajo Gorki. Usted no ha bebido nunca una leche semejante, fría y dulce.

María Kondrátievna batió palmas y se inclinó sobre el tazón, en el que Kalina Ivánovich vertía solemnemente la leche. Zadórov se apresuró a utilizar este notable momento:

- Usted posee esos seis mil rublos sin utilidad alguna y nosotros, en cambio, tenemos la casa sin reparar. Esto es injusto, ¿comprende?

María Kondrátievna, ahogándose del frescor de la leche, susurró con voz de sufrimiento:

- Esto no es leche, sino una felicidad... Jamás en la vida...

- Bueno, ¿y los seis mil? -preguntó Zadórov y sonrió con insolencia.

- ¡Qué materialista es este muchacho! -exclamó María Kondrátievna, entornando los ojos-. Necesitáis seis mil rubios? ¿Y yo qué recibiré a cambio?

Zadórov miró impotente a su alrededor y abrió los brazos, dispuesto a ofrecer en lugar de los seis mil rublos toda su riqueza. Karabánov no lo pensó mucho:

- Podemos ofrecerle todo cuanto usted quiera de semejante felicidad.

- ¿Qué felicidad? -refulgió María Kondrátievna con todos los colores del arco iris.

- Leche fría.

María Kondrátievna, desfalleciendo de risa, se dejó caer de bruces contra la hierba.

- No, no vais a embaucarme con vuestra leche. Os daré los seis mil rublos, pero tendréis que admitir a unos cuarenta niños más... Buenos chicos, sólo que ahora están, ¿sabes?, un poco... negritos...

Los colonos se pusieron serios. Olía Voronova miraba fijamente a María Kondrátievna y movía el jarro como un péndulo.

- ¿Por qué no? -dijo-. Admitiremos a esos cuarenta niños.

- Llevadme al lavabo. Quiero dormir... En cuanto a los seis mil, yo os los daré.

- Todavía no ha estado usted en nuestros campos.

- Al campo iremos mañana, ¿bueno?

María Kondrátievna pasó tres días con nosotros. Ya al anochecer del primer día conocía a muchos colonos por el nombre y hasta muy avanzada la noche estuvo gorjeando con ellos en los bancos del viejo jardín. Los muchachos la pasearon en lancha, la columpiaron, la llevaron a los pasos de gigante. Únicamente no pudo ver nuestros campos y apenas si encontró tiempo para firmar conmigo el contrato. Según el contrato, la Ayuda a la Infancia de Ucrania se comprometía a girarnos seis mil rublos para la reparación de la casa roja y, a cambio, nosotros nos obligábamos, una vez listo el edificio, a admitir a cuarenta niños desamparados.

María Kondrátievna estaba entusiasmada de la colonia.

- Esto es un paraíso -decía-. Tiene usted unos magníficos, ¿cómo decirlo?...

- ¿Angeles?

- No, ángeles no; simplemente muchachos.

Yo no acompañé a María Kondrátievna en su viaje de regreso. Brátchenko no ocupaba el pescante y las crines de los caballos estaban sin trenzar. En el pescante se hallaba Karabánov, a quien -no sé por qué- Antón había cedido el puesto. Los ojos negros de Karabánov esplendían, y todo él estaba saturado hasta más no poder de sonrisas satánicas que difundía por todo el patio.

- ¿Habéis firmado el contrato? -me preguntó en voz baja.

- Sí.

- Eso está bien. ¡Eh, llevaré galopando a la hermosa!

Zadórov estrechó la mano a María Kondrátievna:

- Venga usted a vernos en verano. Nos lo ha prometido.

- Vendré, vendré. Alquilaré por aquí una casa de campo.

- ¿Para qué una casa de campo? Venga a nuestra casa.. .

María Kondrátievna saludó con la cabeza en todas las direcciones y nos regaló a todos una mirada cariñosa y sonriente.

A la vuelta de la estación, Karabánov se mostró preocupado mientras desenganchaba los caballos. Con el mismo aire preocupado le escuchaba Zadórov. Yo me acerqué a ellos.

- Ya decía yo que nos ayudaría una bruja, y así ha resultado.

- ¡Pero si ella no tiene nada de bruja!

- ¿Y usted cree que las brujas tienen que montar obligatoriamente en una escoba? ¿Y con una nariz así? No. Las verdaderas brujas son guapas.

OTCHENASH

Bókova no nos defraudó: una semana más tarde recibimos un giro de seis mil rublos. Y empezó el ajetreo de Kalina Ivánovich, embargado por la nueva fiebre de construcción. También se afanó el cuarto destacamento de Taraniets, cuya misión consistía en hacer de madera húmeda, sin cepillar, buenas puertas y ventanas. Kalina Ivánovich arremetía contra algún desconocido:

- ¡Ojalá le hagan un ataúd de madera húmeda cuando se muera! ¡Parásito!...

Había empezado el último acto de nuestros cuatro años de lucha con las ruinas de Trepke. El deseo de acabar la casa cuanto antes se había apoderado de todos nosotros, desde Kalina Ivánovich hasta Shurka Zheveli. Era preciso llegar pronto a aquello con que soñábamos intensamente desde hacía tiempo. Las fosas de cal, la maleza, los senderos mal trazados del parque, los cascotes de ladrillo y los restos de los materiales de construcción dispersos por todo el patio habían comenzado ya a irritarnos. Pero nosotros no eramos más que ochenta personas. Los Soviets dominicales de jefes, armándose de paciencia, restaban a Shere dos o tres destacamentos mixtos para poner en orden nuestro recinto. Y muy frecuentemente se enfadaban con Shere:

- Palabra de honor, ¡esto ya es demasiado! ¡Pero si usted no tiene nada que hacer! ¡Todo está perfecto!

Shere alcanzaba tranquilamente un arrugado libro de notas y decía en voz baja que, por el contrario, todo estaba muy abandonado, que había una cantidad inmensa de trabajo y que, si cedía dos destacamentos para el patio, era sólo porque reconocía plenamente la necesidad de efectuar también semejante trabajo, ya que, de otro modo, jamás los hubiera cedido y los hubiese destinado a seleccionar el trigo o a reparar los invernaderos.

Los jefes gruñían disgustados, armonizando difícilmente en su alma sentimientos tan contradictorios como la rabia contra la terquedad de Shere y la admiración ante la firmeza de su línea.

En aquel tiempo Shere había organizado ya la rotación de cultivos de seis hojas. Todos nos dimos cuenta repentinamente de cómo se había ampliado nuestra economía agrícola. Entre los colonos habían aparecido muchachos aficionados a este trabajo, que consideraban como su futuro. Entre ellos destacábase especialmente Olia Vóronova. La atracción que la tierra ejercía en Karabánov, en Vólojov, en Burún, en Osadchi, era una atracción de índole casi estética. Se habían enamorado del trabajo agrícola, sin pensar lo más mínimo en su provecho personal.

Entregados por completo a este trabajo, no lo relacionaban con su propio porvenir ni con otros gustos suyos. Simplemente vivían y gozaban de la buena vida, sabían apreciar cada día de trabajo y de tensión y esperaban como una fiesta la jornada siguiente. Estaban seguros de que todos estos días deberían conducirles a nuevas y espléndidas conquistas sin pensar en cómo serían. Cierto que todos ellos se preparaban para el Rabfak, pero tampoco relacionaban ningún sueño concreto con ello y ni siquiera sabían en qué Rabfak les gustaría ingresar.

Había también otros colonos aficionados a la agricultura, pero éstos se mantenían en posiciones más prácticas. Muchachos como Oprishko y Fedorenko no deseaban estudiar, no exigían de la vida nada de particular y pensaban con bonachona modestia que tener una finca propia, una buena jata, un caballo y una esposa, trabajar en verano de sol a sol, recoger y ordenar todo en otoño con el cuidado de un buen amo y comer tranquilamente en invierno varénikis y borsch, vatrushkis y tocino, reuniéndose dos veces al mes para festejar los cumpleaños, santos, bodas y peticiones de matrimonio propios y de los vecinos, era un espléndido porvenir para un hombre.

Olia Vóronova seguía un camino distinto. Contemplaba nuestros campos y los campos vecinos con la mirada inquieta o pensativa de un komsomol: para ella, en los campos no crecían solamente varénikis, sino también problemas.

Nuestras sesenta desiatinas, en las que Shere trabajaba tan afanosamente, no habían sustituido para él ni para sus discípulos los sueños de una gran hacienda, con un tractor y con surcos de un kilómetro de longitud. Shere, que sabía hablar con los colonos acerca de ese tema, tenía siempre en torno suyo todo un grupo de oyentes. Además de los colonos, formaban constantemente parte del grupo Spiridón, el secretario del Komsomol de Gonchárovka, y Pável Pávlovich.

Pável Pávlovich Nikoláienko tenía ya veintiséis años, pero aún no se había casado y se le consideraba en la aldea como un solterón. Su padre, el viejo Nikoláienko, estaba convirtiéndose ante nuestros ojos en un fuerte propietario, que utilizaba a la chita callando como braceros a los muchachos vagabundos, si bien, al mismo tiempo, fingía ser un campesino pobre.

Tal vez por ello Pável Pávlovich no sentía ningún apego al hogar paterno y se pasaba la mayor parte del tiempo en la colonia, dejándose emplear por Shere para el cumplimiento de los trabajos más delicados del campo y desempeñando ante los colonos casi un papel de instructor. Pável Pávlovich, hombre letrado, sabía escuchar atenta y reflexivamente a Shere.

Tanto Pável Pávlovich como Spiridón enfocaban continuamente la conversación hacia el tema del campo: para ellos, la gran economía era algo inconcebible fuera de la economía campesina. Los ojos pardos de Olia Vóronova les seguían atentamente y se caldeaban llenos de simpatía cuando Pável Pávlovich explicaba en voz baja.

- A mí me parece que toda esa gente que trabaja a nuestro alrededor no sacará nada. Para que saquen algo, hay que enseñarles. ¿Pero a quién se va a enseñar? ¿Al mujik? ¡Que se vaya al cuerno el mujik! Al mujik es difícil enseñarle. Eduard Nikoláievich ha hecho números y nos lo ha explicado todo. Eso está bien. ¡Así es como hay que trabajar! Sin embargo, ese diablo de mujik no trabajará así. El quiere lo suyo...

- Pero ¿los colonos trabajan? -pregunta con cautela Spiridón, hombre de boca grande e inteligente.

- Los colonos -sonríe, triste, Pável Pávlovich-son una cosa completamente distinta, ¿comprendes?

Olia sonríe también, junta las manos como si se dispusiera a partir una nuez y de pronto fija su mirada con aire de desafío en las cimas de los álamos. Unas trenzas doradas se deslizan por los hombros de Olia, y tras las trenzas se van, atentos, los ojos grises de Pável Pávlovich.

- Los colonos no piensan dedicarse a la agricultura y, sin embargo, trabajan, mientras que los mujiks se pasan la vida en la tierra y tienen hijos y todo...

- Bueno, ¿y qué? -pregunta sin comprender Spiridón.

- ¡La cosa está clara! -replica, asombrada, Olia-. Los mujiks deben trabajar mejor en comuna.

- ¿Por qué deben? -interroga cariñosamente Pável Pávlovich.

Olia mira con enfado a Pável Pávlovich, que olvida por un minuto sus trenzas de oro y no ve más que esa mirada airada, casi masculina.

- ¡Deben! ¿Comprendes lo que significa deben? Esto es tan claro como dos y dos son cuatro.

Karabánov y Burún siguen la conversación. Para ellos, el tema tiene una importancia académica, como todo diálogo acerca de los mujiks, con los cuales han roto para siempre.

Pero Karabánov, atraído por la agudeza del tema, no puede renunciar a una interesante gimnasia:

- Olga tiene razón: deben, es decir, hay que cogerles y obligarles...

- ¿Y cómo vas a obligarles? -pregunta Pável Pávlovich.

- ¡Como se pueda! -estalla Semión-. ¿De qué modo se obliga a la gente? Por la fuerza. Dame ahora mismo a todos tus mujiks y dentro de una semana trabajarán como angelitos y dentro de dos me darán las gracias.

- Pero ¿cuál es tu fuerza? ¿Las bofetadas? -se interesa Pável Pávlovich, entornando los ojos.

Semión se deja caer, riéndose, en un banco y Burún explica con un desdén contenido:

- Las bofetadas no significan nada. La verdadera fuerza está en el revólver.

Olia vuelve lentamente el rostro hacia él y le explica con paciencia:

- ¿Cómo no comprendes que si los hombres deben hacer algo lo harán sin tu revólver? Lo harán por sí mismos. Sólo que hace falta hablarles como es debido, explicarles las cosas.

El estupefacto Semión alza del banco su rostro de ojos desorbitados.

- ¡Eh, eh, Olechka, hay que ver lo despistada que andas! ¡Explicar!... ¿Oyes, Burún? ¿Qué se puede explicar al que quiere ser un kulak?

- ¿Quién quiere ser kulak? -pregunta indignada Olia, abriendo mucho los ojos.

- ¿Cómo quién? Todos. Todos hasta el último. Incluso Spiridón y Pável Pávlovich.

Pável Pávlovich sonríe. Spiridón, atónito ante el imprevisto ataque, puede decir solamente:

- ¡Fíjate tú!

- ¡Pues, claro, fíjate! Es komsomol únicamente porque no tiene tierra. Pero, si le dieran de golpe veinte desiatinas, y una vaca, y una cabrita, y un buen caballo, todo se habría terminado.

Se sentaría sobre tu cuello, Olechka, y te daría marcha.

Burún se ríe a carcajadas y confirma autoritario:

- Claro que sí. Y Pável haría lo mismo.

- ¡Pero id al diablo, canallas! -se ofende, por fin, Spiridón y, rojo de indignación, aprieta los puños. Semión da vueltas alrededor del banco, alzando tan pronto una pierna como la otra, que es su manera de expresar el máximo grado de entusiasmo. Cuesta trabajo discernir si está hablando en serio o si se burla de los campesinos.

Enfrente del banco, está sentado en la hierba Silanti Semiónovich Otchenash. Su cabeza parece un barril de cerveza: morros encarnados, un bigote recortado e incoloro y sobre la cabeza ni un pelito. Ahora no es frecuente encontrar tipos así. Pero antes erraban muchos hombres semejantes por Rusia, filósofos duchos en la verdad humana y en el vodka.

- Semión dice bien. El mujik no aprecia la compañía, como suele decirse. Si tiene un caballo, se le antojará una yegua, querrá tener dos caballos, y no hay más que hablar. Fíjate qué historia.

Otchenash mueve un dedo grande y deforme y entorna inteligentemente sus pequeños ojos bajo las cejas rubias.

- Y entonces, ¿qué? ¿Son los caballos la fuerza que rige al hombre? -pregunta, enfadado Spiridón.

- En este caso es verdad: los caballos son los que rigen, fíjate qué historia. Los caballos y las vacas, fíjate. Y, si el hombre no tiene nada, únicamente servirá de guarda en un sandiar. Fíjate qué historia.

Todos en la comuna estimaban a Silanti. También Olia Vóronova le trataba con mucha simpatía. Y ahora se aproxima cariñosamente hacia Silanti, y él vuelve hacia ella, como hacia el sol, su rostro ancho, iluminado por una sonrisa.

- ¿Qué dices, guapa?

- Tú, Silanti, lo ves todo a la antigua. A la antigua. Pero alrededor de ti todo es nuevo.

Silanti Semiónovich Otchenash llegó a la colonia no se sabía de dónde. Simplemente del espacio mundial, libre de cosas y de trabas. Trajo consigo una camisa de lienzo sobre los hombros, unos viejos pantalones agujereados en torno a las piernas descalzas y nada más. Y ni siquiera un palo en las manos. En este hombre libre había algo peculiar, que encantó a todos los colonos y que les obligó a hacerle entrar con gran entusiasmo en mi despacho.

- ¡Antón Semiónovich, vea usted qué hombre ha venido!

Silanti me miró con interés sin dejar de sonreír a los pequeños, como un viejo conocido.

- ¿Éste, según se dice, es vuestro jefe?

A mí también me agradó en el acto.

- ¿Tiene usted algo que tratar con nosotros?

Silanti ordenó no sé qué en su fisonomía, y el rostro adquirió repentinamente un aire serio, que inspiraba confianza.

- Pues, fíjate qué historia. Yo soy un hombre trabajador y tú tienes trabajo: no hay más que hablar...

- ¿Y usted qué sabe hacer?

- Pues, según se dice: si aquí no hay capital, el hombre puede hacerlo todo.

Se echó a reír súbitamente con una risa franca y alegre. Los muchachos se rieron igualmente contemplándole y yo también me eché a reír. A los ojos de todos estaba claro que había motivos fundados para reírse.

- ¿Y usted sabe hacer de todo?

- Pues se puede considerar que todo... Fíjate qué historia -manifestó, algo confuso ya, Silanti.

- Pero ¿qué precisamente?...

Silanti comenzó a enumerar, doblando los dedos:

- Labrar, y rastrillar, y cuidar de los caballos y de toda clase de animales, según se dice, hacer las cosas domésticas: como carpintero, como herrero, como fumista. También soy albañil y puedo trabajar de zapatero. Y, según se dice, sabré construir, si es preciso, una jata y degollar un cerdo. Solamente no sé bautizar niños; nunca he tenido ocasión.

Otra vez se echó a reír estruendosamente, limpiándose las lágrimas: tanta risa le daban sus palabras.

- ¿No ha tenido usted ocasión? ¿De veras?

- Para eso no me han llamado ninguna vez, fíjate qué historia.

Los muchachos se reían francamente a carcajadas, y Toska Soloviov chilló, alzándose de puntillas hacia Silanti:

- ¿Por qué no le han llamado nunca, por qué?

Silanti dejó de reír y, como un buen maestro, comenzó a explicar a Toska:

- Pues, amigo, fíjate qué historia: cada vez que hay que bautizar a alguien, creo que van a llamarme. Pero después aparece uno más rico que yo, y no hay más que hablar.

- ¿Tiene usted documentos? -pregunté a Silanti.

- Tenía un documento; lo tenía hace poco aún. Fíjate qué historia: no tengo bolsillos y el papel se me ha perdido, ¿comprendes? Pero, ¿para qué necesitas un documento si me tienes a mí de cuerpo entero? Fíjate, ¡vivito ante ti!

- ¿Dónde ha trabajado usted antes?

- ¿Cómo dónde? Entre la gente, ya lo ves; he trabajado entre la gente. Entre diversa gente: buena y mala, fíjate qué historia. Estoy diciendo las cosas como son: ¿para qué ocultarlas? Entre diversa gente.

- Dígame la verdad: ¿ha robado usted?

- A eso te contestaré claramente: no me he visto obligado. Aquello que no he hecho, de verdad lo digo: no lo he hecho. Fíjate qué historia.

Silanti me miraba turbado. Creo que le parecía que otra respuesta me hubiera sido más agradable.

Se quedó a trabajar con nosotros. Intentamos mandarle como ayudante de Shere para la ganadería, pero aquí no obtuvimos nada. Silanti no reconocía la menor limitación en la actividad humana: ¿por qué el hombre podría hacer una cosa y otra no? Esta es la razón de que hiciese en la colonia todo lo que consideraba necesario y cuando lo consideraba.

Contemplaba sonriendo a todos los jefes, y sus órdenes le entraban por un oído y le salían por el otro, lo mismo que un discurso en un idioma extranjero. En el transcurso de una jornada se las arreglaba para trabajar en la cuadra, en el campo, en la porqueriza, en el patio y en la fragua, y asistir a las reuniones del consejo pedagógico y del Soviet de

jefes. Poseía un talento extraordinario: determinar por medio del olfato el sitio más peligroso de la colonia y aparecer inmediatamente en él como persona responsable. Negando la institución de la obediencia, estaba siempre dispuesto a responder de su trabajo y en cualquier momento se le podía reprender y atacar por sus errores y sus reveses. En tales casos se rascaba la calva y movía, desalentado, los brazos:

- Efectivamente, aquí, según se dice, nos hemos armado un lío, fíjate qué historia.

Desde el primer día, Silanti Semiónovich Otchenash participó ampliamente en los planes de los komsomoles y era inevitable que hiciera uso de la palabra en sus asambleas generales y en las reuniones del Buró. Pero, a veces, llegaba enojadísimo a mi despacho y, agitando un dedo, me decía con indignación:

- ¿Sabes? Voy donde están ellos...

- ¿Quiénes son ellos?

- Pues, ya ves, los komsomoles esos y no me dejan. Según se dice: me salen con que es una reunión cerrada. Yo les digo con buenos modos: si vais a ocultaros de mí, mocosos, os moriréis sin saber nada. Tontos seréis, eso es, y tontos os enterrarán, y no hay más que hablar.

- Bueno, ¿y qué?

- Pues, fíjate qué historia: no sé si comprenden o si están borrachos, según se dice, o si no lo están. Yo procuro explicarles: ¿de quién necesitáis ocultaros? De Luká, de ese Sofrón, de Musi; ahí tenéis razón. Pero, ¿cómo no me dejáis pasar a mí? ¿No me habéis reconocido o es que os habéis vuelto tontos? Pues, fíjate qué historia: ni siquiera me oyen y se ríen a carcajadas como niños pequeños. Yo les hablo en serio y ellos se burlan, y no hay más que hablar.

Silanti intervenía también con el Komsomol en los asuntos escolares.

El buen funcionamiento del Komsomol había conseguido, ante todo, poner en pie nuestra escuela. Hasta entonces había arrastrado una existencia bastante precaria, sin fuerzas para vencer la repulsión por el estudio de numerosos colonos.

Esto, realmente, era comprensible. Los primeros días de la colonia habían sido días de descanso después de las duras jornadas de existencia errabunda, sin techo y sin pan, vividas por todos los colonos. En esos días se templaron sus nervios a la sombra de los humildes sueños con la carrera de zapateros o de carpinteros.

La espléndida marcha de nuestra colectividad y el sonido triunfal de las fanfarrias a orillas del Kolomak elevaron mucho la opinión que los colonos tenían de sí mismos. Conseguimos casi sin esfuerzo sustituir los humildes ideales zapateriles por unos signos hermosos y conmovedores:

RABFAK

En aquel tiempo la palabra Rabfak significaba algo completamente distinto de lo que ahora significa. Hoy día es el simple nombre de una modesta institución de enseñanza. Entonces suponía, para los jóvenes trabajadores, la bandera de la liberación, su liberación del atraso y de la ignorancia. Entonces era una afirmación poderosa y ardiente de los inusitados derechos del hombre al conocimiento, y todos nosotros, palabra de honor, sentíamos en aquella época incluso cierta emoción ante el Rabfak. Todo eso constituía nuestra línea práctica; en el otoño de 1923 casi todos los colonos ardían en deseos de estudiar en el Rabfak. Estos afanes se habían infiltrado inadvertidamente en la colonia ya en 1921, cuando nuestras educadoras convencieron a la infortunada Raísa de la necesidad de ingresar en el Rabfak. Muchos estudiantes que habían trabajado con anterioridad en los talleres ferroviarios acudían entonces a visitarnos. Los colonos les oían hablar con envidia sobre los días heroicos de las primeras Facultades obreras, y esta envidia les ayudaba a aceptar más fogosamente nuestra labor de agitación. Nosotros exhortábamos con insistencia a los colonos a estudiar, a adquirir conocimientos, y les hablábamos del Rabfak como del mejor camino humano. Pero, a los ojos de los colonos, el ingreso en el Rabfak estaba relacionado con un examen tremendamente difícil, del que, según palabras de testigos, no salían triunfantes más que personas geniales de verdad. Nos costó bastante convencer a los colonos de que también en nuestra escuela era posible capacitarse para esa terrible prueba. Muchos colonos se hallaban preparados para el ingreso en el Rabfak, pero sentíanse invadidos de un miedo cerval y decidieron permanecer un año más en la colonia a fin de prepararse sobre seguro. Eso les ocurría a Burún, a Karabánov, a Vérshnev, a Zadórov. El que más nos maravillaba con su pasión por el estudio era Burún.

Muy pocas veces había que estimularle. Con silenciosa tenacidad superaba no sólo las sabidurías de la aritmética y de la gramática, sino también sus facultades relativamente débiles. Cualquier bagatela insignificante -una regla gramatical, un tipo determinado de problema matemático- era asimilada por él con enorme intensidad, bufando, sudando, pero jamás se dejaba llevar de la ira ni ponía en duda el éxito. Un error extraordinariamente feliz le hacía estar convencido hasta la médula de que la ciencia era, en realidad, una cosa tan difícil y tan complicada, que no se podía dominarla sin esfuerzos sobrehumanos. Del modo más maravilloso se negaba a advertir que otros captaban esas mismas sabidurías casi jugando, que Zadórov no invertía en el estudio ni un minuto más del tiempo prescrito en el horario escolar, que Karabánov soñaba hasta en las clases con cosas fuera de lugar y rumiaba en el interior de su alma cualquier menudencia de la colonia en vez de un problema o un ejercicio. Y, al cabo, llegó un día en que Burún destacó ante sus camaradas, cuando, para los muchachos, las lucecitas de sus conocimientos, aprendidos de un modo rápido y brillante, se hicieron demasiado modestos comparados con la sólida erudición de Burún. El contraste más completo con Burún era Marusia Lévchenko. Esta muchacha había traído a la colonia un carácter absurdo e inaguantable, una histeria chillona, desconfiada y lacrimosa. Nos dio muchísimo trabajo. Con una

inconsciencia ebria y un ímpetu morboso podía, en el transcurso de un solo minuto, hacer añicos las mejores cosas: la amistad, la buena fortuna, un día soleado, un dulce y suave crepúsculo, los sueños más bellos y las esperanzas más risueñas.

Muchas veces pensamos que el único remedio era verter despiadadamente cubos de agua fría sobre esta criatura insoportable, siempre encendida en un fuego insensato y estúpido.

La tenaz resistencia de la colectividad, que no tenía nada de dulce y que, en ocasiones, era cruel, enseñó a Marusia a reprimirse, pero entonces empezó con el mismo afán morboso a despreciarse y a burlarse de sí misma. Marusia tenía buena memoria, era muy lista y extraordinariamente bella: tez oscura y sonrosada, grandes ojos negros, que siempre despedían rayos y chispas, y, sobre ellos, una frente pura, limpia, serena, que asombraba y vencía. Pero Marusia estaba segura de que era horrible, de que se parecía a una negrita, que no comprendía nada y que jamás llegaría a comprender. Con una ira reconcentrada de antemano caía sobre cualquier ejercicio baladí.

- ¡De todas formas -decía-, no conseguiré nada! No sé por qué insisten ustedes en que estudie. Que estudien sus Burún. Trabajaré como criada. Si no sirvo para nada, ¿por qué me atormentan?

Natalia Márkovna Osipova, mujer sentimental de ojos de ángel y un carácter también irresistiblemente angélico, lloraba después de las clases a que asistía Marusia.

- Yo la quiero, deseo enseñarle, pero ella me envía al diablo y dice que la persigo descaradamente. ¿Qué puedo hacer?

Trasladé a Marusia al grupo de Ekaterina Grigórievna, aunque temía las consecuencias de esta medida. Ekaterina Grigórievna sabía exigir de una manera simple y sincera.

The Commanders' Council. At the table is Ekaterina Grigoryevna

Tres días después del comienzo de las clases, Ekaterina Grigórievna se presentó con Marusia en mi despacho, cerró la puerta, hizo sentar a su alumna, trémula de rabia, en una silla y me dijo:

- ¡Antón Semiónovich! Aquí tiene usted a Marusia. Decida ahora mismo qué debe hacerse con ella. El molinero necesita precisamente una criada y Marusia piensa que no sirve más que para eso. Si usted quiere, podemos dejar que se vaya con el molinero. Pero también hay otra salida: yo garantizo que para el próximo otoño la prepararé de tal modo, que podrá ingresar en el Rabfak. Tiene grandes aptitudes.

- Claro que es mejor el Rabfak -opiné yo.

Marusia, sentada en la silla, contemplaba con ojos de odio el apacible rostro de Ekaterina Grigórievna.

- Pero no puedo consentir que me ofenda durante las clases. Yo también trabajo y no hay motivo para ofenderme. Si repite una vez más la palabra diablo o me llama idiota, no le doy clase.

Comprendí la jugada de Ekaterina Grigórievna, pero con Marusia se habían empleado ya todas las jugadas, y mi creación pedagógica no daba ahora señales de la menor inspiración.

Contemplé fatigado a Marusia y dije sin el menor fingimiento:

- No conseguiremos nada. Continuará diciendo diablo, y estúpida, y tonta. Marusia no respeta a la gente, y esto no se le pasará tan pronto...

- Yo respeto a la gente -me interrumpió Marusia.

- No, tú no respetas a nadie. Pero ¿qué podemos hacer? Eres nuestra educanda. Yo pienso así, Ekaterina Grigórievna; usted es una persona mayor, experta e inteligente, y Marusia una chiquilla de mal carácter. Vamos a no ofendernos por lo que haga. Vamos a concederle el derecho a que la llame idiota y hasta canalla, cosa que también ha ocurrido, pero usted no se ofenda. Eso se le pasará. ¿De acuerdo?

Ekaterina Grigórievna miró sonriente a Marusia y se limitó a decir:

- Está bien. Eso es verdad. De acuerdo.

Los ojos negros de Marusia me miraron fijamente y brillaron con lágrimas de agravio; de pronto, se cubrió el rostro con el pañuelo y, llorando, huyó de la habitación.

Una semana después pregunté a Ekaterina Grigórievna:

- Qué tal Marusia?

- Bien. Calla, pero está muy enfadada con usted.

A la noche siguiente, ya tarde, Silanti entró con Marusia en mi despacho.

- Por la fuerza, según se dice, te la traigo, Marusia, ya lo ves, está muy ofendida contigo, Antón Semiónovich. Habla con ella, eso es.

Se hizo modestamente a un lado. Marusia bajó la cabeza.

- No tengo nada que decir. Si piensan ustedes que estoy loca, me es igual: pueden seguir pensándolo.

- ¿Por qué estás ofendida conmigo?

- No me tome por loca.

- Yo no te tomo por loca.

- ¿Y por qué se lo ha dicho a Ekaterina Grigórievna?

- Sí, en eso me he equivocado. Pensaba que la insultarías.

Marusia sonrió:

- Pues no la insulto.

- ¡Ah! ¿No la insultas? Entonces me he equivocado. No sé por qué creí que ibas a insultarla.

El bello rostro de Marusia se iluminó con una prudente y desconfiada alegría:

- Así hace usted siempre: primero ataca...

Silanti se aproximó a nosotros y accionó con su gorra:

- ¿Y por qué te metes con ella? Vosotros, según se dice, hay que ver cuántos sois, y ella está sola. Bien; él se ha equivocado un poco, pero tú, eso es, no debes ofenderte.

Marusia miró rápida y alegremente a Silanti y dijo con una voz cantarina:

- Tú, Silanti, eres tonto, aunque viejo.

Y salió corriendo del despacho. Silanti volvió a agitar su gorra y comentó:

- ¿Ves? Fíjate qué historia.

Y de repente se golpeó las rodillas con la gorra y rompió a reír a carcajadas:

- ¡Vaya una historia, maldita sea!

LOS DOMINANTES

Apenas habían cerrado los carpinteros las ventanas de la casa roja cuando se precipitó sobre nosotros el invierno. Aquel año el invierno fue simpático: abundante en nieve, benigno, sin deshielos putrefactos, sin heladas extremas. Kudlati invirtió tres días en distribuir entre los colonos la ropa de invierno. Los cocheros y los que trabajaban en la porqueriza recibieron botas de fieltro y los demás colonos, zapatos, si no brillantes por su buen estado y su corte, poseedores, al menos, de otras muchas virtudes: buena calidad, hermosos remiendos y una envidiable cabida, hasta el punto de que cada muchacho podía ponerse dos pares de peales.

Entonces no sabíamos aún lo que era un abrigo y llevábamos, en su lugar, algo mitad chaleco, mitad chaqueta guateada incluso en las mangas -herencia de la guerra imperialista-, que los soldados de Nicolás II llamaban ingeniosamente kufaikis. Sobre algunas cabezas aparecieron gorros que olían igualmente a intendencia zarista, pero la mayoría de los colonos no tuvo más remedio que seguir llevando en invierno gorros de algodón. En aquel tiempo no podíamos calentar más el organismo de nuestros educandos. Las camisas y los pantalones seguían siendo los mismos en invierno: de liviana tela de algodón. Por eso, durante el invierno se observaba en los movimientos de los colonos cierta ligereza superflua, que les permitía hasta en las heladas más rigurosas desplazarse de un lugar a otro con meteórica velocidad.

Son agradables los anocheceres invernales en la colonia. A las cinco se termina el trabajo, pero hasta la cena todavía quedan tres horas. En algunos lugares arden los quinqués de petróleo, pero no son ellos los que aportan consigo verdadera comodidad y animación. En los dormitorios y en las clases se comienza a encender las estufas. Junto a cada estufa, dos montoncitos: el montoncito de la leña y el montoncito de los muchachos, congregados aquí el uno y el otro no tanto para la calefacción como para las cordiales charlas vespertinas. La leña empieza primero, a medida que las ágiles manos de los pequeños van depositándola en la estufa. Cuentan una historia complicada, llena de divertidas aventuras y de risas, de disparos, de persecuciones, de ardor juvenil y de solemnes triunfos. Los pequeños entienden difícilmente su charla, porque los narradores se interrumpen unos a otros y todos se apresuran a algún sitio, pero el sentido del relato es comprensible y llega al alma: en el mundo se puede vivir una vida interesante y alegre. Y cuando agoniza el chisporroteo de la leña, los narradores descansan en su cálido lecho y sólo sus lenguas cansadas susurran algo quedamente. Entonces, los colonos inician sus relatos.

En un grupo está Vetkovski. Es un viejo narrador en la colonia. Siempre tiene oyentes.

- Hay muchas cosas interesantes en el mundo. Nosotros estamos aquí sin ver nada, pero en el mundo hay muchachos que no pierden una. Hace poco me he tropezado con uno así. Había estado hasta en el Mar Caspio y se había paseado por el Cáucaso. Allí hay un desfiladero y una roca que se llama Pásame, Señor. Porque, ¿comprendes? no hay otro camino; nada más que ése por debajo de la misma roca. Uno pasa, pero otro no: las

piedras caen continuamente. Y menos mal si no le dan a uno en la coronilla, que, si le dan, cae derecho al precipicio sin que nadie pueda encontrarle luego.

Zadórov, a su lado, le escucha atentamente y con la misma atención clava su mirada en los ojos azules de Vetkovski.

- Kostia, ¿y si fueras tú a probar? A lo mejor te ayudaba a pasar el Señor.

Los muchachos vuelven hacia Zadórov sus cabezas, iluminadas por el cárdeno resplandor de la estufa.

Kostia suspira descontento:

- Tú no comprendes, Shurka, de qué se trata. Es interesante verlo todo. Ha estado allí un chico...

Zadórov despliega su habitual sonrisa sarcástica, irresistiblemente encantadora, y dice a Kostia:

- Yo a ese chico le preguntaría, otra cosa... Ya es hora de cerrar el tiro, muchachos.

- ¿Qué le preguntarías? -interroga pensativamente Kostia.

Zadórov sigue con la mirada, a un ágil pequeñuelo atareado con el cierre de la estufa.

- Le preguntaría la tabla de multiplicar. Ese bribón anda por el mundo como un haragán y crece sin saber nada. Seguramente ni siquiera sabe leer. ¿Pásame, Señor? A tontos así hay que darles, efectivamente, en la cabeza. ¡Para ellos está colocada especialmente la roca esa!

Los muchachos se ríen.

- No, Kostia -aconseja uno-, vale más que te quedes con nosotros. Tú no tienes nada de tonto.

Junto a otra estufa, sentado en el suelo, con las rodillas separadas y brillándole la calva, Silanti refiere algo muy extenso:

- ...Nosotros pensábamos que, según se dice, todo marchaba bien. Pero él, menudo sinvergüenza, gemía y besaba el muy miserable. Sin embargo, al llegar a su despacho, nos hizo la faena, ¿comprendes? Cogió a ese lameplatos y lo dejó marchar a la ciudad. Fíjate qué historia. Por la mañana vemos que vienen a caballo los gendarmes, eso es. Y la gente dice: van a azotarnos. Mi hermano y yo, según se dice, no eramos aficionados a dejar que nos quitaran los pantalones, y no hay más que hablar. Pero me daba pena la muchacha, fíjate qué historia. De todas formas, pensé que a ella no la tocarían, eso es...

Detrás de Silanti se ven, sobre el suelo, las botas de fieltro de Kalina Ivánovich y más arriba humea su pipa. El humo de la pipa desciende en una espesa marejada hacia la estufa, bulle en dos espirales rozando las orejas de un pequeñuelo de cabeza redonda y es absorbido ansiosamente por el tiro de la estufa.. Kalina Ivánovich me guiña un ojo e interrumpe a Silanti:

- ¡Je, je, je! Tú, Silanti, dilo claramente: ¿te plancharon o no los parásitos por el sitio ése donde nacen las piernas?

Silanti yergue la cabeza, casi se desploma de espaldas y rompe en una carcajada:

- Eso es, me plancharon, según se dice. Kalina Ivánovich, eso lo has dicho bien... y todo por la muchacha, ¡maldita sea!

También junto a las demás estufas corren gorjeantes arroyuelos de relatos, lo mismo en las clases que en las habitaciones de los educadores. En la habitación de Lídochka estarán seguramente Vérshnev y Karabánov. Lídochka les obsequia con té y mermelada, pero el té no impide que Vérshnev ataque a Semión:

- Bu-bueno, ayer es-estuviste de bro-broma, hoy ta-también, pero hay que pen-pensar en se-serio alguna vez...

- ¿En qué vas a pensar? ¿Es que tienes mujer, vacas o riquezas? ¿En qué vas a pensar tú? ¡Vive y espera!

- Hay que-que pensar en la-la vi-vida, simplón...

- ¡Pero qué tonto eres, Nikolái, Dios mío, qué tonto! Para ti pensar es sentarse en un sillón, abrir mucho los ojos y ponerse a pensar... El que tiene cabeza, piensa sin más ni más. Pero uno como tú necesita primero comer algo para poder pensar...

- Pero ¿por qué ofende usted a Nikolái? -pregunta Lídochka-. Déjele que piense. Tal vez descubra efectivamente algo.

- ¿Quién? ¿Nikolái? ¡Jamás en la vida! ¿Sabe usted quién es Nikolái? Nikolái es un Jesusito. Un buscador de la verdad. ¿Ha visto usted alguna vez a un tonto como él? ¡Necesita la verdad! Piensa lustrarse las botas con ella.

Nikolái y Semión salen de la habitación de Lídochka tan amigos como antes, sólo que Semión canta a voz en cuello, mientras Nikolái le abraza tiernamente y todavía trata de convencerle:

- Ya, que-que se trata de la Re-revolución, ¿comprendes?, todo debe ser justo.

También en mi modesto domicilio hay invitados. Conmigo vive ahora mi madre, una viejecita, cuya vida fluye apaciblemente en los últimos remansos crepusculares envueltos en brumas transparentes y serenas. Todos los colonos la llaman abuelita. Con la abuelita está Shurka Zheveli, hermano menor del ya de por sí pequeño Mitka Zheveli. Shurka tiene una nariz terriblemente afilada. Hace ya tiempo que vive en la colonia, pero no sé por qué razón no crece. Lo que hace principalmente es agudizarse en varias direcciones: tiene la nariz aguda, las orejas agudas, la barbilla aguda y la mirada también aguda.

Shurka está siempre ocupado en trabajos especiales. En algún lugar del jardín, tras un arbusto perdido, ha construido una pequeña cerca, en la que guarda un par de conejos, y en el sótano donde se almacena el carbón ha instalado a un pequeño cuervo. En las asambleas generales, los komsomoles acusan frecuentemente a Shurka de destinar toda su economía a fines especulativos y de que, en general, todo eso tiene un carácter privado, pero Shurka se defiende bien y exige con rudeza:

- A ver, demuéstralo, ¿a quién he vendido yo algo? ¿ Tú me has visto vendiendo alguna vez?

- ¿Y de dónde sacas el dinero?

- ¿Qué dinero?

- El que ayer gastaste en caramelos.

- ¡Vaya un dinero! La abuelita me dio diez kopeks.

Contra la abuelita no se dice nada en las asambleas generales. Alrededor de la abuelita siempre hay varios pequeñuelos dando vueltas. A veces cumplen por su encargo pequeños cometidos en Gonchárovka, pero procuran hacerlo de manera que yo no me

entero. Y cuando se sabe a ciencia cierta que estoy ocupado y tardaré en volver a casa, alrededor de la abuelita se sientan a la mesa dos o tres pequeños a tomar el té o compota que la abuela ha hecho para mí, pero que yo no he tenido tiempo de ingerir. La abuelita, desmemoriada como todos los ancianos, ni siquiera sabe el nombre de todos sus amigos, pero a Shurka le distingue entre los demás, porque Shurka es un veterano en la colonia y porque es el más enérgico y el más charlatán de todos.

Hoy Shurka ha venido a ver a la abuela para un asunto de excepcional importancia.

- Buenas tardes.

- Buenas tardes, Shurka ¿Cómo has tardado tanto? ¿Has estado enfermo?

Shurka toma asiento en un taburete y se golpea con el gorro, blanco algún día, las rodillas enfundadas en unos pantalones nuevos de percal. Sobre su cabeza se yerguen unos pelillos rubios y agudos después del antiguo corte al cero. Shurka levanta la nariz y contempla el bajo techo.

- No, no he estado enfermo. Pero tengo malo a un conejo...

La abuelita, sentada en la cama, rebusca en su principal tesoro: una caja de madera, donde hay trozos de tela, hilos, madejas, las antiguas reservas de la abuelita.

- ¿Que tienes malo a un conejo? ¡Pobrecillo! ¿Y tú qué haces?

- No puedo hacer nada -dice Shurka seriamente, reprimiendo a duras penas su emoción en el ojo derecho entornado.

La abuelita le mira:

- ¿Y no puedes curarle?

- No tengo con qué -balbucea Shurka.

- ¿Qué medicinas te hacen falta?

- Si pudiera conseguir mijo... Medio vaso de mijo sería suficiente.

- ¿Quieres té, Shurka? -pregunta la abuela-. Mira, ahí en el hornillo tienes la tetera y aquí están los vasos. Sírveme también a mí.

Shurka deja con cuidado su gorro en el taburete y se afana torpemente ante el alto hornillo.

Mientras tanto, la abuelita, poniéndose trabajosamente de puntillas, alcanza de un estante un saquito color de rosa, en el que guarda el mijo.

La compañía más alegre y más ruidosa se reúne en el cobertizo que utiliza Kósir como taller de construcción de ruedas. Kósir duerme aquí mismo. En un ángulo del cobertizo hay una estufa baja, de fabricación artesana, y, sobre ella, una tetera. En otro rincón, un catre plegable, cubierto por una manta abigarrada. El propio Kósir está sentado en la cama y sus invitados en troncos, en herramientas, en montones de llantas. Todos tratan insistentemente de arrancar del alma de Kósir las abundantes reservas de opio religioso acumuladas por él a lo largo de toda su vida.

Kósir sonríe tristemente:

- Eso no está bien, muchachos. Dios me perdone. Puede irritarse el Señor...

Pero, mientras el Señor se dispone a irritarse, el que se irrita es Kalina Ivánovich, que, apareciendo en las oscuridades de la puerta, surge a la luz y agita su pipa:

- Pero ¿qué estáis haciendo aquí con el viejo? ¿A ti qué te importa Jesucristo, dime por favor? Como te dé, vas a tener que rezar no sólo a Jesucristo, sino a todos los santos.

Ya que el Poder soviético os ha liberado de dioses, alégrate en silencio, pero no vengas aquí a burlarte.

- Jesucristo nos salve, Kalina Ivánovich; no permita que se mofen de un viejo...

- Si pasa algo, ven a mí a quejarte. Con estos sinvergüenzas no podrás pasarte sin mí. No te fíes mucho de tus Cristos.

Los muchachos fingían asustarse de las palabras de Kalina Ivánovich y se escapaban del cobertizo para dispersarse por los numerosos rincones de la colonia. Ahora no teníamos ya grandes dormitorios al estilo cuartelero: los muchachos se habían instalado en pequeñas habitaciones con capacidad para seis u ocho personas. En estos dormitorios se cohesionaron más los destacamentos de los colonos, empezaron a manifestarse con mayor relieve los rasgos característicos de cada grupo y se hizo más interesante trabajar con ellos. Apareció el destacamento número once, un destacamento de pequeñuelos, organizado gracias a la insistencia de Gueórguievski. Gueórguievski seguía dedicándoles mucho tiempo: les mimaba, les bañaba, jugaba con ellos y les reñía como una madre, dejando estupefactas con su energía y su paciencia las almas, ya templadas, de los colonos. Sólo este maravilloso trabajo de Gueórguievski atenuaba un tanto la penosa impresión debida a la certidumbre general de que Gueórguievski era hijo del gobernador de Irkutsk.

También había aumentado el número de educadores en la colonia. Yo buscaba pacientemente a hombres de verdad y, mal que bien, extraía algo de la reserva bastante desquiciada de cuadros pedagógicos. En un huerto organizado fuera de la ciudad por el sindicato de maestros descubrí a Pável Ivánovich Zhurbín en la efigie del guarda. Era un hombre culto, bondadoso, disciplinado, un verdadero estoico y un caballero. Me agradó por una cualidad especial suya: experimentaba un verdadero amor de gourmet a la naturaleza humana: sabía hablar con la pasión de un coleccionista acerca de los diversos rasgos del carácter humano, de las inapreciables volutas de la personalidad, de la

hermosura del heroísmo humano y de los tenebrosos misterios de la humana ruindad. Acerca de todo ello había pensado mucho y había indagado pacientemente en la muchedumbre humana indicios de nuevas leyes colectivas. Yo me daba cuenta de que debería perderse infaliblemente en su pasión de aficionado, pero me sedujo la naturaleza sincera y diáfana de este hombre, y por ello le perdoné sus galones de capitán de Estado Mayor del regimiento 35 de Briansk, galones que, dicho sea de paso, se había arrancado ya antes de Octubre, sin macular su biografía con ninguna hazaña de guardia blanca y habiendo obtenido por ello en el Ejército Rojo el grado de jefe de compañía retirado.

El segundo era Zinovi Ivánovich Butsái. Tenía unos veintisiete años, pero acababa de terminar sus estudios en una escuela de Bellas Artes y nos le habían recomendado como artista.

Nosotros necesitábamos a un artista para la escuela, y para el teatro, y para los asuntos de toda índole relacionados con el Komsomol.

Zinovi Ivánovich Butsái nos sorpendió por la extrema manifestación de toda una serie de cualidades. Era extraordinariamente moreno, extraordinariamente delgado y hablaba con una voz de bajo tan extraordinariamente profunda, que era difícil conversar con él: una especie de sonidos ultravioleta. Zinovi Ivánovich se distinguía por una parsimonia y una inmutabilidad nunca vistas. Llegó a finales de noviembre, y nosotros esperábamos impacientes las manifestaciones artísticas con que debía embellecerse la colonia cuando Zinovi Ivánovich, sin haber tomado ni siquiera una vez el lápiz, nos dejó estupefactos con otra faceta de su naturaleza artística.

Pocos días después de su llegada, los colonos me comunicaron que salía todos los días de su habitación, desnudo, únicamente con un abrigo echado sobre los hombros, para bañarse en el Kolomak. A finales de noviembre, el Kolomak comenzó a helarse y poco tiempo después era una pista de patinar para la colonia. Zinovi Ivánovich, con ayuda de Otchenash, perforó un boquete especial en el hielo y cada mañana proseguía su tremendo baño. Al cabo de cierto tiempo, cayó enfermo y estuvo en cama con pleuritis unos quince días. Se repuso y volvió a zambullirse en el agua. En diciembre tuvo una bronquitis y no sé qué más. Butsái faltaba a las clases e infringía nuestros planes escolares. Yo acabé perdiendo la paciencia y le rogué que se dejase de tonterías.

En respuesta, Zinovi Ivánovich carraspeó:

- Tengo derecho a bañarme siempre que lo estime pertinente. En el Código de Trabajo eso no está prohibido. También tengo derecho a enfermar y, por lo tanto, no puede hacérseme oficialmente ningún reproche.

- Pero, querido Zinovi Ivánovich, yo no hablo oficialmente. ¿Por qué se atormenta así? Me da usted pena simplemente como persona.

- Bien. En ese caso, le explicaré: tengo una salud débil, mi organismo está hecho de cualquier modo. Vivir con un organismo así, como usted comprenderá, es odioso. Por eso he decidido resueltamente: o consigo templarlo y puedo vivir tranquilo con él o que el diablo se lo lleve, que perezca. El año pasado tuve cuatro pleuritis, y este año nada más que una, y eso que estamos en diciembre. Pienso que no tendré más de dos. He venido a la colonia con toda intención: aquí tengo un río a mano.

Yo llamé a Silanti y empecé a reprenderle:

- Pero ¿qué bromas son ésas? El hombre se ha vuelto loco y tú perforas boquetes en el hielo.

Silanti abrió los brazos con el aire de una persona que se reconoce culpable:

- ¿Sabes, Antón Semiónovich? No te enfades, pero es imposible hacer nada. Yo he conocido a uno, que, ¿sabes?, se le antojó ir al otro mundo. Y también quiso ahogarse. En cuanto yo me volvía, ya estaba en el río el muy canalla. Le saqué muchísimas veces, tantas, que llegué a cansarme de sacarle. Y él, fíjate qué canalla era, fue entonces y se ahorcó. Y a mí, ¿sabes?, eso ni siquiera se me había ocurrido. Fíjate qué historia. Y a éste no le estorbo y no hay más que hablar.

Zinovi Ivánovich siguió bañándose en el boquete del río helado hasta el mismo mes de mayo.

Los colonos, que al principio se habían reído de las pretensiones de este ser enclenque, acabaron sintiendo respeto por él y le cuidaban pacientemente durante sus numerosas pleuritis, bronquitis y catarros vulgares.

No obstante, transcurrían semanas enteras sin que la fiebre acompañara el proceso de temple del organismo de Zinovi Ivánovich, y entonces se revelaba su verdadera naturaleza artística. En torno a Zinovi Ivánovich se formó en poco tiempo un círculo de artistas, que obtuvo del Soviet de jefes una pequeña habitación en la buhardilla y montó en ella un estudio.

Durante los rumorosos anocheceres invernales, en el estudio de Butsái se desarrollaba el trabajo más ardiente, y los muros de la buhardilla vibraban de la risa de los artistas y de los mecenas invitados.

A la luz de un gran quinqué de petróleo, varios muchachos trabajan sobre un enorme cartón.

Rascándose la cabeza de un negror de carbón con el mango del pincel, Zinovi Ivánovich truena como un sacristán bebido:

- Dadle más sepia a Fedorenko. Es un campesino y habéis hecho de él una comercianta. Vañka, tú siempre pones carmín donde hace falta y donde no.

Vañka Lápot, pelirrojo, lleno de pecas, la nariz jibosa, responde, imitando a Zinovi Ivánovich, con una voz ronca y falsa de bajo:

- Se nos ha ido toda la sepia en Leshi.

También en mi despacho las veladas son bulliciosas. Hace poco han llegado de Járkov dos estudiantes con este papel:

El Instituto Pedagógico de Járkov comisiona a las camaradas X. Várskaia y R. Lándsberg para conocer prácticamente la actividad pedagógica de la colonia Gorki.

Con gran curiosidad acogí a esos dos representantes de la joven generación pedagógica.

Tanto X. Várskaia como R. Lándsberg eran envidiablemente jóvenes. Ninguna de las dos tenía más de veinte años. X. Várskaia era una rubita muy mona, gordezuela, inquieta y menuda, con las mejillas de ese rosa dulce y delicado que se ve únicamente en las acuarelas. Moviendo sin cesar sus finas cejas casi imperceptibles y desechando con un esfuerzo de voluntad la sonrisa que pugnaba continuamente por aparecer en su boca, me sometió a un verdadero interrogatorio:

- ¿Tiene usted gabinete paidológico?

- No lo tengo.

- ¿Y cómo estudia usted la personalidad?

- ¿La personalidad del niño? -pregunté yo lo más serio posible.

- Sí, naturalmente. La personalidad de su educando.

- ¿Y para qué hay que estudiarla?

- ¿Cómo para qué? ¿Cómo puede usted trabajar en lo que no conoce?

X. Várskaia piaba enérgicamente con expresión de sinceridad y no hacía más que volverse hacia su amiga. R. Lándsberg, morena, con unas maravillosas trenzas negras, bajaba los ojos, reprimiendo, condescendiente y amable, su natural indignación.

- ¿Qué dominantes abundan entre sus educandos? -inquirió severamente a boca de jarro X. Várskaia.

- Si en la colonia no se estudian las personalidades, es superfluo preguntar por los dominantes -observó en voz baja R. Lándsberg.

- No, ¿por qué? -repliqué en serio-. Algo puedo decirles acerca de los dominantes. En la colonia abundan los mismos dominantes que en ustedes.

- ¿Y usted de dónde nos conoce? -interrogó con animosidad X. Várskaia.

- Las tengo frente a mí y estamos hablando.

- Bueno, ¿y qué?

- Pues que las veo como si fueran transparentes. Para mí es lo mismo que si estuviesen hechas de cristal. Veo todo lo que ocurre en su interior.

X. Várskaia enrojeció; pero en aquel momento irrumpieron en el despacho Karabánov, Vérshnev, Zadórov y no recuerdo qué otros colonos.

- ¿Se puede pasar o hay secretos?

- ¡Cómo no! -contesté-. Aquí tenéis a dos visitantes nuestras, unas estudiantes de Járkov.

- ¿Visitantes? ¡Qué bien! ¿Y cómo se llaman?

- Xenia Románovna Várskaia.

- Rajil Semiónovna Lándsberg.

Semión Karabánov, preocupado, se llevó las manos a la mejilla y se sorprendió.

- ¡Ay, madre mía, qué largo de decir es eso! Entonces, ¿ usted es simplemente Oxana?

- Es lo mismo -asintió Várskaia.

- ¿Y usted Rajil, y nada más?

- Bueno -susurró R. Lándsberg.

- Bien, ahora se les puede dar de cenar. ¿Son ustedes estudiantes?

- Sí.

- Pues haberlo dicho: seguramente tendrán un hambre de... ¿de qué? Vérshnev y Zadórov habrían dicho: un hambre de perros. Pero digamos... digamos de gatitos.

- Efectivamente, tenemos hambre -asintió, riéndose, Oxana-. ¿Podemos también lavarnos?

- Vamos. Les entregaremos a las muchachas; allí podrán hacer lo que les dé la gana.

Así transcurrió nuestro conocimiento. Cada tarde venían a verme, pero un momento nada más.

En todo caso, no volvió a reanudarse la conversación acerca del estudio de la personalidad: Oxana y Rajil no tenían tiempo. Introduciéndolas en el mar sin límites de asuntos colonísticos, de distracciones y de conflictos, los muchachos las habían enfrentado con todo un montón de verdaderos problemas malditos. Era difícil que una persona viva pudiera sortear los remolinos y las pequeñas cascadas que surgían a cada paso en la colonia, no tenía uno tiempo de volver la cabeza, cuando ya era arrastrado sin saber a dónde. A veces los remolinos arrastraban a la gente hasta mi despacho y la arrojaban a la orilla.

Una tarde arrojaron a un grupo interesante: Oxana, Rajil, Silanti y Brátchenko.

Oxana traía cogido a Silanti de una manga y no hacía más que reírse a carcajadas:

- Venga, venga. ¿Por qué se resiste usted?

Silanti, efectivamente, se resistía.

- Está haciendo un trabajo de descomposición en la colonia y usted ni siquiera lo ve.

- ¿De qué se trata, Silanti?

Silanti se desasió, disgustado, y se acarició la calva:

- Pues mira de qué se trata: habíamos dejado, ¿sabes?, el trineo en el patio. A Semión y a ellas, ¿sabes?, se les ocurrió deslizarse por la colina. Pero ya que está Antón aquí, que lo cuente él.

Antón habló:

- Comenzaron a insistir y a insistir en que querían pasear. A Semión, claro está, le di en seguida en la cabeza con el collar y se fue, pero éstas se pusieron a tirar del trineo.

¿Y qué se podía hacer con ellas? Si les hubiera dado con el sillín, se habrían echado a llorar. Entonces Silanti fue y les dijo...

- Eso, eso -vibraba todavía Oxana-. Que repita Silanti lo que ha dicho.

- ¿Y qué hay de malo en ello? Dije la verdad, y no hay que hablar más. Dije que tienes ganas de casarte y que ibas a rompernos el trineo, eso es. Fíjate qué historia...

- Eso no es todo, no es todo...

- ¿Y qué más? Todo, según se dice.

- Lo que le dijo a Antón es esto: tú engánchala al trineo y hazla correr hasta Gonchárovka; así se calmará en el acto. ¿Dijiste eso?

- Lo mismo repetiré ahora aquí: son mozas fuertes y no tienen nada que hacer. En cambio, a nosotros nos faltan caballos, fíjate qué historia.

- ¡Ah! -exclamó Oxana-. ¡Márchese, márchese de aquí! ¡Fuera!

Silanti rompió a reír y se fue con Antón del despacho. Oxana se tendió en el diván, donde hacía ya mucho que dormitaba Rajil.

- Silanti es una personalidad interesante -dije yo-. Deberían dedicarse a estudiarle.

Oxana se precipitó fuera del despacho, pero se detuvo en la puerta para decirme, imitando a alguien:

- Le veo al trasluz: ¡como si fuera de cristal!

Y echó a correr, cayendo tan pronto como traspuso el umbral en medio de un grupo de colonos; yo escuché únicamente cómo se perdió el cascabeleo de su voz en el torbellino, para mí habitual, de la colonia.

- Rajil, váyase usted a dormir.

- ¿Qué? ¿Acaso quiero yo dormir? ¿Y usted?

- Yo me voy.

- ¡Ah! Bueno... Naturalmente...

Se frotó infantilmente el ojo izquierdo con el puñito, me estrechó la mano y salió del despacho, rozando con su hombro el quicio de la puerta.

EL TEATRO

Lo relatado en el capítulo anterior no constituía más que una parte insignificante de nuestras veladas invernales. Ahora nos da hasta un poco de vergüenza confesar que casi todo el tiempo libre lo sacrificábamos al teatro.

En la segunda colonia conquistamos un verdadero teatro. Es difícil describir el entusiasmo que se apoderó de nosotros cuando obtuvimos el derecho a utilizar el cobertizo del molino.

Nuestro teatro tenía cabida para seiscientos espectadores. Esto quiere decir que podíamos atender a varias aldeas. La significación del círculo de aficionados al teatro fue en aumento, y del mismo modo aumentaba lo que se exigía de él.

Cierto, nuestro teatro no era muy cómodo. Kalina Ivánovich llegaba a considerar estas incomodidades tan insuperables, que propuso transformar el teatro en cochera.

- Si colocas un carro, nada le pasará por el frío, ya que un carro no necesita estufa. En cambio, para el público sí que hacen falta estufas.

- Bueno, pues pondremos estufas.

- Ayudarán como un apretón de manos al pobre. ¿No has visto que allí el techo es de hierro, sin ninguna cobertura? Si encendemos las estufas, lo único que haremos será dar calor al reino de los ciclos y a los querubines y serafines, pero no al público. Y además, ¿qué estufas vas a poner? Aquí, por lo menos, haría falta instalar estufas de hierro, pero ¿quién te dará permiso? Esas estufas no producen más que incendios; tan pronto como empezase el espectáculo, habría que empezar también a echar agua. Nosotros no estábamos de acuerdo con Kalina Ivánovich, sobre todo porque Silanti decía:

- Pues fíjate qué historia: una representación de balde y, encima, un incendio sin más consecuencias. Nadie se ofenderá por ello.

Colocamos las estufas de hierro y las encendíamos sólo durante las representaciones. Jamás fueron capaces de caldear la atmósfera teatral; todo su calor se esfumaba inmediatamente por el techo de hierro. Y por eso, aunque las propias estufas se caldeaban hasta el rojo vivo, el público prefería seguir embutido en sus abrigos y sus pellizas, preocupándose únicamente de que no se le quemara por casualidad el lado vuelto hacia la estufa.

Sólo una vez hubo fuego en nuestro teatro, y, además, no fue por culpa de ninguna estufa, sino por una lámpara que se cayó en el escenario. Hubo pánico en aquella ocasión, aunque un pánico especial: el público permaneció en sus sitios, pero todos los colonos se lanzaron al escenario arrebatados por un entusiasmo no fingido.

- ¡Qué idiotas sois! -les chilló Karabánov-. ¿Es que no habéis visto nunca fuego?

Construimos un verdadero escenario: espacioso, alto, con un complicado sistema de bastidores y una concha para el apuntador. Tras el escenario quedó un gran espacio libre, pero no podíamos utilizarlo. Para que los artistas pudieran soportar la temperatura, acotamos en este espacio una pequeña habitación, instalamos en ella una estufa, y allí nos pintábamos y vestíamos, observando mal que bien, el turno y la diferencia de sexos. En el

espacio restante - entre bastidores y en la propia escena- hacía el mismo frío que al aire libre.

En la sala colocamos una decena de filas de bancos de madera, inmenso espacio de localidades teatrales, inusitado campo cultural, en el que no hacía falta más que sembrar y segar.

Nuestra actividad escénica en la segunda colonia se desenvolvió rápidamente a lo largo de tres inviernos, su ritmo y su impulso no cedieron jamás, y, en fin, sus proporciones fueron tan grandiosas, que yo mismo doy ahora crédito con dificultad a lo que estoy escribiendo.

Durante la temporada de invierno estrenábamos unas cuarenta obras. Debe decirse que nunca corríamos en pos de alguna piececita de alivio, tipo club de aficionados. No representábamos más que obras serias y largas, de cuatro o cinco actos, repitiendo por lo común el repertorio de los teatros de la capital. Se trataba de una audacia incomparable, pero, palabra de honor, no era una chapuza.

Y a partir del tercer espectáculo, nuestra fama teatral rebasó en mucho los límites de Gonchárovka. Venían a vernos campesinos de Pirogovka, de Grabílovka, de Bábichevka, de Gontsov, de Vatsiv, de Storozhevoie, de los caseríos de Volovi, de Chumatski, de Ozer; venían obreros de las barriadas suburbanas, ferroviarios de la estación y de la fábrica de locomotoras, y pronto comenzó a acudir también gente de la ciudad: maestros, empleados del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, militares, empleados soviéticos, trabajadores de las cooperativas, administradores, simples muchachas y muchachos, conocidos de los colonos y conocidos de los conocidos. A finales del primer invierno, ya desde la hora del almuerzo empezaba a instalarse todos los sábados en torno al cobertizo teatral el campamento de los que venían de lejos. Hombres bigotudos, con pellizas y zamarras de piel, desenganchaban los caballos, los cubrían con mantas y hacían sonar sus cubos junto al pozo, mientras sus acompañantas, envueltas hasta los ojos, daban saltitos alrededor del trineo para desentumecer las piernas heladas durante el camino y corrían al dormitorio de nuestras muchachas, cimbreándose sobre los altos taconcitos claveteados de hierro, a fin de entrar en calor y prolongar la amistad recientemente entablada. Muchos extraían de entre la paja paquetes y atadijos. Al ponerse en camino para la lejana expedición teatral, tomaban consigo comida: empanadas, tartas, tocino cortado en forma de cruz, espirales de diversos embutidos.

Una parte considerable de sus reservas estaba destinada a agasajar a los colonos, y hubo días de verdaderos banquetes hasta que el Buró del Komsomol prohibió categóricamente que se aceptase cualquier regalo de los espectadores forasteros.

Los sábados, las estufas de la sala de espectáculos se encendían a las dos de la tarde, de modo que los forasteros pudieran entrar allí en calor. Pero, a medida que se estrechaban las relaciones, mayor era la penetración de los visitantes en los edificios de la colonia. Hasta en el comedor se podía ver a grupos de invitados particularmente agradables y conocidos de todos, por decirlo así, a quienes los responsables de la guardia de aquel día estimaban posible invitar.

Para la caja de la escuela, los espectáculos eran una carga bastante onerosa. Los trajes, las pelucas, toda clase de requisitos venían a costarnos unos cuarenta o cincuenta rublos. Quiere, pues, decirse que al mes eso sumaba alrededor de doscientos rublos. Era

un gasto excesivo, pero ni una sola vez renunciamos a nuestro orgullo y jamás percibimos un kopek en pago del espectáculo. Contábamos, sobre todo, con la juventud, y la juventud campesina -en especial, las muchachas- jamás tenía dinero para sus gastos.

Al principio, la entrada al teatro era libre. Sin embargo, la sala perdió pronto su capacidad de contener a todos los que deseaban entrar en ella, y entonces introdujimos los billetes, que se distribuían previamente entre las células del Komsomol, los Soviets rurales y nuestros representantes plenipotenciarios especiales en cada lugar.

Para nosotros fue una sorpresa la terrible afición de los campesinos al teatro. Por culpa de los billetes había continuamente malentendidos y rencillas entre las diversas aldeas. Venían a vernos secretarios agitados, que nos hablaban con bastante fogosidad:

- ¿Por qué no nos habéis dado más que treinta localidades para mañana?

Zhorka Vólkov, el encargado de los billetes teatrales, movía sarcástico la cabeza ante el rostro del secretario:

- Porque incluso esas localidades son muchas para vosotros.

- ¿Muchas? Vosotros, burócratas, que os pasáis aquí sentados todo el día, ¿sabéis que son muchas?

- Nosotros estamos aquí sentados, pero vemos que las popesas utilizan nuestros billetes.

- ¿Las popesas? ¿Qué popesas?

- Las vuestras: pelirrojas, con los morros abultados.

Al reconocer a su popesa, el secretario baja de tono, aunque sin rendirse:

- Bueno, dos popesas... Pero ¿por qué nos habéis quitado veinte billetes? Antes nos dabais cincuenta y ahora, treinta.

- Habéis perdido nuestra confianza -contesta, mordaz, Zhorka-. Dos popesas; pero no hemos contado las sacristanas, las tenderas, las mujeres de los kulaks. ¿De manera que vosotros os estáis corrompiendo y nosotros tenemos que hacer cuentas?

- Me gustaría saber qué hijo de perra os ha ido con el cuento.

- Tampoco contamos a los... hijos de perra. Con treinta billetes tenéis de sobra.

El secretario, como gato escaldado, corre a la aldea para investigar la corrupción descubierta, pero su sitio es ocupado rápidamente por otro que viene a protestar:

- ¿Qué hacéis, camaradas? Tenemos cincuenta komsomoles, y nos habéis mandado quince billetes.

- Según datos del sexto destacamento P, la vez pasada vinieron de vuestro lugar solamente quince komsomoles no bebidos, y, además, cuatro de ellos eran unas mujeres viejas. Todos los demás estaban borrachos.

- Nada de eso. No es cierto que estuvieran borrachos. Nuestros muchachos trabajan en una fábrica de aguardiente y, claro, huelen...

- Comprobamos que les olía la boca; no hay por qué echar la culpa a la fábrica...

- Yo os demostraré que siempre huelen así. Lo que pasa es que vosotros sois injustos y andáis con cuentos. ¡Eso son desviaciones!

- ¡Déjalo! Los nuestros saben perfectamente cuándo se trata de la fábrica y cuándo se trata de un borracho.

- Venga, dame, por lo menos, cinco billetes más. ¿Cómo no os da vergüenza?... Repartís las localidades entre diversas señoritas de la ciudad y entre vuestros conocidos y dejáis a los komsomoles para lo último...

Comprendimos de pronto que el teatro no era una diversión o un juego nuestro, sino nuestra obligación, un inevitable impuesto social, cuyo pago no podíamos eludir.

El Buró del Komsomol meditó profundamente acerca de ello. El círculo de aficionados al teatro, por sí solo, no podía soportar sobre sus hombros semejante carga. Era imposible concebir que transcurriera un sábado sin espectáculo y, además, cada semana había que dar algún estreno. Repetir una obra significaba arriar la bandera, ofrecer a nuestros vecinos inmediatos, espectadores fijos, una velada fallida. En el círculo de aficionados comenzaron las historias de toda índole.

Hasta Karabánov clamaba:

- Pero, vamos a ver, ¿es que yo me he contratado como actor o qué? La semana pasada hice de sacerdote, ésta he hecho de general, y ahora me dicen que haga de guerrillero. ¿Es que soy de hierro? Me paso cada noche ensayando hasta las dos de la madrugada, y el sábado hay que mover las mesas y clavar los decorados...

Kóval, apoyando las manos en la mesa, gritaba:

- ¿Quieres que te pongamos una otomana debajo de un peral para que descanses un poco? No hay más remedio que trabajar.

- Si no hay más remedio, organizadlo de manera que trabajen todos.

- Y lo organizaremos.

- Organizadlo.

- Vamos a convocar al Soviet de jefes.

En el Soviet de jefes, el Buró propuso: nada de círculos de aficionados, todos debían trabajar.

Al Soviet le gustaba siempre concretar sus decisiones en forma de orden. Ésta la formalizó así:

Por decisión del Soviet de jefes, considerar el trabajo teatral como un trabajo obligatorio para cada colono, y por ello para la presentación del espectáculo Aventuras de la tribu de los Nichevokos se designan los siguientes destacamentos mixtos...

Seguía la enumeración de los destacamentos mixtos, como si se tratase de escardar la remolacha o aporcar la patata y no de las cumbres del arte. La profanación del arte comenzó por la aparición, en lugar del círculo de aficionados, del sexto destacamento A mixto, mandado por Vérshnev y compuesto por veintiocho personas... para el espectáculo en cuestión.

Y el destacamento mixto quería decir: lista exacta y ningún retraso, parte nocturno con indicación de los retrasados y demás, la orden del jefe, el habitual a la orden a guisa de respuesta con el correspondiente saludo y, en caso de incumplimiento, la necesidad de justificarse ante el Soviet de jefes o en la asamblea general por infracción de la disciplina de la colonia y, en el mejor caso, conversación conmigo y unas cuantas tareas fuera de turno o arresto domiciliario el primer día de fiesta.

Se trataba, efectivamente, de una reforma. Hay que tener en cuenta que el círculo de aficionados es siempre una organización voluntaria, con tendencia a cierto liberalismo excesivo, a la fluctuación del personal. Además, el círculo adolece en todo momento de

una lucha de gustos y de aspiraciones. Esto se observa particularmente en la elección de la obra y en el reparto de los papeles. También en nuestro círculo empezaba a despuntar a veces el principio personalista.

La decisión del Buró y del Soviet de jefes fue aceptada por la sociedad colonística como algo que se comprendía por sí solo sin el menor género de dudas. El teatro era considerado en la colonia igual que la agricultura, que la reparación de la hacienda, que el orden y la limpieza de los edificios. Desde el punto de vista de los intereses de la colonia, comenzó a ser indiferente la participación de uno u otro colono en los espectáculos: cada cual debía hacer lo que se exigía de él.

Habitualmente yo informaba en el Soviet dominical de jefes acerca de la obra que se representaría el sábado siguiente e indicaba qué colonos hacían falta como artistas. Todos ellos eran incluidos inmediatamente en el sexto A mixto y a uno de ellos se le designaba jefe.

Los demás colonos eran distribuidos en destacamentos teatrales mixtos, que llevaban siempre el número seis y que funcionaban hasta el final de la representación. Funcionaban los siguientes destacamentos mixtos:

Sexto A: artistas.
Sexto P: público.
Sexto G: guardarropa.
Sexto caliente: calefacción.
Sexto D: decorados.
Sexto T: tramoya.
Sexto I: iluminación y efectos luminosos.
Sexto L: limpieza.
Sexto S: sonidos.
Sexto C: cortina.

Si se tiene en cuenta que durante mucho tiempo no hubo en la colonia más de ochenta personas, será evidente para todos que ningún colono podía quedar libre y que, si la obra elegida tenía numerosos personajes, nos faltaban literalmente fuerzas. Por supuesto, el Soviet de jefes, al formar los destacamentos mixtos, procuraba basarse en los gustos y las inclinaciones individuales de cada uno, pero eso no se conseguía siempre. Lo más frecuente era que el colono manifestase:

- ¿Por qué me habéis incluido en el sexto A? Yo nunca he hecho de artista.

Le respondían:

- Pero ¿qué palabras de mujik son ésas? El hombre tiene siempre que hacer algo por primera vez.

En el transcurso de la semana todos los destacamentos mixtos y, en particular, sus jefes danzaban por la colonia e incluso por la ciudad como gatos escaldados. Entre nosotros no existía la moda de tomar en consideración ninguna disculpa, y por ello los jefes de los destacamentos lo pasaban, a veces, muy mal. Por fortuna, en la ciudad teníamos amigos, muchos de los cuales veían nuestra causa con simpatía. Ésta era la razón de que, por ejemplo, siempre consiguiéramos buenos trajes para cualquier obra, pero, si no los conseguíamos, el sexto G mixto sabía confeccionar el vestuario de cualquier época

y en cualquier cantidad sobre la base de los diversos materiales y objetos que había en la colonia. Para ello se consideraba que no sólo los objetos de la colonia, sino también los de sus empleados estaban plenamente a disposición de nuestros destacamentos teatrales. Por ejemplo, el sexto T mixto estuvo siempre convencido de que podía ostentar el nombre de destacamento de requisa porque requisaba todo lo necesario en el domicilio de nuestros empleados. A medida que nuestra empresa fue desarrollándose, en la colonia se formaron también ciertos depósitos permanentes. Con frecuencia representábamos obras donde sonaban disparos y, en general, obras de carácter militar, y para ellas constituimos todo un arsenal, aparte de una verdadera colección de uniformes militares, charreteras y condecoraciones. Gradualmente fueron destacándose entre la colectividad diversos especialistas, no solamente actores, sino también de otro carácter: teníamos notables ametralladores, que, por medio de aparatos de su invención, simulaban el más auténtico tiroteo de ametralladoras; teníamos artilleros, profetas Elías, a quienes les salían bien los truenos y los relámpagos.

Disponíamos de una semana para aprender cada obra. Al principio, intentamos proceder como es costumbre entre la gente: copiábamos los papeles y nos esforzábamos por aprenderlos.

Después renunciamos a esta empresa; no teníamos tiempo para copiar los papeles ni para estudiarlos. Debe considerarse que teníamos, además, nuestro trabajo corriente en la colonia y en la escuela; antes que nada era preciso estudiar las lecciones. Renunciando a todo convencionalismo teatral, empezamos a actuar con apuntador e hicimos bien. Los colonos aprendieron a captar con extraordinaria habilidad las palabras del apuntador; incluso nos permitimos el lujo de luchar contra las libertades y las improvisaciones en la escena. Sin embargo, para que el espectáculo se deslizase como era debido, yo tuve que sumar a mis obligaciones de director de escena la funcíón de apuntador, porque el apuntador, además, de indicar el texto, tenía que dirigir la representación: indicar la mise en scène, corregir los errores, señalar los disparos, los besos y las muertes.

Actores no nos faltaban. Entre los colonos había muchos hombres capaces. Los principales actores eran: Piotr Ivánovich Gorióvich, Karabánov, Vetkovski, Butsái, Vérshnev, Zadórov, Marusia Lévchenko, Kudlati, Kóval, Gléizer, Lápot.

Procurábamos elegir piezas con muchos personajes, porque abundaban los colonos deseosos de actuar en el teatro y nosotros teníamos interés por aumentar el número de los que supieran mantenerse en escena. Yo atribuía gran importancia al teatro, ya que, gracias a él, mejoraba mucho el lenguaje de los colonos y, en general, se ampliaba sensiblemente nuestro horizonte.

Pero, a veces, nos faltaban actores, y en este caso invitábamos a alguno de nuestros empleados. Una vez incluso lanzamos a Silanti al escenario. En el ensayo demostró escasas aptitudes de actor. No obstante, como tenía que decir una sola frase (El tren viene con tres horas de retraso), no había un riesgo especial. La realidad superó todas nuestras esperanzas.

Silanti salió a su tiempo, normalmente, pero habló así:

- El tren, ¿sabes?, viene con tres horas de retraso, fijate qué historia.

La réplica produjo tremenda impresión en el público, pero eso no fue lo malo; todavía mayor impresión causó entre la multitud de refugiados que aguardaban el tren en la estación. Los refugiados, totalmente vencidos por la risa, comenzaron a dar vueltas en el escenario sin hacer ningún caso a mis llamadas desde la concha del apuntador, sobre todo porque yo también resulté ser una persona impresionable. Silanti contempló un minuto toda aquella iniquidad y después se enfadó:

- Os hablan, imbéciles, como es debido: el tren, ¿sabéis?, viene con tres horas de retraso... ¿De qué os reís?

Los refugiados escucharon con entusiasmo las palabras de Silanti y después huyeron empavorecidos de la escena.

Yo, una vez rehecho, susurré:

- ¡Vete a todos los diablos! ¡Silanti, vete al infierno!

- Pues ya ves qué historia...

Coloqué el libro de canto, que era la señal para que se corriese la cortina.

Lo difícil era conseguir actrices. De las muchachas sólo podían trabajar, y no muy bien, Lévchenko y Nastia Nochévnaia y, del personal, Lídochka. Ninguna de ellas había nacido para la escena; se azoraban muchísimo, se negaban categóricamente al beso y al abrazo, aunque lo exigiera la obra. Por otra parte, no podíamos renunciar a los papeles amorosos. En busca de actrices, probamos a todas las mujeres, hermanas, tías y demás parientes de nuestros empleados y de los trabajadores del molino, suplicábamos a nuestras conocidas de la ciudad y a duras penas conseguíamos representar las obras. Por eso, Oxana y Rajil intervinieron en los ensayos ya al día siguiente de su llegada a la colonia, admirándonos por su manifiesta aptitud para dejarse besar sin la más leve turbación.

Una vez logramos convencer a una espectadora incidental, conocida de un trabajador del molino, que había venido de la ciudad a pasar una temporada. Resultó una auténtica perla: hermosa, voz aterciopelada, ojos, andar, en fin, todo lo preciso para interpretar el papel de dama corrompida en no recuerdo qué obra revolucionaria. Durante los ensayos nos derretíamos de gusto pensando en el estreno sensacional. El espectáculo comenzó con gran entusiasmo, pero en el primer entreacto se presentó entre bastidores el marido de la perla, un telegrafista ferroviario, que dijo a su mujer ante toda la compañía:

- No puedo permitir que trabajes en esta obra. Vámonos a casa.

La perla se asustó:

- ¿Cómo voy a marcharme? -musitó-. ¿Y la obra?

- ¡A mí qué me importa la obra! ¡Vámonos! No puedo tolerar que todos te besen y te arrastren por la escena.

- ¿Pero... cómo es posible?

- En un solo acto te han besado unas diez veces. ¿Qué quiere decir esto?

Al principio, nosotros nos quedamos estupefactos. Después tratamos de convencer al celoso.

- Pero, camarada, si un beso en la escena es una nimiedad -dijo Karabánov.

- Ya he visto si es una nimiedad o no. ¿Es que soy ciego? Vengo de la primera fila...

Yo dije a Lápot:

- Tú, que eres un hombre desenvuelto, convéncele de algún modo.

Lápot se puso honradamente a ello. Asió al celoso por un botón, le hizo sentarse en un banco y gorjeó dulcemente:

- ¡Qué hombre tan raro es usted! ¡Una cosa tan útil, tan cultural! Si su mujer, para una cosa así, se besa con alguien, de eso no puede salir más que provecho.

- No sé para quién será el provecho; desde luego, para mí no -insistía el telegrafista.

- Es provecho para todos.

- Entonces, lo mejor, según usted, es que todos besen a mi mujer.

- ¡Qué raro es usted! Eso siempre será mejor que si la besa un pichón cualquiera.

- ¿Qué pichón?

- Suele ocurrir... Y, además, fíjese: es aquí mismo, ante todos, y usted mismo lo ve. Sería mucho peor que fuese bajo un matorral cualquiera sin que usted se enterara.

- Nada de eso!

- ¿Cómo que nada de eso? ¡Con lo bien que sabe besar su mujer! ¿Usted cree que un talento así va a perderse? Vale más que lo haga en escena...

El marido aceptó mal que bien los argumentos de Lápot y, rechinando los dientes, permitió que su mujer concluyera el espectáculo, a condición únicamente que los besos no fueran de verdad. Se fue ofendido. La perla estaba disgustada. Nosotros temíamos que el espectáculo se viniese abajo.

En la primera fila estaba sentado el marido, hipnotizando a todos, lo mismo que una serpiente.

El segundo acto transcurrió como una misa de difuntos, pero en el tercer acto vimos con alegría general que el marido había desaparecido de la primera fila. Yo no podía suponer dónde se habría metido. La cosa se puso en claro únicamente después del espectáculo.

- Le aconsejé que se marchase -explicó modestamente Karabánov- . Al principio, no quería, pero terminó accediendo.

- ¿Cómo lo has conseguido?

Karabánov lanzó un relámpago con los ojos, hizo una mueca diabólica y silabeó:

- Le dije: vale más que procedamos honradamente. Hoy todo irá bien, pero, como no se vaya usted en seguida, le ponemos los cuernos, palabra de colono. En nuestra colonia hay muchachos ante los que no resistirá su mujer.

- ¿Y qué? -se interesaron alegremente los colonos.

- Nada. Me dijo solamente: ¡Acuérdese de que me ha dado su palabra! y se fue a la última fila.

Ensayábamos todos los días y, además, la obra entera.

En general, dormíamos poco. Debe tenerse en cuenta que muchos de nuestros actores ni siquiera sabían moverse en el escenario, por lo que era preciso enseñarles de memoria la mise en scène, desde los movimientos aislados de una mano o de un pie hasta la postura de la cabeza, hasta cada gesto o cada mirada. A esto prestaba yo atención, confiando en que el texto sería asegurado sin falta por el apuntador. Para el sábado por la noche se consideraba dominada la obra.

Hay que decir, sin embargo, que no trabajábamos mal del todo: muchos visitantes de la ciudad se sentían satisfechos de nuestros espectáculos. Procurábamos actuar de un

modo correcto, sin exageraciones, sin adular el gusto del público, sin perseguir efectos fáciles. Poníamos en escena obras ucranianas y rusas.

Los sábados, el teatro empezaba a animarse a partir de las dos de la tarde. Si había muchos personajes, Butsái, secundado por Piotr Ivánovich, comenzaba a maquillarles inmediatamente después del almuerzo. Desde las dos de la tarde hasta las ocho de la noche podían maquillar, por lo menos, a sesenta personas, después de lo cual comenzaban ya a maquillarse ellos mismos.

En cuanto a la presentación del espectáculo, los colonos no eran personas, sino fieras. Si en escena debía haber una lámpara con pantalla azul, rebuscaban no sólo en las casas de los empleados, sino también en las de sus conocidos urbanos hasta que conseguían infaliblemente una lámpara con la pantalla azul. Si en la escena había que comer, se comía de verdad, sin ningún engaño. Esto lo exigía no tanto el espíritu concienzudo del sexto T mixto como la tradición. Nuestros actores consideraban que comer en escena manjares ficticios era algo indigno de la colonia. Por ello también nuestra cocina solía tener trabajo: había que preparar entremeses, asar carne, confeccionar empanadas o pasteles. En lugar de vino, se servía sidra.

En mi concha de apuntador yo temblaba siempre durante las comidas: los artistas, en tales momentos, se entusiasmaban demasiado con la ficción y no hacían caso del apuntador, prolongando la escena hasta que ya no quedaba nada sobre la mesa. Por lo general, yo tenía que acelerar el ritmo con observaciones de este género:

- Basta ya... ¿me oís? ¡Acabad de comer, que el diablo os lleve!

Los actores me miraban sorprendidos, señalando con los ojos el pato sin terminar de comer, y no concluían de engullir hasta que yo llegaba al rojo blanco y les silbaba:

- ¡Karabánov, fuera de la mesa! Semión, miserable, di: Me voy.

Karabánov, tragándose el pedazo de pato a medio masticar, decía:

- Me voy.

Y luego, en el descanso, me reprochaba entre bastidores:

- Antón Semiónovich, ¿cómo no le da vergüenza? Cualquiera sabe cuándo me tocará comer otro pato semejante y usted no me ha dejado terminarlo...

Pero habitualmente los artistas trataban de no permanecer mucho tiempo en el escenario, porque en él hacía tanto frío como en el exterior.

En la obra La rebelión de las máquinas, Karabánov tenía que permanecer desnudo en el escenario toda una hora con nada más que una estrecha tira de tela ciñéndole las caderas. El espectáculo se celebraba en febrero, pero, para nuestra desgracia, el frío llegaba a treinta grados. Ekaterina Grigórievna pidió la suspensión del espectáculo, asegurándonas que Semión se helaría sin falta. La cosa terminó bien: Semión no se heló más que los dedos de los pies, pero Ekaterina Grigórievna, después del acto, le dio unas friegas de alcohol.

Sin embargo, el frío entorpecía nuestro desarrollo artístico. Una vez representábamos una obra que se titulaba El camarada Semivzvódni. En la escena aparecía el jardín de una finca señorial y se precisaba para él una estatua. El sexto T no pudo encontrar una estatua en ninguna parte, aunque recorrió todos los cementerios de la ciudad. Decidimos prescindir de la estatua. Pero, cuando descorrimos la cortina, vi con sorpresa una estatua: blanqueado hasta más no poder, Shelaputin, subido a un taburete y

envuelto en una sábana, me miraba maliciosamente. Mandé correr la cortina y expulsé a la estatua del escenario con gran disgusto del sexto T.

Los muchachos del sexto R se distinguían particularmente por lo concienzudo de su trabajo y su inventiva. Una vez ensayábamos Azef. Sazónov arroja una bomba contra Pleve. La bomba debía estallar. Osadchi, el jefe del sexto R, decidió:

- Haremos una verdadera explosión.

Como yo era quien interpretaba a Pleve, esta cuestión tenía para mí más interés que para nadie:

- ¿Cómo verdadera?

- Pues que hasta el teatro puede volar.

- Eso ya es excesivo -observé prudentemente.

- No, nada -me tranquilizó Osadchi- ; todo terminará bien.

Antes de la escena de la explosión, Osadchi me enseñó los preparativos: entre bastidores habían dispuesto varios toneles vacíos, junto a cada uno de los cuales aguardaba un colono con una escopeta de dos cañones cargada más o menos como para derribar un mamut. Al otro lado de la escena había en el suelo trozos de cristal y sobre cada uno de ellos otro colono con un ladrillo en la mano. Al fondo del escenario, frente a las salidas de los actores, había media docena de colonos. Ante ellos ardían unas velas. Los muchachos tenían en las manos unas botellas de no sé qué líquido.

- ¿Qué significa este entierro?

- Esto es lo principal: los chicos tienen kerosén. Cuando sea preciso, se llenarán de kerosén la boca y lo soplarán sobre las velas. Resulta muy bien.

- ¡Idos al ...! También puede resultar un incendio.

- Usted no tenga miedo. Unicamente procure que el kerosén no le queme los ojos, que nosotros mismos apagaremos el incendio.

Y me indicó otra fila de colonos, a cuyos pies había cubos llenos de agua. Rodeado por tres sitios de semejantes preparativos, comencé a sentir, en efecto, la condenación del desgraciado ministro y, después de reflexionar con toda seriedad, llegué a la conclusión de que como yo, personalmente, no tenía que responder de todos los crímenes de Pleve, en caso extremo me quedaba el derecho de huir a través de la sala. De todas formas, intenté una vez más moderar el espíritu concienzudo de Osadchi:

- Pero ¿es que el kerosén puede apagarse con agua?

Sin embargo, Osadchi era invulnerable: conocía ese asunto con todos los indicios de una erudición superior:

- Cuando se sopla el kerosén sobre una vela, se transforma en gas y no es preciso apagarlo.

Lo que sí tendremos que apagar tal vez son otros objetos...

- ¿A mí, por ejemplo?

- A usted le apagaremos en primer lugar.

Acepté mi destino: si no ardía, en todo caso me regarían de agua fría, ¡y esto con veinte grados bajo cero! Ahora bien: ¿cómo manifestar pusilanimidad ante todo el sexto R mixto, que había invertido tanta energía y tanta capacidad de inventiva en presentar la explosión?

Cuando Sazónov arrojó la bomba, yo tuve otra vez oportunidad de sentirme Pleve y no le envidié: las escopetas dispararon dentro de los toneles, los toneles retumbaron, destrozando sus aros y mis tímpanos, los ladrillos cayeron sobre los cristales, cinco bocas soplaron el kerosén sobre las velas encendidas con toda la fuerza de los pulmones jóvenes, y el escenario íntegro se transformó instantáneamente en un torbellino de humo y de fuego. Perdí la ocasión de interpretar mal mi propia muerte y me desplomé casi sin sentido bajo el trueno ensordecedor de los aplausos y los gritos entusiasmados del sexto R mixto. Desde arriba llovió sobre mí la ceniza negra y grasienta del kerosén. Se corrió la cortina, y Osadchi, cogiéndome por las axilas, me levantó y se interesó solícitamente:

- ¿No le arde a usted nada?

Me ardía solamente la cabeza, pero guardé silencio: ¡quién sabía lo que tendría preparado el sexto R mixto para tal eventualidad!

Del mismo modo volamos un barco durante un viaje infortunado hacia las costas revolucionarias de la URSS. La técnica de este suceso fue todavía más complicada. Además de simular fuego en cada ventanilla del barco, era preciso demostrar que, efectivamente, el barco volaba por los aires. Para ello, varios colonos se dedicaron detrás del barco a lanzar al aire tablas, sillas, taburetes. De antemano se habían entrenado para proteger su cabeza contra todas esas cosas, pero el capitán Piotr Ivánovich Goróvich lo pasó bastante mal: comenzó a arderle la pasamanería de papel que llevaba en la bocamanga y fue golpeado considerablemente por los muebles al caer. A pesar de ello, lejos de quejarse, incluso debimos esperar media hora a que dejara de reír para saber a ciencia cierta si estaban o no en orden todos sus órganos capitanescos.

Algunos papeles eran realmente difíciles de desempeñar. Los colonos, por ejemplo, no admitían ningún disparo entre bastidores. Si en una obra había que matar a alguien, la víctima debía prepararse a una dura prueba. Para matarla, se cogía un revólver auténtico, se retiraban las balas y todo el espacio libre era rellenado de estopa o de algodón. En el momento preciso se abrasaba a la víctima con un montón de fuego y, como el que disparaba sentía siempre el entusiasmo de su papel, era inevitable que apuntase obligatoriamente a los ojos. Si había que hacer varios disparos, de acuerdo con esa diabólica receta se llenaba todo el cargador.

El público, a pesar de todo, lo pasaba mejor: permanecía en la sala envuelto en sus pellizas de abrigo, aunque aquí y allí ardían las estufas. Lo único que se prohibía a los espectadores era roer semillas de girasol. Además, no se dejaba entrar a nadie en estado de ebriedad. En tal caso, conforme a una vieja tradición, era considerado borracho cada ciudadano en quien se descubría, por medio de una investigación minuciosa, el más leve olor a alcohol. Los colonos sabían adivinar en el acto entre cientos de espectadores a los que olían así o aproximadamente así y mejor aún sabían sacarles de la fila y ponerles vergonzosamente en la puerta, desatendiendo sin consideración afirmaciones muy parecidas a la verdad:

- Palabra de honor que sólo he bebido esta mañana una jarra de cerveza.

Sobre mí, como director de escena, recaían, además, sufrimientos suplementarios, tanto en el espectáculo como antes de él. Kudlati se hacía un lío con las frases, cambiaba las palabras. Y durante la representación de El revisor de Gógol, donde yo interpretaba el papel del alcalde Antón Antónovich, todos los muchachos empezaron a llamarme por mi

nombre propio, Antón Semiónovich. Los colonos trabajaron bien, pero esta confusión de los nombres al final del espectáculo me convirtió en una furia, porque incluso mis nervios resistentes fueron incapaces de soportar impresiones tan fuertes...

Amós Fiódorovich.- ¿Hay que dar crédito a los rumores, Antón Semiónovich? ¿Una extraordinaria felicidad ha venido a añadirse a su vida?

Artemio Filíppovich.- Tengo el honor de felicitar a Antón Semiónovich por su extraordinaria felicidad. Me he alegrado con toda el alma al enterarme. ¡Anna Andréievna, María Antónovna!

Rastakovski.- Felicito a Antón Semiónovich. Que Dios le dé una larga vida a usted y la nueva pareja y le ofrezca una numerosa descendencia de nietos y biznietos. ¡Anna Andréieevna, María Antónovna!

Korobkin.- Tengo el honor de felicitar a Antón Semiónovich.

Lo peor de todo es que yo, caracterizado de alcalde, no podía de ninguna manera dar su merecido en pleno escenario a todos esos monstruos. Sólo después de la escena muda con que acababa la obra estallé entre bastidores:

- ¡Malditos del diablo! ¿Qué significa esto? ¿Estáis burlándoos de mí o qué?

Los muchachos, asombrados, clavaron sus miradas en mí, y Zadórov, que hacía de jefe de correos, me preguntó:

- ¿De qué se trata? ¿Qué ha pasado? Todo ha salido bien.

- Por qué habéis estado llamándome todos Antón Semiónovich?

- ¿Y cómo si no?... ¡Ah, sí!... ¡Demonios!... Claro, el alcalde se llama Antón Antónovich.

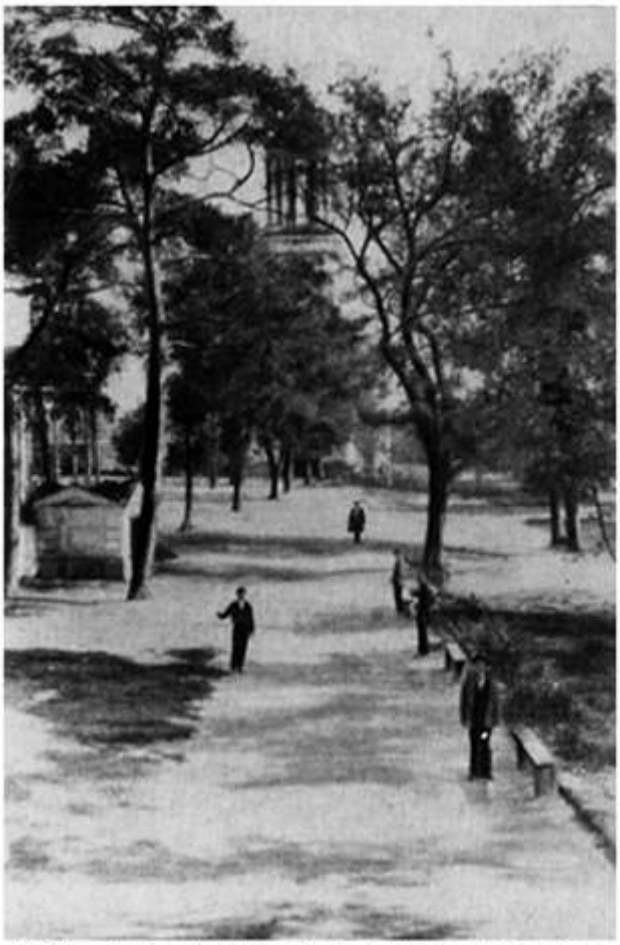
- ¡Si en los ensayos habéis estado llamándome como es debido!...

- El diablo lo sabe... Los ensayos son una cosa distinta. Y luego, aquí uno se emociona siempre...

EDUCACIÓN DE KULAKS

El 26 de marzo celebramos el cumpleaños de Máximo Gorki. Solíamos celebrar otras fiestas, que alguna vez describiré en detalle. Procurábamos que a nuestras fiestas acudiese mucha gente y que las mesas estuvieran repletas, y a los colonos, si hay que decir la verdad, les encantaba celebrar fiestas y, en particular, prepararse para ellas. Pero el día del cumpleaños de Gorki tenía para nosotros un encanto especial. Ese día oelebrábamos la primavera. Esta circunstancia valía por sí sola. Los muchachos instalaban las mesas engalanadas obligatoriamente en el patio para que todos tuvieran sitio en el banquete, pero, a veces, un espíritu adverso comenzaba a soplar desde el Este: granitos agudos y malignos se precipitaban sobre nosotros, el patio llenábase de charcos e inmediatamente se humedecían los tambores preparados para rendir el saludo a nuestra bandera con motivo de la fiesta. Mas era igual: el colono miraba hacia el Este, entornando los ojos, y decía:

- ¡Cómo se siente ya la primavera!



Blick auf den Hof der Gorki-Kolonie (1927/1928)

Había además en la fiesta del cumpleaños de Gorki otra circunstancia, que habíamos establecido nosotros mismos, que estimábamos profundamente y que nos gustaba mucho.

Hacía ya tiempo que los colonos habían decidido festejar ese día a todo vapor, aunque sin invitar a nadie de fuera. Si a alguien se le ocurría venir, le acogíamos del modo más cordial, precisamente por haber venido, pero en general, se trataba de una fiesta familiar de la colonia, y los forasteros no tenían nada que hacer en ella. La fiesta resultaba, efectivamente, sencilla e íntima, y los gorkianos se compenetraban todavía más, aunque la fiesta, por su forma, no tenía nada de doméstica. Empezábamos con un desfile, izábamos solemnemente la bandera, fluían los discursos, y desfilábamos con la misma solemnidad ante un retrato de Gorki. Después nos sentábamos a la mesa, y -no seamos modestos- ¡a la salud de Gorki!... No, no bebíamos nada, pero comíamos... ¡Algo terrible, de qué modo comíamos! Kalina Ivánovich, al levantarse de la mesa decía:

- Yo opino que no se debe condenar a los burgueses, ¡parásitos! Después de una comida como ésta, ¿comprendes?, no hay bestia que trabaje, sin hablar ya de la gente...

Para comer había: borsch, pero no un borsch corriente, sino especial, un borsch como el que un ama de casa hace solamente para el santo del marido; después empanadas de carne, de col, de arroz, de requesón, de patata, de alforfón, y no había empanada que cupiese en los bolsillos de los colonos; a continuación de las empanadas, cerdo asado, no adquirido en el mercado, sino de nuestras propias porquerizas, criado ya desde el otoño por el décimo destacamento especialmente para este día.(23) Los colonos sabían cuidar el ganado porcino, pero, en cuanto había que degollar algún cerdo, todos, incluso Stupitsin, el jefe del décimo, se negaban:

- No puedo degollarlos: me dan lástima. Cleopatra era una buena cerda.

Cleopatra había sido degollada, claro está, por Silanti Otchenash. El viejo motivaba así su conducta:

- Que nuestros enemigos, degüellen a los cerdos enclenques; nosotros degollaremos a los buenos. Fíjate qué historia.

Después de Cleopatra, se podía, realmente, descansar, pero en la mesa aparecían escudillas y tazones de nata y, a su lado, montañas de varénikis de requesón.(24) Y ningún colono tenía prisa por descansar. Al contrario, todos se dedicaban con la atención más profunda a los varénikis y a la nata. Y luego de los varénikis, el kisel y no como en las casas señoriales, es decir, en platitos, sino en platos soperos, y nunca, observé que los colonos engulleran el kisel sin ayudarse con pan o con alguna empanada.(25) Solamente después de eso se daba por concluido el banquete. Al levantarse de la mesa, cada uno recibía un cartucho lleno de caramelos y de rosquillas. Y con este motivo Kalina Ivánovich decía muy en razón:

- ¡Ah! ¡Si esos Gorkis nacieran más a menudo, qué bien se viviría!

(23) .- El borsch es un plato típico de Ucrania. Consiste en un caldo hecho a base de carne (res, cordero, pollo, ganso o cualquiera otra), remolacha, col y otras verduras.

(24) .- Los varénikis son empanadas cocidas en agua y pueden ser dulces o saladas.

(25) .- Especie de compota de frutas.

Después de comer, los colonos no fueron a descansar; distribuyéronse por los sextos mixtos a fin de preparar la representación de Bajos Fondos, postrer espectáculo de la temporada. Kalina Ivánovich se interesaba mucho por él.

- Veremos, veremos qué es eso. He oído hablar mucho de esos fondos, pero no los he visto. Y nunca he tenido ocasión de leer la obra.

Es preciso confesar que, en tal caso, Kalina Ivánovich exageraba mucho su casual infortunio: apenas si podía orientarse en los misterios de la lectura. Pero Kalina Ivánovich estaba aquel día de buen humor y no había que tomarla con él. La fiesta gorkiana había sido celebrada este año de un modo especial: a propuesta del Komsomol, se instituyó el título de colono. Esta reforma fue discutida largo tiempo, tanto por los colonos como por los pedagogos, pero todos acabaron coincidiendo en reconocer acertada la idea. El título de colono fue conferido únicamente a los que, en efecto, querían a la colonia y luchaban por su prosperidad. Y los que iban a la zaga, gimiendo y quejándose o, a lo sumo, adaptándose, no eran más que educandos.

En honor a la verdad, no había muchos de ésos: unos veinte nada más. También los viejos empleados obtuvieron el título de colono. Y, además, se decidió que, si, en el transcurso de un año de trabajo, el empleado no obtenía el título, tenía que abandonar la colonia.

Cada colono recibió una insignia de níquel, hecha por encargo especial en Járkov. La insignia representaba un salvavidas con las iniciales MG encima, y, sobre todo ello, una estrellita roja.

Durante el desfile de ese día se concedió también la insignia a Kalina Ivánovich. Estaba muy alegre por ello y no ocultaba su satisfacción.

- Hay que ver la de años que serví a ese Nicolás II para lograr todo lo más que me considerasen húsar y ahora los harapientos me han dado una orden, ¡parásitos! Y no hay nada que oponer. Hasta es agradable, ¿comprendes? Hay que ver lo que significa el hecho de que dispongan de una potencia estatal. Andan sin pantalones, ¡pero conceden órdenes!

La alegría de Kalina Ivánovich se vio enturbiada por la súbita aparición de María Kondrátievna Bókova. Un mes antes había sido destinada al centro regional de educación socialista y, aunque no era nuestro jefe directo, en cierto grado dependíamos de ella.

Cuando descendió del coche de punto, se sorprendió mucho al ver nuestras mesas engalanadas, ante las que terminaban de comer los colonos que habían servido el banquete.

Kalina Ivánovich se apresuró a utilizar su asombro para ocultarse sin ser visto, dejándome a mí como purgador de sus crímenes.

- ¿Qué fiesta es ésta? -preguntó María Kondrátievna.

- El cumpleaños de Gorki.

- ¿Y por qué no se me ha invitado?

- Este día no invitamos a nadie de fuera. Es una costumbre nuestra.

- De todas maneras, dadme de comer.

- Le daremos de comer. ¿Dónde está Kalina Ivánovich?

- ¡Ah, ese terrible abuelo! ¿El colmenero? ¿El que ha huido al verme? ¿Y también usted ha participado en la fechoría? Ahora no me dejan tranquila en la delegación del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Y el comandante dice que me descontarán del sueldo unos dos años. ¿Dónde está ese Kalina Ivánovich? Llámenle.

María Kondrátievna simulaba enfado, pero yo veía que Kalina Ivánovich no corría ningún peligro serio: María Kondrátievna estaba de buen humor. Envié a un colono en busca de Kalina Ivánovich. El anciano vino en seguida y nos saludó desde lejos.

- ¡No se acerque usted más! -se echó a reír María Kondrátievna-. ¿Cómo no le da vergüenza? ¡Qué horror!

Kalina Ivánovich tomó asiento en un banco.

- Ha sido una buena obra -dijo.

Yo había presenciado, una semana antes, el crimen de Kalina Ivánovich. Habíamos ido a la delegación y entramos en el despacho de María Kondrátievna para resolver un asunto de poca monta. María Kondrátievna tenía un despacho enorme, con numerosos muebles de una madera especial. En medio del despacho estaba su mesa. María Kondrátievna tenía una suerte particular: alrededor de su mesa había siempre una multitud de diferentes tipos de la delegación de Instrucción Pública; con uno hablaba, otro intervenía en la conversación, un tercero escuchaba, otro decía algo por teléfono, otro escribía en una esquina de la mesa, otro leía y las manos de alguien ponían a su firma diversos papeles, y, además de todo ese núcleo, había una masa de gente que no paraba de hablar. Bullicio, humo, suciedad.

Kalina Ivánovich y yo tomamos asiento en un divancito y estábamos hablando de algo relacionado con nuestra colonia cuando irrumpió en el despacho una mujer flaca, de aspecto terriblemente disgustado, y, dirigiéndose a nosotros, nos lanzó un discurso. Haciendo un esfuezo, comprendimos que se trataba de una casa infantil, en la que había niños y un buen método, pero ni un mueble. Estaba claro que no era la primera vez que la mujer acudía al despacho de María Kondrátievna, porque se expresaba con suma energía y sin el menor respeto hacia la institución:

- ¡Que el diablo se los lleve! ¡Han abierto una ciudad entera de casas infantiles y no dan mobiliario para ellas! ¿Dónde van a sentarse los niños? Me dijeron que viniese hoy y me darían los muebles. He traído a los chicos desde tres leguas, he traído también carros, y ahora no hay nadie, y ni siquiera sé dónde reclamar. ¿Qué orden es éste? Llevo todo un mes detrás de esos muebles, y mire usted cuántos muebles tiene ella. ¿Para quién, pregunto yo?

A pesar de que la mujer hablaba en voz alta, nadie de los que circundaban la mesa de María Kondrátievna prestó atención. Quizá, con el ruido general, no lo oían. Kalina Ivánovich miró en torno suyo, golpeó el divancito con la mano y preguntó:

- En lo que yo entiendo, camarada, ¿estos muebles le sirven?

- ¿Estos muebles? -resplandeció la mujer-. ¡Pero si son una preciosidad!...

- ¿A qué aguarda, entonces? -siguió Kalina Ivánovich? Si estos muebles le sirven y están aquí sin provecho, Lléveselos para sus niños.

Los ojos de la agitada mujer, que hasta aquel momento habían seguido con atención la mímica de Kalina Ivánovich, giraron de pronto en sus órbitas y de nuevo quedaron fijos en el anciano:

- ¿Cómo puedo hacerlo?

- Pues muy sencillo: sacándolos y cargándolos en los carros.

- Pero, Dios mío, ¿es posible así?

- Si es por los documentos, no se preocupe usted; siempre encontrará parásitos capaces de escribir tantos papeles, que no sabrá qué hacer con ellos. Lléveselos.

- Bueno, y, si me preguntan algo, ¿quién diré que me ha autorizado?

- Diga usted que he sido yo.

- Bien, ¿entonces usted me autoriza?

- Sí, yo mísmo.

- ¡Dios mío! -clamó, radiante, la mujer y, con la ligereza de una polilla, voló de la habitación.

Un minuto más tarde entraba de nuevo, ya en compañía de dos decenas de muchachos. Los muchachos se arrojaron alegremente sobre las sillas, silloncitos, sillones y divanes y comenzaron a sacarlos con algún trabajo por la puerta. El estrépito rodó por todo el despacho, y María Kondrátievna reparó en él.

- ¿Qué hacéis? -preguntó, levantándose de la mesa.

- Pues ya lo ve usted: sacando los muebles -respondió un muchachillo moreno que transportaba un sillón a medias con otro camarada.

- ¿Y no podéis hacerlo con menos ruido? -volvió a preguntar María Kondrátievna y se sentó para proseguir su trabajo de instrucción pública.

Kalina Ivánovich me miró decepcionado:

- ¿Te das cuenta? ¿Cómo puede ser así? Estos parásitos de chiquillos van a llevárselo todo.

Yo llevaba ya bastante tiempo contemplando entusiasmado el rapto del despacho de María Kondrátievna y no me sentía con fuerzas para indignarme. Dos chiquillos tiraron de nuestro divancito y nosotros les ofrecimos plena posibilidad de llevárselo también. La mujer bulliciosa, después de dar unas cuantas vueltas alrededor de sus educandos, corrió a Kalina Ivánovich, le asió la mano y se la estrechó emocionada, deleitándose con el rostro turbado y sonriente de este magnánimo varón.

- ¿Cómo se llama usted? Debo saberlo. ¡Nos ha salvado usted!

- ¿Para qué quiere conocer mi nombre? Ahora ya sabe que no hay costumbre de rezar por la salud de uno, y aún es temprano para rezar por mi alma...

- No, dígame, dígame...

- ¿Sabe? No me gusta que me den las gracias...

- Esta buena persona se llama Kalina Ivánovich Serdiuk -dije yo con sentimiento.

- ¡Gracias, camarada Serdiuk, gracias!

- No vale la pena. Sólo que llévense los muebles cuanto antes, que, si no, puede venir alguien y dar contraorden.

La mujer voló en alas del entusiasmo y de la gratitud. Kalina Ivánovich se ajustó el cinturón del impermeable, carraspeó y se puso a fumar su pipa.

- Por qué le has dicho mi nombre? Sin decirlo, también habría estado bien. No me gusta, ¿sabes?, que me agradezcan las cosas... Sin embargo, sería interesante saber si conseguirán llevarse los muebles hasta su destino.

Los que rodeaban a María Kondrátievna se dispersaron pronto por otros locales de la delegación y nosotros obtuvimos audiencia. María Kondrátievna terminó rápidamente con nosotros, miró desconcertada en torno suyo y se interesó:

- Me gustaría saber a dónde se han llevado los muebles. Me han dejado vacío el despacho.

- Se los han llevado a un jardín de la infancia -explicó en serio Kalina Ivánovich, recostándose en el respaldo del sillón.

Sólo dos días después se puso milagrosamente en claro que los muebles habían sido retirados con autorización de Kalina Ivánovich. Nos llamaron a la delegación del Comisariado, pero no acudimos.

- ¡Como que voy a ir por culpa de unas sillas! -exclamó Kalina Ivánovich-. ¿Acaso tengo pocas cosas en qué pensar?

Por todos esos motivos, Kalina Ivánovich se sentía un poco turbado.

- Ha sido una buena obra. ¿Qué hay de particular en ello?

- ¿Pero cómo no le da vergüenza? ¿Qué derecho tenía usted a darles permiso?

Kalina Ivánovich giró, amable, sobre el asiento:

- Yo tengo derecho a permitirlo todo, como cualquiera. Ahora, por ejemplo, le permito a usted que se compre una finca: se lo permito y nada más. Cómpresela. Y, si quiere, puede llevársela de balde; también se lo permito.

- En tal caso, también yo puedo permitir -María Kondrátievna miró en torno suyo- que se lleven, por ejemplo, estos taburetes y estas mesas.

- Puede.

- Bueno, ¿y qué? -insistió, confusa, María Kondrátievna.

- Nada.

- ¿Cómo? ¿Pueden cogerlos y llevárselos?

- ¿Quiénes?

- Alguien.

- ¡Je, je, je! Que pruebe. Sería interesante ver cómo saldría él mismo de aquí.

- No saldría: lo sacarían -intervino, sonriendo, Zadórov, que llevaba ya algún tiempo detrás de la silla de María Kondrátievna.

María Kondrátievna enrojeció, miró desde abajo a Zadórov y le preguntó turbada:

- ¿Usted cree?

Zadórov mostró todos los dientes:

- Sí, eso me parece.

- ¡Qué filosofía de bandidos! -exclamó María Kondrátievna-. ¿Así es como educa usted a sus muchachos? -preguntó con severidad, dirigiéndose a mí.

- Aproximadamente así...

- Pero, ¿qué educación es ésta? Han saqueado un despacho, ¿qué quiere decir esto, eh? ¿A quién educa usted? Entonces, si las cosas están mal cuidadas, uno puede llevárselas, ¿no?

Nos escuchaba todo un grupo de colonos, y en sus rostros se leía el mayor interés por la conversación. María Kondrátievna se acaloraba. En su acento yo distinguía perfectamente notas hostiles, aunque bien reprimidas, y no quería que el debate prosiguiera en ese tono.

- Sobre esta cuestión -dije apaciblemente- hablaremos alguna vez con más detenimiento. Hay que tener en cuenta que se trata de un asunto complicado.

Sin embargo, María Kondrátievna no cejaba:

- ¿Por qué complicado? Es muy sencillo: usted da a los muchachos una educación de kulaks.

Kalina Ivánovich comprendió que estaba seriamente irritada y se acercó a ella:

- No se enfade usted conmigo, con un viejo, pero no diga que educamos a los muchachos como a kulaks. Nuestra educación es soviética. Yo, claro, gasté, una broma: aquí, me dije, está la dueña de los muebles, se reirá y tal vez se dé cuenta de que los niños no tienen sillas. Pero la dueña ha resultado mala; ante sus propias narices se le han llevado los muebles, y ahora se dedica a buscar a los culpables y a hablar de educación de kulaks...

- ¿Eso quiere decir que sus educandos obrarían también así? -preguntó, defendiéndose ya débilmente, María Kondrátievna.

- Bueno, que obren.

- ¿Para qué?

- ¡Hombre! Para que, por lo menos, aprendan los malos administradores.

De entre el tropel de colonos se adelantó Karabánov y tendió a María Kondrátievna un palito, al que había atado un pañuelo de un blancor níveo, como los que hoy, con motivo de la fiesta, habían sido distribuidos entre los colonos.

- Venga, levante usted bandera blanca, María Kon,drátievna, y ríndase lo antes posible.

María Kondrátievna rompió a reír, con los ojos brillantes:

- ¡Me rindo, me rindo, no tenéis educación de kulaks; nadie me ha engañado, me rindo, las damas de la educación socialista se rinden!

Por la noche, cuando yo, con una pelliza prestada, salía de la concha del apuntador, vi sentada en la sala vacía a María Kondrátievna. Seguía atentamente los últimos movimientos de los colonos. Tras la escena, Toska Soloviov exigía con su voz aguda de discante:

- ¡Semión, Semión! ¿Has devuelto el traje? Entrégalo y después te vas.

Le contestaba la voz de Karabánov.

- ¡Tósenka, hermoso! ¿Dónde tienes los ojos? ¿No ves que he hecho el papel de Satin 1?

- ¡Ah,Satin! Entonces quédate con él como recuerdo.

En un extremo del escenario, Vólojov grita a oscuras:

- ¡Galatenko, eso no sirve, hay que apagar la estufa!

- Ella misma se apagará -contesta, soñoliento y ronco, Galatenko.

- Y yo te digo que la apagues. ¿Oíste la orden? No dejar encendidas las estufas.

- ¡La orden, la orden! -musculla Galatenko-. ¡Ya la apagaré!...

En el escenario, un grupo de colonos desarma las tablas del albergue de noche y alguien canturrea El sol sale y se pone.

- Hay que llevar mañana estas tablas al taller de carpintería -recuerda Mitka Zheveli y, de pronto, vocifera-: ¡Antón! ¡Eh! ¡Antón!

Entre bastidores responde Brátchenko:

- ¿Qué? ¿Por qué rebuznas como un asno?
- ¿Nos darás mañana un carro?
- Os lo daré.
- ¿Y un caballo?
- ¿Es que vosotros solos no podéis?
- No tenemos bastantes fuerzas.
- ¿Acaso te dan poco pienso?
- Poco.
- Ven a verme, que yo te daré.

Yo me acerco a María Kondrátievna.

- ¿Dónde va dormir usted?

- Estoy esperando a Lídochka. En cuanto se quite la pintura, me llevará a su cuarto... Dígame, Antón Semiónovich, sus colonos son muy simpáticos, pero ¡esta vida es tan áspera! Con lo tarde que es, todavía están trabajando, y me imagino que estarán cansadísimos. ¿No se les puede dar algo de comer? Aunque no sea más que a los que han trabajado.

- Han trabajado todos, y para todos no basta.

- Bueno, y usted mismo, sus pedagogos, que hoy han actuado y todo ha salido tan bien, ¿por qué no se reúnen para hablar un rato y... de paso tomar cualquier cosa?

- No podemos.
- ¿Por qué?
- Hay que levantarse a las seis, María Kondrátievna.
- ¿Sólo por eso?

- ¿Sabe usted una cosa? -pregunté yo a esta mujer bondadosa y amable-. Nuestra vida es mucho más rigurosa de lo que parece. Muchísimo más rigurosa.

María Kondrátievna se quedó pensativa. Desde el escenario saltó Lídochka:

- El de hoy ha sido un buen espectáculo, ¿verdad?

LAS FLECHAS DE CUPIDO

Con la fiesta de Gorki llegó la primavera. Al cabo de algún tiempo, empezamos a sentir el despertar de la primavera en cierto terreno especial.

La actividad teatral hizo que los colonos se acercasen mucho a la juventud campesina, y en algunos puntos de contacto se manifestaron sentimientos y planes no previstos por la teoría de la educación socialista. En particular, padecieron los colonos colocados por la voluntad del Soviet de jefes en el lugar de más peligro: el sexto P mixto, en cuyo nombre la inicial P se refería elocuentemente al público.

Los colonos que trabajaban en la escena formando parte del sexto A mixto vivían plenamente absorbidos por la vorágine del veneno teatral. Experimentaban con frecuencia en el escenario impulsos románticos, experimentaban también el amor escénico; pero precisamente por ello se vieron libres durante algún tiempo de la angustia del llamado primer sentimiento. Lo mismo ocurría en otros destacamentos sextos mixtos. En el sexto R los muchachos manejaban a cada paso materias extraordinariamente explosivas, y el propio Taraniets se quitaba raras veces la venda de la cabeza, deteriorada durante sus numerosos ejercicios pirotécnicos. También en este destacamento mixto el amor tardaba en arraigar: las ensordecedoras explosiones de barcos, bastiones y coches de ministros invadían por completo el alma de los colonos y no dejaban espacio para que en ella se encendiera el fuego opaco y sombrío del deseo. Era también dudoso que semejante fuego pudiera prender entre los muchachos encargados de trasladar los muebles y las decoraciones, porque, en este caso, la sublimación, dicho sea en lenguaje pedagógico, se efectuaba con demasiada intensidad. Incluso los muchachos de los destacamentos encargados de la calefacción, que desenvolvían su actividad entre el mismo público, estaban preservados contra las flechas de Cupido, ya que al más frívolo de los amorcillos no se le hubiera ocurrido jamás apuntar a las figuras ahumadas y grasientas de los colonos tiznados de carbón.

El colono del sexto P mixto estaba condenado irremediablemente. Aparecía en la sala luciendo el mejor traje de la colonia, y yo le amonestaba por el menor descuido en su atavío. Del bolsillo delantero asomaba coquetonamente la punta de un pulcro pañuelo, su peinado era siempre un modelo de elegancia, y él mismo tenía la obligación de ser cortés como un diplomático y atento como un mecánico dentista. Y, armado de tales dones, caía irremisiblemente bajo el influjo de determinados hechizos, que en Gonchárovka, en Pirogovka y en los caseríos de Volovi eran preparados más o menos según las mismas recetas que en los salones de París.

El primer encuentro a la puerta de nuestro teatro durante la comprobación de los billetes y la búsqueda de los sitios libres parecía exento de todo riesgo: para las muchachas, la silueta del dueño y organizador de estos magníficos espectáculos con tantas palabras emocionantes y tantas maravillas de la técnica aparecía orlada de un encanto supremo, casi inaccesible para el amor, hasta el punto de que los propios galanes campesinos, aun compartiendo la misma admiración, no se sentían atormentados por los celos. Pero al segundo, al tercero, al cuarto, al quinto espectáculo se repetía la historia, vieja como el mundo. Paraska, de Pirogovka, o Marusia, del caserío de Volovi, recordaban que las mejillas sonrosadas, las cejas negras, y, dicho sea de paso, no sólo las negras, los ojos luminosos, el traje de percal flamante y de hechura moderna, que cubría miriadas de los valores más inapreciables, la música de la Iitalo-ucraniana, que únicamente las muchachas saben pronunciar como es debido, todo eso era, sumado, una fuerza que dejaba muy atrás no sólo las argucias escénicas de los gorkianos, sino también la técnica de toda clase, incluso la técnica norteamericana. Y, cuando todas esas fuerzas se ponían en acción, de la importancia inaccesible de los colonos no quedaba nada.

Llegaba el momento en que el colono, después del espectáculo, se acercaba a mí y mentía desvergonzadamente.

- Antón Semiónovich, permítame acompañar a unas muchachas de Pirogovka; tienen miedo a volver solas.

En esta frase se encerraba una rara concentración de mentira, porque tanto para el suplicante como para mí estaba perfectamente claro que nadie temía a nadie, y que nadie necesitaba compañía, y que el plural de muchachas era una hipérbole, y que tampoco hacía falta permiso alguno; en caso necesario, la escolta de la asustadiza espectadora se organizaría sin permiso.

Y por eso yo concedía el permiso, superando en lo hondo de mi alma pedagógica la sensación evidente de la falta de concordancia. La pedagogía, como es sabido, niega en redondo el amor, considerando que este dominante debe aparecer sólo cuando el fracaso de la influencia educativa sea ya evidente en absoluto. En todos los tiempos y en todos los pueblos, los pedagogos han odiado el amor. Y también yo sentía una desagradable comezón de celos cuando uno u otro colono comenzaba a faltar a alguna reunión del Komsomol o a una asamblea general, abandonaba con aire desdeñoso los libros, renunciaba a todos las cualidades de un miembro activo y consciente de la colectividad y empezaba a reconocer con terquedad tan sólo la opinión de Marusia o de Natasha, seres incomparablemente inferiores a mí en el terreno pedagógico, político y moral. Pero yo he sido siempre un hombre inclinado a meditar y no me apresuraba a conceder ningún derecho a mis celos. Mis camaradas de la colonia y, en particular, las personalidades de la

delegación de Instrucción Pública eran más decididos que yo y se sentían muy nerviosos al observar la imprevista y no planificada ingerencia de Cupido.

- Contra esto hay que luchar enérgicamente.

Esas discusiones eran siempre útiles, porque aclaraban hasta el fin la situación: había que confiar en el propio sentido común y en el sentido común de la vida. Entonces teníamos todavía poca experiencia; nuestra vida era pobre aún. Yo soñaba: si fuéramos ricos, casaría a los colonos, poblaría nuestros alrededores de komsomoles casados. ¿Acaso eso no estaría bien? Pero para ello faltaba todavía mucho. No importaba. También la vida pobre discurriría algo. No me dediqué a perseguir a los enamorados con intervenciones pedagógicas, sobre todo porque no rebasaban el marco de la decencia. En un momento de expansión, Oprishko me enseñó una fotografía de Marusia, manifestación evidente de que la vida seguía haciendo de las suyas mientras nosotros meditábamos.

Por sí solo, el retrato decía muy poco. Me miraba un rostro ancho y respingón, que no añadía nada al tipo medio de las Marusias. Pero al dorso había sido escrito con una expresiva letra escolar:

A Dmitro, de Marusia Lukashenko. Quiéreme y no me olvides.

Dmitro Oprishko, sentado en la silla, demostraba abiertamente a todo el mundo que era hombre acabado. De su airosa figura no quedaban más que restos lastimosos, y hasta el gallardo y rizado mechón había desaparecido: ahora estaba sometido a un peinado ordenado y pacífico. Sus ojos castaños, antes tan fácilmente excitables al calor de una palabra ingeniosa y del deseo de reír y de saltar, expresaban tan sólo preocupación doméstica y sometimiento al dulce sino.

- ¿Qué piensas hacer?

Oprishko sonrió.

- Sin su ayuda, me será difícil. No le hemos dicho nada todavía al padre; Marusia tiene miedo. Pero, en general, el padre me trata bien.

- Bueno, esperaremos.

Oprishko se fue contento de mi despacho, guardando cuidadosamente en su pecho la fotografía de la amada.

Los amores de Chóbot marchaban mucho peor. Chóbot era un muchacho sombrío y apasionado: otras cualidades no tenía. Sus primeros pasos en la colonia se habían distinguido por un conflicto serio debido al empleo de la navaja, pero a partir de entonces se sometió enteramente a la disciplina, aunque siempre se mantuvo al margen de nuestros bulliciosos centros. Tenía un rostro inexpresivo e incoloro, que hasta en los momentos de ira parecía un poco obtuso. Asistía a la escuela por necesidad y a duras penas pudo aprender a leer. A mí me gustaba su manera de expresarse; en sus palabras escuetas se sentía siempre una grande y sencilla veracidad. Fue uno de los primeros muchachos admitidos en el Komsomol. Kóval tenía acerca de él una opinión determinada:

- No hará un informe, como agitador no sirve, pero, si se le confía una ametralladora, morirá sin abandonarla.

Toda la colonia sabía que Chóbot estaba apasionadamente enamorado de Natasha Petrenko.

Natasha vivía en la casa de Musi Kárpovich, y aunque se la consideraba sobrina suya, era, en realidad, una simple jornalera. Musi Kárpovich la dejaba ir al teatro, pero ella vestía muy pobremente: una falda desgarbada, gastada ya hacía mucho por otra persona, unos zapatos torcidos, que le venían grandes, y una blusa oscura, pasada de moda, con pliegues. Nunca la vimos vestida de otra manera. Aquella indumentaria hacía de Natasha un espantapájaros lastimoso, pero resultaba por ello más atrayente su rostro. En la aureola rojiza de un pañuelo de mujer, todo roto y manchado, se veía un rostro que incluso no parecía humano: tal era la expresión de pureza, de inocencia, de sonriente confianza infantil que había en él. Natasha nunca hacía visajes, nunca expresaba ira, indignación, desconfianza, sufrimiento. Lo único que sabía hacer era o escuchar seriamente, y entonces se estremecían un tanto sus espesas y negras pestañas, o sonreír de un modo franco y atento, mostrando sus dientes menudos y bonitos, uno de los cuales, en el centro, era un poco torcido.

Natasha llegaba siempre a la colonia en medio de un enjambre de muchachas, y sobre ese fondo afectadamente bullicioso resaltaba con fuerza por su carácter reservado e infantil y su buen humor.

Chóbot la recibía invariablemente y se sentaba, sombrío, junto a ella en algún banco, sin turbarla en absoluto con su hosquedad y sin cambiar nada en su mundo interior. Yo ponía en duda que esa niña pudiera amar a Chóbot, pero los muchachos me objetaban a coro:

- ¿Quién, Natasha? Pero si está dispuesta a seguir a Chóbot a través del agua y del fuego y sin pensarlo siquiera.

Entonces, hablando en propiedad, no teníamos tiempo para dedicarnos a los amores. Habían llegado los días en que el sol emprendía su habitual asalto, trabajando dieciocho horas seguidas. Imitándole, también Shere acumulaba sobre nosotros tanto trabajo, que nos limitábamos a resoplar en silencio, recordando no sin amargura que todavía en otoño habíamos aprobado con gran entusiasmo en asamblea general su plan de siembra.

Oficialmente, Shere tenía una rotación de seis hojas, pero, en realidad, salía algo mucho más complicado. Shere no sembraba casi cereales. En barbecho negro tenía unas siete hectáreas de trigo de otoño; a un lado se habían escondido unos pequeños campos de avena y de cebada, y a título de experimento había sembrado en un terreno no muy grande un centeno nunca visto, prediciendo que ningún campesino podría adivinar jamás de qué centeno se trataba y que no había más que mugir.

Pero, de momento, los que mugíamos éramos nosotros. La patata, la remolacha, los sembrados de sandías, las coles, una plantación entera de guisantes, y todo eso de distintas clases, en las que era difícil orientarse. Con este motivo, los muchachos decían que Shere había desplegado en los campos una auténtica contrarrevolución:

- En un lugar tiene un rey, en otro un zar y, además, reinas...

Efectivamente, Shere, después de deslindar cada parcela con mojones y vallas de rectitud ideal, había colocado en todas partes unos postes con placas de madera, donde escribía lo que se había sembrado y cuánto. Los colonos -probablemente los encargados de cuidar los cultivos contra los cuervos- pusieron una mañana sus propias inscripciones en esos carteles, hiriendo profundamente a Shere con su proceder. Shere exigió con

carácter de urgencia una convocatoria del Soviet de jefes y de un modo inusitado para nosotros gritó:

- ¿Qué burlas, qué tonterías son éstas? Yo doy a esas especies el nombre que tienen en todas partes. Si es aceptado generalmente que esta especie se llame rey de Andalucía, porque así se llama en todo el mundo, ¿cómo voy a darle yo otro nombre? ¡Lo que habéis hecho es una bribonada! ¿Para qué habéis puesto general Remolacha, coronel Guisante? ¿Y qué significa eso de capitanes Sandías y alféreces Tomates?

Los jefes sonreían sin saber qué hacer con toda esa camarilla y preguntaban concretamente:

- ¿Quién es el autor de esta cochinada? Hace poco eran reyes y ahora son simples capitanes, el diablo sabe qué...

Los muchachos no podían reprimir una sonrisa, aunque tenían un poco de miedo a Shere. Silanti comprendió la intensidad del conflicto y trató de moderarlo:

- Fíjate qué historia: un rey que puede ser comido por las vacas, no es peligroso. Puede seguir siendo rey.

También Kalina Ivánovich estaba de parte de Shere:

- ¿Por qué razón os habéis alborotado? ¿Queréis mostrar lo revolucionarios que sois y que estáis dispuestos a luchar contra los reyes, a cortarles la cabeza a los parásitos? ¿Por qué os inquietáis? Os daremos cuchillos y vais a cortar hasta que sudéis a cántaros.

Los colonos sabían qué significaba cortar y acogieron las palabras de Kalina Ivánovich con profunda satisfacción. Así terminó el asunto de la contrarrevolución en nuestros campos; y cuando Shere plantó frente a nuestra casa doscientos arbustos de rosas criadas en el invernadero y puso un cartelito: Reina de las nieves, no hubo un solo colono que protestase.

Unicamente Karabánov dijo:

- Que sea reina y el diablo se la lleve, con tal de que huela bien.

Lo que más nos atormentaba era la remolacha. Hablando honradamente, la remolacha es un cultivo detestable: tan sólo es fácil de sembrar, pero después comienza una verdadera histeria.

Apenas asoma sobre la tierra -y asoma lenta y pausada-, ya hay que escardarla. La primera escarda es todo un drama. La joven remolacha, para el novato, no se distingue en absoluto de las malas hierbas, y por ello Shere reclamaba para este trabajo a los colonos mayores.

- Pero, ¿cómo? -decían los colonos mayores-. ¡Escardar la remolacha! ¡Como si no hubiéramos ya escardado bastante!

Ha concluido la primera escarda, la segunda, y cuando todos sueñan con ir a las coles, a los guisantes y huele ya a la siega del heno, de pronto leemos en la petición dominical de Shere esta modesta demanda: ¡Cuarenta personas para aporcar la remolacha! Vérshnev, el secretario del Soviet, lee irritado la insolente línea y aporrea la mesa con el puño:

- Pero, ¿qué es eso? ¿Otra vez la remolacha? ¡Cuándo terminará la maldita!... ¿A lo mejor nos ha dado usted por error una petición vieja?

- Es una petición nueva -responde tranquilamente Shere-. Cuarenta personas y de las mayores, por favor.

María Kondrátievna, que vive en una jata, cerca de nosotros, asiste a la reunión del Soviet. Los hoyuelos de sus mejillas contemplan coquetones a los indignados colonos.

- ¡Qué chiquillos tan vagos sois! Y en el borsch os gusta la remolacha, ¿verdad?

Semión inclina la cabeza y declama expresivamente:

- En primer lugar, la remolacha es forrajera, ¡así se hunda! En segundo lugar, venga usted con nosotros a aporcar. Si nos hace usted este favor y trabaja con nosotros aunque no sea más que un día, entonces, yo, para que vea, formo un destacamento mixto y trabajo en la remolacha hasta que enterremos a la maldita.

En busca de ayuda, María Kondrátievna me sonríe y señala a los colonos:

- ¡Cómo son! ¡Cómo son!...

María Kondrátievna está de vacaciones. Por eso se la puede ver también de día en la colonia.

Pero durante el día la colonia está aburrida; los muchachos vienen sólo a la hora de comer, negros, polvorientos, tostados. Después de arrojar los azadones en el rincón de Kudlati, vuelan a galope como la caballería de Budionny por la abrupta pendiente, desabrochándose de paso las cintas de los calzones, y a los pocos segundos el Kolomak hierve en la ardiente ebullición de sus cuerpos, gritos, juegos y fantasías de toda clase. Las muchachas pían desde los arbustos de la orilla:

- ¡Bueno, basta ya, marchaos! ¡Chicos, vamos, chicos! Ahora nos toca a nosotras.

El de guardia, con el rostro preocupado, pasa a la orílla, y los muchachos enfundan sus cuerpos húmedos en los calzones todavía calientes. Luego, con los hombros constelados de gotas brillantes de agua, se reúnen ante las mesas instaladas alrededor de la fuente, en el viejo jardín. Aquí hace tiempo que les espera María Kondrátievna, el único ser de la colonia que conserva una piel blanca humana y unos cabellos no quemados. Por eso, entre nosotros parece especialmente delicada, y hasta Kalina Ivánovich no puede dejar de observar esa circunstancia:

- Es una mujer muy guapa, ¿sabes? y aquí se pierde sin provecho. Tú, Antón Semiónovich, no la mires teóricamente. Ella te mira como a una persona, y tú, lo mismo que un mujik, no le haces caso.

- ¡Cómo no te da vergüenza! -reproché a Kalina Ivánovich-. No faltaba más que eso: que también yo me dedicase a las aventuras amorosas en la colonia.

- ¡Eh, tú! -carraspeó senilmente Kalina Ivánovich, encendiendo su pipa-. Siempre serás un tonto en la vida, ya lo verás...

Yo no tenía tiempo de efectuar un análisis teórico y práctico de las cualidades de María Kondrátievna, y tal vez por eso ella no hacía más que invitarme a tomar el té y se ofendía mucho conmigo cuando yo le aseguraba cortésmente:

- Palabra de honor, no me gusta el té.

Un día, después de la comida, una vez que los colonos se dispersaron por sus lugares de trabajo, María Kondrátievna y yo seguimos un rato junto a las mesas, y ella me dijo con afectuosa sencillez:

- ¡Oigame, Diógenes Semiónovich! Si esta noche no viene usted a verme, le consideraré simplemente como un mal educado.

- ¿Y qué tiene usted? ¿Té? -pregunté yo.

- Tengo helado, ¿comprende?, no té, sino helado... Lo haré especialmente para usted.

- Bueno -accedí yo, haciendo un esfuerzo-, ¿a qué hora debo ir a tomar el helado?

- A las ocho.

- No puedo: a las ocho y media tengo los partes de los jefes.

- ¡Vaya una víctima de la pedagogía!... Bueno, venga a las nueve.

Pero a las nueve, inmediatamente después de escuchar los partes, cuando estaba en el despacho y me abrumaba la idea de tener que ir al helado y de no haber encontrado tiempo para afeitarme, llegó corriendo Mitka Zheveli y me gritó:

- Antón Semiónovich, venga usted, venga...

- ¿Qué ocurre?

- Los muchachos han traído a Chóbot y a Natasha. Ese abuelo, ¿cómo se llama?... ¡ah!, Musi Kárpovich...

- ¿Dónde están?

- Allí, en el jardín...

Corrí al jardín. En la avenida de las lilas estaba Natasha en un banco, toda asustada. La rodeaba una multitud de muchachos y de mujeres de la colonia. Los muchachos, en grupos a lo largo de toda la avenida, hablaban de algo. Karabánov peroraba:

- ¡Bien hecho! Lástima que no haya matado a ese bicho...

Zadórov tranquilizaba al trémulo y lloroso Chóbot:

- No ha pasado nada terrible. Ya verás, ahora vendrá Antón y él lo arreglará.

Interrumpiéndose el uno al otro, los muchachos me contaron lo siguiente:

Natasha no había puesto a secar unas piezas de tela -sin duda, se le había olvidado-, Musi Kárpovich decidió castigarla y ya la había golpeado dos veces con unas riendas, cuando entró Chóbot en la jata. Era difícil precisar qué había hecho -Chóbot callaba-, pero a los gritos desesperados de Musi Kárpovich se congregaron los vecinos del caserío y una parte de los colonos y encontraron medio muerto al dueño, ensangrentado y escondido en un rincón. En la misma triste situación se hallaba uno de los hijos de Musi Kárpovich. El propio Chóbot, en el centro de la jata, rugía como un perro, según la expresión de Karabánov. Natasha apareció más tarde en casa de unos vecinos.

Con motivo de todos esos sucesos hubo negociaciones entre los colonos y los vecinos del caserío. Ciertos indicios daban a entender que durante las negociaciones habían sido empleados los puños y otros medios de defensa, pero los muchachos, sin decir nada acerca de ello, relataban de un modo épico y emocionante:

- Nosotros, ¿sabe?, no hicimos nada de particular... practicamos la cura de urgencia, como es debido en casos de accidente, y Karabánov dijo a Natasha: Vamos, Natasha, a la colonia; tú no tengas miedo a nada, encontraremos buena gente, en la colonia arreglaremos este asunto.

Yo invité a los participantes a entrar en mi despacho.

Natasha contemplaba seriamente con los ojos muy abiertos el ambiente nuevo para ella, y sólo en los imperceptibles movimientos de su boca y en la lágrima solitaria que enfriábase en su mejilla se podía discernir en ella huellas de susto.

- ¿Qué hacer? -dijo apasionadamente Karabánov-. Hay que terminar este asunto.

- Vamos a terminarlo -asentí.

- Casarlos -sugirió Burún.

Yo repuse:

- Para casarlos siempre hay tiempo; esto no es cosa de hoy. Tenemos derecho a admitir a

Natasha en la colonia. ¿No se opone nadie?... ¡Más bajo! ¿Por qué chilláis? Tenemos sitio para la muchacha. Kolka, da mañana una orden incluyéndola en el quinto destacamento.

- ¡A la orden! -vociferó Kolka.

Natasha arrojó de repente su terrible toquilla, y sus ojos refulgieron como una hoguera al viento. Se acercó corriendo a mí y rompió a reír con alegría, como no ríen más que los niños.

- ¿Es posible? ¿En la colonia? ¡Oh, gracias, muchísimas gracias!

Los muchachos ocultaron entre risas su profunda emoción. Karabánov golpeó el piso con el pie:

- Muy sencillo. Tan sencillo que... ¡maldito sea!... Naturalmente, en la colonia. ¡Que se atrevan a tocar a un colono!

Las muchachas se llevaron alegremente a Natasha a su dormitorio. Los muchachos estuvieron bullendo todavía mucho tiempo. Chóbot, sentado frente a mí, me agradeció:

- Jamás se me habría ocurrido tal solución... Gracias por haber defendido a una persona tan insignificante... Y en cuanto a casarnos, eso es secundario...

Hasta muy entrada la noche estuvimos discutiendo lo sucedido. Los muchachos relataron algunos casos semejantes. Silanti expuso su opinión, las muchachas trajeron a Natasha vestida de educanda para que yo la viese y resultó que Natasha no tenía nada de novia: era una niña pequeña y delicada. Después llegó Kalina Ivánovich y dijo, resumiendo la jornada:

- Basta ya de atizar el fuego. Si a una persona no le quitan la cabeza, quiere decir que sigue viviendo y, por lo tanto, todo irá bien. Vamos a dar una vuelta por el prado... Verás cómo esos parásitos han puesto las parvas, que ojalá los pongan así a ellos en el ataúd cuando se mueran.

Era más de media noche cuando Kalina Ivánovich y yo nos dirigimos al prado. La noche, tibia y silenciosa, escuchaba atentamente lo que Kalina Ivánovich me refería por el camino. Los álamos, aristocráticamente educados, esbeltos, conservando su eterno amor a las filas rectas, montaban la guardia de nuestra colonia y también pensaban en algo. Tal vez se sentían asombrados de que todo en torno suyo hubiese cambiado tanto: se habían alineado para guardar la finca de los Trepke y ahora tenían que guardar la colonia Gorki.

En medio de un grupo aislado de álamos estaba la jata de María Kondrátievna. Nos miraba directamente con sus negras ventanas. De pronto, una de las ventanas se abrió sin ruido y de ella saltó un hombre. Venía ya hacia nosotros cuando, después de detenerse un instante, echó a correr hacia el bosque. Kalina Ivánovich interrumpió su relato acerca de la evacuación de Mírgorod en 1918 y me dijo tranquilamente:

- Es ese parásito de Karabánov. ¿Ves?, él no mira las cosas teórica, sino prácticamente. Y tú has quedado en ridículo, aunque eres un hombre instruido...

REFUERZOS

Musi Kárpovich vino a la colonia. Pensábamos que iría a comenzar un litigio acerca de las libertades excesivas que el irritado Chóbot se había permitido con su cabeza. Y, en realidad, Musi Kárpovich llevaba la cabeza demonstrativamente vendada y hablaba con una voz, que no parecía que fuera Musi Kárpovich, sino un cisne agonizante. Pero sobre el tema que nos tenía preocupados se expresó pacíficamente y con cristiana sumisión:

- No he venido por lo de la chiquilla. Es por otro asunto. No vengo a reñir con vosotros. ¡Dios me libre! Que así sea... Quiero tratar con vosotros acerca del molino. Vengo de parte del Soviet rural a proponeros un buen asunto. Kóval miró, cejijunto, a Musi Kárpovich:

- ¿Acerca del molino?

- Claro. Vosotros estáis gestionando el arriendo del molino, ¿no? Y también el Soviet rural ha presentado una solicitud en el mismo sentido. Entonces, nosotros pensamos así: como vosotros sois el Poder soviético, y el Soviet rural también es el Poder soviético, no puede ocurrir que vosotros vayáis por un lado y nosotros por otro...

- ¡Ah! -dijo Kóval con un matiz de ironía.

Así comenzó en la colonia un breve período diplomático. Yo persuadí a Kóval, y a los muchachos de que se pusieran los fracs diplomáticos y las corbatas blancas, y Luká Semiónovich y Musi Kárpovich pudieron presentarse durante algún tiempo en el territorio de la colonia sin peligro para su vida.

En aquel período, la colonia estaba muy preocupada por la compra de caballos. Nuestros famosos trotadores envejecían a ojos vistas. Incluso al Pelirrojo había comenzado a salirle una barba senil, y en cuanto al Malish, el Soviet de jefes lo había transferido ya a la situación de inválido con pensión y todo: el Malish obtuvo a perpetuidad un lugar fijo en la cochera y una ración de avena y se le podía enganchar solamente con mi autorización. Shere había desdeñado siempre a la Banditka; a la Mary y al Korshun y decía:

- Una hacienda buena es la que tiene buenos caballos, pero si los caballos son una porquería, la hacienda también lo es.

Antón Brátchenko, que se había enamorado sucesivamente de todos nuestros caballos, aunque siempre había preferido al Pelirrojo, ahora, bajo la influencia de Shere comenzó a soñar con cierto caballo futuro, que esperaba ver aparecer de un momento a otro en su reino.

Kalina Ivánovich, Shere, Brátchenko y yo no dejábamos pasar ninguna feria, vimos millares de caballos, pero no logramos comprar ninguno. Unas veces los caballos eran malos, iguales a los que teníamos; otras veces nos pedían mucho; otras veces era Shere quien descubría en el caballo alguna enfermedad oculta o un defecto. A decir verdad, en las ferias no había buenos caballos. La guerra y la Revolución habían acabado con las familias equinas de raza y aún no habían aparecido los caballos de la nueva remonta. Antón volvía de las ferias casi ofendido:

- ¿Cómo es posible? No hay caballos. Y si necesitamos un buen caballo, un verdadero caballo, ¿qué vamos a hacer? ¿Pedírselo a los burgueses o qué?

Kalina Ivánovich recordaba sus viejos tiempos de húsar y gustaba de inmiscuirse en la cuestión caballuna, y hasta Shere confiaba en sus conocimientos, traicionando en este caso sus eternos celos. Un día, Kalina Ivánovich se expresó así en un círculo de gente entendida:

- Dicen los parásitos, Luká y el Musi ése, que los campesinos de los caseríos tienen buenos caballos, pero que no quieren llevarlos a las ferias. Les da miedo.

- No es verdad -objetó Shere-, no tienen buenos caballos. Tienen caballos como los que hemos visto. Dentro de poco conseguiremos buenos caballos de los centros de remonta, pero ahora es pronto aún.

- Pues yo le digo que hay -seguía afirmando Kalina Ivánovich- . Luká lo sabe; ese hijo de perra conoce todos los alrededores. Y, además, ¿dónde va a haber un buen animal más que en las casas ricas? Y, en los caseríos, los campesinos son ricos. Ese parásito está ahí agazapado, cría un potrito y el muy canalla lo guarda en secreto. Es decir, tiene miedo a que se lo quiten. Pero, si vamos, podemos comprarlo...

Yo también decidí la cuestión sin el menor indicio de ideología.

- El próximo domingo iremos a ver. Tal vez podamos comprar algo.

Shere asintió:

- ¿Y por qué no ir? Por supuesto, no compraremos ningún caballo, pero podemos darnos un paseo. Veré qué trigo tienen esos amos ricos.

El domingo enganchamos el faetón y nos balanceamos por los suaves caminos vecinales.

Dejamos atrás Gonchárovka, cruzamos la carretera de Járkov, nos arrastramos por un pinar lleno de arena y llegamos, en fin, a cierto reino, donde no habíamos estado jamás.

Desde una meseta suave y ondulada se ofreció a nuestra vista un paisaje bastante agradable.

De horizonte a horizonte extendíase una llanura como novelada. No asombraba por su variedad; tal vez en esta misma sencillez había también algo bello. El llano estaba sembrado espesamente de trigo; olas doradas, de un dorado verdoso o amarillento, se agitaban, amplias, en derredor, subrayadas a veces por las manchas intensamente verdes del mijo o por algún campo abigarrado de alfordón. Y sobre ese fondo de oro habían sido dispuestos con inverosímil uniformidad grupos de jatas blancas como la nieve, rodeadas de bajos jardincillos disformes. Junto a cada grupo de jatas, uno o dos árboles: sauces, pobos, muy raras veces álamos, y sandiares con su choza de un marrón sucio. Todo eso se atenía a un estilo riguroso; el artista más exigente no hubiera podido descubrir aquí ni una sola pincelada falsa.

También a Kalina Ivánovich le gustó el cuadro.

- ¿Ven cómo viven los amos ricos? Aquí vive gente ordenada.

- Sí -accedió Shere de mala gana.

- Venga, vamos a entrar aquí -propuso Kalina Ivánovich.

Antón torció por un sendero cubierto de hierba hacia una puerta primitiva hecha de tres finos troncos de sauce, atados con ligaduras de corteza. Un can gris, todo

despellejado, se deslizó de debajo de un carro y ladró con una voz ronca, venciendo difícilmente su pereza. De la jata salió el dueño y, sacudiéndose algo de su barba despeinada, fijó su vista con asombro y un poco de miedo en mi indumentaria semimilitar.

- ¡Buenos días, patrón! -saludó alegremente Kalina Ivánovich-. ¿De vuelta de la iglesia, eh?

- Voy poco a la iglesia -respondió el dueño con la misma voz ronca y perezosa que el guardián de sus bienes-. La mujer alguna que otra vez... ¿De dónde son ustedes?

- Venimos a tratar un buen negocio: la gente dice que en su casa se puede comprar un buen caballo, ¿eh?

El campesino trasladó su mirada a nuestro faetón. La pareja poco armónica del Pelirrojo y de la negra Mary le tranquilizó, por lo visto.

- ¡Qué decirles! ¡De caballos buenos, ni hablar! Pero tengo un caballejo de tres años. Tal vez les sirva.

Se fue a la cochera y sacó del rincón más profundo una yegua de tres años, alegre y cebada.

- ¿No la ha enganchado usted? -preguntó Shere.

- Enganchar para ir a algún sitio, no la he enganchado; pero he montado en ella. Sirve. Corre bien. Otra cosa no puedo decir.

- No -dijo Shere-, es joven para nosotros. La necesitamos para trabajar.

- Joven, joven -asintió el dueño-. Pero con buenos amos puede crecer. Así es. Yo la he cuidado tres años. La he cuidado bien, como pueden ver ustedes.

La yegua estaba, efectivamente, bien cuidada: brillante, la piel limpia, las crines peinadas. En todos los terrenos era más pulcra que su educador y dueño.

- Y, por ejemplo, ¿cuánto vale esta yegua, eh? -preguntó Kalina Ivánovich.

- Según veo, quieren comprarla buenos amos. En este caso, si pagan un buen convite, serán seiscientos. Antón se quedó mirando a lo alto de un sauce y, por fin, al darse cuenta del precio, exclamó:

- ¿Cuánto? ¿Seiscientos rublos?

- Seiscientos -repitió modestamente el campesino.

- ¿Seiscientos rublos por esta m...? -gritó Antón, incapaz de contener la ira.

- ¡La m... serás tú, mocoso! Primero cría un caballo y después habla.

Kalina Ivánovich intervino conciliador:

- No se puede decir que sea una m... La yegua es buena, sólo que no nos sirve.

Shere sonrió en silencio. Montamos en el faetón y proseguimos nuestro viaje. El can gris nos despidió con los mismos ladridos, y el dueño, al cerrar la puerta, ni siquiera nos acompañó con la mirada.

Visitamos una decena de caseríos. En casi todos ellos había caballos, pero no compramos nada.

Volvimos ya al anochecer. Shere había dejado ya de contemplar los campos y meditaba, reconcentrado, en algo. Antón reñía al Pelirrojo, hostigándole continuamente con el látigo y diciéndole:

- ¿Estás tonto o qué? ¿Nunca has visto matorrales?...

Kalina Ivánovich contemplaba con rabia las matas de ajenjo que bordeaban el camino y no hacía más que gruñir:

- Fíjate si son malos esos parásitos. Va gente a verles, no importa que compren o no, pero hay que ser humanos, hay que ser hospitalarios, ¡miserables! Bien puede ver el parásito que la gente está de viaje desde por la mañana, y hay que darle de comer, lo que se tenga, borsch, aunque sea patatas... Tú fíjate: ni siquiera se peina la barba, pero por un jamelgo sarnoso quiere seiscientos rublos. Lo he criado. Y seguramente no lo ha criado él... ¿Has visto cuántos braceros hay por allí?

Yo había visto a esos seres harapientos y silenciosos que se mantenían inmovilizados por el susto junto a cobertizos y cocheras y observaban ávidamente el insólito acontecimiento: la llegada de gente de la ciudad. Estaban estupefactos por la rara concentración de tantas personas distinguidas en un solo patio. A veces, esos mudos personajes sacaban de la cochera a los caballos y tendían tímidamente las riendas al amo; a veces, incluso daban palmadas en las ancas del caballo, expresando así quizá su amor al ser vivo a que estaban acostumbrados.

Por fin, Kalina Ivánovich calló y se puso a fumar con irritación su pipa. Sólo a la misma entrada de la colonia dijo alegremente:

- ¡Nos han matado de hambre los parásitos del diablo!...

En la colonia encontramos a Luká Semiónovich y a Musi Kárpovich. Luká se asombró mucho al conocer el fracaso de nuestra expedición y protestó:

- ¡Es imposible que haya ocurrido eso! Ya que yo se lo he dicho a Antón Semiónovich y a Kalina Ivánovich, así será. Usted, Kalina Ivánovich, no se disguste, porque no hay nada peor que cuando un hombre tiene mal los nervios. La semana que viene iremos juntos. Sólo que vale más que no venga Antón Semiónovich, porque tiene un aspecto... ¡je, je, je!... tan bolchevique, que la gente se asusta.

El domingo siguiente, Kalina Ivánovich se fue a los caseríos con Luká Semiónovich, que había traído su caballo. Brátchenko se mostraba frío y pesimista y bromeó pérfidamente al despedirles:

- Llévense aunque no sea más que pan para el camino; si no, van a morirse de hambre.

Luká Semiónovich se atusó la bellísima barba pelirroja sobre la camisa bordada de los días de fiesta y sonrió golosamente con sus labios sonrosados:

- ¿Cómo es posible, camarada Brátchenko? Vamos a ver gente. ¿Cómo podemos llevar pan? Hoy comeremos verdadero borsch y cordero, y tal vez alguien nos invite a empanadas.

Guiñó un ojo a Kalina Ivánovich, que le escuchaba sumamente interesado, y tiró de las riendas pintadas de color rojo oscuro. El caballo, ancho y cebado, arrancó en seguida bajo el arco muy abierto, arrastrando el coche, bien hecho, profusamente guarnecido de hierro.

Al anochecer, todos los colonos, como a una señal de alarma, se congregaron para ver un fenómeno inesperado: Kalina Ivánovich regresaba triunfador. Seguía al coche el caballo de Luká Semiónovich y venía enganchada una hermosa y grande yegua tordilla. Tanto en Kalina Ivánovich como en Luká Semiónovich se advertían las huellas de la buena acogida que les habían dispensado los dueños de los caballos. Kalina Ivánovich salió difícilmente del coche, procurando por todos los medios que los colonos no observaran esas huellas. Karabánov ayudó a Kalina Ivánovich:

- Entonces, ¿ha habido convite?

- ¡Y cómo no! ¿No ves qué animal?...

Kalina Ivánovich daba palmadas en la grupa enorme de la yegua. El animal era, efectivamente, magnífico: piernas peludas y potentes, buena talla, pecho gigantesco, una figura airosa y gallarda. Incluso Shere no pudo descubrir en la yegua ningún defecto, aunque invirtió mucho tiempo en reconocer su vientre y a cada instante le pedía con una voz alegre y tierna:

- La patita, dame la patita...

Los muchachos aprobaron la compra. Burún, entornando seriamente los ojos, examinó la yegua por todos lados y opinó:

- Por fin tenemos en la colonia un caballo como es debido.

También a Karabánov le gustó la yegua:

- Sí, es un animal bien cuidado. Vale quinientos rublos. Si tuviéramos una docena de caballos semejantes, podríamos comer empanadas.

Brátchenko recibió a la yegua con cariñosa atención, andaba alrededor de ella y chascaba la lengua de gusto, asombrándose con alegre animación de su fuerza enorme y tranquila, de su carácter confiado y pacífico. Ante el muchacho se abrían perspectivas, y empezó a exigir tenazmente de Shere:

- Necesitamos un buen macho. Tendremos remonta propia, ¿comprende usted?

Shere comprendía; miraba con aire serio y aprobatorio a Zorka (así se había bautizado a la yegua) y decía entre dientes:

- Buscaré un potro. Tengo pensado un sitio. En cuanto recojamos el trigo, iré.

En aquel tiempo, el trabajo transcurría en la colonia desde por la mañana hasta la puesta del sol, siguiendo rítmicamente los raíles lisos y exactos trazados por Shere. Los destacamentos mixtos de los colonos, bien grandes, bien pequeños, bien integrados por los muchachos mayores, bien deliberadamente por los pequeños, armados bien con azadones, bien con guadañas o rastrillos, bien con sus propias manos, iban al campo y regresaban con la precisión del horario de un tren rápido, brillando de risas y de bromas, de ánimo y de seguridad en sí mismos, sabiendo hasta el fin qué había que hacer, dónde y cómo. A veces, Olia Vóronova, nuestra ayudante de agrónomo, llegaba del campo y, entre trago y trago de agua, decía en el despacho al jefe de guardia:

- Hay que mandar ayuda al quinto mixto.

- ¿Qué pasa?

- Andan retrasados con las gavillas... hace calor.

- ¿Cuántos hacen falta?

- Unos cinco. ¿Hay niñas?

- Queda una.

Olia se seca los labios con la manga y se va. El jefe de guardia se dirige con un block de notas en la mano al estado mayor del destacamento mixto de reserva, instalado desde por la mañana a la sombra de un peral. En pos del jefe de guardia corre, dando unos pequeños y cómicos pasitos, el corneta de guardia. Un minuto más tarde, bajo el peral resuena el corto staccato de asamblea del destacamento de reserva. De entre los arbustos, del río, de los dormitorios, salen corriendo los muchachos; junto al peral se

reúne un círculo, y un minuto más tarde cinco colonos dirígense rápidamente al campo de trigo.

Wache bei der Fahne der Gorki-Kolonie

Habíamos admitido ya a un refuerzo de cuarenta muchachos. Los colonos les dedicaron un domingo íntegro: los lavaron, los vistieron, los distribuyeron en destacamentos. No aumentamos el número de destacamentos. Simplemente trasladamos nuestros once destacamentos a la casa roja, dejando en cada uno de ellos un número determinado de puestos. Por eso, los novatos, bajo la influencia de los viejos colonos, se sienten orgullosamente gorkianos, pero aún no saben andar, trepan, como dice Karabánov.

Los novatos son todos jóvenes, de trece a catorce años, y hay algunos morritos muy agradables, singularmente simpáticos cuando el chico acaba de salir del baño con el rostro todo colorado y luciendo los nuevos calzones de satín; y si los pequeños no tienen muy bien cortado el pelo, Belujin explica:

- Hoy se lo han cortado ellos mismos; así que, como usted comprenderá, no está muy bien...

Esta tarde vendrá el peluquero y lo arreglaremos...

El refuerzo anda unos dos días por la colonia con las pupilas dilatadas, absorbiendo todas las nuevas impresiones. Entran en la porqueriza y miran sorprendidos al severo Stupitsin.

Antón no habla con los nuevos. Para él es una cuestión de principio.

- ¿A qué venís? -les pregunta-. Vuestro puesto, por ahora, está en el comedor.

- ¿Y por qué en el comedor?

- ¿Y qué es lo que sabes hacer? Tú no sabes más que comer pan.

- No, yo trabajaré.

- Ya sabemos cómo trabajáis; hay que poner dos vigilantes detrás de ti. ¿Verdad?

- Pues el jefe dice que pasado mañana iré a trabajar; ya verás entonces.

- ¡Pues sí que hay que ver! ¿No os he visto ya? ¡Ay, qué calor! ¡Ay, quiero beber! ¡Ay, papá: ay, mamá!...

Los novatos sonríen confusos:

- ¡Qué mamá!... ¡Nada de eso!

Pero ya al anochecer del primer día Antón empieza a sentir simpatía por algunos. Por no se sabe qué procedimiento elige a los aficionados a los caballos. De pronto, vemos que por un camino corre ya hacia el campo el barril del agua. En lo alto del barril va sentado Petka Zadorozhni, un nuevo gorkiano, conduciendo al Korshun, mientras desde la puerta de la cochera le llueven recomendaciones:

- No arrees al caballo, no le arrees. No vas a apagar ningún fuego.

A los dos días, los novatos forman en los destacamentos mixtos, tropiezan y gimen en aquel trabajo inusitado para ellos, pero la fila de colonos pasa sin detenerse por el patatar, casi sin alterar la línea, y al novato le parece que también él va a la altura de los demás. Sólo una hora después advierte que para cada dos nuevos se ha asignado un surco de patatas, mientras que los viejos colonos tienen cada uno un surco. Todo bañado en sudor, pregunta en voz baja al vecino:

- ¿Terminaremos pronto?

Hemos recogido el trigo. En la era ha comenzado el ajetreo alrededor de la trilladora. Shere, sucio y sudoroso como todos, comprueba los engranajes y examina la parva preparada para la trilla.

- Pasado mañana comenzaremos a trillar y mañana iremos por el caballo.

- Iré yo -dice con precaución Karabánov, mirando a Antón Brátchenko.

- Ve tú, si quieres -accede Antón-. ¿Y el potro es bueno?

- No está mal -responde Shere.

- ¡Lo ha comprado usted en el sovjós? (26)

- En el sovjós.

- ¿Cuánto?

- Trescientos.

- Barato.

- ¡Ya lo creo!

- Entonces, ¿es soviético? -pregunta Kalina Ivánovich, mirando la trilladora-. ¿ Y por qué está ese elevador tan alto?

- Es soviético -contesta Shere-. No está alto; la paja es ligera.

(26) .- Sovjoz: acrónimo del ruso sovétskoie joziaistvo. En la URSS inmensa explotación agrícola que podía llegar a los 100 000 hectáreas, administrada por un director nombrado por el Secretario de Agricultura. Con estas fábricas rurales, el Estado soviético tendía hacia una producción realmente intensiva de sus recursos agrícolas.

El domingo se descansó, los muchachos se bañaron, pasearon en lancha, se dedicaron a los novatos, y, al anochecer, toda la aristocracia, como siempre, se congregó en el umbral de la casa blanca, aspirando el aroma de las reinas de las nieves y asombrando a los novatos, agazapados en un lado, con el relato de diversas historias. De pronto, tras una esquina del molino, levantando polvo y girando bruscamente ante una vieja caldera abandonada, un jinete apareció a galope. Semión, a lomos de un caballo dorado, volaba derecho hacia nosotros, y todos nos callamos súbitamente y contuvimos el aliento: cosas así habíamos visto tan sólo en los cuadros, en las ilustraciones de los cuentos y de La terrible venganza.(27) El caballo llevaba ahora a Semión a un trote libre y ligero, aunque, al mismo tiempo, impetuoso, agitando una cola amplia y rica y sacudiendo al viento sus crines esponjosas, bañadas en una luz áurea.

Estupefactos, apenas pudimos advertir en su movimiento nuevos e impresionantes detalles: un cuello potente, arqueado en una línea altiva y graciosamente caprichosa, y unas patas finas, que movía con gallardía al andar.

Semión detuvo al caballo ante nosotros y atrajo hacia el pecho su cabeza pequeña y hermosa.

Los ojos del caballo, negros, ardientes, inyectados en sangre por los extremos, se clavaron de improviso en lo más hondo del corazón del turbado Antón Brátchenko. Antón se llevó las manos a las orejas, prorrumpió en una exclamación y preguntó, estremeciéndose:

- ¿Es nuestro? ¿Qué? ¿Este potro es nuestro?

- Nuestro -contestó orgullosamente Karabánov.

- ¡Baja de él ahora mismo! -vociferó de pronto Antón-. ¿Qué haces ahí sentado? ¿Te ha parecido poco? ¡Mira cómo lo has dejado de jadeante! ¡No es un jamelgo de aldea!

Y, apoderándose de las riendas, Antón repitió la orden con los ojos brillantes de cólera.

Semión se apeó.

- Comprendo, hermano, comprendo. Quizá únicamente Napoleón ha tenido alguna vez un caballo parecido.

Antón, como impulsado por el viento, se subió al caballo y le dio unas palmadas cariñosas en el cuello. Después se volvió confuso y se secó los ojos con la manga.

Los muchachos se echaron a reír discretamente. Kalina Ivánovich sonrió, carraspeó y sonrió otra vez.

- No se puede oponer nada. Es un caballo que... Incluso diré más: es demasiado para nosotros. Sí... nos lo echarán a perder.

- ¿Quién nos lo echará a perder? -Antón se inclinó ferozmente hacia Kalina Ivánovich y rugió mirando a los colonos-: ¡Lo mataré! ¡Al que lo toque, lo mato! ¡Con un palo, con una barra de hierro en la cabeza!

Hizo girar en redondo al caballo, y el animal le llevó dócilmente a la cuadra con un galope corto y coqueto, como alegrándose de que, por fin, se hubiera sentado en la silla el verdadero amo.

El potro fue llamado Molodiets.

(27) .- Obra de Gógol (1809-1852).

LOS DESTACAMENTOS NOVENO Y DÉCIMO

A principios de julio, obtuvimos en arriendo el molino. Nos lo dieron por tres años -tres mil rublos cada año-, completamente a nuestra disposición, es decir, sin compañías de ninguna índole.

Las relaciones diplomáticas con el Soviet rural se interrumpieron de nuevo, pero, además, los días del propio Soviet rural estaban ya contados. La conquista del molino fue un triunfo de nuestro Komsomol en el segundo sector del frente de combate.

De un modo inesperado para nosotros, la colonia comenzó a enriquecerse visiblemente y a cobrar el aspecto de una hacienda sólida, culta y ordenada.

Si todavía poco antes, comprar un par de caballos nos suponía cierto esfuerzo, en cambio, ahora, a mediados del verano, pudimos ya asignar sin dificultad sumas bastante crecidas para la adquisición de buenas vacas, un rebaño de ovejas, nuevo mobiliario.

Entre una faena y otra, casi sin afectar nuestro presupuesto, Shere emprendió la construcción de un nuevo establo, y no habíamos tenido tiempo de recobrarnos cuando en un extremo del patio apareció un nuevo edificio, agradable y sólido, ante el que Shere plantó un parterre, haciendo añicos el viejo prejuicio de que el establo es un lugar de suciedad y de hedor. En el nuevo establo había cinco nuevas vacas de raza Simmenthal, y de nuestros terneros creció y se desarrolló extraordinariamente, sorprendiendo incluso a Shere con sus inauditas propiedades, un toro llamado César.

A Shere le costó trabajo obtener cédula para César, pero sus propiedades de raza eran tan sorprendentes, que a pesar de todo, nos dieron la cédula. También tenía cédula el Molodiets; con cédula vivía igualmente Vasili Ivánovich, un cerdo de dieciséis puds, que yo había sacado hacía mucho de una estación experimental, un inglés puro, llamado Vasili Ivánovich en honor del viejo Trepke.

Con estos distinguidos extranjeros -un alemán, un belga, un inglés- era más fácil organizar una verdadera granja de cría de animales de raza.

El reino del décimo destacamento de Stupitsin -la porqueriza- era desde hacía ya tiempo una institución seria, que, por su potencia y la pureza racial del ganado, tenía fama en nuestro distrito de ser la primera después de la estación experimental.

El décimo destacamento -catorce colonos- trabajó siempre de un modo ejemplar. La porqueriza era un sitio del que jamás dudaba nadie en la colonia. La porqueriza, magnífico local de hormigón de la época de los Trepke, se hallaba en medio de nuestro patio. Era nuestro centro geométrico, y estaba tan pulida y nos imponía tanto respeto, que a nadie se le ocurría pensar que alteraba el armónico conjunto de la colonia Gorki.

Era raro el colono a quien se dejaba entrar en la porqueriza. Muchos novatos visitaban la porqueriza sólo formando parte de alguna excursión especial con fines instructivos; en general, para entrar en la porqueriza se exigía un salvoconducto, firmado por Shere o por mí.

Ésta era la razón de que, a los ojos de los colonos y de los campesinos, el trabajo del décimo destacamento estuviera rodeado de muchos misterios en los cuales penetrar se consideraba un honor especial.

Era relativamente fácil el acceso -con permiso de Stupitsin, el jefe del décimo destacamento- a la llamada sala. En este local vivían los lechones destinados a la venta y se procedía a la remonta de las cerdas aldeanas.

Los clientes pagaban aquí tres rublos por visita; el ayudante de Stupitsin y el tesorero, Ovcharenko, extendían los recibos. También en esta sala se vendían lechones por kilos a precios del Estado, aunque los campesinos trataban de demostrar que era ridículo vender los lechones al peso. Eso, decían, no se había visto nunca.

Cuando paría alguna cerda, se congregaba siempre mucha gente. Shere dejaba de cada vez sólo siete cerditos, los más grandes, los primeros, y regalaba todos los demás a quien los quisiera. Allí mismo Stupitsin instruía a los compradores acerca de cómo había que cuidar a un lechón quitado de la madre, cómo había que alimentarlo por medio de biberones, qué composición se debía dar a la leche, cómo bañarle, cuándo se podía pasar a otra comida. Los lechones eran distribuidos solamente entre quienes presentaban un certificado del Comité de campesinos pobres, y como Shere sabía de antemano el día en que las cerdas debían parir, de la puerta de la porqueriza pendía siempre un gráfico, en el que constaba cuándo debía venir por el lechón uno u otro ciudadano.

La distribución de los lechones nos dio fama por todo el distrito y nos proporcionó muchos buenos amigos entre el campesinado. En todas las aldeas vecinas aparecieron buenos cerdos ingleses, que tal vez no sirvieran para procrear, pero que eran excelentes para el engorde.

La sección siguiente de la porqueriza era el lugar de los lechones. Verdadero laboratorio, aquí se llevaban a cabo tenaces investigaciones de cada individuo antes de determinar su camino vital. Shere llegaba a reunir varios centenares de lechones, sobre todo en primavera. Los colonos conocían de vista a muchos pequeños de talento y seguían celosamente su desarrollo. Kalina Ivánovich, el Soviet de jefes, muchos colonos y yo conocíamos también a las personalidades más relevantes. Por ejemplo, a partir del mismo día de su nacimiento gozó de nuestra atención general el vástago de Vasili Ivánovich y de Matilde. Nació hecho un titán, y desde el principio reveló todas las cualidades precisas y se le destinó a heredero de su padre.

No defraudó nuestras esperanzas y pronto fue instalado en un local aparte, junto a su padre, y llamado Piotr Vasilievich en honor del joven Trepke.

Más lejos aún estaba el cebadero. Éste era el reino de las recetas, de los datos de la balanza, de la quietud y de la felicidad pequeñoburguesa elevada a la perfección. Si, al principio del cebo, algunos individuos aún daban señales de filosofía e incluso exponían de una manera bastante ruidosa ciertas fórmulas de concepción y percepción del mundo, un mes después permanecían tumbados silenciosamente en su jergoncillo dedicados a la dócil digestión de sus raciones. Sus biografías finalizaban con la nutrición obligatoria hasta que llegaba, por fin, el momento en que el individuo pasaba al negociado de Kalina Ivánovich, y en una pequeña colina arenosa, junto al viejo parque, Silanti transformaba las individualidades en productos alimenticios, sin sentir la menor convulsión filosófica, mientras Alioshka Vólkov preparaba en la puerta de la despensa los toneles para la grasa.

La última sección estaba destinada a las cerdas de cría, pero aquí podían entrar únicamente los sumos sacerdotes. Yo mismo ignoraba todos los misterios de ese santuario.

La porqueriza nos proporcionaba grandes ingresos; el hecho de que pudiéramos llegar tan rápidamente a constituir una hacienda rentable era algo que ni siquiera nos había pasado por la cabeza. Nuestra agricultura, definitivamente ordenada bajo la dirección de Shere, nos daba enormes reservas de forraje: remolacha, calabaza, maíz, patata. En otoño conseguíamos a duras penas almacenarlo todo.

La obtención del molino abría ante nosotros amplias perspectivas. Además del pago de la molienda -cuatro libras por pud de grano-, el molino nos daba salvado, el alimento más valioso para nuestros animales.

El molino tenía también importancia en otro sentido: nos ponía en nuevas relaciones con todos los campesinos de los alrededores, y gracias a ellas podíamos desarrollar una política de gran responsabilidad. El molino era el Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros de la colonia. Aquí no se podía dar un paso sin caer en las complicadísimas redes de las coyunturas campesinas de aquel tiempo. En cada aldea había comités de campesinos pobres, en su mayor parte activos y disciplinados; había campesinos medios, redondos y firmes como el guisante, y, como el guisante, dispersos en fuerzas aisladas que se repelían mutuamente; había amos acomodados, los kulaks, sombríamente amurallados en sus caseríos-reductos y vueltos al estado salvaje por la ira reconcentrada y los recuerdos ingratos.

Después de obtener el molino a nuestra disposición, declaramos inmediatamente que deseábamos tratar, ante todo, con colectividades y que a ellas les concederíamos preferencia.

Pedimos que las colectividades se inscribieran de antemano. Los campesinos pobres constituían fácilmente esas colectividades, llegaban a su tiempo, obedecían inflexiblemente a sus apoderados, liquidaban las cuentas con facilidad y rapidez, y el trabajo en el molino se deslizaba como sobre ruedas. Los amos formaban colectividades pequeñas, pero firmemente unidas por simpatías mutuas y vínculos de parentesco. Maniobraban con silencioso aplomo, y había veces en que costaba trabajo discernir quién de ellos era el responsable.

En cambio, cuando llegaba al molino un grupo de campesinos medios, el trabajo de los colonos se transformaba en un trabajo de forzados. Jamás llegaban juntos, sino que iban presentándose todos a lo largo del dia. Tenían también su apoderado, pero él, claro está, daba a moler su trigo antes que nadie y se iba inmediatamente a su casa, dejando inquieta a la muchedumbre con sospechas y recelos de toda índole. Después del desayuno, regado con samogón por el aquél del viaje, nuestros clientes adquirían una profunda inclinación a resolver inmediatamente muchos conflictos domésticos y, al cabo de debates verbales y no verbales - había momentos en que se llegaba a las manos-, nuestros clientes se transformaban hacia la hora del almuerzo en pacientes del botiquín de Ekaterina Grigórievna, enfureciendo a los colonos. Osadchi, el jefe del noveno destacamento que trabajaba en el molino, iba expresamente al botiquín para reprender a Ekaterina Grigórievna.

- ¿Por qué le venda usted? ¿Es que se les puede curar? Son unos mujiks; usted no les conoce. Si ven que usted les cura, se degollarán todos entre sí. Dénoslos a nosotros; en el acto les curaremos. ¡Valdría más que fuera usted a ver lo que está pasando en el molino!

Tanto Denís Kudlati, el encargado del molino, como el noveno destacamento -es preciso decir la verdad-sabían curar a los alborotadores y hacerles entrar en razón. Con el transcurso del tiempo los muchachos adquirieron gran reputación en este terreno y una autoridad infalible.

Hasta la hora de comer, los muchachos todavía permanecen tranquilos en sus puestos entre el mar revuelto de epigramas ofensivos para toda la familia, de emanaciones de samogón, de brazos en alto, de sacos arrancados y de infinitos conflictos con motivo del turno en la cola, a los que se añaden cuentas y conflictos viejos. Por fin, los muchachos no pueden resistir ya más. Osadchi cierra el molino y pasa a la represión. Los miembros del noveno destacamento, después de sujetar unos instantes a los tres o cuatro más borrachos y más turbulentos, les cogen del brazo y les llevan a la orilla del Kolomak. Con el aspecto más serio, hablándoles amablemente y tratando de convencerles, les obligan a sentarse en la orilla y, poseídos de escrupulosidad ejemplar, vierten sobre ellos una docena de cubos de agua. Al principio, la víctima de la ejecución no comprende lo que ocurre y vuelve obstinadamente a los temas tratados en el molino. Osadchi, abriendo las piernas tostadas por el sol y hundiendo las manos en los bolsillos de los calzones, escucha atento el balbuceo del paciente y sigue con sus ojos grises y fríos cada uno de sus movimientos.

- Éste ha mentado tres veces más a la madre. Dale otros tres cubos.

Lápot trae diligente desde abajo, es decir, desde la orilla, la cantidad indicada de cubos y después examina con fingida seriedad, lo mismo que un médico, la fisonomía del paciente.

El paciente empieza, por fin, a comprender algo, se frota los ojos, sacude la cabeza y hasta protesta:

- ¿Qué derecho tenéis a hacer esto? Sois unos...

Osadchi ordena tranquilamente:

- Una ración más.

- ¡A la orden, una ración más! -replica Lápot con voz cariñosa y amable y, como si fuera la última dosis de una preciosa medicina, vierte solícita y delicadamente sobre la cabeza del campesino otro cubo de agua. Después, inclinándose sobre el pecho mojado de la sufrida víctima, exige, igual de cariñoso e insistente:

- No respire... Respire fuerte... más... No respire.

En medio del entusiasmo general, el paciente, aturdido por completo, ejecuta dócilmente las exigencias de Lápot; bien permanece inmóvil del todo, bien infla el vientre y respira con fuerza.

Lápot se incorpora con el rostro resplandeciente:

- Estado satisfactorio: pulso, 370; temperatura, 15.

Lápot sabe no sonreír en estos casos, y todo el tratamiento se mantiene en un tono rigurosamente científico. Sólo los muchachos que están junto al río con los cubos vacíos en las manos se ríen a carcajadas, y desde la colina un grupo numeroso de campesinos sonríe con aprobadora simpatía. Lápot se acerca a los campesinos y les pregunta serio y cortés:

- ¿Quién es el siguiente? ¿A quién le toca el turno para pasar al gabinete hidroterápico?

Los campesinos acogen boquiabiertos cada palabra de Lápot, como si fuera néctar, y comienzan a reírse medio minuto antes de que la pronuncie.

- Camarada profesor -dice Lápot a Osadchi- , no hay más enfermos.

- Secad a los convalecientes -dispone Osadchi.

El noveno destacamento se pone celosamente a tender en la hierba a los pacientes y a volverles de un costado a otro bajo el sol. En efecto, los pacientes comienzan a recobrarse.

Uno de ellos, ya con la voz normal, pide, sonriente:

- No es necesario... Yo solo... Ya estoy bien.

Únicamente ahora Lápot se ríe franco y bonachón e informa:

- Éste ya está curado: puede dársele de alta.

Otros se resisten todavía y hasta pretenden emplear las viejas fórmulas: Iros a... , pero basta que Osadchi mencione el cubo para que vuelvan plenamente al estado normal y empiecen a suplicar:

- No es necesario, palabra de honor. Se me ha escapado. Es la costumbre, ¿sabe?...

Lápot examina a ésos con mucho detalle -son los más graves-; y, en tales casos, la risa de los colonos y de los campesinos llega al máximo grado, interrumpida tan sólo para no perder las nuevas perlas del diálogo:

- ¿Dice que la costumbre? ¿Y hace tiempo que le ocurre a usted eso?

- ¡Qué dice, alabado sea Dios! -se sonroja azorado el paciente, pero tiene miedo a protestar más enérgicamente, porque en el río sigue aún el noveno destacamento con los cubos.

- ¿Entonces es reciente? ¿Y sus padres blasfemaban también?

- Claro -sonríe, turbado, el paciente.

- ¿Y el abuelo?

- También...

- ¿Y el tío?

- Pues...

- ¿Y la abuela?

- Ella, claro... Pero, ¿qué dice? ¡Dios sea con usted! La abuela, seguramente, no...

Lo mismo que todos, Lápot se alegra de que la abuela estuviera completamente sana y abraza al enfermo mojado:

- Curará, le digo a usted que curará. Venga a vernos más a menudo. No cobramos nada por el tratamiento.

Tanto el enfermo como sus amigos y enemigos se desternillan de risa. Lápot prosigue con toda seriedad, yendo ya hacia el molino, donde Osadchi abre el cerrojo:

- Y, si lo desea, podemos visitarle en su casa. También gratuitamente. Sólo que debe solicitarlo con dos semanas de anticipación y enviar un caballo en busca del profesor. Además, los cubos y el agua debe ponerlos usted. Si quiere, podemos curar también a su padre. Y a la madre.

- Pero si su madre no padece de tal enfermedad -dice alguien entre carcajadas.

- Permítame, cuando yo le pregunté por sus padres, usted me contestó: claro.

- ¡No me diga! -se asombra el convaleciente.

Los campesinos llegan a la cumbre del entusiasmo:

- ¡Ja, ja, ja!... ¡Vaya con él!... ¡Lo que ha dicho de su propia madre!...

- ¿Quién?

- Ese... Yavtuj... el enfermo, el enfermo... ¡Huy, no puedo más, no puedo, qué demonio! ¡Vaya muchacho! ¡Y no ha sonreído ni siquiera una vez! ¡Es un buen doctor!

Lápot es llevado casi triunfalmente al molino, y en la sección de máquinas se da la orden de proseguir. Ahora el tono del trabajo es diametralmente opuesto: los clientes cumplen incluso con excesivo celo todas las disposiciones de Kudlati, se someten incondicionalmente al turno establecido y escuchan con avidez cada palabra de Lápot, que es, en efecto, inagotable en palabras y en mímica. Al caer la tarde, termina la molienda, y los campesinos estrechan afectuosamente la mano de los colonos y, mientras se instalan en los carros, recuerdan con animación:

- Hasta la abuela... ¡Qué chico! Si en las aldeas hubiera, por lo menos, uno así nadie iría a la iglesia.

- ¡Eh, Karpó! ¿Te has secado ya? ¿ Eh? ¿Y la cabeza qué tal? ¿Todo va bien? ¿Y la abuela? ¡Ja, ja, ja, ja!...

Karpó sonríe, confuso, para su barba, arreglando los sacos en el carro, y mueve la cabeza:

- Sin pensarlo, he ido a parar al hospital...

- ¡A ver, blasfema otra vez!

- ¡Qué va! Ahora, si acaso después de pasar Storozhevoie, es posible que insulte al caballo...

- ¡Ja, ja, ja!

La fama del balneario del noveno destacamento se extendió pronto por los alrededores. Los que acudían al molino no hacían más que recordar esa magnífica institución y querían conocer de cerca a Lápot. Y Lápot, serio y cordial, les estrechaba la mano:

- Yo no soy más que el primer asistente. El profesor principal es éste: el camarada Osadchi.

Osadchi miraba fríamente a los campesinos. Los aldeanos palmoteaban con precaución la espalda desnuda de Lápot.

- ¿Asistente? Ahora, en la aldea, si uno cae enfermo, en seguida decimos: ¿no quieres que te traigamos de la colonia al curandero del agua? Porque dice que puede visitar a domicilio...

Pronto conseguimos instaurar en el molino el mismo ambiente que en la colonia. Había animación, alegría, la disciplina andaba con pisadas suaves y severas, agarraba cuidadosa, delicadamente, a los infractores casuales y los colocaba en su sitio.

En julio procedimos a la reelección del Soviet rural. Luká Semiónovich y sus amigos entregaron las posiciones sin combate. Pável Pávlovich Nikoláienko fue elegido presidente, y de los colonos pasó al Soviet rural Denís Kudlati.

EL CUARTO DESTACAMENTO MIXTO

A fines de julio empezó a funcionar el cuarto destacamento mixto, compuesto por cincuenta personas al mando de Burún. Burún era el jefe reconocido del cuarto mixto, y ninguno de los colonos aspiraba a ese papel difícil, aunque honroso.

El cuarto destacamento mixto trabaja de sol a sol. Los muchachos dicen frecuentemente que trabajan sin señal, porque para el cuarto mixto no se da señal ni de salir al trabajo ni de terminarlo. El cuarto destacamento mixto de Burún trabaja ahora en la trilla.

A las cuatro de la madrugada, después de la diana y el desayuno, el cuarto mixto forma a lo largo del parterre, frente a la entrada principal de la casa blanca. En el flanco derecho de la fila de los colonos forman todos los educadores. Hablando en propiedad, los educadores no están obligados a participar en el trabajo del cuarto mixto, a excepción de los dos designados como responsables de guardia, pero hace ya mucho que se considera de buen tono en la colonia trabajar en el cuarto mixto, y, por ello, nadie que se respete, pierde la ocasión de ser incluido en el cuarto destacamento mixto. En el flanco derecho se sitúan Shere, y Kalina Ivánovich, y Silanti Otchenash, y Oxana, y Rajil, y las dos lavanderas, y Spiridón, el secretario, y el mecánico del molino, que está de vacaciones, y Kósir, el instructor del taller de ruedas, y nuestro jardinero, el sombrío y pelirrojo Miziak, y su mujer, la hermosa Nádenka, y la mujer de Zhurbín, y no recuerdo quién más: yo ni siquiera conozco a todos.

También entre los colonos hay muchos voluntarios: los miembros libres de los destacamentos noveno y décimo, del segundo destacamento de cocheros, del tercer destacamento de vaqueros, todos están aquí.

Únicamente María Kondrátievna Bókova, aunque se ha molestado en levantarse temprano y se ha presentado en la colonia con un viejo delantal de percal, no forma en las filas. Sentada en un peldaño de la terracilla, está hablando con Burún. Desde hace tiempo, María Kondrátievna no me invita a tomar té ni a probar sus helados, pero no me trata menos cariñosamente que a los demás y yo no estoy ofendido con ella. Incluso me gusta más que antes: sus ojos son ahora más serios y severos y sus bromas, más cordiales. Durante este tiempo, María Kondrátievna ha conocido a bastantes muchachos y muchachas, se ha hecho amiga de Silanti, ha visto lo que son algunos pesados caracteres de la colonia. María Kondrátievna es una mujer buena y simpática, pero a pesar de ello, le digo en voz baja:

- María Kondrátievna, forme usted. Todos se alegrarán de verla en las filas de los trabajadores.

María Kondrátievna sonríe al alba matutina, corrige con sus deditos sonrosados un bucle caprichoso, también color de rosa, y con una voz vagamente ronca, que le sale de lo más hondo de su pecho, responde:

- Gracias. ¿Y qué voy a hacer hoy... moler? ¿Sí?

- Moler no, trillar -rectifica Burún-. Usted llevará la cuenta del grano.

- ¿Y podré hacerlo bien?

- Yo le enseñaré cómo.

- ¿No me habrá dado usted un trabajo excesivamente fácil?

Burún sonríe:

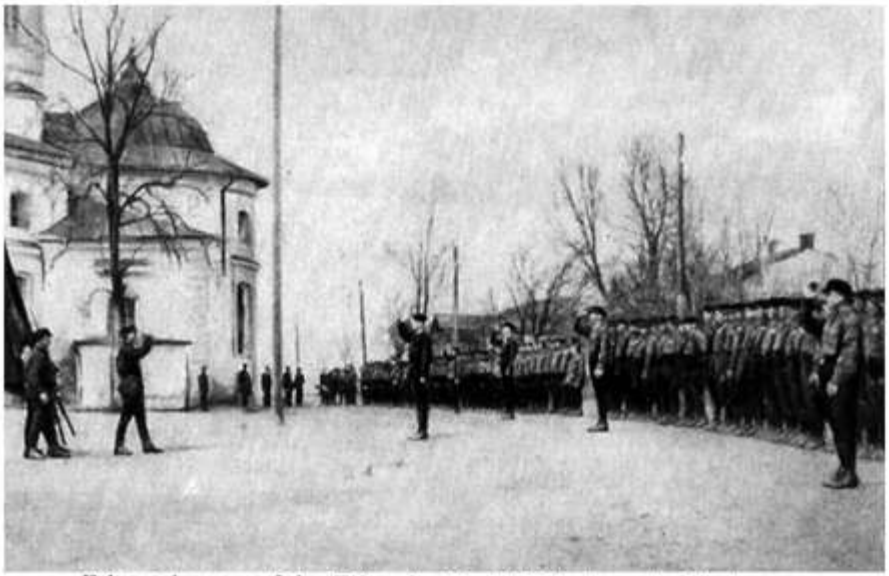
- Todo nuestro trabajo es igual. Por la noche, cuando se sirva la cena del cuarto destacamento, ya me dirá.

- ¡Dios mío, qué bien! ¡La cena por la noche, después del trabajo!

Veo la emoción de María Kondrátievna y, sonriendo, vuelvo la cabeza. María Kondrátievna, ya en el flanco derecho, se ríe de algo con su risa musical, y Kalina Ivánovich le estrecha la mano con una galantería barata y se ríe también como un fauno calificado.

Salen corriendo y se ponen a redoblar ocho tambores, mientras forman a la derecha. Cuatro cornetas se adelantan, cimbreando sus flexibles talles juveniles, y se preparan. Los colonos se yerguen, se ponen serios.

- ¡Firmes, bajo la bandera!



Fahnenehrung auf der Fahrt der Gorki-Kolonie nach Charkow.

En las filas se alzan ligeros, saludando, los desnudos brazos. Bajo el estruendo de los tambores y el saludo argentino de las cornetas, la responsable de la guardia en la colonia, Nastia Nochévnaia, con su mejor vestido y un brazalete rojo, coloca en el flanco derecho la sedeña bandera de la colonia, guardada por dos frías bayonetas.

- ¡Derecha, de a cuatro, march!...

Algo se embrolla en las filas de los mayores, de pronto chilla y me mira asustada María Kondrátievna, pero la marcha de los tambores ordena la columna. El cuarto destacamento mixto sale a trabajar.

Burún alcanza de una carrera al destacamento, da unos brincos, intentando ponerse al paso, y conduce el destacamento allí donde desde hace ya tiempo se alza en toda su belleza la esbelta hacina de trigo levantada por Silanti y unas cuantas hacinas, más pequeñas y no tan esbeltas, de centeno, de avena, de cebada y de ese magnífico centeno, que ni los propios campesinos han podido reconocer y han tomado por cebada. Estas

hacinas han sido preparadas por Karabánov, Chóbot, Fedorenko, y es preciso reconocer que, a pesar de todos sus sudores y esfuerzos, no han podido superar a Silanti.

Junto a una locomóvil, alquilada en la aldea vecina, esperan la llegada del cuarto destacamento mixto maquinistas serios y manchados de grasa. La trilladora es de nuestra propiedad, comprada a plazos en primavera, nuevecita, como toda nuestra vida.

Burún distribuye rápidamente sus brigadas. Todo lo tiene calculado desde el día anterior, no en vano es un viejo jefe del cuarto destacamento mixto. Sobre una hacina de avena -la última que se trille- ondea nuestra bandera.

A la hora de comer se termina con el trigo. La plazoleta superior de la trilladora mecánica es el lugar más concurrido y más alegre. Aquí brillan los ojos de las muchachas, cubiertas del polvo gris-dorado del trigo; de los muchachos, sólo está Lápot. Incansable, no endereza la espalda ni da paz a la lengua. En el lugar más importante, en el más responsable, se divisa la calva de Silanti y sus bigotes caídos, nevados del mismo polvo.

Lápot la toma ahora con Oxana.

- Los colonos os han dicho en broma que esto es trigo. ¿Acaso esto es trigo? Son guisantes.

Oxana recoge una gavilla de trigo, todavía atada, y la coloca sobre la cabeza de Lápot, pero su ocurrencia no disminuye la hilaridad general producida por las palabras de Lápot.

A mí me gusta la trilla. Sobre todo, al anochecer. En el monótono batir de las máquinas se empieza ya a sentir la música; el oído se ha acostumbrado ya y la original frase musical, infinitamente variada a cada momento y, a pesar de ello, parecida a la anterior. Y esta música es un fondo tan apropiado para ese movimiento complejo, ya cansino, pero continuo y tenaz; como obedeciendo a un fantástico exorcismo, se alzan las gavillas de la hacina descabezada y, después de un breve roce con las manos de los colonos en su camino hacia la muerte, se desploman repentinamente en las entrañas de la máquina ávida e insaciable, dejando en pos de sí un torbellino de partículas desmenuzadas, de gemidos de corpúsculos voladores, arrancados, a un organismo vivo. Y entre el torbellino y el ruido, en el ajetreo de la muerte de muchas y muchas gavillas tambaleándose de fatiga y de excitación, burlándose del cansancio, se inclinan, corren, se doblan bajo la pesada carga, se ríen y hacen travesuras los colonos, envueltos en polvo de trigo y bañados ya en el frescor del sereno crepúsculo estival. Los muchachos añaden a la sinfonía general, al uniforme tema del golpear de las máquinas, a las estridentes disonancias de la plazoleta superior la música triunfal, jubilosa y optimista del alegre cansancio humano. Ya es difícil distinguir los detalles, es difícil apartarse de este movimiento vertiginoso, que parece desencadenado por la propia naturaleza. Apenas se reconoce a los colonos en las figuras grises y doradas, semejantes a un negativo fotográfico.

Rubios, castaños, morenos, ahora todos se parecen entre sí. Es difícil admitir que la figura espectral que está desde por la mañana con un block de notas en la mano debajo mismo de los torbellinos más espesos es María Kondrátievna; es difícil reconocer en su acompañante - una sombra desgarbada, cómica, arrugada- a Eduard Nikoláievich, y sólo por su voz adivino yo quién es, cuando pregunta con su deferente cortesía de siempre:

- Camarada Bókova, ¿cuánta cebada tenemos ahora?

María Kondrátievna vuelve su block de notas hacia el poniente:

- Ya tenemos cuatrocientos puds -responde con una voz de discante, tan cansada, que yo empiezo a sentir verdaderamente pena de ella.

Feliz Lápot, que, en medio del mayor cansancio, puede bromear.

- ¡Galatenko! -grita por toda la era-. ¡Galatenko!

Galatenko lleva sobre su cabeza una brazada de paja como de dos puds en lo alto de una horquilla y contesta tambaleándose, por debajo de ella:

- ¿Qué se te ha ocurrido?

- Ven un momento, me haces falta...

Galatenko siente veneración por Lápot. Le quiere por su ingenio, por su animoso carácter y por su cariño, le quiere porque solamente Lápot aprecia a Galatenko y asegura a todos que Galatenko jamás ha sido vago.

Galatenko deja caer la paja junto a la locomóvil y corre a la trilladora. Apoyándose en la horquilla y dichoso, en el fondo, de poder descansar un poco en medio del ajetreo general, empieza su conversación con Lápot:

- ¿Para qué me has llamado?

- Oyeme, amigo -se inclina desde arriba Lápot, y todos los que les rodean se ponen a seguir la conversación, seguros de que no terminará bien.

- Te escucho...

- Ve a nuestro dormitorio...

- Bueno, ¿qué?

- Allí, bajo mi almohada...

- ¿Qué?

- Bajo mi almohada, te digo...

- ¿Bajo tu almohada?

- Allí, bajo mi almohada encontrarás...

- Ya te he entendido que bajo la almohada...

- Allí hay unas manos de repuesto.

- ¿Y qué hacer con ellas? -pregunta Galatenko.

- Tráelas aquí corriendo, porque éstas ya no sirven para nada -contesta Lápot, mostrando sus manos bajo la risa general.

- ¡Ah! -dice Galatenko.

Comprende que todos se ríen de las palabras de Lápot y quizá de él. Se ha esforzado por no decir nada tonto o ridículo, y le parece que no lo ha dicho: únicamente ha hablado Lápot. Pero todos se ríen todavía con más fuerza, la trilladora golpea vacía y Burún empieza a enfurecerse ya:

- ¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué os habéis detenido? Siempre tú, Galatenko...

- Pero si yo no hago nada...

Todos se callan, porque Lápot, con la voz más seria, con un magnífico juego de cansancio, de preocupación y de amistosa confianza hacia Burún, le dice:

- ¿Comprendes? Estas manos ya no funcionan. Deja que Galatenko me traiga las manos de repuesto.

Burún capta inmediatamente el tono y dice a Galatenko con un leve reproche:

- Pues, claro, tráeselas. ¿Es que cuesta trabajo? ¡Cuidado que eres perezoso, Galatenko!

Ya no suena la sinfonía de la trilla. Ahora resuena en el ambiente una alta y sonora cacofonía de carcajadas y de gemidos. Hasta Shere se ríe, hasta los maquinistas han abandonado la máquina y ríen a carcajadas con las manos puestas en las sucias rodillas. Galatenko da media vuelta, camino de los dormitorios. Silanti clava la mirada en su espalda:

- Fíjate, hermano, qué historia...

Galatenko se detiene y piensa algo. Karabánov le grita desde lo alto de un montón de paja:

- ¿Qué haces ahí parado? Ve.

Pero Galatenko abre la boca hasta las orejas. Ha comprendido de qué se trata. Sin apresurarse, vuelve a su faena y sonríe. En la paja, los muchachos le preguntan:

- ¿A dónde has ido?

- A ese Lápot, ¿comprendes?, se le ha ocurrido pedirme que le trajera las manos de repuesto.

- Bueno, y ¿qué?

- Pero ¡si no tiene ninguna mano de repuesto! Todo es mentira.

Burún ordena:

- ¡Basta de manos de repuesto! ¡Seguid el trabajo!

- Bien, seguiremos trabajando -dice Lápot- , ya nos arreglaremos con éstas de algún modo.

A las nueve, Shere detiene la máquina y se acerca a Burún:

- Los muchachos se caen de cansancio, y aún tenemos para media hora.

- No importa -responde Burún-. Terminaremos.

Lápot vocifera desde lo alto:

- ¡Camaradas gorkianos! Todavía nos queda trabajo para media hora. Pero temo que en media hora nos cansemos demasiado. Yo no estoy de acuerdo.

- ¿Y qué es lo que quieres? -pregunta Burún, poniéndose en guardia.

- ¡Protesto! En media hora estiraremos la pata. ¿Verdad, Galatenko?

- Claro que es verdad. Media hora es mucho.

Lápot alza el puño.

- Nada de media hora. Hay que terminar todo esto, todo este montón, en quince minutos. Nada de media hora.

- ¡Es verdad! -vocifera también Galatenko-. En eso tiene razón.

Bajo una nueva explosión de risa, Shere conecta la máquina. Veinte minutos más, y el trabajo está terminado. Y en el acto se apodera de todos nosotros el deseo de tendernos en la paja y de dormir. Pero Burún ordena:

- ¡A formar!

Corren a la primera fila los tambores y los cornetas, que hace ya tiempo están esperando su momento. El cuarto destacamento mixto escolta la bandera hasta el lugar que ocupa en la casa blanca. Yo sigo todavía en la era, y de la casa blanca llegan los sonidos del saludo familiar. En la oscuridad se me acerca una figura desconocida con un largo palo en la mano.

- ¿Quién es?

- Soy yo, Antón Semiónovich. He venido a hablar con usted acerca de la trilladora. Soy del caserío de Volovi, y mi apellido es Volovik...

- Bien, vámonos a la jata.

También nosotros nos dirigimos a la casa blanca. Volovik, que, por lo visto, es un hombre viejo, arrastra los pies en la oscuridad.

- Está bien lo que hacéis. Lo mismo hacía antes la gente...

- ¿Qué es lo que está bien?

- Pues eso: que trilláis con procesión, como debe ser.

- ¡Pero qué va a ser eso, procesión! Es solamente una bandera. Además, no tenemos pope. Volovik se adelanta un poco y acciona con el palo en el aire:

- El pope no tiene importancia. Lo importante es que la gente lo celebra como si se tratara de una fiesta. ¿Sabes? Recoger el trigo es la fiesta de las fiestas, pero entre nosotros la gente se ha olvidado de ello.

Frente a la casa blanca hay bullicio. A pesar del cansancio, los colonos se han ido al río, y la fatiga ha desaparecido con el baño. En el jardín la gente está alegre y locuaz en torno a las mesas, y María Kondrátievna tiene ganas de llorar por diferentes motivos: el cansancio, el amor a los colonos, el hecho de haber restablecido en su vida la justa ley humana, de haber probado también ella los encantos de una colectividad libre y laboriosa.

- ¿Ha sido fácil su trabajo? -le pregunta Burún.

- No lo sé -responde María Kondrátievna-. Seguramente ha sido difícil, pero no se trata de eso. Un trabajo así, de todas formas, es una felicidad.

A la hora de la cena, se me acercó Silanti y secreteó:

- Mire, me han dicho, eso, que le diga que, ¿sabe?, el domingo vendrán a verle, como se dice, con motivo de Olia. Fíjate qué historia.

- ¿De parte de Nikoláienko?

- De parte de Pável Ivánovich, es decir, del viejo. Conque tú, Antón Semiónovich, como suele decirse, procura lucirte. Aquí se acostumbran los rushniki y el pan y la sal,y no hay más que hablar. (28)

- Querido Silanti, organízalo tú todo.

- Bien, yo lo organizaré, como se dice, fíjate qué historia, hermano: hay costumbre, ¿sabes?, de beber samogón en una oportunidad así.

- Samogón es imposible, Silanti, pero puedes comprar dos botellas de vino dulce.

(28) .- Según una antigua costumbre ucraniana, se recibe a los casamenteros afreciéndoles pan y sal. Si la novia accede, se ata al brazo de los casamenteros una toalla con hermosos bordados (rushnik). Si la novia rechaza al novio, se entrega a los casamenteros una calabaza.

LA BODA

El domingo llegaron los emisarios de Pável Ivánovich Nikoláienko. Era gente conocida: Kuzmá Petróvich Mogarich y Osip Ivánovich Stomuja. Todos en la colonia conocían a Kuzmá Petróvich, porque vivía cerca de nosotros, al otro lado del río. Era un hombre locuaz, aunque poco serio. Tenía un campo arenoso y lleno de hierbas, y, como no lo trabajaba casi, allí crecía toda suerte de inmundicia, en su mayoría por iniciativa propia. Una infinidad de senderos atravesaban ese campo, porque se hallaba en el camino de todos. El rostro de Kuzmá Petróvich tenía cierto parecido con su campo: en él no nacía nada razonable, y también se hubiera dicho que cada breña de su barba sucia y negruzca surgía por iniciativa propia, sin tener en cuenta los intereses del dueño; también su rostro estaba surcado por numerosísimos senderos: arrugas, pliegues, surcos. La única diferencia que había entre Kuzmá Petróvich y su campo era que en el campo no se alzaba una nariz tan fina y tan larga.

Osip Ivánovich Stomuja se distinguía, al contrario, por su belleza. En toda Gonchárovka no había un hombre tan gallardo y tan apuesto como Osip Ivánovich. Tenía unos bigotes largos y pelirrojos y unos ojos bien dibujados, insolentes como los de una escultura; vestía un traje entre civil y militar y siempre se mostraba correcto y atildado. Osip tenía muchos familiares entre los campesinos pudientes, pero -no sé por qué- él carecía de tierra y se ganaba la vida con la caza. Vivía en la misma orilla del río, en una jata solitaria, que parecía escapada de la aldea.

Eine Gruppe von Kolonisten und Mitarbeitern der Kolonie (1926)

Aunque aguardábamos a los forasteros, nos encontraron poco preparados, y además, ¡cualquiera sabía cómo era preciso prepararse para una ceremonia tan insólita!

No obstante, cuando entraron en mi despacho, en él reinaba un tono solemne, serio e imponente.

Estábamos sólo Kalina Ivánovich y yo. Los emisarios entraron, nos estrecharon la mano y tomaron asiento en el diván. Yo no sabía cómo empezar. Y me alegré cuando Osip Ivánovich arrancó sin más exordios :

- Antes, en asuntos de esta índole se empezaba hablando de los cazadores, de que habían ido de caza y habían visto una loba y que la tal loba había resultado una hermosa doncella... Pero yo, aunque cazador, opino que eso no sirve ahora.

- Tiene usted razón -asentí.

Kuzmá Petrróvich, sentado en el diván, agitó los pies y sacudió la barbita:

- Eso son tonterías; así opino yo.

- No es que sean tonterías, sino que no son tiempos adecuados para ello -corrigió Stomuja.

- Los tiempos cambian -comenzó Kalina Ivánovich en tono doctrinal-. Hay veces en que el pueblo es ignorante, pero aún le parece poco y se mete en el cuerpo toda suerte de supersticiones, y después vive como un asno cualquiera, teniendo miedo de todo: de los truenos, y de la luna, y del gato. Ahora tenemos Poder soviético, ¡je, je!, y quizá sólo a un destacamento-barrera se le puede tener miedo, que todo lo demás no es terrible... (29)

Stomuja interrumpió a Kalina Ivánovich, olvidando, por lo visto, de que no nos habíamos reunido para mantener una conversación científica:

- Diremos simplemente que nos han enviado Pável Ivánovich, a quien ustedes conocen, y su esposa Evdokía Stepánovna. Usted es como un padre en la colonia. Así, pues, ¿no querrá dar a su... ¿cómo decirlo?.. a su hija aproximada Olga Vóronova para su hijo Pável Pávlovich, hoy presidente del Soviet rural?

- Le rogamos que nos responda -pió también Kuzmá Petrróvich- . Si está usted de acuerdo, como el padre de él está conforme, dennos los rushniki y el pan, y, si no está de acuerdo, le rogamos que no se ofenda por haberle molestado.

- ¡Je, je, je! Me parece que es poco eso de pedir que no se ofenda -dijo Kalina Ivánovich- . Según vuestra estúpida ley, os correspondería llevaros a casa una calabaza.

- La calabaza no nos hace falta -sonrió Osip Ivánovich-y, además, ahora no es tiempo de calabazas.

- Eso es verdad -asintió Kalina Ivánovich- . Pero antes, las muchachas, sea por tontería, sea por orgullo, tenían a intento la despensa llena de calabazas. Y si no venían los novios, la muy parásita se hacía papilla de calabaza. La papilla de calabaza es muy buena, sobre todo si es con mijo...

- ¿Cuál será su contestación paterna? -preguntó Osip Ivánovich.

Yo respondí:

- Gracias a usted, a Pável Ivánovich y a Evdokía Stepánovna por el honor. Pero yo no soy el padre y no tengo tal autoridad. Naturalmente, hay que preguntar a Olga, y después para todos los detalles tendrá que decidir el Soviet de jefes.

(29) .- Aquí, los destacamentos que, de 1918 a 1921, luchaban contra la especulación.

- En eso nosotros no somos quiénes para enseñarles a ustedes. Háganlo según corresponde a las nuevas costumbres -accedió simplemente Osip Ivánovich.

Salí del despacho. En la habitación contigua encontré al responsable de la guardia de la colonia y le pedí que tocase a reunión de jefes. En la colonia se sentía una fiebre y una agitación desusadas. Nastia corrió a mí y me preguntó riéndose:

- ¿Dónde debemos guardar estos rushniki? Allí no los podemos llevar -dijo señalando el despacho.

- Esperad con vuestros rushniki. Aún no nos hemos puesto de acuerdo. Vosotros estad por aquí cerca, que yo os llamaré.

- ¿Y quién los atará?

- ¿Atar qué?

- ¡Hay que ponérselos a esos... casamenteros, o como se llamen!

Cerca de mí, Toska Soloviov sujetaba bajo el brazo un gran pan de trigo; en las manos tenía un salero y lo sacudía, contemplando cómo saltaban las gruesas partículas de sal. También llegó corriendo Silanti.

- ¿Qué haces aquí con el pan y la sal? Eso hay que ponerlo en una bandeja...

Y se inclinó, ocultando la risa.

- ¡Qué desesperación de muchachos!... ¿Y los entremeses dónde están?

Entró Ekalerina Grigórievna y yo me alegré al verla llegar:

- Ayúdeme usted en este asunto.

- Pero si llevo ya mucho tiempo buscándoles. Desde por la mañana están dando vueltas con este pan por la colonia. Venid conmigo. Arreglaremos este asunto; no se preocupe usted.

Estaremos donde las niñas. Allí pueden ir a buscarnos.

Llenaron mi despacho jefes de piernas desnudas.

Conservo la relación de los jefes de aquella época feliz. Eran:

Jefe del primer destacamento, zapateros: Gud.

Jefe del Segundo destacamento, cocheros: Brátchenko.

Jefe del tercer destacamento, vaqueros: Oprishko.

Jefe del cuarto destacamento, carpinteros: Taraniets.

Jefe del quinto destacamento, niñas: Nochévnaia.

Jefe del sexto destacamento, herreros: Belujin.

Jefe del séptimo destacamento: Vetkovski.

Jefe del octavo destacamento: Karabánov.

Jefe del noveno destacamento, molino: Osadchi.

Jefe del décimo destacamento, porqueriza: Stupitsin.

Jefe del undécimo destacamento, pequeños: Gueórguievski.

Secretario del Soviet de jefes: Kolka Vérshnev.

Encargado del molino: Kudlati.

Encargado del depósito: Aliosha Vólkov.

Ayudante de agrónomo: Olia Vóronova.

A decir la verdad, en el Soviet de jefes se reunió mucha más gente; con pleno e indiscutible derecho se congregaron allí los miembros del Komsomol, Zadórov, Zhorka

Vólkov, Vólojov, Burún; los veteranos de blancas canas, Prijodko, Soroka, Golos, Chóbot, Ovcharenko, Fedorenko, Korito; en el suelo se instalaron los pequeños, los aficionados, y, entre ellos, obligatoriamente Mitka, Vitka, Toska y Vañka Shelaputin. Siempre asistían al Soviet los educadores, Kalina Ivánovich y Silanti Semiónovich. Por eso, en el Soviet faltaban eternamente sillas: la gente se acomodaba en los alféizares de las ventanas, se recostaba contra la pared, miraba por la ventana desde fuera.

Kolka Vérshnev abrió la reunión. Los casamenteros habían perdido todo su aspecto solemne, apretujados en el diván por una decena de colonos y entremezclados con sus piernas y sus brazos desnudos.

Yo comuniqué a los jefes la llegada de los casamenteros. No era ninguna novedad para el Soviet de jefes. Hacía ya mucho tiempo que todos habían reparado en la amistad de Pável Pávlovich y Olga. Sólo para cumplir una formalidad Vérshnev preguntó a Olga:

- ¿Quieres casarte con Pável?

Olga se sonrojó un poco y repuso:

- ¡Hombre, claro!

Lápot infló los labios:

- Nadie lo hace así. Deberías haberte negado, y entonces nosotros hubiéramos procurado convencerte. Así es aburrido.

Kalina Ivánovich intervino:

- Aburrido o no, pero hay que tratar del asunto. Vosotros debéis decirnos claramente cómo van a vivir, de qué van a disponer, etc.

Osip Ivánovich se atusó los bigotes:

- Entonces, si estáis de acuerdo celebraremos la boda, los esponsales, y después la pareja se irá con los viejos; es decir, vivir juntos y los bienes en común.

- ¿Y para quién han construido, entonces, la jata nueva? -preguntó Karabánov.

- Esa jata será para Mijaíl.

- ¡Pero si Pável es el mayor!

- Claro que es el mayor, pero es el viejo quien lo ha decidido así. Porque Pável se casa con una de la colonia.

- Bueno, y ¿qué importa que sea de la colonia? -masculló, hostil, Kóval.

Osip Ivánovich tardó en encontrar palabras. Con una fina vocecilla tatareó Kuzmá Petróvich:

- Pável Ivánovich dice que el amo ama necesita, y el ama que se lleva Mijaíl tiene padre, pues se casa con la hija de Serguéi Grechani. Y la vuestra, por lo tanto, será la nuera en casa del padre de Pável Pávlovich. Y el mismo Pável Pávlovich ha dado su conformidad.

Karabánov hizo un ademán evasivo:

- Por ese camino, podremos llegar a hablar de calabazas. ¿Qué nos importa a nosotros que Pável Pávlovich haya dado su conformidad? Si es así, es un pingajo, y no hay más que hablar.

En esas condiciones, el Soviet de jefes no puede casar a Olga. Si es para que vaya como jornalera del viejo diablo...

- Semión... -frunció Kolka el entrecejo.

- Bueno, bueno, retiro lo del diablo. Eso es una cosa. Y después, ¿de qué esponsales habéis hablado?

- Pues de los que corresponde. No ha habido ningún caso de boda sin popes. En nuestra aldea jamás lo ha habido.

- Pues lo habrá -terció Kóval.

Kuzmá Petrróvich se rascó la barba.

- ¡Quién sabe si lo habrá o no! Entre nosotros eso no se considera bien; es como si vivieran juntos sin casarse por la iglesia.

El Soviet guardó silencio. Todos pensaban lo mismo: no habría boda. Yo incluso temía que, si fracasaban las gestiones, los muchachos despidieran a los casamenteros sin honores especiales.

- Olga, ¿te casarás con pope? -preguntó Kolka.

- ¿Qué dices? ¿Has desayunado mal? ¿Te has olvidado que soy del Komsomol?

- De los popes, ni hablar -dije yo a los casamenteros-; piensen alguna otra cosa. Ustedes sabían a dónde venían. ¿Cómo ha podido ocurrírseles que nosotros aceptaríamos una boda por la iglesia?

Silanti se levantó de su sitio y alzó un dedo: señal de que iba a hacer uso de la palabra.

- Silanti, ¿vas a hablar? -le preguntó Kolka.

- Quiero preguntar una cosa.

- Bueno, pregunta.

- Este Kuzmá es, como se dice, un hombre soñador. Pero que nos diga Osip Ivánovich, ¿para qué narices nos hacen falta aquí los popes? Valdría más que nos cebaras, eso, un cerdo.

- ¡Así se hundan! -rompió a reír Stomuja-. Si encuentro a algún pope cuando voy de caza, me vuelvo escapado a casa.

- Entonces, es a Kuzmá a quien le hacen falta los melenudos, como se dice.

Kuzmá Petrróvich sonrió:

- ¡Ji, ji! No se trata de que me hagan falta, porque, en realidad, ¿qué provecho se saca con ellos? Eso se entiende por sí solo. Pero ¿sabes?, es que nuestros abuelos y tatarabuelos lo hacían así y, además, Pável Ivánovich dice que, como nos llevamos a una muchacha pobre, es decir, sin eso, sin dote, pues...

Kalina Ivánovich golpeó la mesa con el puño:

- Pero ¿qué estás diciendo? ¿Quién te ha dado derecho a maullar cosa semejante? ¿Quién es el rico que ha venido aquí a presumir? ¿Tú crees que, como tú y tu Pável Ivánovich habéis levantado una jata, ya podéis despreciar a todo el mundo? El parásito ése, por tener una mesa y dos bancos y una pelliza en el arca, se cree ya un millonario. Kuzmá Petrróvich chilló, asustado:

- ¿Pero es que nosotros hemos presumido aquí? Hemos hablado de la dote, sin intención de molestar.

- ¿Es que tú sabes a dónde has venido o no lo sabes? Aquí es el Poder soviético o ¿tú no sabes, tal vez lo que es el Poder soviético? El Poder soviético puede dar una dote que todos tus hediondos abuelos se darán tres vueltas en el ataúd, los parásitos.

- Pero si nosotros... -objetaba débilmente Kuzmá Petrróvich.

Los muchachos se reían a carcajadas y aplaudían a Kalina Ivánovich. Kalina Ivánovich estaba verdaderamente sulfurado.

- Que el Soviet de jefes examine bien esta cuestión. Es un hecho que han venido a pedirnos novia y debemos pensar si casamos o no a nuestra hija Olga con un harapiento como ese Nikoláienko, que sólo come patatas y cebolla y cultiva malezas el muy parásito en lugar de trigo. Nosotros somos gente rica; tenemos que pensarlo bien.

El entusiasmo general del Soviet de jefes y de todos los asistentes a la reunión demostró que no había ningún problema. Se invitó a los casamenteros a salir del despacho por algún tiempo, y el Soviet de jefes empezó a deliberar acerca de lo que se debía dar como dote a Olga.

Los muchachos, afectados en lo más vivo por todo lo anterior, asignaron una dote a Olga que, desde todos los puntos de vista, era completamente excepcional. Se llamó a Shere; temíase que protestara contra algunas entregas. Pero Shere, sin pensarlo ,un instante, dijo severamente:

- Eso está bien. Aunque nos sea gravoso, tenemos que dotar espléndidamente a Vóronova, mejor que a todas las novias de la comarca. Hay que dar una lección a los kulaks.

Por eso, si, durante la discusión de la dote, hubo objeciones, fueron del siguiente género:

- ¿Qué estás diciendo? ¡Un potrito! Hay que darle un caballo y no un potrito.

Una hora más tarde, los casamenteros, que habían estado respirando aire fresco, fueron convocados al Soviet y Kolka Vérshnev se levantó y, tartamudeando un poco, pronunció este imponente discurso:

- El Soviet de jefes ha decidido casar a Olga con Pável. Pável pasará a vivir en una jata aparte, y el padre le cederá lo que buenamente pueda. Nada de popes; el matrimonio será inscrito en el Registro Civil. El primer día de la boda lo celebraremos aquí, y después vosotros haréis lo que os dé la gana. A Olga, para que organice su economía, se le da:

Una vaca con un ternero de raza.

Una yegua con un potrillo.

Cinco ovejas.

Un cerdo de raza inglesa...

Kolka tuvo tiempo de enronquecer mientras acababa de leer la larguísima relación de la dote de Olga. Allí había herramientas de trabajo, y semillas, y reservas de forraje, ropa, muebles y hasta una máquina de coser. Kolka terminó así:

- Nosotros ayudaremos a Olga siempre que haga falta, y ellos están obligados, en caso necesario, a ayudar a la colonia sin negativa de ningún género. A Pável se le confiere el título de colono.

Los asustados casamenteros parpadeaban y parecían en vísperas de tomar la extremaunción.

Sin preocuparse ya de si era oportuno o no, entraron corriendo los muchachos y, entre risas, ataron los rushniki a los casamenteros, y los muchachos, con Toska a la cabeza, les ofrecieron en una bandeja, cubierta por un rushnik, el pan y la sal. Los casamenteros, desorientados, tomaron torpemente el pan sin saber qué hacer con él. Toska sacó la bandeja de debajo del brazo de Kuzmá Petrróvich y le dijo alegremente:

- ¡Eh! Eso devuélvalo; si no, tendré lío con el molinero. La bandeja es de él.

Las muchachas extendieron un mantel sobre mi mesa y colocaron en ella tres botellas de Kagor y unos quince vasos. Kalina Ivánovich escanció a todos y levantó su vaso:

- Bien, que viva y sea obediente.

- ¿A quién debe obedecer? -preguntó Osip Ivánovich.

- Pues ya se sabe: al Soviet de jefes y, en general, al Poder soviético.

Todos brindamos, bebimos el vino y tomamos bocadillos de salchichón.

Kuzmá Petróvich hacía reverencias:

- Bueno, gracias por lo bien que se han hecho las cosas. Entonces, vamos a felicitar a Pável Ivánovich y a Evdokía Stepánovna.

- Felicítales, felicítales -asintió Kalina Ivánovich.

Osip Ivánovich nos estrechó las manos:

- Y vosotros... vamos, sois gente de verdad... ¡A nosotros nos falta mucho para poder compararnos con vosotros!

Los casamenteros, suaves y modestos como colegiales, salieron del despacho y se dirigieron a la aldea. Nosotros les seguíamos con la mirada. De pronto, Kalina Ivánovich entornó alegremente los ojos y se encogió, descontento, de hombros:

- ¡No, así no vale! ¿Por qué se van como unos idiotas? Alcánzales, Petró, y diles que vayan a mi casa, y tú, Antón, engancha dentro de una hora y acércate.

Una hora más tarde, los muchachos, entre risas, acomodaron en el carruaje a los casamenteros, todavía atados con los rushniki, aunque habiendo perdido ya otros muchos indicios de su rango de embajadores oficiales y, entre ellos, la palabra articulada. Cierto, Kuzmá Petróvich no se había olvidado del pan, que estrechaba amorosamente contra su pecho. El Molodiéts tiró del pesado carruaje, como si llevara una plumita, por el camino de arena.

Kalina Ivánovich escupió:

- Ha enviado intencionadamente a los más pobres el muy parásito.

- ¿Quién?

- Pues ese Nikoláienko. Quería demostrarnos que a tal novia, tales casamenteros.

- Aquí no se trata de eso -intervino Silanti- . Aquí fíjate qué historia, otros casamenteros no habrían aceptado la boda sin pope, y ésos, ¿qué más les da?, se ríen de los popes, son así... y el viejo diablo les ha dicho, ¿sabes?, así: vosotros exigid que sea con pope, pero, en caso de que no, que se vaya el pope al cuerno. Fíjate qué historia.

La boda fue señalada para mediados de agosto; funcionaban las comisiones, se ensayaba un espectáculo. Había muchas preocupaciones, y todavía más gastos, y Kalina Ivánovich incluso andaba triste:

- Si tuviéramos que casar así a todas nuestras muchachas, valdría más, Antón Semiónovich, que nos cogieras a los muchachos y a mí, viejo memo, y nos mandaras a pedir limosna... Pero no se puede hacer de otro modo...

El día de la boda, la colonia fue rodeada de centinelas desde por la mañana: tuvimos que dedicar a ellos dos destacamentos. Sólo a setenta personas enviamos invitaciones impresas.

En ellas se leía:

El Soviet de jefes de la colonia de trabajo Máximo Gorki le invita a asistir a la comida y al espectáculo que se celebrará por la noche con motivo de la salida de la colonia de la educanda Olga Vóronova y de su boda con el camarada N. Nikoláienko.

El Soviet de jefes.

A las dos de la tarde todo está dispuesto en la colonia. Se han instalado las mesas engalanadas en el jardín, en torno al surtidor. El ornato de este lugar es un regalo del círculo de Zinovi Ivánovich: sobre finas cañas, que rodean el comedor por todas partes, allí donde han penetrado difícilmente las manos de los colonos y donde ahora penetra la vista con tanta facilidad, penden finas y verdes guirnaldas, hechas de tiernos brotes de abedul. Sobre las mesas, floreros con ramos de reinas de las nieves.

Hoy se puede ver con serena alegría cómo ha crecido y se ha engalanado la colonia. En el parque, amplios senderos, espolvoreados de arena, subrayan la verde riqueza de las tres terrazas, en las que cada árbol, cada grupo de matorrales, cada línea del parterre -fruto de largas reflexiones nocturnas- están regados por el sudor del trabajo de los destacamentos mixtos, están ornados como de piedras preciosas por la solicitud y el amor de la colectividad.

Las alturas y las hondonadas de la orilla del río han tenido que plegarse a una disciplina severa, aunque amplia y cariñosa: bien una docena de peldaños de madera, bien una pasarela de abedul, bien una alfombra rectangular de flores, bien unos estrechos y tortuosos senderos, bien la plataforma de la ribera espolvoreada de arena, todo ello demuestra de nuevo hasta qué punto el hombre es más inteligente que la naturaleza y superior a ella, incluso un hombre así, con los pies descalzos. Y en los amplios patios de este dueño descalzo, sobre el lugar de las profundas heridas que le dejaron por toda herencia, él, hijastro de la vieja humanidad, también ha puesto en todas partes su mano de artista. Ya en el otoño, los colonos plantaron aquí doscientos arbustos de rosas y un número incontable de asters, de claveles, de girofleas, de geranios intensamente rojos, de campánulas azules y otras flores desconocidas y no bautizadas. A los lados del patio se extendieron auténticas carreteras uniendo y delimitando el emplazamiento de las distintas casas; cuadrados y triángulos de césped rellenaron y rejuvenecieron los pasos libres, convirtiéndose aquí y allá en verdes divanes.

La colonia es ahora hermosa y confortable, todo en ella tiene sentido, y yo, al verla, me enorgullezco de mi participación en el embellecimiento de la tierra. Pero yo también tengo mis caprichos estéticos: ni las flores, ni los senderos, ni los rincones umbríos son capaces de eclipsar por un momento a estos muchachos de calzones azules y blancas camisas. Corren, se pasean tranquilamente entre los invitados, se afanan alrededor de las mesas, montan la guardia, conteniendo a los cientos de curiosos que han llegado para ver esta insólita boda: son los gorkianos, esbeltos y bien proporcionados, con el talle ágil y flexible, muchachos de cuerpos musculosos y sanos que ignoran la medicina y rostros frescos de labios encendidos.

Estos rostros son un producto de la colonia. Los muchachos nos llegan de la calle con el rostro completamente distinto.

Cada uno de ellos tiene su propio camino, y también tiene su camino la colonia Gorki. Yo siento en mis manos el comienzo de muchos de esos caminos, pero ¡qué difícil es entrever en la bruma inmediata el futuro de su rumbo, su continuación, su fin! En la bruma bailan y giran elementos espontáneos, todavía no domeñados por el hombre, todavía no bautizados en el plan y en las matemáticas. Y nuestra marcha en medio de esos elementos espontáneos tiene igualmente su propia estética, pero la estética de las flores y de los parques ya no me emociona.

No me emociona, además, porque se me acerca María Kondrátievna y me dice:

- ¿Qué le ocurre, papaíto, que está tan solo y tan triste?

- ¡Cómo no voy a estar triste, si todos, incluso usted me han abandonado!

- Me alegro de servirle de consuelo. Hasta le he buscado intendonadamente y no he querido ver sin usted la exposición de la dote de Olga. Vamos.

En dos aulas ha sido reunido todo el ajuar de Olga. Ante la exposición se agrupan los invitados; las mujeres, envidiosas y enfadadas, contraen los labios y me asaetean con una mirada atenta y hostil. Han despreciado altivamente a nuestra novia y han casado a sus hijos con muchachas del caserío, y ahora resulta que tenían bajo las narices a las novias más pudientes. Yo reconozco su derecho a tratarme con indignación.

Bókova dice:

- ¿Pero qué va a hacer usted si los casamenteros empiezan a acudir en tropel a la colonia?

- Estoy asegurado -respondo-; nuestras novias son muy exigentes.

De pronto llega corriendo un pequeño, terriblemente asustado:

- ¡Ya vienen!

En el patio resuena ya, apremiante, el toque de asamblea general. A la entrada se extiende la fila de los colonos con la bandera y la sección de los tambores, como corresponde. Tras el molino aparece nuestro coche: los caballos adornados con cintas rojas; en el pescante, Brátchenko, también adornado con un lazo. Saludamos a los recién casados. Antón tira de las riendas y Olga se arroja alegremente a mi cuello. Está emocionada, y me dice riendo y llorando al mismo tiempo:

- Mire, no me abandone ahora; si no, empezaré ya a tener miedo. Comenzamos un pequeño mitin. María Kondrátievna me conmueve inesperadamente: en nombre del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, regala a los recién casados una biblioteca agrícola. Dos colonos traen todo un montón de libros sobre unas parihuelas adornadas de flores.

Después del mitin, colocamos a la joven pareja bajo la bandera, y todos, formados, la escoltamos hasta las mesas. Se ha asignado a los recién casados el puesto de honor y tras ellos sitúase la brigada de la bandera. El colono de guardia releva solícitamente a los centinelas. Veinte colonos, con delantales de nítida blancura, empiezan a servir la comida. El destacamento mixto especial de Taraniets vigila atentamente el nivel de los bolsillos de los invitados y, sin hacer ruido, arroja al Kolomak unas cuantas botellas de samogón requisadas con habilidad de prestidigitadores y cortesía de anfitriones.

Yo estoy sentado junto a la joven pareja; al otro lado están Pável Ivánovich y Evdokía Stepánovna. Pável Ivánovich, un hombre severo, con una barbita al estilo de San

Nicolás el Milagroso, suspira pesadamente: quizá le fastidia tener que dotar al hijo, quizá le aburre contemplar la botella de cerveza, ya que Taraniets acaba de quitarle el samogón.

Los colonos son hoy maravillosos, y yo no me canso de admirarles. Alegres, hospitalarios, afables e irónicos de un modo especial. Incluso el undécimo destacamento, que está en el otro extremo de la mesa, entabla largas y animosas conversaciones con los cinco invitados adscritos a su grupo. Yo los contemplo un poco preocupado: ¿no se manifestarán con excesiva sinceridad? Me acerco. Shelaputin, que conserva todavía su voz de discante, escancia cerveza a Kósir y le dice:

- A usted, como fueron los popes quienes le casaron, así le ha resultado de mal.

- Si quiere, podemos recasarle -sugiere Toska.

Kósir sonríe:

- Es tarde para recasarme, hijitos.

Kósir se santigua y bebe cerveza. Toska se ríe a carcajadas.

- Ahora le dolerá a usted la tripa...

- Dios me libre, ¿por qué?

- Por haberse santiguado.

Al lado está un campesino, con una barba de color paja, toda enmarañada: un invitado de Pável Ivánovich. Es la primera vez que visita la colonia y todo le sorprende:

- Muchachos, ¿y es verdad que vosotros sois aquí los amos?

- ¿Pues quién si no? -responde Shurka.

- ¿Y para qué queréis esta hacienda?

Toska Soloviov se vuelve hacia él con todo el cuerpo:

- ¿Es que no sabe usted para qué? Sin esto, seríamos braceros, y así no lo somos.

- ¿Y tú qué vas a ser, por ejemplo?

- ¡Oh! -exclama Toska, levantando una empanada por encima de la oreja-. Yo seré ingeniero.

Así lo dice también Antón Semiónovich. En cuanto a Shelaputin, será piloto.

Toska mira burlonamente a su amigo Shelaputin. Lo hace porque su futuro de piloto no ha sido aún reconocido por nadie en la colonia. Shelaputin mastica enérgicamente:

- Sí, yo seré piloto.

- Y para las faenas del campo, por ejemplo, ¿no tenéis aficionados?

- ¡Cómo no! Tenemos. Sólo que los nuestros no serán campesinos como vosotros -y Toska lanza una rápida mirada a su interlocutor.

- ¿Ah, sí? ¿De qué manera hay que entender eso: no como vosotros?

- Pues distintos. Tendremos tractores. ¿Usted ha visto algún tractor?

- No, no he tenido oportunidad.

- Pues nosotros los hemos visto. Hay por allí un sovjós, al que nosotros hemos llevado cerdos.

Allí hay un tractor, así como un escarabajo...

La larga hilera de invitados está bien encuadrada por nuestros destacamentos. Distingo netamente los límites de cada destacamento y veo sus centros, donde ahora es mayor el bullicio. La máxima alegría reina en el noveno destacamento, porque allí está Lápot, alrededor del cual se ríen a carcajadas colonos e invitados. Hoy Lápot, puesto

previamente de acuerdo con su amigo Taraniets, ha hecho una jugada grande y complicada al grupo de la dirección del molino, que está sentado en las mesas del noveno destacamento y que, según la orden del Soviet de jefes, se halla confiado a él. Son el molinero, fuerte y peludo, el contable, delgado y largo, y el mecánico, un hombre modesto. Para Taraniets, en otro tiempo carterista, no ofrecía dificultad alguna extraer del bolsillo del molinero una botella de samogón y sustituirla por otra, llena de agua corriente del Kolomak.

Der erste Traktor der Gorki-Kolonie (1927)

Ya sentados ante la mesa, el molinero y el contable titubearon durante mucho tiempo, sin quitar la vista del destacamento mixto de Taraniets. Pero Lápot les guiñó un ojo, tranquilizándoles:

- Sois de la casa, yo lo arreglaré. -Y luego inclina hacia sí la cabeza de Taraniets cuando pasa a su lado y le susurra algo. Taraniets asiente con la cabeza.

Lápot aconseja, confidencial:

- Vertedlo en los vasos debajo de la mesa y teñidlo con cerveza. Así no se notará.

Después de unos cuantos ejercicios acrobáticos debajo de la mesa, frente a los sedientos aparecen vasos llenos de una cerveza sospechosamente blanca, sus felices poseedores preparan nerviosos los entremeses bajo la atenta mirada del noveno destacamento, pendiente de ellos. Por fin, todo está listo y el molinero guiña, pícaro, un ojo a Lápot, levantando el vaso hacia la barba. El contable y el mecánico miran todavía prudentemente a derecha e izquierda, pero alrededor todo está tranquilo. Taraniets se aburre al pie de un álamo. Lápot siente que los ojos comienzan a echarle llamas y los oculta con sus párpados.

El molinero dice en voz baja:

- Bueno, ¡felicidades para todos!

El noveno destacamento, inclinado la cabeza, observa cómo los tres invitados vacían los vasos. Ya en los últimos tragos se nota cierta inseguridad. El molinero deposita el vaso vacío sobre la mesa y mira receloso a Lápot, pero el muchacho mastica aburrido y piensa en algo muy remoto. El contable y el mecánico tratan por todos los medios de

demostrar que no ha ocurrido nada de particular e incluso ensartan en el tenedor los entremeses preparados.

El experto molinero examina la botella bajo la mesa, pero alguien le agarra cariñosamente la mano. El molinero levanta la cabeza y contempla el rostro pecoso y astuto de Taraniets.

- Pero ¿cómo no le da a usted vergüenza? -dice Taraniets y es tal su sinceridad, que hasta se sonroja-. Se había advertido que no se podía traer samogón, y usted, que es de la casa... Y, además, han bebido ya. ¿Quién ha bebido con usted?

- ¡El diablo lo sabe! -responde, desconcertado, el molinero-. Yo no comprendo si hemos bebido o no.

- ¿Cómo que no lo comprende? A ver, ¡écheme usted el aliento!... ¿Qué hay que comprender?

Huele usted lo mismo que un barril. No sé cómo no le da vergüenza: venir a la colonia con esas cosas...

- ¿Qué pasa? -se interesa desde lejos Kalina Ivánovich.

- Samogón -dice Taraniets, mostrando la botella.

Kalina Ivánovich mira terriblemente al molinero. El noveno destacamento se encuentra hace ya tiempo presa de un ataque de risa, seguramente porque Lápot está contando algo muy cómico acerca de Galatenko. Los muchachos han dejado caer la cabeza sobre la mesa y ya no pueden resistir nada más cómico.

Aquí sobra alegría hasta el final de la comida, porque Lápot pregunta de vez en cuando al molinero:

- ¿Qué, es poco? ¿Y no hay más? ¡Qué pena!... ¿Y era bueno? ¿Regular?... ¡Qué lástima que ese Fiódor sea tan exigente! ¿Por qué eres así, Fiódor? ¡Si es gente de casa!

- Está prohibido -dice seriamente Taraniets- . Fíjate, apenas pueden sostenerse.

Lápot tiene todavía por delante un amplio programa. Todavía levantará cuidadosamente de la mesa al molinero y le musitará al oído:

- Venga, vamos a llevarle por el jardín; si no, se notará mucho...

El octavo destacamento de Karabánov está hoy de guardia, pero el propio Karabánov no hace más que aparecer alrededor de las mesas, allí donde arde en una hoguera la filosofía excitada por la boda extraordinaria. Aquí están Kóval, Spiridón, Kalina Ivánovich, Zadórov, Vérshnev, Vólojov y el presidente de la comuna Lunacharski, el inteligente Nesterenko, con su barbita pelirroja de macho cabrío.

La comuna del otro lado del río no prospera, no puede cultivar los campos, no sabe calcular y distribuir los deberes y los derechos, no sabe domeñar el díscolo carácter de las mujeres y no es capaz de organizar la paciencia en el presente y la fe en el día de mañana. Nesterenko resume tristemente:

- Es preciso traer gente nueva... ¿dónde podemos encontrarla?

Kalina Ivánovich responde calurosamente:

- No tienes razón, camarada Nesterenko, no tienes razón... Los nuevos parásitos no sabrán hacer nada como es debido. Al contrario, es preciso aumentar el número de los viejos...

Hay más bullicio en las mesas. Han sido servidas las manzanas y las peras de nuestros jardines, y en el horizonte han aparecido toneles con helado, el orgullo de la guardia de hoy.

Detrás de la casa suena un acordeón, y un estridente cántico femenil -uno de los castigos del ritual de bodas- nos echa a perder el día. Media docena de mujeres giran y patean ante un acordeonista borracho, de rostro avinagrado, y se acercan poco a poco hacia nosotros.

- Han venido por la dote -dice Taraniets.

Una mujer huesuda, con la cara sonrosada, empieza a patear, por lo visto en honor mío, echando los codos hacia adelante y arrastrando por la arena sus zapatos grandes y desgarbados.

- Padrecito querido, padrecito querido, despide a la hija, dótala.

En sus manos aparecen no sé de dónde una botella de samogón y una copa afiligranada de color marrón oscuro. Con ímpetu de borracha la mujer llena la copa, regando la tierra y su vestido. Taraniets se interpone entre ella y yo:

- Ya está bien.

Taraniets retira sin dificultad de sus manos la botella, pero la mujer, olvidándose de mí, se lanza ávidamente hacia Olga y dice con un alegre estribillo de borracha:

- ¡Olga Petrovna, guapísima! Te has dejado las trenzas sueltas... Eso no puede ser, eso no puede ser... Mañana te pondremos una cofia y andarás con ella.

- No me la pondré -dice Olga con inesperada severidad.

- ¿Qué piensas hacer, entonces? ¿Vas a andar con las trenzas sueltas?

- Pues claro.

Las mujeres se ponen a chillar, a decir algo, avanzando hacia Olga. Vólojov, irritado y furioso, las dispersa y pregunta a quemarropa a la que lleva la voz cantante.

- Y si no se la pone, ¿qué?

- ¡Pues que no se la ponga, que no se la ponga! Vosotros sabréis mejor lo que hay que hacer.

De todas formas, no han recibido la bendición nupcial.

Los hombres intervienen diplomáticos y separan en diversas direcciones a las mujeres ebrias, que no dejan de reírse a carcajadas. Olga y yo salimos del parque.

- No les tengo miedo -dice Olga-, pero me costará trabajo.

Los muchachos pasan cerca de nosotros, llevando muebles y hatillos de ropa. Hoy representamos La boda, de Gógol, y antes del espectáculo Zhurbín dará una conferencia acerca de las bodas en los diferentes pueblos.

Todavía falta mucho, muchísimo para que acabe la fiesta.

LÍRICA

Poco después de la boda de Olga se abatió sobre nosotros una calamidad que esperábamos desde hacía tiempo: era preciso despedir a los que se iban a estudiar al Rabfak. Aunque acerca del Rabfak se hablaba ya en los tiempos del más guapo y para el Rabfak los muchachos se preparaban cotidianamente, aunque nuestra máxima ilusión era tener rabfakianos propios, y aunque todo esto era un motivo de alegría y de satisfacción, cuando llegó el día de la despedida todos sintieron que se les oprimía el corazón, que los ojos se les llenaban de lágrimas, y una sensación como de miedo embargó a los colonos: la colonia existía, trabajaba, se reía, y ahora de pronto empezaban a irse, se dispersaban, y parecía que esto no lo esperaba nadie. También yo me desperté aquel día con un sentimiento de inquietud y la sensación de perder algo.

Después del desayuno, todos se pusieron trajes limpios, se colocó en el jardín las mesas engalanadas, en mi despacho la brigada de la bandera quitaba la funda a la enseña y los tambores se ajustaban los instrumentos a la cintura. Pero tampoco esos indicios de fiesta pudieron apagar los destellos de tristeza; los ojos azules de Lídochka estaban llorosos desde por la mañana; las muchachas lloraban a lágrima viva tendidas en sus camas, y Ekaterina Grigórievna las consolaba sin éxito, porque ella misma apenas podía reprimir su emoción. Los muchachos estaban serios y silenciosos. Lápot parecía el hombre más aburrido del mundo; los pequeñuelos, distribuidos en inusitadas líneas rigurosas, como gorriones montados en alambres, no emplearon nunca el pañuelo para sonarse tanto como aquel día. Sentados muy formalitos en bancos y empalizadas, con las manos entre las rodillas, examinaban los objetos situados bastante por encima de su habitual campo de vista: los techos, las cimas de los árboles, el cielo.

Yo comparto su perplejidad infantil, yo comprendo su tristeza, la tristeza de los hombres que creen en la justicia. Estoy de acuerdo con Toska Soloviov: ¿por qué razón no estará ya mañana en la colonia Matvéi Belujin? ¿Acaso es imposible organizar más racionalmente la vida, de manera que Matvéi no tenga que irse a ningún sitio, de manera que Toska no deba sufrir un gran dolor, injusto e irremediable? ¿Y acaso no tiene Matvéi otro amigo que Toska y acaso se marcha únicamente Matvéi? Se marchan: Burún, Karabánov, Zadórov, Kráinik, Vérshnev, Golos, Nastia Nochévnaia y cada uno de ellos tiene decenas de amigos, y Matvéi, Burún, Semión son hombres de verdad, a los que es tan dulce imitar y sin los que será preciso comenzar de nuevo la vida.

No eran sólo esos sentimientos los que deprimían a la colonia. Tanto para mí como para cada colono estaba claro que la colonia había sido puesta en el tajo y que sobre ella se había alzado una pesada hacha para decapitarla.

Los propios rabfakianos tenían el mismo aspecto que si se les preparase a ser sacrificados a los múltiples dioses de la necesidad y del destino. Karabánov no se separaba de mí y decía sonriendo:

- La vida está organizada de tal modo que nada sale bien. Ir al Rabfak, si se piensa en ello, es una felicidad, es, puede decirse, un sueño, el mirlo blanco, el diablo sabe qué. Pero, en realidad, tal vez no sea así, y tal vez nuestra felicidad se termina hoy, aquí mismo,

¡porque me da tanta, tanta pena dejar la colonia!... Si no me viera nadie, levantaría la cabeza y aullaría... ¡Cómo aullaría!... Tal vez entonces me sentiría mejor... No hay verdad en el mundo.

Desde un rincón de mi despacho Vérshnev nos lanza una mirada rabiosa:

- La única verdad es la gente.

- Habló el buey y dijo mu -se ríe Karabánov- . ¿Y tú qué?... ¿Has buscado ya la verdad entre los gatos?

- N-n-no, no se trata de eso... sino de que la gente debe ser buena; si no, que se vaya al dia-diablo to-toda verdad. Si hay un canalla, ¿comprendes?, igual estorbará en el socialismo. Hoy lo he comprendido.

Yo contemplé atentamente a Nikolái:

- ¿Por qué hoy?

- Hoy la gente se v-ve como en un espejo. Yo no sé; antes siempre había trabajo... y cada día era igual... de trabajo todo lo demás. Y hoy, no sé por qué, pero se ve, Gorki ha escrito la verdad. Yo antes no lo comprendía, es decir, lo comprendía, pero no le daba importancia: ser hombre. Esto no lo consigue un canalla cualquiera. Y es justo: hay gente y hay hombres.

Con esas palabras disimulaban los rabfakianos sus heridas recientes al abandonar la colonia.

Pero ellos sufrían menos que nosotros, porque tenían en perspectiva el radiante Rabfak y nosotros no teníamos en perspectiva nada radiante.

La víspera, de noche, se reunieron los pedagogos en la terracilla de mi casa. Unos sentados, otros de pie, pensativos y turbados, tenían necesidad de estar juntos, apoyados los unos en los otros. La colonia dormía, había silencio, un aire quieto y tibio, el cielo estaba estrellado. El mundo me parecía un delicioso jarabe, terriblemente complejo; sabroso, agradable, pero no se sabía de qué estaba hecho, no se sabía qué inmundicias había diluidas en él. En tales momentos, escarabajos filosóficos atacan al hombre, y el hombre quiere comprender lo antes posible las cosas y los problemas incomprensibles. Y si mañana os abandonan para siempre vuestros amigos, a los que vosotros habéis extraído con cierto trabajo de la nada social, en tal caso el hombre contempla también el apacible firmamento y calla, y por un instante le parece que los tilos, los fresnos, los álamos próximos le dictan en voz baja soluciones justas de los problemas.

Así también nosotros, en grupo impotente, cada uno por aislado y todos en común, guardábamos silencio y reflexionábamos, escuchando el susurro de los árboles y mirando fijamente a las estrellas. Así se conducen los salvajes después de una partida fracasada de caza.

Yo pensaba al mismo tiempo que los demás. Aquella noche, la noche de mi primera y verdadera promoción, pensé en muchas tonterías. A nadie se lo dije entonces; incluso a mis colegas les parecía que sólo ellos estaban emocionados y que yo seguía en mi puesto como un roble, fuerte e inconmovible. A ellos, seguramente, les daba vergüenza dar señales de debilidad en mi presencia.

Yo pensaba que mi vida era injusta, la vida de un forzado. Que yo había sacrificado el mejor trozo de mi vida sólo para que media docena de delincuentes pudieran ingresar en el Rabfak; que en el Rabfak y en la gran ciudad serían sometidos a nuevas influencias

que yo no podría dirigir y que ¡quién sabe cómo terminaría todo eso! ¿Quizá mi trabajo y mi sacrificio eran simplemente un coágulo de energía innecesaria, gastada en vano?

También pensaba en otra cosa: ¿por qué tal injusticia? Yo había hecho una buena obra, algo mil veces más difícil y más digno que cantar una romanza en la velada de algún club, incluso más difícil que desempeñar un papel en una buena obra, aunque fuera en el Teatro de Arte de Moscú... ¿Por qué allí centenares de personas aplauden a los artistas, por qué los artistas se van a dormir a su casa con la sensación del interés y de la gratitud humana, mientras que yo permanezco angustiado de noche, a oscuras, en una colonia perdida en los campos? ¿Por qué no me aplauden aunque no sean más que los habitantes de Gonchárovka? Incluso peor: yo volvía continuamente, alarmado, a la idea de que había invertido mil rublos en dotar a los rabfakianos y de que semejante dispendio no estaba previsto en ningún capítulo del presupuesto, que el inspector de la sección de hacienda, cuando le consulté con ese motivo, me contempló con una mirada seca y condenatoria y me dijo:

- Si lo desea, puede usted gastarlos, pero tenga en cuenta que tiene asegurado el descuento de su salario.

Sonreí, recordando ese diálogo. En mi mente comenzó a funcionar en el acto toda una institución: en un despacho alguien componía una ardiente filípica contra el inspector, y, en la habitación contigua, otro decía en voz alta con un tono despreocupado: ¡Ríete de eso! y al lado, inclinándose sobre las mesas, la servicial banda cerebral calculaba durante cuántos meses tendrían que descontarme del sueldo los mil rublos. Esta institución funcionaba a conciencia, a pesar de que en mi mente funcionaban, además, otras instituciones. En el edificio vecino se celebraba una sesión solemne: en la escena nuestros educadores y los rabfakianos, una orquesta de cien voces ejecutaba La Internacional, un sabio pedagogo pronunciaba un discurso.

De nuevo pude sonreír: ¿qué cosas buenas podría decir el sabio pedagogo? ¿Acaso había visto él a Karabánov, salteador de caminos, con un revólver en la mano, o al ratero Burún en el alféizar de una ventana ajena, a Burún, cuyos amigos cayeron a tiros en esos mismos alféizares? No, él no los había visto.

- ¿En qué piensa usted todo el tiempo? -me pregunta Ekaterina Grigórievna-. ¿En qué piensa y por qué sonríe?

- Estoy celebrando una sesión solemne -respondo yo.

- Ya se ve. Y, sin embargo, díganos, ¿qué vamos a hacer ahora sin núcleo?

- ¡Ah! Ahí tiene usted una sección más de la futura ciencia pedagógica, la sección del núcleo.

- ¿Qué sección?

- Me refiero al núcleo. Si hay colectividad, habrá núcleo.

- Según como sea el núcleo.

- El que necesitemos. Hay que tener una opinión más elevada de nuestra colectividad,

Ekaterina Grigórievna. Nosotros nos inquietamos aquí pensando en el núcleo y, mientras tanto, la colectividad ha destacado ya a un núcleo, y usted ni siquiera lo ha advertido. El buen núcleo se multiplica por la división; apúntelo en su libro de notas para la futura ciencia acerca de la educación.

- Bueno, lo apuntaré -accede, condescendiente, Ekaterina Grigórievna.

Al día siguiente, el grupo de los educadores no expresaba para nada sus sentimientos, y la solemnidad transcurrió en medio de una severidad oficial. Yo no quise profundizar ese estado de ánimo y representé, lo mismo que en la escena, el papel de un hombre alegre que festeja el logro de sus mejores deseos.

A mediodía almorzamos ante las mesas engalanadas y, para nuestra sorpresa, nos reímos mucho. Lápot mostraba por gestos lo que sería de nuestros rabfakianos dentro de siete u ocho años. Representaba cómo moría de tuberculosis el ingeniero Zadórov, y cómo, junto a su cama, los médicos Burún y Vérshnev se repartían los honorarios, cómo el músico Kráinik exigía el pago inmediato de la marcha fúnebre y, en caso contrario, se negaba a tocar. Pero en nuestra risa y en las bromas de Lápot resaltaba en primer plano no una alegría verdadera, sino una voluntad bien gobernada.

A las tres de la tarde formamos y sacamos la bandera. Los rabfakianos ocuparon el flanco derecho. De la cochera salió Antón montado en el Molodiéts, y los muchachos cargaron en el carro las cestas de los que se iban. Se dio la voz de mando, batieron los tambores, y la columna se puso en marcha, camino de la estación. Media hora más tarde salíamos de las movedizas arenas del Kolomak y pisamos, con un suspiro de alivio, la hierba firme y menuda del amplio camino, por el que antaño marcharon los tártaros y los zaporogos. Los tambores enderezaron la espalda, y, en sus manos, los palillos batieron con más viveza y más gracia.

- ¡Derechos, la cabeza alta! -exigí con severidad.

Karabánov volvió la cabeza sin perder el paso y manifestó un raro talento: con una simple sonrisa me demostró simultáneamente orgullo, y alegría, y amor, y seguridad en sí mismo, en su bella vida futura. Zadórov, que marchaba a su lado, comprendió inmediatamente su movimiento y, tímido como siempre, se apresuró a ocultar su emoción; tan sólo disparó la mirada de sus ojos vivos por el horizonte y alzó la cabeza hacia la cima de la bandera. De pronto, Karabánov empezó a cantar con su voz alta y arrogante:

Tiéndete, tapiz bajito,

ponte, cosaco, cerquita.

Las filas corearon alegremente la canción. Me pareció estar en la plaza en un desfile del Primero de Mayo. Intuí con exactitud que tanto yo como todos los colonos sentíamos lo mismo: todo había cobrado de repente ímportancia, se había subrayado lo principal: la colonia Gorki despedía a sus primeros estudiantes. En su honor flameaba la bandera roja de seda, y batían los tambores, y la columna se mecía gallardamente en la marcha, y el sol, sonrosado de alegría, nos cedía el camino, inclinándose hacia el Oeste, como si cantara con nosotros la bella y aguda canción, que parecía hablar de un cosaco enamorado, pero que, en realidad, hablaba del destacamento de los rabfakianos que iban a Járkov, cumpliendo la orden dictada ayer por el Soviet de jefes, del séptimo

destacamento mixto al mando de Alexandr Zadórov. Los muchachos cantaban con deleite y me miraban de reojo: estaban contentos de que yo compartiera su alegría.

Detrás de nosotros hacía ya tiempo que se levantaban unos remolinos de polvo y pronto reconocimos al jinete: era Olga Vóronova.

Saltó del caballo y me invitó:

- Monte usted. Es una buena silla, cosaca. A poco llego tarde.

- Yo no tengo nada de gran capitán -respondí-. Que monte Lápot; él es ahora el secretario del Soviet de jefes.

- Eso está bien -asintió Lápot y, encaramándose al caballo, se puso a la cabeza de la columna, irguiendo el talle y retorciéndose el inexistente bigote.

Me vi obligado a ordenar en su lugar descanso porque Olga tenía ganas de hablar y Lápot hacía reír con exceso a los colonos.

En la estación, todo transcurrió con una tristeza solemne y, al mismo tiempo, con una alegría algo descabellada. Desde el vagón, los estudiantes contemplaban con orgullo nuestras filas y al público emocionado por nuestra llegada.

Después del segundo toque de campana, Lápot, pronunció un pequeño discurso:

- Cuidado, hijitos, con dejarnos mal. Tú, Shurka, tírales bien de las riendas. Y no os olvidéis de entregar este vagón al museo. Y que digan en la inscripción: En este vagón marchó al Rabfak Semión Karabánov.

Volvimos a través de los prados, siguiendo estrechos senderos, arroyos, zanjas, que era preciso atravesar de un salto. Por eso nos distribuíamos en grupos de amigos, y entre las sombras del crepúsculo desnudábamos en voz baja nuestros pensamientos más íntimos y los exhibíamos sin ninguna fanfarronería los unos a los otros.

- Yo -decía Gud-no quiero ir a ningún Rabfak. Seré zapatero y haré buenas botas. ¿Acaso esto es peor que ir al Rabfak? No, no es peor. Pero es una lástima que se hayan ido los muchachos.

¿Verdad que es una lástima?

El torcido, patizambo y serio Kudlati miró severamente a Gud:

- Tú serás malo hasta como zapatero. La semana pasada me echaste un remiendo a las botas, y a la noche ya se me había caído. Francamente, un zapatero así es peor que un doctor. Y un buen zapatero puede ser mejor que un doctor.

Por la noche reinaba en la colonia un silencio abrumador. Antes del toque de silencio, Osadchi, jefe de guardia de aquel día, se presentó en mi despacho, trayendo borracho a Gud.

Dicho sea de paso, más que borracho estaba tierno y lírico. Sin reparar en la indignación general, permanecía ante mí y hablaba en voz baja, mirando a mi tintero:

- He bebido porque era necesario. Yo soy zapatero, pero ¿tengo alma? La tengo. Si se han ido tantos muchachos, el diablo sabe a dónde, y Zadórov se ha ido también con ellos, ¿puedo yo soportarlo tranquilamente? ¡No, no puedo! Por eso he bebido con el dinero que he ganado.

¿Eché al molinero un par de suelas? Se las eché. Y he bebido con mi dinero. ¿He matado a alguien? ¿He ofendido a alguien? ¿Me he metido con alguna muchacha? No, no me he metido con ninguna. Y él grita: ¡Vamos al despacho de Antón! Bueno, vamos. ¿Y quién es Antón?...

Ése es usted, Antón Semiónovich. ¿Quién es? ¿Una fiera? No, no es una fiera. ¿Tal vez es un hombre quisquilloso? No, no es un hombre quisquilloso. ¿Y entonces qué? He venido; aquí me tienen. Ante usted está el mal zapatero Gud.

- ¿Puedes escuchar lo que voy a decirte?

- Puedo. Puedo escuchar lo que me diga.

- Pues bien, escúchame. Hacer botas es una cosa buena, necesaria. Serás un buen zapatero y llegarás a dirigir una fábrica de calzado sólo en caso de que no bebas.

- Bueno, y ¿si se va tanta gente?

- De todas formas.

- Entonces, según usted, ¿no debía haber bebido?

- No.

- ¿Y ya no puedo corregirlo? -Gud inclinó profundamente la cabeza-. Entonces, castígueme usted.

- Vete a dormir. Por esta vez no te castigaré.

- ¡Ya os lo decía yo! -lanzó Gud a los que le rodeaban y, después de pasear una mirada despreciativa sobre todos ellos, saludó al estilo de la colonia:

- A la orden, ir a dormir.

Lápot le tomó del brazo y le condujo cuidadosamente al dormitorio, como si fuera un concentrado de la tristeza de la colonia.

Media hora más tarde, Kudlati comenzó en mi despacho la distribución del calzado para el otoño. Sacaba amorosamente de la caja los zapatos nuevos y los repartía entre los destacamentos de colonos según una lista hecha por él. En la puerta resonaban con frecuencia gritos.

- ¿Cuándo vas a cambiarlos? Estos me aprietan.

Kudlati respondía, respondía y, por fin, se enfadó:

- Os he dicho veinte veces que hoy no los cambio. Mañana los cambiaré. ¡Qué burros!

Junto a mi mesa, Lápot entorna, fatigado, los ojos y dice a Kudlati:

- Camaradas, observad la cortesía entre comprador y vendedor.

OTOÑO

De nuevo se avecinaba el invierno. En octubre cubrimos las numerosas burtas, llenas de remolacha, y Lápot propuso en el Soviet de jefes:

- Hemos decidido: suspirar con alivio.

Las burtas eran unas zanjas largas y profundas, de veinte metros cada una. Shere había preparado más de diez zanjas de éstas para el invierno y todavía aseguraba que eran pocas, que se debía gastar la remolacha con mucha prudencia.

Había que depositar la remolacha en esas zanjas con el mismo cuidado que si fueran aparatos ópticos. Shere sabía estar desde por la mañana hasta por la noche encima del destacamento mixto y repetir machaconamente:

- Por favor, camaradas, no tiradla así: os lo ruego encarecidamente. Tened en cuenta que, si dais un golpe fuerte a una remolacha, el lugar del golpe quedará lesionado. Después comenzará a pudrirse y acabará pudriéndose toda la burta. Por favor, camaradas, más cuidado.

Los muchachos, hartos del trabajo uniforme y, sobre todo, del trabajo remolachero, no pierden la ocasión de aprovechar el tema señalado por Shere para distraerse y descansar un poco.

Eligen la remolacha más redondita del montón, la más simpática y sonrosada, la rodean con todo su destacamento mixto, y el jefe del destacamento, un muchacho por el estilo de Mitka o de Vitka, alza las manos, separando los dedos, y dice en voz alta:

- Apartaos, no respiréis. ¿Quién tiene las manos limpias?

Aparece una camilla. El jefe del destacamento mixto levanta delicadamente la remolacha, pero ya resuena una exclamación de alarma:

- ¿Qué haces? Pero, ¿qué haces?

Todos se detienen asustados y después asienten con la cabeza cuando la misma voz dice:

- ¡Hay que tener más cuidado!

El primer mono de trabajo que encuentran al alcance de las manos es enrollado en forma de pequeña almohada suave y blanda; la almohada se coloca en la camilla, y sobre ella descansa y, efectivamente, comienza a emocionar una pequeña remolacha sonrosada, redondita, entrada en carnes. Para disimular un poco su sonrisa, Shere muerde el tallo de una hierba. Los muchachos levantan la camilla y Mitka susurra:

- ¡Cuidado, cuidado, camaradas! Tened en cuenta el peligro de la lesión; os lo ruego encarecidamente...

En la voz de Mitka se nota un remoto parecido con la voz de Shere, y por eso Eduard Nikoláievich no arroja el tallo.

Habíamos terminado la labranza de la tierra para la siembra de otoño. En aquella época únicamente empezábamos a soñar con el tractor, y con el arado tirado por un par de caballos no podíamos labrar más de media hectárea al día. Por eso, Shere observaba, sumamente preocupado, el trabajo del primero y del segundo destacamento mixto. En estos destacamentos trabajaban los muchachos más antiguos de la colonia, y sus jefes eran colonos tan fuertes como Fedorenko, Korito, Chóbot. Por desgracia, estos

camaradas, que estaban dotados de una fuerza no inferior a la de un par de caballos y que conocían en todos sus pormenores el trabajo de la labranza, aplicaban equivocadamente los métodos de la labranza a todas las demás ramas de la vida. Tanto en la colectividad como en sus amistades y en la esfera personal eran aficionados a los surcos directos y profundos y a los tajos brillantes y poderosos. Del mismo modo, el trabajo del pensamiento, entre ellos, no transcurría en las celdillas cerebrales, sino en algún otro lugar: en los músculos de sus brazos de hierro, en la caja blindada del pecho, en las caderas de un aguante monumental. En la colonia resistían firmemente a las tentaciones del Rabfak y eludían con silencioso desprecio toda conversación sobre temas científicos. Pero de algo estaban completamente seguros, y ninguno de los colonos sabía girar la cabeza de un modo tan benévolo y orgulloso y ninguno empleaba expresiones tan seguras y tan parcas.

Estos colonos, como elementos activos de los destacamentos mixtos primero y segundo, gozaban de gran estimación entre todos, pero nuestros guasones no siempre podían abstenerse de dirigirles alguna pulla.

Aquel otoño, el primero y el segundo destacamentos se embrollaron con motivo de la emulación. Entonces, la emulación no era todavía un indicio general de trabajo soviético, y yo incluso fui sometido a tormento en la delegación del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública por culpa de la emulación. Para justificarme, puedo decir tan sólo que la emulación comenzó inesperadamente en nuestra colonia y al margen de mi voluntad.

El primer destacamento mixto trabajaba desde las seis de la mañana hasta las doce del día y el segundo, desde las doce del día hasta las seis de la tarde. Los destacamentos mixtos eran formados por una semana. A la semana siguiente cambiaba siempre un poco la combinación de fuerzas en los destacamentos mixtos, aunque la especialización desempeñaba cierto papel.

Todos los días, antes de que el destacamento mixto terminara el trabajo, salía al campo nuestro ayudante de agrónomo Aliosha Vólkov y medía la cantidad de metros cuadrados que había labrado el destacamento mixto.

Los destacamentos mixtos trabajaban bien en la labranza, pero había oscilaciones, que dependían de la tierra, de los caballos, de la pendiente del terreno, del tiempo y de otras causas, en realidad objetivas. Aliosha Vólkov anotaba con tiza, en un tablero, utilizado para los avisos de toda índole:

19 de octubre 1 mixto de Korito..... 2.850 m^2
19 de octubre 1 mixto de Vetkovski..... 2.300 m^2
19 de octubre 2 mixto de Fedorenko..... 2.410 m^2
19 de octubre 2 mixto de Nechitailo.....2.270 m^2

Y ocurrió espontáneamente que los muchachos se dejaron arrebatar por la comparación de los frutos de su trabajo, y cada destacamento mixto quiso superar a sus antecesores. Se puso de manifiesto que los mejores jefes, los que tenían mayores posibilidades de quedar vencedores, eran Fedorenko y Korito. Aunque buenos amigos desde hacía tiempo, eso no impedía que cada uno siguiera celosamente los éxitos del otro

y encontrase toda suerte de fallos en el trabajo del amigo. En este terreno, a Fedorenko le ocurrió un drama, que demostró a todos que también él tenía sus nervios. Durante cierto tiempo, Fedorenko estuvo marchando a la cabeza de los demás destacamentos mixtos, y en el tablero de Vólkov repetíanse día tras día cifras que oscilaban entre 2.500 y 2.600. El destacamento mixto de Korito trataba de alcanzar esos límites, pero siempre se quedaba atrás en unos cuarenta o cincuenta metros cuadrados.

- No te molestes, compadre -se burlaba Fedorenko de su amigo-; ya se ve que eres un labrador novato...

A finales de octubre enfermó Zorka, y Shere mandó al campo sólo un par de caballos. Para mayor efecto, pidió al Soviet de jefes que incluyera a Fedorenko en el destacamento mixto de Korito.

Al principio, Fedorenko no captó todo el dramatismo de la situación, porque la enfermedad de Zorka y la necesidad de acabar pronto la labranza con un solo par de caballos le abatían profundamente. Se dedicó con afán al trabajo, y únicamente se recobró cuando Aliosha Vólkov apuntó en su tablero:

24 de octubre 2 mixto de Korito..... 2.730 m^2

El orgulloso Korito celebraba la victoria, y Lápot decía irónicamente a todos:

- ¡Pero qué comparación puede haber entre Fedorenko y Korito! Korito es un agrónomo perfecto. ¡Cómo va Fedorenko a compararse con él!

Los muchachos manteaban a Korito y gritaban hurra, mientras Fedorenko, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, palidecía de envidia y vociferaba:

- ¿Que Korito es un agrónomo? ¡En mi vida he visto un agrónomo parecido!

Los muchachos no dejaban en paz a Fedorenko y le hacían preguntas inocentes:

- ¿Reconoces que ha ganado Korito?

Sin embargo, Fedorenko acabó cayendo en la cuenta. En el Soviet de jefes dijo:

- ¿De qué presume Korito? La semana que viene tendremos otra vez un par de caballos. Incluid en el primer mixto a Korito y os daré tres mil metros.

El Soviet de jefes se entusiasmó con el ardid de Fedorenko y cumplió su ruego, Korito exclamó, moviendo la cabeza:

- ¡Qué diablo tan astuto es ese Fedorenko!

- ¡Ten cuidado! -le dijo Fedorenko-. Yo he trabajado a conciencia en tu destacamento; prueba ahora tú a simular...

Todavía antes de comenzar el trabajo, Korito reconoció lo difícil de su situación:

- ¡Qué se le va a hacer! Fedorenko es Fedorenko y, además, estamos en el campo. Y si los muchachos dicen que le he hecho una faena a Fedorenko, que he trabajado de cualquier modo, eso tampoco estará bien.

Tanto Fedorenko como Korito se reían al ir al trabajo por la mañana. Fedorenko colocó un enorme palo en el arado y se lo enseñó a su amigo:

- ¿Ves este palo? No pienso estar muy tierno contigo en el campo.

Al principio, Korito enrojeció de pensar en la seriedad de la situación y después, de la risa.

Cuando Aliosha regresó del campo y empezó a rebuscar en sus bolsillos un pedazo de tiza, fue recibido por toda la colonia.

- ¿Qué tal? -le preguntaban, impacientes, los muchachos.

Aliosha, en silencio, escribía lentamente en el tablero:

26 de octubre 1 mixto de Fedorenko..... 3.010 m^2

- ¡Oh! ¡Mira Fedorenko! ¡Tres mil!

Fedorenko y Korito volvieron del campo. Los muchachos aclamaron a Fedorenko como un triunfador, y Lápot observó:

- Si yo siempre he dicho: ¡Korito no puede ni compararse con Fedorenko! Fedorenko es un verdadero agrónomo!

Fedorenko contemplaba, desconfiado, a Lápot, pero tenía miedo a decir algo acerca de su pérfida política, porque la cosa no ocurría en el campo, sino en el patio, y las manos de Fedorenko no estrechaban las manceras del firme y vibrante arado.

- ¿Cómo te has dejado adelantar, Korito? -preguntó Lápot.

- Es que la cosa no se ha hecho como es debido, camaradas colonos. Debo deciros que Fedorenko ha ido al campo con un palo; eso es lo que ha hecho.

- Con un palo -confirmó Fedorenko-. ¿No ves que tenía que limpiar el arado?...

- Y me dijo: no pienso estar muy tierno contigo.

- ¿Y para qué iba a estar tierno contigo? Lo mismo diré ahora: ¿por qué iba a tratarte con ternura? No eres una mocita...

- ¿Y cuántas veces te ha dado con el palo? -interrogaron los muchachos.

- Como me asusté al ver el palo, he trabajado bien y no me ha dado ni una vez. Pero tú,

Fedorenko, tampoco has limpiado el arado con el palo ese.

- Es que era un palo de reserva. Allí encontré otro... un palito más cómodo.

- Si no te ha dado ni una vez, no se puede hacer nada -explicó Lápot- . Tú, Korito, has llevado una política errónea. ¿Sabes? Debías haber trabajado sin prisa y haber regañado con el jefe.

Entonces, él te habría dado con el palo, y la cosa hubiera sido distinta: el Soviet de jefes, el Buró, la asamblea general, ¡huy, huy, huy!

- No se me ha ocurrido -respondió Korito.

Y así venció Fedorenko, gracias a su obstinación y su astucia.

El otoño tocaba a su fin, abundante, bien preparado, seguro. Echábamos un poco de menos a los colonos que se habían ido a Járkov, pero los días de trabajo y los hombres vivos seguían aportando a nuestras veladas buenas dosis de risas y de ánimos, y hasta Ekaterina Grigórievna reconoció:

- ¿Sabe? Nuestra colectividad es un encanto. Parece que no hubiera ocurrido nada.

Ahora yo comprendía mejor aún que antes, que en realidad, no tenía por qué ocurrir nada. El éxito de nuestros rabfakianos en los exámenes de Járkov y la continua sensación de que, incluso habitando en otra ciudad y siendo estudiantes, no habían dejado de ser colonos del séptimo destacamento mixto, añadieron en gran cantidad a la colonia cierta risueña esperanza.

Zadórov, el jefe del séptimo destacamento mixto, nos enviaba regularmente partes semanales, que nosotros leíamos en las reuniones bajo aprobatorios y agradables rumores. Los informes de Zadórov eran detallados, con indicación de la asignatura en que cojeaba cada uno y, de paso, añadía consideraciones no oficiales: Semión se dispone a enamorarse de una muchacha de Chernígov. Escribidle que no haga el tonto. Vérshnev no hace más que rezongar, diciendo que en el Rabfak no se estudia ninguna medicina y que la gramática le tiene ya harto. Escribidle para que no se dé importancia.

En otra carta, Zadórov escribía:

Vienen a vernos con frecuencia Oxana y Rajil. Les damos tocino, y ellas nos ayudan también en algunas cosas, ya que, si no la gramática de Kolka y la aritmética de Golos flojean. Así, pues, pedimos que el Soviet de jefes las incluya en el séptimo destacamento mixto; son muchachas disciplinadas.

Gorki-Studenten: Golos, Sadorow, Georgijewski, Werschnew

Y Zadórov nos escribía también:

Oxana y Rajil no tienen zapatos ni dinero para comprarlos. Nosotros hemos reparado nuestros zapatos, pero tenemos que andar mucho y todo por piedra. El dinero que nos envió Antón Semiónovich ha sido gastado ya, porque tuvimos que comprar libros y una caja de dibujo para mí. A Oxana y a Rajil hay que comprarles zapatos; en la cooperativa cuestan siete rublos. No nos dan mal de comer; la lástima es que no es más que una vez al día, y el tocino nos lo hemos comido ya. Semión come mucho tocino. Escribidle que coma menos tocino en caso de que nos enviéis más.

Los muchachos, arrebatados de alegría, decidieron en asamblea general: enviar dinero, mandar más tocino, incluir a Oxana y a Rajil en el séptimo destacamento mixto, enviarles las insignias de la colonia y no escribir nada a Semión a propósito del tocino; ya que allí tenían jefe, que él lo racionase, como correspondía a un jefe; escribir a Vérshnev que no hiciera el tonto y a Semión, con motivo de la chernigoviana, que tuviese cuidado y no se llenara de chernigovianas la cabeza. Y si era preciso, que la muchacha escribiese al Soviet de jefes.

Lápot sabía convertir las asambleas generales en reuniones prácticas, rápidas y alegres, sabía proponer fórmulas admirables para la correspondencia con los rabfakianos. La idea de que la muchacha de Chernígov se dirigiera al Soviet de jefes fue del agrado de todos y en el futuro adquirió hasta cierto desarrollo.

La vida del séptimo destacamento mixto en Járkov modificó de raíz el ambiente de nuestra escuela. Ahora todos estaban convencidos de que el Rabfak era una cosa real y de que cada uno podía llegar a él en caso de desearlo. Por eso, a partir del otoño observamos un notable incremento en el estudio. Brátchenko, Gueórguievski, Osadchi, Schniéider, Gléizer y Marusia Lévchenko tendían manifiestamente al Rabfak. Marusia había abandonado por completo su histeria y durante aquel tiempo había cobrado un cariño extraordinario por Ekaterina Grigórievna; siempre la acompañaba, le ayudaba cuando estaba de guardia, la seguía continuamente con una ardiente mirada. A mí me agradaba que Marusia se hubiera vuelto tan atildada en su atavío y que hubiese empezado a llevar cuellos altos y severos y blusas viejas arregladas con mucho gusto. A nuestros ojos Marusia estaba convirtiéndose en una mujer de gran belleza.

También en los grupos de los pequeños empezó a cundir el aroma del Rabfak aún lejano, y los diligentes chiquillos preguntaban muchas veces con anhelo hacia qué Rabfak les convendría más encaminar sus pasos.

Natasha Petrenko se había lanzado con particular avidez al estudio. Le faltaba poco para cumplir dieciséis años, pero no sabía leer ni escribir. Desde los primeros días del estudio se pusieron de manifiesto sus sorprendentes aptitudes, y yo le planteé la tarea de terminar durante el invierno el primero y el segundo cursos. Natasha me lo agradeció con un simple movimiento de sus pestañas y me dijo lacónicamente:

- ¿Y por qué no?

Había dejado ya de llamarme tío y se había acostumbrado sensiblemente a la colectividad.

Todos la estimaban por el indescriptible encanto de su ser, por su eterna sonrisa luminosa y confiada, por su dientecito oblicuo y la gracia de su mímica. Como antes, seguía siendo amiga de Chóbot, y como antes, Chóbot, silencioso y taciturno, seguía protegiendo de los enemigos a este ser precioso. Pero la situación de Chóbot era cada día más embarazosa, porque Natasha no tenía ningún enemigo y gradualmente iba entablando amistades tanto entre las chicas como entre los muchachos. Hasta Lápot trataba a Natasha de un modo nuevo: sin burlas y sin travesuras, atento, cariñoso y solícito. Por eso, Chóbot tenía que esperar mucho tiempo a que Natasha se quedara sola para hablar con ella o, mejor dicho, para callar acerca de no se sabía qué asuntos rigurosamente confidenciales.

Yo comencé a discernir en la actitud de Chóbot un principio de alarma y no me sorprendí cuando Chóbot entró un anochecer en mi despacho y me dijo:

- Antón Semiónovich, dejéme usted ir a ver a mi hermano.

- ¿Es que tienes un hermano?

- Claro que sí. Tiene una finca cerca de Bogodújovo. He recibido carta suya.

Chóbot me tendió la carta. Decía así:

Respecto a lo que me escribes acerca de tu situación, ven a mi casa, querido hermano Mikola

Fiódorovich, y quédate a vivir aquí sin pensarlo más, porque mi jata es grande y tengo una hacienda como nadie. Me sentiré a gusto por haber encontrado a mi hermano, y, ya que te has enamorado de una muchacha, tráela sin titubear.

- Así es que quiero ir a ver.

- ¿Has hablado con Natasha?

- Sí.

- ¿Y qué?

- Natasha entiende poco. Pero yo tengo que ir, porque desde que me marché de casa no he vuelto a ver a mi hermano.

- Pues bien, ve y mira. ¿Seguramente tu hermano es un kulak?

- No, kulak no es, porque no tenía más que un caballo, pero ahora no sé cómo está.

Chóbot se fue a principios de diciembre y tardó en volver mucho tiempo.

Parecía que Natasha no había advertido su marcha; conservaba su alegría reservada y seguía estudiando con el mismo afán. Yo veía que durante el invierno podría acabar tres cursos.

La nueva actitud de los colonos en la escuela cambió la fisonomía de la colonia. La colonia se hizo más culta y más próxima a una sociedad escolar normal. Ningún colono ponía ya en duda la importancia y la necesidad del estudio. Este nuevo estado de ánimo se incrementaba porque todos pensábamos en Máximo Gorki. En una de sus cartas a los colonos, Gorki escribía: Me gustaría que los colonos leyeran mi Infancia en algún anochecer de otoño. Entonces verían que yo soy un hombre absolutamente igual a ellos, sólo que desde mis años de juventud supe ser perseverante en mi deseo de estudiar y no me arredró ninguna clase de trabajo. Creía que, efectivamente, el estudio y el trabajo podían con todo.

Hacía ya mucho tiempo que los colonos mantenían correspondencia con Gorki. Nuestra primera carta, enviada a la escueta dirección Sorrento, Máximo Gorki, le había sido entregada, para nuestra sorpresa, y Gorki nos respondió inmediatamente con una carta afable y atenta, que leimos y releímos durante toda una semana hasta dejarla casi en jirones. Desde entonces, nuestra correspondencia transcurría regularmente. Los colonos escribían a Gorki por destacamentos, me traían las cartas para que yo las retocase, pero a mí me parecía que no era preciso ningún retoque, que cuanto más naturales fueran las cartas, con más agrado las leería Gorki. Por eso, mi trabajo como corrector de estilo se limitaba a observaciones de este género:

- ¡Qué papel tan malo habéis elegido!

- ¿Y por qué no habéis firmado?

Cuando llegaba alguna carta de Italia, antes de que cayera en mi poder tenía que pasar por las manos de cada colono. Los muchachos se asombraban de que el propio Gorki hubiera escrito la dirección en el sobre y contemplaban con una mirada condenatoria la efigie del rey en el sello:

- ¿Cómo pueden esos italianos aguantar tanto tiempo? ¿Qué falta hace... un rey?

La carta podía ser abierta únicamente por mí, y yo la leía en voz alta primero una vez y luego otra, y después se la entregaba al secretario del Soviet de jefes y la leían todos los que lo deseaban y cuantas veces querían. Para ello, Lápot exigía que se observase una sola condición:

- No manchéis la carta con los dedos. Tenéis ojos y podéis leer con ellos, ¿para qué necesitáis los dedos?

Los muchachos sabían encontrar en cada línea escrita por Gorki todo un sistema de filosofía, tanto más importante porque aquellas líneas no podían ser puestas en duda. Los libros eran otra cosa. Con los libros se podía discutir, se les podía negar en caso de que hicieran afirmaciones erróneas. Pero ahora no se trataba de un libro, sino de una carta viva del propio Máximo Gorki.

Cierto, al principio los muchachos trataban a Gorki con cierta veneración casi religiosa, le consideraban un ser superior a todos los hombres, e imitarle les parecía casi un sacrilegio.

Los colonos no creían que en Infancia se describieran hechos de su vida:

- ¡Pero si es un escritor! ¿Ha visto acaso pocas vidas humanas? Habrá descrito lo que ha visto, pero él, de pequeño, no era probablemente igual que todos.

Me costó gran trabajo persuadir a los colonos de que Gorki escribía la verdad en su carta; que también un hombre de talento necesita trabajar y estudiar mucho. Los rasgos humanos del hombre vivo, por ejemplo de ese mismo Aliosha, cuya vida se parecía tanto a la vida de muchos colonos, iban haciéndose poco a poco próximos y comprensibles para nosotros sin ningún esfuerzo.(30) Y entonces fue cuando los muchachos quisieron con particular afán ver a Gorki, entonces fue cuando comenzaron a soñar con su visita a la colonia, pero sin creer jamás plenamente que eso pudiera ocurrir algún día.

- ¡Como que va a venir a la colonia! Tú crees que eres el mejor de todos.

- Gorki tiene miles como tú. No; miles no, decenas de miles...

- ¿Cómo?, ¿tú crees que escribe a todos?

- ¿Y tú crees que no? Escribirá unas veinte cartas al día. Calcula cuántas cartas salen al mes. Seiscientas cartas. ¿Ves?

Con ese motivo, los muchachos emprendieron una verdadera investigación y se presentaron especialmente en mi despacho para preguntarme cuántas cartas diarias escribía Gorki.

- Yo creo que una o dos cartas y, además, no todos los días.

- ¡Es imposible! ¡Más! ¡Muchas más!...

- Nada de eso. Tened en cuenta que escribe libros, y para esto hace falta tiempo. ¿Y cuánta gente le visita? ¿Y tú crees que no necesita descansar?

- Entonces, según usted, resulta que, como nos ha escrito, eso significa que somos conocidos de Gorki.

- No somos conocidos -repliqué yo-, sino gorkianos. Es nuestro padrino. Y cuanto más le escribamos y si, además, llegamos a conocernos personalmente, acabaremos siendo amigos. Y Gorki tiene pocos amigos como nosotros.

Por fin, la animación de la imagen de Gorki llegó a lo normal en la colonia, y sólo entonces comencé a advertir no veneración ante un gran hombre, no admiración por un escritor ilustre, sino auténtico amor vivo a Gorki.

(30) .- Aliosha Péshkov: Héroe de la trilogía autobiográfica de Gorki *Mi infancia*, *Por el mundo* y *Mis universidades*.

Para los colonos era muy difícil manifestar su amor. No sabían escribir cartas que lo expresaran, incluso se azoraban al hablar de ello, porque se habían acostumbrado severamente a no patentizar ningún sentimiento. Sólo Gud y su destacamento hallaron una salida. En una carta a Gorki le pidieron la medida de su pie para hacerle unas botas altas. El primer destacamento estaba seguro de que Gorki accedería sin falta a su petición, porque las botas eran, sin duda, una cosa de valor; en nuestra zapatería se encargaban botas contadísimas personas, y éste era un asunto bastante complicado: había que ir muchas veces al mercado y encontrar el cuero necesario, había que comprar suelas, y plantillas, y forros.

Además, se precisaba un buen zapatero para que las botas no apretasen, para que fueran bonitas. A Gorki las botas le vendrían siempre bien y, además, le sería agradable calzar unas botas confeccionadas por los colonos y no por cualquier zapatero italiano.

Un zapatero conocido de la ciudad, considerado un gran especialista en su oficio, confirmó la opinión de los muchachos un día que vino a la colonia a moler un saco de harina:

- Los italianos y los franceses no llevan botas como nosotros ni saben hacerlas -dijo-. Pero, ¿qué botas pensáis hacerle a Gorki? Hay que saber cómo le gustan: qué tacón y qué caña... Si la quiere suave, hay que hacerla de una manera, pero suele haber gente que prefiere la caña dura. Y luego el material: yo creo que hay que hacerle botas de tafilete con la caña de piel de becerro. Y otra cuestión es la altura.

Gud se quedó estupefacto ante lo complicado de la cuestión y acudió a consultar conmigo:

- ¡Menuda vergüenza si nos salen mal las botas! ¡Qué vergüenza sería! ¿Y de qué hacerlas, de cabritilla o de charol? ¿Y quién va a conseguir el charol? ¿Yo? ¿Tal vez Kalina Ivánovich? El dice: pero ¿qué ilusiones son ésas? ¡Hacerle unas botas a Gorki! Kalina Ivánovich dice que a Gorki le hace las botas el zapatero del rey de Italia.

Kalina Ivánovich intervino en la conversación:

- ¿Acaso no te he dicho la verdad? Todavía no existe la casa Gud y Compañía. No sois capaces de hacer unas botas elegantes. Botas buenas son las que se ponen sobre el calcetín sin levantar callo. ¿Y vosotros cómo las hacéis? Se pone uno tres peales y todavía hacen daño, parásitos. ¡Estaría bien que le levantaseis callos a Gorki!

Gud andaba triste y hasta enflaqueció a causa de todas esas cavilaciones.

Un mes más tarde nos llegó la respuesta. Gorki escribía:

No necesito botas altas. Vivo casi en una aldea y aquí se puede andar sin necesidad de botas.

Kalina Ivánovich encendió la pipa y enderezó la cabeza con un aire importante:

- Es un hombre inteligente y comprende que vale más andar sin botas altas que ponerse las que tú hubieras hecho, porque hasta Silanti maldice la vida con tus botas, y eso que él está acostumbrado a todo...

Gud decía, parpadeando:

- Claro, ¿acaso se puede hacer buenas botas, si el zapatero está aquí y el cliente en Italia? No importa, Kalina Ivánovich, todavía hay tiempo. ¡Si viene a vernos, ya verá qué botas le fabricamos!...

El otoño transcurría apaciblemente.

Fue un acontecimiento la llegada de Liubov Savélievna Dzhurínskaia, inspector del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Venía de Járkov exclusivamente para ver la colonia y yo la recibí como solía recibir a los inspectores: con la cautela de un lobo que tiene la costumbre de sentirse acosado. Con ella llegó a la colonia María Kondrátievna, sonrosada y feliz.

- Aquí tiene usted a este salvaje -me presentó María Kondrátievna-. También yo pensaba antes que era un hombre interesante, pero no es más que un asceta. Con él me da miedo: comienza a atormentarme la conciencia.

Dzhurínskaia cogió a Bókova por los hombros y le dijo:

- Vete de aquí; nos pasaremos sin tu frivolidad.

- Como queráis -asintieron cariñosamente los hoyuelos de María Kondrátievna-. Aquí encontraré gente que sepa apreciar mi frivolidad. ¿Dónde están ahora sus muchachos? ¿En el río?

- ¡María Kondrátievna! -gritaba ya desde el río la voz de contralto de Shelaputin-. ¡Venga aquí, tenemos una montaña de hielo!

- ¿Y cabremos los dos? -preguntó María Kondrátievna ya camino del río.

- ¡Cabremos y aún habrá sitio para Kolka! Pero usted lleva falda y, si se cae, no será muy cómodo.

- No importa, yo sé caerme -respondió María Kondrátievna, disparando una mirada a Dzhurínskaia.

Se precipitó hacia la montaña de hielo del Kolomak, y Dzhurínskaia, después de seguirla con una mirada cariñosa, exclamó:

- ¡Qué ser tan extraño! Está aquí como en su casa.

- Incluso peor -respondí yo-. Pronto le impondré trabajos extraordinarios por su conducta demasiado bulliciosa.

- Me ha recordado usted mis obligaciones directas. He venido precisamente a hablar con usted acerca del sistema de la disciplina. Es decir, ¿usted no niega que impone castigo? Me refiero a los trabajos extraordinarios... Además, también se dice que practica usted el arresto y que deja a los muchachos a pan y agua.

Dzhurínskaia era una mujer alta, con un rostro puro y unos ojos jóvenes y límpidos. No sé por qué sentí el deseo de tratarla sin ninguna diplomacia:

- A pan y agua no les dejo, pero a veces les castigo sin comer. Y también les impongo trabajos extraordinarios. Y naturalmente, puedo arrestarles, pero no en una celda, sino en mi despacho.

Está usted bien informada.

- Pero todo eso está prohibido.

- Por la ley no está prohibido, y yo no leo lo que escriben diversos chupatintas.

- ¿No lee usted literatura paidológica? ¿Está usted hablando en serio?

- Hace ya tres años que no la leo.

- Pero, ¿cómo no le da vergüenza? Y, en general, ¿lee usted?

- En general, no leo y no me da vergüenza, téngalo en cuenta. Y me dan mucha pena los que leen literatura paidológica.

- Tendré que disuadirle a usted de eso. Debemos regirnos por una pedagogía soviética.

Decidí poner término a la discusión y dije a Liubov Savélievna:

- ¿Sabe usted una cosa? No pienso discutir. Estoy profundamente convencido de que aquí, en la colonia, aplicamos la más auténtica pedagogía soviética, más aún, de que aquí damos una educación comunista. A usted puede convencerla bien la experiencia, bien una investigación seria, una monografía. Y en un diálogo de paso, estas cosas no se resuelven. ¿Va usted a pasar mucho tiempo con nosotros?

- Dos días.

- Perfectamente. Tiene usted a su disposición diversos medios. Mire, hable con los colonos, puede comer con ellos, trabajar, descansar. Haga usted las conclusiones que desee. Incluso puede destituirme, si lo estima pertinente. Puede escribir las conclusiones más extensas y prescribirme el método que sea de su agrado. Es su derecho. Pero yo obraré como crea necesario y como sepa. No sé educar sin castigos. Todavía necesito aprender ese arte.

Liubov Savélievna no pasó con nosotros dos días, sino cuatro, y, durante este tiempo, yo no la vi casi. Los muchachos decían de ella:

- ¡Oh, es una mujer muy lista! Todo lo entiende.

Un día, durante su estancia en la colonia, Vetkovski se presentó en mi despacho:

- Antón Semiónovich, me marcho de la colonia...

- ¿A dónde?

- Algo encontraré. Esto ha perdido todo interés. Al Rabfak no pienso ir y carpintero no quiero ser. Iré a ver mundo.

- ¿Y después qué?

- Después ya veré. Usted deme sólo un documento.

- Bueno. Por la noche se reunirá el Soviet de jefes.Que ellos decidan.

En el Soviet de jefes, Vetkovski se mantuvo hostil y trató de limitarse a responder con evasivas:

- No me gusta esto. ¿Y quién puede obligarme? Iré a donde quiera. Y es asunto mío lo que haga... A lo mejor, robo.

Kudlati se indignó:

- ¿Cómo que no es asunto nuestro? ¿Tú vas a robar y crees que eso no es asunto nuestro? Y si yo ahora, por semejantes palabras, te diera en los hocicos, ¿seguirás creyendo que no es asunto nuestro?

Liubov Savélievna palideció, quiso decir algo, pero no tuvo tiempo. Los colonos, enardecidos, empezaron a gritar a Vetkovski. Vólojov se situó frente a Kostia: - Hay que enviarte a un hospital. Nada más. ¡Mírale, quiere documentos!... Di la verdad. ¿Has encontrado algún trabajo?

El más acalorado de todos era Gud:

- ¿Es que hay verjas en la colonia? No las hay. Ya que eres un bandido así, lárgate con viento fresco. ¿Crees que vamos a enganchar al Molodiéts y a correr detrás de ti? No. Vete a donde quieras. ¿Para qué has venido a la colonia?

Lápot cortó el debate:

- Basta de hablar. La cosa está clara, Kostia: no te daremos ningún documento.

Kostia inclinó la cabeza y barbotó:

- Ni falta que me hace; me iré sin él. Dadme diez rublos para el camino.

- ¿Se los damos? -preguntó Lápot.

Todos callaron. Dzhurínskaia era toda oídos y hasta había cerrado los ojos, recostando la cabeza en el respaldo del diván. Kóval dijo: - También se ha dirigido al Komsomol para lo mismo. Nosotros le hemos echado del Komsomol. Pero creo que se le deben dar los diez rublos para el camino.

- Esto está bien -dijo alguien-. Por diez rublos no vamos a arruinarnos.

Yo saqué la cartera.

- Le daré veinte rublos. Firma el recibo.

En medio del silencio general, Kostia firmó el recibo, se guardó el dinero en el bolsillo y se puso la gorra.

- Hasta la vista, camaradas.

No le respondió nadie. Solamente Lápot dio un salto y le gritó ya desde la puerta:

- ¡Eh, tú, siervo de Dios! ¡Cuando se te acaben los veinte rublos, no tengas reparo y vuelve a la colonia! ¡Ya los pagarás con tu trabajo!

Los jefes se dispersaban de mal humor. Liubov Savélievna, ya recobrada, exclamó:

- ¡Qué horror! Habría que hablar con el chico...

Después se quedó pensativa y dijo:

- ¡Pero qué fuerza tan terrible es su Soviets de jefes! ¡Qué gente!...

Debía marcharse al día siguiente por la mañana. Antón llegó con el trineo. En el trineo había paja sucia y no sé qué papeles. Liubov Savélievna se acomodó en el trineo, y yo pregunté a Antón: - ¿Por qué hay tanta porquería en el trineo?

- No he tenido tiempo -masculló Antón, enrojeciendo.

- Estás arrestado hasta que vuelva de la ciudad.

- A la orden -dijo Antón y se apartó del trineo-. ¿En el despacho?

- Sí.

Antón, vejado por mi seriedad, se dirigió lentamente al despacho, y nosotros salimos en silencio de la colonia. Sólo al llegar a la estación Liubov Savélievna me cogió del brazo y me dijo: - Basta de dárselas de hombre feroz. Tiene usted una excelente colectividad. Es algo milagroso. Estoy completamente estupefacta... Pero dígame, ¿está usted seguro que ese... Antón cumplirá ahora el castigo?

Miré, asombrado, a Dzhurínskaia:

- Antón es un hombre de una gran dignidad. Claro que lo cumple. Pero, en realidad, son unas... auténticas fierecillas.

- Eso no es razonable. ¿Lo dice usted por Kostia? Estoy segura de que volverá. ¡Y esto es maravilloso! Tiene usted unos muchachos admirables, y Kostia es el mejor de todos...

Yo suspiré sin responder nada.

MUECAS DE AMOR Y POESÍA

Llegó el año 1925. Comenzó de un modo bastante desagradable.

En el Soviet de jefes, Oprishko declaró que deseaba casarse, pero que el viejo Lukashenko no le daría a Marusia por esposo más que si la colonia le dotaba igual que a Olga Vóronova; en este caso, Lukashenko le admitiría en la casa y los dos se encargarían juntos de la hacienda.

En el Soviet de jefes, Oprishko observó una actitud desagradable de heredero de Lukashenko y de hombre de posición.

Los jefes guardaban silencio, no sabiendo cómo interpretar toda esa historia. Por fin, Lápot, contemplando a Oprishko a través de la punta de un lápiz que tenía casualmente en la mano, le preguntó en voz baja: - Bien, Dmitró, ¿y tú qué piensas? Supongamos que te dedicas a la hacienda con Lukashenko.

¿Eso quiere decir que vas a ser un campesino?

Oprishko miró a Lápot un poco por encima del hombro y sonrió sarcásticamente: - Supongamos que sea como dices tú: un campesino.

- ¿Y tú cómo supones?

- Ya veremos.

- Bien -cortó Lápot- . ¿Quién desea hablar?

Tomó la palabra Vólojov, jefe del sexto destacamento:

- Hace falta que los muchachos piensen en su destino, eso es verdad. No vamos a estarnos en la colonia hasta la vejez. Y, además, ¿qué oficio tenemos? Los que están en el destacamento sexto, o en el cuarto, o en el noveno, ésos menos mal; pueden salir de la colonia como hererros, carpinteros, molineros... Pero de los destacamentos agrícolas no se sale con ningún oficio. Así, que, si quiere ser campesino, que lo sea. Pero la conducta de Oprishko es un poco sospechosa. ¿Tú eres miembro del Komsomol?

- ¿Y qué importa que sea miembro del Komsomol?

- Yo opino -prosiguió Vólojov-que no estaría mal hablar antes de esto en el Komsomol. El Soviet de jefes necesita conocer la opinión del Komsomol sobre este asunto.

- El Buró del Komsomol tiene ya su opinión -replicó Kóval-. La colonia Gorki no existe para criar kulaks. Y Lukashenko es un kulak.

- ¿Por qué es un kulak? -objetó Oprishko-. El hecho de que tenga la casa techada de hierro no quiere decir nada.

- ¿Tiene dos caballos?

- Sí, dos.

- ¿Tiene jornalero?

- No.

- ¿Y Serioga?

- A Serioga lo tiene porque estaba en una casa de niños y se lo dio el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Eso se llama patrocinio.

- Es lo mismo -dijo Kóval-. Del Comisariado o no, de todas formas es un jornalero.

- Pero si se lo han dado...

- Pues tu no lo admitas si eres un hombre decente.

Oprishko no esperaba tal giro del asunto y preguntó perplejo: - Pero ¿por qué? ¿A Olga la habéis dotado?

Kóval respondió:

- En primer lugar, lo de Olga es distinto. Olga se casó con un hombre afecto a nosotros, y ahora los dos se disponen a ingresar en la comuna, y nuestros bienes serán allí de provecho. En segundo lugar, Olga no era como tú. Y, en tercer lugar, nosotros no debemos criar kulaks.

- ¿Y qué voy a hacer yo ahora?

- Haz lo que quieras.

- No, así no está bien -intervino Stupitsin-. Si se quieren, que se casen. Incluso podemos dotar a Oprishko, pero que no vaya a vivir a casa de Lukashenko sino que ingrese en la comuna.

Ahora será Olga quien mande allí.

- El padre no dejará marchar a Marusia.

- Pues que se vaya ella sin su permiso.

- No podrá.

- Entonces es que te quiere poco y... además es otra kulak.

- ¿Y a tí qué te importa si me quiere o no?

- Pues ya ves, me importa. Eso significa que se casa contigo por interés. Si te quisiera...

- Ella quizás me quiere, pero obedece a su padre. Y no puede ingresar en la comuna.

- Pues si no puede, no tienes por qué dar la lata al Soviet de jefes -respondió groseramente Kudlati- . Tu lo que quieres es arrimarte a un kulak, y a Lukashenko le hace falta un yerno rico en la casa. Pero ¿a nosotros qué nos importa eso? Se levanta la sesión...

Lápot abrió la boca de oreja a oreja en una sonrisa de satisfacción: - Se levanta la sesión con motivo de débil enamoramiento de Marusia.

Oprishko salió aplanado del Soviet. Andaba por la colonia más sombrió que una nube, se metía con los pequeños, y al día siguiente se embriagó y alborotó en el dormitorio.

El Soviet de jefes se reunió para juzgar a Oprishko por la borrachera.

Todos estaban sombríos, y Oprishko, no menos sombrío, se recostaba contra la pared. Lápot dijo: - Aunque eres jefe, ahora se trata de un asunto personal. Por eso sal al centro.

Entre nosotros existía esa costumbre: el culpable debía colocarse en el centro de la habitación.

Oprishko paseó una mirada taciturna por el rostro del presidente y masculló: - No he robado nada y no me pondré en el centro.

- Te pondremos nosotros -dijo Lápot en voz baja.

Oprishko recorrió con la vista al Soviet y comprendió que, efectivamente, los muchachos serían más fuertes que él. Se apartó de la pared y avanzó hasta el centro de la habitación.

- Bueno.

- Ponte firme -exigió Lápot.

Oprishko se encogió de hombros y sonrió sarcásticamente, pero bajó los brazos y se puso firme.

- Y ahora explica cómo te has atrevido a emborracharte y a alborotar en el dormitorio siendo miembro del Komsomol, jefe y colono. Habla.

Oprishko había sido siempre un hombre de dos estilos: si la situación le era favorable, no escatimaba los gestos temerarios, la audacia y el yo me río de todo, pero, en realidad, nunca había dejado de ser un diplomático cauteloso y astuto. Los colonos lo sabían muy bien, y por eso la docilidad de Oprishko en el Soviet de jefes no sorprendió a nadie. Zhorka Vólkov, jefe del séptimo destacamento, recientemente elegido en lugar de Vetkovski, hizo un ademán despectivo mirando a Oprishko y dijo: - Ya se ha disfrazado de angelito. Y mañana se las dará otra vez de valiente.

- Déjale que hable -gruñó Osadchi.

- ¿Y qué voy a decir? Soy culpable y nada más.

- No, tú habla. ¿Cómo te has atrevido?

Oprishko dio a sus ojos un brillo bien intencionado y se encogió de hombros: - ¿Es que hace falta atreverse para eso? He bebido porque sentía pena y, cuando un hombre está bebido; no responde de sus actos.

- Mientes -dijo Antón-. Tú responderás. Te equivocas si crees que no vas a responder. Hay que echarle de la colonia, y se acabó. Y echar a todo el que beba... ¡Sin contemplaciones!

- Pero se perderá -dijo Gueórguievski, abriendo los ojos-. Se perderá en la calle.

- ¡Que se pierda!

- Pero ¡si ha bebido porque tenía pena! ¿Cómo sois tan exigentes? El hombre tiene una pena, y vosotros le dais la lata con el Soviet de jefes.

Osadchi examinaba con franca ironía el rostro fingidamente bonachón de Oprishko.

- Y Lukashenko no le admitirá si no lleva algo a la casa -intervino Taraniets.

- ¿Y a nosotros qué nos importa eso? -gritó Antón-. Si no le admite, que se busque Oprishko otro kulak...

- ¿Por qué hemos de expulsarle? -comenzó tímidamente Gueórguievski-. Es un colono viejo; cierto que ha procedido mal, pero puede corregirse. Y hay que tener en cuenta que Marusia y él están enamorados. Hay que ayudarles de algún modo...

- ¿Acaso es un niño desamparado? -intervino, sorprendido, Lápot-. ¿De qué tiene que corregirse? Es un colono.

Tomó la palabra Schnéider, el nuevo jefe del octavo destacamento, que había sustituido a Karabánov en este heroico grupo. En el octavo destacamento había titanes como Fedorenko y Korito. Dirigidos por Karabánov, habían limado perfectamente uno contra otro sus personalidades angulosas, y Karabánov sabía dispararles como de un tirador para cualquier tarea, y ellos poseían el talento de sacar adelante el trabajo más difícil con el orgullo de unos zaporogos y la bandera de la colonia muy en alto. Al principio, Schnéider había sido una cosa extraña en el destacamento. Había llegado pequeño, débil, morenito, con el pelo rizado.Después de la vieja historia de Osadchi, el antisemitismo no había vuelto nunca a levantar cabeza en la colonia, pero la actitud con relación a

Schnéider había continuado siendo irónica durante mucho tiempo. Efectivamente, Schnéider combinaba a veces de un modo muy cómico las palabras y las expresiones rusas y trabajaba de un modo cómico y torpón en el campo. Pero pasaba el tiempo, y gradualmente fueron estableciéndose nuevas relaciones en el octavo destacamento: Schnéider había pasado a ser el favorito del destacamento; los caballeros de Karabánov se enorgullecían de él. Schnéider era muy inteligente y poseía una profunda y delicada organización espiritual. Con sus grandes ojos negros sabía verter una serena luz sobre el malentendido más difícil de desembrollar del destacamento, sabía decir la palabra precisa. Y aunque casi no había crecido durante su permanencia en la colonia, estaba mucho más fuerte y había echado músculos; así que no le daba vergüenza andar con camiseta sin mangas durante el verano y nadie reparaba en él cuando se le confiaban las vibrantes manceras del arado. El octavo destacamento le había elegido jefe por unanimidad, y Kóval y yo interpretamos este hecho de la manera siguiente: - Nosotros mismos sacaremos adelante al destacamento, pero Schnéider nos dará realce.

Sin embargo, Schnéider, ya al día siguiente de su designación como jefe, demostró que no había cursado en vano la escuela de Karabánov: reveló intenciones no sólo de realzar, sino también de dirigir; y Fedorenko, acostumbrado a los rayos y truenos de Karabánov, empezó a habituarse con la misma facilidad a la reprimenda tranquila y amistosa de que a veces le hacía objeto el nuevo jefe.

- Si Oprishko fuera de los nuevos -dijo Schnéider- , podríamos haberle perdonado. Pero ahora no podemos perdonarle de ningún modo. Oprishko ha demostrado que la colectividad le importa un bledo. ¿Vosotros creéis que lo ha demostrado por última vez? Todos saben que no. Yo no quiero que Oprishko sufra. ¿Qué falta nos hace eso? Pero que viva algún tiempo fuera de nuestra colectividad, y entonces comprenderá. Y también hay que demostrar a los demás que no toleraremos salidas propias de un kulak. El octavo destacamento exige la expulsión.

La exigencia del octavo destacamento era una razón de peso: en el octavo destacamento casi no había novatos. Los jefes me miraban, y Lápot me ofreció la palabra: - La cosa está clara. Antón Semiónovich, diga usted su opinión.

- Expulsar -pronuncié yo lacónicamente.

Oprishko comprendió que no había salvación y renunció a la fingida reserva diplomática.

- ¿Expulsarme? ¿Y a dónde voy a ir? ¿A robar? ¿Vosotros creéis que no hay quien os ajuste las cuentas? Iré a Járkov...

En el Soviet de jefes se echaron a reír.

- ¡Eso sí que está bien! Ve a Járkov, allí te darán una notita, y volverás a la colonia y vivirás entre nosotros con plenos poderes. ¡Qué bien vas a estar, qué bien!

Oprishko comprendió que había dicho una tontería y guardó silencio.

- Entonces, sólo Gueórguievski está en contra -dijo Lápot, recorriendo con la vista el Soviet- . ¡Jefe de guardia!

- Presente -se irguió severamente Gueórguievski.

- Ponga a Oprishko fuera de la colonia.

- A la orden -respondió Gueórguievski con el saludo habitual y, haciendo un movimiento de cabeza, invitó a Oprishko a seguirle.

A los dos días nos enteramos de que Oprishko vivía en casa de Lukashenko. Ignorábamos en qué condiciones se habían puesto de acuerdo, pero los muchachos afirmaban que era Marusia quien resolvía todas las cuestiones.

Pasó el invierno. En marzo los muchachos se pasearon por los hielos del Kolomak y tomaron los baños primaverales, porque las viejas fuerzas espontáneas les empujaban al agua en calzones y camisetas desde yolas de construcción propia, pedazos de hielo y ramas de árboles. También hubo las consabidas gripes.

Pero pasaron las gripes, se dispersaron las nieblas, y pronto Kudlati empezó a encontrar ropa de abrigo abandonada en medio del patio y a armar el escándalo de todas las primaveras, amenazando con entregar los calzones y las camisetas dos semanas antes de la fecha establecida por el calendario.

¡NO GEMIR!

A mediados de abril vinieron a la colonia para pasar las vacaciones de primavera nuestros primeros rabfakianos.

Vinieron más delgados y morenos, y Lápot recomendó que se les confiara al décimo destacamento, a la sección encargada del cebo. Estaba bien que no se enorgullecieran ante los colonos de sus peculiaridades de estudiantes. Karabánov ni siquiera tuvo paciencia para saludar a todos y se precipitó por los campos y los talleres. Belujin, rodeado de pequeñuelos, les hablaba de Járkov y de la vida estudiantil.

Al anochecer, todos nos sentamos bajo el cielo primaveral, y, recordando los viejos tiempos, nos pusimos a hablar de los asuntos de la colonia. A Karabánov no le gustaban mucho los últimos sucesos.

- Habéis procedido en justicia -decía-, no se puede objetar nada. Puesto que Kostia dijo que no le gustaba estar aquí, habéis hecho bien: ¡vete al diablo, búscate mejor vida! Y, naturalmente, Oprishko es un kulak y ha ido a reunirse con otro como él: era su sino. Pero, si pensamos un poco, veremos que aquí hay algo que no marcha. Es preciso discurrir algo. Nosotros hemos conocido ya otra vida en Járkov. Allí la vida es distinta y la gente también.

- ¿Es que nosotros tenemos mala gente en la colonia?

- En la colonia hay buena gente -contestó Karabánov- , muy buena, pero mire usted alrededor: cada día hay más kulaks. ¿Es que la colonia puede vivir aquí? Aquí hay que andar a mordiscos o salir huyendo.

- No se trata de eso -pronunció lentamente Burún después de pensar un poco sus palabras-.

Todos debemos luchar contra los kulaks. Eso es cuestión aparte. Pero no es lo esencial. Lo esencial es que en la colonia no hay nada que hacer: los colonos son ciento veinte, toda una fuerza, y ¿qué trabajo tienen aquí? Sembrar y recoger, sembrar y recoger. Y todo eso a costa de grandes sudores, pero con poco fruto. La hacienda es pequeña. Dentro de un año, los muchachos se aburrirán aquí, querrán buscar un destino mejor...

- En eso Grishka tiene razón -intervino Belujin, acercándose a mí-. Nuestros colonos han sido niños desamparados, como se les llama, pero son proletarios, con ansia de producir. En el campo, claro está, es agradable trabajar y hasta divertido, pero ¿qué sacan del campo los colonos? Ir a la aldea, convertirse en pequeñoburgueses, les da cierto reparo y, además, ¿con qué van a ir? Para eso hace falta tener instrumentos de producción, y jata, y caballo, y arado, y todo. Y vivir a costa de la mujer, como Oprishko, no sirve. Pero ¿a dónde ir? No hay más que la fábrica de reparación de locomotoras, pero hasta los obreros que trabajan allí no saben qué hacer con sus hijos.

Todos los rabfakianos se entregaron alegremente a las faenas del campo, y el Soviet de jefes, con refinada cortesía, les confiaba el mando de los destacamentos mixtos. Karabánov volvía excitado del campo: - ¡Oh, cómo me gusta trabajar en el campo! ¡Y qué pena que sea mi trabajo que rinde tan poco, el diablo se lo lleve! Estaría bien, por

ejemplo, trabajar así: has trabajado en el campo, luego vienes a segar y crecen telas, crecen zapatos, en el campo se mecen máquinas, tractores, acordeones, relojes, gafas, cigarrillos... ¡Huy, huy, huy! ¿Por qué los canallas no me consultaron al crear el mundo?...

Los rabfakianos debían pasar con nosotros el Primero de Mayo. Esto embellecía mucho la fiesta, ya de por sí alegre para nosotros.

La colonia seguía despertándose al toque de diana y, en destacamentos bien formados, se lanzaba al campo, sin mirar hacia atrás y sin perder energías en el análisis de la vida. Incluso nuestras viejas calamidades, como Evguéniev, Nazarenko, Perepeliátchenko, dejaron de atormentarnos.

La colonia llegaba al verano de 1925 como una colectividad compacta y, por añadidura, muy animosa: así, al menos, parecía vista desde afuera. Sólo Chóbot se nos atravesó en el camino.

Con Chóbot yo no pude hacer nada.

En marzo volvió de ver a su hermano y nos contó que vivía bien, aunque sin braceros: era un campesino medio. Chóbot no pidió ninguna ayuda a la colonia, pero habló de Natasha.

- ¿Por qué hablas conmigo? -le dije yo-. Que decida ella misma...

Una semana más tarde volvió a mi despacho, ya alarmantemente agitado.

- Sin Natasha yo no puedo vivir. Hable usted con ella; convénzala de que venga conmigo.

- Escúchame, Chóbot, ¡qué hombre tan raro eres! Tú eres quien debe hablar con ella y no yo.

- Si usted le dice que venga conmigo, lo hará. Pero cuando hablo con ella, la cosa no sale bien.

- ¿Ella qué dice?

- No dice nada.

- ¿Cómo nada?

- No dice nada, llora.

Chóbot me miraba entre anhelante e inquieto. Quería ver el efecto que me había causado su información. Yo no oculté a Chóbot que mi impresión era penosa: - Eso está muy mal... Yo hablaré con ella.

Chóbot me miró con los ojos inyectados en sangre, miró a lo más íntimo de mi ser y me dijo con una voz ronca: - Hable con ella. Pero sepa usted que si Natasha no viene conmigo, me suicidaré.

- ¿Qué tonterías son ésas? -grité-. ¿Eres un hombre o un trapo? ¿Cómo no te da vergüenza?

Pero Chóbot no me dejó terminar. Se tiró sobre el banco y rompió a llorar de un modo indescriptiblemente triste y desesperanzado. Yo le contemplaba en silencio, con una mano puesta sobre su congestionada cabeza. Repentinamente se alzó de un salto, me agarró de los codos y comenzó a balbucear rápidamente cerca de mi rostro palabras que salían a borbotones y se atropellaban unas a otras:

- Perdóneme... Sé que estoy haciéndole sufrir... pero no puedo ya hacer nada... Yo soy así, usted lo ve y lo sabe todo... Me pondré de rodillas... ¡Sin Natasha no puedo vivir!

Hablé con él durante toda la noche, y en el transcurso de aquella noche sentí mi impotencia y mi debilidad. Le hablé de la gran vida, de los caminos luminosos, de la diversidad de la dicha humana, de planes y realidades, de que Natasha debía estudiar, de que tenía notables aptitudes, de que ella, a su vez, le ayudaría luego a él, de que no se la debía confinar en una lejana aldea, de que allí sucumbiría de tristeza, pero nada de eso llegaba a Chóbot. El muchacho escuchaba lúgubremente mis palabras y musitaba: - Soy capaz de hacer todo lo que haga falta para que venga conmigo...

Se fue igual de agitado, como un hombre que ha perdido la dirección y los frenos. A la noche siguiente llamé a Natasha. Escuchó mi breve pregunta estremeciendo tan sólo las pestañas, después alzó los ojos hasta mí y dijo con una voz nada cohibida, que parecía brillante de tan pura: - Chóbot me ha salvado... pero yo ahora quiero estudiar.

- Entonces, ¿no quieres casarte y marcharte con él?

- Quiero estudiar... Pero si usted me dice que me vaya, me iré.

Una vez más contemplé estos ojos claros y francos, quise preguntarle si conocía el estado de ánimo de Chóbot, pero -ignoro por qué no se lo pregunté- me limité a decirle: - Bueno, ve a dormir tranquila.

- Entonces, ¿puedo no irme? -me preguntó infantilmente, ladeando un poco la cabeza.

- No, no te irás; seguirás estudiando -contesté yo sombrío y pensativo, y ni siquiera me di cuenta de cómo salió Natasha del despacho.

Al día siguiente, por la mañana, vi a Chóbot. Estaba ante la entraba principal de la casa blanca y era evidente que me esperaba. Con un movimiento de cabeza le invité a entrar en el despacho. Mientras anduve manipulando con las llaves y los cajones de mi mesa, me observó en silencio y, de repente, me preguntó como si hablase para sí mismo: - Entonces, ¿Natasha no quiere ir?

Le miré y me di cuenta de que no sentía nada, aparte de la pérdida de Natasha. Apoyándose con un hombro en la puerta, Chóbot miraba fijamente el ángulo superior de la ventana y musitaba algo ininteligible. Yo le grité: - ¡Chóbot!...

Creo que ni siquiera me oyó. Se apartó de la puerta y, sin mirarme, salió silencioso y ligero, como un fantasma.

Yo no le perdía de vista. Después de comer ocupó su puesto en el destacamento mixto. Por la noche llamé a su jefe, Schnéider.

- ¿Qué tal Chóbot?

- No habla.

- ¿Cómo ha trabajado?

- El jefe del mixto, Nechitailo, dice que bien.

- No le pierdas de vista en unos cuantos días. Si notáis algo, comunicádmelo en seguida.

- Así lo haremos -dijo Schnéider.

Durante varios días Chóbot anduvo silencioso, pero iba a trabajar, se presentaba también en el comedor. Yo veía que evitaba a intento coincidir conmigo. En vísperas de la fiesta le encomendé personalmente a él en la orden que clavase las consignas en todos los edificios.

Preparó cuidadosamente la escalera y me pidió:

- Hágame un encargo de clavos.

- ¿Cuántos?

Miró el techo, movió los labios y me respondió:

- Creo que con un kilo será bastante...

Comprobé su trabajo. Cuidadosamente, a conciencia, igualaba los transparentes con las consignas y decía a su compañero de trabajo, subido a otra escalera: - ¡No, más arriba... más aún!... Bien. Clava.

A los colonos les gustaba prepararse para las fiestas, y, entre todas preferían la del Primero de Mayo por ser una fiesta primaveral. Sin embargo, aquel año el Primero de Mayo se nos presentaba de mal humor. El día anterior había llovido desde por la mañana. Escampaba media horita, pero de nuevo caía, igual que en el otoño, una lluvia fina y tenaz. En cambio, por la noche el cielo se llenó de estrellas, y sólo en el Oeste se extendía sombríamente un cardenal azul marino, que arrojaba sobre la colonia una sombra sucia y hostil. Los colonos corrían por la colonia para terminar, antes de la reunión, diversos asuntos: los trajes, el peluquero, el baño, la ropa. En la terracilla de la casa blanca -ya casi seca- los tambores limpiaban con tiza el cobre de sus instrumentos. Eran los héroes del día siguiente.

Nuestros tambores eran especiales. No tenían nada de común con los lastimosos profanos que producían una multitud desordenada de sonidos. No en vano los tambores de Gorki habían aprendido su arte durante medio año con los especialistas de los regimientos, y sólo Iván Ivánovich protestó entonces: - ¿Sabe usted? ¡Tienen un método terrible, terrible!

Con los ojos fijos de espanto, Iván Ivánovich me informó acerca de ese método, que consistía en una magnífica alteración, donde se hablaba de mujeres, de tabaco, de queso, de brea y de una palabra que no puede ser citada aquí, pero que también servía honradamente a la causa tamboril. Sin embargo, este terrible método cumplía bien sus funciones educadoras, y las marchas de nuestros tambores se distinguían por la belleza y la expresividad. Había varias: de campaña, de diana, en honor de la bandera, de desfile militar, y en cada una de ellas había originales vibraciones de trinos, staccatos exactos y secos, redobles ahogados y suaves, frases inesperadamente explosivas y travesuras coquetas y bailables. Nuestros tambores cumplían tan bien su trabajo, que incluso muchos inspectores del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, después de oírles, se veían, por fin, obligados a reconocer que no introducían en la educación social ninguna ideología particularmente hostil.

Por la noche, en la asamblea de los colonos comprobamos nuestra preparación para la fiesta, y sólo un detalle quedó sin aclarar por completo: si llovería o no al día siguiente. En broma proponíamos que constase en la orden: se invita a los responsables de la guardia a asegurar el buen tiempo. Yo afirmaba que llovería infaliblemente; de la misma opinión eran Kalina Ivánovich, Silanti y otros camaradas versados en lluvias. Pero los colonos rechazaban nuestras aprensiones y gritaban: - ¿Y si llueve, qué?

- Os mojaréis.

- ¿Es que somos de azúcar?

Tuve que recurrir a la votación: ¿ir o no a la ciudad si llovía desde por la mañana? En contra se alzaron tres manos, una de ellas la mía. En la reunión resonaron risas triunfales y alguien vociferó: - ¡Hemos ganado nosotros!

Después de oírles yo dije:

- Pues bien, ya que lo habéis decidido, iremos, aunque caigan piedras del cielo.

- ¡Aunque caigan! -gritó Lápot.

- Sólo que cuidado con gemir. Ahora estáis muy valientes, pero mañana encogeréis el rabo y chillaréis: ¡ay, qué frío! ¡ay, qué humedad!...

- ¿Cuándo hemos gemido nosotros?

- Entonces, ¿de acuerdo con no gemir?

- De acuerdo.

La mañana nos acogió con el cielo completamente gris y una lluvia pérfida y menuda, que arreciaba a veces, y entonces caía sobre la tierra como vertida por una regadera y luego empezaba de nuevo a chispear sin ruido. No había ninguna esperanza de sol.

En la casa blanca, los colonos me recibieron ya preparados para la marcha y examinaron minuciosamente la expresión de mi rostro, pero yo intencionadamente me había colocado una máscara de piedra, y muy pronto comenzó a resonar desde diversos sitios un irónico recuerdo: - ¡No gemir!

Enviado, por lo visto, como explorador, llegó el abanderado y me preguntó:

- ¿Llevo la bandera?

- ¿Y cómo vamos a ir sin bandera?

- Es que... como está lloviendo...

- Pero, ¿se puede llamar lluvia a esto? Llevadla enfundada hasta que lleguemos a la ciudad.

- A la orden -respondió dócilmente el abanderado.

A las siete se dio el toque de asamblea. La columna salió exactamente tal como establecía la orden. Hasta el centro de la ciudad había unos diez kilómetros, y a cada kilómetro apretaba la lluvia. En la plaza de la ciudad no encontramos a nadie: era evidente que la manifestación había sido suspendida. Emprendimos el regreso bajo una lluvia torrencial, pero ya todo nos era indiferente: todos estábamos empapados, y mis botas chorreaban agua como un cubo repleto. Hice detenerse a la columna y dije a los muchachos:

- Los tambores están mojados. Vamos a cantar. Os advierto que ciertas filas pierden la formación. Además, hay que llevar más erguida la cabeza.

Los colonos se echaron a reír. Por sus rostros corrían ríos enteros de agua.

- ¡De frente, march!...

Karabánov se puso a cantar:

¡Oh, compadre, compadre!

¡Qué vida perruna la tuya!

Pero las palabras de la cancioncilla parecieron a todos tan apropiadas a la situación, que también las recibieron a carcajadas. El segundo estribillo fue coreado por todos y llevado por las calles desiertas, inundadas de torrentes de lluvia.

Junto a mí, en la primera fila iba Chóbot. No cantaba y parecía no reparar en la lluvia; de un modo mecánico y obstinado miraba más allá de los tambores y no advertía mi tenaz atención.

Pasada la estación, permití que los muchachos fueran en columna de viaje. Lo malo era que a nadie le quedaba ni un pitillo seco, ni un puñado de majorka; por eso todos cayeron sobre mi petaca de cuero. Los muchachos me rodearon y recordaron con orgullo:
- A pesar de todo, no ha gemido nadie.

- Esperad un poco; en cuanto pasemos aquel recodo caerán piedras sobre nosotros. ¿Qué diréis entonces?

- Claro que las piedras son peor -dijo Lápot- , pero hay cosas todavía peores que las piedras. Una ametralladora, por ejemplo.

Antes de entrar en la colonia, formamos de nuevo y otra vez entonamos la canción, aunque la melodía era ya incapaz de dominar el creciente ruido del aguacero y los bramidos de los truenos, los primeros del año, inesperados y agradables, como si saludaran nuestro regreso.

En la colonia entramos con la cabeza orgullosamente erguida, a paso muy rápido. Como siempre, rendimos honores a la bandera, y sólo después de ello todos se dispusieron a salir corriendo para los dormitorios. Yo grité: - ¡Viva el Primero de Mayo! ¡Hurra!

Los muchachos lanzaron al aire sus gorras mojadas, vociferaron y, ya sin esperar la voz de mando, se lanzaron hacia mí. Me mantearon, y de mis botas fluyeron nuevos chorros de agua.

Una hora más tarde, fue clavada en el club una consigna más. En un enorme lienzo había escritas dos únicas palabras:

¡No gemir!

GENTE DIFÍCIL

Chóbot se ahorcó el 2 de mayo, por la noche.

Me despertó el destacamento de guardia. En cuanto oí los golpes en mi ventana, adiviné de qué se trataba. Junto a la cochera, a la luz de las linternas, los muchachos hacían la respiración artificial a Chóbot, al que acababan de quitar el nudo. Después de largos esfuerzos de Ekaterina Grigórievna y de los colonos, Chóbot recobró la respiración, pero no volvió en sí y murió al anochecer. Los médicos llegados de la ciudad nos explicaron que hubiera sido imposible salvar a Chóbot: se había ahorcado del balcón de la cochera; por lo visto, después de subirse al balcón y de ceñirse la soga al cuello, había saltado. Tenía rotas las vértebras cervicales.

Los muchachos acogieron con reserva el suicidio de Chóbot. Nadie manifestaba un dolor especial, y sólo Fedorenko comentó: - Lástima de cosaco. ¡Hubiera sido un buen jinete de la caballería de Budionny!

Pero Lápot respondió a Fedorenko:

- Le faltaba mucho a Chóbot para llegar a Budionny: vivió como un mujik y ha muerto como un mujik. De codicia ha muerto.

Kóval miraba con iracundo desprecio hacia el club, donde había sido colocado el féretro de Chóbot, se negó a formar en la guardia de honor y no asistió al entierro.

- ¡Yo mismo ahorcaría a tipos como Chóbot! ¡Qué nos importan a nosotros sus estúpidos dramas!

Solamente las muchachas lloraban, pero también Marusia Lévchenko se secaba los ojos de vez en cuando y decía rabiosamente: - ¡Qué imbécil, qué tarugo! ¡Vaya un marido! ¡Menuda suerte para Natasha! ¡Qué bien hizo en no irse con él! Como Chóbot hay muchos. ¡No va a andar una contentándoles a todos! ¡Anda y que se ahorquen todos los que quieran!

Natasha no lloraba. Cuando yo entré en el dormitorio de las muchachas, me miró con miedo y asombro y me preguntó en voz baja: - ¿Qué debo hacer ahora?

Marusia respondió por mí:

- ¿También tú quieres ahorcarte? Da las gracias a que ese tonto ha decidido quitarse de en medio, que, si no, te hubiera amargado toda la vida. ¡A quién se le ocurre preguntar: ¿qué hacer?! Cuando estés en el Rabfak, ya podrás meditar en ello...

Natasha levantó los ojos hacia la enfadada Marusia y se abrazó a ella.

- Bueno.

- Yo apadrinaré a Natasha -dijo Marusia, lanzándome una mirada brillante y retadora.

Yo, en broma, me incliné ante ella:

- Por favor, por favor, camarada Lévchenko. ¿Y puedo servirle yo de pareja?

- Sólo a condición de que no se ahorque. Porque ya ve usted cómo resultan a veces los padrinos. Que se vayan a paseo. Más disgustos que provecho.

- A la orden, no ahorcarse.

Natasha se separó de Marusia y sonrió a sus nuevos padrinos. Incluso sus mejillas se colorearon un poco.

- Vamos a desayunar, infeliz -dijo alegremente Marusia.

En ese sector, mi corazón quedó, más o menos, tranquilo. Al atardecer llegaron el juez de instrucción y María Kondrátievna. Conseguí que el juez no interrogara a Natasha. No hubiera sido necesario pedírselo: era un hombre inteligente. Después de levantar una breve acta, comió y se fue. María Kondrátievna se quedó para compartir nuestra tristeza. Ya avanzada la noche, cuando todos dormían, entró en mi despacho con Kalina Ivánovich y se dejó caer, fatigada, en el diván.

- ¡Son indignantes sus colonos! Ha muerto un camarada, y ellos se ríen a carcajadas y ese

Lápot suyo no para de hacer el tonto, igual que antes.

Al día siguiente, despedí a los rabfakianos. Camino de la estación, Vérshnev decía: - Los mu-muchachos n-no comprenden de qué se trata. Cuando un hombre de-decide m-morir, eso significa que la vi-vida es mala. Les paparece que es-es por N-natasha, pero no es por-por eso, sino por la vi-vida.

Belujin movió la cabeza:

- Nada de eso. Chóbot, de todas maneras, no tenía ninguna vida. No era un hombre, sino un esclavo. Le quitaron al señor, y entonces inventó a Natasha.

- Os pasáis de listos, muchachos -intervino Semión-. A mí eso no me gusta. ¿Se ha ahorcado una persona? Bueno, pues borradla de la lista. Hay que pensar en el día de mañana. Y yo le diré una cosa: lárguese de aquí con la colonia; si no, se ahorcarán todos.

De regreso, medité en los destinos de nuestra colonia. Ante mí se erguía en toda su magnitud la visión de una crisis terrible, en la que corrían el peligro de hundirse en un abismo valores indudables para mí, valores vivos, vitales, creados, como un milagro, por cinco años de trabajo de la colectividad, cuyas cualidades excepcionales ni siquiera por modestia quería ocultar ante mí mismo.

En una colectividad como la nuestra, la falta de claridad en las rutas personales no podía originar la crisis. Las rutas personales son siempre confusas. ¿Y qué es una ruta personal clara? Es la renuncia a la colectividad, es un espíritu pequeñoburgués concentrado: preocuparse, desde la más tierna edad, de algo tan fastidioso como el futuro pedazo de pan, como esa misma decantada calificación. ¿Calificación de qué? De carpinteros, de zapateros, de molineros. No, yo creo con firmeza que, para un muchacho de dieciséis años, la calificación más valiosa en nuestra vida soviética es la calificación de combatiente y de hombre.

Me imaginé la fuerza de la colectividad de los colonos y repentinamente comprendí en qué consistía la cuestión: naturalmente, ¡cómo había podido tardar tanto en darme cuenta! Todo consistía en el estancamiento. No se podía tolerar ningún estancamiento en la vida de la colectividad.

Me alegré como un niño: ¡qué encanto! ¡Qué magnífica, qué absorbente es la dialéctica! Una libre colectividad obrera no es capaz de estancarse. La ley universal del desarrollo general comenzaba únicamente ahora a poner de manifiesto su verdadera fuerza. La forma de existencia de una colectividad humana libre es el movimiento adelante; la forma de su muerte es el estancamiento.

Sí, nosotros habíamos permanecido casi dos años en el mismo sitio: los mismos campos, los mismos parterres, los mismos talleres y el mismo ciclo anual.

Me apresuré a llegar a la colonia para mirar a los ojos de los colonos y comprobar mi gran descubrimiento.

Junto a la terracilla de la casa blanca había dos coches de alquiler, y Lápot me recibió con esta noticia: - Ha venido una comisión de Járkov.

¡Qué bien! -pensé yo-. Ahora mismo resolveremos este asunto.

En mi despacho me aguardaban Liubov Savélievna Dzhurínskaia; una dama gruesa, con un vestido de color frambuesa oscuro, no muy limpio, ya no joven, pero con los ojos vivos y penetrantes, y un hombre de aspecto insignificante, medio pelirrojo, medio rubio, no se sabe si con barba o sin ella; llevaba unas gafas muy torcidas y no hacía más que enderezarlas con la mano que le dejaba libre la cartera.

Liubov Savélievna hizo un esfuerzo para sonreír afablemente mientras me presentaba a los demás:

- Aquí está el camarada Makárenko. Le presento a Varvara Víktorovna Bréguel y a Serguéi Vasílievich Chaikin.

¿Por qué no recibir en la colonia a Varvara Víktorovna Breguel, que era mi jefe inmediato superior? Pero ¿con qué motivo había venido también ese Chaikin? Había oído hablar de él: era un profesor de pedagogía. ¿No dirigiría alguna casa de niños?

Bréguel me dijo:

- Hemos venido especialmente para comprobar su método.

- Protesto enérgicamente -repuse-. No existe ningún método mío.

- En ese caso, ¿qué método sigue usted?

- Un método corriente, soviético.

Breguel sonrió aviesamente:

- Tal vez sea soviético, pero, en cualquier caso, no es corriente. A pesar de todo, hay que comprobarlo.

Empezó un diálogo de lo más desagradable, uno de esos diálogos en que la gente juega con los términos, profundamente convencida de que los términos determinan la realidad. Por ello me opuse: - De esa manera yo no seguiré hablando. Si ustedes lo desean, puedo hacerles un informe, pero les prevengo que no me llevará menos de tres horas.

Bréguel accedió. Inmediatamente nos sentamos, cerré el despacho y me dediqué a algo torturante: traducir a palabras las impresiones, las reflexiones, las dudas y las pruebas acumuladas en mí durante cinco años. Me parecía que hablaba con elocuencia, que encontraba expresiones exactas para conceptos muy delicados, que con el bisturí analítico ponía al desnudo con precaución y audacia regiones ignotas hasta entonces, que esbozaba las perspectivas del futuro y las dificultades del mañana. En cualquier caso, era sincero hasta más no poder, no respetaba ningún prejuicio y no tenía miedo a demostrar que en algunos lugares la teoría me parecía ya ajena y digna de lástima.

Dzhurínskaia me oía con el rostro encendido y radiante. Bréguel parecía haberse puesto una máscara. En cuanto a Chaikin, me ocupaba poco de él.

Cuando terminé, Breguel tamborileó en la mesa con sus gruesos dedos y dijo con un tono en que era difícil descifrar si hablaba con sinceridad o si se burlaba: - Bien... Francamente, es interesante, muy interesante, ¿verdad, Serguéi Vasílievich?

Chaikin probó a enderezar las gafas, se sumió en su block de notas y muy cortésmente, como corresponde a un hombre de ciencia, con toda clase de visajes galantes y con una mímica seudorrespetuosa, pronunció el siguiente discurso: - Está bien. Esto, claro está, debe ser dilucidado, pero... incluso ahora yo pondría en duda algunos de los teoremas, si es que podemos calificarlos así, que usted nos ha expuesto amablemente con tanto ardor, cosa que, claro está, pregona su convencimiento. Bien.

Nosotros, por ejemplo, sabíamos ya, y usted, sin embargo, lo ha pasado por alto, que ha organizado aquí una especie de concurrencia entre los educandos: el que hace más, es alabado; el que hace menos, es denigrado. Cuando han arado ustedes la tierra, ha habido una concurrencia semejante, ¿no es verdad? Me gustaría que me contestase usted a lo siguíente: ¿sabe usted que nosotros consideramos la concurrencia como un método profundamente burgués, ya que sustituye la relación directa a la cosa por una relación indirecta? Eso es lo primero. Segundo: usted da a los muchachos dinero para sus gastos menudos, cierto que para las fiestas, y no se lo da por igual a todos, sino, ¿cómo decirlo?, en proporción a los méritos. ¿No le parece a usted que así sustituye el estímulo interior por el estímulo exterior y, además, profundamente material? Sigamos: los castigos, como usted dice. Usted debe saber que el castigo educa al esclavo, y nosotros necesitamos personalidades libres, que no determinen sus actos por el miedo al palo o a otra medida de coacción, sino por estímulos interiores y por autoconciencia política...

Todavía me dijo muchas cosas ese Chaikin. Yo le escuchaba y recordaba el cuento de Chéjov en que se describe un asesinato con un pisapapeles; después pensaba que no era necesario matar a Chaikin, sino simplemente azotarle, pero no con una vara o con el knut del antiguo régimen zarista, sino con la correa vulgar y corriente que un obrero emplea para sujetarse los pantalones. Ideológicamente, eso estaría en la línea.

Bréguel me preguntó, interrumpiendo a Chaikin:

- ¿Por qué sonríe usted? ¿Acaso es cómico lo que dice el camarada Chaikin?

- ¡Oh, no! -respondí-. No es cómico...

- ¿Es triste, verdad? -sonrió también, por fin, Bréguel.

- No, ¿por qué? Tampoco es triste. Es vulgar...

Bréguel me miró con atención y, suspirando, bromeo:

- Le es a usted difícil tratar con nosotros, ¿verdad?

- No importa; estoy acostumbrado a la gente difícil. Suelo tenerla mucho más difícil.

Bréguel se echó de repente a reír.

- No hace usted más que bromear, camarada Makárenko -dijo, calmándose por fin-. Pero conteste algo a Serguéi Vasílievich.

Miré suplicante a Bréguel:

- Creo que el Consejo Científico de Pedagogía se ocupará también de estas cuestiones. Allí lo harán todo como es debido. Vale más que vayamos a comer.

- Bueno -dijo, un poco enfadada, Bréguel-. Pero contésteme ¿qué historia es ésa de la expulsión de un educando, de Oprishko?

- Por emborracharse.

- ¿Y dónde está ahora? ¿En la calle, naturalmente?

- No, vive aquí cerca, en casa de un kulak.

- Entonces, ¿qué? ¿Lo han entregado ustedes en patrocinio?

- Una cosa así -repuse sonriendo.

- ¿Vive allí? ¿Lo sabe usted bien?

- Sí, lo sé bien. Vive en casa de un kulak de la localidad, Lukashenko. Este alma caritativa patrocina ya a dos desamparados.

- Bueno, eso lo comprobaremos.

- Como ustedes gusten.

Fuimos a comer. Después de la comida, Bréguel y Chaikin quisieron convencerse de algo por sí mismos y yo me incliné ante Liubov Savélievna: - ¡Mi amado, mi querido Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública! Aquí estamos estrechos y, además, ya lo hemos hecho todo. Dentro de medio año nos habremos vuelto todos neurasténicos. ¡Denos algo grande, para que sintamos vértigo de trabajo! ¡Usted tiene mucho de todo! ¡Usted no tiene sólo principios!

Liubov Savélievna se echó a reír.

- Yo le comprendo a usted -dijo-. Eso podrá hacerse. Venga, vamos a hablar con más detalle. Pero espere, usted habla siempre del futuro. ¿Le molesta mucho esta revisión?

- ¡Oh, no! ¿Cómo podía ser de otro modo?

- Bueno, ¿y las conclusiones, todas esas preguntas de Chaikin no le preocupan?

- ¿Por qué? ¿Es que no va a tratar de ellas el Consejo Científico de Pedagogía? La preocupación será para él, no para mí...

Por la noche, Bréguel, al irse a dormir, me expuso sus impresiones:

- Tiene usted una colectividad maravillosa. Pero esto no significa nada. Sus métodos son terribles.

En el fondo del alma me alegré; menos mal que no sabía nada del aprendizaje de nuestros tambores.

- Buenas noches -dijo Bréguel-. ¡Ah! Tenga en cuenta que nadie piensa culparle de la muerte de Chóbot...

Me incliné ante ella con profunda gratitud.

ZAPOROZHIE

De nuevo llegó el verano. De nuevo, sin quedarse rezagados del sol, los destacamentos mixtos recorrieron campos, de nuevo volvieron a funcionar de vez en cuando los famosos destacamentos mixtos número cuatro, mandados, como siempre, por Burún.

Los rabfakianos llegaron a la colonia a mediados de junio y trajeron consigo, además de la alegría de haber pasado al segundo curso, a dos miembros más de la colonia, a Oxana y a Rajil, que, en su calidad de colonas, no tenían otro remedio que disfrutar sus vacaciones en la colonia. Y también llegó la muchacha de Chernígov, un ser de cejas negras y ojos negros hasta más no poder. La chernigoviana se llamaba Galia Podgórnaia. Semión la presentó en la asamblea general de los colonos y dijo: - Shurka escribió a la colonia que yo había perdido la cabeza por esta chernigoviana. No ha habido nada, palabra de komsomol. Pero lo importante es que Galia Podgórnaia no tiene, por decirlo así, ningún territorio donde pasar las vacaciones. Juzgadnos, camaradas colonos; decid quién tiene razón y quién es culpable.

Semión se sentó en la tierra: la reunión transcurría en el parque.

La chernigoviana examinaba, asombrada, nuestra sociedad de pies desnudos, de brazos desnudos y, en ciertas partes, también de barrigas desnudas. Lápot apretó los labios, entornó los ojos, dejando caer sus enormes párpados sin pestañas, y dijo con una voz ronca: - Dígame, por favor, camarada chernigoviana... eso... ¿cómo se llama?...

La chernigoviana y la asamblea aguzaron el oído.

- ... ¿sabe usted el Padrenuestro?

La chernigoviana sonrió, azorada, y, enrojeciendo, respondió con timidez:

- No lo sé...

- ¡Ah, no lo sabe! -Lápot apretó todavía más los labios y parpadeó otra vez- . ¿Y el Credo?

- No, tampoco lo sé...

- ¡Vaya, hombre! ¿Y puede usted cruzar a nado el Dniéper?

La chernigoviana miró, perpleja, en torno suyo:

- ¿Cómo decirles? Nado bien. Seguramente podría cruzarlo...

Lápot se volvió hacia la asamblea con esa expresión que suelen adoptar los tontos cuando se ponen a pensar intensamente en algo: inflando la cara, parpadeaba, levantaba un dedo, alzaba la nariz, todo ello sin la más leve insinuación de sonrisa: - Entonces, quedamos en que el Padrenuestro no lo sabe, del Credo ni palabra y el Dniéper puede cruzarlo. ¿O a lo mejor no puede?

- ¡Puede! -grita la asamblea.

- Bueno, ya que no el Dniéper, ¿puede cruzar el Kolomak?

- ¡Cruzará el Kolomak! -chillan los muchachos, riéndose a carcajadas.

- ¿Resulta que sirve para nuestra colonia de caballeros de Zaporozhie?

- Sirve.

- ¿En qué destacamento la incluimos?

- En el quinto.

- En tal caso, echadle arenita en la cabeza y llevadla al quinto. (31)

- Pero, ¿has perdido el juicio o qué? -grita Karabánov-. Si antes se echaba arenita únicamente a los atamanes...

- Y tú dime, cosaco -pregunta Lápot a Semión-. ¿Progresa la vida o no progresa?

- Progresa. ¿Y qué?

- Pues bien, antes se echaba arenita sólo a los atamanes, pero ahora se echa a todos.

- ¡Ah! -dice Karabánov-. ¡Bien hecho!

La idea del traslado a Zaporozhie había surgido en la colonia después de una carta de Dzhurínskaia, en la que nos comunicaba los vagos rumores que corrían acerca de la organización de una gran colonia infantil en la isla de Jórtitsa y de que el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública vería con agrado que el organizador central de esa colonia fuese la colonia Gorki.

El estudio detallado del proyecto no había comenzado aún. Dzhurínskaia contestaba a mis preguntas que no se debía esperar una rápida solución definitiva de este asunto, y a que todo eso estaba relacionado con el proyecto de construcción de la Dnieprogués. (32)

Nosotros no sabíamos exactamente lo que pasaba en Járkov, pero en la colonia pasaban muchas cosas. Era difícil decir con qué soñaban los colonos: con el Dniéper, con la isla, con los grandes campos, con alguna fábrica. A muchos les seducía la idea de tener nuestro barco propio. Lápot hacía rabiar a las muchachas, afirmando que en la isla de Jórtitsa, según las viejas reglas, no se admitía a las muchachas y que, por lo tanto, sería preciso construir algo para ellas en la orilla del Dniéper.

- Sin embargo, no os preocupéis -las consolaba luego-. Iremos a veros, pero nos ahorcaremos en la isla. Así estaréis más tranquilas.

Los rabfakianos participaban también en los sueños, acariciados en broma, de obtener en herencia la isla de los zaporogos y rendían tributo de buen grado al afán, todavía no extinto en ellos, de jugar. Durante las veladas nocturnas, la colonia entera se reía hasta saltársele las lágrimas, viendo en el patio amplias imitaciones de la vida de los zaporogos: para ello la mayoría de los colonos se aprendía como es debido el Tarás Bulba.(33) En esas imitaciones los muchachos eran inagotables. Unas veces, Karabánov aparecía en el patio con unos pantalones hechos de una cortina teatral y nos daba una conferencia acerca de cómo se debía hacer tales pantalones, para los que, según él, hacían falta ciento veinte varas de tela. Otras veces, se representaba en el patio la terrible ejecución de un zaporogo, acusado de robo por toda la comunidad.

(31) .- La Siech de Zaporozhie: organización autónoma de los cosacos ucranianos, existió del siglo XVI al XVII en la isla de Jórtitsa, en el Dniéper. Los colonos jugaban a cosacos de Zaporozhie y, en broma, imitaban las normas de vida de la Siech. En la Siech de Zaporozhie, representantes de todos los destacamentos elegían anualmente al atamán (jefe) de las tropas zaporogas. La elección se efectuaba de acuerdo con un ritual rigurosamente establecido. Los cosacos echaban arena sobre la cabeza del elegido.

(32) .- Central hidroeléctrica del Dniéper. (N. de la Edit.)

(33) .- Tarás Bulba: romántica novela histórica de Gógol que habla de la vida y hechos de armas de los zaporogos.

En este caso, los muchachos trataban, sobre todo, de conservar intacto el siguiente detalle legendario: la ejecución se efectuaba por medio de mazas, pero únicamente tenía derecho a golpear el que antes se bebía una jarra de aguardiente. Por falta de aguardiente para los colonos encargados de la ejecución, se ponía un enorme cántaro de agua, que hasta los mayores tragones de agua eran incapaces de beber. Otras veces, el cuarto destacamento mixto, al ir al trabajo, ofrecía a Burún la maza y el cetro de mando de hetman.(34) La maza era de calabaza y el bastón, de corteza, pero Burún estaba obligado a recibir respetuosamente esos atributos y a saludar en todas direcciones.

Así iba pasando el verano y, sin embargo, el proyecto del traslado a Zaporozhie no pasaba de ser un proyecto, y los muchachos se aburrían ya de jugar a él. En agosto se fueron los rabfakianos y se llevaron consigo a una nueva partida. Perdimos a cinco nuevos jefes, y la herida más sangrienta quedó en el lugar del jefe del segundo destacamento: a pesar de todo, se fue al Rabfak Antón Brátchenko, mi amigo más próximo y uno de los fundadores de la colonia Máximo Gorki. Se fue también Osadchi, por quien había pagado yo con un buen pedazo de mi vida. Había sido un bandido entre los bandidos, y se iba al Instituto Tecnológico de Járkov un muchacho esbelto y guapo, alto, discreto, que se distinguía por una fuerza y un valor especiales. Kóval decía refiriéndose a él: - ¡Qué komsomol es Osadchi! Da pena despedir a un komsomol semejante.

Era verdad: Osadchi había soportado sobre sus espaldas por espacio de dos años el complicadísimo trabajo de jefe del destacamento encargado del molino, trabajo lleno de interminables preocupaciones, de infinitas cuentas con las aldeas y los comités de campesinos pobres.

También se fue Gueórguievski, el hijo del gobernador de Irkutsk, que no había podido borrar esa mancha ignominiosa, aunque en los documentos oficiales de Gueórguievski rezaba: No recuerda a sus padres.

También se fueron Schnéider, el jefe del famoso destacamento octavo, y Marusia Lévchenko, jefe del quinto.

Despedimos a los rabfakianos y de repente nos dimos cuenta de cómo había rejuvenecido la sociedad de los gorkianos. Incluso en el Soviet de jefes se reunían ahora los pequeñuelos de hace poco: en el segundo destacamento estaba Vitka Bogoiavlenski, en el tercero Oprishko había sido reemplazado por Kostia Sharovski, en el quinto estaba Natasha Petrenko, en el noveno Mitka Zheveli, y sólo en el octavo había conseguido, por fin, el puesto de jefe el enorme Fedorenko. Después de tres años de mando, Gueórguievski cedió el destacamento de los pequeños a Toska Soloviov.

De nuevo enterramos la remolacha y la patata, rodeamos de paja las cocheras, limpiamos y guardamos las semillas para la primavera, y de nuevo salieron a arar el primero y el segundo destacamentos mixtos, pero esta vez ya sin concurrencia. Y sólo entonces recibimos de Járkov la propuesta oficial del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de ver en la región de Zaporozhie la finca de Popov.

(34) .- Imitación burlesca de las tradiciones de la Siech de Zaporozhie, el mazo y el cetro eran los atributos del hetman (jefe de los zaporogos).

La asamblea general de los colonos, después de escuchar mi informe y de hacer rodar el papelito del Comisariado por las manos de todos, comprendió en el acto que la cosa iba en serio. No en balde teníamos en nuestro poder otro papelito, en el que el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública rogaba al Comité Ejecutivo Regional de Zaporozhie que pusiera la finca de Popov a disposición de la colonia.

En aquel instante esos papelitos nos parecían la solución definitiva del asunto: lo único que nos faltaba por hacer era respirar a nuestras anchas, olvidar las interminables conversaciones acerca de las diversas haciendas vacías, de las colonias fracasadas, de los monasterios que aún no habían muerto y de los nidos de terratenientes que aún no habían recobrado la vida, poner punto final a los sueños relacionados con la isla de Jórtitsa, hacer las maletas y marcharnos.

Para conocer y tomar posesión de la finca de Popov salimos Mitka Zheveli, elegido por la asamblea general, y yo. Mitka tenía ya quince años. Hacía tiempo que sobresalía notablemente entre los pequeños, había pasado la difícil prueba de jefe de destacamento mixto, hacía ya más de un año que era komsomol, y en el último tiempo había sido promovido merecidamente al puesto responsable de jefe del noveno destacamento. Mitka era el representante de una nueva formación de gorkianos: a los quince años poseía una gran experiencia administrativa, un talle flexible y la habilidad de un buen organizador, contaminándose, al mismo tiempo, de muchos hábitos de la experta generación adulta. Desde el primer día, Mitka había sido amigo de Karabánov, y parecía haber heredado de él los ojos negros y ardientes y los movimientos bellos y enérgicos, pero, al mismo tiempo, Mitka se diferenciaba sensiblemente de Semión, aunque no fuera más que por el hecho de que, a los quince años, Mitka estaba ya en el quinto grado de la escuela.

Mitka y yo salimos un día frío, despejado, sin nieve, de finales de noviembre, y veinticuatro horas más tarde estábamos ya en Zaporozhie. En nuestra inexperiencia nos imaginábamos que la nueva era feliz de la colonia de trabajo Gorki comenzaría aproximadamente así: el presidente del Comité Ejecutivo Regional, un hombre con el rostro agradable de un revolucionario, nos recibiría afablemente, se alegraría al vernos y nos diría: - ¿La finca de Popov? ¿Para la colonia Gorki? ¡Cómo no, cómo no, ya lo sé! ¡Por favor, por favor! Aquí tienen la orden de entrega. Vayan ustedes y tomen posesión.

Lo único que nos quedaría por hacer después, sería averiguar el camino para ir a la finca y volver corriendo a la colonia con la invitación: - ¡Preparaos de prisa, de prisa!...

No poníamos en duda que nos gustaría la finca de Popov. La propia Bréguel, mujer severa, nos había dicho a Mitka y a mí cuando la saludamos en Járkov, en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública: - ¿La finca de Popov? ¡Precisamente lo que necesita Makárenko! Ese Popov era un poco excéntrico. Construyó allí muchas cosas... ya lo verán. Es una buena finca, y les gustará.

Dzhurínskaia decía también:

- Es un lugar bueno, rico y bello. Parece hecho especialmente para una colonia infantil.

Y, a su vez, María Kondrátievna confirmó:

- ¡Es un encanto!

Ya el simple hecho de que todos conocieran la finca, tenía gran importancia, y tanto Mitka como yo nos sentíamos fatalistas: el destino había preparado especialmente esa propiedad para los gorkianos.

Sin embargo, de todas nuestras esperanzas la única fundada resultó una: el rostro del presidente del Comité Ejecutivo Regional era, efectivamente, simpático y revolucionario. Todo lo demás -sobre todo su discurso- fue distinto a como pensábamos nosotros.

Después de leer el papelito del Comisariado de Instrucción Pública, el presidente exclamó:

- ¡Pero si hay allí una comuna campesina! ¿Y qué es eso de la colonia Gorki?

Nos miraba con franca curiosidad a Mitka y a mí, y me parece que Mitka le gustó más que yo, porque sonrió al ver el recelo que expresaban los ojos negros de Mitka y preguntó: - Entonces, ¿muchachos como éste son los que van a organizar aquello?

Mitka enrojeció decididamente y empezó a insolentarse:

- ¿Es que nosotros somos muchachos de poca monta? Seguramente no lo haremos peor que sus mujiks.

Después de pronunciar esas palabras, Mitka se sonrojó todavía más y el presidente sonrió más aún y reconoció con franqueza: - ¿A quién llama usted mujiks? ¿A los campesinos? Sí, efectivamente, los campesinos lo hacen mal. Pero se debe tener en cuenta que hay allí mil quinientas hectáreas. Este asunto rebasa la competencia del Comité Ejecutivo Regional. Tendrán ustedes que librar la batalla en el Comisariado del Pueblo de Agricultura...

Mirando al presidente, Mitka entornó con desconfianza los ojos:

- ¿Ha dicho usted que se sale... cómo es... compencia? ¿Qué significa eso?

- Resulta que yo entiendo mejor su lenguaje que usted el mío... Pero, bueno, su director le explicará lo que es competencia. ¿Y qué puedo hacer yo? Les daré un coche, vayan y vean la finca. Y, de paso, hablen con la comuna; tal vez lleguen a un acuerdo. Pero el asunto tendrán que decidirlo en Járkov, en el Comisariado del Pueblo de Agricultura.

Sonriendo, el presidente estrechó la mano a Mitka:

- Si todos sus muchachos son como éste, les apoyaré.

Mitka y yo visitamos la finca de Popov, y su belleza nos cautivó.

En el extremo del famoso Veliki Lug, parece que en el mismo sitio donde estuvo la jata de Tarás Bulba, en el ángulo entre el Dniéper y el Kara-Chekrak, se extendían, de pronto, en la estepa unas largas colinas. Entre ellas, el Kara-Chekrak, como una flecha enhiesta, corría al Dniéper; ni siquiera parecía un río, sino más bien un canal, y en su abrupta ribera se alzaba una maravilla. Altos muros almenados, tras ellos palacios de techos puntiagudos y redondos, entremezclados en fabulosa fantasía. En algunas torres todavía se agitaban las veletas, pero las ventanas nos miraban con sus huecos negros y vacíos, y en ello había una profunda contradicción con el vivo barroquismo de la fantasía morisca o árabe.

Por la puerta de un torreón afiligranado de dos pisos, entramos en un enorme patio recubierto de losas cuadradas. Entre las losas, manchadas por las vacas, los cerdos y las cabras, sobresalían con lúgubre insolencia unos tallos secos de abrojos, que la helada hacía tiritar.

Entramos en el primer palacio. En él no había ya nada, a excepción de las corrientes de aire y del olor a cal, y en el vestíbulo yacía, tirada en un montón de escombros, una Venus de Milo de yeso, no sólo sin brazos, sino incluso sin piernas. En otros palacios, lo mismo de altos y de elegantes, también olía intensamente aún a revolución. Con la mirada experta de un restaurador, yo calculaba cuánto nos costaría la reparación de todo aquello. En realidad, la cosa no era terrible: ventanas, puertas, arreglo del piso, revoco de las paredes. La Venus podía quedar sin reparación; las escaleras, las estufas, el techo estaban enteros.

Mitka era menos prosaico que yo. Ningún destrozo podía apagar su entusiasmo estético.

Vagaba por las salas, los torreones, los pasillos, los patios pequeños y grandes, y se extasiaba: - ¡Oh, qué maravilla! ¡Pero mire! ¡Esto es formidable, palabra de honor! ¡Qué sitio tan bueno, Antón Semiónovich! ¡Qué contentos van a ponerse los muchachos! ¡Qué bonito! ¿Y cuántos muchachos se podrá instalar aquí? ¿Mil seguramente?

Según mis cálculos, se podía instalar a unos ochocientos muchachos.

- ¿Y podremos con ellos? Ochocientos que vendrán, probablemente, de la calle. Y todos nuestros jefes están en el Rabfak...

No había tiempo de pensar en si podríamos o no. Seguimos recorriendo la finca. Del patio posterior disponía la comuna y disponía de manera detestable. Una cochera interminable estaba llena de basura, y en medio de esa basura, amontonada hacía tiempo, sin ninguna paja, se podía ver, aquí y allá, los clásicos jamelgos de huesos salientes y traseros sucios, muchos de ellos sarnosos. La enorme porqueriza estaba toda agujereada, había pocos cerdos y los que había eran malos. En los montículos helados del patio yacían abandonados carros, sembradoras, ruedas, piezas sueltas, y sobre todo ello, como un barniz, una soledad salvaje.

Sólo en la porqueriza un viejo reumático de barba sucia salió a nuestro encuentro y nos dijo:

- Si tienen que ir a la oficina, vayan a aquella jata.

- ¿Y dónde están vuestros cerdos? -preguntó Mitka.

- ¿Cómo dice?... ¡Ah!... ¿Los cerdos?

El abuelo se balanceó un poco, se llevó los dedos transparentes a los bigotes y miró en torno suyo. Se veía que la pregunta de Mitka era superior a las aptitudes diplomáticas del abuelo.

Pero con un valeroso ademán sacudió la mano:

- Se los han... comido los canallas, se los han comido los sinvergüenzas...

- ¿Quiénes?

- ¿Quiénes van a ser? Los nuestros... la misma comuna.

- ¡Pero si usted, abuelito, también es de la comuna!

- ¡Je, je! Yo, amiguito, estoy en la comuna como gallina en corral ajeno. Ahora el que sabe chillar es el que manda. Y al abuelo no le han dado tocino. ¿Y ustedes a qué vienen?

- A tratar un asunto.

- ¡Ah, a tratar un asunto!... Pues, si es para eso, vayan allí. Están reunidos... Reunidos, ¿cómo no?... No hacen más que reunirse... y aquí...

El abuelo, por lo visto, tomaba impulso para explayarse en mayores sinceridades, pero nosotros no teníamos tiempo.

En una estrecha oficina sobre agonizantes sillas señoriales, se celebraba, efectivamente, una reunión. A través del humo de la majorka costaba trabajo discernir cuánta gente había, pero el ruido que armaban correspondía a unas veinte personas. Desgraciadamente, no pudimos conocer el orden del día, porque en cuanto entramos, un hombre de barba oscura y rizosa, con unos ojos tiernos y redondos de doncella, nos preguntó: - ¿Quiénes sois?

Comenzó un diálogo, al principio frío y oficial, después apasionado y hostil, y sólo dos horas después simplemente práctico.

Era evidente que yo me había equivocado. La comuna estaba enferma de gravedad, pero no se disponía a fenecer y, al descubrir en nosotros a los inoportunos sepultureros, se indignó y, concentrando sus últimas fuerzas, puso de manifiesto su afán de vivir.

Una sola cosa estaba clara: mil quinientas hectáreas eran demasiado para la comuna. En este exceso de riqueza residía una de las causas de su indigencia. Acordamos con facilidad el reparto de las tierras. Con facilidad todavía mayor accedió la comuna a entregarnos los palacios, las almenas y los torreones con la Venus de Milo. Pero cuando llegó el turno al patio en que estaban los cobertizos y los depósitos, se inflamaron las pasiones tanto entre los miembros de la comuna como entre nosotros. Mitka ni siquiera pudo mantenerse en la línea de la discusión y pasó al ataque personal: - ¿Y por qué tenéis todavía la remolacha en el campo?

Y el presidente respondió:

- ¡Eres demasiado joven para pedirme cuentas de la remolacha!

Sólo ya avanzada la noche nos pusimos también de acuerdo en este punto. Mitka dijo:

- ¿Pero por qué estamos discutiendo como asnos? Podemos dividir el patio con un muro.

Y así lo decidimos.

No recuerdo por qué procedimiento llegamos a la colonia Gorki, pero debió ser en una especie de alas. Nuestro relato en la asamblea general fue acogido con una ovación inaudita. Mitka y yo fuimos manteados, faltó poco para que me rompieran las gafas, y a Mitka le rompieron, efectivamente, algo, no sé si la frente o la nariz.

En la colonia se inició una era realmente dichosa. Durante tres meses los colonos vivieron de planes. Bréguel me reprochó un día que pasó por la colonia: - ¿Makárenko, a quiénes está educando usted? ¿A soñadores?

Aunque fuera a soñadores. La palabra sueño no me entusiasma. Efectivamente, huele a sentimentalismo o tal vez a algo peor. Pero hay sueños y sueños: una cosa es soñar con un caballero jinete en blanco corcel y otra cosa soñar con ochocientos niños en una colonia infantil. Cuando vivíamos en estrechos cuartuchos, ¿acaso no soñábamos con habitaciones altas y llenas de luz? Al envolvernos los pies en trapos, soñábamos con calzado humano.

Soñábamos con el Rabfak, con el Komsomol, con el Molodiéts, con un rebaño de raza. Cuando un día traje en un saco dos lechones de raza inglesa, uno de estos

soñadores, el pequeño y melenudo Vañka Shelaputin, sentado sobre sus manos en un alto banco, dijo, balanceando las piernas y contemplando el techo:

- Esos son únicamente dos lechones. Pero después nos darán otros tantos y éstos, otros tantos... y dentro de cinco años tendremos cien cerdos. ¡Jo, jo! ¡Ja, ja! ¡Oyes, Toska, cien cerdos!

Y tanto el soñador como Toska se rieron de una manera desusada, sofocando las conversaciones serias en mi despacho. Pero hoy tenemos más de trescientos cerdos, y nadie se acuerda de cómo entonces soñaba Shelaputin.

Tal vez la diferencia principal entre nuestro sistema de educación y el sistema burgués resida, precisamente, en que en nuestro país una colectividad infantil debe, sin falta, crecer y enriquecerse, debe ver por delante un futuro mejor y tender a él en una alegre tensión de todos sus componentes, en un sueño optimista y tenaz. Tal vez en ello radique la verdadera dialéctica de la pedagogía.

Por eso yo no ponía ningún freno a los sueños de los colonos y, en común con ellos, me metía a veces quizá en demasiadas honduras. Pero aquélla fue una época muy feliz en la colonia, y todos mis amigos la recuerdan con alegría. También Máximo Gorki, al que informábamos detalladamente de los asuntos de la colonia, compartía nuestros sueños.

En la colonia sólo unas cuantas personas no sentían alegría ni soñaban. Una de ellas era Kalina Ivánovich. Tenía joven el alma, pero resulta que, para soñar, el alma no es suficiente. El propio Kalina Ivánovich lo explicaba así: - ¿Tú has visto cómo un buen caballo tiene miedo al auto? Eso es porque el parásito quiere vivir, pero un carcamal cualquiera no tiene miedo no ya a un auto, sino ni siquiera al diablo, porque todo le es igual, lo mismo si es pan que si son tortas, como suele decirse...

Yo trataba de convencerle de que nos acompañara a Zaporozhie, y los muchachos se lo suplicaban también, pero Kalina Ivánovich seguía firme en sus trece: - Yo ahora no tengo ya miedo a nada, y parásitos semejantes no os hacen falta. He vivido algún tiempo con vosotros, ya está bien. Ahora me retiraré a vivir de la pensión: bajo el Poder soviético viven bien los holgazanes, los viejos chochos.

También los Osipov declararon que no irían a ninguna parte con la colonia. Ya habían experimentado bastantes emociones fuertes.

- Somos gente modesta -decía Natalia Márkovna-. Ni siquiera comprendemos qué falta le hacen a usted esos ochocientos niños. Fracasará usted en esta empresa, Antón Semiónovich, palabra de honor.

En respuesta a esa declaración, yo declamé Cantamos a la temeridad de los valientes.

Los muchachos aplaudían y se reían, pero era imposible turbar de ese modo a los Osipov. Sin embargo, Silanti me consolaba: - Pues que se queden aquí. A ti, Antón Semiónovich, te gusta, como se dice, enganchar a todos a coches de carreras. La vaca, sabes, no sirve para una cosa así, y tú no quieres dejarla en paz. Fíjate qué historia.

- ¿Y a ti se te puede enganchar, Silanti Semiónovich?

- ¿Dónde?

- ¡Pues al coche de carreras!

- A mí, ¿sabes?, puedes engancharme a donde se te antoje, hasta a la silla de Budionny.

¿Comprendes? Los muy canallas me querían dejar sólo para traer agua. ¡Y no se han dado cuenta los miserables de lo animoso que es el caballo!

Silanti erguía la cabeza y golpeaba el suelo con el pie, añadiendo un poco retrasado:

- ¡Fíjate qué historia!

El hecho de que casi todos los educadores, y Silanti, y Kósir, y Elísov, y el herrero Godanóvich, y todas las lavanderas y cocineras, y hasta los trabajadores del molino decidieran irse con nosotros infundió a este traslado seguridad y cierto aire de familia.

Mientras tanto, en Járkov los asuntos marchaban mal. Yo iba allí con frecuencia. El Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública nos apoyaba calurosamente. Hasta Bréguel se contaminó de nuestros sueños, aunque en aquel período no me llamaba más que Don Quijote de Zaporozhie.

Hasta el Comisariado del Pueblo de Agricultura, aunque confundiendo siempre desdeñosamente nuestro nombre -unas veces la colonia Gorki, otras veces la colonia Korolenko, otras veces la colonia Shevchenko-, transigió: llevaos las ochocientas desiatinas y la finca de Popov, pero dejadnos en paz.

Nuestros enemigos no estaban en el frente de combate, sino en una emboscada. Yo choqué con ellos en un ardiente ataque, imaginándome que éste sería mi último golpe triunfal, después del cual me quedaría tan sólo cantar victoria. Sin embargo, para hacer frente a mi ataque salió de entre los matorrales un hombrecillo pequeño, con una chaqueta corta. Pronunció sólo unas palabras, y yo quedé destrozado por completo y retrocedí vertiginosamente, abandonando cañones y banderas y desbaratando las filas de los colonos, ya lanzadas a toda marcha.

- El Comisariado del Pueblo de Hacienda no puede acceder a este negocio: dar treinta mil rublos para la reparación de un palacio que no le hace falta a nadie, mientras que sus casas de niños están en ruinas.

- Pero si no es solamente para la reparación. En el presupuesto entran también las herramientas y el traslado.

- ¡Ya lo sabemos, ya lo sabemos! Ochocientas desiatinas, ochocientos niños desamparados y ochocientas vacas. Ha terminado la época de semejantes negocios. Hay que ver cuántos millones hemos dado al Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y, sin embargo, no se ha conseguido nada: lo robarán todo, lo romperán y se dispersarán.

Y el hombrecillo puso el pie sobre el pecho de nuestro hermoso y vivo sueño, tan inesperadamente derrumbado. Y por mucho que el sueño llorase bajo este pie, por mucho que tratara de probar que era un sueño de los gorkianos, nada le ayudó: dejó de existir.

Y heme aquí, apesadumbrado, de regreso a la casa, recordando febrilmente que en nuestra escuela se está estudiando el tema: Nuestra hacienda de Zaporozhie. Shere había visitado dos veces la finca de Popov y había comunicado a los colonos un plan económico compuesto por él, un plan todo refulgente de diamantes, de perlas, de rubíes, en el que brillaban, resplandecían, deslumbraban tractores, cientos de vacas, millares de cabras, varios centenares de miles de aves, la exportación de mantequilla y de huevos a Inglaterra, incubadoras, desnatadoras, jardines.

Todavía la semana pasada, yo, lo mismo que ahora, regresaba de Járkov y los muchachos me recibían excitados, me sacaban del coche y vociferaban: - ¡Antón Semiónovich! ¡Antón Semiónovich! Zorka tiene un potrillo. ¡Venga usted a verlo!

¡Ahora mismo!...

Me arrastraron a la cochera y allí rodearon a un potrillo dorado, todavía húmedo y tembloroso.

Sonreían en silencio y sólo uno dijo como para sí mismo:

- Lo hemos llamado Zaporozhets...

¡Queridos pequeños míos! No iréis tras el arado en Veliki Lug, no residiréis en un palacio fabuloso, no tocarán vuestros tambores la diana desde lo alto de los torreones moros y en vano habéis dado al potrillo dorado el nombre de Zaporozhets.

CÓMO HAY QUE CONTAR

El golpe asestado por el hombrecillo del Comisariado del Pueblo de Hacienda resultó un golpe duro. Se oprimió el corazón de los colonos, sonrieron y relincharon los enemigos y yo me desorienté profundamente. Pero a nadie se le ocurría ya pensar que podíamos seguir a orillas del Kolomak. Y también en el Comisariado de Instrucción Pública sentían dócilmente nuestra resistencia, y la cuestión ante ellos se planteaba sólo de una forma: ¿a dónde ir?

Por eso, los meses de febrero y marzo de 1926 fueron de un contenido muy complejo. El fracaso del traslado a Zaporozhie apagó los últimos destellos de nuestra esperanza jubilosa y triunfal, pero en su lugar quedó en la colonia una obstinada seguridad. No pasaba semana sin que en asamblea general de los colonos se discutiera alguna nueva propuesta. En las anchurosas estepas de Ucrania había aún muchos sitios no ocupados por nadie u ocupados por malos administradores. Uno tras otro iban proponiéndolos nuestros amigos del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, las organizaciones del Komsomol, viejos vecinos y lejanos conocidos que trabajaban en organismos económicos. Shere, los muchachos y yo recorrimos muchas carreteras y muchos caminos y senderos en aquel tiempo, en tren, en coche, a lomos del Molodiéts o de diferentes caballos y jamelgos del transporte local.

Sin embargo, los exploradores no traían a la colonia más que cansancio: en las asambleas generales los colonos les escuchaban con frío practicismo, y, disponiéndose ya a volver a sus obligaciones, los muchachos lanzaban al informante la primera pregunta embarazosa: - ¿Y cuántos caben allí? ¿Ciento veinte? ¡Qué absurdo!

- ¿Y dónde está? ¿En Piriatin? ¡Ni hablar!

Y los propios informantes se alegraban de ese desenlace, porque lo que más temían en el fondo de su alma era que la asamblea se dejara seducir por algo.

Así desfilaron ante nuestros ojos la finca de Staritski en Valki, el monasterio de Piriatin y el de Lubni, los palacios de los príncipes Kochubéi en Dikanka y otras porquerías por el estilo.

Se nos seguía ofreciendo sitios, pero eran rechazados sin que mereciesen siquiera un reconocimiento. Uno de estos sitios era Kuriazh, una colonia infantil a dos pasos de Járkov, en la que había cuatrocientos muchachos, según rumores, completamente relajados. La imagen de una institución infantil relajada nos era tan repulsiva, que la idea de Kuriazh no cobraba más que la forma de burbujas menudas y enclenques, que estallaban en el momento mismo de su aparición.

Un día, durante un nuevo viaje a Járkov, asistí casualmente a una reunión del Comité de Ayuda a la Infancia. Se examinaba el problema de la colonia de Kuriazh, que dependía de esa organización. El inspector del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, Yúriev, hablaba, seco e irritado, de la situación en la colonia, concretaba y acortaba las expresiones, y por ello parecían más indignantes y estúpidos los asuntos de la colonia. Cuarenta educadores y cuatrocientos educandos le parecían al oyente, a través de centenares de anécdotas humillantes para el hombre, la invención de algún miserable

degenerado, misántropo y corrompido. Yo sentía ganas de golpear la mesa con el puño y de gritar: ¡No puede ser! ¡Es una calumnia!

Sin embargo, Yúriev parecía un hombre respetable, y, a través de su seca cortesía de informante, se sentía netamente la vieja tristeza asentada en el Comisariado de Instrucción Pública, de la que yo podía dudar menos que nadie. Yúriev, avergonzado de mi presencia, me miraba a veces con la expresión de un hombre que tiene algún deterioro en el traje. Después de la reunión, se acercó a mí y me dijo francamente: - Palabra de honor, me daba no sé qué hablar de todas estas porquerías delante de usted. La gente dice que en su colonia, si un muchacho llega con cinco minutos de retraso a la comida, usted le arresta y le deja veinticuatro horas a pan y agua y él sonríe y dice : A la orden.

- No es del todo así. Si yo practicara un método tan afortunado, usted tendría que informar acerca de la colonia Gorki por el estilo de su informe de hoy.

Yúriev y yo empezamos a hablar, discutimos. Me invitó a almorzar, y, durante el almuerzo, me propuso: - ¿Sabe usted una cosa? ¿ Por qué no se queda con Kuriazh?

- ¿Y qué hay allí de notable? Y, además, aquello está lleno.

- ¿Cómo lleno? Dejaremos libres para usted ciento veinte plazas.

- No me seduce la cosa. Es un trabajo ingrato. Y, además, no me dejarán ustedes actuar...

- Le dejaremos. ¿Por qué nos tiene tanto miedo? Le daremos carta blanca: haga usted lo que se le antoje. Ese Kuriazh es un horror. Imagínese usted: a dos pasos de la capital semejante guarida de bandidos. Usted me ha oído. ¡Son salteadores de caminos! Sólo en la propia colonia han desvalijado por valor de dieciocho mil rublos en cuatro meses.

- Entonces hay que echar de allí a todo el personal.

- No, ¿por qué?... Allí hay magníficos elementos.

- En tales casos yo soy partidario de la asepsia total.

- Bueno, échelos, échelos...

- Aunque no; no iremos a Kuriazh.

- ¡Pero si usted no lo ha visto todavía!

- No, no lo he visto.

- ¿Sabe usted una cosa? Quédese aquí hasta mañana. Llamaremos a Jalabuda e iremos a ver la colonia.

Accedí. Al día siguiente fuimos los tres a Kuriazh. Yo me puse en camino sin presentir que iba a elegir una tumba para mi colonia.

Con nosotros iba Sídor Kárpovich Jalabuda, presidente del Comité de Ayuda a la Infancia.

Presidía honradamente esta institución, que entonces se componía de casas y colonias infantiles malas y relajadas, tiendas de comestibles, cinematógrafos, almacenes de muebles de mimbre, jardines de recreo, ruletas y contadurías. Sídor Kárpovich estaba rodeado de parásitos: comerciantes, comisionistas, crupiers, charlatanes, bribones, sinvergüenzas, malversadores, y yo sentía ardientes deseos de regalarle una gran botella de líquido desinfectante. Hacía ya mucho tiempo que Jalabuda estaba aturdido por consideraciones de diversa índole que le sugerían desde todas partes -consideraciones económicas, pedagógicas, sicológicas etc., etc.-, y por ello hacía también mucho tiempo

que había perdido la esperanza de comprender la razón de que en sus colonias hubiera miseria, desbandada general, robos y granujería. Había aceptado sumisamente la realidad, creía de todo corazón que el niño desamparado era la suma de los siete pecados capitales, y de su antigua bonachonería conservaba tan sólo la fe en un futuro mejor y en el centeno.

Yo descubrí más tarde ese último rasgo de su carácter, pero ahora, yendo en el auto, escuchaba sin ninguna sospecha sus razonamientos: - Es necesario que la gente tenga centeno. Si la gente tiene centeno, no hay miedo a nada.

¿Qué sacas tú enseñándole a leer a Gógol si no tiene pan? Tú dale pan y después el libro... Y esos bandidos no saben sembrar centeno, pero robar sí que saben...

- ¿Es mala gente?

- ¿Ellos? ¡Menuda gente! Me dicen: dame cinco rublos, Sídor Kárpovich; tengo ganas de fumar.

Yo, naturalmente, se los di, y una semana más tarde, me dicen otra vez: Sídor Kárpovich, dame cinco rublos. Yo le digo: pero ¡si ya te los he dado! Y él responde: me diste para tabaco; ahora dame para vodka...

Después de recorrer unos seis kilómetros por un camino arenoso y aburrido, subimos una pendiente y entramos por las puertas desvencijadas de un monasterio. En medio de un patio redondo, veíase la mole informe de un templo antiguo, aunque horrible, tras él algo de tres pisos y, por los alrededores, varios pabellones largos y bajos, apuntalados por pequeñas terracillas semiderruidas. Algo aparte, casi en el borde del talud, había un hotel de dos pisos, todo de madera, en período de reconstrucción. Por rincones y esquinas se habían agazapado casitas, cobertizos, cocinas, toda una serie de porquerías, hechas no se sabía de qué y acumuladas en el curso de trescientos años de rezos. Ante todo, me sorprendió el olor que dominaba en la colonia. Era una mezcla compleja de olor a retretes, a sopa, a estiércol y a... incienso. En la iglesia se oficiaba, y, acurrucadas en los peldaños de la escalinata que daba acceso al templo, había unas viejas sarmentosas y antipáticas que recordaban probablemente los felices tiempos en que había a quién pedir limosna. Pero no se veía a los colonos.

El director de la colonia, un hombre gris y arrugado, contempló con angustia nuestro Fiat, golpeó con la mano en una aleta del coche y nos llevó a ver la colonia. Se veía que estaba ya acostumbrado a mostrarla no para recibir plácemes, sino para ser amonestado, y conocía perfectamente las estaciones de su calvario.

- Aquí están los dormitorios de la primera colectividad -dijo pasando por un sitio donde antes había una puerta y ahora se veía solamente su marco; ni siquiera habían quedado las jambas.

Con la misma facilidad atravesamos también el segundo umbral y torcimos por el pasillo, a la izquierda. Sólo entonces comprendí que aquel pasillo no estaba separado por nada del aire, que algún día había sido puro. Esto se demostraba, entre otras cosas, por los montoncitos de nieve traídos por el viento y cubiertos ya de polvo.

- ¿Qué es esto? ¿No tenéis puertas? -pregunté.

El director nos demostró trabajosamente que en otro tiempo había sabido sonreír y continuó andando. Yúriev dijo en voz alta: - Las puertas ardieron hace ya mucho tiempo.

¡Y si no fuesen más que las puertas! Ahora están arrancando y quemando el piso, también han quemado los cobertizos de los depósitos y hasta una parte de los carros.

- ¿Y la leña?

- ¡Cualquiera sabe por qué no tienen leña! Se les ha dado dinero para comprarla.

Jalabuda se sonó y dijo:

- Seguramente todavía ahora hay leña. No quieren serrarla y partirla, y no tenemos dinero para pagar a alguien. Los muy canallas tienen leña... No sabe usted qué gente son. ¡Verdaderos bandidos!...

Por fin, llegamos a una puerta cerrada de verdad, que daba paso a un dormitorio. Jalabuda pegó un puntapié contra ella, y la puerta quedó pendiente en el acto de un solo gozne en la parte inferior, amenazando con caer sobre nuestras cabezas. Jalabuda sujetó la puerta con una mano y se echó a reír: - ¡Ah, no, bruja del diablo, ya te conozco bien!...

Entramos en el dormitorio. En unas camas rotas y sucias estaban sentados sobre montones de trapos informes, dignos de ser arrojados a la basura, unos auténticos niños desamparados en toda su magnificiencia; envolviéndose en unos andrajos parecidos, trataban de entrar en calor. Junto a una estufa medio rota, dos muchachos partían a hachazos una tabla, pintada, al parecer, recientemente, de amarillo. En los rincones y hasta en medio de la habitación había porquería. Aquí dominaba el mismo olor que en el patio, salvo el incienso.

Los muchachos nos seguían con la vista, pero ninguno volvió la cabeza. Me fijé que todos tenían más de dieciséis años.

- ¿Estos son los mayores? -pregunté.

- Si, ¡ésta es la primera colectividad, los mayores -me explicó afablemente el director.

Desde un rincón lejano alguien gritó con voz de bajo:

- ¡No crea usted lo que le digan! ¡Todo es mentira!

Desde otro rincón alguien manifestó libremente, sin recalcar nada:

- ¡Enseñan!... ¿Qué hay que enseñar? Valdría más que enseñaran lo que han robado.

No prestamos ninguna atención a esas exclamaciones.

Sólo Yúriev enrojeció y me miró de reojo. Salimos al pasillo.

- En este edificio hay seis dormitorios -dijo el director- . ¿Quieren verlos?

- Enséñeme los talleres -pedí yo.

Jalabuda se animó y comenzó un largo relato acerca de la suerte que había tenido en la compra de los tornos.

De nuevo salimos al patio. Viniendo hacia nosotros, un pequeñuelo, arrebujado en su klift, saltaba de montículo en montículo con cuidado de no pisar con sus negros pies descalzos las franjas de nieve. Yo me quedé un poco rezagado de los demás y le pregunté: - ¿De dónde vienes, pequeño?

Se detuvo y alzó el rostro:

- He ido a enterarme de si iban a enviarnos o no.

- ¿A dónde?

- Decían que iban a mandarnos no sé a donde.

- ¿Es que estáis mal aquí?

- Aquí ya no se puede vivir -repuso tristemente en voz baja el pequeño, rascándose la oreja con un extremo del klift- . Aquí hasta se puede helar uno... Además, nos pegan...

- ¿Quién os pega?

- Todos.

El pequeño era inteligente y, al parecer, no corrompido por la calle; tenía unos grandes ojos azules no deformados todavía por las muecas callejeras. Lavándole, hubiera resultado un chico guapo.

- ¿Y por qué os pegan?

- Porque sí. Si no se les da algo. Otras veces nos quitan la comida. Hay aquí muchachos que no comen hace ya tiempo. A veces, les quitan también el pan... O, si no robas... te dicen que robes, y tú no robas... ¿y usted no sabe si van a enviarnos a algún sitio?

- No lo sé, hijito.

- Y dicen que pronto será verano...

- ¿Y qué falta te hace a ti el verano?

- Cuando sea verano, me marchare.

Me llamaron para ver los talleres. Me parecía imposible dejar al pequeño sin prestarle ninguna ayuda, pero él saltaba ya por los montículos, acercándose a los dormitorios: probablemente allí, a pesar de todo, hacía más calor que en el patio.

No pudimos ver los talleres: un ser misterioso tenía las llaves, y el director, a pesar de todas sus investigaciones, no pudo desvelar ese misterio. Nos limitamos a mirar por las ventanas.

Había allí prensas de estampar, máquinas de cepillar madera y dos tornos, en total doce. En pabellones aislados estaban los talleres de zapatería y confección, soporte y confirmación de la pedagogía.

- ¿Es que hoy es fiesta en la colonia?

El director no respondió. Yúriev asumió otra vez este trabajo de forzados: - Me admira usted, Antón Semiónovich. Debería haberlo comprendido ya todo. Aquí no trabaja nadie: ésta es la situación general. Y, además han robado los instrumentos, no hay material, no hay energía, no hay encargos, no hay nada. Y nadie sabe trabajar.

La central eléctrica de la colonia, acerca de la que Jalabuda nos contó también toda una larga historia, no funcionaba, naturalmente: en ella había algo roto.

- ¿Y la escuela?

- Escuela hay -repuso personalmente el director- . Sólo que... no estamos para escuelas...

Jalabuda insistía en que fuéramos al campo. Salimos del círculo, limitado por murallas de una toesa de grosor, y vimos la gran hendidura de un antiguo estanque y detrás de él, hasta el lindero del bosque, unos campos cubiertos de una fina capa de nieve levantada por el viento.

Jalabuda tendió la mano como Napoleón y pronunció solemnemente:

- Ciento veinte desiatinas. ¡Un tesoro!

- ¿Habéis sembrado el trigo de otoño? -pregunté yo, imprudente.

- ¡De otoño! -exclamó con entusiasmo Jalabuda-. Treinta desiatinas de centeno. Calcula usted a razón de cien puds; salen tres mil puds sólo de cereales. No les faltará pan. ¡Y qué centeno!

No importa que la gente siembre únicamente centeno: se puede vivir únicamente con centeno.

¿Sabes? El trigo no tiene tanta importancia. Los alemanes no pueden comer pan de centeno, y tampoco los franceses... Pero nuestra gente si tiene pan de centeno...

Ya habíamos vuelto al coche, pero Jalabuda continuaba hablando del centeno. Al principio, esto nos irritaba, pero después acabó por interesarnos: ¿qué más se podría decir aún del centeno?

Subimos al coche y nos marchamos, despedidos por el solitario y aburrido director.

Guardamos silencio hasta la misma Jolódnaia Gorá. Cuando cruzábamos el mercado Yúriev me indicó con un movimiento de cabeza a un grupo de harapientos: - Son educandos del Kuriazh... Bueno, ¿qué, se los lleva usted?

- No.

- ¿A qué tiene miedo? Recuerde usted que la colonia Gorki es de delincuentes. De cualquier forma, la comisión ucraniana envía aquí toda clase de granujas. Y nosotros le ofrecemos muchachos normales.

Hasta Jalabuda se echó a reír:

- ¡También tú! ¡Normales!

Yúriev seguía insistiendo:

- Vamos a hablar ahora con Dzhurínskaia. La Ayuda a la Infancia cederá la colonia al Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. A Járkov le es violento enviarle delincuentes, pero carece de una colonia propia. En cambio, aquí tendría su colonia, y, además, qué colonia: ¡con capacidad para cuatrocientas personas! Esto sería magnífico. Los talleres aquí no son malos. Sídor Kárpovich, ¿cederá usted la colonia?

Jalabuda reflexionó:

- Treinta desiatinas de centeno son doscientos cuarenta puds de semillas. ¿Y el trabajo? ¿Lo pagaréis? ¿Y por qué razón no hemos de ceder la colonia? La cederemos.

- Vamos a ver a Dzhurínskaia -insistía Yúriev- . Trasladaremos a algún sitio a ciento veinte colonos de los más jóvenes, y los doscientos ochenta restantes se los dejaremos a usted. Aunque desde el punto de vista formal no puede considerárseles delincuentes. Después de una educación como la que han recibido en Kuriazh son todavía peores.

- ¿Por qué voy a meterme yo en esa pocilga? -pregunté a Yúriev- . Y, además, aquí hay que reparar algo. La reparación no saldrá por menos de veinte mil rublos.

- Sídor Kárpovich dará el dinero.

Jalabuda se despertó.

- ¿Para qué veinte mil rublos?

- Es el precio de la sangre -explicó Yúriev- , el precio del crimen.

- ¿Para qué veinte mil rublos? -volvió a asombrarse Jalabuda.

- La reparación, las puertas, los instrumentos, la ropa de cama, los trajes, todo.

Jalabuda se enfadó:

- ¡Veinte mil rublos! ¡Por veinte mil rublos haremos todo eso nosotros mismos!

En el despacho de Dzhurínskaia, Yúriev prosiguió su trabajo de agitación. Liubov Savélievna le escuchaba sonriente y me contemplaba con curiosidad.

- Ése sería un experimento demasiado caro. No podemos poner en peligro la colonia Gorki.

Hay que proceder más sencillamente: clausurar Kuriazh y distribuir a los muchachos por otras colonias. Y, además, el camarada Makárenko no querrá ir a Kuriazh.

- No -confirmé yo.

- ¿Es la respuesta definitiva? -preguntó Yúriev.

- Yo hablaré con los colonos, pero, probablemente, no aceptarán.

Jalabuda parpadeó.

- ¿Quién no aceptará?

- Los colonos.

- ¿Cómo... sus educandos?

- Sí.

- ¿Y ellos qué entienden?

Dzhurínskaia puso una mano sobre el brazo de Jalabuda:

- ¡Querido Sídor! Ellos entienden allí más que tú y yo. Me gustaría ver la cara que pondrían si viesen tu Kuriazh.

Jalabuda se enfadó:

- ¿Pero por qué la tomáis conmigo: tu Kuriazh? ¿Por qué es mío? Yo os he dado cincuenta mil rublos. Y un motor. Y doce tornos. Pero los pedagogos son vuestros... ¿Qué culpa tengo yo de que trabajen mal?...

Dejé a esas personalidades de la educación socialista ajustando sus cuentas familiares y corrí al tren. Karabánov y Zadórov me acompañaron a la estación. Después de oír mi relato acerca de Kuriazh, se quedaron pensativos. Durante unos segundos guardaron silencio, contemplando las ruedas del vagón. Por fin, habló Karabánov: - Limpiar retretes no es un gran honor para los gorkianos. Sin embargo, habría que pensarlo...

- En cambio, nosotros estaremos cerca y podremos ayudarles -dijo Zadórov, enseñando los dientes-. ¿Sabes qué, Semión? Vamos a verlo mañana.

La asamblea general, como todas las asambleas en el último tiempo, escuchó mi informe con reserva y atención. Mientras hablaba, yo oía con curiosidad no sólo a la asamblea, sino también a mí mismo. De pronto sentí el deseo de sonreír tristemente. ¿Qué ocurría? ¿No sería yo acaso un niño cuatro meses atrás, cuando, lo mismo que los colonos, bullía y exultaba en los palacios de Zaporozhie, creados por nosotros? ¿Habría crecido en estos cuatro meses o únicamente había empobrecido? En mis palabras, en el tono, en el movimiento del rostro sentía claramente una molesta inseguridad. Durante todo el año habíamos anhelado espacios claros y amplios. ¿Sería posible que nuestros afanes se vieran coronados por algún ridículo y emporcado Kuriazh? ¿Cómo podía ocurrir que yo mismo, por mi voluntad, hablase con los muchachos acerca de un futuro tan insoportable? ¿Qué podía atraernos en Kuriazh? ¿En nombre de qué valores era preciso abandonar nuestra vida, embellecida por las flores y por el Kolomak, nuestro suelo entarimado, la finca restaurada por nosotros?

Pero al mismo tiempo, en mis frases escuetas y verídicas, donde era de todo punto imposible incluir una sola palabra optimista, yo sentía, inesperadamente, hasta para mí mismo, una llamada grandiosa y austera, tras de la que se ocultaba, a lo lejos, una alegría confusa, todavía tímida.

A veces, los muchachos interrumpían con risas mi informe, precisamente en los lugares donde yo esperaba despertar confusión entre ellos. Reprimiendo la risa, me hacían preguntas y, después de oír mis respuestas, se reían con más ganas aún. No era una risa de esperanza o de felicidad. Era una risa sarcástica.

- ¿Y qué hacen los cuarenta educadores?

- No lo sé.

Risas.

- Antón Semiónovich, ¿no ha abofeteado usted allí a nadie? Yo no hubiera podido contenerme, palabra de honor.

Risas.

- ¿Hay comedor?

- Comedor hay, pero, como todos los muchachos están descalzos, se llevan las cazuelas a los dormitorios y allí comen.

Risas.

- ¿Y quién lleva las cazuelas?

- No lo he visto. Probablemente los muchachos...

- ¿Por turno o cómo?

- Probablemente por turno.

- Entonces lo tienen bien organizado.

Risas.

- ¿Y hay organización del Komsomol?

Aquí las risas, sin esperar mi respuesta, se hicieron estruendosas.

No obstante, cuando terminé mi informe todos me miraban de un modo serio y preocupado.

- ¿Y cuál es su opinión? -preguntó alguien.

- Pues yo, lo que digáis vosotros...

Lápot me miró fijamente, pero por lo visto, no descifró nada.

- Bueno, hablad... ¿Por qué calláis?... Es interesante ver cuánto tiempo vais a estar callados.

Denís Kudlati levantó la mano.

- ¡Ah, Denís! Vamos a ver qué dices.

Denís intentó rascarse el cogote con su ademán habitual, pero, al recordar que esta debilidad era siempre señalada por los colonos, dejó caer la mano innecesaria.

A pesar de ello, los muchachos advirtieron la maniobra y se echaron a reír.

- En realidad, yo no voy a decir nada. Claro que Járkov está allí cerca: eso es verdad... Pero, a pesar de todo, cargar con un asunto así... ¿Con quiénes contamos? Todos se han ido al Rabfak...

Volvió la cabeza, lo mismo que si se hubiera tragado una mosca.

- En realidad, ni siquiera valdría la pena de hablar de Kuriazh. ¿Para qué vamos a meternos allí? Y, además, hay que tener en cuenta que ellos son doscientos ochenta y nosotros ciento veinte, y, entre los nuestros, hay muchos novatos, ¿y los viejos quiénes son? Toska es jefe, y Natasha es jefe también, ¿y Perepeliátchenko, y Sujoiván, y Galatenko?

- ¿Qué pasa con Galatenko? -se oyó una voz somnolienta y rezongona-. En cuanto ocurre algo, se saca a relucir a Galatenko.

- Cállate -le contuvo Lápot.

- ¿Por qué voy a callarme? Antón Semiónovich ha hablado de la gente que hay allí. ¿Es que yo no trabajo o qué?

- Bueno, bueno -transigió Denís-, perdona, pero, de todas formas, allí nos darán de bofetadas y así acabará la cosa...

- Eso de las bofetadas ya lo veremos -dijo Mitka Zheveli, levantando la cabeza.

- ¿Y tú qué piensas hacer?

- Estáte tranquilo.

Kudlati se sentó. Tomó la palabra Iván Ivánovich:

- Camaradas colonos, yo, de todas maneras, no iré a ningún sitio; así que yo, por decirlo así, veo las cosas desde fuera y, por lo tanto, con mayor claridad. ¿Para qué ir a Kuriazh? Nos dejarán a trescientos muchachos de los peores, y además de Járkov...

- ¿Es que aquí no nos mandan también muchachos de Járkov? -preguntó Lápot.

- Nos los mandan, pero fijaos que allí son trescientos. Y Antón Semiónovich dice que en Kuriazh los muchachos son ya grandes. Y, además, tened en cuenta que sois vosotros quienes llegan y que ellos están en su casa. Si han sido capaces de robar solamente ropa por valor de dieciocho mil rublos, ¿os imagináis que harán con vosotros?

- ¡Nos asarán! -gritó alguien.

- Asarnos no, porque hay que trabajar para el asado: nos comerán vivos.

- Y, además, a muchos de vosotros os enseñarán a robar -prosiguió Iván Ivánovich-. ¿Tenemos muchachos así?

- Todos los que quiera -respondió Kudlati- ; tenemos unos cuarenta que proceden del hampa, sólo que les da miedo robar.

- ¡Ya lo veis! -se alegró Iván Ivánovich-. Contad, pues. Vosotros seréis ochenta y ellos trescientos veinte, y, además, de entre vosotros hay que excluir a las muchachas y a los pequeños... ¿y todo esto para qué? ¿Para qué hundir la colonia Gorki? ¡Antón Semiónovich, va usted a la perdición!

Iván Ivánovich se sentó, mirando triunfalmente en torno suyo. Entre los colonos resonaron murmullos semiaprobatorios, pero yo no distinguí en este rumor general ninguna decisión.

Bajo la aprobación general, salió a hablar Kalina Ivánovich. Vestía su viejo impermeable, pero estaba afeitado y pulcro, como siempre. A Kalina Ivánovich le causaba un gran dolor la necesidad de separarse de la colonia, y en sus ojos azules, que fulguraban con una incierta luz senil, yo veía un gran dolor humano.

- Entonces -comenzó sin apresurarse Kalina Ivánovich- , la cuestión es que tampoco yo iré con vosotros y, por lo tanto, veo el asunto desde fuera, pero no desde lejos. Hay diferencia entre dónde se piensa ir y a dónde le lleva a uno la vida. El mes pasado decíamos: exportaremos manteca a los ingleses. Por favor, decidme a mí, a un viejo: ¿cómo se puede admitir eso: trabajar para esos parásitos de ingleses? Yo mismo he visto las ganas que tenían los muchachos de ir allá: ¡vamos, vamos! Y si hubieran ido, ¿qué habría pasado después? Teóricamente, eso, claro está, hubiera sido Zaporozhie, pero prácticamente os hubierais limitado a apacentar vacas y nada más. ¿Habéis calculado cuánto habríais tenido que sudar antes de que vuestra manteca llegara a los ingleses? Hubierais tenido que apacentar a las vacas, y sacar el estiércol, y lavarles el trasero, porque, si no, los ingleses no habrían querido comer vuestra manteca. Pero vosotros, tontos, no habéis pensado en eso; no queríais más que iros. Y está muy bien que no hayáis ido: que los ingleses coman pan seco. Y ahora os proponen Kuriazh. Y vosotros os ponéis a pensar. ¿Y qué hay que pensar? Sois gente avanzada y no veis que trescientos hermanos vuestros están al borde de la perdición, trescientos Máximo Gorki como vosotros. Antón Semiónovich os ha estado contando lo que ha visto y vosotros le escuchabais riendo, pero ¿qué hay aquí de cómico? ¿Cómo puede el Poder soviético consentir que en la propia capital, en Járkov, al lado mismo del Gobierno, se críen cuatrocientos bandidos? Y el Poder soviético os dice: venga, muchachos, a trabajar para que salga de ellos gente decente: ¡son trescientas personas, fijaos! Y tened en cuenta que no será gentuza como Luká Semiónovich quien ha de seguir vuestro trabajo, sino todo el proletariado de Járkov. ¡Pero vosotros no queréis! Preferís alimentar a los ingleses para que se atraganten con vuestra manteca. Y aquí os da pena. Os da pena separaros de las rosas y tenéis miedo: nosotros somos tantos y ellos, los parásitos, cuántos. Y cuando Antón Semiónovich y yo empezamos a trabajar solos en la colonia, ¿entonces qué? ¿O puede que también nosotros celebrásemos asambleas y pronunciáramos discursos? Que digan Vólojov, Taraniets y Gud si teníamos miedo a los parásitos. Y este trabajo será un trabajo de Estado, un trabajo que necesita el Poder soviético. Y yo os aconsejo: id sin pensarlo más tiempo. Y Máximo Gorki dirá: ¡hay que ver mis gorkianos, han ido, no les ha dado miedo!

A medida que iba hablando Kalina Ivánovich, se coloreaban sus mejillas, y los ojos de los colonos ardían con más fuego. Muchos de los que estaban sentados en el suelo se

acercaron a nosotros, y algunos, con la barbilla apoyada en los hombros de los vecinos, no clavaban su mirada en Kalina Ivánovich, sino más lejos, en alguna futura proeza. Y cuando Kalina Ivánovich habló de Máximo Gorki, las fijas pupilas de los colonos fulguraron en un estallido ardiente y humano. Los pequeños empezaron a alborotar, a gritar, a agitarse, se lanzaron a aplaudir, pero ni para aplaudir había tiempo. Mitka Zheveli, de pie entre los sentados en el suelo, gritaba a las últimas filas, como si esperase resistencia de allí: - ¡Vamos, parásitos, palabra que sí!

Pero también las filas de atrás hacían fuego graneado contra Mitka y gesticulaban con enérgicas muecas, y entonces Mitka se lanzó hacia Kalina Ivánovich, rodeado de un enjambre de pequeñuelos, capaces ahora solamente de chillar: - Kalina Ivánovich, ¿entonces también usted viene con nosotros?

Kalina Ivánovich sonrió amargamente, llenando su pipa. Lápot dijo:

- ¿Qué hay escrito allí? ¡Leed!

Todos gritaron a coro:

- ¡No gemir!

- A ver, ¡leedlo otra vez!

Lápot bajó el puño y todos repitieron con una voz sonora y exigente:

- ¡No gemir!

- ¡Y nosotros gemimos! ¡Hay que ver cuántos matemáticos nos han salido! Cuentan: ochenta y trescientos veinte. ¿Quién cuenta así? Hemos admitido a cuarenta muchachos de Járkov.

¿Acaso los hemos contado? ¿Dónde están?

- ¡Aquí estamos, aquí! -gritaron los muchachos.

- Bueno, ¿y qué?

Los muchachos gritaron:

- ¡Sirven!

- Entonces, ¿para qué contar? Yo, en lugar de Iván Ivánovich, contaría así: nosotros no tenemos piojos y ellos tienen diez mil. Vale más no moverse de donde estamos.

La asamblea, riéndose a carcajadas, miró a Iván Ivánovich, rojo de vergüenza.

- Nuestras cuentas son de lo más sencillo -siguió Lápot- . Nosotros aportamos la colonia Gorki y ellos, ¿qué? Nada.

Lápot terminó su discurso; los colonos gritaron:

- ¡Tiene razón! Vamos, y no hay más que hablar. ¡Que Antón Semiónovich escriba al Comísariado del Pueblo de Instrucción Pública!

Kudlati dijo:

- ¡Bueno! Si lo acordáis así, iremos. Sólo que también para ir se necesita cabeza. Mañana es ya marzo; no se puede perder ni un solo día. No hay que escribir, sino enviar un telegrama; de lo contrario, nos quedaremos sin huerta. Y otra cosa: tampoco podemos ir sin dinero. Ya sean veinte mil o lo que sea, dinero hace falta de todos modos.

- ¿Votamos? -me preguntó Lápot.

- ¡Que diga su opinion Antón Semiónovich! -gritaron voces de la multitud.

- ¿Acaso no ves lo que opina? -replicó Lápot-. Pero, de todas maneras, hay que guardar las formas. Tiene la palabra Antón Semiónovich.

Me puse en pie y exclamé lacónicamente:

- ¡Viva la colonia Gorki!

Media hora más tarde, Vitka Bogoiavlenski, nuevo encargado de la cochera y jefe del segundo destacamento, salía a caballo para la ciudad. En el gorro llevaba el siguiente telegrama: Járkov. Comisariado Instrucción Pública. Dzhurínskaia.

Insistentemente rogamos transferencia Kuriazh antes posible para asegurar siembra presupuestos siguen.

Asamblea general colonos.

Makárenko.

SALIDA DE RECONOCIMIENTO

Dzhurínskaia me convocó telegráficamente al otro día. Los colonos atribuyeron confiadamente una gran significación a este telegrama.

- Fijaos cómo van las cosas, pim-pam, telegrama va, telegrama viene...

Pero, a decir verdad, la historia se desarrollaba sin ningún ímpetu especial. A pesar de que Kuriazh, según el aviso general, era inadmisible, aunque no fuese más que porque todas las casas de campo, poblados y aldeas de los alrededores pedían insistentemente la liquidación de esa cueva de bandidos, Kuriazh halló defensores. Hablando en plata, sólo Dzhurínskaia y Yúriev exigían incondicionalmente el traslado de la colonia. Yúriev no dudaba ni un instante del éxito de la operación planeada. En cuanto a Dzhurínskaia, accedía a ella sólo por la confianza que tenía en mí.

- A pesar de todo, Antón Semiónovich, tengo miedo -me confesó en un instante de sinceridad- . No puedo evitarlo: tengo miedo...

Bréguel apoyaba el traslado, pero proponía formas inaceptables para mí: un trío especial se encargaría de organizar toda la operación, el estilo gorkiano iría siendo inculcado poco a poco en la nueva colectividad, y durante un mes me ayudarían cincuenta komsomoles de Járkov, movilizados para tal fin.

Jalabuda, influido por alguien de su corrompido séquito, no quería ni oír hablar de la asignación inmediata de veinte mil rublos y repetía continuamente la misma frase:

- Por veinte mil rublos lo haremos todo nosotros mismos.

Enemigos inesperados nos atacaban desde el sindicato. El que armaba más ruido era Kliámer, un ardoroso moreno, amigo del pueblo. Todavía hoy no comprendo por qué le irritaba la colonia Gorki, pero hablaba de ella con todo el rostro contraído de rabia, escupía furiosamente y golpeaba con los puños:

- ¡Reformadores a cada paso! ¿Quién es Makárenko? ¿Por qué debemos infringir las leyes y los intereses de los trabajadores en nombre de un Makárenko cualquiera? ¿Y quién conoce la colonia Gorki? ¿Quién la ha visto? La ha visto Dzhurínskaia. Bueno, ¿y, qué? ¿Es que Dzhurínskaia entiende de todo?

A Kliámer le ponían fuera de sí mis reivindicaciones:

1. Licenciar a todo el personal de Kuriazh sin ninguna discusión.
2. Admitir en la colonia Gorki a quince educadores (según las normas, correspondían cuarenta).
3. Pagar a los educadores no cuarenta rublos al mes, sino ochenta.
4. El personal pedagógico sería reclutado por mí, reservando al sindicato el derecho a la no admisión.

Estas modestas reivindicaciones enfurecían a Kliámer hasta hacerle casi llorar:

- Me interesaría saber quiénes se atreverán a discutir ese insolente ultimátum. Cada palabra es un ultraje al derecho soviético. Le hacen falta quince educadores, y los

veinticinco restantes que se queden fuera. Quiere cargar sobre los pedagogos un trabajo de forzados, y, claro, cuarenta educadores le dan miedo...

Yo no entraba en discusión con Kliámer porque no discernía cuáles eran sus verdaderos móviles.

En general, yo procuraba no participar en los debates y en las discusiones, ya que, en conciencia, no podía asegurar el éxito y no quería obligar a nadie a aceptar una

responsabilidad no justificada por la lógica. En realidad, tenía a mi disposición un solo argumento: la colonia Gorki. Pero nada más que unos cuantos habían visto la colonia, y hablar yo de ella no me parecía muy adecuado.

En torno al problema del traslado de la colonia comenzaron a girar tantas personas, pasiones y relaciones, que también yo perdí muy pronto toda orientación, más aún porque iba a Járkov únicamente por un día y no asistía a reunión alguna. Yo mismo ignoraba por qué, pero no creía en la sinceridad de mis enemigos y sospechaba que tras las razones aducidas por ellos se ocultaban otros fundamentos.

Sólo en un lugar del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública tropecé con una persona apasionadamente convencida y yo la admiré con toda sinceridad. Era una mujer, a juzgar por la indumentaria, pero, probablemente; se trataba de un ser asexual: baja de estatura, con un rostro caballuno, una tabla rasa en vez de pecho y unos pies enormes y desgarbados.

Continuamente agitaba sus manos rojas, bien accionando, bien arreglándose unos mechones lacios de pelo color de paja clara. Todos la llamaban la camarada Zoia. Tenía cierta influencia en el despacho de Bréguel.

La camarada Zoia me odió desde el primer minuto y, sin ocultarlo, no renunciaba a las expresiones más violentas.

- Usted, Makárenko, es un soldado y no un pedagogo. Dicen que usted es un coronel retirado, y eso tiene trazas de ser verdad. No comprendo por qué le guardan tantas consideraciones. Yo no le dejaría trabajar con niños.

A mí me gustaban la sinceridad cristalina y el diáfano apasionamiento de la camarada Zoia, y tampoco lo ocultaba en mis respuestas habituales:

- Para mí es un deleite oírla, camarada Zoia, pero yo nunca he sido coronel.

La camarada Zoia consideraba el traslado de la colonia como una catástrofe inevitable, y, golpeando la mesa de Breguel con la palma de la mano, vociferaba:

- ¡No sé qué les ha cegado! No sé con qué les ha embrujado a todos este... -decía, volviendo la cabeza hacia mí.

- ... coronel - apuntaba yo seriamente.

- Sí, coronel... Yo les diré cómo va a terminar todo esto: ¡con una matanza! El traerá a sus ciento veinte muchachos, ¡y habrá una carnicería! ¿Qué piensa usted de esto, camarada Makárenko?

- Me entusiasman sus consideraciones, pero sería curioso saber: ¿quién degollará a quién? Bréguel trataba de sofocar nuestros altercados:

- ¡Zoia! ¿Cómo no te da vergüenza? ¿De qué matanza hablas?... y usted, Antón Semiónovich, déjese de bromas.

La madeja de las discusiones y las divergencias rodaba hacia las altas esferas del Partido, y esto me tranquilizaba. También me tranquilizaba otra cosa: Kuriazh olía cada

vez peor, se descomponía más y más y requería medidas urgentes y decisivas. Kuriazh apremiaba la solución de este asunto, a pesar, incluso, de que los propios pedagogos de Kuriazh también protestaban:

- La colonia está acabando de descomponerse por las conversaciones acerca del traslado de los de Gorki.

Los mismos educadores comunicaban en secreto que los de Kuriazh se disponían a recibir a navajazos a los de Gorki. La camarada Zoia me gritaba:

- ¿Lo ve usted? ¿Lo ve?

- Sí -respondía yo-. La cosa está ya clara: son ellos quienes van a degollarnos y no nosotros a ellos...

- Sí, la cosa está ya clara... ¡Varvara, tú serás la responsable de todo, compréndelo! ¿Dónde se ha visto semejante cosa? ¡Azuzar mutuamente a dos grupos de niños desamparados!

Por fin fui llamado al despacho de un dirigente del Partido. Un hombre de cabeza afeitada levantó la mirada de los papeles y me dijo:

- Siéntese, camarada Makárenko.

En el despacho estaban Dzhurínskaia y Kliámer.

Yo me senté.

El hombre de la cabeza afeitada preguntó en voz baja:

- ¿Está usted seguro que podrá superar con sus educandos la descomposición de Kuriazh?

Yo debí de palidecer, porque tuve que mentir en respuesta a la pregunta honradamente planteada:

- Estoy seguro.

El hombre de la cabeza afeitada me miró fijamente y continuó:

- Ahora una cuestión de carácter técnico, téngalo usted en cuenta, camarada Makárenko, una cuestión técnica y no de principio; dígame, pero sólo brevemente: ¿por qué no necesita cuarenta educadores, sino quince, y por qué está en contra del sueldo de cuarenta rublos?

Después de reflexionar un poco, contesté:

- ¿Sabe? Si hay que contestar brevemente, le diré que cuarenta pedagogos a cuarenta rublos mensuales pueden llevar a la descomposición completa no sólo una colectividad de niños desamparados, sino cualquier colectividad.

El hombre de la cabeza afeitada se echó de pronto contra el respaldo del sillón en una franca carcajada, y, señalando con el dedo, preguntó entre lágrimas de risa:

- ¿Hasta una colectividad integrada por gente como Kliámer?

- Sin duda -respondí en serio.

Como por encanto desapareció del hombre de la cabeza afeitada su aire precavido y oficial.

- ¿No se lo decía yo? -exclamó, tendiendo la mano hacia Liubov Savélievna-. ¡Más vale menos, pero bueno!

De repente movió, cansado, la cabeza y, volviendo a su tono oficial, práctico, dijo a Dzhurínskaia:

- Que se traslade. ¡Y lo antes posible!

- Veinte mil -dije yo, levantándome.
- Los recibirá usted. ¿No es mucho?
- Es poco.
- Bueno. Hasta la vista. Trasládense, pero cuidado: el triunfo debe ser completo.

Mientras tanto, en la colonia Gorki la primera y ardorosa decisión iba adquiriendo gradualmente la forma de una preparación tranquila y precisa, de una preparación militar.

Lápot era quien dirigía prácticamente la colonia con ayuda de Kóval en los casos complicados, pero no costaba trabajo dirigir. Jamás había existido en la colonia un ambiente tan cordial, una sensación tan profunda del deber recíproco. Hasta los pequeños pecados eran acogidos con extraordinaria sorpresa y una protesta breve y expresiva:

- ¡Y tú te dispones todavía a ir a Kuriazh!

Para todo el mundo estaba ya claro en la colonia el sentido de la tarea. La necesidad de cederlo todo a la colectividad flotaba en el aire, pero los colonos, más que darse cuenta de esta necesidad, la intuían con un sentido especial y sutilísimo y no la consideraban como un sacrificio. Era un placer, quizá el placer más dulce del mundo: sentir este vínculo mutuo, la fuerza y la elasticidad de las relaciones, esa potencia de la colectividad vibrante en la quietud saturada de fuerza. Y todo esto se leía en los ojos, en los movimientos, en la mímica, en la manera de andar, en el trabajo. Los ojos de todos miraban hacia allá, hacia el Norte, donde entre las murallas de una toesa de grosor gruñía y nos amenazaba una horda tenebrosa, aglutinada por la miseria, por la arbitrariedad, por la estupidez y la obstinación.

Advertí que los colonos no daban ninguna señal de presunción. En algún rincón secreto todos sentían un poco de miedo y de inseguridad, sentimiento tanto más natural cuanto que ninguno había visto aún al enemigo.

Esperaban con afán e impaciencia cada regreso mío, montaban la guardia en los caminos y en los árboles, avizoraban desde los tejados. Tan pronto como mi coche entraba en el patio, el trompeta corría y tocaba a asamblea sin solicitar mi permiso. Yo iba dócilmente a la reunión.

En aquel tiempo se puso de moda recibirme con aplausos como a un Artista del Pueblo. Esto, naturalmente, no se refería tanto a mí como a nuestra obra común.

Por fin, en las primeras fechas de mayo llegué a una reunión de ésas con el contrato ya firmado.

Según el contrato y por orden del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, la colonia Gorki, con sus efectivos completos de educandos y de personal, con todos sus bienes muebles y sus herramientas, se trasladaba a Kuriazh. La Colonia de Kuriazh era declarada disuelta y sus doscientos ochenta educandos y todos sus bienes cedidos a disposición de la colonia Gorki. Todo el personal de la colonia de Kuriazh quedaba despedido desde el momento en que la colonia Gorki tomara posesión de ella, a excepción de algunos trabajadores técnicos.

Se me proponía tomar posesión de la colonia el 5 de mayo. Y tener terminado el traslado de la colonia Gorki para el día 15. Los gorkianos, después de oír el contrato y la orden, no gritaron ¡ Hurra! ni mantearon a nadie.

Sólo Lápot dijo en medio del silencio general:

- Se lo contaremos a Gorki. Y, sobre todo, muchachos: ¡no gemir!

- ¡Eso, eso! ¡No gemir! -pió un pequeñuelo.

Y Kalina Ivánovich hizo un ademán con la mano y añadió:

- ¡Venga, muchachos, no tengáis miedo!

LIBRO TERCERO

CLAVOS

A los dos días tenía yo que hacerme cargo de la colonia de Kuriazh, y hoy era preciso disponer algo en el Soviet de jefes, decir algo para que los colonos pudieran organizar, en mi ausencia, la dificilísima operación de recoger toda nuestra economía y trasladarla a Kuriazh.

En la colonia, el temor y la esperanza, el nerviosismo y los ojos brillantes, los caballos, los carros y las olas tumultuosas de pequeñeces, de olvidadas nota bene y de perdidas correas formaban un nudo tan complicado, que yo no creía que los muchachos fueran capaces de deshacerlo.

Había transcurrido solamente una noche desde el instante en que recibimos el contrato de la cesión de Kuriazh, pero todo en la colonia hablaba ya de la marcha: el estado de ánimo, el ardor, el ritmo. Los muchachos no tenían miedo a Kuriazh, quizá por no haberlo visto en todo su esplendor. En cambio, ante mi mirada mental Kuriazh se alzaba como un espectro fabuloso y terrible, capaz de agarrarme del cuello con todas sus fuerzas, a pesar de que su muerte había sido oficialmente registrada, hacía ya mucho tiempo.

El Soviet de jefes resolvió que marcharan conmigo a Kuriazh únicamente nueve colonos y un educador. Yo pedí que fueran más. Quise demostrar que con fuerzas tan escasas no podríamos hacer nada, que únicamente minaríamos el prestigio de la colonia Gorki, que en Kuriazh había sido despedido todo el personal, que allí había mucha gente irritada con nosotros.

Me contestó Kudlati, sonriendo irónico y cariñoso:

- En realidad, es lo mismo que vayan diez o veinte: de cualquier forma, no harán nada. Cuando vayamos todos, será ya otra cosa: entonces tomaremos Kuriazh por asalto. Tenga usted en cuenta que ellos son trescientos. Aquí hay que prepararlo todo bien. Sólo cerdos debemos transportar 320. Y, además, fíjese: o en Járkov se han vuelto locos o están haciéndolo a propósito, pero el caso es que cada día nos envían chicos nuevos.

También a mí me abrumaban los nuevos. Diluyendo nuestra colectividad, no nos dejaban mantener la colonia Gorki en su pureza y su fuerza primitivas. Y nuestro pequeño destacamento tenía que hacer frente a una multitud de trescientas personas.

Disponiéndome a la lucha contra Kuriazh, yo confiaba de un solo golpe relámpago: era preciso imponerse a los de Kuriazh de manera fulminante. Todo postergamiento, toda esperanza fundada en la evolución, todo plan basado en la penetración paulatina haría de nuestra operación un asunto dudoso. Yo sabía que penetrarían paulatinamente no sólo

nuestras formas, nuestras tradiciones, nuestro ambiente, sino también las tradiciones de la anarquía de Kuriazh. Los sabios de Járkov, al insistir en la penetración paulatina, seguían aferrados, hablando sinceramente, a sus viejos métodos de trabajo artesano: los buenos muchachos influirían saludablemente en los malos. Pero yo sabía ya que, en una colectividad de formas orgánicas blandengues, los muchachos de la mejor calidad se transforman fácilmente en fierecillas salvajes. Sin embargo, no divergía públicamente del criterio de los sabios, calculando con matemática exactitud que el golpe decisivo terminaría antes de que comenzasen las diversas y graduales ingerencias. Pero los nuevos me estorbaban. El inteligente Kudlati comprendía que era preciso prepararles para el traslado a Kuriazh con el mismo cuidado que toda nuestra economía.

Por ello, al salir para Kuriazh, al frente de un destacamento mixto de vanguardia, yo no podía dejar de pensar en la colonia con gran inquietud. Aunque Kalina Ivánovich había prometido tener en sus manos las riendas de la administración hasta el último instante, se encontraba tan abatido y abrumado ante la idea de la separación inminente, que lo único que podía hacer era dar vueltas entre los muchachos, recordando con gran trabajo diversos detalles y olvidándolos en el acto, embargado por su amargo dolor senil. Los colonos escuchaban atentos y cariñosos las disposiciones de Kalina Ivánovích, respondían con un saludo recalcado y un animoso a la orden, pero en cuanto ocupaban sus puestos de trabajo, se desprendían rápidamente del molesto sentimiento de lástima hacia el viejo y organizaban las cosas a su entender.

Dejé a Kóval al frente de la colonia. A lo que más temía Kóval era a ser engañado por la comuna Lunacharski que heredaba de nosotros la finca, los campos sembrados y el molino.(35) Los representantes de la comuna iban y venían ya entre las distintas piezas del mecanismo de la colonia, y hacía ya mucho tiempo que la pelirroja barba del presidente Nesterenko contemplaba desconfiadamente a Kóval. Olia Vóronova no veía con buenos ojos los duelos diplomáticos de estos dos hombres y trataba de convencer a Nesterenko:

- Nesterenko, vete a casa. ¿Qué temes? Aquí no hay ningún bribón. ¡Te digo que te vayas a casa!

Nesterenko sonríe astutamente con los ojos, y señala a Kóval, rojo e irritado:

- Oliechka, ¿tú conoces a este hombre? Es un kulak, un kulak por naturaleza...

Kóval se turba, enrojece más aún y pronuncia con dificultad, pero con obstinación:

- ¿Y tú qué creías? ¡Hay que ver cuánto trabajo han invertido aquí los muchachos! ¿Y yo debo regalártelo? ¿Por qué? ¿Porque eres de la comuna Lunacharski? ¡Tenéis la tripa llena y todavía os hacéis los pobretones!... ¡Pagad!...

- Pero tú piénsalo: ¿cómo voy a pagarte?

- ¿Y por qué tengo que pensar yo en eso? En qué pensabas tú cuando yo te preguntaba: ¿sembramos? Tú entonces te las dabas de gran señor: ¡sembrad! Pues bien, ¡paga ahora! Por el trigo, y por el centeno, y por la remolacha...

(35) .- A. V. Lunacharski (1875-1933): estadista soviético, destacado organizador de la cultura socialista. Fue el primer ministro de Instrucción Pública de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia.

Ladeando un poco la cabeza, Nesterenko desata su bolsa de tabaco, busca algo en el fondo y sonríe con aire culpable:

- Eso es justo, tienes razón... las semillas, claro está... Pero, ¿por qué quieres que pague el trabajo? Los muchachos podían, ¿cómo decirlo?, haber trabajado para la sociedad...

Kóval salta furiosamente de la silla y, ya en la salida, se vuelve arrebatado, como si tuviera fiebre:

- ¿Y por qué razón, vagos del demonio? ¿Es que estáis enfermos? ¡Decís que sois de la comuna y abrís la boca para engullir el trabajo de unos niños!... ¡Si no pagáis, se lo daré a los de Gonchárovka!

Olia Vóronova despide a Nesterenko, y un cuarto de hora más tarde cuchichea en el jardín con Kóval, armonizando gracias a un talento netamente femenil sus contradictorias simpatías por la colonia y por la comuna. La colonia es, para Olia, lo mismo que una madre y en la comuna, ella es quien domina manifiestamente, venciendo a los hombres con sus amplios conocimientos agronómicos, heredados de Shere, y ganando a las mujeres con una prédica tenaz y sarcástica acerca de la emancipación femenina y utilizando, para casos y coyunturas difíciles, una especie de grupo de choque, compuesto por veinte muchachas y muchachos que la siguen como si fuese la Doncella de Orleáns. Olia conquistaba a la gente con su cultura, su energía, su fe animosa, y Kóval, viéndola, se jactaba:

- ¡Obra nuestra!

Olia se sentía orgullosa del valioso regalo que la colonia Gorki legaba a la comuna Lunacharski en forma de hacienda ordenada, con un cultivo alternado de seis hojas, y, sin embargo, este regalo era para nosotros una catástrofe económica. En ningún lugar se siente la enorme significación del trabajo invertido como en la agricultura. Nosotros sabíamos perfectamente lo que era extirpar las malas hierbas, organizar la rotación de cultivos, reparar, hacer cada pieza, conservar y mantener limpio cada pequeño elemento de este proceso lento, largo e invisible. Nuestra verdadera riqueza estaba en algo muy profundo, en el entretejido de las raíces de las plantas, en los establos habituales y elaborados filosóficamente, en el corazón de estas ruedas, de estas varas, de estos timones y estas aspas, tan simples a primera vista. Y ahora, cuando había que abandonar muchas de estas cosas y arrancar otras muchas a la armonía general y embutirlas en la estrechez de sofocantes vagones de mercancías, se comprendía por qué una verdosa tristeza envolvía a Shere, por qué en sus movimientos había aparecido algo que recordaba a la víctima de un incendio.

Sin embargo, la tristeza no impedía a Eduard Nikoláievich preparar metódico y tranquilo sus bienes para el viaje, y yo, al marchar a Járkov con el destacamento mixto, rehuía sin dolor su mustia figura. En torno nuestro, los colonos, excesivamente ruidosos y alegres, giraban como elfos.

Finalizaban las horas más felices de mi vida. Ahora deploro a veces por qué no me detuve entonces con reconcentrada atención, por qué no me obligué a contemplar intensamente aquella vida magnífica, por qué no grabé en mi memoria para siempre las luces, y las líneas, y los colores de cada minuto, de cada movimiento, de cada palabra.

Entonces me parecía que ciento veinte colonos no eran simplemente ciento veinte niños desamparados que habían hallado albergue y trabajo. No, eran centenares de esfuerzos éticos, centenares de energías musicalmente armónicas, centenares de lluvias bienhechoras, que hasta la propia naturaleza, esta mujer enfática y soberbia, espera con impaciencia y alegría.

En aquellos días era difícil ver a algún colono que anduviera tranquilamente. Todos habían adquirido la costumbre de correr de un lado para otro, de saltar como golondrinas, con el mismo diligente gorjeo, con la misma disciplina clara y feliz y la misma belleza de movimientos. Hubo un instante en que yo incluso pequé y me dije: para la gente dichosa no es necesario ningún poder; lo sustituirá este instinto tan alegre, tan nuevo, tan humano, cuando cada hombre sepa exactamente qué debe hacer, cómo hacerlo y para qué hacerlo.

Así pensaba yo a veces. Sin embargo, la réplica de algún Aliosha Vólkov, que volvía, descontento, su rostro con manchas hacia el lugar de la alarma, me hacía descender rápidamente de las alturas anarquistas:

- ¿Qué estás haciendo, pedazo de atún? ¿Qué clavos utilizas para cerrar ese cajón? ¿Es que tú crees que los clavos de tres pulgadas están tirados por la calle?

Enérgico y acalorado, el pequeñuelo deja caer, en un gesto impotente, el martillo y se rasca con él, perplejo, el talón desnudo:

- ¿Cómo? ¿Pues cuántas pulgadas deben tener?

- Para eso existen los clavos viejos, ¿comprendes?, los clavos usados. ¡Espera!... ¿Y de dónde has sacado éstos? Es decir...

¡ha comenzado! Vólkov ya ha caído sobre el pequeñuelo y analiza iracundo su ser, que de pronto ha resultado en contradicción con la idea de los clavos nuevos de tres pulgadas.

¡Sí! ¡Aún hay tragedias en el mundo!

¡Hay muchos que no saben qué son los clavos usados!

Por medio de diversos e ingeniosos métodos hay que arrancarlos de tablas viejas, de cosas rotas y muertas, y de ahí salen reumáticamente torcidos, herrumbrosos, con las cabecitas deformes, con las puntas estropeadas, a veces doblados en dos, en tres, frecuentemente en forma de tirabuzón o de nudos, que no podría hacer a propósito ni el cerrajero de más talento.

Hay que enderezarlos con el martillo sobre un pedazo de riel, sentado en cuclillas y dándose con frecuencia en los dedos y no en el clavo. Y, después, al emplear de nuevo estos clavos viejos, se doblan, se rompen y no penetran donde hace falta. Quizá por eso los muchachos de la colonia aborrecen los clavos viejos y realizan sospechosos negocios con los nuevos, sentando el comienzo de procesos judiciales y profanando la causa grande y alegre de la 310 ¿Ahora bien, se trataba solamente de los clavos? Todas estas mesas sin barnizar, estos bancos de los modelos más diversos, esta enorme cantidad de diferentes banquetas, de viejas ruedas, de hormas de calzado, de cepilladoras desgastadas, de libros rotos, todo este poso de la vida quieta y de los intereses económicos hería nuestra bizarra cruzada... Pero daba lástima abandonarlo.

¡Y los muchachos nuevos! Empezaban a dolerme los ojos cuando veía sus figuras mal cortadas, extrañas. ¿No sería mejor dejarles aquí, cedérselos a alguna casa pobre de

niños, deslizando en forma de soborno un par de lechones o unas cuantas decenas de kilos de patatas? Yo no hacía más que revisar su composición y seleccionarlos por grupos, clasificándoles desde el punto de vista de su valor humano y social. En aquel tiempo poseía ya una mirada bastante experta, que al primer golpe de vista, orientándome por indicios externos, por inapreciables muecas de la fisonomía, por la voz, por la manera de andar y aun por otros pequeños detalles de los individuos, quizá hasta por el olor, me permitía predecir de manera relativamente exacta qué producción saldría, en cada caso concreto, de esta materia prima.

He aquí, por ejemplo, a Oleg Ognev. ¿Llevarle a Kuriazh o dejarle aquí? No, a éste no se le puede abandonar. Es de una calidad rara e interesante. Oleg Ognev es un aventurero, un viajero y un descarado, según todas las probabilidades descendiente de los antiguos normandos y, lo mismo que ellos, alto, largo y rubio. Tal vez entre él y sus antepasados, los varegos, ha habido unas cuantas generaciones de buenos intelectuales rusos, porque Oleg tiene una frente alta y despejada y una boca inteligente, que se extiende de oreja a oreja y que armoniza a las mil maravillas con sus ojos grises y animosos. Oleg fue detenido por no sé qué negocio con unos giros postales y llegó a la colonia en compañía de dos milicianos. Oleg Ognev, alegre y bonachón, caminaba entre ellos, examinando con curiosidad su incierto futuro. Libre, por fin, de sus guardianes, Oleg escuchó serio y cortés mis primeras instrucciones, habló afectuosamente con los viejos colonos, contempló alegre y sorprendido a los pequeños y, deteniéndose en medio del patio, separó sus finas piernas y se echó a reír: - Entonces, ¿ésta es la colonia Máximo Gorki? ¡Fíjate! Bueno, pues hay que probar...

Le destinaron al octavo destacamento, y Fedorenko, al verle, entornó, desconfiado, un ojo:

- Tú, seguramente, para el trabajo... no serás muy fogoso, ¿verdad? Y la chaquetita que llevas no es muy apropiada... ¿sabes?...

Oleg examinó sonriente su elegante chaqueta, alzando alternativamente sus faldones, y escrutó con alegría el rostro del jefe.

- Esto, ¿sabes?, no tiene importancia, camarada jefe. La chaqueta no me estorbará. ¿Quieres que te la regale?

Fedorenko se echó a reír a carcajadas y, con él, rompieron también en una carcajada los demás titanes del octavo destacamento.

- Venga, déjame ver cómo resulta.

Hasta el anochecer anduvo Fedorenko sin quitarse la chaqueta de Oleg, haciendo reír a los colonos con aquel chic nunca visto entre nosotros, pero a la noche devolvió la prenda a su dueño y le dijo severamente: - Escóndela lo más lejos posible y ponte esta camiseta. Mañana pasearás detrás de la sembradora.

Después de contemplar con sorpresa a su jefe, Oleg echó una mirada sarcástica a la chaqueta:

- Entonces, ¿esta clámide no corresponde al lugar?

A la mañana siguiente apareció con la camiseta, mascullando irónicamente para sí:

- ¡Proletario! ¡Habrá que pasear detrás de la sembradora!... Es un asunto nuevo.

En el asunto nuevo las cosas no le salían bien a Oleg. La sembradora, por causas ignotas, no le obedecía, y él iba tristemente en pos de ella, tropezando en los desniveles

del terreno y saltando sin cesar a la pata coja en el inútil afán de sacarse una espina. No sabía manejar la reja de la sembradora, y cada tres minutos gritaba al que iba delante:

- Señor, detenga usted sus bestias, que aquí se ha producido una pequeña avería...

Fedorenko pasó a Oleg a otro trabajo; le encargó que fuese con el rastrillo, pero a la media hora Oleg alcanzó a Fedorenko y le dijo cortésmente: - Camarada jefe, ¿sabe usted una cosa? Se ha sentado.

- ¿Quién se ha sentado?

- La yegua. Fíjese: se ha sentado y, ¿sabe?, no se mueve. Hable usted con ella, por favor.

Fedorenko corre hacia donde está Mary, tumbada a sus anchas, y se indigna: - ¡Diablos!... ¿Qué has hecho? ¡Todo lo has embrollado! ¿Qué hace aquí este tirante?

Oleg intenta sinceramente enmendar el entuerto:

- ¿Sabe? ¡Es que hay una de moscas!... Se ha sentado y no se mueve, cuando hay que trabajar, ¿verdad?

A través de la collera, que le sale por las orejas, Mary mira rabiosamente a Oleg. También se enfada Fedorenko: - Está sentada... ¿Es que una yegua puede estar sentada? ¡Azúzala!

Oleg agarra las riendas y vocifera:

- ¡Arre!

Fedorenko se ríe.

- ¿Por qué gritas arre? ¿Es que eres cochero?

- Sabe, camarada jefe...

- Parece que te han dado cuerda con lo de camarada jefe.

- ¿Pues cómo hay que decir?

- ¡Cómo va a ser!... ¿Es que yo no tengo nombre?

- ¡Ah!... Mire, camarada Fedorenko, yo, claro está, no soy cochero, pero, créame, es la primera vez en mi vida que trato íntimamente con Mary. He tenido conocidas que también se llamaban Mary... pero con ellas era otra cosa, porque, ¿sabe?... aquí hay que manejar tirantes, colleras...

Fedorenko contempla ferozmente con sus ojos serenos y fuertes la figura entre elegante y destartalada del varego y escupe.

- ¡Deja en paz la lengua y cuida del tiro!

Al anochecer, Fedorenko abre, desalentado, los brazos y pronuncia sin apresurarse la sentencia: - ¿Para qué diablos sirve? Comer pasteles, cortejar a las señoritas... Me parece que no nos conviene. Por eso digo que no hace falta llevarle a Kuriazh.

El jefe del octavo me mira preocupado y serio, esperando que sancione su veredicto. Yo comprendo que el proyecto pertenece a todo el octavo destacamento, que, como es sabido, se distingue por sus convicciones macizas y por sus exigencias respecto al individuo. Pero respondo a Fedorenko.

- A Ognev le llevaremos a Kuriazh. Tú explica a la gente del destacamento que es preciso hacer de él un trabajador. Si vosotros no lo conseguís, nadie lo conseguirá, y Ognev se convertirá en un enemigo del Poder soviético, en un golfo. ¿Comprendes?

- Comprendo -dice Fedorenko.

- Explícalo en el destacamento.

- Bueno, habrá que explicarlo -asiente, convencido, Fedorenko y se lleva la mano a la nuca, ese lugar sagrado en que nosotros, los eslavos, guardamos los problemas malditos.

Así, pues, Oleg Ognev viene con nosotros. ¿Y Uzhikov? Respondo categóricamente y con rabia: Arkadi Uzhikov no debe venir y, en general, ¡al diablo con él! En cualquier otra producción, si un hombre recibiese una materia prima tan inservible, exigiría la convocatoria de decenas de comisiones, levantaría decenas de actas, haría que interviniera en este asunto el Comisariado del Pueblo del Interior y todo género de controles y, en caso extremo, escribiría una carta a Pravda, pero acabaría dando con el culpable. Nadie puede obligar a hacer locomotoras de cubos viejos o conservas de mondas de patata. Y yo no debo hacer locomotoras ni conservas, sino hombres verdaderamente soviéticos. ¿Y de qué? ¿De Arkadi Uzhikov?

Arkadi Uzhikov vagabundeaba desde pequeño por los caminos del mundo, y las ruedas de hierro de todos los carros de la historia y de la geografía han pasado por él. Era todavía pequeño cuando su padre abandonó a la familia. Los penates de Arkadi se vieron embellecidos por un nuevo padre, que había sido algo en la barraca de feria del gobierno de Denikin. Con este gobierno, el nuevo papá de Uzhikov y toda su familia decidieron abandonar los límites del país e instalarse en el extranjero. El voluble destino, por causas ignotas, les deparó un lugar tan poco apropiado como Jerusalén. En esta ciudad, Uzhikov perdió a todos sus parientes, muertos no tanto de las enfermedades como de la ingratitud humana, y quedó en la inacostumbrada compañía de árabes y otras minorías nacionales. Con el transcurso del tiempo, el auténtico padre de Uzhikov, que, por aquel entonces, había conseguido captar satisfactoriamente los secretos de la nueva política económica y que por ello había pasado a ser miembro de cierto combinado, resolvió, de pronto, modificar su actitud respecto a su descendencia. Buscó a su desdichado hijo y logró aprovechar con tanto acierto la situación internacional, que Arkadi fue metido en un barco, provisto de un acompañante y llevado hasta el puerto de Odesa, donde cayó en los paternos brazos. Pero ya dos meses más tarde el padre se horrorizó al conocer algunas brillantes consecuencias de la educación adquirida por su hijo en el extranjero. En Arkadi se conjugaban a las mil maravillas el impulso ruso y la fantasía morisca, y, en fin de cuentas, el viejo Uzhikov fue escrupulosamente desvalijado. Arkadi se llevó al mercado no sólo las joyas de familia -los relojes, las cucharas y los portavasos de plata-, no sólo los trajes y la ropa blanca, sino incluso algunos muebles, y, para colmo, utilizó hábilmente el talonario de cheques del padre al descubrir en su joven firma un profundo parecido familiar con la enrevesada rúbrica del viejo Uzhikov.

Los mismos brazos poderosos que habían sacado a Arkadi de las cercanías del sepulcro del Señor se pusieron por segunda vez en acción. En plena efervescencia de nuestros preparativos de marcha, Uzhikov padre, con refinamiento europeo y la seriedad de una gran empresa, todavía no muy viejo, tomó asiento frente a mí y me expuso circunstanciadamente la biografía de Arkadi, terminando su relato con un leve temblor en la voz: - ¡Sólo usted puede devolverme a mi hijo!

Yo contemplé al hijo, sentado en el diván, y me gustó tan poco, que sentí deseos de devolvérselo inmediatamente a su atribulado padre. Pero, con el hijo, el padre traía unos papeles, y yo no sentí fuerzas para discutir con ellos. Arkadi se quedó en la colonia.

Era alto, flaco y desgarbado. A un lado y otro de su cabeza, intensamente pelirroja, sobresalían unas enormes orejas de un rosado traslúcido; su rostro sin cejas, espolvoreado de grandes pecas, parecía tender siempre hacia abajo; la nariz, gruesa y colgante, pendía como si pesara más que el resto de sus facciones. Arkadi miraba constantemente de reojo. Sus ojos turbios, eternamente empapados de un líquido amarillento, producían intensa repugnancia. Añadid a ello una boca babosa, que nunca se cerraba, y una expresión eternamente inmóvil y lúgubre.

Yo estaba seguro de que los colonos le pegarían en los rincones oscuros, que le empujarían al verle, que se negarían a dormir en la misma habitación que él y a comer en la misma mesa, que le odiarían con ese saludable odio humano que yo conseguía sofocar en mí mismo únicamente merced a un esfuerzo pedagógico.

Desde el primer día, Uzhikov comenzó robando a los compañeros y haciéndose aguas menores en la cama. Mitka Zheveli vino a verme y me preguntó en serio, frunciendo sus negras cejas: - Antón Semiónovich, respóndame usted por las buenas, ¿para qué vamos a llevarnos a uno así? Fíjese usted: de Jerusalén a Odesa, de Odesa a Járkov, de Járkov aquí y ahora a Kuriazh. ¿Para qué vamos a llevarlo? ¿Es que no hay otras cargas? No, usted dígame. ...

Yo guardo silencio. Mitka aguarda pacientemente mi respuesta y frunce las cejas, mirando al sonriente Lápot; después comienza otra vez: - No he visto nunca a nadie como él. Se le debía dar... eso... estricnina... o hacer una bolita de pan... llenarla de alfileres y echársela.

- ¡No la cogería! -se ríe Lápot.

- ¿Quién? ¿Uzhikov no la cogería? ¡Vamos a tirársela a propósito, y ya verás cómo se la come!... ¡Tú no sabes lo glotón que es! ¡Cómo traga! ¡Puf, no puedo ni recordarlo !...

Mitka se estremece de asco. Lápot le contempla con un gesto de sufrimiento. En mi fuero interno estoy de acuerdo con él y me digo: ¿ Qué hacer?... ¡Pero Uzhikov ha venido con tales papelitos!...

Sentados en el diván de madera, los muchachos se quedan pensativos. Por la puerta del despacho asoma el morrito limpio y sonriente de Vaska Alexéiev, y, en un instante, Mitka irradia de alegría: - ¡De ésos de me usted aunque sea un centenar!... ¡Vaska, ven aquí!

Vaska se cubre de rubor y ofrece precavidamente a Mitka una sonrisa tímida y una mirada fija y cariñosa, se inclina sobre sus rodillas y expresa de pronto sus sentimientos con un sonido indescriptible, en el que se mezclan y confunden el suspiro, el gemido y la risa.

Vaska Alexéiev llegó a la colonia por deseo propio, lloroso y aturdido ante las bribonadas de la vida. Llegó en el preciso momento en que estaba celebrándose una reunión del Soviet de jefes, una tarde de tormenta y de lluvia. Las condiciones meteorológicas, que, al parecer, debían de haber sido en absoluto desfavorables, fueron, sin embargo, el origen de la fortuna de Vaska.

De haber hecho buen tiempo, quizá no se le hubiera dejado entrar en la colonia. Pero, como llovía, el jefe del destacamento mixto de guardia le introdujo en el despacho y preguntó: - ¿Qué hacemos con éste? Estaba llorando al lado de la puerta y no cesaba de llover.

Los jefes interrumpieron el debate de los asuntos cotidianos y clavaron la mirada en el recién llegado. Por todos los medios a su alcance -las mangas, los dedos, los puños, la gorra, los faldones de la chaqueta-, Vaska borró rápidamente de su rostro la expresión de pena y, parpadeando con los ojos húmedos, miró a Lápot, en quien reconoció en el acto al presidente.

Tenía un rostro agraciado, rubicundo, calzaba unas buenas botas de becerro, y sólo una vieja y destartalada chaqueta de paño desentonaba de su aspecto decente. Tendría unos trece años.

- ¿Qué quieres? -le preguntó Lápot con severidad.

- Entrar en la colonia -repuso seriamente el pequeño.

- ¿Por qué?

- El padre nos ha abandonado y la madre me ha dicho: ve a donde quieras...

- ¿Cómo? Una madre no puede decir semejante cosa.

- Es que mi madre... no es mi madre.

Sólo por un instante Lápot quedó perplejo ante la nueva circunstancia.

- Espera... ¿Cómo dices?... ¡Ah, sí, no es tu madre! Entonces, tu padre es quien debe recogerte. Está obligado, ¿comprendes?...

En los ojos del muchacho brillaron otra vez unas lágrimas amargas y otra vez se ocupó afanosamente de su eliminación, disponiéndose a hablar. Los ojos agudos de los jefes sonreían, viendo los desusados modales del solicitante. Por fin, el solicitante confesó con un suspiro involuntario: - Es que mi padre... tampoco es mi padre.

Durante un instante todos quedaron silenciosos en el Soviet. Luego estallaron, de pronto, en una estruendosa carcajada. A Lápot incluso se le saltaron las lágrimas de la violencia de su risa: - ¡En menudo lío te has metido, hermano!... ¿Cómo puede ser eso?

El solicitante refirió sencillamente, sin coquetería, clavando la vista en el alegre rostro de Lápot, que le llamaban Vaska y que su apellido era Alexéiev. Su padre, cochero de oficio, había abandonado a la familia, marchándose no se sabía a dónde, y la madre se había casado con un sastre. Luego, la madre comenzó a toser y murió un año después. Entonces, el sastre fue y se casó con otra. Y ahora, por Pascua, se había ido a Kongrad y había escrito desde allí que no pensaba volver. Vivid como queráis, decía.

Tendremos que admitirle -expuso Kudlati-. Aunque, a lo mejor, estás mintiéndonos. ¿Ea? ¿Quién te ha dicho que vengas aquí?

- ¿Quién? Pues... un hombre... que vive allí... él es quien me ha dicho: allí viven unos muchachos y siembran trigo.

Así admitimos en la colonia a Vaska Alexéiev. Tardó poco tiempo en ser el favorito de todos, y ni siquiera se planteaba entre nosotros la cuestión de si hacía falta o no llevarlo a Kuriazh.

Tampoco se planteaba esta cuestión porque era el Soviet de jefes quien había admitido a Vaska, y, por lo tanto, al muchacho podía considerársele, con pleno derecho, como un príncipe de la sangre.

Entre los nuevos colonos figuraban igualmente Mark Sheinhaus y Vera Berezóvskaia.

A Mark Sheinhaus nos lo envió la Comisión de Odesa encargada de los asuntos de los menores de edad, por robo, como se indicaba en la hoja de ruta. Llegó con un

miliciano, pero, a la primera ojeada, yo comprendí que la comisión se había equivocado: una persona con aquellos ojos era incapaz de robar. No intentaré describir los ojos de Mark. En la vida no se encuentran casi nunca ojos así. Sólo es posible hallarlos en los cuadros de artistas como Nésterov, Kaulbach, Rafael, en las imágenes de los santos y, preferentemente, en los rostros de las madonas. Era casi imposible comprender por qué tales ojos habían aparecido en la fisonomía de un pobre judío de Odesa. Y, a juzgar por todos los indicios, Mark era pobre: su escuálido cuerpo de dieciséis años estaba apenas cubierto, en los pies llevaba unos restos indecentes de zapatos, pero su rostro era puro y limpio y su cabellera rizosa aparecía peinada.

Mark tenía unas pestañas tan espesas, que, al moverlas, parecían hacer viento.

Yo le pregunté:

- Aquí se dice que has robado. ¿Es verdad?

El dolor negro y santo de los enormes ojos de Mark fluyó de pronto en una corriente apenas perceptible. Mark alzó pesadamente las pestañas e inclinó su rostro triste, delgaducho y pálido: - Claro que es verdad... Yo... he robado...

- ¿Por hambre?

- No, no se puede decir que haya sido por eso. Yo no he robado por hambre.

Mark seguía mirándome de un modo serio, triste, penetrante y sereno.

Yo sentí vergüenza: ¿para qué atormentar a un chiquillo cansado y triste? Traté de sonreírle lo más cariñosamente posible y le dije: - No debo recordártelo. Has robado, y, ¡qué le vamos a hacer! Al hombre suelen ocurrirle diversas desgracias. Hay que olvidarlas... ¿Has estudiado en algún sitio?

- Sí, he estudiado. He concluido cinco grados y quiero seguir estudiando.

- ¡Eso está muy bien! ¡Magnífico!... Te incluiré en el cuarto destacamento de Taraniets. Toma esta nota y busca al jefe del cuarto, Taraniets. El hará todo lo que haga falta.

Mark cogió el papel, pero, sin ir hacia la puerta, se quedó indeciso junto a la mesa:

- Camarada director, quiero decirle una cosa. Debo decírsela, porque, cuando venía hacia aquí, no hacía más que pensar en cómo se la diría, y ahora ya no puedo más...

Mark sonrió con tristeza y me clavó la mirada de sus ojos implorantes.

- ¿De qué se trata? Habla...

- Yo he estado ya en una colonia, y no puedo decir que allí se estuviera mal. Pero me di cuenta del carácter que se me estaba formando. A mi padre le mataron los de Denikin, yo soy komsomol, y estaba formándoseme un carácter excesivamente blando. Yo comprendía que eso era muy malo. Yo debía tener un carácter bolchevique, y eso comenzó a atormentarme mucho. Dígame, ¿no volverá a enviarme a Odesa si le digo la verdad?

Mark iluminó desconfiadamente mi rostro con sus ojos maravillosos y grandes.

- Cualquiera que sea la verdad que vayas a decirme, no te enviaré a ningún sitio.

- ¡Gracias, camarada director, muchas gracias! Estaba seguro de que usted me contestaría así y por eso me decidí. Me decidí después de leer en el periódico Visti un artículo acerca de su

colonia titulado: La forja del hombre nuevo. Entonces comprendí a dónde debía ir, y empecé a solicitarlo. Pero por mucho que lo solicitaba, no conseguía nada. Es una

colonia para delincuentes -me dijeron-, ¿qué necesidad tienes de ir allí? Entonces me escapé de aquella colonia y me fui derecho a un tranvía. Y todo ocurrió tan de prisa, que usted no puede ni imaginárselo: no hice más que meter la mano en el primer bolsillo cuando en el acto me pescaron y quisieron pegarme. Después me llevaron a la comisión.

- ¿Y la comisión creyó que habías robado?

- ¿Por qué no iba a creerlo? Son gente justiciera, había testigos y hasta un acta; todo estaba en orden. Y, además, yo dije que ya antes había hurgado en los bolsillos.

Rompí a reír francamente. Me alegraba que mi desconfianza respecto al veredicto de la comisión hubiera resultado fundada. Mark, ya tranquilo, fue a instalarse en el cuarto destacamento.

Un carácter completamente distinto era el de Vera Berezóvskaia.

La cosa ocurrió en el invierno. Había ido yo a la estación para despedir a María Kondrátievna Bókova y enviar por mediación suya una carta urgente a Járkov. Encontré a María Kondrátievna en el andén, discutiendo acaloradamente con un vigilante ferroviario. El vigilante sujetaba de la mano a una muchacha como de dieciséis años, que llevaba unos chanclos en los pies desnudos y sobre los hombros una corta capa, pasada de moda, probablemente regalo de alguna buena viejecita. La cabeza destocada de la muchacha tenía un aspecto terrible: los revueltos cabellos rubios habían dejado ya de ser rubios; por un lado, detrás de la oreja, se alzaban como un cojín bien aplastado, y sobre los ojos y la frente caían en oscuros y pegajosos mechones. Tratando de desprenderse de la mano del vigilante, la muchacha sonreía. Era muy guapa. Pero en sus ojos vivos y rientes yo tuve tiempo de captar los destellos opacos de la impotente desesperación de una débil fierecilla. La sonrisa era su única forma de defenderse, su pequeña diplomacia.

El vigilante decía a María Kondrátievna:

- A usted le es fácil razonar, camarada, pero ¡hay que ver lo que tenemos que sufrir nosotros con ellos! ¿Tú estuviste la semana pasada en el tren? Borracha, ¿verdad?

- ¿Cuándo he estado yo borracha? No hace más que inventar -y la muchacha sonrió ya de un modo encantador al vigilante y, arrancando, de pronto, su mano se la acercó rápidamente a los labios, como si le doliera mucho. Después dijo con suave coquetería-: ya ve usted, me he soltado.

El vigilante hizo un movimiento hacia ella, pero la muchacha retrocedió tres o cuatro pasos y se echó a reír estrepitosamente, sin hacer caso de la multitud congregada a nuestro alrededor.

María Kondrátievna miró, turbada, en torno suyo. Entonces me vio:

- ¡Querido Antón Semiónovich!...

Me llevó aparte y empezó a susurrarme con pasión:

- ¡Fíjese usted, qué horror! ¿Es posible esto? Pero si es una mujer guapísima... y no es porque sea guapísima... es que no se puede consentir esto...

- María Kondrátievna, ¿qué quiere usted?

- ¿Cómo qué? No finja, por favor, ¡ave de rapiña!

- ¡Vaya, hombre!

- Sí, ave de rapiña... No hace usted más que pensar en su conveniencia, en sus cálculos,

¿verdad? Y esto no le conviene, ¿verdad? Con ésta que se entiendan los vigilantes, ¿eh?

- Pero óigame, si es una prostituta... ¿quiere usted que la lleve a una colectividad de muchachos?

- ¡Deje sus consideraciones, desgraciado... pedagogo!

Palidecí del ultraje y dije furioso:

- Bueno, ¡ahora mismo vendrá conmigo a la colonia!

María Kondrátievna me cogió de los hombros:

- Querido Makárenko, simpático, ¡gracias, gracias!...

Se precipitó hacia la muchacha, la agarró por los hombros y empezó a cuchichearle algo en secreto. El vigilante gritó enfadado a los curiosos: - ¿Qué hacéis aquí, papamoscas? ¿Es que esto es un cinematógrafo? ¡Cada uno a lo suyo!

Después, el vigilante escupió, se encogió de hombros y se fue.

María Kondrátievna se acercó a mí con la muchacha, todavía sonriente.

- Le presento a Vera Berezóvskaia. Está de acuerdo con ir a la colonia. Vera, éste es su director. Tenga en cuenta que es una persona muy buena y que usted estará muy bien allí.

Vera me sonrió igualmente:

- ¡Iré!... ¿Por qué no?

Nos despedimos de María Kondrátievna y nos acomodamos en el trineo.

- Te helarás -dije a la muchacha y saqué una manta de debajo del asiento.

Vera se arropó en ella y me preguntó alegremente.

- ¿Y yo qué voy a hacer en la colonia?

- Estudiarás y trabajarás.

Vera permaneció callada mucho tiempo. Después dijo con una voz caprichosa de mujer consentida:

- ¡Oh, Dios mío!... Yo no pienso estudiar, y no me venga usted con cuentos...

Nos envolvió una noche nublada, oscura, inquietante. Ibamos por un sendero en medio del campo, balanceándonos violentamente en los baches. Yo dije en voz baja a Vera, de modo que no lo oyese Soroka, sentado en el pescante: - En la colonia todos estudian, lo mismo las muchachas que los muchachos, y tú también estudiarás. Y estudiarás bien. Y para ti empezará una buena vida.

Se apretó contra mí y repitió en voz alta:

- Una buena vida... ¡Oh, qué oscuridad!... Tengo miedo... ¿A dónde me lleva?

- Cállate.

Calló. Entramos en el bosque. Soroka insultaba a alguien a media voz: seguramente al inventor de la noche y del angosto camino forestal.

Vera susurró:

- Le diré una cosa... ¿Sabe usted qué?

- Habla.

- ¿Sabe qué?... Estoy embarazada...

Pasados unos minutos, le pregunté:

- ¿No es una invención tuya?

- No... ¿Para qué iba a inventarlo?... Palabra que es verdad.

A lo lejos brillaron las luces de la colonia. De nuevo cuchicheamos. Yo dije a Vera:

- Te haremos un aborto. ¿De cuántos meses?

- De dos.

- Se te hará.

- Van a reírse de mí.

- ¿Quiénes?

- Los suyos... los muchachos...

- Nadie se enterará de nada.

- Se enterarán...

- No. Lo sabremos tú y yo. Y nadie más.

Vera se rió con desparpajo:

- Sí hombre... ¡Me lo voy a creer!

Guardé silencio. Al subir la pendiente que conducía a la colonia, fuimos al paso. Soroka bajó del trineo y echó a andar junto al hocico del caballo, silbando una canción. De pronto, Vera se inclinó sobre mis rodillas y rompió a llorar amargamente.

- ¿Qué le pasa? -me preguntó Soroka.

- Está apenada -le respondí.

- Seguro que tiene parientes -adivinó Soroka-. No hay nada peor que tener parientes.

Subió al pescante y agitó el látigo:

- Al trote, camarada Mary, al trote. ¡Así!

Entramos en el patio de la colonia.

Tres días más tarde María Kondrátievna volvió de Járkov. No le dije nada de la tragedia de Vera. Y una semana después explicamos a los colonos que Vera debía ingresar en una clínica: estaba mal de los riñones. Regresó de la clínica dócil y triste y me preguntó en voz baja: - ¿Qué hago ahora?

Yo reflexioné un poco y le respondí modestamente:

- Ahora iremos viviendo.

Por su mirada ligeramente perpleja, comprendí que, para ella, vivir era lo más difícil e incomprensible.

Naturalmente, Vera Berezóvskaia viene con nosotros a Kuriazh. Resulta que vienen todos, hasta los veinte novatos que el Comisariado del Pueblo de Instrucción PÚblica me ha enviado en los últimos días con una indiferencia absoluta por mis planes estratégicos. ¡Qué bien estaría que fueran conmigo a Kuriazh sólo los once viejos y probados destacamentos gorkianos! Estos destacamentos se han templado en la lucha de nuestros seis años de historia. Tienen muchas ideas, tradiciones, experiencia, ideales y costumbres comunes. Con ellos no hay por qué tener miedo. ¡Qué bien si no tuviera a estos novatos, que, aunque parecen haberse disuelto en los destacamentos, surgen a cada paso ante mí y me turban siempre que los veo: andan, hablan y miran de otro modo, todavía tienen unos rostros desagradables, de tercera categoría.

Es igual. Mis once destacamentos tienen un aspecto metálico. ¡Pero qué catástrofe si estos once pequeños destacamentos pereciesen en Kuriazh! En vísperas de la salida del destacamento mixto de vanguardia me sentía angustiado y confuso. En el tren de la tarde

llegó Dzhurínskaia, se encerró conmigo en el despacho y me dijo: - Antón Semiónovich, tengo miedo. Todavía no es tarde. Podemos renunciar.

- ¿Qué ha ocurrido, Liubov Savélievna?

- Ayer he estado en Kuriazh. ¡Es horrible! No puedo soportar tales impresiones. Usted lo sabe, he estado en la cárcel, en el frente, y jamás he sufrido como ahora.

- Pero, ¿por qué?...

- No sé, no puedo explicarlo... Pero usted imagínese el cuadro: trescientos chiquillos completamente embrutecidos, depravados, rabiosos... es una descomposición animal, biológica... ni siquiera una anarquía. ¡Y qué miseria, qué hedor, cuántos piojos!... No debe usted ir. Hemos tenido una idea muy estúpida.

- ¡Pero permítame! Si Kuriazh le produce una impresión tan abrumadora, razón de más para hacer algo.

Liubov Savélievna suspiró pesadamente:

- ¡Ah! Acerca de lo que hay que hacer, se podría hablar mucho. Claro que debemos hacer algo.

Es nuestra obligación. Pero no hay que sacrificar su colectividad. Usted no conoce su valor,

Antón Semiónovich. Hay que cuidarla, desarrollarla, mimarla. No se puede poner en peligro la colonia por un capricho cualquiera.

- ¿Por un capricho de quién?

- No sé de quién -replicó, cansada, Liubov Savélievna-. No me refiero a usted: usted ocupa una posición completamente especial. Pero quiero decirle una cosa: tiene usted muchos más enemigos de lo que cree.

- Bueno, ¿y qué?

- Hay gente que vería con gusto que usted fracasara en Kuriazh.

- Lo sé.

- ¿Ve usted? Venga, ¡vamos a obrar en serio! ¡Vamos a renunciar! Aún no es difícil.

Sólo pude sonreír a la propuesta de Dzhurínskaia:

- Es usted nuestra amiga. Su atención y su cariño valen más que el oro para nosotros. Pero... ¡Perdóneme! Ahora ocupa usted la vieja posición pedagógica.

- No lo comprendo.

- La lucha contra Kuriazh es necesaria no sólo para los muchachos de allí y para mis enemigos, sino también para nosotros, para cada colono. Esta lucha tiene una significación real. Mézclese usted entre los colonos, escúchelos y verá que la retirada es ya imposible.

Al día siguiente, el destacamento mixto de vanguardia salió para Járkov. En el mismo vagón que nosotros marchó también Liubov Savélievna.

EL DESTACAMENTO MIXTO DE VANGUARDIA

A la cabeza del destacamento mixto de vanguardia iba Vólojov. Vólojov era sumamente parco en palabras y gestos, pero sabía expresar muy bien su actitud frente a los acontecimientos o el hombre, y esta actitud estaba siempre saturada de una ironía un poco indolente y de una inalterable seguridad en sí mismo. Estas cualidades en formas primitivas existen en cada granuja redomado, pero, pulidas por la colectividad, dan a la personalidad un brillo noble y reservado y permiten el juego hábil de una fuerza invencible y serena. En la lucha hacen falta jefes así, porque poseen una audacia absoluta y frenos de la mejor calidad. Lo que más me tranquilizaba era la circunstancia de que Vólojov ni siquiera pensaba en Kuriazh y en sus pobladores. A veces, provocado por la charla incesante de los muchachos, Vólojov replicaba con aspereza.

- ¡Dejad ya en paz a los de Kuriazh! Ya lo veréis: serán de la misma pasta que todos.

Esta circunstancia no impidió, sin embargo, que Vólojov prestara un cuidado extraordinario a la composición del destacamento mixto de vanguardia. Minuciosamente, en silencio, sopesaba cada candidatura y decidía tajante: - ¡No!... ¡Peso ligero!

El destacamento mixto de vanguardia fue constituido con mucha habilidad. Estaba compuesto exclusivamente por komsomoles, pero, al mismo tiempo, unificaba a los representantes de todas las principales ideas y de los hábitos particulares de la colonia. Formaban parte del destacamento mixto de vanguardia:

1) Vitka Bogoiavlenski a quien el Soviet de jefes, no deseando entrar en liza con un apellido tan antipático, se lo cambió por otro, de una elegancia nunca vista: Górkovski. (36) Górkovski era delgado, feo y listo como un foxterrier. Perfectamente disciplinado, estaba siempre dispuesto a actuar, de todo tenía una opinión propia y juzgaba a la gente con rapidez y decisión. El principal talento de Górkovski consistía en ver al trasluz a cada muchacho y apreciar sin error su verdadera naturaleza. Al mismo tiempo, Vitka no diluía nunca su atención, y la idea que se formaba de cada persona sintetizábase en el acto por él en imágenes colectivas, en conocimientos de grupos, líneas, diferencias y fenómenos típicos.

2) Mitka Zheveli, nuestro viejo conocido, el representante más afortunado y apuesto del verdadero espíritu gorkiano. Mitka había tenido una infancia feliz, y ahora era un joven maravillosamente esbelto, con una cabeza airosa, en la que resaltaba la mirada viva y brillante de sus ojos un poco rasgados. En la colonia había siempre muchos pequeños que trataban de imitar a Mitka en la manera de expresarse enérgicamente, con gestos inesperados y breves, y en el atildamiento y la pulcritud de su indumentaria, y en la manera de andar, y hasta en su convencido, alegre y bonachón patriotismo de gorkiano.

(36) .- Bogoiavlenski en ruso significa presentado por Dios.

Mitka veía en nuestro traslado a Kuriazh un asunto de gran significación política, estaba seguro de que habíamos encontrado formas acertadas de organización de los muchachos y de que, para el provecho de la República proletaria debía ser extendido nuestro hallazgo.

3) Mijaíl Ovcharenko, un muchacho bastante simplote, aunque excelente trabajador, sumamente expansivo respecto a la colonia y a sus intereses. Tenía una biografía muy confusa, en la que él mismo se orientaba con gran trabajo. Había estado en casi todas las ciudades de la Unión Soviética, pero sus andanzas no le habían servido ni para adquirir conocimientos ni para desarrollarse. Desde el primer día se enamoró de la colonia, y en su hoja de servicios no había casi ninguna falta. Servía para muchas clases de trabajo, pero no se había calificado en ninguna rama, porque no soportaba la permanencia en ningún lugar de trabajo durante mucho tiempo. En cambio, poseía un indiscutible talento de administrador, la capacidad de organizar el trabajo del destacamento, la carga y el transporte siempre con rapidez y acierto, salpicando el trabajo de refunfuñamientos y sentencias que no se hacían insoportables, porque despedían invariablemente el hálito agradable de su tontería bien intencionada y de su inextinguible bondad. Misha Ovcharenko era el más fuerte de todos en la colonia, incluso más fuerte que Silanti, y me parece que Vólojov, al elegir a Misha, había tenido principalmente en cuenta esa propiedad.

4) Denís Kudlati, la figura de mayor relieve de la colonia en la época de la ofensiva contra Kuriazh. Muchos colonos se cubrían de un sudor frío cuando Denís pedía la palabra en alguna asamblea general y mencionaba sus nombres. Sabía de un modo fundamental y brillante pulverizar a un hombre y exigir con las palabras más convincentes su expulsión de la colonía.

Lo más terrible de todo era que Denís poseía verdadera inteligencia y su argumentación solía ser abrumadoramente maciza. Respecto a la colonia, observaba una actitud profunda y seria, convencido de que era una cosa útil, bien fundida y organizada. En su imaginación, se asemejaba, probablemente, a un carro bien engrasado y ajustado, en el que se podía recorrer con toda tranquilidad y sin prisa mil verstas y, después de andar media hora a su alrededor con el martillo y la aceitera, recorrer otras mil verstas. Kudlati parecía un kulak típico, y en nuestro teatro desempeñaba sólo papeles de kulak, lo cual no impedía que fuese el primer organizador de nuestro Komsomol y su miembro más activo. Al modo gorkiano, era parco en palabras, observaba una actitud silenciosa y hostil respecto a los oradores y soportaba los discursos largos con verdadero sufrimiento físico.

5) Evguéniev había sido elegido por el jefe en calidad de cebo imprescindible para el hampa.

Era un buen komsomol y un camarada fuerte y alegre, pero en su manera de hablar y en sus modales vibraban aún los recuerdos de los tiempos tumultuosos de la calle y del reformatorio y, como era un buen artista, no le costaba trabajo hablar con una persona en su dialecto, de ser necesario.

6) Zhorka Vólkov, la mano derecha de Kóval en el Komsomol, había ingresado en nuestro destacamento como comisario político y artífice de la nueva Constitución. Zhorka era un activista político por temperamento: apasionado, seguro y tenaz. Al enviarle, Kóval dijo: - Zhorka sabrá tirar de los nervios políticos a esos miserables. Los malditos se creen

que viven en la época del imperialismo. Bueno, y si la cosa llega a las manos, Zhorka tampoco se echará para atrás.

7 y 8) Toska Soloviov y Vañka Shelaputin iban como representantes de la joven generación. Los dos, dicho sea de paso, lucían peinados de moda, sólo que Toska era rubio y Vañka moreno. Toska tenía una carita juvenil, fresca y graciosa, y Vañka un rostro astuto, chato y expresivo.

Por último, en el noveno lugar iba el colono... Kostia Vetkovski. Su vuelta a la colonia había ocurrido de la manera más rápida y prosaica. Tres días antes de nuestra partida, Kostia llegó a la colonia: flaco, verdoso y avergonzado. Fue acogido con reserva, y sólo Lápot dijo: - Bueno, ¿y cómo está la roca Pásame, Señor?

Kostia sonrió con dignidad:

- ¡Que se vaya al diablo! No he estado allí.

- ¡Qué lástima! -exclamó Lápot-. ¡En vano te ha esperado la maldita!

Vólojov entornó los ojos, mirando amistosamente a Kostia:

- ¿Entonces te has atiborrado de cosas interesantes hasta hartarte?

Kostia respondió sin ruborizarse.

- Sí, me he atiborrado.

- ¿Y de postre qué quieres?

Kostia se echó a reír estrepitosamente:

- Pues ya lo ves, esperaré al Soviet de jefes. Son maestros en lo dulce y en lo amargo...

- Ahora no podemos perder el tiempo con tu menú -replicó desabrido Vólojov- . ¿Sabes una cosa? Aliosha Vólkov tiene un pie malo; tú irás en su pueslo. Lápot, ¿a ti qué te parece?

- Creo que sirve.

- ¿Y el Soviet? -preguntó Kostia.

- Ahora nos hallamos en estado de guerra; podemos prescindir del Soviet.

De esta manera tan inesperada para nosotros y para él, sin trámites y sin psicología, fue a parar Kostia al destacamento mixto de vanguardia. Al día siguiente vestía ya el traje de colono.

Con nosotros viene también Iván Denísovich Kirguísov, un nuevo educador, a quien yo he atraído intencionadamente del ascetismo pedagógico de Pirogovka en lugar del dimisionario Iván Ivánovich. Para un observador poco perspicaz, Iván Denísovich puede parecer un vulgar maestro de aldea, pero, en realidad, Iván Denísovich es ese héroe positivo que está buscando insistentemente desde hace tiempo la literatura rusa. Iván Denísovich tiene treinta años, es bondadoso, inteligente, tranquilo y posee una rara capacidad de trabajo. De la última cualidad no pueden alabarse los héroes de la literatura rusa, tanto los positivos como los negativos.

Iván Denísovich sabe hacerlo todo y siempre está haciendo algo, pero desde lejos parece que aún se le puede encargar algo más. Sólo al acercaros, comenzáis a advertir que no es posible encomendarle ningún nuevo trabajo, pero vuestra lengua, que ya está dispuesta a hablar, no sabe detenerse rápidamente y entonces pronunciáis, enrojeciendo y tartamudeando un poco: - Iván Denísovich, hay... que... embalar el gabinete de física...

Iván Denísovich levanta la cabeza de algún cajón o cuaderno y sonríe:

- ¿El gabinete?... Bueno... Buscaré a algunos muchachos y lo embalaremos...

Vosotros os alejáis avergonzados de allí, mientras Iván Denísovich, olvidando en el acto vuestra monstruosidad, dice cariñosamente a alguien: - Ve, palomo, y tráeme a unos cuantos muchachos...

Llegamos a Járkov por la mañana. En la estación nos recibió, tan resplandeciente como la mañana de mayo y como nuestro animoso estado de ánimo, el inspector Yúriev, del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Nos daba palmaditas en la espalda y no dejaba de decirnos: - ¡Vaya con los gorkianos!... ¡Muy bien, muy bien!... ¿Y Liubov Savélievna está también aquí?

¡Magnífico! ¿Saben ustedes una cosa?... Yo tengo un automóvil, vamos a buscar a Jalabuda, y nos marchamos directamente a Kuriazh. ¿Usted también vendrá, Liubov Savélievna?

¡Magnífico! Y los muchachos que vayan en tren hasta Rizhov. La colonia está cerca: a unos dos kilómetros. Pueden ir por el prado. Sólo que hay que darles a ustedes de comer, ¿eh? O tal vez les den de comer en Kuriazh. ¿Usted qué piensa?

Los muchachos me miraban expectantes a mí y contemplaban irónicos a Yúriev. Sus

tentáculos combativos, electrizados al máximo, palpaban ansiosos el primer objeto de Járkov: Yúriev.

Yo dije:

- Mire usted, nuestro destacamento mixto de vanguardia es, por decirlo así, el primer escalón de los gorkianos. Ya que nosotros vamos en automóvil, que vayan ellos también. Me parece que se puede alquilar dos automóviles.

Yúriev saltó de entusiasmo:

- ¡Magnífico, palabra de honor! ¡Cómo son!... ¡Todo a su manera!... ¡Qué encanto! ¿Sabe usted una cosa? Alquilaré los coches por cuenta del Comisariado. ¿Sabe? Yo iré con ellos... con los muchachos...

- Vamos -dijo Vólojov, enseñando los dientes.

- ¡Magnífico, magnífico!... Entonces, vamos... ¡Vamos a alquilar los coches!

Vólojov ordenó.

- Ve tú, Toska.

Toska saludó y pió a la orden, Yúriev contempló a Toska con los ojos resplandecientes de entusiasmo y, frotándose las manos, hizo una pirueta: - ¡Pero qué se puede decir! ¡Qué se puede decir!...

Corrió a la plaza, volviendo la cabeza hacia Toska, que, naturalmente, no podía olvidar tan pronto su gravedad de miembro del destacamento mixto de vanguardia e ir corriendo por la estación.

Los muchachos se miraron, Górkovski me preguntó en voz baja:

- ¿Quién es... ese tipo tan raro?...

Una hora más tarde, tres automóviles alquilados por nosotros subían a toda marcha la pendiente de Kuriazh y hacían alto cerca de un costado, medio derruido, de la catedral. Unas cuantas figuras, desgreñadas y sucias, se dirigieron indolentes hacia los

coches, arrastrando por la tierra sus pantalones largos y rotos, y contemplaron sin mucha curiosidad a los gorkianos, esbeltos como pajes y severos como jueces.

Dos educadores se aproximaron a nosotros y, disimulando apenas su animosidad, cambiaron una mirada entre sí.

- ¿Dónde les instalaremos? A ustedes podemos ponerles unas camas en la habitación de los maestros, y los muchachos pueden ir a los dormitorios.

- Eso no tiene importancia. Ya nos instalaremos en algún sitio. ¿Dónde está el director?

El director está en la ciudad. Pero hay un tipo con unos pantalones de color gris claro, ornados de manchas redondas y grasientas, que, con cierto trabajo y con alusiones a la irregularidad del turno, accede, de todas formas, a presentarse como responsable de guardia y a mostrarnos la colonia. Yo no tengo nada que ver en ella. Yúriev se interesa también poco por las impresiones visuales. Dzhurínskaia calla entristecida, y los muchachos, sin esperar al cicerone oficial, han corrido ya a examinar las riquezas de la colonia: tras ellos, despacio, ha echado a andar Iván Denísovich.

Jalabuda señala con el bastón diversos puntos del horizonte, evocando algunos detalles de su propia actividad organizadora, enumerando los elementos de los bienes inmuebles de Kuriazh y reduciéndolo todo a un denominador común: el centeno. Los muchachos regresan con una mueca de asombro en el rostro. Kudlati me contempla con una expresión, que parece querer decir: ¿Cómo ha podido usted, Antón Semiónovich, meterse en una historia tan estúpida? Los ojos de Mitka Zheveli brillan furiosamente. Con las manos metidas en los bolsillos, mira todo por encima del hombro, y Dzhurínskaia capta perfectamente este movimiento despreciativo: - ¿Qué, muchacho? ¿Se está mal aquí?

Mitka no contesta nada. De repente, Vólojov se echa a reír:

- Me parece que no podremos pasarnos sin bofetadas.

- ¿Cómo? -inquiere, palideciendo, Liubov Savélievna.

- Tendremos que agarrar por las agallas a esta gentuza -explica Vólojov, y de pronto, sujetando con dos dedos por el cuello a un chiquillo mugriento y delgado, vestido con un largo klift, aunque descalzo y sin gorro, le hace acercarse a Dzhurínskaia.

- Mire usted sus orejas.

El chicuelo mugriento se vuelve dócilmente. Sus orejas son, en efecto, notables. Lo de menos es que estén negras y que la suciedad haya tenido tiempo de acharolarse en los diversos roces cotidianos; es que, además, se hallan adornadas por una tumultuosa invasión de pupas sangrientas, de costras y de granos en vías de cicatrización.

- ¿Por qué tienes así las orejas? -pregunta Dzhurínskaia.

El chicuelo mugriento sonríe cohibido, se frota una pierna contra la otra, y vemos que tiene las piernas por el mismo estilo.

- Es sarna - responde con una voz ronca el chicuelo mugriento.

- ¿Cuántos días te faltan para morirte? -se interesa Toska.

- ¿Por qué para morirme? ¡Quia! ¡Como yo hay muchísimos, y todavía no se ha muerto nadie!

No se ve -ignoro la razón- a los colonos. Por el club cochambroso, por las escaleras salpicadas de escupitajos, por los senderos llenos de excrementos vagan unas cuantas figuras aburridas. En los dormitorios desmantelados y hediondos, donde ni siquiera el sol

puede abrirse paso a través de los cristales emporcados por las moscas, tampoco hay nadie.

- ¿Dónde están los colonos? -pregunto al educador de guardia.

El de guardia vuelve orgullosamente la cabeza y dice entre dientes:

- Esa pregunta es superflua.

Junto a nosotros, marcha, sin rezagarse, un muchacho carirredondo, como de quince años.

- Bueno, ¿y qué tal vivís? -le pregunto yo.

El muchacho levanta hacia mí sus inteligentes morritos, sucios como todos los morros de Kuriazh.

- ¿Cómo vivimos? ¡Esto qué va a ser vida! Pero dicen que pronto las cosas irán mejor, ¿es verdad?

- ¿Quién lo dice?

- Los muchachos. Dicen que pronto será otra cosa. Pero también dicen que nos pegarán con varas por cualquier cosa que hagamos.

- ¿Pegaros? ¿Y por qué?

- Dicen que pegarán a los ladrones. Aquí hay muchos.

- Dime, ¿y tú por qué no te lavas?

- ¡Pero si no hay con qué! ¡No hay agua! La central eléctrica está estropeada y la bomba no funciona. Tampoco hay toallas, ni jabón...

- ¿Es que no os dan?

- Antes nos daban... Pero ahora lo han robado todo. Aquí lo roban todo. Ahora ya no hay nada ni en el almacén.

- ¿Por qué?

- Una noche saltaron el cerrojo de la despensa y robaron todo lo que había. El director quiso disparar...

- ¿Y qué?

- Nada... no disparó. Decía: ¡dispararé! Y los muchachos le dijeron: ¡dispara! Pero él no disparó. Lo único que hizo fue llamar a la milicia...

- ¿Y la milicia qué hizo?

- No lo sé.

- ¿Y tú también te llevaste algo del almacén?

- No, yo no me llevé nada. Quería coger unos pantalones, pero los que había eran grandes y sólo me llevé dos llaves que estaban tiradas en el suelo.

- ¿Y hace mucho que ocurrió eso?

- En el invierno.

- Bien... ¿Y cómo te llamas?

- Piotr Málikov...

Vamos hacia la escuela, Yúriev escucha en silencio nuestra conversación. Rezagándose, marcha Jalabuda, rodeado de gorkianos: los muchachos tienen un olfato sorprendente para descubrir a la gente divertida. Jalabuda yergue su rostro rematado por una barba pelirroja y habla de la buena cosecha a los muchachos. Tras él se arrastra, arañando la tierra, un bastón grueso y nudoso.

Por fin entramos en la escuela. Es el antiguo albergue anejo al monasterio, reconstruido por el Comité de Ayuda a la Infancia. El único edificio de la colonia donde no hay dormitorios: un pasillo larguísimo y, a un lado y otro, clases largas y estrechas. ¿Por qué ha sido instalada aquí la escuela? Estas habitaciones sirven únicamente para dormitorios.

Una de las clases, llena de carteles y de malos dibujos infantíles, nos es presentada como el rincón de los pioneros. Probablemente, es mantenida tan sólo para las comisiones de revisión y por decencia política: tenemos que esperar, por lo menos, media hora hasta que aparece la llave y es abierta la habitación.

Nos sentamos a descansar en un banco. Mis muchachos se han quedado silenciosos. Vitka susurra cautelosamente tras de mi hombro: - Antón Semiónovich, hay que dormir en esta habitación. Todos juntos. Pero nada de camas.

Están llenas de piojos, ¿sabe?...

Por encima de las rodillas de Vitka se inclina hacia mí Zheveli:

- Y aquí hay muchachos que no están mal. Sólo que no quieren a sus educadores. Y trabajar, no trabajarán sin...

- ¿Sin qué?

- No trabajarán si no se les arma antes un buen escándalo.

Comenzamos a discutir el orden de la cesión. De la ciudad llega en un coche de punto el director. Contemplo su rostro obtuso e incoloro, y me digo: realmente, ni siquiera se le puede llevar a los tribunales. ¿Quién ha colocado en el puesto sagrado de director a este ser lamentable?

El director emplea un tono belicoso y nos dice que es preciso entregar la colonia lo antes posible, que él no puede responder de nada.

Yúriev le pregunta:

- ¿Cómo que no responde usted de nada?

- Es que los muchachos están muy excitados. Puede ocurrir toda clase de excesos. Tengan ustedes en cuenta que disponen hasta de armas.

- ¿Y por qué se hallan tan excitados? ¿No tendrán ustedes la culpa de ello?

- Yo no necesito excitarles. Ellos mismos comprenden a qué huele todo esto. ¿Ustedes creen que ellos no lo saben? ¡Ellos lo saben todo!

- ¿Qué es lo que saben?

- Lo que les espera -replica expresivamente el director y con un gesto todavía más expresivo se vuelve hacia la ventana, demostrando así que incluso nuestro aspecto no augura nada bueno para los educandos.

Vitka me susurra al oído:

- ¡Qué bicho, pero qué bicho!...

- Calla, Vitka -le tranquilizo yo-. Cualesquiera que sean los excesos que puedan producirse aquí, los responsables de ellos seréis vosotros, independientemente de que ocurran antes o después de la toma de posesión. Y a propósito, también yo solicito que sean aceleradas lo más posible todas las formalidades.

Acordamos que la entrega debe efectuarse mañana, a las dos de la tarde. Todo el personal - sólo de educadores, cuarenta personas- es despedido y en el plazo de tres días

tiene que abandonar las habitaciones que ocupa. Para la entrega de las herramientas y los materiales de trabajo se fija un plazo suplementario de cinco días.

- ¿Y cuándo vendrá su administrador?

- No tenemos administrador. Designaremos para la recepción a uno de nuestros educandos.

- No pienso hacer la entrega a ningún educando -dice, ya engallándose, el director.

Comienza a irritarme toda esta concentración de estupidez. En realidad, ¿qué es lo que tiene que entregar?

- ¿Sabe usted una cosa? -le digo-. Para mí es igual si hay o no acta. Para mí lo que tiene importancia es que dentro de tres días no quede aquí ni uno solo de ustedes.

- ¡Ah! ¿Eso es para que no estorbemos?

- ¡Exactamente!

El director, ofendido, se levanta de un salto y corre a la puerta. Tras él corre el educador de guardia. Ya en la puerta, el director se desahoga: - ¡Nosotros no les estorbaremos, pero les estorbarán otros!

Los muchachos se ríen a carcajadas. Dzhurínskaia suspira. Yúriev observa algo, turbado, en el alféizar de la ventana. Sólo Jalabuda examina inalterablemente los carteles de la pared.

- Bueno, ¿y si nos fuéramos? -propone Yúriev-. Mañana volveremos, ¿eh, Liubov Savélievna?

Dzhurínskaia me mira tristemente.

- No vengan ustedes -suplico.

- ¿Cómo no vamos a venir?

- ¿Qué necesidad tienen? A mí no me ayudarán en nada, y no haremos más que perder eL tiempo hablando.

Un poco ofendido, Yúriev se despide. Liubov Savélievna nos estrecha fuertemente la mano a mí y a los muchachos y pregunta: - ¿No tienen ustedes miedo? ¿No?

Se marchan a la ciudad.

Nosotros salimos. Por lo visto, es la hora del reparto de la comida, porque de la cocina a los dormitorios van muchachos con cazuelas de borsch. Kostia Vetkovski me tira de la manga y se ríe a carcajadas: Mitka y Vitka han detenido a dos muchachos que llevan una cazuela.

- ¿Acaso se puede hacer eso? -pregunta Mitka con acento de reproche-. ¡Cómo sois! ¿Es que no lo entiendes o es que eres un caníbal?...

Yo tardo en comprender de qué se trata. Kostia agarra con dos dedos por una manga a uno de los muchachos de Kuriazh. El chico lleva debajo del otro brazo un pan, al que ha sido arrancada la mitad de la corteza. Kostia sacude por la manga al turbado muchacho: toda la manga está empapada en borsch y cubierta hasta el hombro de trocitos de col y de remolacha.

- ¡Miren! -Kostia se desternilla de risa.

Tampoco nosotros podemos contenernos: el muchacho aprieta en el puño un pedazo de carne.

- ¿Y el otro?

- ¡También! -responde Mitka, riéndose a carcajadas-. Se dedican a pescar la carne del borsch... mientras lo llevan... ¿Cómo no te da vergüenza, idiota? ¡Debías haberte arremangado, por lo menos!

- ¡Huy, qué difícil va a ser esto, Antón Semiónovich! -exclama Kostia.

Mis muchachos se dispersan en direcciones desconocidas. El dulce día de mayo envuelve el monte del monasterio, pero el monte no le responde con la misma sonrisa afable. En mi imaginación, el mundo es dividido por una superficie transparente y horizontal en dos partes: arriba, un cielo saturado de brillo azul, un aire saludable, sol, vuelos de pájaros y crestas de nubes altas y serenas. De los bordes del cielo, que descienden hacia la tierra, cuelgan lejanos grupos de jatas, agradables sotos y la alegre sierpe del río perdiéndose a lo lejos. Bajo el sol, extiéndense, engalanados como para una fiesta, campos negros, verdes y rojos. Nadie sabe si todo eso está bien o mal, pero es grato contemplarlo, es dulce y sencillo, y uno siente el deseo de convertirse en una parte de este diáfano día de mayo.

Y, mientras tanto, a mis pies está la tierra emporcada de Kuriazh, los viejos muros, saturados de olores a sudor, a incienso y a chinches, los pecados seculares de los popes y la miseria purulenta de los niños desamparados. No, esto, naturalmente, no es el mundo real. Esto parece inventado por alguien.

Vago por la colonia. Nadie se me acerca, pero el número de colonos parece mayor. Me observan de lejos. Entro en los dormitorios. Hay muchos, y no me imagino dónde, por fin, no los habrá, cuántas decenas de casas, de casitas y de alas estarán llenas de dormitorios. En ellos hay ahora muchos colonos. Están sentados en montones apelmazados de trapos o en las tablas rasas y en los bordes de hierro de las camas. Están sentados y con las manos entre las rodillas de los pantalones harapientos digieren la comida. Alguno se dedica al exterminio de sus piojos; en los rincones, hay grupos de jugadores de cartas; en otros rincones, algunos colonos terminan de comer un borsch frío en cazuelas ahumadas. Nadie me hace el menor caso. Yo no existo en este mundo.

En uno de los dormitorios pregunto a un grupo de muchachos que, para mi gran sorpresa, están viendo las ilustraciones de una vieja revista:

- Muchachos, explicadme, ¿dónde han ido a parar vuestras almohadas?

Todos levantan sus rostros hacia mí. Un mozalbete de nariz aguda ofrece libremente a mi mirada una fisonomía irónica:

- ¿Las almohadas? ¿Usted es el camarada Makárenko? ¿Sí? ¿Antón Semiónovich?

- Sí.

- ¿El que anda inspeccionando por aquí?

- El mismo.

- Mañana desde las dos de la tarde...

- Sí, desde las dos de la tarde -le interrumpo-, pero tú no has respondido a mi pregunta: ¿dónde están vuestras almohadas?

- Vamos a contárselo, ¿bueno?

El muchacho sacude afablemente la cabeza y se aparta, haciéndome sitio en el jergón sucio y remendado. Yo me siento.

- ¿Cómo te llamas? -le pregunto.

- Vania Záichenko.

- ¿Sabes leer?

- El año pasado estudié en el cuarto grado, pero este invierno... seguramente, usted lo sabe... no hemos tenido clases.

- Bueno, ¿pero dónde están las sábanas y las almohadas?

Con los grises ojos brillantes de malicia, Vania examina rápidamente a sus camaradas y se instala sobre la mesa. Un zapato, amarillo y deteriorado, se apoya en mi rodilla. Los demás se sientan, apretándose, en la cama. Entre ellos reconozco, de repente, el rostro redondo de Málikov.

- ¿También tú estás aquí?

- ¡Claro!... Es nuestra pandilla. Este es Timka Odariuk, y éste es Ilyá... ¡ Ilyá Fonárenko!

Timka es pelirrojo, con la cara llena de pecas, los ojos sin pestañas y una sonrisa libre de prejuicios. Ilyá tiene una boca gruesa, es pálido, con la cara llena de granos, pero los ojos son auténticos ojos: ojos castaños, que ciñen unos músculos prietos y elásticos. Vania Záichenko mira al dormitorio vacío por encima de las cabezas de sus camaradas y empieza con una voz apagada de conspirador:

- Usted pregunta dónde están las almohadas, ¿eh? Y yo le contesto francamente que no hay almohadas: ¡nada más!

Súbitamente estalla en una risa sonora y agita las manos, separando los dedos. Los demás se rien también.

- Aquí nos divertimos mucho -dice Záichenko-. Todo tiene mucha gracia. No hay almohadas...

Al principio, las había, pero después... ¡puf!... ¡desaparecieron!

Se ríe otra vez.

- El pelirrojo se acostó encima de la almohada y despertó sin ella... ¡puf!... ¡había desaparecido!

Záichenko mira a Odariuk con sus ojos pequeños y pillos. Al reírse, se echa hacia atrás y empuja con más fuerza mi rodilla con su pie.

- Antón Semiónovich, usted dígame: para que haya almohadas, hay que apuntarlo todo, ¿verdad? Hay que contarlas y tenerlas apuntadas, ¿verdad? Y cuándo se han entregado y a quién, ¿verdad? Pero en nuestra colonia nadie lleva cuenta no ya de las almohadas, sino ni siquiera de la gente... ¡Nadie!... y nadie cuenta nada... ¡Nadie!

- ¿Cómo puede ser eso?

- Pues muy sencillo: siéndolo. ¿Usted cree que alguien ha apuntado que aquí vive Ilyá

Fonárenko? Nadie y nadie lo sabe tampoco. Y a mí tampoco me conoce nadie. ¡Oh! Si usted supiera... Aquí hay muchos que hacen así: viven un poco en la colonia, luego se van y después vuelven otra vez. Fíjese: ¿usted cree que Timka ha sido traído aquí por alguien? Nadie le ha traído. El mismo ha venido y aquí está.

- Entonces, ¿es que se encuentra bien aquí?

- No, ha venido hace cosa de un par de semanas. Se fugó de la colonia de Bogodújovo. ¿Sabe usted? Quería ir a la colonia Gorki.

- ¿Es que en Bogodújovo están enterados?

- ¡Oh! ¡Allí están enterados de todo! ¡Y de qué manera!

- ¿Y por qué ha venido él solo?

- Es que, naturalmente, cada uno tiene sus gustos. Hay muchos chicos a los que no les gusta la severidad. Según dicen, en su colonia hay una severidad que, si suena la corneta, se debe echar a correr y levantarse en un dos por tres. ¿Ve usted? Y, además, trabajar. Los muchachos de aquí tampoco quieren eso...

- Se escaparán -dijo Málikov.

- ¿Los kuriazhanos?

- Sí. Se irán a los cuatro vientos. Dicen así: ¡Como si no supiéramos nosotros lo que busca

Makárenko! El lo que quiere es ganarse condecoraciones, pero a nosotros nos tocará trabajar. Se escaparán todos.

- ¿A dónde?

- ¿Acaso hay pocos sitios? Se irán a la colonia que quieran.

- ¿Y vosotros?

- Nosotros somos una pandilla -se apresuró a decir alegremente Záichenko-. Nuestra pandilla se compone de cuatro personas. ¿Sabe una cosa? Nosotros no robamos. No nos gusta. Sólo Timka... Pero bueno, no lo hace para él, eso jamás, sino para todos...

Timka se sonroja bonachón en la cama y trata de mirarme a través de sus párpados, entornados por la vergüenza.

- Bueno, pandilla, hasta la vista -digo yo-. ¡De ahora en adelante vamos a vivir juntos!

Todos me responden: -Hasta la vista- y sonríen.

Sigo adelante. Es decir, cuatro están ya de mi parte. Pero, además de ellos hay aún doscientos setenta y seis, tal vez más. Probablemente, Záichenko tiene razón: aquí no se ha contado ni se ha registrado a la gente. De pronto me horrorizo ante esa cifra terrible y no contada. ¿Cómo he podido lanzarme con tanta ligereza a esta empresa francamente desesperada? ¿Cómo he podido poner en peligro, además de mi buena estrella, la vida de toda una colectividad?

Mientras esa cifra de 280 se me aparecía en forma de tres números escritos en un papel, mi fuerza me parecía poderosa, pero hoy, cuando esos doscientos ochenta rodean como un nauseabundo campamento a mi insignificante destacamento de muchachos, algo comienza a enfriárseme muy cerca del diafragma, y hasta en las piernas empiezo a sentir una debilidad desagradable y molesta.

En medio del patio se me aproximaron tres muchachos como de diecisiete años, con el pelo cortado y buenos zapatos. Uno llevaba una chaqueta marrón relativamente nueva, pero, debajo de la chaqueta, se veía una camisa toda arrugada y sucia de comida; otro llevaba un abrigo de cuero y el tercero, una camisa blanca y pulcra. El poseedor de la chaqueta hundió las manos en los bolsillos del pantalón, ladeó un poco la cabeza y de repente se puso a silbar una conocida melodía de Odesa, mostrándome a propósito sus dientes bellos y blancos. Observé que tenía los ojos grandes y turbios, a los que daban sombra unas pobladas y rojizas cejas.

Los otros dos permanecían juntos, cada uno con un brazo echado por el hombro del otro, y fumaban sendos cigarrillos que hacían pasar rápidamente con la lengua de comisura a comisura de la boca. A nuestro grupo se acercaron unas cuantas figuras más.

El pelirrojo entornó un ojo y dijo en voz alta:

- ¿Es Makárenko, verdad?

Me detuve frente a él y respondí con tranquilidad, procurando por todos los medios no expresar nada en mi rostro:

- Sí, ése es mi apellido. ¿Y tú cómo te llamas?

Sin responder, el pelirrojo se puso a silbar de nuevo, mirándome fijamente con un ojo entornado y balanceando un pie. De pronto se volvió bruscamente de espaldas, encogióse de hombros y, sin dejar de silbar, se fue, separando mucho las piernas y hundiendo todavía más las manos en los bolsillos del pantalón. Sus amigos le siguieron, abrazados como antes y cantando a voz en cuello:

Ha paseado el chiquillo,

Ha paseado por ciudades...

Las figuras que nos rodean siguen examinándome. Una susurra a otra:

- Es el nuevo director...

- Da lo mismo uno que otro -responde también en voz baja la segunda figura.

- ¿Está usted pensando por dónde empezar, camarada Makárenko?

Vuelvo la cabeza: una mujer joven de ojos negros me sonríe. Es extraordinario ver aquí una blusa impecablemente blanca y una severa corbata negra.

- Soy Guliáeva.

La conozco. Es la instructora del taller de costura y el único miembro del Partido en Kuriazh.

Da gusto mirarla. Guliáeva ha empezado a engordar, pero tiene un talle aún flexible, unos bucles negros y brillantes, también jóvenes, y de ella se desprende una gran fuerza espiritual, todavía no gastada. Yo le contesto alegremente: - Venga, vamos a empezar juntos.

- ¡Oh, no! Yo seré un mal ayudante. No sé.

- Le enseñaré.

- Bien... He venido a invitarle a que visite usted a las muchachas; todavía no las ha visto. Le esperan... Incluso le esperan ansiosamente. Yo puedo enorgullecerme un poco: las niñas han estado aquí bajo mi influencia, y entre ellas hay hasta tres komsomolas. Vamos.

Nos dirigimos al edificio central, un pabellón de dos pisos.

- Ha procedido usted muy bien -dice Guliáeva- al exigir el cese de todo el personal. Eche usted a todos, hasta el último, sin tener consideraciones con nadie... y a mí écheme también.

- No, respecto a usted ya hemos llegado a un acuerdo. Precisamente cuento con su ayuda.

- Bueno, pero tenga cuidado, no vaya a lamentarlo después.

El dormitorio de las niñas es muy grande. En él hay sesenta camas. Me admiro: cada cama tiene su manta, cierto que vieja y gastada. Debajo de las mantas hay sábanas. Y hasta almohadas.

Las niñas nos esperaban, efectivamente. Visten unos trajecitos de percal viejos y remendados.

La mayor de ellas tiene quince años.

Yo las saludo:

- ¡Buenas tardes, niñas!

- Os he traído a Antón Semiónovich, ya que deseabais conocerle.

En voz baja las niñas responden al saludo y poco a poco se aproximan a nosotros, arreglando de paso sus camas. No sé por qué, siento de pronto una gran compasión por estas niñas y unos terribles deseos de proporcionarles aunque no sea más que una pequeña alegría. Se sientan en las camas alrededor de nosotros y me miran tímidamente. Yo no acabo de comprender por qué me dan tanta lástima. Quizá porque están pálidas, porque tienen los labios exangües y miran con recelo o quizá porque tienen el traje remendado. Y pienso rápidamente: es imposible tolerar que las niñas vistan semejantes andrajos; esto puede imprimir en ellas una gran amargura para toda la vida.

- Decidme, niñas, cómo vivís -les pido.

Las niñas callan, me miran y sonríen tan sólo con los labios. De pronto veo claramente que sólo sus labios saben sonreír, que, en realidad, estas niñas no tienen ni

idea de lo que es una verdadera sonrisa viva. Examino lentamente todos los rostros y, trasladando la mirada a Guliáeva, digo:

- Soy una persona experta, pero aquí hay algo que no comprendo.

Guliáeva enarca las cejas:

- ¿Qué?

De repente, una niña morena sentada frente a mí, con una falda muy cortita de color rosa, bajo la que asoman sus rodillas, dice, mirándome con sus ojos extáticos:

- Venga usted cuanto antes con sus gorkianos, porque aquí es muy peligroso vivir.

Y yo comprendo inmediatamente de qué se trata: en el rostro de esta muchacha morenita, en sus ojos inmóviles, en las involuntarias convulsiones de su boca hay una inequívoca expresión de miedo, de auténtico temor.

- Están asustadas -digo a Guliáeva.

- Su vida es muy dura, Antón Semiónovich, durísima...

A Guliáeva se le enrojecen los ojos. Rápidamente se aparta hacia la ventana.

Yo pregunto resueltamente a las niñas:

- ¿A qué tenéis miedo? ¡Decídmelo!

Al principio, de un modo tímido, ayudándose e interrumpiéndose mutuamente, después con sinceridad y terribles pormenores, las niñas me cuentan su vida.

Sólo en el dormitorio se sienten relativamente seguras. Tienen miedo a salir al patio, porque los muchachos las persiguen, las pellizcan, les dicen tonterías, las acechan cuando van al excusado y abren la puerta. Frecuentemente, las niñas pasan hambre, ya que no las dejan comida en el comedor. Los muchachos arramblan con toda la comida y se la llevan a los dormitorios. Eso está prohibido y el personal de la cocina trata de impedirlo, pero los muchachos, sin hacer ningún caso, se llevan las cazuelas y el pan y las muchachas no pueden hacer otro tanto. Llegan al comedor y esperan, luego les dicen que ya no queda nada, porque los muchachos se han llevado todo. A veces les dan un poco de pan. Mas permanecer en el comedor es también peligroso, porque suelen entrar los muchachos, las maltratan, las llaman prostitutas y cosas todavía peores, quieren enseñarles toda suerte de palabrotas. Además, exigen de ellas la entrega de diversas cosas para venderlas, pero, como las niñas no se las dan, los muchachos corren al dormitorio, se apoderan de una manta, o una almohada u otro objeto y se lo llevan a la ciudad para venderlo. Las niñas se atreven a lavar su ropa solamente de noche, pero ahora incluso de noche es peligroso:los muchachos las acechan en el lavadero y hacen cosas imposibles de contar. Valia Gorodkova y Mania Vasilenko fueron a lavar, y después volvieron y se pasaron llorando toda la noche y por la mañana huyeron de la colonia no se sabe adonde. Una muchacha se quejó al director, y cuando, al día siguiente, fue al excusado la atraparon y le untaron la cara con... eso mismo... del excusado. Ahora algunos muchachos dicen que van a cambiar las cosas, pero otros afirman que, de todas maneras, no se conseguirá nada, porque los gorkianos son muy pocos y les obligarán a marcharse.

Guliáeva escuchaba a las niñas, sin apartar la vista de mí. Yo sonreí no tanto a ella como a las lágrimas que acababa de verter.

Las muchachas acabaron su triste relato, y una de ellas, a la que todas llamaban Smena, me preguntó seriamente:

- Dígame usted, ¿es que una cosa así es posible bajo el Poder soviético?

Yo le respondí:

- Lo que me habéis contado es una gran iniquidad, y bajo el Poder soviético no debe haber

iniquidades semejantes. Dentro de algunos días, todo cambiará para vosotras. Viviréis felices, nadie os ofenderá y tiraremos esos trajes.

- ¿Dentro de algunos días? -interrogó, pensativa, una niña rubia, sentada en el poyo de la ventana.

- Exactamente dentro de diez días -respondí.

Vagué por la colonia hasta el anochecer, dominado por los pensamientos más sombríos.

En cada metro cuadrado de este antiquísimo espacio circular, encerrado entre murallas de una toesa de espesor y tres siglos de edad, con una catedral desvencijada en medio, surgían, como una triunfante maleza en la tierra emporcada, los problemas pedagógicos. En la vieja y tambaleante cochera, llena de estiércol hasta el techo, en la cuadra, especie de asilo para uha decena de solteronas de la raza vacuna, en todo el patio, en la reja rota del jardín hacía tiempo desaparecido, en todo el espacio circundante sobresalían los tallos secos de la educación

socialista. Y en los dormitorios de los colonos y, todavía más cerca de nosotros, en las habitaciones vacías del personal, en los llamados clubs, en la cocina, en el comedor, se mecían sobre esos tallos unos frutos gordos y venenosos que yo debía tragarme en el transcurso de los próximos días.

Con los pensamientos se me despertó la ira. Empecé a reconocer en mí la cólera del año 1920.

Repentinamente surgió a mi espalda el demonio tentador de odio desenfrenado. Quería ahora mismo, inmediatamente, sin moverme del sitio, agarrar a alguien por el cuello, meterle de narices en los charcos y en los montones hediondos, exigir las acciones más elementales...

No, no de la pedagogía, ni de las teorías de la educación socialista, ni del deber revolucionario, ni del énfasis comunista, no, no, nada de eso, sino del más corriente sentido común, de la vulgar y despreciada honradez pequeñoburguesa. La furia apagó en mí el temor al fracaso. Los ataques de indecisión, aparecidos momentáneamente, iban siendo exterminados sin piedad por la promesa que había hecho a las niñas. Estas decenas de niñas atemorizadas, pálidas y silenciosas, a las que había garantizado tan insensatamente una vida humana para dentro de diez días, pasaron a ser de pronto en mi alma representantes de mi propia conciencia.

Gradualmente iba oscureciendo. En la colonia no había luz eléctrica. Desde las murallas del monasterio se arrastraba hacia la catedral una penumbra sombría y compacta. Por todos los agujeros, pasos y rincones husmeaban los muchachos, apoderándose desorganizadamente de la cena y disponiéndose a pasar la noche. Ni risas, ni canciones, ni voces alegres. A veces llegaban hasta mí sordos gruñidos, el habitual e indolente altercado. Por las escaleras medio rotas que conducían a un dormitorio, trepaban dos borrachos, blasfemando aburridos. Desde la penumbra, Kostia Vetkovski y Vólojov les contemplaban con silencioso desprecio.

LA PROSA DE KURIAZH

Al día siguiente, a las dos de la tarde, el director de Kuriazh firmó altanero el acta de la cesión y el despido de todo el personal. Después se instaló en un coche de punto y se fue.

Contemplando su nuca que se alejaba, envidié la fortuna luminosa de este hombre: ahora era libre como un gorrión, nadie lanzaría en su persecución ni siquiera una piedra.

Yo no tengo alas semejantes, y por eso me muevo pesadamente entre los personajes terrenales de Kuriazh y siento cómo se me extiende la hiel.

El sol de mayo ilumina a Vañka Shelaputin, que refulge igual que un brillante con su confusión y su sonrisa Lo mismo que él quiere refulgir también la campana de cobre suspendida del muro de la catedral. Pero la campana está sucia y es vieja, y sólo puede reflejar opacamente los rayos del sol. Y, además, está rota, y, por mucho que se esfuerce Vañka, no se puede extraer de ella nada sensato. Y, sin embargo, Vañka necesita tocar a asamblea general.

El sentimiento desagradable, pesado, hormigueante de la responsabilidad es absurdo por naturaleza. Se aferra a cada bagatela, intenta sinuosamente penetrar en el más pequeño resquicio y se queda allí, todo tembloroso de inquietud y de ira. Mientras Shelaputin toca a asamblea, este sentimiento queda suspendido de la campana: ¿cómo puede tolerarse que unos sonidos tan indignos se expandan sobre la colonia?

Cerca de mí, Vitka Górkovski escruta atentamente mi rostro. Traslada su mirada al campanario, junto a la puerta del monasterio, y súbitamente sus pupilas se oscurecen y dilatan; una docena de diablillos asoma afanosamente por ella. Vitka se ríe silenciosamente, irguiendo la cabeza, enrojece un poco y dice con voz ronca:

- Ahora mismo vamos a organizarles, ¡palabra de honor!

Va rápidamente hacia el campanario y, de paso, celebra una conferencia relámpago con Vólojov. Mientras tanto, Vañka hace toser por segunda vez a la vieja campana y dice riéndose:

- ¿Es que no comprenden o qué? Llamo, llamo, y ellos como si nada...

El club es también una antigua iglesia. Altos ventanales con rejas, polvo y dos estufas de hierro. En el semicírculo donde antes se hallaba el altar hay ahora una mesita anémica sobre unas tablas agujereadas. La sentencia china que afirma: Vale más estar sentado que de pie no ha sido reconocida en Kuriazh: es que los kuriazhanos no se hallan tampoco dispuestos a hacerlo. De vez en cuando, una cabeza despeinada asoma por la puerta y se oculta inmediatamente; por el patio vagan grupos de tres o cuatro muchachos aburridos en espera de la comida, que, por encontrarnos en el interregno, hoy se dará más tarde. Pero todos ésos no son más que la plebe: las verdaderas fuerzas motrices de la civilización de Kuriazh se esconden en lugares ignotos.

No se ve a los educadores. Ahora ya comprendo de qué se trata. Hemos pasado la noche no muy bien sobre las duras mesas de la habitación de los pioneros, y los muchachos me han relatado emocionantes historias de la vida en Kuriazh.

Los cuarenta educadores tenían en Kuriazh cuarenta habitaciones. Hace año y medio llenaron triunfalmente esas habitaciones de diversos objetos de cultura: mantelerías bordadas y camas turcas de modelo provinciano. También poseían otros valores más portátiles y adecuados para el paso de un dueño a otro. Y esos valores, precisamente, comenzaron a pasar a manos de los educandos de Kuriazh por el procedimiento más simple, conocido ya en la antigua Roma bajo el nombre de robo con fractura. Esta forma clásica de adquisición se extendió tanto en Kuriazh, que los educadores, uno tras otro, se apresuraron a trasladar a la ciudad los últimos objetos de cultura, en sus habitaciones quedó un mobiliario extraordinariamente modesto, si puede considerarse como tal un número de Izvestia extendido en el suelo y que servía de lecho a los pedagogos durante sus guardias.

Ahora bien, como los educadores de Kuriazh estaban acostumbrados a temblar no sólo por sus bienes, sino también por su vida, en poco tiempo las cuarenta habitaciones destinadas a los educadores adquirieron una fisonomía de verdaderos bastiones, entre cuyos muros el personal pedagógico pasaba honradamente las horas de la guardia. Ni antes ni después de ello yo he visto en mi vida medios defensivos como los que había en las ventanas, puertas y otras rendijas de las habitaciones de los educadores de Kuriazh. Enormes ganchos, gruesas barras de hierro, cerrojos forjados ucranianos, cerrojos rusos de medio pud cada uno y candados pendían en racimos de los marcos y de las contraventanas.

Desde la llegada del destacamento mixto de vanguardia yo no había visto a ninguno de los educadores. Por ello, el propio cese tenía más bien un carácter simbólico; yo veía también sus habitaciones como signos convencionales, ya que sólo las botellas de vodka y las chinches recordaban que en ellas había vivido gente.

De paso vi a un tal Lozhkin, hombre de edad y aspecto muy indeterminados. Intentó demostrarme su potencia pedagógica y quedarse en la colonia Gorki para, bajo su dirección, seguir conduciendo a la juventud hacia el progreso. Durante media hora estuvo dando vueltas a mi alrededor y divagando sobre distintas sutilezas pedagógicas.

- ¡Esto es el caos, el caos más completo! Ya ve, han tocado ustedes, y ellos no acuden. ¿Por qué? Yo le digo que es preciso enfocar pedagógicamente las cosas. Tienen razón quienes aseguran que hace falta una conducta condicionada, pero ¿qué conducta condicionada puede haber si, usted perdone, ellos roban sin que se lo impida nadie? Yo sé tratarles, y ellos acuden siempre a mí y me respetan, pero a pesar de todo... estuve dos días en casa de mi suegra cuando cayó enferma, y ellos rompieron los cristales y me robaron todo, absolutamente todo.

Me quedé tal como mi madre me parió, a excepción de esta guerrera. ¿Y por qué, puede preguntarse? Bueno, roba al que te trata mal, mas ¿para qué robas al que te trata bien? Yo le digo: es preciso enfocar pedagógicamente las cosas. Yo reúno a los muchachos, hablo con ellos una vez, dos, tres, ¿comprende usted? Consigo interesarles, y la cosa va bien. Les planteo problemas. En un bolsillo hay siete kopeks más que en el otro, y, juntos, suman veintitrés kopeks: ¿cuántos hay en cada bolsillo? Ingenioso, ¿ verdad?

Y Lozhkin me guiña pícaramente los ojos.

- Bueno, ¿y qué? -pregunto yo por cortesía.

- No, usted dígame: ¿cuántos?

- ¿Cómo, cuántos?

- Dígame: ¿cuántos hay en cada bolsillo? -insiste, Lozhkin.

- Pero... ¿Usted quiere que se lo diga yo?

- Pues claro... Dígame: ¿cuántos kopeks hay en cada bolsillo?

Yo me indigno:

- Oigame, camarada Lozhkin, ¿ha estudiado usted en alguna parte?

- ¡Cómo no! Pero más que nada soy un autodidacta. Durante toda mi vida no he hecho, en realidad, más que instruirme por mí mismo. Yo, naturalmente, no he tenido ocasión de estudiar en institutos pedagógicos. Y le diré que aquí había gente con instrucción superior, uno hasta había terminado unos cursos de taquigrafía, otro había estudiado derecho, pero cuando se les planteaba un problemita así. .. O este otro: dos hermanos han recibido una herencia...

- Entonces, ¿se trata del mismo taquígrafo que escribió aquella consigna en la pared?

- Sí, el mismo, el mismo... Durante todo el tiempo quiso organizar un círculo de taquigrafía, pero, cuando le robaron, dijo: No quiero trabajar en medio de tanta incultura, y no organizó el grupo. Únicamente se limitó a cumplir sus funciones de pedagogo...

En el club, cerca de la estufa, pendía un pedazo de cartón, y en él estaba escrito:

LA TAQUIGRAFÍA ES EL CAMINO DEL SOCIALISMO

Lozhkin estuvo hablándome largo tiempo, después se evaporó de un modo invisible, y sólo recuerdo que Vólojov dijo entre dientes en calidad de último adiós:

- ¡Qué pelmazo!

En el club nos esperaban cosas desagradables y ofensivas. Los kuriazhanos no acudieron a la reunión. Los ojos de Vólojov contemplaban con angustia los muros altos y desnudos del club.

Kudlati, verde de rabia, con los pómulos tirantes, refunfuñaba algo incomprensible. Mitka sonreía entre confuso y despreciativo, y sólo Misha Ovcharenko tenía una bonachona placidez y continuaba un tema iniciado hacía tiempo:

- Lo más importante es que hace falta arar... y sembrar. ¡Porque fijaos, estamos en mayo, los caballos no hacen nada, todo está parado!...

- Y en los dormitorios no hay nadie; todos se han ido a la ciudad -dijo Vólojov y lanzó un juramento fuerte y claro sin cohibirse por mi presencia.

- Mientras no se reúnan, no hay que darles de comer -propuso Kudlati.

- No -dije yo.

- ¿Cómo no? -gritó Kudlati-. En realidad, ¿qué hacemos aquí? El campo está lleno de maleza, ni siquiera ha sido labrado, ¿qué quiere decir esto? ¡Y ellos se dedican a comer! Entonces, camarada Makárenko, ¿libertad para los holgazanes o qué?

Vólojov se humedeció los labios secos y febriles, se encogió de hombros como si tuviera escalofríos, y dijo:

- Antón Semiónovich, vamos a nuestra habitación, allí hablaremos.

- ¿Y la comida?

- Que esperen, el diablo no se los llevará. Y, además, es igual: están en la ciudad.

En la habitación de los pioneros, cuando todos hubimos tomado asiento en los bancos, Vólojov pronunció el siguiente discurso:

- ¿Hay que labrar? ¿Hay que sembrar? ¡Pero qué diablos vamos a sembrar cuando ellos no tienen absolutamente nada, ni siquiera patatas! ¡Que se vayan al cuerno! Nosotros mismos sembraríamos, pero no hay nada de nada. Y después... toda esta porquería, este hedor. Si vienen los nuestros, va a ser una vergüenza. Un hombre aseado no tiene donde dar un paso. ¿Y los dormitorios, los colchones, las camas, las almohadas? ¿Y los trajes? Todos andan descalzos. ¿Y la ropa interior, dónde está? Ni platos, ni cucharas, fijaos, no hay nada. ¿Por dónde empezar? Y, sin embargo, hay que empezar por algo.

Los muchachos me contemplaban en una ardiente espera, como si yo supiese por dónde empezar.

Los muchachos de Kuriazh no me preocupaban tanto como los infinitos detalles del trabajo puramente material, y estos detalles formaban una masa tan compleja y tan confusa, que en ella podían perderse los trescientos kuriazhanos.

Según lo acordado con la Comisión de Ayuda a la Infancia, yo tenía que recibir veinte mil rublos para la reparación de Kuriazh, pero ahora veía ya claramente que esta suma no significaba nada en comparación con las necesidades efectivas. Mis muchachos tenían razón en su lista de las cosas que faltaban. La miseria extraordinaria de Kuriazh se puso plenamente de manifiesto cuando Kudlati empezó a hacerse cargo de sus bienes. En vano se preocupaba el director por el hecho de que el acta de cesión tuviese al pie firmas indignas de un documento tan solemne. El director era simplemente un sinvergüenza; el acta resultó muy breve. En los talleres había algún que otro torno y en la cochera unos caballejos vulgares, y nada más: ni instrumentos, ni materiales, ni herramientas agrícolas. En una porqueriza lastimosa, anegada en lodo y en basura, se refocilaba media docena de cerdos. Al verlos, los muchachos no pudieron contener la risa: tan escasamente se parecían esos animales ágiles y vivarachos, de cabeza grande sobre finas patas, a nuestros cerdos de raza inglesa. En un rincón perdido del patio, Kudlati desenterró un arado y se alegró lo mismo que si hubiera encontrado a alguien de la familia. Ya antes había descubierto un rastrillo en un montón de ladrillos viejos. En la escuela hallamos tan sólo patas sueltas de sillas y de mesas y restos de pizarras, fenómeno completamente natural, ya que todo invierno tiene su fin y cada amo puede dejar para la primavera cierta reserva de combustible.

Era preciso comprar, hacer, construir todo. En primer lugar hacía falta construir excusados. En la metodología del proceso pedagógico no se dice nada de los excusados, y probablemente por eso la gente prescindía en Kuriazh con tanta ligereza de ese útil y vital instituto.

El monasterio de Kuriazh había sido construido sobre una montaña, bastante abrupta por todos lados. Sólo en su vertiente meridional no tenía muros, y desde aquí, se divisaban, a través del pantanoso estanque monástico, los tejados de bálago de la aldea de Podvorki. El paisaje era soportable en todos los aspectos, un paisaje ucraniano decente, que haría estremecer el corazón de cualquier lírico, amante de las jatas blancas y de los jardincillos de cerezos. Los kuriazhanos retribuían con la más negra de las

ingratitudes a los vecinos de Podvorki la posibilidad de admirar ese bello paisaje ofreciendo a sus miradas únicamente filas enteras de indígenas en cuclillas sobre la montaña escarpada, absortos en la última transformación de los millones asignados por el presupuesto de Estado para la educación socialista en un producto del que ya no se podía hacer nada.

Este problema preocupaba extraordinariamente a mis muchachos. Misha Ovcharenko llegaba al máximo de seriedad y de convencimiento cuando se lamentaba:

- Pero ¿esto qué es, en realidad? ¿Qué vamos a hacer? ¿Ir a Járkov o qué? ¿Y cómo ir?

Por eso, ya al final de nuestra reunión, en la puerta de la habitación de los pioneros aparecieron dos carpinteros de Podvorki, y el que parecía el jefe, un hombre con aspecto de soldado y una gorra de color caqui, apoyó, diligente, mis disposiciones:

- Claro, ¿cómo puede ser eso?... Ya que el hombre come, no puede pasarse sin... Y respecto a las tablas, allí, en Rizhov, hay un depósito. Usted pierda cuidado, aquí me conocen todos, deme la suma asignada y haremos una construcción como no la tenían ni los frailes. Claro que, si quiere que resulte más barata, emplearemos madera terciada o restos de tablas, pero entonces será una construcción ligera. Yo le aconsejo hacerla de tablas de pulgada y media o de dos. Así resultará mejor y será más cómodo para la salud: el viento no le sopla a uno, en invierno está al resguardo y en verano no aplana el calor.

Me pareció sentir por primera vez en mi vida verdadero enternecimiento al contemplar a este hombre magnífico, artífice y organizador del invierno y del verano, de los vientos y del sol.

Hasta su apellido era agradable: Borovói. Le di un puñado de billetes, y me alegré una vez más al oír las órdenes que daba a su ayudante, un mozo sonrosado y mofletudo:

- Yo, Vania, iré por la madera y tú comienza. Corre por la pala y tráete también la mía. Entre unas cosas y otras, iremos haciéndolo... Y alguno nos enseñará dónde y cómo... Kirguísov y Kudlati, sonriendo, fueron a indicar el sitio, y Borovói, después de envolver el dinero en un trapito, me apoyó moralmente una vez más.

- ¡Lo haremos, camarada director, esté usted seguro!

Yo estaba seguro. Nos sentimos más animados después de terminar esta torpe y lenta etapa preparatoria y pasamos al trabajo pedagógico en Kuriazh.

La segunda cuestión que resolvimos satisfactoriamente aquella tarde fue también una cuestión relacionada con la vida material: los platos y las cucharas. En el refectorio abovedado, en cuyas paredes asomaban a través del estuco los ojos negros y serios de santos y vírgenes, así como algún que otro dedo en acción de bendecir, había mesas y bancos, pero los kuriazhanos no sabían lo que era la vajilla. Después de mucho trabajo y de numerosas filigranas diplomáticas en la cochera, Vólojov consiguió, por fin, instalar a Evguéniev en un viejo cabriolet y enviarle a la ciudad con el encargo de comprar cuatrocientos pares de platos y la misma cantidad de cucharas de madera.

Cuando el cabriolet de Evguéniev salió a la carretera, fue acogido por aclamaciones entusiásticas, abrazos y apretones de manos de una verdadera muchedumbre. Los muchachos olieron inmediatamente la afluencia de un viento conocido y jubiloso y corrieron a su encuentro. También corrí yo, y en el acto caí entre las garras de Karabánov,

que desde hacía algún tiempo había adquirido la costumbre de demostrar su fuerza en mi caja torácica.

El séptimo destacamento mixto, al mando de Zadórov, había llegado con sus efectivos completos, y en mi conciencia la multitud de los misteriosos y terribles kuriazhanos se convirtió de pronto en un insignificante problemita, al que ni siquiera Lozhkin hubiese prestado atención.

Era una gran satisfacción hallar en un minuto difícil a todos mis rabfakianos: al pesado y sólido Burún, a Semión Karabánov, sobre cuya ardiente y negra pasión era tan agradable discernir el delicado ornamento impuesto por la ciencia, a Antón Brátchenko, cuya alma espaciosa sabía también ahora amoldarse al estrecho marco de la causa veterinaria, al alegre y noble Matvéi Belujin, al serio Osadchi, saturado de acero, a Vérshnev, intelectual y buscador de la verdad, y a la inteligente Marusia Lévchenko, con sus ojos negros, y a Nastia Nochévnaia y a Gueórguievski, el hijo del gobernador de Irkutsk, y a Schnéider, y a Kráinik, y a Golos y, en fin, a mi predilecto y ahijado, el jefe del séptimo destacamento mixto Alexandr Zadórov. Los mayores del séptimo mixto terminaban ya el Rabfak, y nosotros no poníamos en duda que igualmente en el instituto estudiarían bien. Dicho sea de paso, para nosotros eran más colonos que estudiantes, y ahora no podíamos perder mucho tiempo en calcular sus éxitos en el estudio. Después de los primeros saludos, nos reunimos otra vez en la habitación de los pioneros. Karabánov se instaló detrás de la mesa, se arrellanó más en su silla y dijo:

- Sabemos, Antón Semiónovich, que aquí la cosa está clara: ¡O volver con gloria o no volver más! ¡Por eso hemos venido!

Referimos a los rabfakianos nuestro primer día de Kuriazh. Los muchachos arrugaron el ceño, cambiaron entre sí unas miradas inquietas y se agitaron en las sillas crujientes. Zadórov contempló pensativo la ventana y entornó los ojos:

- No, claro... ahora no se puede con la fuerza: ¡son muchos!

Burún encogió sus hombros poderosos y sonrió:

- ¿Comprendes, Sashka? No es que sean muchos. El hecho de que sean muchos no tiene importancia. No es eso, sino que... ¡cualquiera sabe por dónde empezar! Tú dices que son muchos; pero, ¿dónde están? ¿Dónde? y si no están... ¿por dónde empezar? Hay que... reunirles... congregarles de algún modo. ¿Y cómo se les reúne?

Entró Guliáeva, escuchó nuestra conversación, respondió con una sonrisa a la mirada suspicaz de Karabánov y dijo:

- ¡A todos no conseguiréis reunirlos por nada del mundo! ¡Por nada!...

- ¡Ya lo veremos! -se enfadó Semión-. ¿Qué es eso de por nada? ¡Les reuniremos! No importa que no sean los doscientos ochenta, pero ciento ochenta vendrán. Y después veremos. ¿Qué hacemos aquí sentados?

Acordamos el siguiente plan de acción a la hora de servir la comida. Los muchachos estaban hambrientos y aguardaban la comida en los dormitorios. ¡Que el diablo se les lleve, pero que coman! Y, durante la comida, todos debían recorrer los dormitorios y hacer agitación. Había que decir a los canallas: ¡acudid a la reunión! ¿Sois gente o qué? ¡Acudid! ¡Es en vuestro interés, estúpidos! Comienza una vida nueva, y vosotros os escondéis como cucarachas por los rincones. Y, si se insolentaban, no había que meterse con ellos. Lo mejor de todo era decirles: aquí, cerca de una cazuela de

borsch, te sientes un héroe, pero acude a la reunión y di lo que quieras. Nada más. Y después de la comida, tocar a asamblea.

Junto a la puerta de la cocina se habían sentado unas cuantas decenas de kuriazhanos en espera del reparto de la comida. Mishka Ovcharenko, de pie en la puerta, sermoneaba al pelirrojo que ayer se había interesado por mi apellido.

- Al que no trabaja no le corresponde ninguna clase de comida, y tú me dices que sí le corresponde. No te corresponde nada, ¿comprendes, amigo? Debes comprenderlo bien, si eres un hombre inteligente. Yo quizá te dé de comer, pero eso será solamente en virtud de mi buena voluntad, porque tú no te has ganado la comida, ¿comprendes? Cada hombre debe ganarse la vida, y tú, querido amigo, eres un holgazán, y por eso no te corresponde nada. Puedo darte una limosna, pero nada más.

El pelirrojo contemplaba a Misha con un ojo de fiera ofendida. Con el otro no veía, y en general, desde el día de ayer habían ocurrido grandes cambios en la fisonomía del pelirrojo: algunos detalles de este rostro habían aumentado considerablemente de volumen y adquirido un tinte azulenco; la mejilla derecha y el labio superior estaban manchados de sangre. Todo ello me permitió dirigir a Misha Ovcharenko una pregunta seria:

- ¿Qué es esto? ¿Quién le ha pintarrajeado?

Pero Misha sonrió dignamente y puso en duda el buen planteamiento de la pregunta:

- ¿Por qué razón me lo pregunta, Antón Semiónovich? Esos hocicos no son míos, sino de ese mismo Jovraj. Yo cumplo mi deber, y acerca de ello puedo informarle en detalle como a nuestro director, Vólojov me dijo: ponte en la puerta y que nadie entre en la cocina. Yo me puse y aquí estoy. ¿Es que yo le he perseguido, he ido a buscarle a su dormitorio o me he metido con él? Que lo diga el propio Jovraj: andan por aquí sin tener nada que hacer, y a lo mejor, por pura tontería, ha tropezado con algo.

Jovraj gimió de repente, señalando a Misha con la cabeza, y expuso su punto de vista:

- ¡Está bien! Pensáis matarnos de hambre, bueno. Pero, ¿tienes derecho a darme en los morros? ¿Tú no me conoces? Bien, ¡ya me conocerás!...

Por aquel tiempo aún no habíamos elaborado las tesis acerca del agresor, y me vi obligado a reflexionar. Semejantes casos embrollados aparecían también en la historia y siempre eran resueltos con mucho trabajo. Recordé las palabras de Napoleón después del asesinato del príncipe de Enghien: Esto podría haber sido un crimen, pero no ha sido un error. (37)

Prudentemente seguí una línea intermedia:

- ¿Qué derecho tenías a pegarle?

Sin dejar de sonreír, Misha me tendió una navaja.

- Vea usted: una navaja. ¿De dónde la he cogido? ¿Quizá se la he robado a Jovraj? Aquí se ha hablado mucho.

(37) .- El autor no cita estas palabras con toda exactitud.

Vólojov me dijo: que no entre nadie en la cocina. Yo no me he movido de este sitio, pero él se presentó con una navaja y me dijo: déjame pasar. Yo, naturalmente, no le dejé, Antón Semiónovich, y, entonces, el volvió a insistir y trató de colarse. Bueno, yo le empujé.

Así, ligeramente, con cortesía, y él, como un tonto, se puso a agitar la navaja. No puede comprender que hay un orden establecido. Igual que un cafre...

- Pero tú, a pesar de todo, le has pegado... hasta hacerle sangre... ¿Han sido tus puños?

Misha contempló sus puños y se turbó:

- Claro que han sido mis puños. ¿Dónde quiere usted que los meta? Sólo que yo no me moví del sitio. Tal como me dijo Vólojov, así hice, sin moverme del sitio. Y él, claro, empezó a agitar su navaja como un cafre...

- ¿Y tú no agitabas nada?

- ¿Y quién puede prohibirme agitar los brazos? Si estoy de centinela, puedo cambiar de

postura, y, si la mano no me hace falta en este lado, puedo trasladarla a otro. Y él fue y chocó con ella. ¿Quién tiene la culpa? Tú, Jovraj, debes ver por dónde vas. ¿Y si hubiera sido un tren?... Tú, por ejemplo, ves que viene un tren; entonces, debes apartarte y mirar. Pero si te pones en medio con tu navaja, el tren, naturalmente, no tiene por dónde torcer y sólo quedará de ti un charco de sangre. Si la máquina está en movimiento, debes acercarte con cuidado, ¡ya no eres un niño!

Misha explicaba todo eso a Jovraj con una voz bondadosa, hasta un poco tierna, accionando inteligente y persuasivamente con la mano derecha para demostrar cómo podía llegar el tren y dónde tenía que estar Jovraj. Jovraj le escuchaba con atención seria y reconcentrada; la sangre de sus mejillas empezaba ya a secarse bajo la acción del sol de mayo. Un grupo de rabfakianos escuchaba seriamente el discurso de Misha Ovcharenko, rindiendo tributo a la difícil posición de Misha y a la modesta sabiduría de sus tesis.

Mientras hablábamos, el número de kuriazhanos fue aumentando. Yo veía, por sus rostros, el entusiasmo que despertaban en ellos los severos silogismos de Misha, que a sus ojos eran aún más justos porque procedían del vencedor. Observé con satisfacción que podía leer algo en los rostros de mis nuevos educandos. Sobre todo, me interesaron los indicios, apenas perceptibles, de una alegría maligna que, como los signos de un telegrama borroso, empezaban a surgir en sus caras sucias y manchadas de borsch. Sólo en la cara de Vania Záichenko, que estaba al frente de su pandilla, esa alegría malévola aparecía escrita con letras claras y brillantes, como en un cartel de fiesta. Vania metió las manos en la cintura de su pantaloncillo, abrió sus desnudas piernas y se puso a observar el rostro de Jovraj con una atención aguda y reidora. De pronto, pateó sin moverse del sitio y cantó más bien que dijo, echando hacia atrás su flexible talle juvenil:

- ¡Jovraj!... ¿Resulta que no te gusta que te den en los morros? ¿No te gusta, verdad?

- ¡Cállate, insecto! -profirió Jovraj con una voz sombría e inexpresiva.

- ¡Ah!... ¡No le gusta! -insistió Vania, señalando a Jovraj con el dedo-. ¡Le han dado en los morros, y nada más!

Jovraj se lanzó hacia Záichenko, pero Karabánov tuvo tiempo de poner la mano en su hombro, y el hombro de Jovraj se hundió profundamente, torciendo toda su enchaquetada figura de hombre de la ciudad. Vania, dicho sea de paso, no se asustó. Lo único que hizo fue acercarse más a Misha Ovcharenko. Jovraj torció la cabeza hacia Semión, ladeó la boca y se desprendió de su brazo. Semión le sonrió bonachonamente. Los desagradables ojos claros de Jovraj describieron un círculo y de nuevo tropezaron con la mirada de Vania, atenta y alegre. Por lo visto, Jovraj estaba hecho un lío: su fracaso y su soledad, y la sangre ya seca de su mejilla, y las sentencias que acababa de pronunciar Misha, y la sonrisa de Karabánov exigían cierto tiempo para su análisis, y por eso le era tan difícil quitar la vista de la odiosa insignificancia de Vania y apagar su mirada, habitualmente invencible, insolente y destructora. Pero Vania reaccionó ante esa mirada fija con la todopoderosa fisonomía del sarcasmo:

- ¡Qué miedo tan terrible me das!... ¡Hoy no dormiré!... ¡Qué susto! ¡Qué espanto!

Tanto los gorkianos como los de Kuriazh estallaron en una carcajada. Jovraj silabeó:

- ¡Canalla! -y se aprestó a dar un salto especial, propio del hampa.

Yo le llamé:

- ¡Jovraj!

- ¿Qué quiere? -preguntó él por encima del hombro.

- ¡Acércate!

No se apresuraba a cumplir mi orden, examinando mis botas y, según su costumbre, rebuscando algo en sus bolsillos. Al frío férreo de mi voluntad añadí un poco de carbono:

- ¡Acércate más, te digo!

En torno nuestro, todo quedó en silencio, y sólo Petka Málikov susurró asustado:

- ¡Oh!

Jovraj se acercó a mí, inflando los labios y tratando de confundirme con su mirada fija. Cuando estuvo a dos pasos de mí, se detuvo y balanceó el pie, igual que ayer.

- ¡Firme!

- ¿Qué es eso de firme? -gruñó Jovraj; sin embargo, se irguió y sacó las manos de los bolsillos, pero colocó coquetamente la derecha sobre la cadera con los dedos extendidos hacia adelante.

Karabánov le quitó la mano de la cadera:

- Nene, si te han dicho firme, no hay por qué bailar el hopak. ¡Más alta la cabeza!

Jovraj movió las cejas, pero yo vi que ya estaba a punto.

- Ahora -le dije- eres un gorkiano. Debes respetar a los camaradas. No te meterás más con los pequeños, ¿verdad?

Jovraj parpadeó afanosamente y sonrió con una parte insignificante del labio inferior. En mi pregunta había más amenaza que ternura, y yo advertí que Jovraj había tomado ya buena nota de esta circunstancia.

- Bien -me respondió lacónicamente.

- No se dice bien, sino a la orden -resonó la voz atenorada de Belujin.

Matvéi, sin ceremonias, hizo dar media vuelta a Jovraj agarrándole por los hombros, pegó unas palmadas sobre sus manos caídas a lo largo de las costuras, le obligó a saludar, levantando el brazo con agilidad y precisión, y martilleó:

- ¡A la orden! ¡No meterse con los pequeños! ¡Repítelo!

Jovraj abrió la boca.

- ¿Pero por qué, muchachos, la habéis tomado conmigo? ¿Qué he hecho yo? Nada de particular... El me ha dado en los morros, esto es lo que ha sucedido. Pero yo, nada...

Los kuriazhanos, fascinados por todo lo que estaba ocurriendo, se acercaron más aún.

Karabánov abrazó por los hombros a Jovraj y le dijo ardorosamente:

- ¡Amigo! ¡Querido mío, pero si tú eres un hombre inteligente! Misha está de guardia, no defiende sus intereses propios, sino los intereses comunes. Vamos al robledal, y yo te explicaré...

En medio de un círculo de aficionados a los problemas éticos, se alejaron hacia el robledal.

Vólojov dio orden de servir la comida. El rostro bigotudo del cocinero, coronado por un gorro blanco, que llevaba ya tiempo asomando tras la espalda de Misha, cabeceó en una mirada amistosa a Vólojov y se ocultó. Vania Záichenko se puso a tirar de las mangas a toda su pandilla y murmuró intensamente:

- ¿Comprendéis?

- ¿Comprendéis? ¡Se ha puesto un gorro blanco! ¿Cómo hay que interpretar eso? ¡Timka! ¿Te das cuenta?

Timka, enrojeciendo, bajó los ojos y explicó:

- Ese gorro es suyo. Yo lo sé.

A las cinco se celebró la asamblea general. Bien porque la agitación de los rabfakianos ayudó, bien por otra causa, el caso es que en el club se congregaron bastantes kuriazhanos. Y cuando Vólojov colocó en la puerta a Misha Ovcharenko, y Osadchi y Shelaputin se pusieron a hacer la lista de los asistentes, comenzando por el recuento, indispensable en la causa pedagógica, de los objetos a educar, en la puerta empezaron a atropellarse los rezagados y a preguntar con inquietud:

- ¿Y al que no se ha apuntado, le darán de cenar?

La antigua nave de la iglesia era incapaz de contener esta masa de mineral humano. Desde el altar, yo contemplaba el amontonamiento de haraposos, asombrándome de su volumen y de su mísera expresividad. En raros puntos de la muchedumbre resaltaban rostros vivos e interesantes, se oían voces humanas y una franca risa infantil. Las niñas se apiñaban junto a la estufa próxima a la salida, y entre ellas reinaba un asustadizo silencio. En el mar negro-sucio de los klift, de las pelambreras hirsutas y de los olores a herrumbre había -redondas manchas sin vida- rostros apáticos, primitivos, con la boca abierta, la mirada áspera y los músculos como de estopa.

Yo les hablé brevemente de la colonia Gorki, de su vida y su trabajo. Brevemente expuse nuestras tareas: limpieza, trabajo, estudio, nueva vida, nueva felicidad humana. Les hablé de que vivían en un país feliz, donde no había ni señores ni capitalistas, donde el hombre podía crecer y desarrollarse libremente en un trabajo placentero. Me cansé pronto, no sostenido por la viva atención de los oyentes. Parecía que me dirigía a los

armarios, a los toneles, a los cajones. Expliqué que los educandos debían organizarse por destacamentos a razón de veinte muchachos en cada uno, y pedí que designaran a catorce muchachos en calidad de jefes. Ellos permanecían callados. Pedí que hicieran preguntas. También callaron. Kudlati subió al altar y dijo:

- Hablando francamente, ¿cómo no os da vergüenza? Coméis pan, patatas, borsch, ¿y quién está obligado a daros todo esto? ¿Quién está obligado? ¿Y si yo no os doy de comer mañana? Entonces, ¿qué pasará?

Tampoco a esa pregunta respondió nadie. En general, el pueblo callaba.

Kudlati se enfadó:

- En tal caso, propongo que a partir de mañana se trabaje seis horas. Hay que sembrar, ¡demonios! ¿Trabajaréis?

Alguien gritó desde un rincón lejano:

- ¡Trabajaremos!

Toda la muchedumbre, sin apresurarse, volvió la cabeza hacia el sitio de donde había partido la voz, y la línea de fisonomías inexpresivas se enderezó de nuevo.

Miré a Zadórov. Se echó a reír en respuesta a mi turbación y puso una mano sobre mi hombro:

- ¡No importa, Antón Semiónovich, esto pasará!

TODO VA BIEN

Hasta bien entrada la noche nos tuvo atareados la tentativa de organizar a los muchachos de Kuriazh. Los rabfakianos recorrían los dormitorios y recontaban otra vez a los educandos, en su afán de formar destacamentos. También yo vagaba por los dormitorios, acompañado de Górkovski en calidad de instrumento de medida. Necesitábamos, aunque fuese a ojo, determinar los primeros indicios de colectividad, encontrar, por lo menos, en algún sitio restos de aglutinante social. Górkovski olfateaba en el oscuro dormitorio e inquiría:

- ¿A ver? ¿Qué pandilla hay aquí?

Pero en los dormitorios no había ni pandillas ni casi elementos aislados. Sólo el diablo podría saber dónde estaban metidos los kuriazhanos. A los presentes les preguntábamos quiénes ocupaban el dormitorio, cuáles eran sus amistades, quién era bueno, quién malo, pero las contestaciones no nos dejaban satisfechos. La mayoría de los kuriazhanos no conocían a sus vecinos, raras veces sabían incluso su nombre, en el mejor de los casos les llamaban por el mote -el Oreja, el Medias Suelas, el Hormiga, el Chófer-o simplemente recordaban sus rasgos externos.

- En esa cama duerme uno picado de viruelas, y en aquella otra, uno que han traído de Valkí.

En algunos lugares advertíamos débiles indicios de aglutinante social, pero no encolaba lo que nosotros necesitábamos.

A pesar de todo, yo tenía al anochecer una idea aproximada de la composición de Kuriazh.

Naturalmente, se trataba de verdaderos niños desamparados, pero no eran los desamparados clásicos, por decirlo así. En nuestra literatura y entre nuestra intelectualidad se ha forjado -no sé por qué- una idea acerca del niño desamparado a la manera de un héroe de Byron. El niño desamparado es, ante todo, un filósofo y, además, sumamente ingenioso, anarquista y destructivo, infractor de las leyes y enemigo irreconciliable de todos los sistemas éticos. Las personalidades atemorizadas y lloronas de la pedagogía han añadido a esta imagen un surtido completo de plumas más o menos suntuosas, arrancadas a los rabos de la sociología, de la teoría de los reflejos y de otros parientes ricos nuestros. Estos pedagogos creían profundamente que los niños desamparados estaban organizados, que tenían jefes y disciplina, toda una estrategia del robo y normas de orden interno. Para los niños desamparados no se escatimó incluso términos científicos especiales: La colectividad espontánea, etc...

Y la imagen, ya de por sí bella, del niño desamparado fue todavía más embellecida después por los piadosos trabajos de autores rusos y extranjeros. Todos los niños desamparados eran ladrones, borrachos, depravados, cocainómanos y sifilíticos. En toda la historia mundial solamente a Pedro I se atribuyó tantos pecados mortales. Hablando entre nosotros, todo eso ayudaba intensamente a los calumniadores occidentales europeos a componer las anécdotas más estúpidas e indignantes acerca de nuestra vida.

Y sin embargo... en la vida no hay nada parecido.

Hay que rechazar en redondo la teoría de la existencia permanente de un núcleo de desamparados, que llena nuestras calles no sólo con sus horrendos crímenes y sus pintorescos atavíos, sino también con su ideología. Los autores de infundios románticos acerca del anarquista soviético de la calle no han visto que, después de la guerra civil y del hambre, millones de niños, gracias a un enorme esfuerzo de todo el país, fueron salvados en casas infantiles. En la inmensa mayoría de los casos, todos esos niños crecieron hace ya tiempo y ahora trabajan en las instituciones y en las fábricas soviéticas. Otra cuestión es hasta qué extremo fue doloroso desde el punto de vista pedagógico el proceso de educación de estos muchachos.

En medida considerable por culpa de esos mismos románticos, el funcionamiento de las casas infantiles se desarrolló muy difícilmente, degenerando muchas veces en instituciones tipo Kuriazh. Por eso, cierta parte de los muchachos (me refiero sólo a los muchachos) se iba frecuentemente a la calle, pero no para vivir en la calle y no porque considerasen la vida callejera lo más adecuado para ellos. Estos muchachos carecían en absoluto de una ideología callejera y se marchaban con la esperanza de ir a parar a una colonia o a una casa infantil mejor. Se agolpaban en las puertas de la Protección Social de menores, de los despachos de los dirigentes de la educación socialista, de la Ayuda a la Infancia y otras comisiones, pero por encima de todo preferían los lugares en que había esperanza de aproximarse a nuestra construcción, sorteando el paraíso del influjo pedagógico... No conseguían sin trabajo lo último. La hermandad pedagógica, obstinada y soberbia, no soltaba tan fácilmente de sus manos a las víctimas que le pertenecían, y, en general, no se imaginaba que pudiera existir una vida humana sin un baño previo de educación socialista. Esta era la causa de que la mayoría de los fugitivos se vieran obligados a comenzar por segunda vez el calvario del proceso pedagógico en alguna otra colonia, de la que, dicho sea de paso, también se podía huir. Entre las dos colonias, la biografía de esos pequeños ciudadanos transcurría, naturalmente, en la calle, y, como para el estudio de las cuestiones de principio y de moral no disponían ni de tiempo, ni de costumbre, ni de mesasescritorio, es natural que, por ejemplo, el problema de la alimentación fuera resuelto por ellos sin moral y sin principios. También en los demás aspectos los moradores de la calle no tenían un gran empeño en que sus actos coincidieran exactamente con las tesis formales de la ciencia acerca de la moralidad; en general, los golfillos no se han sentido nunca inclinados al formalismo. Como tenían cierta noción de lógica, suponían, en el fondo de su alma, que iban por el camino recto que les permitiría llegar a ser metalúrgico o chófer y que para ello hacían falta sólo dos cosas: mantenerse lo más firmemente posible en la superficie del globo terrestre, aunque para ello fuera preciso aferrarse a los bolsos femeninos y a las carteras masculinas, e instalarse cerca de algún garaje o taller mecánico.

En nuestra literatura científica ha habido varias tentativas de crear un sistema satisfactorio de clasificación de los caracteres humanos; los que lo intentaron, hicieron todo lo posible para dejar en este sistema, entre los amorales y los defectivos, un espacio para los niños desamparados. Pero de todas las clasificaciones, yo considero la más acertada la que hicieron para su uso práctico los miembros de la comuna Dzerzhinski de Járkov.

Según la hipótesis práctica de los miembros de la comuna, todos los desamparados se dividen en tres clases. La primera clase son los que participan de la manera más activa en la composición de sus propios horóscopos, sin detenerse ante ningún revés; los que, movidos por su afán de llegar a ser metalúrgicos, están dispuestos a aferrarse a cualquier parte del vagón de pasajeros; los que sienten con más intensidad el gusto por el vértigo de los trenes rápidos y correos, aunque sin dejarse fascinar por los vagones-restoranes, ni por los atributos de los cochescama, ni por la cortesía de los conductores. Hay gente que intenta difamar a estos viajeros, afirmando que andan por los ferrocarriles soñando con los aires perfumados de Crimea o las aguas de Sochi. Eso no es verdad. Lo que les interesa, principalmente, son los gigantes industriales de Dniepropetrovsk, del Donetz y de Zaporozhie, los barcos de Odesa y Nikoláiev, las empresas de Járkov y de Moscú.

La segunda clase de desamparados, aun distinguiéndose también por muchas propiedades, no posee, sin embargo, ese ramillete de nobles cualidades morales que posee la primera.

Éstos también buscan, pero sus miradas no se apartan desdeñosamente de las fábricas textiles y de cueros, están dispuestos a reconciliarse hasta con un taller de carpintería y, peor todavía, son capaces de dedicarse al trabajo de cartoneros y, en fin, no se avergüenzan de recoger hierbas medicinales.

La segunda clase también viaja, pero prefiere el tope posterior del tranvía y desconoce la magnífica estación de Zhmérinka y las severidades de Moscú.

Los miembros de la comuna Dzerzhinski preferían siempre atraer a su institución solamente a los ciudadanos de la primera clase. Por eso completaban sus filas, desarrollando su propaganda en los trenes rápidos. La segunda clase en la representación de los miembros de la comuna era mucho más débil.

Pero en Kuriazh no predominaba la primera clase, ni la segunda, sino la tercera. En el mundo de los desamparados, como en el mundo de los sabios, hay muy pocos de primera clase, un poco más de la segunda y la inmensa mayoría corresponde a la tercera; esta inmensa mayoría no corre a ningún lado y no busca nada, ofreciendo benévolamente los tiernos pétalos de sus almas infantiles a la influencia organizadora de la educación socialista.

En Kuriazh, yo tropecé, precisamente, con la veta fundamental de la tercera clase. Estos niños tenían también en sus breves historias tres o cuatro casas infantiles o colonias y, a veces, muchas más, hasta once, pero esto no era ya el resultado de su tendencia a un futuro mejor, sino de la tendencia del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública a la creación, tendencia tan confusa a veces, que hasta el oído más experto era incapaz de distinguir dónde empezaba o concluía la reorganización, la completación, la liquidación, la restauración, la ampliación, la standardización, la especialización, la evacuación y la reevacuación.

Y como yo también había negado a Kuriazh con propósitos y reorganización, debía acogerme esa misma indiferencia que era la única actitud defensiva de cada desamparado frente a los juegos pedagógicos del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública.

La obtusa indiferencia era el producto de un largo proceso educativo y, en cierta medida, demostraba el gran poder de la pedagogía.

La mayoría de los kuriazhanos oscilaba entre trece y quince años de edad, pero en sus fisonomías ya habían tenido tiempo de grabarse intensamente diversos atavismos. Ante todo, saltaba a la vista la total ausencia en ellos de todo elemento social, a pesar de que casi desde su nacimiento se habían desarrollado bajo el signo de la educación socialista. Una primitiva ingenuidad vegetal se transparentaba en cada uno de sus movimientos, pero ésta no era la ingenuidad de un niño que reacciona simplemente a todos los fenómenos de la vida. Los kuriazhanos no conocían ninguna vida. Sus horizontes se limitaban a la lista de productos alimenticios, hacia los que eran atraídos en un reflejo sombrío y somnoliento. Abrirse paso hacia la marmita de la comida en medio de fierecillas semejantes a ellos: tal era toda su tarea.

A veces, esta tarea se resolvía con más fortuna, otras veces con menos suerte; el péndulo de su vida privada no conocía otras oscilaciones. Como acción directa, los kuriazhanos robaban solamente los objetos que estaban a su alcance o aquellos sobre los que caía toda su multitud.

La voluntad de estos niños estaba aplastada hacía ya mucho tiempo por las violencias, los coscorrones y los insultos de los mayores, los llamados tragones, que han florecido tan profusamente sobre la base de la no resistencia y de la autodisciplina en la educación socialista.

Al mismo tiempo, estos niños no tenían nada de idiotas. En realidad, eran muchachos corrientes, colocados por el destino en una situación increíblemente estúpida: por una parte, estaban privados de todos los bienes del desarrollo humano, por otra parte, el destino les habia arrancado a las condiciones salvadoras de la sencilla lucha por la vida al asegurarles la pitanza, mala, pero diaria.

Sobre el fondo de esa masa fundamental resaltaban ciertos grupos de otro orden. En el dormitorio de Jovraj se encontraba, al parecer, el estado mayor de los tragones. Mis muchachos decían que eran unos quince y que el papel principal entre ellos era desempeñado por un tal Korotkov. Yo no había visto aún al propio Korotkov, y, en general, estos educandos pasaban la mayor parte del tiempo en la ciudad. Evguéniev, que había encontrado entre ellos a viejos amigos, afirmaba que todos ellos eran unos rateros vulgares y que la colonia les hacía falta tan sólo en calidad de domicilio. Pero Vitka Górkovski no estaba de acuerdo con él:

- ¡Qué van a ser rateros! ¡Son hampones!...

Vitka decía que Korotkov, y Jovraj, y Perets, y Churilo, y Podnebesni, y todos los demás operaban, precisamente, en la colonia. Al principio, habían desvalijado las casas de los educadores, los talleres y los depósitos. Algo se podía robar también entre los educandos.

Para el Primero de Mayo a muchos educandos sé les había entregado calzado nuevo: según Górkovski, el calzado había sido el principal objetivo de la actividad de los ladrones. Además, operaban en las aldeas y algunos incluso en la carretera. La colonia estaba situada en la carretera principal de Ajtir.

Vitka entornó de repente los ojos y se echó a reír:

- ¿Y sabéis lo que han inventado ahora esos bichos? Los pequeñuelos les tienen miedo, tiemblan ante ellos, y, entonces, ellos se meten a organizadores, ¿comprendéis? En su lenguaje los pequeños son llamados perritos. Cada uno de ellos tiene varios perritos.

Y por la mañana les dicen: ve a donde quieras, pero trae algo por la noche. Entonces, ellos roban, bien en los trenes, bien en el mercado, pero la mayoría no sirve para eso y lo que hacen es mendigar. Piden en las calles, en el puente, en Rizhov. Dicen que reúnen cada día dos o tres rublos. Churilo es quien tiene los mejores perritos; le traen hasta cinco rublos. Y hasta han señalado una norma: una cuarta parte para el perrito, y el resto para el amo. ¡Oh! No se fije usted en que no tengan nada en los dormitorios. Tienen ropa y dinero, sólo que todo está escondido. Aquí, en Podvorki, hay casas que se dedican a ello; en cuanto a Caínes, hay todos los que usted quiera. Cada noche organizan juergas allí.

El segundo grupo estaba constituido por muchachos como Záichenko y Málikov. Cuando profundicé más en la colonia, resultó que no eran tan pocos: unos treinta en total. Habían conseguido por puro milagro conservar, en medio de todas las vicisitudes de la vida, unos ojos brillantes, una encantadora agresividad juvenil y frescos talentos analíticos que les permitían reaccionar a cada fenómeno con bélico entusiasmo. Yo amo a esta categoría de la humanidad, la amo por lo bello y lo noble de sus movimientos espirituales, por su profundo sentido del honor, hasta por ser solteros convencidos y antifeministas. Desde que mi primer destacamento mixto entró en funciones, estos muchachos alzaron la nariz, aspirando con avidez el aire fresco, después se agitaron por los dormitorios, irguiendo el rabo y haciendo girar rápidamente los talentos analíticos arriba mencionados. Aún tenían miedo a pasarse manifiestamente a mi lado, pero su apoyo estaba asegurado ya.

Vitka y yo tropezamos involuntariamente con el tercer grupo de elementos sociales, y Vitka se detuvo ante ellos como un setter ante la liebre, temeroso y asombrado. En un ángulo lejano del patio, apoyado contra la vieja muralla, había un pabellón aislado con una terraza de madera tallada. Vania Záichenko nos dijo, señalándonos ese edificio:

- Ahí viven los agrónomos.

- ¿Qué agrónomos? ¿Cuántos son?

- Catorce.

- ¿Catorce agrónomos? ¿Para qué tantos?

- Ellos son los que sembraron el centeno y ahora viven...

Recordé a Jalabuda y todavía dudé más:

- Os burláis de ellos llamándoles así?

Pero Vania puso una cara muy seria y, señalando el pabellón, agitó la cabeza con más insistencia aún:

- No, son agrónomos de verdad, vayan ustedes a verles. Ellos son los que labraron y sembraron el centeno. Y fíjese cómo ha crecido. ¡Ya está así de grande!

Vitka contempló a Vania con indignación:

- ¿Son aquéllos... de la camisa azul? Pero si son educandos... ¿Por qué mientes?

- ¡No miento! -chilló Vania-. ¡No miento! Y hasta título deben recibir. En cuanto lo reciban, se marcharán...

- Bien, bien, vamos a ver a vuestros agrónomos.

En el pabellón había dos dormitorios. Sobre las camas, cubiertas por mantas relativamente nuevas, había unos muchachos, vestidos, en efecto, con unas camisas de satén azul, bien peinados y con cierto aire especial de virtud. Adornaban las paredes

tarjetas postales, recortes de revistas y pequeños espejos en marcos de madera, todo ello cuidadosamente clavado. Los alféizares de las ventanas estaban revestidos de limpios papeles recortados por los bordes.

Los serios muchachos respondieron secamente a mi saludo y no expresaron ninguna indignación cuando Vania Záichenko hizo, inspirado, las presentaciones:

- ¡Todos éstos son agrónomos, ya os lo he dicho! ¡Y éste es el principal, Voskobóinikov!

Vitka Górkovski me miró con la misma expresión que si se nos invitara a conocer, en lugar de agrónomos, a magos o brujos, en cuya existencia Vitka no podía creer de ninguna manera.

- Escuchadme, muchachos, no ofenderos, pero decidme: ¿por qué os llaman agrónomos?

Voskobóinikov -un joven alto, en cuyo rostro la palidez luchaba con la suficiencia, sin que las dos pudieran ocultar una inmóvil y estancada ignorancia- se levantó de la cama, metió con gran esfuerzo las manos en los estrechos bolsillos de sus pantalones y me dijo:

- Nosotros somos agrónomos. Pronto recibiremos los diplomas...

- ¿Quién debe dároslos?

- ¿Cómo quién? El director.

- ¿Qué director?

- El director de antes.

Vitka se echó a reír.

- ¿Tal vez también a mí me dará un diploma?

- No hay por qué reírse -se picó Voskobóinikov- . Si no comprendes, cállate. ¡Qué sabes tú!

Vitka se enfadó:

- Yo comprendo que aquí todos sois unos tarugos. Decidme claramente, ¿quién está aquí haciendo el tonto?

- Tal vez tú -respondió ingeniosamente Voskobóinikov, pero Vitka se sentía ya incapaz de resistir más hechicerías:

- ¡Déjalo, te digo!... ¡Venga, habla!...

Nos sentamos en las camas. Superando su suficiencia y su virtud, resistiéndose y ofendiéndose, alternando sus escuetas palabras con muecas desconfiadas y despreciativas, los agrónomos revelaron ante nosotros los secretos del centeno de Jalabuda y de su propia vertiginosa carrera. Durante el otoño había trabajado en Kuriazh un representante de Jalabuda con la misión especial de sembrar centeno. Convenció a unos quince muchachos de los mayores y les retribuyó muy generosamente: les instaló en un pabellón aparte, les compró camas, ropa blanca, mantas, trajes, abrigos, pagó a cada uno cincuenta rublos y se comprometió a entregarles el diploma de agrónomo cuando terminaran el trabajo. Como todo lo convenido -las camas y lo demás resultó cierto, los muchachos no tenían motivos para dudar de los diplomas, tanto más cuanto que todos ellos eran semianalfabetos y ninguno había pasado del segundo grado de la escuela primaria. La fecha de la entrega de los diplomas fue postergándose hasta la primavera. Esta circunstancia, sin embargo, no inquietó demasiado a los muchachos, aunque el

representante de Jalabuda se había diluido en el éter de los combinados de la Ayuda a la Infancia, porque el director de la colonia había asumido noblemente sus compromisos. Ayer, al marcharse, les había confirmado que los diplomas estaban ya listos. Sólo faltaba traerlos a Kuriazh y entregarlos solemnemente a los agrónomos.

Yo dije a los muchachos:

- Os han engañado. Para llegar a ser agrónomos, hay que estudiar mucho, estudiar durante varios años. Hay unos institutos en los que se puede estudiar; mas, para ingresar en ellos, hace falta estudiar también varios años en una escuela corriente. Y vosotros... A ver, ¿cuántos son siete por ocho?

Un muchacho moreno y agraciado, al que yo había dirigido a boca de jarro la pregunta, respondió inseguro:

- Cuarenta y ocho.

Vania Záichenko lanzó una exclamación de asombro y desorbitó sus sinceros ojitos:

- ¡Huy, huy, huy con el agrónomo! ¡Cuarenta y ocho! ¡Vaya un descubrimiento, vaya un descubrimiento! ¡Pues sí que!...

- ¿Y tú por qué te metes? ¿A ti qué te importa? -chilló Voskobóinikov a Vania.

- ¡Pero si son cincuenta y seis! -y Vañka palideció de la apasionada convicción-. ¡Cincuenta y seis!

- Entonces, ¿qué va a pasar? -preguntó un muchacho corpulento y anguloso, a quien todos llamaban Svatkó-. Nos habían prometido plaza en el sovjós, y ahora...

- Eso es posible -respondí yo-. Está bien trabajar en el sovjós, pero no seréis agrónomos, sino obreros.

Los agrónomos pegaron un salto de indignación sobre sus camas. Svatkó palideció de rabia:

- ¿Usted cree que no encontraremos la verdad? ¡Nosotros comprendemos, lo comprendemos todo! El director nos había prevenido ya. ¡Sí! Usted necesita ahora que le labren la tierra y, como no quiere hacerlo nadie, por eso arma todo ese lío. ¡Y hasta al camarada Jalabuda le han convencido! ¡Pero no será como usted quiere, no lo será!

Voskobóinikov hundió de nuevo las manos en los bolsillos y extendió hasta el techo su largo cuerpo.

- ¿Para qué venís aquí con cuentos?... Gente enterada nos lo había advertido. ¡Hay que ver cuánto trabajamos y sembramos! ¡Y usted necesita explotarnos! ¡Ya está bien!

- ¡Qué estúpidos! -pronunció tranquilamente Vitka.

- ¡A ver si te doy en los morros!... ¡Gorkianos!... ¿Habéis venido aquí para que otros os saquen las castañas del fuego?

Me levanté de la cama. Los agrónomos nos miraban con sus rostros obtusos y enfadados.

Procuré despedirme de ellos lo más tranquilamente posible:

- Allá vosotros, muchachos. Queréis ser agrónomos, sedlo... No necesitamos por ahora vuestro trabajo. Nos arreglaremos sin vosotros.

Fuimos hacia la salida. De todas formas, Vitka, incapaz de resistir, declaró obstinadamente en el umbral:

- A pesar de todo sois unos idiotas.

Esta declaración produjo tanto descontento entre los agrónomos, que Vitka se vio obligado a salir de la terracilla en tercera velocidad.

En la habitación de los pioneros Zhorka Vólkov pasaba revista a los kuriazhanos que a trancas y barrancas habían sido promovidos a jefes. Yo había advertido a Zhorka que de esta empresa no saldría nada, que no necesitábamos a semejantes jefes. Pero Zhorka quiso convencerse prácticamente.

Los candidatos elegidos estaban sentados en los bancos y se rascaban un pie descalzo contra el otro, lo mismo que las moscas. Zhorka parecía ahora un tigre: sus ojos eran agudos y chispeantes. Los candidatos se conducían como si se les hubiera traído aquí para tomar parte en algún juego nuevo, pero las reglas de este juego parecían demasiado embrolladas y, en general, los viejos juegos eran más divertidos. Aunque trataban de sonreír delicadamente en respuesta a las ardientes explicaciones de Zhorka, sus sonrisas le causaban escasa alegría:

- Vamos a ver, ¿de qué te ríes? ¿De qué? ¿Comprendes de lo que se trata? ¡Basta de ser parásito! ¿Sabes lo que es el Poder soviético?

Los rostros de los candidatos se ponen serios y hacen unos visajes de vergüenza con sus mejillas iluminadas por Una sonrisa.

- Entendedlo bien: ya que eres jefe, tu orden debe ser cumplida.

- ¿Y si ellos no quieren? -pregunta, floreciendo de nuevo en una sonrisa, un muchacho rubio de frente despejada, por lo visto vago y charlatán, llamado Petrushko.

Entre los invitados se halla también Spiridón Jovraj. Su reciente conversación con Belujin y Karabánov parece haberle enternecido, pero ahora está desilusionado: se exige de él desfavorables y molestas complicaciones con los camaradas.

Aquella tarde, después de los apasionados discursos de Zhorka y de la sonriente indiferencia de los kuriazhanos, constituimos, a pesar de todo, el Soviet de jefes, hicimos una lista de todos los habitantes de la colonia y hasta señalamos el trabajo para el día siguiente. Mientras tanto, Vólojov y Kudlati prepararon las herramientas para la salida al campo. Tanto el Soviet de jefes como las herramientas tenían un aspecto sumamente precario, y nuestro estado de ánimo al acostarnos era de cansancio y de derrota. Aunque Borovói y su ayudante habían empezado a trabajar y alrededor de los montículos de tierra de un negro vivo brillaban ya frescas astillas, la tarea general en Kuriazh seguía apareciendo confusa y carente de ese cabito salvador de que era preciso tirar para poder empezar.

Al día siguiente, por la mañana temprano, los rabfakianos volvieron a Járkov. Según lo acordado en el Soviet de jefes, a las seis se tocó diana. A pesar de que del muro de la catedral colgaba ya una nueva campana con buena voz, el toque no produjo ningún efecto en los muchachos de Kuriazh. El educador de guardia, Iyán Denísovich Kirguísov, se asomó con un flamante brazalete rojo a unos cuantos dormitorios, pero salió malhumorado de ellos. La colonia dormía; sólo junto a la cochera se afanaba nuestro destacamento mixto de vanguardia, disponiéndose a marchar al campo. Veinte minutos más tarde, salió con tres pares de caballos, que arrastraban arados y rastrillos. Kudlati subió al cabriolet y se fue a la ciudad en busca de semilla de patata. A su encuentro, venían de la ciudad unas figuras pálidas y entumecidas. A mí no me quedaban fuerzas para detenerlas y registrarlas, para hablar de los pormenores de la noche pasada. Sin ningún

obstáculo se metieron en los dormitorios y, de tal modo, el número de durmientes incluso aumentó.

Conforme al plan de trabajo elaborado ayer y ratificado unánimemente por el Soviet de jefes, todas las fuerzas de Kuriazh debían ser lanzadas a la limpieza de los dormitorios y del patio, al desbrozamiento del terreno para invernaderos, a la labranza de parcelas para huerta alrededor de la muralla del monasterio y a la demolición de la propia muralla. En los raros momentos de optimismo comenzaba a notar en mí una nueva y agradable sensación de fuerza.

¡Cuatrocientos colonos! Me imaginaba cómo se habría alegrado Arquímedes si le hubieran ofrecido cuatrocientos colonos. Posiblemente hubiese renunciado hasta a su punto de apoyo en su afán de mover el mundo. Sí, los doscientos ochenta muchachos de Kuriazh eran para mí un inusitado coágulo de energía después de los ciento veinte gorkianos.

No obstante, ese coágulo de energía reposaba en unas camas sucias y ni siquiera tenía prisa por desayunar. Disponíamos ya de platos y cucharas, y todo esto había sido colocado con relativo orden sobre las mesas del comedor, pero Shelaputin estuvo tañendo la campana una hora entera hasta que en el comedor aparecieron las primeras figuras. El desayuno se prolongó hasta las diez. Yo pronuncié varios discursos en el comedor, por décima vez repetí a qué destacamento pertenecía cada uno, quién era el jefe y qué trabajo correspondía a cada destacamento. Los educandos escuchaban mis discursos sin levantar la cabeza del plato.

Estos miserables ni siquiera tuvieron en cuenta el hecho de que se les había condimentado una sopa muy sabrosa, con mucha grasa, y que sobre el pan había cuadraditos de mantequilla.

Con un aire indiferente devoraron la sopa y la mantequilla, se guardaron trozos de pan en los bolsillos y salieron del comedor, chupándose los sucios dedos y despreciando mis miradas, llenas de una esperanza digna de Arquímedes.

Nadie se aproximó a Misha Ovcharenko, que había colocado en los peldaños del atrio de la catedral las palas, las escobas y los rastrillos comprados ayer. Misha tenía en la mano un libro de notas nuevo, también adquirido ayer, en el que debía apuntar cuántos instrumentos habían sido entregados a cada destacamento. Misha estaba como un tonto junto a su almacén, porque ni una sola persona se le acercó. Ni siquiera Vania Záichenko, jefe del décimo destacamento de kuriazhanos, integrado por sus amigos, y en el que yo confiaba principalmente, llegó en busca de las herramientas ni le vi durante el desayuno. De los jefes nuevos, únicamente Jovraj se me acercó en el comedor, se puso a mi lado y contempló con desenfado a la muchedumbre que pasaba junto a nosotros. Su destacamento -el cuarto- era el encargado de demoler la muralla del monasterio: para él, Misha había preparado unas barras. Pero Jovraj ni siquiera se acordaba del trabajo que le había sido encomendado. Con el mismo desparpajo empezó a hablar conmigo de temas que no tenían ninguna relación con la muralla del monasterio:

- Dígame, ¿es verdad que en la colonia Gorki hay chicas guapas?

Le volví la espalda y me dirigí a la salida, pero él echó a andar junto a mí y, mirándome a la cara, continuó:

- Y también dicen que tienen ustedes unas educadoras que... miel sobre hojuelas. ¡Ja, ja! ¡Será interesante verlas cuando vengan! También aquí teníamos unas mujercitas que no estaban mal... Pero, ¿sabe usted una cosa? ¡Tenían un miedo a mi mirada, que vamos! Las miraba, y ellas se ponían todas así de encarnadas. Y ¿por qué es eso, dígame usted, por qué tengo yo una mirada tan temible?

- ¿Por qué no ha salido tu destacamento a trabajar?

- ¡Que el diablo se lleve al destacamento, a mí qué me importa! Yo tampoco he salido...

- ¿Por qué?

- No tengo ganas, ¡ja, ja, ja!

Entornó los ojos, mirando la cruz de la catedral:

- También aquí, en Podvorki, hay unas mujercitas arrebatadoras... ¡Ja, ja!... Si usted quiere, puedo presentárselas...

Desde ayer, mi cólera estaba aplastada por el peso muerto de poderosísimos frenos. Por eso, aunque dentro de mí surgía algo obstinado y brutal, en la superficie de mi alma oía solamente un chirrido sofocado y se me recalentaban las válvulas del corazón. En mi cabeza alguien dio la voz de firme, y los sentimientos, las ideas y hasta las ideítas se apresuraron a enderezar las filas oscilantes. Ese mismo alguien ordenó severamente:

¡Deja a Jovraj! Hay que averiguar urgentemente por qué el destacamento de Vania Záichenko no ha salido al trabajo y por qué Vania no ha venido a desayunar.

Y por eso y por otras razones dije a Jovraj:

- ¡Vete al cuerno!...

Jovraj, muy sorprendido por mi trato, se apresuró a retirarse. Yo corrí al dormitorio de Záichenko.

Vania yacía sobre el jergón desnudo. Alrededor del jergón estaba toda la pandilla. Vania tenía recostada la cabeza sobre un brazo, y aquel bracito pálido y delgado contra el fondo de la almohada sucia parecía limpio.

- ¿Qué ha ocurrido? -pregunté.

La pandilla, en silencio, me dejó pasar hacia la cama. Haciendo un esfuerzo, Odariuk sonrió y dijo apenas perceptiblemente:

- Le han pegado.

- ¿Quién le ha pegado?

Con una voz inesperadamente sonora Vania dijo desde la almohada:

- Alguien me ha pegado, ¿comprende?, ¿puede imaginárselo? Vinieron por la noche, me taparon con una manta y me pegaron a conciencia. ¡Me duele el pecho!

La voz sonora de Vania Záichenko estaba en flagrante contradicción con su carita enflaquecida y paliducha. Yo sabía que entre los pabellones de Kuriazh había uno que llevaba el nombre de enfermería. Allí, entre las habitaciones vacías y sucias, había una que era la residencia de una viejecita enfermera. Envié a Málikov en su busca. En la puerta Málikov tropezó con Shelaputin:

- ¡Antón Semiónovich, ha venido gente en coche y están buscándole!

Junto a un Fiat grande y negro se hallaban Bréguel, la camarada Zoia y Kliámer. Bréguel sonrió majestuosamente:

- ¿Ha tomado usted posesión?

- Sí.

- ¿Cómo van los asuntos?

- Todo va bien.

- ¿Completamente bien?

- Se puede vivir.

La camarada Zoia me miró con desconfianza. Kliámer examinaba todo a su alrededor.

Probablemente quería ver a mis educadores de cien rublos. Tropezando, pasó a nuestro lado con un rápido trote senil la vieja enfermera que corría a ver a Vania Záichenko. Desde la cochera llegaban las palabras indignadas de Vólojov:

- ¡Canallas, han echado a perder a la gente y a los caballos! ¡No hay un par que trabaje, no son bestias, sino prostitutas!

La camarada Zoia enrojeció, dio un salto y agitó su cabeza grande y desgarbada:

- ¡Eso sí que es educación socialista!

Yo me eché a reír:

- Eso no es educación socialista. Se trata, simplemente, de un hombre que no encuentra palabras.

- ¿Cómo que no las encuentra? -sonrió sarcástico Kliámer-. A mí me parece que sí las encuentra.

- Sí, claro, al principio no las encontraba, pero después las ha encontrado.

Bréguel quiso decir algo, me miró fijamente y no dijo nada.

IDILIO

Al otro día envié a Kóval este telegrama:

Colonia Gorki. Kóval. Apresura marcha colonia. Personal pedagógico debe llegar Kuriazh primer tren efectivos completos.

Al día siguiente, por la noche, recibí la contestación:

Retraso debido vagones educadores salen hoy.

A las dos de la madrugada, el único cabriolet de Kuriazh trajo de la estación de Rizhov a Ekaterina Grigórievna, Lidia Petrovna, Butsái, Zhurbín y Goróvich. De los innumerables bastiones pedagógicos habíamos elegido para ellos habitaciones y habíamos arreglado mal que bien unas camas. Los colchones fueron comprados en la ciudad.

El encuentro fue alegre. Shelaputin y Toska, a pesar de sus quince años, besaban y abrazaban como chiquillos a los recién llegados, chillaban y se colgaban de su cuello, levantando los pies. Los educadores llegaron animados y frescos, y en sus rostros yo leía el parte acerca del estado de los asuntos en la colonia. Ekaterina Grigórievna confirmó brevemente: - Allí está todo preparado. Todo recogido. Unicamente necesitamos vagones.

- ¿Cómo están los muchachos?

- Los muchachos están sentados en los cajones y trepidan de impaciencia. Me parece que nuestros muchachos son muy felices. Y creo que todos nosotros lo somos. ¿Y usted?

- Yo también estoy saturado de felicidad -respondí con reserva-, pero me parece que en Kuriazh ya no queda gente feliz...

- ¿Qué ha ocurrido? -preguntó, inquieta, Lídochka.

- Nada terrible -repuso desdeñosamente Vólojov- . Sólo que tenemos pocas fuerzas. Y no es que sean pocas, pero hay que trabajar en el campo. Nosotros somos ahora el primero mixto, y el segundo mixto, y todos los destacamentos que usted quiera.

- ¿Y los de aquí?

Los muchachos se echaron a reír.

- Ya los verá...

Piotr Ivánovich Goróvich apretó con fuerza sus bellos labios, miró atentamente a los muchachos, a las oscuras ventanas, a mí: - ¿Hay que traer rápidamente a los muchachos?

- Sí, lo antes posible -contesté yo-. La colonia tiene que correr como a un incendio. Si no, fracasaremos.

Piotr Ivánovich carraspeó:

- Sí, claro... debe usted ir a la colonia, aunque nosotros lo pasemos mal en Kuriazh. Piden mucho por los vagones, no quieren hacer ningún descuento y, en general, están fastidiándonos. Tiene usted que ir por un día... Kóval ha reñido ya con todos en la estación.

Nos quedamos pensativos. Vólojov se encogió de hombros y carraspeó también como un viejo.

- En fin... Váyase usted cuanto antes. Ya nos arreglaremos; de todas formas, peor que están las cosas no van a estar. Lo que hace falta es que los nuestros no se demoren allí.

Iván Denísovich, sentado en el poyo de la ventana, sonreía tranquilamente, examinando las manecillas del reloj.

- Precisamente hay un tren dentro de dos horas. ¿Y qué me aconseja usted?

- ¿Qué le aconsejo? ¡Diablos! ¡La cosa es para consejos! Naturalmente, no se puede emplear la fuerza. Ahora sois seis. Si conseguís ganaros a dos o tres destacamentos, estará muy bien.

Sólo que tratad de ganároslos no por aislado, sino por grupos.

- ¿Agitación, entonces? -preguntó tristemente Goróvich.

- Agitación, pero sin que ellos se den cuenta. Sobre todo, habladles de la colonia, de diferentes hechos de la construcción. Pero ¿qué os voy a decir? Por supuesto, no podréis abrirles tan rápidamente los ojos. Sin embargo, dadles a entender algo.

En mi cabeza había el caos más indignante: ideas e imágenes de lo más diverso saltaban, se retorcían, trepaban y hasta se desmayaban, y si alguna de ellas gritaba a veces con una voz alegre, yo comenzaba a sospechar seriamente que estaba ebria.

Hay una mecánica pedagógica, una física y una química, incluso una metafísica pedagógica.

Podía preguntarse: ¿para qué dejaba aquí, en Kuriazh, en esta noche oscura a esos seis ascetas? Yo divagaba con ellos acerca de la agitación, y, en realidad, me decía: en la sociedad de los kuriazhanos aparecerán mañana seis personas buenas, cultas, serias. ¿No sería esto, en realidad, una cucharada de miel en un tonel de alquitrán?... Además, ¿se trataba de alquitrán? Esta era, naturalmente, una química lastimosa. Y la reacción química podía ser también lastimosa, enclenque, infinita. Si aquí hacía falta química, era otra: dinamita, nitroglicerina, en general, una explosión inesperada, terrible, convincente, para que, como flechas, saliesen disparados hacia el cielo la muralla del monasterio, y los klift, y las almas infantiles, y los tragones, y los diplomas de agrónomo.

Hablando entre nosotros, yo mismo estaba dispuesto a meterme con mi primer destacamento mixto en algún buen tonel: fuerza explosiva teníamos bastante, palabra de honor. Recordé el año 20. Sí, entonces empezamos con más fuerza, entonces había estallidos y yo mismo me sentía llevado por entre las nubes como el Vakula de Gógol, y nada me daba miedo entonces.(38) Pero ahora tenía llena la cabeza de toda clase de abalorios, que, según decían, eran necesarios para adornar a la pedagogía, esta beata hipócrita. Sea usted buena, grand'maman, permítame zurrar una vez en el aire. Tenga la bondad -accede ella-, hágalo, pero procure que los muchachos no se molesten.

¡Qué explosiones ni qué ocho cuartos!

- Vólojov, engancha, me voy.

Una hora más tarde, de pie ante la abierta ventanilla del vagón, yo contemplaba las estrellas. El tren era de cuarta clase. No había donde sentarse.

(38) .- Vakula personaje de la obra de Gógol Nochebuena. Vakula voló en la Nochebuena a lomos del diablo.

¿No habría huido vergonzosamente de Kuriazh? ¿No me habría asustado de mis propias reservas de dinamita? Era preciso tranquilizarse. La dinamita es una cosa peligrosa: ¿para qué andar con ella, cuando existen en el mundo mis admirables gorkianos? Dentro de cuatro horas dejaré este sucio y asfixiante vagón y me hallaré en su refinada sociedad.

Llegué a la colonia en un coche de alquiler, cuando hacía ya mucho tiempo que los rayos solares habían perdido su fuerza. Los colonos corrieron a mí desde todas partes. ¿Eran colonos o emanaciones de radio? Hasta Galatenko, que antes negaba categóricamente la carrera como medio de desplazamiento, se asomó ahora por las puertas de la forja y de repente corrió por el sendero, estremeciendo la tierra y recordando a uno de los elefantes de combate del rey Darío Histaspes. Al clamor general de saludos, exclamaciones de sorpresa y preguntas impacientes también él aportó su parte: - ¿Qué tal, Antón Semiónovich, se consigue algo o no?

¿De dónde has sacado, Galatenko, una sonrisa tan viril y tan franca? ¿Dónde has conseguido este sólido músculo que pliega tan graciosamente tu párpado inferior? ¿Con qué has untado tus ojos? ¿Con brillantina, esmalte chino o agua pura de la fuente? Y aunque tu pesada lengua gira todavía lentamente, también expresa emoción. ¡Emoción, demonios!

- ¿Por qué estáis tan elegantes? ¿Tenéis baile? -pregunté a los muchachos.

- ¡Sí! -respondió Lápot-. ¡Un verdadero baile! Hoy es el primer día que no trabajamos y, por la noche, representaremos La pulga, nuestro último espectáculo, y nos despediremos de los mujiks... Pero, diga usted, ¿qué tal van los asuntos?

Con sus nuevos calzones y sus nuevos gorritos de terciopelo, confeccionados especialmente para impresionar a los kuriazhanos, los colonos olían a fiesta. De un lado para otro corrían diligentemente los colonos de los sextos mixtos, preparando el espectáculo. En los dormitorios, en la escuela, en los talleres, en el club, había en todos los rincones cajones clavados, cosas envueltas en arpilleras, montones de hatillos y de colchones. Todo estaba harrido y fregado, tal como corresponde a una fiesta. En mi casa reinaba el undécimo destacamento, con Shurka Zheveli a la cabeza. Todas las cosas de la abuelita habían sido embaladas también, pero los muchachos le habían dejado magnánimamente una cama plegable, y Shurka se enorgullecía de su generosidad:

- La abuelita no puede dormir como nosotros. ¿Ha visto usted? Los muchachos duermen ahora todos en la era, sobre el heno... Todavía mejor que en la cama. Y las chicas, en los carros. Pero fíjese usted: ese Nesterenko ha tomado posesión únicamente ayer y hoy presume ya: le da lástima el heno. ¡Hay que ver! Nosotros le hemos dado una colonia entera, y a él le da lástima el heno. ¿Qué le parece como hemos embalado las cosas de la abuelita? ¿Qué dice usted, abuelita?

La abuela sonríe dulcemente a los muchachos, aunque tiene sus puntos de divergencia con ellos: - Lo habéis embalado todo muy bien, pero ¿dónde va a dormir ahora vuestro director?

- ¡Ya lo sé! -grita Shurka-. En nuestro destacamento, en el once, es donde está el mejor heno, super. Hasta Eduard Nikoláievich se enfadó al ver que dormíamos en él. ¿Es que se puede dormir sobre un heno semejante? decía. Pero nosotros dormimos. y

después se lo dimos a comer al Molodiets ¡y había que ver cómo lo engullía! Le instalaremos, usted no se preocupe.

Una parte considerable de los colonos se había instalado en las casas de los educadores, formando organizaciones enteras de tutela y embalaje. En la habitación de Lídochka se había instalado el estado mayor de Kóval y Lápot. Sentado en el alféizar, Kóval, amarillo de ira y de cansancio, agitaba los puños e increpaba a los ferroviarios:

- ¡Funcionarios, burócratas, Akakis!(39) Les digo que se trata de niños y no quieren creerme. ¿Hay que presentarles las partidas de nacimiento o qué? Pero ¡si los nuestros no han visto nunca sus partidas de nacimiento! ¿Qué vas a decirle, cuando él, maldito sea, no comprende nada? A cada adulto, me dice, le corresponde un niño gratuito, pero si se trata sólo de niños...

Me esfuerzo por explicarle al maldito de qué niños se trata, le digo que es una colonia de trabajo y que sólo queremos vagones de mercancías... ¡Y él lo mismo que un tronco! No hace más que darle al ábaco: carga, arriendo, amortización de tiempo... El diablo sabe de dónde ha podido sacar estas normas: si se trata de caballos y de muebles, una tarifa; si se trata de materiales para la campaña de siembra, la tarifa es distinta. Y yo le digo: pero, ¿de qué muebles habla usted? ¿Es que nos toma por unos burgueses que andan de mudanza? ¿A qué vienen los muebles?... No puedes imaginarte la insolencia de esos burócratas. ¡Qué insolencia! No hacen más que poner inconvenientes los muy sinvergüenzas. Nos tienen completamente sin cuidado, dicen con todo cinismo, los campesinos ricos; nosotros no conocemos más que pasajeros y remitentes de mercancías. Yo le expongo las cosas desde un punto de vista de clase, y él me dice: ya que tenemos un libro de tarifas, el punto de vista de clase nos importa un bledo.

Lápot escucha indiferente el trágico relato de Kóval acerca de los ferroviarios y mi triste informe acerca de Kuriazh, y, a la menor oportunidad, vuelve a los alegres temas locales, como si no existiese ningún Kuriazh, como si él no tuviera que dirigir dentro de unos días el Soviet de jefes en ese salvaje país. Empieza a apesadumbrarme su ligereza. Pero también mi pesadumbre es aventada por su ingenio chispeante. También yo me río a carcajadas con todos los demás y también me olvido de Kuriazh. Ahora, libre de las preocupaciones cotidianas, ha crecido y se ha desarrollado el original talento de Lápot. Es un notable coleccionista: a su alrededor giran, se entusiasman, le creen y admiran continuamente tontos, extravagantes, poseídos, anormales. Lápot sabe clasificarles, encasillarles, cuidarles y jugar con ellos. En sus manos irradian con todos los matices de la belleza y parecen ejemplares interesantísimos de la raza humana.

A Gustoiván, muchacho pálido, desorientado y silencioso, le dice con una voz emocionada: - Sí... allí hay una iglesia en el centro del patio. ¿Qué necesidad tenemos de un diácono extraño? Tú serás diácono.

Gustoiván mueve sus labios, delicadamente rosados. Antes de ingresar en la colonia, alguien vertió en su alma endeble una ración caballuna de opio, y desde entonces no ha podido desprenderse de él. Por las noches reza en los rincones oscuros de los dormitorios, y acepta las bromas de los colonos como un dulce martirio. Kóstir no es tan confiado como él:

(39) .- El funcionario Akaki Akákievich es el personaje del cuento de Gógol *El Capote*.

- ¿Por qué dice usted eso, camarada Lápot? ¡Dios le perdone! ¿Cómo puede Gustoiván ser diácono, si el Señor no le ha ungido con su gracia divina?

Lápot alza su blanda nariz salpicada de pecas:

- ¡Pues sí que tiene mucha importancia la gracia divina! ¡Le pondremos esta clámide, y entonces habrá que ver el diácono que será!

- La gracia divina es imprescindible -trata de convencerle Kósir con su voz atenorada y musical-. El Todopoderoso debe ungirle.

Lápot se sienta en cuclillas ante Kósir y, abriendo y cerrando sus párpados desnudos, un poco hinchados, le mira fijamente: - Tú date cuenta, abuelo: el Todopoderoso significa el que tiene poder... ¿verdad?

- El Todopoderoso tiene poder...

- ¿Y el Soviet de jefes, qué? Yo creo que si el Soviet de jefes le unge, ¡ésta sí que será unción!

- El Soviet de jefes no puede, querido; no posee la gracia divina -y Kósir, enternecido por la conversación, ladea la cabeza.

Pero Lápot coloca las manos sobre las rodillas de Kósir y con una voz íntima y cordial, trata de convencerle: - ¡Puede, Kósir, puede! ¡El Soviet de jefes puede dar tal gracia divina, que el Todopoderoso no hará más que carraspear!

El viejo y bondadoso Kósir escucha atentamente la simpática verborrea de Lápot, que siente penetrar en su alma, y está a punto de ceder. ¿Qué le han dado a él los santos y el Todopoderoso? Nada. En cambio, el Soviet de jefes ha ungido a Kósir de una verdadera gracia divina: le ha defendido de su mujer, le ha dado una habitación clara y limpia, en la habitación hay una cama, los pies de Kósir están enfundados en unas botas fuertes y bellas, confeccionadas por el primer destacamento de Gud. Quizá en el paraíso, cuando muera el viejo Kósir, habrá todavía esperanza de recibir alguna compensación de Dios, pero, en la vida terrenal, el Soviet de jefes es absolutamente insustituible para Kósir.

- ¿Lápot, estás ahí? -pregunta Galatenko, asomando por la ventana unos hocicos malhumorados.

- Sí. ¿Qué pasa? -responde Lápot, abandonando el tema religioso.

Galatenko se acomoda sin apresurarse en el alféizar y muestra a Lápot la copa rebosante de ira, de la cual se alza el vaho lento y enmadejado del sufrimiento humano. En los grandes ojos grises de Galatenko brillan unas lágrimas pesadas y espesas.

- Tú, Lápot, dile, dile... si no, soy capaz de darle en los hocicos...

- ¿A quién?

- A Taraniets.

Galatenko me ve en la habitación y sonríe, secándose las lágrimas.

- ¿Qué ha pasado, Galatenko?

- ¿Es que tiene derecho? El cree que, por ser el jefe del cuarto, sí tiene derecho; pero ¿qué

tiene que ver eso? Le han dicho que haga una jaula para el Molodiets y él va y dice: para el Molodiets y para Galatenko.

- ¿A quién se lo ha dicho?

- Pues a los carpinteros, a sus muchachos.

- ¿Y qué más?

- Es la jaula para que el Molodiets no salte del vagón, pero ellos me han pescado y se ponen a tomarme medida y Taraniets dice: para el Molodiets. a la izquierda y para Galatenko a la derecha...

- ¿El qué?

- Pues la jaula.

Lápot se rasca, pensativo, detrás de la oreja, y Galatenko espera intensa y pacientemente su decisión.

- Pero, ¿de verdad piensas saltar del vagón? ¡No puede ser!

Al otro lado de la ventana, Galatenko hace algo con los pies y él mismo se vuelve para mirar sus piernas: - ¿Por qué voy a saltar? ¿A dónde?

Pero Taraniets dice: hacedle una jaula fuerte; si no, romperá el vagón.

- ¿Quién lo romperá?

- Pues yo...

- ¿Y tú no lo romperás?

- ¿Pero cómo voy... pero si?...

- Es que Taraniets te considera muy fuerte. Tú no te molestes.

- Eso de que soy fuerte es otro cantar... Pero la jaula no tiene nada que ver con eso.

Lápot salta por la ventana y corre al taller de carpintería. Tras él se arrastra Galatenko.

De la colección de Lápot forma parte igualmente Arkadi Uzhikov. Lápot considera que Arkadi es un ejemplar extraordinariamente raro y habla de él con sincero calor: - Tipos como Arkadi se pueden encontrar sólo una vez en la vida. No se aparta de mí a más de diez pasos: tiene miedo a los muchachos. Y duerme y come a mi lado.

- ¿Te quiere?

- ¡Ya lo creo! Pero me ha robado el dinero que me dio Kóval para comprar cuerda...

Lápot se echa a reír de pronto estrepitosamente y pregunta a Arkadi, que está sentado en un cajón: - Dime, bichejo, ¿dónde lo escondiste?

Arkadi responde indiferente e inexpresivo, sin cambiar de postura y sin azorarse:

- Lo escondí en tus pantalones viejos.

- ¿Y qué más?

- Y tú después lo encontraste.

- No lo encontré, amiguíto, sino que te pesqué infragante, ¿verdad?

- Sí, me pescaste.

Los ojos sucios de Arkadi miran fijamente a Lápot, pero no son unos ojos humanos, sino unos malos e inexpresivos aparatos de cristal.

- Es capaz de robarle hasta a usted, Antón Semiónovich. ¡Palabra de honor que es capaz!

¿Verdad?

Uzhikov calla.

- ¡Es capaz! -sigue entusiasmado Lápot, y Uzhikov observa su expresiva mímica con la misma indiferencia.

En el séquito de Lápot entra también Nitsenko. Tiene un cuello fino, largo, con una nuez prominente y una pequeña cabeza que ostenta con el estúpido orgullo de un

camello. Lápot dice de él: - De ese tonto se puede hacer toda clase de cosas: varas, cucharas, baldes, palas. ¡Y él se imagina que es un verdadero ladrón!

Me alegra que toda esa pandilla se sienta atraída por Lápot. Así me es más fácil destacarla de las filas generales de los gorkianos. Las incansables sentencias de Lápot obran sobre este grupo como un desinfectante, y, por ello, en mí se refuerza la idea de que en la colonia hay verdaderamente orden y organización. Y esta impresión es ahora una impresión viva, que -no sé por qué-, me parece, además, nueva.

Todos los colonos me han preguntado por los asuntos de Kuriazh, pero yo veo que lo preguntan sólo por cortesía, como se pregunta habitualmente cuando uno encuentra a alguien: ¿ Cómo está usted? El interés vivo por Kuriazh se ha secado y está ahora perdido en lejanos vericuetos de nuestra colectividad. Hoy dominan otros temas y otros sentimientos vivos: los vagones, las jaulas para el Molodiets y para Galatenko, los domicilios de los educadores llenos de cosas confiadas al cuidado de los colonos, las noches en el heno, La pulga, la sordidez de Nesterenko, los bártulos, los cajones, los carros, los nuevos gorros de terciopelo, las caras tristes de las Marusias, las Natalkas y las Tatianas de Goncharovka, los tiernos brotes del amor condenados a ser guardados en conserva. Por la superficie de la colectividad corren anécdotas y bromas, suena la risa y centellea la burla sencilla y cordial. Exactamente del mismo modo corren las olas por el maduro mar de trigo del campo ucraniano, que de lejos parece frívolo y juguetón. Y, sin embargo, en cada espiga que se balancea limpia de polvo, que se mece libre de inquietudes bajo el dulce viento, reposan tranquilas fuerzas, y lo mismo que la espiga no tiene que preocuparse de la trilla, tampoco los muchachos deben preocuparse de Kuriazh. La trilla llegará a su tiempo, y también a su tiempo llegará el trabajo en Kuriazh.

Por los tibios senderos de la colonia pisan con una gracia lenta los pies desnudos de los colonos, y los talles, ceñidos por estrechos cinturones, se cimbrean imperceptiblemente. Sus ojos sonríen con serenidad, los labios se estremecen apenas en el saludo amistoso. En el parque, en el jardín, en los bancos -que tanta pena da abandonar-, sobre el césped, a orillas del río, se instalan grupitos de amigos: muchachos expertos hablan del pasado, de la madre, de las tachankas, de los destacamentos, de los bosques y de la estepa. Sobre ellos se ciernen las copas silenciosas de los árboles, los zumbidos de las abejas, el perfume de las reinas de las nieves y de las acacias blancas.

En una torpe confusión yo empiezo a distinguir el idilio. Me acuden a la imaginación las figuras irónicas de pastorcitos, céfiros, amorcillos. Pero la vida, palabra de honor, es capaz de gastar bromas y, a veces, bromea con insolencia. Bajo una mata de lilas se ha instalado un pequeñuelo chato y enfurruñado, a quien llaman Mópsik, y se está allí toca que te toca un flautín. No, no debe de ser un flautín, sino una zampoña o quizá una flauta, y Mópsik tiene la misma expresión astuta de un pequeño fauno. Y en la orilla del prado las muchachas trenzan guirnaldas, y Natasha Petrenko, coronada de flores azules, me conmueve hondamente con su fabuloso encanto. Y tras la pared plumosa de un saúco sale Pan al sendero, y su bigote ceniciento se estremece en una sonrisa, mientras entorna sus profundos ojos de un azul claro: - ¡Y yo buscándote, buscándote! Me dijeron que te habías ido a la ciudad. Bueno, ¿y qué? ¿Has convencido a esos parásitos? Los muchachos necesitan irse, y los idiotas esos están burlándose de nosotros...

- Oyeme, Kalina Ivánovich -le digo-, será mejor que te vayas a la ciudad con tu hijo mientras estén aquí los muchachos. Después de que nos vayamos, te será más difícil hacerlo.

Kalina Ivánovich, buscando su pipa, escarba en los anchos bolsillos de su chaqueta:

- Fui el primero en venir aquí y seré el último en marcharme. Los mujiks me trajeron aquí y los mujiks me llevarán, ¡parásitos! Ya me he puesto de acuerdo con ese Musi. Y trasladarme a mí no es cosa complicada. Tú habrás leído seguramente en los libros cuánto tiempo hace que existe el mundo. Pues bien, calcula el número de viejos tontos como yo que se habrán trasladado y no se ha perdido ni uno solo. Me trasladarán, ¡je, je!...

Kalina Ivánovich y yo vamos por un sendero. El viejo fuma su pipa y contempla la copa de los arbustos, la brillante superficie del Kolomak, las muchachas coronadas de flores y Mópsik con su flautín.

- Si yo supiera mentir como algunos parásitos, os diría: iré a veros a Kuriazh. Pero yo lo digo sinceramente: no os visitaré. ¿Comprendes? El hombre está mal hecho, es una bestia delicada, no teme tanto al trabajo como a las preocupaciones. Trabaje o no, teóricamente parece un hombre, pero en la práctica no sirve más que para encolar. Cuando la gente sea más lista, hará cola de los viejos. Puede salir una cola muy buena...

Después de la noche de insomnio y de las gestiones en la ciudad, mi estado de ánimo es cristalino: siento el suave sonido del mundo y veo sus brillantes círculos. Kalina Ivánovich recuerda diversos casos de su vida, y yo soy capaz de sentir únicamente su vejez actual y de ofenderme por ella.

- Has vivido una vida interesante, Kalina...

- Te diré así -dice Kalina Ivánovich, deteniéndose para vaciar su pipa-. Yo no soy idiota, y comprendo de qué se trata. La vida estaba mal arreglada, si te fijas: se harta uno, hace sus necesidades, duerme y otra vez a comer, pan o carne...

- Espera, ¿y el trabajo?

- Pero, ¿a quién le hacía falta el trabajo? ¿Te das cuenta de la mecánica? Los que necesitaban del trabajo, no trabajaban los muy parásitos, y los que no lo necesitaban para nada, trabajaban y trabajaban como bueyes.

Guardamos silencio unos instantes.

- La lástima es que haya vivido poco tiempo con los bolcheviques -continuó Kalina Ivánovich-Ellos, los demonios, lo hacen todo a su manera y son groseros; naturalmente, a mí no me

gusta la gente grosera. Sólo que con ellos la vida es hoy diferente. Te dicen... ¡je, je!... hay que hacer tal cosa, y tú, hayas comido o no, tengas que ir a un sitio o no, debes hacerla. ¿Has visto algo parecido? El trabajo lo necesitan ahora todos. Hay idiotas como yo que no comprenden nada y que cuando trabajan se olvidan hasta de comer, si la mujer no les obliga. ¿Y tú, no te acuerdas? Una vez entré en tu despacho y te pregunté: ¿has comido? Y era ya de noche. Y tú, ¡je, je!, te pusiste a pensar si habías comido o no. Te parecía haber comido, pero no estabas seguro de que no hubiera sido el día anterior. Te habías olvidado, ¡je, je!... ¿Has visto algo parecido?

Kalina Ivánovich y yo estuvimos paseando por el parque hasta el anochecer. Y cuando hacía ya mucho tiempo que el sol se había ocultado, llegó corriendo Kostia

Sarovski y, golpeándose con unas ramitas las desnudas piernas acribilladas por los mosquitos, exclamó indignado:

- ¡Ya están caracterizándose y ustedes pasea que te pasea! Los muchachos dicen que vengan. ¡Qué zar tan gracioso nos ha salido! Lápot es quien hace de zar. ¡Y qué nariz!...

En el teatro se habían congregado todos nuestros amigos de la aldea y de los caseríos. La comuna Lunacharski había acudido con sus efectivos completos. Nesterenko, sentado en el trono detrás del telón, rechazaba las acusaciones de los muchachos, que le motejaban de avaro, de insensible y de ingrato. Ante un espejo, Olia Vóronova se vestía de hija del zar y decía preocupada:

- Están atormentando a mi Nesterenko...

No era la primera vez que representábamos La pulga pero ahora preparábamos el espectáculo con enorme tensión, ya que los principales maquilladores, Butsái y Goróvich, estaban en Kuriazh. Por eso, el maquillaje resultó demasiado chillón. Pero esta circunstancia no turbó a nadie: el espectáculo era solamente un pretexto para los saludos de despedida. En muchos puntos el ritual de despedida no necesitaba ningún preparativo. Las mozas de Pirogovka y de Goncharovka volvían a la época prehistórica, porque en su idea del mundo la historia empezaba con la llegada de los irresistibles gorkianos al Kolomak. Por los rincones del cobertizo del molino, junto a las estufas, apagadas ya en marzo, en los oscuros pasillos detrás de los bastidores, en bancos casuales, en troncos, sobre diversos accesorios teatrales había muchachas sentadas, y sus pañuelos de flores caídos sobre los hombros dejaban ver sus cabecitas rubias, tristemente inclinadas. Ninguna palabra, ningún sonido celestial, ningún suspiro era ya capaz de alegrar los corazones de las muchachas. Sus deditos finos y tristes manoseaban sobre las rodillas los flecos del mantón, y hasta eso era una manifestación inútil y tardía de gracia. Junto a las muchachas estaban los colonos y fingían tener el alma embargada por la desesperación. Desde la habitación de los artistas asomaba Lápot, de vez en cuando, arrugaba irónicamente la nariz ante el pequeño cadáver del Amor y decía con una voz tierna y dolorida:

- ¡Petia, querido!... Marusia puede callar también sin ti, y tú ve a prepararte. ¿Has olvidado que haces de caballo?

El pérfido Petia sustituye un insolente suspiro de alivio por otro delicado de separación y deja sola a Marusia. Menos mal que los corazones de las Marusias están organizados según el principio de las piezas de recambio. Pasarán dos meses, Marusia destornillará la imagen desgastada y herrumbrosa de Petia y, después de limpiar el corazón con el kerosén de la esperanza, atornillará una nueva pieza brillante, la imagen de Panás de Storozhevói, que también ahora despide con tristeza en el grupo de los colonos a la buena amistad que le ha unido hasta hoy a los gorkianos, pero que en el fondo de su alma trata ya mentalmente de ajustarse a las estrías del corazón de Marusia. En una palabra, todo está bien organizado en el mundo, y Petia está igualmente contento de su papel de caballo en la troica del atamán Plátov.

Comenzó la parte solemne de la velada. Después de cariñosas y cálidas palabras de despedida, de gratitud, y acerca de la unidad en el trabajo, se descorrió la cortina, y alrededor del insignificante y estúpido zar se afanaron decrépitos generales y un portero

extravagante y desgarbado empezó a barrer tras ellos el polvo senil de que estaban llenos. De las puertas posteriores del cobertizo del molino salió rauda una troica de potros. Galatenko, Korito y Fedorenko, mordiendo el bocado y sacudiendo las pesadas cabezas, irrumpieron en el escenario, tirados de las bridas por Taraniets, destrozando a su paso el decorado teatral y haciendo temblar el piso de nuestro viejo tablado. Aferrándose a la cintura de Taraniets, salió el viejo atamán Plátov, cómicamente vestido. Era Oleg Ognev, estrella naciente de nuestra escena. El público ahogó las últimas chispas de tristeza y se sumergió en los abismos de la fantasía y la belleza teatral. En la primera fila, Kalina Ivánovich lloraba de risa, sacudiendo las lágrimas con un dedo arrugado y amarillento.

Súbitamente me acordé de Kuriazh.

No, ahora ya no existía la costumbre de suplicar indulgencia, y nadie podría evitarme este cáliz. De pronto me sentí terriblemente cansado y agotado.

En la habitación de los artistas, alegre y confortable, Lápot, caracterizado de zar y con la corona torcida, estaba sentado en el amplio sillón de Ekaterina Grigórievna y trataba de convencer a Galatenko de que había desempeñado genialmente el papel de caballo:

- Yo nunca he visto un caballo así en la vida, sin hablar ya del teatro.

Olia Vóronova dijo a Lápot.

- Levántate, Vañka; deja descansar a Antón Semiónovich.

Y me dormí en aquel maravilloso sillón sin esperar el final del espectáculo. Entre sueños, oí cómo los muchachos del undécimo destacamento discutían estruendosamente:

- ¡Podremos con él! ¡Venga, vamos a trasladarle!

Y, por el contrario, Silanti trataba en voz baja de persuadir a los muchachos:

- Vosotros aquí, como se dice, no gritéis. Ya que se ha dormido, no molestadle, y no hay más que hablar... Fíjate qué historia.

CINCO DÍAS

Al día siguiente, después de abrazar a Kalina Ivánovich, a Olia, a Nesterenko, me marché. Kóval quedó encargado de cumplir exactamente el plan de carga y salir cinco días más tarde para Járkov con la colonia. Yo no estaba tranquilo. En mi alma había sido alterado cierto equilibrio natural y no me sentía a gusto. A eso de la una de la tarde llegué de la estación de Rizhov al monasterio de Kuriazh, tan pronto como entré por la puerta, tropecé con los llamados sucesos desagradables.

Había llegado a Kuriazh una verdadera comisión investigadora: Bréguel, Kliámer, Yúriev, un juez de instrucción y entre ellos bullía, no sé por qué, el antiguo director de Kuriazh. Bréguel me explicó severamente:

- Aquí han empezado ya los apaleamientos.

- ¿Quién apalea a quién?

- Desgraciadamente, no se sabe quién... ni por incitación de quién...

El juez, un hombre grueso, con gafas, miró a Bréguel como disculpándose y dijo en voz baja:

- Me parece que el caso está claro... Tal vez no haya habido incitación. Viejas cuentas, ¿sabe?... En realidad, la paliza ha sido ligera. Pero, de todas formas, sería interesante saber quién ha sido el autor. Ahora ha llegado el director... Quizá usted se entere de algo con más detalle y nos lo comunique.

Bréguel estaba a todas luces descontenta de la conducta del juez. Sin decirme una palabra más, subió al automóvil. Yúriev me sonrió avergonzado. La comisión se fue.

El educando Doroshko había sido apaleado por la noche en el patio cuando, después de robar en los dormitorios media docena de zapatos relativamente nuevos, iba con ellos hacia la salida. Todas las circunstancias del suceso nocturno evidenciaban que la paliza había sido bien organizada, que se había seguido a Doroshko durante la comisión del robo. Cuando estaba ya cerca de la campana, de entre unos arbustos de acacias que crecían junto al pabellón vecino, echáronle encima una manta, le tiraron al suelo y le apalearon. Górkovski, que volvía en aquel momento de la cochera, vio en la oscuridad cómo unas cuantas figuras menudas se dispersaban por todas partes, abandonando a Doroshko, pero llevándose la manta. La busca inmediata de los culpables por los dormitorios no dio ningún resultado: todo el mundo dormía. Doroshko estaba lleno de cardenales, hubo que llevarle a la enfermería de la colonia y llamar a un médico, pero el facultativo no encontró ninguna lesión grave en su organismo. Sin embargo, Gorióvich comunicó inmediatamente el hecho a Yúriev.

La comisión investigadora, dirigida por Bréguel, abordó enérgicamente el asunto. A nuestro destacamento mixto de vanguardia se le hizo volver del campo, y sus miembros fueron sometidos a interrogatorio uno por uno. Kliámer, sobre todo, buscaba pruebas de que los apaleadores habían sido los gorkianos. No se interrogó a ningún educador; en general, se evitaba hablar con ellos y la comisión se limitaba a ordenarles que llamaran a uno u otro muchacho. De los kuriazhanos sólo Jovraj y Perets fueron interrogados por separado, y eso seguramente porque no hacían más que gritar bajo las ventanas:

- ¡Pregúntennos a nosotros! ¿Por qué les preguntan a ellos? ¡Nos matarán, y no tendremos a quién quejarnos!

En la enfermería, Doroshko, muchacho desgarbado de unos dieciséis años, me contempló atentamente con una mirada seca y me susurró:

- Hace ya tiempo que quería decirle...

- ¿Quién te ha pegado?

- ¿A qué han venido?... ¡Qué importancia tiene quién haya sido! Yo les digo que no han sido los suyos, y ellos quieren que sean los suyos. Pero si no hubiera sido por los suyos, me habrían matado. Pasó uno que es el jefe, y los muchachos echaron a correr...

- ¿Qué muchachos?

- No lo diré... Yo no robaba para mí... Todavía por la mañana me dijo... ése...

- ¿Jovraj?

Silencio.

- ¿Jovraj?

Doroshko, hundiendo el rostro en la almohada, se echó a llorar. A través de sus sollozos yo distinguía muy mal sus palabras.

- El... sabrá... Yo pensaba que sería por última vez... yo creía...

Esperé a que se calmara y le pregunté otra vez:

- Entonces, ¿no sabes quién te ha pegado?

De pronto se sentó en la cama, se llevó las manos a la cabeza y se balanceó de izquierda a derecha, embargado por una honda pena. Después, sin quitarse las manos de la cabeza, con los ojos todavía húmedos de lágrimas, sonrió:

- No, pero no eran gorkianos. Ellos no lo habrían hecho así...

- ¿Pues cómo lo habrían hecho?

- No sé cómo, pero lo habrían hecho sin la manta... Ellos no hubieran usado la manta...

- ¿Por qué lloras? ¿Te duele?

- No, no me duele, sólo que... yo creía que sería la última vez... y que usted no lo sabría...

- Eso no importa -le tranquilicé- . Reponte; todo se olvidará...

- Sí... Por favor, Antón Semiónovich, olvídelo...

Por fin, se calmó.

Comencé una investigación por cuenta propia. Goróvich y Kirguísov hacían gestos de perplejidad y se enfadaban. Iván Denisovich intentaba hasta poner cara de enfado y fruncía las cejas, pero su fisonomía estaba cubierta desde hacía ya tanto tiempo de unas capas tan poderosas de bondad, que esas muecas me hicieron únicamente reír:

- ¿Por qué se enfada usted, Iván Denísovich?

- ¿Cómo que por qué me enfado? Aquí van a matarse unos a otros, y yo debo saberlo. Han pegado a ese Doroshko, ¿y qué? Serán probablemente viejas cuentas...

- Yo dudo de que sean viejas cuentas.

- Entonces, ¿de qué se trata?

- Las cuentas son, seguramente, nuevas. Ahora bien, ¿está usted seguro de que no han sido los gorkianos?

- Pero, ¿qué dice usted? -se admiró Iván Denísovich-. ¿Para qué demonios necesitan nuestros muchachos hacer una cosa así?

Vólojov me miraba furioso:

- ¿Quiénes? ¿Los nuestros? ¿A un insecto semejante? ¿Quién de nosotros es capaz de hacer eso? Si fuera a Jovraj o a Churilo o a Korotkov, yo mismo estaría dispuesto a hacerlo, aunque fuera ahora mismo, si usted me lo permitiese. Pero, ¿a ése, por haber robado unos zapatos?

¡Si roban todas las noches! Y, además, ¿cuántos zapatos quedan aún? De todas formas, antes de que venga la colonia aquí no quedará nada. ¡Que roben si quieren! Nosotros ni siquiera hacemos eso. Otra cosa es que no quieran trabajar...

Encontré a Ekaterina Grigórievna y a Lídochka en su habitación vacía. Se hallaban en un estado de desorientación completa. Lo que más las había asustado era la llegada de la comisión investigadora. Lídochka, sentada junto a la ventana, contemplaba fijamente el sucio patio. Ekaterina Grigórievna escrutaba mi rostro con obstinación.

- ¿Está usted contento? -me preguntó.

- ¿De qué?

- De todo: de la casa, de los muchachos, de los jefes.

Durante un minuto me quedé pensativo: ¿estaba contento? Y en realidad, ¿qué motivos particulares tenía para estar descontento? Aproximadamente todo aquello correspondía a lo que esperaba.

- Sí -contesté- , y, en general, no soy propicio a gemir.

- Pues yo gimo -dijo sin animación y sin sonrisa Ekaterina Grigórievna-; si, gimo. No puedo comprender por qué estamos tan solos. Esto es una verdadera desgracia, un auténtico horror humano, y encima vienen a vernos unos... boyardos... se pavonean, nos desprecian. Así, aislados, fracasaremos sin falta. Y yo no quiero... ni puedo.

Lídochka golpeó lentamente con su puñito el poyo de la ventana y empezó a decir a Ekaterina Grigórievna, reteniendo apenas los sollozos:

- Yo soy una persona pequeña, pequeña... Deseo trabajar, lo deseo ardientemente, tal vez más aún... puedo hacer una proeza... Pero soy... una persona... una persona y no un insecto.

De nuevo se volvió hacia la ventana, y yo salí a la alta e inestable terracilla, cerrando fuertemente la puerta. Cerca de la terracilla estaban Vania Záichenko y Kostia Vetkovski.

Kostia se reía:

- Bueno, ¿y qué? ¿Se las zamparon?

Vania señaló la línea del horizonte con un gesto solemne de marqués y dijo:

- Se las zamparon. Encendieron unas hogueras, las asaron y se las zamparon. ¡Y tan tranquilos! ¿Sabes? Y después se tumbaron a dormir. Y durmieron. Mi destacamento trabajaba junto a ellos: estábamos sembrando sandías. Nosotros nos reíamos, y su jefe, Petrushko, se reía también... no hacía más que decir: ¡qué rica es la patata asada!

- Pero, ¿cómo? ¿Se comieron todas las patatas? ¡Si había cuarenta puds!

- ¡Se las comieron! ¡Las asaron y se las comieron! Del resto, una parte la escondieron en el bosque y la otra la dejaron tirada en el campo y se echaron a dormir. Ni siquiera bajaron a comer a la colonia. Petrushko decía: ¿qué falta nos hace comer? Hoy

hemos sembrado patatas... Odariuk le dijo: eres un cerdo. Y se pelearon. Vuestro Misha estuvo allí al principio y les enseñó cómo había que sembrar la patata, pero después le llamó la comisión.

Vania no llevaba hoy sus viejos y rotos pantalones, sino unos calzones, y sus calzones tenían bolsillos, como se cosían solamente en la colonia Gorki. Seguramente Shelaputin o Toska había repartido con él su guardarropa. Mientras contaba a Vetkovski lo sucedido, agitando los brazos y moviendo sus airosas piernas, Vania me miraba con los ojos entornados, y en sus pupilas fulguraban sin cesar unas cálidas lucecitas de simpática ironía infantil.

- ¿Ya estás bueno, Vania? -le pregunté.

- Sí -replicó Vania, pasándose la mano por el pecho-. Ya estoy bien. Mi destacamento ha estado hoy en el primer S mixto. ¡Ja, ja! La S quiere decir sandías. Hemos trabajado con Denís, pero después le llamaron y nos quedamos solos. ¡Ya verá usted qué sandías van a salir! ¿Y cuándo llegarán los gorkianos? ¿Dentro de cinco días? ¡Qué interesante será ver cómo son todos esos gorkianos! ¡De verdad que será muy interesante!

- Vania, ¿a ti qué te parece? ¿Quién ha pegado a Doroshko?

Vania giró súbitamente hacia mí su rostro serio y clavó una mirada penetrante en mis gafas.

Después alzó las mejillas, las dejó caer, las levantó de nuevo y, por fin, sacudió la cabeza, agitó un dedo junto a la oreja y sonrió:

- No lo sé.

Y se fue con el aire de un hombre atareado.

- ¡Vania, espera! Tú lo sabes y debes decírmelo.

Cerca de la muralla de la catedral Vania se detuvo. Me miró desde lejos, se turbó un segundo, pero después, como un hombre, dijo con sencillez y frialdad, subrayando cada palabra:

- Le diré la verdad: yo he estado allí, pero no diré quién más. ¡Y él que no robe!

Vania y yo nos quedamos pensativos. Kostia se había ido un poco antes. Estuvimos pensando, pensando, y, por fin, le dije a Vania:

- Estás arrestado en la habitación de los pioneros. Di a Vólojov que estás arrestado hasta el toque de silencio.

Vania alzó los ojos, asintió calladamente con la cabeza y corrió a la habitación de los pioneros.

Estos cinco días se me presentan sobre el fondo de mi vida como un largo guión negro. Un guión y nada más. Ahora recuerdo con gran trabajo algunos detalles de mi actividad de entonces. Verdaderamente, no era actividad, sino más bien un movimiento interior de tal vez una potencia pura, la calma de unas fuerzas bien domadas y sujetas. Entonces me parecía que desplegaba un trabajo frenético, que me dedicaba al análisis, que resolvía algo. Pero, en realidad, no hacía más que aguardar la llegada de los gorkianos.

No obstante, algo hacíamos.

Recuerdo que nos levantábamos puntualmente a las cinco de la mañana. De un modo sistemático y paciente nos enfurecíamos al observar la desgana absoluta de los

kuriazhanos por seguir nuestro ejemplo. En aquel tiempo, el destacamento mixto de vanguardia casi no se acostaba: había trabajos inaplazables. Shere llegó un día más tarde que yo. Durante dos horas midió con una mirada aguda y ofendida los campos, los patios, los cobertizos, las plazoletas, cruzó por todo ello a paso de marcha de Suvórov, callando y royendo toda clase de porquerías del reino vegetal. Por la noche, los gorkianos, tostados, polvorientos y enflaquecidos, comenzaron a limpiar la plazoleta en que debía ser instalada nuestra enorme piara.

Se comenzó también a cavar zanjas para invernaderos y estufas. Vólojov demostró en aquellos días su gran calidad de jefe y de organizador. Se las ingeniaba para dejar en el campo a una sola persona con dos pares de caballos y enviaba a los demás a otro trabajo. Piotr Ivánovich Goróvich salía por las mañanas con una pala particularmente encantadora en la mano y, agitándola, decía a un montón de kuriazhanos curiosos:

- ¡Vamos a cavar, campeadores!

Los campeadores torcían la cabeza y se iban a sus asuntos. En el camino se encontraban a Butsái, negro como la noche, y con la misma timidez oían sus invitaciones, formuladas en las notas más bajas del registro:

- ¡Vagos del demonio! ¿Es que voy a trabajar mucho tiempo para vosotros?...

Por las tardes llegaba alguno de los rabfakianos y se ponía a trabajar, pero a éstos yo les hacía volver rápidamente a Járkov. No se podía andar con bromas: estaban en la época de los exámenes de primavera. Nuestra primera promoción rabfakiana pasaba aquel año a instituciones de enseñanza superior.

Recuerdo que en el transcurso de aquellos cinco días se hizo no poco y muchas cosas fueron empezadas. En torno a Borovói, que había concluido fulminantemente el local de uso especial, amplio y sin corrientes, trabajaba ahora toda una brigada de carpinteros: las cuevas, la escuela, las casas, los invernaderos... En la centralilla se afanaban tres electricistas, otros tres estaban dedicados a la exploración del subsuelo: por los vecinos de Podvorki sabíamos que aun bajo el poder monástico había existido en Kuriazh una conducción de agua.

Efectivamente, en la plazoleta superior del campanario descubrimos un espacioso tanque, y desde el campanario comenzamos con bastante éxito a excavar las cañerías.

Dos días más tarde, todo el patio de Kuriazh estaba lleno de vigas y de astillas y atravesado de zanjas: había comenzado el período de reconstrucción en el sentido exacto de la palabra.

Hicimos muy poco para mejorar la situación sanitaria de los kuriazhanos, aunque, en honor a la verdad, debe decirse que también nosotros nos lavábamos raramente.

Por la mañana temprano, Shelaputin y Soloviov se dirigían con los cubos a la fuente milagrosa al pie de la montaña, pero, mientras trepaban por las escarpadas vertientes, cayéndose y derramando el precioso líquido, nosotros corríamos a nuestros lugares de trabajo, los muchachos se iban al campo, y el cubo de agua se recalentaba sin provecho alguno en nuestra tibia habitación de los pioneros. Lo mismo iban de mal las cosas en otras esferas próximas a la cuestión sanitaria. El décimo destacamento de Vania Záichenko, tan resueltamente incorporado a nuestro bando, se había trasladado sin planes ni disposiciones a nuestra habitación y dormía en el suelo sobre las mantas que

había traído consigo. A pesar de que este destacamento estaba integrado por muchachos simpáticos y buenos, llenó nuestra habitación de varias generaciones de piojos.

Desde el punto de vista de las cuestiones pedagógicas de entidad mundial, eso no suponía una gran desgracia. Sin embargo, Lídochka y Ekaterina Grigórievna nos pidieron que, en la medida de lo posible, no entráramos en sus habitaciones y, si lo hacíamos, procurásemos no utilizar los muebles y no acercarnos a las mesas, camas y otros enseres delicados. No puedo decir cómo se las arreglaban ellas mismas y el motivo de la persecución de que nos hacían víctimas, cuando, en realidad, ellas se pasaban casi el día entero en los dormitorios de los educandos, esclareciendo muchos detalles de la vida de la colectividad de Kuriazh según el programa trazado especialmente por nuestra organización del Komsomol.

Yo había planeado la reorganización básica de todos los edificios de la colonia. Las largas habitaciones del antiguo albergue del monasterio, que los kuriazhanos llamaban escuela, serían utilizadas como dormitorios. Resultaba que se podía instalar a los cuatrocientos educandos en un solo edificio. No era difícil desembarazar ese edificio de los restos de muebles escolares y llenarlo de albañiles, carpinteros, estuquistas y vidrieros, para la escuela destinaba el edificio sin puertas en que se alojaba la primera colectividad, pero, naturalmente, la reparación era aquí imposible mientras estuviesen los muchachos.

Sí, hicimos gala de una actividad poco corriente, aunque esta actividad no tenía nada de pedagógica. En la colonia no existía ni un rincón en que no trabajase gente. Todo se reparaba, se pintaba, se fregaba. Incluso el comedor fue trasladado al patio y nos dedicamos resueltamente a cubrir de pintura los rostros de los santos de género masculino y femenino.

Únicamente los dormitorios no fueron afectados por la idea restauradora.

En los dormitorios, continuaban hormigueando los kuriazhanos, dormían, hacían la digestión, alimentaban a sus piojos, se robaban mutuamente toda suerte de fruslerías y pensaban algo misterioso acerca de mí y de mi actividad. Yo dejé de entrar en los dormitorios y de interesarme por la vida interior de las seis colectividades de Kuriazh. Mis relaciones con los kuriazhanos habían adquirido un carácter preciso y severo. A las siete, a las doce y a las seis de la tarde se abría el comedor, uno de mis muchachos tañía la campana y los kuriazhanos se arrastraban a comer. Pero no les convenía, sin embargo, arrastrarse con excesiva lentitud, y no sólo porque el comedor se cerraba a una hora fija, sino también porque los que llegaban antes engullían su ración y la de los rezagados. Los retrasados me insultaban a mí, insultaban al personal de la cocina y al Poder soviético, pero no se atrevían a pasar a una protesta más enérgica, porque el comandante de nuestro centro nutritivo seguía siendo Misha Ovcharenko.

Yo había aprendido a observar con maligno placer las dificultades que debían superar ahora los kuriazhanos para llegar al comedor y volver a sus asuntos después de haber comido: les estorbaban el paso troncos, zanjas, serruchos, hachas, círculos de arcilla amasada y montones de cal... y sus propias almas. En estas almas, según todos los indicios, se engendraban tragedias, pero no en un sentido humorístico, sino auténticas tragedias shakespearianas. Estoy seguro de que, en aquella época, muchos kuriazhanos declamaban para sus adentros: Ser o no ser: tal es la cuestión...

Se detenían en pequeños grupos junto a los lugares de trabajo, se miraban medrosos, y con un paso culpable y pensativo se dirigían a los dormitorios. Pero en los dormitorios no quedaba ya nada interesante. Ni siquiera había qué robar. Y los kuriazhanos salían otra vez a vagar alrededor de los que trabajaban, y por una vergüenza mal interpretada ante los compañeros no se atrevían a izar la bandera blanca y a pedir permiso para trasladar cualquier cosa, aunque no fuera más que de un sitio a otro. Por delante de ellos, los gorkianos volaban en líneas rectas, rápidos como lanchas motoras, saltando ligeramente sobre toda suerte de obstáculos: su capacidad de trabajo atontaba a los kuriazhanos, y éstos se detenían de nuevo en posturas dignas de Coriolano o de Hamlet. Tal vez la situación de los kuriazhanos fuese todavía más trágica, porque a Hamlet nadie le había gritado con una alegre voz:

- ¡No te metas debajo de los pies! ¡Hasta la hora de comer faltan aún dos horas!

Con la misma imperdonable alegría maligna, yo observaba cómo los corazones de los kuriazhanos se encogían y cesaban de latir al mencionarse el nombre de nuestros muchachos.

Los miembros del destacamento mixto de vanguardia se permitían, a veces, pronunciar réplicas que, naturalmente, no hubieran pronunciado en caso de haber concluido los estudios en algún instituto pedagógico superior.

- Espera, espera. Cuando vengan los nuestros, sabrás lo que significa vivir a costa ajena...

Los mayores y más desenvueltos de los kuriazhanos probaban a poner en duda la importancia de los acontecimientos inminentes y preguntaban con cierta ironía:

- Bueno, ¿y qué cosa terrible va a ocurrir?

A esa pregunta Denís Kudlati respondía:

- ¿Qué va a ocurrir? Ya lo verás: te van a meter en cintura de tal modo... que hasta el día de tu boda te acordarás de ello.

Misha Ovcharenko, en general enemigo de las cosas poco claras y confusas, se expresaba todavía con mayor nitidez:

- ¿Cuántos parásitos sois aquí? Doscientos ochenta. Pues serán doscientos ochenta los morros que van a hincharse. ¡Y cómo! ¡Dará miedo verlos!

Jovraj escucha también esas palabras y dice entre dientes:

- ¡Hincharse! Aquí no estáis en la colonia Gorki. ¡Esto es Járkov!

Misha considera tan importante la cuestión planteada, que deja el trabajo y comienza con una voz cariñosa:

- Simpático, ¿por qué me dices que esto no es la colonia Gorki, sino Járkov, etc?... Tú, amiguito, date cuenta, ¿quién te permitirá vivir a costa de la colonia? ¿A quién le haces falta, amiguito, quién te necesita?

Misha vuelve a su quehacer y, empuñando ya algún instrumento de trabajo, deja caer el acorde final:

- ¿Cómo te llamas?

Jovraj sacude, sorprendido, la cabeza:

- ¿Qué?

- ¿Cómo te llamas? ¿Súslikov? ¿O cómo? ¿A lo mejor Ezhikov?

Jovraj enrojece de indignación y de agravio:

- ¿A ti qué te importa?

- ¡Dime tu apellido! ¿Es que te da reparo?

- Pues Jovraj...

- ¡Ah! Jovraj... Es cierto. ¡Y yo que me había olvidado! Veo que anda por aquí un pelirrojo estorbando sin ningún provecho... Si tú trabajases, amiguito, entonces haría falta decir alguna vez: Jovraj, trae esto; Jovraj, ¿terminarás pronto?; Jovraj, sostén un momento. Pero así, claro, uno puede olvidarse de tu nombre... Bueno, ve a pasear, querido, yo estoy ocupado, ¿ves?, debo calafatear este chisme, porque vosotros no tenéis más que un barril que igual trae agua para la sopa que para el té o para lavar la vajilla. Y a ti hay que darte de comer. Si no, estirarás la pata, olerás mal, cosa que no es nada agradable, y encima habrá que hacerte el ataúd... ¡es decir, más preocupaciones!

Jovraj consigue, por fin, liberarse de Misha y se va. Misha le despide cariñosamente:

- Ve a respirar el aire fresco... Es muy útil, muy útil...

¿Quién sabe si está convencido Jovraj de la utilidad del aire fresco y si está convencida también toda la aristocracia de Kuriazh? En los últimos días intentan, de todas maneras, aparecer menos ante nuestra vista, pero yo había conseguido ya conocer la rama de la sangre azul de los kuriazhanos. En conjunto, los muchachos no son malos; a pesar de todo, tienen su personalidad, y esto me ha gustado siempre a mí: hay a donde aferrarse. El que me gusta más es Perets; cierto que anda contoneándose a intento, y que lleva la gorra torcida y un mechón que le llega hasta las cejas, y que sabe fumar sujetando el pitillo con el labio inferior, y que puede escupir artísticamente. Pero yo veo que su rostro, deformado por la viruela, me mira con curiosidad, y esta curiosidad es la de un muchacho inteligente y vivo.

Hace poco me aproximé a su grupo un anochecer, cuando estaban sentados en las lápidas funerarias del nuevo solario destinado a los lechones; los muchachos fumaban y departían de algo sin gran entusiasmo. Yo me detuve frente a ellos y empecé a liar un pitillo con la intención de pedirles fuego. Perets me examinó con una mirada alegre y amistosa y me dijo en voz alta:

- Trabaja usted mucho, camarada director, y, sin embargo, fuma majorka. ¿Tampoco para usted ha preparado cigarrillos el Poder soviético?

Me acerqué a Perets, me incliné hacia su mano y encendí el cigarrillo. Después le dije también en voz alta y alegre con la dosis más microscópica de mandato:

- ¡A ver, quítate la gorra!

La expresión de los ojos de Perets pasó de la sonrisa al asombro, pero la boca seguía sonriendo.

- ¿Qué pasa?

- Que te quites la gorra, ¿es que no entiendes?

- Bueno, ya me la quitaré...

Alcé su mechón con mi mano, escruté su fisonomía, ahora un poco asustada, y dije:

- Así... Bueno...

Perets clavó inmediatamente su mirada en mí, pero yo acabé mi cigarrillo de unas cuantas chupadas, me volví rápidamente y me marché a donde estaban los carpinteros.

En aquel momento sentí que literalmente todos mis movimientos, hasta el débil brillo de mi cinturón, estaban saturados de un amplio deber pedagógico; era preciso agradar a esos muchachos, era preciso que sintieran penetrados sus corazones de una simpatía irresistible, fascinadora, y, al mismo tiempo, hacía falta hasta el máximo grado que estuviesen profundamente convencidos que su simpatía me importaba un comino, que incluso se ofendieran, blasfemasen y rechinaran los dientes.

Los carpinteros terminaron su trabajo, y Borovói empezó con todas sus energías a demostrarme las ventajas del óleo bien cocido sobre el óleo cocido mal. Esta nueva cuestión me interesó tanto, que ni siquiera advertí que alguien me tiraba de la manga por detrás. Tiraron por segunda vez. Volví la cabeza. Perets estaba mirándome.

- ¿Qué?

- Dígame usted, ¿por qué me ha mirado antes? ¿Eh?

- Por nada de particular... Bien, Borovói, entonces hay que conseguir verdadero óleo...

Borovói emprendió animosamente la continuación de su monografía acerca del buen óleo. Yo advertí la rabia con que Perets miraba a Borovói, esperando el final de su discurso. Por fin, Borovói levantó estrepitosamente su cajón y fuimos hacia el campanario. Junto a nosotros iba Perets, pellizcándose el labio superior. Borovói se marchó a la aldea, y yo, con las manos a la espalda, me coloqué frente a Perets:

- Bueno, ¿qué quieres?

- ¿Por qué me ha mirado usted? Dígamelo.

- ¿Tu apellido es Perets?

- Sí.

- ¿Y te llaman Stepán?

- ¿Y usted de dónde lo sabe?

- ¿Eres de Sverdlovsk?

- Sí... Pero ¿usted cómo lo sabe?

- Yo lo sé todo. Sé que robas y haces bribonadas. Sólo me faltaba saber si eres inteligente o bobo.

- ¿Y qué?

- Me has hecho una pregunta muy tonta acerca de los cigarrillos, tan tonta, tan tonta, ¡qué diablos! Tú perdóname...

Hasta en la oscuridad se vio cómo el rubor teñía las mejillas de Perets, cómo se inyectaban sus párpados en sangre y le invadía el calor. Dio torpemente unos pasos y volvió la cabeza.

- Bueno, a qué viene pedir perdón... Claro... Pero, ¿dónde está la tontería?

- Muy sencillo. Tú sabes que tengo mucho trabajo y no dispongo de tiempo para ir a la ciudad a comprar cigarrillos. Tú lo sabes. Y no tengo tiempo porque el Poder soviético me ha cargado de trabajo: hacer tu vida racional y feliz, tu vida, ¿comprendes?... ¿O quizá no lo comprendes?

Entonces, vámonos a dormir.

- Comprendo -ronqueó Perets, arañando la tierra con la punta del zapato.

- ¿Comprendes?

Le miré desdeñosamente a los ojos, a las mismas pupilas. Vi cómo las barrenas de mi voluntad y de mi pensamiento se atornillaban en esas pupilas. Perets bajó la cabeza.

- Lo comprendes, holgazán, y te atreves a ladrar contra el Poder soviético. ¡Tonto, más que tonto!

Me volví hacia la habitación de los pioneros. Perets me cerró el paso, extendiendo la mano:

- Bueno, bueno, supongamos que soy tonto... ¿Y qué más?

- Pues que miré tu cara. Quería comprobar si eras tonto o no.

- ¿Y lo ha comprobado?

- Lo he comprobado.

- ¿Y qué?

- Ve a mirarte al espejo.

Me marché y ya no vi los ulteriores sufrimientos de Perets.

Los rostros de los kuriazhanos comenzaban a serme familiares. Ya había aprendido a leer en ellos alguna que otra frase mímica. Muchos me miraban con inocultable simpatía y florecían con esa sonrisa, llena de sinceridad y de turbación, con que pueden sonreír solamente los niños desamparados. Conocía ya a muchos por los apellidos y sabía distinguir algunas voces.

Alrededor mío gira con frecuencia Zoreñ, un muchacho chato hasta más no poder. En su rostro incluso las capas seculares de suciedad son incapaces de ocultar el soberbio color de sus mejillas y la gracia indolente de sus músculos visuales. Zoreñ tiene unos trece años, lleva siempre las manos a la espalda, está siempre callado y sonriente. Este chiquillo es guapo; tiene unas pestañas curvadas y oscuras. Las alza lentamente, conecta una luz lejana en sus ojos negros y, sin apresurarse, levanta la nariz, calla y sonríe.

Yo le pregunto:

- Zoreñ, dime aunque no sea más que una palabra. Tengo una curiosidad terrible por oír tu voz.

Enrojece y vuelve, ofendido, la cara, murmurando con una voz ronca:

- Ta-a...

Zoreñ tiene un amigo, tan sonrosado como él, y también apuesto y carirredondo: Mitka Nísinov, un alma bondadosa y pura. De almas así, en el viejo régimen se hacían limpiabotas y recaderos. Yo le miro y me digo: Mitka, Mitka, ¿qué haremos de ti? ¿Cómo adornaremos tu

vida sobre el fondo soviético? Mitka también enrojece y también vuelve la cara, pero no ronca ni pronuncia sonidos ininteligibles, sino que se limita a mover sus cejas, negras y rectas, y los labios. Sin embargo, yo conozco la voz de Mitka: es una profunda voz de contralto, una voz mimada de mujer guapa y caprichosa, con los mismos adornos y los mismos elementos inesperados del ruiseñor. A mí me agrada oír esta voz cuando Mitka me habla de los habitantes de Kuriazh:

- Mire usted a aquel que corre... ¿A dónde diablos irá corriendo?... Volodka, mira, es Buriak...

Es Buriak, ¿no le conoce? Puede beberse treinta vasos de leche... va corriendo al establo... y ese otro que asoma por la ventana es un muchacho malo. ¡Oh, qué malo es! Es

un adulador terrible, ¿sabe? Es como la manteca de pegajoso... Seguramente a usted también le tira de la levita. ¡Oh, yo sé quién le tira de la levita, palabra de honor que sí!

- Vania Záichenko -dice Zoreñ, volviendo la cabeza ofendido y... enrojece.

Mitka es listo como un diablejo. Acompaña con una mirada cohibida la ofensa del chato Zoreñ y me ruega con los ojos que disculpe la falta de tacto de su compañero.

- No -dice-, Vañka no. Vañka tiene su línea.

- ¿Qué línea?

- Pues ésa...

Mitka se pone a dibujar algo en la tierra con el dedo gordo del pie.

- Cuenta.

- ¿Qué voy a contar? En cuanto llegó a la colonia, Vañka formó ya su pandilla, ¿sabes,

Volodka?... Naturalmente, les pegaron, pero, a pesar de todo, ellos seguían su línea...

Yo comprendo perfectamente la profunda filosofía de Nísinov, con la que ni siquiera soñaron nuestros sabios. Hay aquí muchos chicos sonrosados, guapos y no muy guapos, que no tienen la suerte de poseer su propia línea. Entre los rostros todavía ajenos para mí, sombríos y recelosos, veo cada vez mayor número de niños cuya vida fluye por líneas ajenas. Se trata de una cosa corriente en el viejo mundo: lo que suele llamarse vida forzada.

Zoreñ, y Nísinov, y el agudo y desgreñado Sóbchenko, y Vasia Gardínov, triste y serio, y Serguéi Jrabrenko, cariñoso y atezado, vagan a mi alrededor y sonríen con tristeza, frunciendo las cejas, pero no pueden pasarse francamente a mi lado. Envidian ferozmente al grupo de Vania Záichenko, siguen con angustiadas miradas los audaces vuelos de sus miembros por el nuevo sendero de la vida y... esperan.

Esperan todos. Es algo transparente, fácil de comprender. Esperan la llegada de los gorkianos, místicamente inmateriales, incomprensibles e imperceptiblemente seductores. Algo -quizá la desgracia, quizá la felicidad-está cada hora más cerca. Incluso entre las niñas la vida adquiere diariamente más calor. Olia Lanova ha formado ya su destacamento sexto, lleno de energía.

Este destacamento se afana diligente en su dormitorio, arregla algo, lava, blanquea, hasta canta por las tardes. A cada minuto pasa corriendo por allí la atareada Guliáeva y oculta ante mí su blusa arrugada y torcida. Kudlati las visita con frecuencia por las tardes y actúa francamente de Mecenas. Sin embargo, el sexto destacamento no interviene en las faenas del campo. Tiene miedo a que las tradiciones de Kuriazh, al estallar bajo la impresión de ese acto, sepulte el destacamento entre sus escombros.

También espera Korotkov. Es el centro de la tradición de Kuriazh. Admirable diplomático. En su conducta no se puede hallar un acto, una palabra, una letra, íncluso un rabo de letra que permita acusarle de algo. No es más culpable que los otros: lo mismo que todos no trabaja y nada más. En el destacamento mixto de vanguardia todos los muchachos se consumen de rabia, de odio a Korotkov, del convencimiento inquebrantable de que Korotkov es nuestro enemigo principal en Kuriazh.

Más tarde supe que Vólojov, Górkovski y Zhorka Vólkov habían intentado terminar este asunto por medio de una pequeña conferencia. Una noche citaron a Korotkov a

orillas del estanque y le invitaron a largarse de la colonia con viento fresco. Pero Korotkov rechazó la invitación.

- Por ahora -dijo-, no tiene para mí sentido el largarme. Seguiré aquí.

Así terminó la conferencia. Korotkov no había hablado nunca conmigo y, en general, no manifestaba ningún interés por mi persona. Pero, al verme, levantaba cortésmente su elegante gorra clara y pronunciaba con una voz jugosa y cordial de barítono:

- Buenos días, camarada director.

Su rostro agraciado de ojos oscuros, bien sombreados, me miraba atento y cortés y decía con absoluta claridad:

Ya ve, nuestros caminos no se estorban mutuamente. Usted siga con lo suyo, que yo tengo mis puntos de vista. Mis respetos, camarada director.

Sólo después de mi conversación nocturna con Perets, al encontrarme al día siguiente durante el desayuno junto a la ventana de la cocina, Korotkov se apartó deferente mientras yo daba una orden y de pronto me preguntó con toda seriedad:

- Dígame, camarada director, ¿en la colonia Gorki hay celdas?

- No las hay -respondí con la misma seriedad.

Y él siguió tranquilamente, sin dejar de examinarme como un ejemplar raro:

- Sin embargo, dicen que usted arresta a los muchachos.

- Personalmente puedes estar tranquilo; el arresto existe sólo para mis amigos -dije con sequedad y me apresuré a dejarle, sin interesarme más por el fino juego de su fisonomía.

El 15 de mayo recibí un telegrama:

Mañana por la noche salimos, todo en vagones. Lápot.

A la hora de la cena leí el telegrama y dije:

- Pasado mañana recibiremos a nuestros camaradas. Me gustaría mucho, muchísimo, que les recibierais amistosamente. Porque ahora vais a vivir y... a trabajar juntos.

Las niñas callaban asustadas, como pájaros que olfatean la tormenta. Muchachos de diversas categorías miraron de reojo los rostros de sus camaradas, cierto número de cabezas aumentó el orificio bucal y permaneció así durante un segundo.

En un rincón, cerca de la ventana, allí donde alrededor de las mesas había sillas en lugar de bancos, la pandilla de Korotkov se sintió, de pronto, atacada por una gran hilaridad, se reía a carcajadas y, al parecer, bromeaba.

Por la noche, en el destacamento mixto de vanguardia se discutió los pormenores de la recepción de los gorkianos y se comprobó hasta los detalles más insignificantes de la declaración especial de la célula del Komsomol. Kudlati se llevaba la mano al cogote con más frecuencia que nunca:

- Palabra de honor, que hasta da vergüenza traer a los muchachos aquí.

La puerta se abrió despacio, y Zhorka Vólkov pasó difícilmente por ella. Agarrándose a las mesas, llegó hasta un banco y se dejó caer en él, mirándonos solamente con un ojo, pero incluso este ojo parecía también una incómoda grieta en medio de un carnoso y morado cardenal.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Me han pegado -murmuró Zhorka.

- ¿Quién?

- ¡Cualquiera lo sabe! Los mujiks... Venía de la estación... en el paso a nivel... han salido... al encuentro... y me han pegado...

- ¡Espera! -se enfadó Vólojov-. Ya vemos que te han pegado... Pero tú di, ¿cómo ha ocurrido la cosa? ¿Ha habido antes alguna conversación o qué?

- La conversación ha sido breve -respondió Zhorka con una triste mueca-. Sólo uno dijo: ¡Ah!

¿Eres del Komsomol?... ¡Y zas... a los morros!

- ¿Y tú, qué?

- Yo también, naturalmente... Pero ellos eran cuatro.

- ¿Has corrido? -preguntó Vólojov.

- No, no he corrido -respondió Zhorka.

- Entonces, ¿qué?

- Ya lo ves: sigo en el paso a nivel.

Los muchachos rompieron en una carcajada digna de los zaporogos, y únicamente Vólojov contempló con reproche la sonrisa mutilada de su amigo.

EL 373 BIS

Al amanecer del día 17 fui a recibir a los gorkianos a la estación de Liubotin, a treinta kilómetros de Járkov. En el sucio y mísero andén de la estación hacía calor. Por él vagaban indolentes y aburridos aldeanos, agotados por las incomodidades del transporte, y pasaban ferroviarios desgarbados, empapados en lubrificante, haciendo crujir sus botas. Todo se había puesto hoy de acuerdo para llevar la contraria al majestuoso brocado de que se había revestido mi alma. O quizá aquello no fuera brocado, sino algo mucho más simple: un sombrero de tres picos y una guerrera gris de campaña.

Hoy era un día de batalla general. No tenía importancia que el mozo de equipajes, un hombretón fuerte, me hubiera empujado involuntariamente y que, lejos de horrorizarse de su acto, ni siquiera hubiese reparado en mí. Tampoco tenía importancia que el empleado de guardia de la estación me hubiera informado con poco respeto y hasta con poca urbanidad de dónde podría encontrar el 373 bis. Esta gente absurda fingía no comprender que en el 373 bis llegaban el grueso de mis fuerzas, las gloriosas legiones mandadas por los mariscales Kóval y Lápot, que toda su estación de Liubotin estaba destinada a ser hoy la plaza de armas de mi ofensiva contra Kuriazh. ¿Cómo explicar a esta gente que lo que me jugaba hoy era más sublime e importante, ¡palabra de honor!, que lo que pudo estar en juego en cualquier Austerlitz? Dudosamente el sol de Napoleón hubiera podido eclipsar mi gloria de este día. Y para Napoleón era mucho más fácil combatir que para mí. Me gustaría saber qué habría sido de Napoleón si los métodos de la educación socialista hubieran sido para él tan obligatorios como para mí.

Vagando por el andén, yo miraba hacia Kuriazh y recordaba que el enemigo había manifestado hoy ciertos indicios de debilidad de espíritu.

Me había levantado muy temprano, pero en la colonia ya se notaba movimiento. No sé por qué había muchos grupos junto a las ventanas de la habitación de los pioneros. Otros descendían hacia la fuente milagrosa en busca de agua, haciendo sonar los cubos. Junto a la puerta del campanario estaban Zoreñ y Nísinov.

- ¿Cuándo llegarán los gorkianos? ¿Por la mañana? -me preguntó seriamente Mitka.

- Por la mañana. Hoy os habéis levantado temprano.

- Sí... No sé por qué, pero no tenemos sueño... ¿Vendrán por la estación de Rizhov?

- Sí. Y vosotros les recibiréis aquí.

- ¿Pronto?

- Tendréis tiempo de lavaros.

- Vamos, Mitka -dijo Zoreñ, disponiéndose a realizar inmediatamente mi propuesta.

Ordené a Gorróvich que, para recibir a los gorkianos y saludar a la bandera, hiciese formar en el patio a los muchachos de Kuriazh, pero sin presionarles de una manera especial.

- Simplemente invíteles.

Por fin, de entre los laberintos de la estación de Liubotin salió un espíritu del bien en forma de guarda anguloso y agitó la campana. Después de hacerlo, me reveló el misterio de esa acción simbólica:

- Es el 373 bis que pide vía libre. Dentro de veinte minutos estará aquí.

De pronto, el plan trazado para el recibimiento se complicó inesperadamente, y a partir de entonces todo se deslizó de un modo embrollado, ardiente y saturado de una alegría infantil.

Antes que el 373 bis, llegó el tren suburbano de Járkov, y desde los vagones cayó sobre mí una refrescante ducha rabfakiana-komsomoliana. Belujin tenía en la mano un ramo de flores.

- Recibiremos al quinto destacamento como si llegasen unas condesas. Yo, en mi calidad de viejo, tengo derecho.

Entre la muchedumbre chillaba, en su exceso de sentimiento, la rubia y rizosa Oxana, y pacíficamente se calentaba al sol la serena sonrisa de Rajil. Brátchenko agitaba los brazos, como si tuviera en ellos un látigo, y no cesaba de repetir a alguien:

- ¡Oh! Ahora yo soy un cosaco libre. Hoy mismo montaré en el Molodiets.

No sé quién chilló:

- ¡Pero si hace ya mucho tiempo que el tren está aquí!... en la décima vía...

- ¿Qué dices?

- En la décima vía... y hace ya mucho...

No tuvimos tiempo de quedarnos estupefactos ante la prosa inesperada de ese comunicado.

Debajo de un vagón de mercancías de la tercera vía nos miraba el rostro malicioso de Lápot, y sus ojos un poco hinchados contemplaban irónicamente nuestro grupo.

- ¡Mírad! -gritó Karabánov-. ¡Si Vañka está ya debajo de un vagón!

Toda la muchedumbre se abalanzó hacia Lápot, pero él se metió más todavía debajo del vagón y dijo seriamente desde allí:

- ¡Guardad el turno! Y, además, besaré únicamente a Oxana y a Rajil. A los restantes les daré un apretón de manos.

Karabánov sacó a Lápot por un pie de debajo del vagón, y sus plantas desnudas se agitaron en el aire.

- ¡Que el diablo os lleve! ¡Besad! -dijo Lápot, dejándose caer en el suelo y ofreciendo su mejilla salpicada de pecas.

Oxana y Rajil se dedicaron, efectivamente, al rito de los besos, y los demás lanzáronse bajo los vagones.

Durante largo tiempo Lápot estuvo agitando mi mano. En su rostro resplandecía una sincera y simple alegría, desusada en él.

- ¿Qué tal venís?

- Lo mismo que a una feria -contestó Lápot- . Sólo el Molodiets escandaliza: se ha pasado toda la noche dando patadas, ha dejado el vagón hecho astillas. ¿Vamos a estar aquí parados mucho tiempo? He dispuesto que todos estén preparados. Si estuviéramos aquí mucho tiempo, podríamos lavarnos y en general...

- Ve a averiguarlo.

Lápot corrió a la estación, y yo, apretando el paso, fui hacia el tren. Estaba formado por cuarenta y cinco vagones. Desde las portezuelas abiertas de par en par y desde los ventanillos superiores me miraban los rostros magníficos de los gorkianos, riéndose, gritando, agitando sus gorros. Por un ventanillo próximo Gud sacó el cuerpo hasta la mitad de la cintura y me dijo parpadeando de emoción:

- Antón Semiónovich, padre querido, ¿está bien esto? No está bien. ¿Es una ley? No, no es una ley.

- Buenos días, Gud. ¿De quién te quejas?

- Del maldito Lápot. Nos ha dicho que al que salga del vagón antes de la señal le arrancará la cabeza. Tome usted pronto el mando, que estamos ya hartos de Lápot. ¿Es que Lápot puede ser jefe? ¿Verdad que no?

A mis espaldas está ya Lápot y prosigue de buen grado en el diapasón de Gud:

- ¡A ver, atrévete a salir del vagón antes de la señal! ¡A ver! ¿Te parece que me gusta tratar con bichejos como vosotros? ¡A ver! ¡Sal!

Gud replica humildemente:

- ¿Tú crees que tengo tantas ganas de salir? Estoy a gusto aquí. Es una cuestión de principio.

- ¡Ah! -exclama Lápot-. A ver, mándame a Sínenki.

Un minuto más tarde, tras el hombro de Gud asoman los simpáticos morritos infantiles de Sínenki. El muchacho, perplejo, parpadea con sus ojos somnolientos y abre su pequeña boca fresca y elástica:

- ¡Antón Semiónovich!...

- Di buenos días, ¡tonto! -gruñe Gud-. ¿Es que no lo sabes?

Pero Sínenki me mira fijamente, se sonroja y zumba desorientado:

- ¡Antón Semiónovich!... ¿qué es eso?... ¡Pero si es Antón Semiónovich!...

Se frota los ojitos con los puños y de pronto se enfada decididamente con Gud:

- ¡Y tú habías prometido despertarme! ¡Huy, cómo eres, y eso que te llamas jefe! Tú bien te has levantado. ¿Estamos ya en Kuriazh? ¿Sí? ¿ Ya es Kuriazh?

Lápot se echa a reír:

- ¡Qué va a ser Kuriazh! ¡Es Liubotin! ¡Despiértate ya, basta de dormir! Da la señal.

Sínenki se pone serio de repente:

- ¿La señal? ¡A la orden!

Ya consciente del todo, me sonríe y me dice cariñosamente:

- ¡Buenos días, Antón Semiónovich! -y desaparece en busca de la corneta.

Dos segundos después se asoma con la corneta, me ofrenda otra maravillosa sonrisa, se seca los labios con la mano desnuda y los aplasta en un gesto indescriptiblemente gracioso contra la embocadura de la corneta. Por la estación se extiende nuestro viejo toque de diana.

De los vagones saltan los colonos, y yo me dedico a repartir infinitos apretones de manos.

Lápot, sentado ya en el techo del vagón, nos envía indignadas muecas.

- ¿Para qué habéis venido aquí? ¿Para poneros sentimentales? ¿Y cuándo pensáis lavaros y limpiar los vagones? ¿O es que pensáis entregarlos sucios? Pues sabedlo, no habrá perdón. Y poneos los calzones nuevos. ¿Dónde está el jefe de guardia?

Por la plataforma vecina asoma Taraniets. Sobre su cuerpo lleva tan sólo unos calzones arrugados y desteñidos. En su brazo desnudo rojea flamante un brazalete.

- Aquí estoy.

- ¡No veo ningún orden! -vocifera Lápot-. ¿Sabes dónde está el agua? ¿Sabes cuánto tiempo vamos a estar aquí? ¿Sabes que hay que distribuir el desayuno? Habla!

Taraniets trepa al techo donde se ha instalado Lápot y doblando los dedos de la mano informa que estaremos aquí cuarenta minutos, que es posible lavarse cerca de aquella torre y que Fedorenko tiene ya preparado el desayuno y se puede empezar cuando se quiera.

- ¿Os habéis enterado? -pregunta Lápot a los colonos-. Pues si os habéis enterado, ¿a qué ángel esperáis?

Las piernas tostadas de los colonos son un rápido centelleo en todas las vías de Liubotin. Por los vagones se pasean las escobas, y el cuarto destacamento mixto L, armado de cubos, echa a andar a lo largo de los vagones recogiendo la basura. Vérshnev y Osadchi sacan en brazos del último vagón a Kóval, todavía dormido, y le sientan cuidadosamente en un pequeño poste de señales.

- No se ha despertado aún -dice Lápot, poniéndose en cuclillas ante Kóval.

Kóval se cae del poste.

- Ahora sí que se ha despertado -dice Lápot, señalando el acontecimiento.

- ¡Qué harto estoy de ti, pelirrojo! -exclama seriamente Kóval y, saludándome, explica-: ¿Hay algúien que pueda obligar a este hombre a estarse quieto? Toda la noche se la ha pasado dando brincos por los techos de los vagones, o en la locomotora, o de pronto le parecía que se habían escapado los cerdos. Si estoy cansado de algo, es de Lápot. ¿Dónde puede uno lavarse aquí?

- Nosotros ya lo sabemos -contestó Osadchi- . ¡Vamos, Kolka!

Arrastraron a Kóval hacia la torre, y Lápot dijo:

- Y aún está descontento... ¿y usted sabe, Antón Semiónovich? Tal vez sea hoy la primera noche que Kóval ha dormido en toda esta semana.

Media hora más tarde los vagones estaban limpios, y los colonos, con brillantes calzones de color azul oscuro y blancas camisas, se sentaron a desayunar. A mí me obligaron a entrar en el vagón del estado mayor y a comer un buen trozo de María Ivánovna.

Desde abajo, desde la vía, alguien dijo en voz alta:

- Lápot, el jefe de la estación ha anunciado que dentro de unos cinco minutos nos vamos.

Volví la cabeza al oír una voz conocida. Los ojos enormes de Mark Sheinhaus me contemplaban con una mirada seria y en ellos seguían agitándose las mismas oleadas oscuras de pasión.

- Mark, buenos días. ¿Cómo no te he visto antes?

- Es que estaba montando la guardia junto a la bandera -respondió Mark con seriedad.

- ¿Cómo vives? ¿Estás ahora contento de tu carácter?

Salté a tierra. Mark se sujetó y, aprovechando la oportunidad, susurró dramáticamente:

- Aún no estoy muy contento, Antón Semiónovich. No estoy muy contento, si he de decirle la verdad.

- ¿Por qué?

- Fíjese: ellos se pasan cantando todo el tiempo y tan contentos, pero yo no hago más que pensar y pensar y no puedo cantar con ellos. ¿Acaso esto es carácter?

- ¿En qué piensas?

- Por qué ellos no tienen miedo y yo sí...

- ¿Tienes miedo por ti?

- No, ¿por qué iba a tener miedo por mí? Por mí no tengo ningún miedo; por quien tengo miedo es por usted y por todos. Tengo miedo en general. Ellos vivían bien antes, pero ahora, en Kuriazh, quizá se viva mal. ¿ Quién sabe cómo terminará todo esto? - Pero, en cambio, van a la lucha. Y poder luchar por una vida mejor es una gran felicidad, Mark.

- Eso es lo que yo le digo: ellos son felices y por eso cantan. ¿Y por qué yo no puedo cantar y no hago más que pensar?

Casi contra mi oreja Sinenki dio estruendosamente la señal de asamblea.

La señal del ataque -pensé yo- y, lo mismo que todos, corrí al vagón. Al subir, vi cómo corría Mark hacia su vagón alzando libremente sus plantas desnudas y me dije: hoy este muchacho sabrá lo que es el triunfo o la derrota. Entonces será bolchevique.

Silbó la locomotora. Lápot chilló a un rezagado. El tren arrancó.

Cuarenta minutos más tarde entró lentamente en la estación de Rizhov y se detuvo en la tercera vía. En el andén estaban Ekaterina Grigórievna, Lídochka y Guliáeva. Sus rostros temblaban de alegría.

Kóval se acercó a mí:

- ¿Para qué vamos a esperar? ¿Descargamos?

Corrió en busca del jefe. Nos dijeron que para descargar era preciso llevar el tren a la primera vía, a la plataforma, pero no había con qué hacer la maniobra. La locomotora del tren había salido ya para Járkov, y ahora era preciso hacer venir una locomotora especial de maniobra. Jamás había llegado a Rizhov un tren así, y la estación no tenía su propia locomotora de maniobra.

Al principio recibimos la noticia con tranquilidad. Pero transcurrió media hora, después una hora, empezamos a hartarnos de estar al lado de los vagones. También nos inquietaba el Molodiets, que, a medida que el sol ascendía, escandalizaba más en su vagón. Durante la noche había tenido tiempo de sobra para destrozar todo el interior del vagón y ahora la había tomado con el resto. Junto a su vagón iban y venían ya ciertos funcionarios y, manejando unos libros grasientos, calculaban algo. El jefe de la estación corría por las vías como si fueran pistas de carreras y exigía que los muchachos no salieran de los vagones y no anduviesen por las vías, ya que a cada minuto pasaban trenes de pasajeros, suburbanos y de mercancías.

- ¿Pero cuándo va a venir la locomotora? -le asediaba Taraniets.

- ¡Yo no sé más que usted! -respondió, enfadado, el jefe de la estación-. A lo mejor, viene mañana.

- ¿Mañana? ¡Oh! En tal caso, yo sé más...

- ¿Más que? ¿Más que?

- Más que usted.

- ¿Cómo sabe más que yo?

- Pues sabiendo: si no hay locomotora, nosotros mismos haremos rodar el tren hasta la primera vía.

El jefe se encogió de hombros y se fue corriendo. Entonces Taraniets comenzó a asediarme a mí:

- Lo haremos rodar, Antón Semiónovich; ya lo verá. Yo lo sé. Los vagones pueden deslizarse con facilidad, incluso cargados. Y nosotros tocamos a tres por vagón. Vamos a hablar con el jefe.

- ¡Déjame, Taraniets, eso son tonterías!

Hasta Karabánov se quedó perplejo:

- ¡Hay que ver lo que se le ha ocurrido! Hacer rodar el tren. ¿No ves que hay que llevarlo hasta el semáforo, hasta las mismas agujas?

Sin embargo, Taraniets insistía, y muchos colonos eran de la misma opinión que él. Lápot propuso:

- ¿Para qué discutir? Vamos a dar la señal de trabajo y haremos la prueba. Si podemos, bien; si no podemos, nada se pierde. Pasaremos la noche en el tren.

- ¿Y el jefe? -preguntó Karabánov, cuyos ojos refulgían ya.

- ¡El jefe! -respondió Lápot-. El jefe tiene dos manos y una garganta. Que manotee y grite. Así será más divertido.

- No -dije yo-, así no se puede. En las agujas puede alcanzarnos algún tren. ¡Y menudo lío!...

- ¡Eso es verdad! ¡Hay que cerrar el paso!

- ¡Dejadlo, muchachos!

Pero los muchachos me rodeaban ya en tropel. Los de atrás, subidos a las plataformas y a los techos, trataban a coro de convencerme. No me pedían más que una cosa: desplazar el tren unos dos metros.

- Solamente dos metros y stop. ¿A quién le importa eso? ¡No hacemos mal a nadie! Solamente dos metros, y luego usted decidirá.

Acabé cediendo. El mismo Sínenki dio la llamada de trabajo, y los colonos, que habían estudiado hacía ya tiempo los detalles de la tarea, se colocaron junto a los largueros de los vagones. Las niñas chillaban cerca de los vagones delanteros. Lápot salió al andén y agitó su gorro.

- ¡Espera, espera! -gritó Taraniets-. Ahora mismo voy por el jefe; si no, va a creerse que sabe más que yo.

El jefe corrió al andén y levantó las manos:

- ¿Qué hacéis? pero, ¿qué hacéis?

- Dos metros -explicó Taraniets.

- ¡Por nada del mundo, por nada del mundo!... ¿Cómo es posible? ¿Cómo se puede hacer eso?

- ¡Pero si no son más que dos metros! -gritó Kóval-. ¿Es que no comprende usted o qué?

El jefe fijó torpemente sus ojos en Kóval y se olvidó de bajar las manos. Los muchachos se reían a carcajadas junto a los vagones. Lápot alzó de nuevo la mano con el gorro, todos arrimaron el hombro a los largueros, clavaron los pies descalzos en la arena y,

mordiéndose los labios, miraron a Lápot. Este agitó el gorro, y el jefe, imitando su movimiento, sacudió la cabeza y abrió la boca. Alguien de los de atrás gritó:

- ¡Empujad!

Durante unos segundos me pareció que no íbamos a conseguir nada: el tren permanecía inmóvil, pero, al mirar las ruedas, observé de pronto que giraban lentamente y un segundo después vi el movimiento del tren. Sin embargo, Lápot vociferó algo, y los muchachos se detuvieron. El jefe de la estación me miró, se secó la calva y me regaló una dulce sonrisa senil y desdentada:

- ¡Empujad, y que Dios os ayude! Pero tened cuidado con no atropellar a nadie.

Movió la cabeza y rompió a reír estrepitosamente:

- ¡Qué hijos de Satanás! Pero, ¿qué se les puede hacer? ¡Venga, venga!

- ¿Y el semáforo?

- Estad tranquilos.

- ¡Preparaos! -gritó Taraniets, y Lápot levantó de nuevo su gorro.

Medio minuto más tarde el tren rodaba ya hacia el semáforo, como empujado por una potente locomotora. Parecía que los muchachos marchaban tranquilamente junto a los vagones sin hacer otra cosa que aferrarse a los largueros. En las plataformas de los frenos habían aparecido -no sé por qué milagro- unos muchachos destinados a detener el tren en el momento oportuno.

Después de sacar el tren hasta las agujas de salida, era preciso llevarlo por la segunda vía hasta el extremo opuesto de la estación y, una vez allí, hacerlo pasar a la primera vía. En el momento en que el tren pasaba por delante del andén y yo aspiraba con todo el pecho el aire salado del zafarrancho, desde el andén me llamó alguien:

- ¡Camarada Makárenko!

Volví la cabeza. En el andén estaban Bréguel, Jalabuda y la camarada Zoia. Bréguel se erguía en el andén con un amplio vestido gris y me hizo recordar el monumento de Catalina la Grande: tal era la majestad de su figura.

Y con la misma majestuosidad me interrogó desde su pedestal:

- Camarada Makárenko, ¿ésos son sus educandos?

Con aire culpable alcé los ojos hacia Bréguel, pero en aquel instante cayó sobre mi cabeza toda una sentencia catalinesca:

- Responderá usted muy seriamente de cada pierna seccionada.

En la voz de Bréguel había tal cantidad de hierro y de madera, que cualquier soberana hubiera podido envidiarla. Para completar el parecido, su mano con el índice enhiesto señaló una de las ruedas de nuestro tren.

Me dispuse a objetar que nuestros muchachos ponían cuidado y que yo confiaba en un feliz desenlace, pero la camarada Zoia impidió este honrado impulso de mi docilidad: se acercó de un salto al mismo extremo del andén y tableteó allí como una ametralladora, sacudiendo su enorme cabeza al compás de su discurso:

- Decían que el camarada Makárenko quería mucho a sus educandos... ¡Habría que mostrar a todo el mundo cómo los quiere!

Sentí que una bola se me subía a la garganta. Pero, al mismo tiempo, tuve la impresión de haber dicho de un modo muy reservado y cortés:

- ¡Oh, camarada Zoia, la han engañado vilmente! Soy un hombre tan sin entrañas, que he preferido siempre el sentido común al amor más ardiente.

La camarada Zoia habría saltado seguramente sobre mí desde lo alto del andén, y allí hubiera concluido tal vez mi poema antipedagógico si Jalabuda no hubiese dicho sencillamente, como un obrero:

- ¡Qué bien hacen rodar el tren esos bribones! ¡Mírales, malditos sean!... ¡ Mira, mira, Bréguel!...

Y de repente vimos a Jalabuda marchando junto a Vaska Alexéiev, que había perdido a sus padres y protectores. Cambió algunas palabras con Vaska, y aún no había tenido tiempo de desvanecerse nuestra ira cuando también Jalabuda se puso a empujar el vagón. Miré rápidamente a la petrificada majestad del monumento de Catalina, salté sobre el charco de hiel desprendido de la camarada Zoia y corrí también a los vagones.

Veinte minutos más tarde, los muchachos sacaban al Molodiets del semidestrozado vagón, y Antón Brátchenko salía a galope hacia Kuriazh, dejando en pos durante mucho tiempo un reguero de polvo y la nerviosa conmoción de los perros de Rizhov.

Después de dejar un destacamento mixto al mando de Osadchi, formamos rápidamente en la pequeña plaza de la estación. Bréguel y su amiga subieron al automóvil, y yo sentí la voluptuosidad de hacer verdear otra vez sus rostros con el sonido de las cornetas y el trueno de los tambores de nuestro saludo a la bandera cuando la enseña, en su funda de seda, fue llevada lentamente a su sitio por delante de nuestras solemnes filas. También yo ocupé mi puesto. Kóval dio la voz de mando, y la columna de los gorkianos, rodeada de una muchedumbre de chiquillos lugareños, se puso en marcha hacia Kuriazh. El automóvil de Bréguel alcanzó a la columna, y, al llegar a mi altura, Bréguel me dijo:

- ¡Suba usted!

Yo me encogí de hombros, sorprendido, y me llevé la mano al corazón.

Hacía calor, y en torno nuestro reinaba una absoluta quietud. El camino iba por un prado y un puente tendido sobre un estrecho y anónimo riachuelo. Ibamos en filas de a seis: por delante cuatro cornetas y ocho tambores, tras ellos el jefe de guardia Taraniets y yo, y a continuación la brigada de escolla de la bandera. La enseña iba enfundada, y sus flecos dorados pendían del brillante pico del astil y se agitaban sobre la cabeza de Lápot. Dividida en el centro por cuatro filas de muchachas de faldas azules, la formación de los colonos refulgía detrás de Lápot con la frescura de sus blancas camisas y el joven ritmo de sus pies descalzos.

Saliendo a veces de las filas por un minuto, yo veía el aire serio y apuesto que habían adquirido de pronto las figuras de los colonos. Aunque íbamos por un prado solitario, observaban con todo rigor la formación, y cuando a causa de los desniveles del terreno perdían el paso, se apresuraban cuidadosamente a recuperarlo. Sólo resonaban los tambores, haciendo nacer allá lejos, en las murallas de Kuriazh, un eco seco y preciso. Hoy la marcha de los tambores no adormecía ni equilibraba el juego de la conciencia. Por el contrario, según íbamos aproximándonos a Kuriazh, el redoble de los tambores parecía más enérgico y apremiante, y uno sentía el deseo de subordinar a su severo orden no sólo el paso, sino también cada movimiento del corazón.

La columna entró en Podvorki. Tras los cercados y las empalizadas estaban los habitantes; y los perros de presa, descendientes de los antiguos mastines del monasterio, que antaño guardaran tesoros, daban saltos sujetos por sus cadenas. En esta aldea no sólo los perros, sino también los hombres habían sido alimentados en los jugosos pastos de la historia monástica. Eran engendrados, criados y educados a costa de las monedas obtenidas de la salvación del alma, de la curación de males, de las lágrimas de la Santísima Virgen y de las plumas de las alas del arcángel Gabriel. En Podvorki quedaba mucha gente así: antiguos curas y frailes, seminaristas, cocheros y otros paniaguados, cocineros monásticos, jardineros y prostitutas.

Y por eso, al atravesar la aldea, yo sentía con agudeza las miradas hostiles y los susurros de los grupos congregados tras las empalizadas, adivinando exactamente los pensamientos, las palabras y los piadosos votos que nos dedicaban.

Aquí, en las calles de Podvorki, comprendí claramente la gran significación histórica de nuestra marcha, aunque ésta expresaba únicamente uno de los fenómenos moleculares de nuestra época. De repente, la imagen de la colonia Gorki perdió para mí sus formas determinadas y su tinte pedagógico. Ya no existían los meandros del Kolomak, ni las sólidas construcciones de la vieja finca de los Trepke, ni los doscientos arbustos de rosas, ni la porqueriza de hormigón. También se habían secado y perdido por el camino los enrevesados problemas pedagógicos. Quedaban tan sólo hombres puros, hombres de una nueva experiencia y de una nueva posición humana sobre las llanuras de la tierra. Y de pronto comprendí que nuestra colonia estaba cumpliendo ahora una tarea, aunque pequeña, de importancia política, una tarea verdaderamente socialista.

Desfilando por las calles de Podvorki, nos parecía atravesar un país enemigo, donde se habían agrupado, en una convulsión aún viva, los viejos hombres, los viejos intereses y los viejos y ávidos tentáculos. Y entre las murallas del monasterio, que ya se divisaban delante de nosotros, había verdaderos montones de ideas y de prejuicios que yo detestaba: el baboso idealismo intelectual, el formalismo torpe y vulgar, las baratas

lágrimas mujeriles y la pasmosa ignorancia burocrática. Me imaginé las enormes superficies de ese infinito muladar: cuántos años, cuántos miles de kilómetros habíamos pasado por él, y todavía apestaba delante de nosotros y nos rodeaba por todas partes, a derecha e izquierda. Por eso parecía tan limitada en el espacio la pequeña columna de los gorkianos, que ahora no tenía nada material: ni comunicaciones, ni base, ni parientes. Trepke había sido abandonado para siempre; Kuriazh no había sido conquistado aún.

Las filas de los tambores empezaron a subir: la puerta del monasterio estaba ya ante nosotros.

De la puerta salió corriendo en calzones Vania Záichenko, se quedó petrificado un segundo y luego corrió como una flecha hacia nosotros. Yo llegué a asustarme un poco: ¿qué habría ocurrido? Pero Vania se detuvo bruscamente ante mí y, llevándose un dedo a la mejilla, me imploró con lágrimas en los ojos:

- Antón Semiónovich, yo iré con ustedes. No quiero estar allí.

- Ven con nosotros.

Vania se puso a mi lado, cogió aplicadamente el paso e irguió la cabeza. Después, captando mi mirada atenta, se enjugó una lágrima y sonrió cariñosamente, exhalando, aliviado, su emoción.

Los tambores retumbaron estruendosamente en el túnel del campanario. La masa infinita de los kuriazhanos estaba formada en varias filas, y delante de ella Goróvich se puso firme y alzó la mano para saludar a la bandera.

EL HOPAK

La formación de los gorkianos y la muchedumbre de los de Kuriazh estaban frente a frente, a unos siete u ocho metros de distancia. Las filas de los kuriazhanos, formadas rápidamente por Piotr Ivánovich, resultaron de mala calidad. En cuanto nuestra columna hizo alto, estas filas se mezclaron y se extendieron desde la puerta hasta la catedral, doblándose en los extremos y amenazándonos seriamente con un envolvimiento por los flancos e incluso con un cerco completo.

Tanto los kuriazhanos como los de Gorki callaban; los primeros por cierta estupefacción; los segundos por la disciplina obligatoria en las filas cuando se lleva la bandera. Hasta entonces los kuriazhanos habían visto a los colonos únicamente en el destacamento mixto de vanguardia, siempre en traje de faena, bastante agotados, cubiertos de polvo y sin lavar.

Ahora, ante ellos se extendían unas filas rigurosas de rostros tranquilos y atentos, con cinturones de brillantes hebillas y unos graciosos y cortos calzones sobre las piernas tostadas.

En una tensión sobrehumana, yo quería captar y fijar en mi conciencia, aprovechando hasta las partículas más fraccionales de un segundo, el tono fundamental en la expresión de la muchedumbre de Kuriazh, pero no pude. Ya no era aquélla la muchedumbre obtusa y uniforme de mi primer día en Kuriazh. Recorriendo los grupos con la vista, yo encontraba nuevas y nuevas expresiones, a veces completamente inesperadas. Sólo unos cuantos nos contemplaban con una mirada tranquila, indiferente y neutral. La mayoría de los pequeños manifestaban francamente su admiración, igual que si se tratase de un juguete que quisieran coger en sus manos y cuyo encanto no despertaba en ellos envidia ni hería su amor propio.

Nísinov y Zoreñ se habían abrazado y, las cabezas un poco ladeadas, miraban a los gorkianos y soñaban con algo, tal vez con los tiempos en que también ellos formarían en estas cautivadoras filas y, lo mismo que ellos ahora, les admirarían, soñadores, otros muchachos.

Había muchos rostros que miraban con esa atención inesperada y seria, en la que los músculos agitados del rostro se estremecen y los ojos buscan rápidamente el viraje cómodo.

La vida se manifestaba violentamente en esos rostros; en una décima parte de segundo, estos rostros dejaban ya leer algo de lo que ocurría en su interior, expresando bien la aprobación, bien el placer, bien la duda, bien la envidia. En cambio, se diluía lentamente la expresión maligna de otras caras, expresión preparada de antemano, expresión de burla y de desprecio.

Al oír todavía desde lejos nuestros tambores, esos muchachos se habían metido las manos en los bolsillos y doblado sus talles en actitudes perezosas y condescendientes. Muchos de ellos fueron desalojados inmediatamente de sus posiciones por los torsos y los bíceps espléndidos de las primeras filas de los gorkianos -Fedorenko, Korito, Nechitailo-, frente a los cuales sus propias figuras parecían blandengues. Otros se turbaron un poco

más tarde, al hacerse demasiado claro que, de los ciento veinte gorkianos, ni al más pequeño se le podía ofender con impunidad. Y el más pequeño, Vañka Sínenki, estaba ahora delante de todos, apoyando la corneta en la rodilla y disparando miradas con la misma libertad que si fuera un príncipe viajero y no un niño desamparado de ayer y tras él permaneciese respetuosamente mudo, un espléndido séquito que le hubiera proporcionado su papaíto el rey.

Este examen silencioso no duró más que unos segundos. Mi obligación era hacer desaparecer en el acto tanto los siete metros de distancia entre los dos campos como su examen recíproco.

- ¡Camaradas! -exclamé-. A partir de este momento, todos nosotros, cuatrocientas personas, constituimos una colectividad llamada colonia de trabajo Gorki. Cada uno de vosotros debe tenerlo siempre presente, debe saber que es un gorkiano, debe considerar a otro gorkiano como a su compañero más querido y su primer amigo, está obligado a respetarle, a defenderle, a ayudarle en todo si necesita ayuda y a corregirle si se equivoca. Nuestra disciplina será rigurosa. La disciplina nos es necesaria porque lo que tenemos que hacer es mucho y difícil. Y lo haremos mal si entre nosotros no hay disciplina.

También hablé de las tareas que habíamos de resolver, de cómo debíamos enriquecernos, estudiar, abrir camino para nosotros y para los futuros gorkianos; de que debíamos vivir dignamente como verdaderos proletarios y salir de la colonia como verdaderos komsomoles para luego poder asimismo construir y fortalecer el Estado proletario.

Me sorprendió la inesperada atención con que los kuriazhanos escuchaban mis palabras. Los gorkianos, por el contrario, escuchaban algo distraídos, quizá porque mis palabras ya no les descubrían nada nuevo, porque hacía tiempo que todo lo que yo decía estaba grabado en cada partícula de su cerebro.

Pero, ¿por qué aún hacía dos semanas estos mismos kuriazhanos no ponían oído a los llamamientos, mucho más fogosos y convincentes, que les dirigía yo? ¡Qué ciencia tan difícil la pedagogía! Era imposible admitir que escuchasen ahora sólo porque a mis espaldas estuviera la legión de los gorkianos o porque en el flanco derecho de esta legión se encontrase, austera e inmóvil, la bandera en su funda de raso.

Y admitirlo era imposible, ya que eso estaba en contradicción con todos los axiomas y teoremas de la pedagogía.

Al terminar mi arenga, manifesté que, dentro de media hora, se celebraría una reunión general de la colonia Gorki; en esta media hora, los colonos deberían trabar conocimiento entre sí, estrecharse las manos y acudir juntos a la reunión. Y ahora, como era de rigor, debíamos guardar nuestra bandera bajo techado...

- ¡Rompan filas!

Mi esperanza de que los gorkianos se acercarían a los de Kuriazh y les estrecharían la mano no se vieron justificadas. Lo mismo que una carga de perdigones se dispersaron y corrieron hacia los dormitorios, clubs y talleres. Los kuriazhanos no se ofendieron por la desatención y echaron también a correr tras ellos. Sólo Korotkov, en medio de su pandilla, permanecía en su sitio y hablaba de algo con ellos. Junto al muro de la catedral, sentadas en las lápidas funerarias, estaban Bréguel y la camarada Zoia. Yo me acerqué.

- Sus muchachos están vestidos bastante coquetonamente -dijo Bréguel.

- ¿Y tienen ya preparados los dormitorios? -preguntó la camarada Zoia.

- Nos pasaremos sin los dormitorios -respondí yo y me apresuré a interesarme por un nuevo fenómeno.

Rodeado por los colonos del destacamento de Stupitsin, nuestro ganado porcino, lento y pesado, franqueaba la puerta del monasterio. Había sido distribuido en tres grupos: por delante las hembras, tras ellas las crías y, cerrando el cortejo, los padres. Vólojov, todo sonriente, los recibía con su estado mayor, y Denís Kudlati estaba ya rascando amorosamente detrás de la oreja a nuestro favorito, un lechón de cinco meses, llamado Chamberlain en memoria del famoso ultimátum de este político.

La piara se dirigió a las empalizadas dispuestas para ella, y por la puerta entraron Stupitsin, Shere y Jalabuda, absortos en una entretenida conversación. Jalabuda agitaba una mano y con la otra estrechaba contra su corazón al más pequeño y sonrosado de los lechoncitos.

- ¡Oh, qué cerdos tienen! -exclamó Jalabuda, acercándose a nuestro grupo-. Si la gente es igual a los cerdos, la cosa marchará, os lo aseguro.

Bréguel se levantó de la lápida funeraria y dijo severa:

- Seguramente, el camarada Makárenko, a pesar de todo, consagra su atención principal a los muchachos.

- Lo dudo -replicó Zoia- ; para los cerdos se ha preparado ya sitio, y los niños se pasarán sin dormitorios...

Bréguel se interesó de pronto por tan original situación:

- Sí, Zoia, tiene razón. Es interesante oír la respuesta del camarada Makárenko, no del Makárenko ganadero, sino del pedagogo Makárenko.

Me sorprendió mucho la franca hostilidad de esas palabras, pero no quise responder aquel día con la misma franqueza brutal:

- Permítanme que conteste con una respuesta colectiva a las dos preguntas.

- Como guste.

- Los colonos son aquí los dueños y los cerdos están bajo su tutela.

- ¡Y usted quién es? -me preguntó Bréguel, mirando a un lado.

- Si ustedes lo admiten, yo me encuentro más próximo a los dueños.

- Pero, ¿usted tiene el dormitorio asegurado?

- También yo me paso sin dormitorio.

Breguel, contrariada, se encogió de hombros y propuso secamente a la camarada Zoia:

- Dejemos esta conversación. Al camarada Makárenko le gustan las situaciones agudas.

Jalabuda se echó a reír sonoramente:

- ¿Y qué hay de malo en eso! Hace bien... ¡ja!... ¡Situaciones agudas! ¿Qué falta le hacen las situaciones romas?

Yo sonreí involuntariamente, y por eso Zoia se lanzó de nuevo contra mí:

- No sé qué situación es ésta, aguda o roma, cuando hay que educar a la gente a la manera de los cerdos.

La camarada Zoia puso en movimiento no sé qué iracundos motores, y sus ojos saltones comenzaron a horadar mi ser a una velocidad de veinte mil revoluciones por

segundo. Yo llegué a asustarme. Pero en aquel instante llegó corriendo con su corneta Sínenki, sonrosado y nervioso, y balbuceó aproximadamente con la misma rapidez:

- Allí... Lápot ha dicho. .. y Kóval dice: espera. Pero Lápot se enfada y dice: haz como yo te he dicho... Y encima va y dice: si te haces el remolón... y también los muchachos... ¡Huy qué dormitorios, huy, huy, huy! Y los muchachos dicen: no se puede tolerar, y Kóval dice que tiene que hablar con usted...

- Comprendo lo que dicen los muchachos y lo que dice Kóval, pero no puedo comprender en absoluto qué es lo que tú quieres de mí.

Sínenki se avergonzó:

- Yo no quiero nada... Pero Lápot dice...

- ¿Qué?

- Y Kóval dice que hay que hablar con usted...

- Pero, ¿qué es lo que dice Lápot? Eso es muy importante, camarada Sínenki.

A Sínenki le agradó tanto mi pregunta, que ni siquiera la escuchó:

- ¿Eh?

- ¿Qué ha dicho Lápot?

- ¡Ah!... Ha dicho: toca a asamblea.

- Eso es lo que debías haber dicho desde el principio.

- Pero si se lo he dicho...

La camadada Zoia cogió con dos dedos las mejillas coloradas de Sínenki y transformó sus labios en un pequeño lacito sonrosado:

- ¡Qué niño tan encantador!

Sínenki, descontento, se soltó de las manos cariñosas de Zoia, se secó la boca con la manga de la camisa y parpadeó, ofendido, en dirección de Zoia.

- ¡Niño!... ¡Fíjate!... ¿Y si yo hiciera eso? No tengo nada de niño... Soy colono...

Jalabuda levantó ligeramente en brazos a Sínenki con su corneta.

- ¡Tienes razón, palabra que tienes razón, y, sin embargo, eres un lechoncillo!

Sínenki aceptó con placer la nueva expresión y no protestó. Zoia lo señaló también.

- Me parece que el calificativo de lechoncillo es el más honroso para ellos.

- ¡Déjalo! -exclamó, disgustado, Jalabuda y volvió a depositar a Sínenki en el suelo.

Una discusión estaba pronta a estallar, pero llegó Kóval y, tras él, Lápot.

Kóval se turbaba como un aldeano ante las autoridades, y a espaldas de Bréguel me guiñaba los ojos, invitándome a apartarme un poco para hablar con él. Pero Lápot no se cohibía ante los jefes:

- Kóval, ¿comprende?, creía que aquí le esperaban colchones de plumas. Y yo pienso que no debe aplazarse nada. Ahora tocamos a asamblea y leemos nuestra declaración.

Kóval enrojeció por la necesidad de hablar ante los superiores y, para colmo, femeninos, a los que siempre había considerado en el fondo de su alma como de segunda clase, pero no renunció a exponer su punto de vista:

- ¿Qué falta me hacen los colchones de plumas? ¡No digas tonterías!... Lo que yo quiero saber es cómo vamos a obligarles a aceptar nuestra declaración. ¿Cómo vas a obligarles?

¿Agarrándoles por el cuello o por el pecho?

Kóval miró temerosamente a Bréguel, pero el verdadero peligro acechaba por otro lado.

- ¿Cómo por el pecho? -preguntó inquieta la camarada Zoia.

- No, es una manera de hablar -enrojeció más aún Kóval-. Para qué necesito yo su pecho, ¡malditos sean! Mañana iré al Comité local; que me manden a la aldea...

- Pero usted ha dicho: Les obligaremos. ¿Cómo piensa obligarles?

Kóval, irritado, perdió instantáneamente el respeto a los jefes y hasta fue a caer en el extremo opuesto:

- ¡Qué se vayan al ...! ¡Qué demonios! Aquí hay que trabajar y no charlar como mujerucas... ¡Marchaos todos a paseo!...

Y se fue rápidamente al club, arrancando del piso de Kuriazh con sus botas polvorientas restos de las aceras enlosadas del monasterio.

Lápot se encogió de hombros y dijo a Zoia:

- Puedo explicarle qué es eso de obligar. Obligar significa... ¡pues significa obligar!

- ¿Ves, ves? -preguntó a Bréguel, dando saltitos, la camarada Zoia-. ¿Qué dices ahora?

- Sínenki, toca la llamada -ordené.

Sínenki arrancó la corneta de entre las manos de Jalabuda, la apuntó hacia las cruces de la catedral y rasgó el silencio con un staccato preciso de reto y de alarma. La camarada Zoia se llevó las manos a las orejas:

- ¡Dios mío, cornetas!... ¡Jefes!... ¡Qué cuartel!

- Eso no tiene importancia -replicó Lápot- ; en cambio, ya lo ve, usted ha comprendido de qué se trata.

- Un timbre sería mucho mejor -objetó suavemente Bréguel.

- ¿Cómo? ¡Un timbre! El timbre es un estúpido que dice siempre lo mismo. En cambio, ésta es una señal inteligente: reunión general. Y hay otras que significan reunión de jefes y silencio y otra de alarma. ¡Oh! Si Vañka toca a alarma, hasta los muertos correrán a sofocar el incendio y usted correrá también.

De las esquinas de los pabellones, de los cobertizos, de detrás de las murallas del monasterio aparecían grupos de colonos que iban al club. Los pequeños echaban muchas veces a correr, pero eran inmediatamente frenados por diversas impresiones casuales. Los muchachos de la colonia Gorki y los kuriazhanos se habían mezclado ya y charlaban entre sí acerca de no sé qué temas que, según todos los indicios, tenían un carácter de enseñanzas morales. No obstante, la mayoría de los kuriazhanos se mantenía al margen.

El club, frío y desierto, se llenó de una abigarrada muchedumbre, pero las camisas blancas de los gorkianos se aproximaron más hacia el altar. Yo observé que eso se hacía por indicación de Taraniets, que, a todo evento, concentraba las fuerzas.

La debilidad numérica del grupo de choque de los gorkianos saltaba a la vista. De las cuatrocientas personas de la reunión, ellos eran unos cincuenta: los destacamentos segundo, tercero y décimo estaban ocupados en la instalación del ganado, y Osadchi tenía en Rizhov a unos veinte colonos, sin contar a los rabfakianos. Además, nuestras muchachas no entraban en la cuenta. Las muchachas de Kuriazh las habían recibido muy cariñosamente, de un modo casi conmovedor, con besos e interminables conversaciones,

y las habían dado albergue en su dormitorio, que no en vano Olia Lanova había arreglado con tanto afán.

Antes de abrir la reunión, Zhorka Vólkov me preguntó en un susurro:

- Entonces, ¿andarse sin rodeos?

- Sin rodeos -contesté.

Zhorka salió al altar y se dispuso a leer lo que todos nosotros llamábamos en broma declaración. Era un acuerdo de la organización del Komsomol de los gorkianos, en el que Zhorka, Vólojov, Kudlati, Zheveli y Górkovski habían depositado un sinnúmero de iniciativas, de ingenio, de amplio impulso ruso y de escrupulosa aritmética, añadiendo a ello una dosis moderada de nuestra pimienta gorkiana, de sano cariño a los camaradas y de cariñosa crueldad camaraderil.

Hasta aquel instante, la declaración había sido consideraba como un documento secreto, a pesar de que en la discusión de su texto habían participado muchas personas: el documento había sido discutido varias veces en la reunión de los miembros del Buró en Kuriazh, y, durante mi viaje a la colonia, fue examinado y comprobado una vez más con Kóval y el activo del Komsomol.

Zhorka pronunció unas breves palabras de exordio:

- ¡Camaradas colonos! Seamos sinceros: cualquiera sabe por dónde hay que comenzar. Pero voy a leeros la decisión de la célula del Komsomol y en el acto comprenderéis por dónde hay que empezar y cómo va a desarrollarse todo. Ahora no trabajáis, no sois ni komsomoles ni pioneros, ni el diablo sabe qué sois, todo está sucio, y ¿qué sois en realidad? ¿Desde qué punto de vista se os puede considerar? Sólo desde éste: sois una base alimenticia para las chinches, los piojos, las cucarachas, las pulgas y demás canallas.

- ¿Acaso tenemos nosotros la culpa? -gritó alguien.

- Claro que la tenéis vosotros -respondió inmediatamente Zhorka-. Vosotros sois los culpables y lo sois en todos los terrenos. ¿Qué derecho tenéis a ser unos parásitos, unos vagos y unos desvalidos? No tenéis ningún derecho. Y al mismo tiempo, ¡menuda suciedad! ¿Qué derecho tiene un hombre a vivir entre esta porquería? Nosotros lavamos todas las semanas a los cerdos con jabón, deberíais verlo. ¿Y vosotros creéis que hay algún cerdo al que no le guste lavarse o que nos diga: Váyase usted a paseo con su jabón? Nada de eso; nos saludan y dicen: Gracias. Mientras que vosotros hace dos meses que no veis el jabón...

- Pero si no nos lo dan -replicó profundamente ofendido alguien de la muchedumbre.

El rostro redondo de Zhorka, en el que aún no se habían borrado las huellas amoratadas del encuentro nocturno con el enemigo de clase, frunció el ceño y se puso serio:

- ¿Y quién debe dártelo? Aquí tú eres el dueño. Tú mismo debes saber lo que debe hacerse y cómo.

- ¿Y en vuestra colonia quién es el dueño? ¿Tal vez Makárenko? -preguntó uno, escondiéndose inmediatamente entre la muchedumbre.

Las cabezas se volvieron hacia el lugar de donde había partido la pregunta, pero en aquel lugar las cabezas también estaban vueltas y únicamente algunos rostros sonreían satisfechos en el centro.

Zhorka sonrió ampliamente:

- ¡Vaya tontería! Nosotros confiamos en Antón Semiónovich porque es nuestro amigo y actuamos juntos. Y el que ha hecho esa pregunta es un buen tonto. Pero que no se preocupe; nosotros enseñamos también a tontos como ése, que no hacen más que mirar alrededor y preguntar: ¿dónde está mi dueño?

En el club estalló una carcajada general: Zhorka había remedado con mucho acierto la estúpida fisonomía de un tonto en busca de dueño.

Zhorka continuó:

- En el País Soviético el dueño es el proletariado y el obrero. Y vosotros coméis a costa del

Estado lo emporcáis todo, y tenéis la misma conciencia política que un gallo.

Yo empezaba ya a temer que Zhorka irritase demasiado a los de Kuriazh. No habría estado mal un poco más de afecto en el tono. Y en aquel momento la misma voz inapresable de antes gritó:

- ¡Veremos cómo vais a emporcarlo vosotros!

Por el club corrió una ola de risas contenidas y de sonrisas satisfechas, llenas de comprensión.

- Puedes mirar, si te gusta -dijo Zhorka serio y afable-. Hasta puedo ponerte un sillón junto al excusado para que puedas sentarte tranquilamente y mirar. Incluso te vendrá bien, porque no sabes ni hacer tus necesidades. Se trata, claro está, de una calificación modesta, pero, en fin, cada uno debe conocerla.

Los kuriazhanos, aun enrojeciendo, no pudieron renunciar a la risa. Sujetándose mutuamente, se tambaleaban de gusto. Las niñas lanzaban gritos, volviéndose hacia la estufa ofendidas contra el orador. Sólo los gorkianos retenían delicadamente la sonrisa y miraban con orgullo a Zhorka.

Los kuriazhanos dejaron de reír, y sus miradas, fijas en Zhorka, se hicieron más cálidas y comprensivas, como si, efectivamente, hubieran escuchado de labios de Zhorka un programa útil y aceptable.

El programa tiene una gran significación en la vida del hombre. Hasta el homúnculo más insignificante, si no ve ante sí tan sólo un simple espacio de tierra con colinas, valles, pantanos y montículos, sino, aunque no sea más que una perspectiva modesta -senderos o caminos con curvas, puentecillos, arbolado y postes-, inmediamente comienza a distribuir su actividad en determinadas etapas, enfoca con más alegría el futuro y la propia naturaleza aparece más ordenada a sus ojos: éste es el lado izquierdo, aquél el derecho, éste se halla más cerca del camino y aquel más lejos.

Nosotros confiábamos conscientemente en la gran significación de toda perspectiva, incluso de una perspectiva en la que no hubiese rosquillas y ni siquiera un gramo de azúcar.

Precisamente en este espíritu había sido redactada la declaración de la célula del Komsomol, que Zhorka comenzó, por fin, a leer ante la asamblea:

Decisión de la célula de las Juventudes Comunistas Leninistas de la colonia de trabajo Gorki del 15 de mayo de 1926.

1) Considerar disueltos todos los viejos destacamentos de gorkianos y los nuevos destacamentos de Kuriazh y organizar inmediatamente veinte destacamentos nuevos integrados por... (Zhorka leyó una lista de los colonos con su distribución en destacamentos y los nombres de los jefes por separado).

2) Secretario del Soviet de jefes sigue siendo el camarada Lápot; administrador, Denís Kudlati y encargado del almacén, Alexéi Vólkov.

3) Se invita al Soviet de jefes a poner en práctica todo lo indicado en esta decisión, a entregar la colonia en perfecto orden a los representantes del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y del Comité Ejecutivo Regional el día del primer haz, que debe ser celebrado como es de rigor.

4) Inmediatamente, es decir, antes del anochecer del 17 de mayo, recoger toda la ropa, interior y exterior, de los educandos de la antigua colonia de Kuriazh, toda la ropa de cama, las mantas, colchones, toallas y demás prendas, comprendida hasta la ropa de propiedad particular, y entregarla hoy mismo a la cámara de desinfección y después a la sección de costura para su reparación.

5) Entregar a todos los educandos y colonos camisetas y calzones confeccionados por las niñas de la vieja colonia, y entregar la segunda muda una semana después, cuando la primera haya sido dada al lavadero.

6) Todos los educandos, a excepción de las niñas, deben cortarse el pelo al cero y recibir un gorrito de terciopelo.

7)Todos los educandos deben bañarse hoy donde puedan, poniéndose el lavadero a disposición de las niñas.

8) Los destacamentos no deben dormir en los dormitorios, sino en el patio, bajo los matorrales, o donde puedan, donde haya dispuesto su jefe, hasta que se termine la reparación de la antigua escuela y la instalación de los nuevos dormitorios en ella.

9) Dormir empleando las mantas, las almohadas y los colchones traídos por los viejos gorkianos, y repartir sin discusión el número que corresponda a cada destacamento, independientemente de su cantidad.

10) No debe haber ninguna queja ni lamento de que no hay en qué dormir, sino encontrar salidas racionales a la situación.

11) Comer en dos turnos por destacamentos enteros sin permitirse pasar de un destacamento a otro.

12) Prestar la mayor atención a la limpieza.

13) Cerrar hasta el 1 de agosto todos los talleres, exceptuando el de confección, dedicándose los educandos a los siguientes trabajos:

Demoler la muralla del monasterio y construir con los ladrillos una porqueriza para trescientos cerdos.

Pintar todas las ventanas, puertas, barandas y camas de la colonia.

Trabajar en el campo y en la huerta.

Reparar todos los muebles.

Proceder a la limpieza general del patio y de la vertiente de la montaña en todas direcciones, trazar senderos, plantar flores y hacer invernaderos.

Confeccionar a todos los colonos un buen par de trajes y adquirir calzado para el invierno. En verano, andar descalzos.

Limpiar el estanque y bañarse.

Plantar un nuevo jardín en la vertiente meridional de la montaña.

Preparar tornos, materiales y herramientas en los talleres para trabajar a partir de agosto.

A pesar de su sencillez exterior, la declaración produjo gran impresión en todos. Hasta nosotros, sus autores, nos sentimos impresionados por su definición estricta y su exigencia práctica. Además, cosa que más tarde fue señalada especialmente por los kuriazhanos, la declaración evidenció de repente a todos que nuestra inactividad anterior a la llegada de los gorkianos ocultaba firmes designios y una preparación oculta, teniendo muy en cuenta diversos fenómenos reales.

Los komsomoles habían constituido admirablemente los nuevos destacamentos. El genio de Zhorka, de Górkovski y de Zheveli les permitió distribuir a los kuriazhanos en los destacamentos con farmacéutica exactitud, teniendo en cuenta los vínculos de la amistad y los abismos del odio, los caracteres, los gustos, las tendencias y las desviaciones. No en vano el destacamento mixto de vanguardia había estado recorriendo los dormitorios durante dos semanas.

Con la misma atención concienzuda habían sido distribuidos los gorkianos: los fuertes y los débiles, los enérgicos y los blandos, los austeros y los alegres, los hombres verdaderos y los aproximados, todos hallaron su puesto según diversas consideraciones.

Si hasta para muchos gorkianos las líneas enérgicas de la declaración fueron una novedad, los muchachos de Kuriazh oyeron leer la declaración a Zhorka en un estado de estupefacción completa. Durante la lectura, algunos interrogaban en voz baja a su vecino sobre una palabra mal oída, alguien, sorprendido, se ponía de puntillas y miraba a su alrededor, hasta se oyó un ¡Oh! en el lugar más fuerte de la declaración, pero cuando Zhorka terminó la lectura, un silencio absoluto se hizo en la sala y, en medio de este silencio, comenzaron a alzarse algunos tímidos conatos de preguntas apenas perceptibles: ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Someterse, protestar, alborotar? ¿Aplaudir, reír o atacar?

Zhorka dobló modestamente la hoja de papel. Lápot paseó por la muchedumbre la mirada irónica y atenta de sus ojos un poco hinchados y extendió, sarcástico, los labios: - A mí esto no me gusta. Yo soy un viejo gorkiano. Antes tenía mi cama, mi manta, mi colchón.

Y ahora debo dormir bajo una mata. ¿Y dónde está la mata? Kudlati, tú que eres mi jefe, dime dónde está mi mata.

- Hace ya tiempo que te la he elegido.

- Y en esa mata, ¿crece, por lo menos, algo? ¿A lo mejor crecen cerezas o manzanas?

Tampoco estarían mal unos ruiseñores... ¿Hay ruiseñores, Kudlati?

- Por ahora no hay ruiseñores, pero sí gorriones.

- ¿Gorriones? Personalmente, los gorriones me agradan poco. Cantan mal, además, no son nada cuidadosos. ¡Si me pusieras, por lo menos, un jilguero!

- Bien, te pondré un jilguero -rió Kudlati.

- Y además... -Lápot miró alrededor con aire de sufrimiento-. Nuestro destacamento es el tercero... Dame la lista... Sí... el tercero... Gorkianos viejos hay uno, dos, tres... ocho. Es decir, ocho mantas, ocho almohadas y ocho colchones, pero en el destacamento hay veintidós muchachos. Esto me gusta poco. ¿Quiénes hay? A ver, Stegni. ¿Dónde está Stegni? Levanta la mano. ¡A ver, ven aquí! ¡Ven, ven, no tengas miedo!

Se acercó al altar un muchacho que no se había lavado ni peinado desde la Edad de Piedra, con los cabellos completamente descoloridos y un rostro, en el que los colores, la huella tostada del sol y la porquería se habían transformado hacía tiempo en una complicadísima composición, ya toda cubierta de grietas. Stegni, confuso, se balanceó sobre sus pies negros en el altar y clavó en la muchedumbre unos ojos inexpresivos, enseñando sus dientes grandes y esplendorosamente blancos.

- Entonces, ¿es contigo con quién debo dormir debajo de la misma manta? Dime, ¿tú sueles dar muchas patadas por las noches?

Stegni bufó de risa y babeó, quiso secarse la boca con el puño, pero se avergonzó de su puño negro y se secó la boca con el larguísimo de su camisa semipodrida.

- No...

- Bien... y dime, camarada Stegni, ¿qué haremos si empieza a llover?

- ¿Escaparnos?, ¡ji, ji!...

- ¿A dónde?

Stegni pensó un poco y dijo:

- ¡Quién lo sabe!

Lápot contempló, preocupado, a Denís:

- Denís, ¿a dónde tenemos que huir en caso de lluvia?

Denís se adelantó y entornó pícaramente los ojos a la manera ucraniana, contemplando a la asamblea:

- No sé lo que pensarán acerca de ello los demás compañeros jefes, y en la declaración, hablando en plata, se ha pasado por alto este punto. Pero yo os diré que, en casos de lluvia o de otra cosa por el estilo, el tercer destacamento no debe temer nada. Tenemos cerca el río, y yo os llevaré a él. Porque, efectivamente, si nos metemos en el río, la lluvia no nos hará nada y, si se sumerge uno, no nos caerá encima ni una gota de agua. La cosa no será terrible, y, desde el punto de vista de la higiene, saldremos ganando.

Denís contempló inocentemente a Lápot y se apartó. De pronto Lápot se enfadó y gritó a Stegni, absorto en la contemplación de los grandiosos acontecimientos.

- ¿Te das cuenta o no?

- Me doy cuenta -respondió alegremente Stegni.

- Pues ten cuidado: dormiremos juntos debajo de mi manta, ¡maldito seas! Pero antes te lavaré en ese mismo río y te esquilaré las lanas de la cabeza. ¿Comprendes?

- Claro que comprendo -sonrió Stegni.

Lápot abandonó su máscara de broma y, acercándose más al extremo del tablado, preguntó: - Entonces, ¿todo está claro?

- ¡Todo! -gritaron en diversos sitios.

- Pues si está claro, hablaremos francamente: esta decisión, desde luego, no es... muy agradable. Pero, a pesar de todo, nuestra asamblea general tiene que aceptarla. No hay más remedio.

De repente alzó la mano en un ademán desesperado y dijo con una voz en la que resonaban inesperados y amargos sollozos: - ¡Pon el acuerdo a votación, Zhorka!

Los muchachos se echaron a reír. Zhorka extendió la mano:

- Pongo el acuerdo a votación: ¡los que estén a favor, que levanten la mano!

Se alzó un bosque de manos. Examiné atentamente las filas de toda mi mole. En favor votaron todos, incluido el grupo de Korotkov, que estaba cerca de la puerta. Las niñas alzaban sus manos con solemnidad conmovedora y sonreían ladeando un poco la cabeza. Me sorprendió mucho que también votase a favor el grupo de Korotkov. El propio Korotkov, apoyado contra la pared, mantenía pacientemente la mano en alto, contemplando con sus bellos ojos el grupo que nosotros formábamos en la escena.

La solemnidad del instante fue interrumpida por la aparición de Borovói. Irrumpió en la sala en un estado demasiado alegre, tropezó con la puerta y chillando estruendosamente, tiró de su acordeón: - ¡Ah! ¿Han llegado los dueños? Esperad... ahora... os voy a tocar una diana... conozco una diana que...

Korotkov puso la mano sobre el hombro de Borovói y le dio a entender algo con los ojos.

Borovói irguió la cabeza, abrió la boca y se calló, pero siguió enarbolando agresivamente el acordeón: a cada minuto podía esperarse la música más tenaz.

Zhorka anunció el resultado de la votación:

- En favor de la propuesta de la célula del Komsomol, 354 votos. En contra, ninguno. Consideramos, pues, que la propuesta ha sido aprobada por unanimidad.

Los gorkianos, sonriéndose y mirándose mutuamente, se pusieron a aplaudir; los de Kuriazh, inflamados por una especie de arrebato, corearon esa forma de expresión desacostumbrada para ellos, y, quizás por primera vez desde la fundación del monasterio, bajo sus bóvedas resonaron los sonidos ligeros y alegres de los aplausos de una colectividad humana. Los pequeños aplaudieron largo tiempo, separando los dedos, bien alzando las manos sobre la cabeza, bien poniéndolas junto a la oreja, y así estuvieron hasta que Zadórov apareció en el altar.

Yo no había advertido su llegada. Por lo visto, había traído algo de Rizhov, porque tenía el rostro y el traje manchados de blanco. Ahora, como siempre, producía en mí una impresión de pureza inmaculada y de simple y franca alegría. También ahora ofreció en primer lugar a la atención de los reunidos su cautivadora sonrisa.

- Amigos, quiero deciros dos palabras. Escuchad: yo fui el primer gorkiano, el más antiguo y, en otro tiempo, el peor. Seguramente Antón Semiónovich se acordará bien de ello. Pero ahora soy ya estudiante del primer curso del Instituto Tecnológico. Por eso escuchadme: habéis aprobado una buena decisión, magnífica, palabra de honor, sólo que muy difícil de cumplir. ¡Es preciso reconocer que muy difícil!

Giró la cabeza, indicando la dificultad de la tarea. En la sala resonaron risas de simpatía.

- Pero es lo mismo. Ya que la habéis aprobado, no hay más que hablar. Eso hay que tenerlo en cuenta. Tal vez alguno esté pensando ahora: siempre se puede aprobar, que luego ya veremos. El que piensa eso, no es una persona; es peor que un bicho, es un bichejo, ¿comprendéis? Según nuestra ley, aquel que no cumple las decisiones de la asamblea general no tiene más que un camino: ¡fuera, a la calle!

Zadórov apretó con fuerza los labios, súbitamente palidecidos, y alzó el puño sobre la cabeza.

- ¡Echarle! -repitió bruscamente, haciendo caer el puño.

La multitud quedó suspensa, esperando nuevos horrores, pero a través de la muchedumbre ya se abría paso Karabánov, también manchado, aunque de algo negro, y, en medio del asombrado silencio, preguntó:

- ¿A quién hay que echar? ¡Ahora mismo!

- Es en general -respondió, inalterable, Lápot.

- Puedo hacerlo en general y como queráis. Pero, ¿qué os pasa que estáis todos cariacontecidos, igual que un pope en la feria?

- No nos pasa nada -respondió alguien.

- Entonces, ¿a qué vienen esas caras? ¿Y dónde está la música?

- ¡Pero si está aquí, aquí! -gritó, entusiasmado, Borovói y volvió a tirar de su acordeón.

- ¡Oh! ¡Hasta música! ¡Formad un círculo! ¡Venga, muchachas, basta de calentarse junto a la estufa! ¿Quién baila el hopak? ¡Natalka, corazoncito! ¡Mirad, muchachos, qué Natalka tenemos!

Los muchachos fijaron con alegre decisión su mirada en los ojos claros y pícaros de Natasha Petrenko, en sus trenzas y en su dientecito oblicuo en medio de una sonrisa azorada.

- Entonces, ¿encarga usted un hopak, camarada? -preguntó Borovói con la sonrisa rebuscada de un maestro y de nuevo tiró de su acordeón.

- ¿Y tú qué quieres tocar?

- Puedo tocar el vals, y el pasodoble, y todo...

- El pasodoble, padrecito, tócalo después; ahora dale al hopak.

Borovói sonrió condescendiente a la simplicidad coreográfica de Karabánov, pensó un poco ladeando la cabeza, extendió de pronto su instrumento y empezó a tocar un baile especial, nervioso y trepidante. Karabánov agitó los brazos y, sin pensarlo más, se lanzó de un salto al desenfrenado e impetuoso baile en cuclillas. Las pestañas de Natasha estremeciéronse de repente sobre su rostro arrebolado y luego descendieron. Sin mirar a nadie, de un modo imperceptible, se apartó del círculo humano, agitando levemente su modesta falda plegada de los días de fiesta. Semión golpeó el piso con sus tacones y se puso a girar alrededor de Natasha con una sonrisa insolente, extendiendo por todo el club el conciso y menudo taconeo de sus pies ágiles y locuaces. Natasha alzó las pestañas y miró a Semión con esa mirada luminosa que se emplea Únicamente en el hopak y que, traducida, quiere decir: Eres guapo, muchacho, y bailas bien, pero ¡ten cuidado!...

Borovói añadió pimienta a la música. Semión añadió fuego, Natasha añadió alegría: su falda ya no giraba lentamente, sino que volaba en un remolino de pliegues y de bordes alrededor de sus piernas. Los kuriazhanos ensancharon el círculo, se limpiaron precipitadamente la nariz con las mangas y vociferaron no sé qué. Las olas, y el traqueteo, y el ímpetu del hopak se extendieron por todo el club, elevando hasta las altas bóvedas del techo el ritmo brioso del acordeón.

Entonces, desde las profundidades de la multitud se extendieron dos manos, que separaron implacablemente a la masa muchachil, y Perets, en jarras, se colocó en medio

del torbellino del baile, sacudiendo una pierna y guiñando un ojo a Natalka. La dulce y delicada Natasha paseó por Perets la mirada altiva de sus ojos un poquitín entornados, estremeció levemente un hombro limpio y bordado ante sus mismas narices y, de repente, le sonrió con sencilla cordialidad, como un camarada, inteligente y comprensiva, como un komsomol que acabase de tender a Perets su mano de ayuda.

Perets no resistió esa mirada. En el transcurso interminable de un segundo miró inquieto en torno suyo, hizo volar en su interior no sé qué torres y bastiones, y, dando un salto, golpeó el suelo con su vieja gorra y se lanzó al torbellino. Semión descubrió sus dientes. Natasha, balanceándose todavía con más rapidez, desfiló ante los kuriazhanos. Mientras tanto, Perets bailaba algo suyo, un baile bufonesco, burlón, ingeniosamente mordaz, en el que había un leve matiz del hampa.

Yo miré a mi alrededor. Los ojos profundos de Korotkov se habían entornado seriamente, unas sombras apenas perceptibles habían corrido desde su blanca frente hasta su boca inquieta.

Tosió, miró en torno suyo y, reparando en mi atenta mirada, comenzó de repente a abrirse paso hacia mí. Todavía separado por alguien me tendió la mano y me dijo con voz ronca: - ¡Antón Semiónovich! Todavía no le he saludado hoy.

- ¡Buenos días! -le dije sonriendo y mirándole con fijeza. Korotkov volvió el rostro hacia el baile, se obligó de nuevo a mirarme y quiso decir con una voz alegre, pero lo dijo con la misma voz ronca de antes: - ¡Qué bien bailan los canallas!...

TRANSFIGURACIÓN

La transfiguración comenzó inmediatamente después de nuestra asamblea general y duró unas tres horas, plazo récord para cualquier transfiguración.

Cuando Zhorka agitó la mano indicando que la reunión había terminado, en el club se promovió un griterío indescriptible. Los jefes, de puntillas, gritaban a voz en cuello, llamando a los miembros de sus destacamentos. En el club surgieron dos docenas de corrientes y en el transcurso de varios minutos estas corrientes, tropezando e interceptándose, bulleron entre los viejos muros de la iglesia arzobispal. En los diversos rincones del club, tras las estufas, en los nichos y en el centro empezaron los mítines de los destacamentos. Cada uno de ellos constituía una multitud sucia y gris de harapientos, entre los que se movían sin prisa los hombros blancos de los gorkianos.

Después, los colonos se abalanzaron desde la puerta del club al patio y hacia los dormitorios.

Cinco minutos más tarde, en el club y en el patio había un silencio absoluto, y sólo los Mercurios de los destacamentos volaban con encargos urgentes, trepidando sus alitas en los pies.

Yo podía descansar un poco.

Me acerqué al grupo de mujeres congregado en el atrio de la iglesia, y desde esa altura observé los acontecimientos posteriores. Sentía deseos de permanecer callado sin pensar en nada. Ekaterina Grigórievna y Lídochka, alegres y tranquilas, se defendían con indolente laxitud de no sé qué preguntas de la camarada Zoia. Junto a la verja polvorienta del atrio, Bréguel decía a Guliáeva: - Veo que todos esos atributos dan una impresión de armonía. Pero, ¿qué? Eso no es más que el aspecto exterior.

Guliáeva se volvió hacia mí:

- Antón Semiónovich, conteste usted. Yo no entiendo nada de esto.

- También yo me oriento débilmente en cuestiones de teoría -respondí de mala gana.

Callamos. A pesar de todo, conseguí organizar una ración mínima de descanso y, mirando a mi alrededor, observé el magnífico objeto que de antiguo se llama mundo. Eran aproximadamente las dos de la tarde. Al otro lado del estanque, se calentaban, bajo el sol, los techos de bálago de la aldea. En el cielo habían quedado inmóviles sobre Kuriazh unas nubecillas blancas probablemente por disposición especial hasta nueva orden: una especie de reserva del negociado de las nubes. Yo sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo ahora en la colonia.

En los dormitorios, los muchachos desmontaban las camas, sacaban la paja de los colchones y de las almohadas, formaban bultos con todo ello. Dentro iban las mantas, las sábanas, los zapatos nuevos y los viejos, todo. En el cobertizo de la cochera, Aliosha Vólkov se hacía cargo de todos esos andrajos, tomaba nota de ellos y los enviaba a la cámara de desinfección. La cámara de desinfección había venido especialmente de la ciudad. Estaba montada sobre ruedas. Funcionaba en la era, y el que dirigía todo allí era Denís Kudlati. Detrás de la catedral, en el lado opuesto al atrio, Dmitri Zheveli entregaba a

los jefes de los destacamentos o a sus delegados ropa nueva y jabón, según la relación establecida. De detrás de los muros de la catedral, apareció de pronto Sínenki y, apartando, preocupado, su corneta, me dijo rápidamente: - Taraniets ha dicho que toque a reunión de jefes en el comedor.

- ¡Venga!

Sínenki susurró con sus invisibles alitas y voló hacia la puerta del comedor. Deteniéndose en la puerta, tocó varias veces una corta señal, compuesta de tres sonidos.

Bréguel contempló atentamente a Sinenki y luego se volvió a mí:

- ¿Por qué ese niño no hace más que pedir su permiso... para dar... esas señales? ¡Si es una cosa tan baladí!

- Nosotros nos atenemos a una regla: si la señal no está prevista por el horario, deben notificármela. Yo debo saberlo.

- Todo eso, naturalmente, es bastante... ¿cómo decirlo?... efectista. ¡Pero no es más que el aspecto exterior! ¿Usted no lo cree así?

Yo comenzaba a sentirme irritado. ¿A santo de qué me hostilizaban precisamente hoy? Y, además, ¿qué pretendían en realidad? ¿ Tal vez les daba pena Kuriazh?

- Sus banderas, sus tambores, sus saludos no hacen más que organizar exteriormente a la juventud...

Sentí deseos de chillar. ¡Déjeme! , pero dije un más cortésmente: - Usted concibe a la juventud o, pongamos por ejemplo, a un niño como una cajita: existe el aspecto exterior, la envoltura o cosa así, y existe lo interior, las tripas. Según usted, debemos ocuparnos únicamente de las tripas. Pero, sin envoltura, este precioso contenido se desparramará.

Bréguel siguió con una mirada rabiosa a Vetkovski, que pasó corriendo hacia el comedor.

- No obstante, esto recuerda mucho a un cuerpo de cadetes...

- ¿Sabe usted una cosa, Varvara Víktorovna? -dije, esforzándome por dar un acento amable a mis palabras-. Vamos a dejarlo. Me es muy difícil hablar con usted sin...

- ¿Sin qué?

- Sin intérprete.

La maciza figura gris de Bréguel separóse pesadamente de la verja y avanzó hacia mí. Apretó los puños detrás de la espalda, pero ella, no sé de dónde -quizá del cuello-, sacó una sonrisa de fabricación artesana y se la colocó sin prisa en el rostro, igual que los miopes se ponen las gafas.

- Habrá intérpretes, camarada Makárenko.

- Esperaremos.

Por la puerta salió el primer destacamento, y Gud, su jefe, preguntó en voz alta, después de examinar rápidamente el atrio: - Entonces, Ustimenko, ¿tú dices que por esta puerta no se pasa?

Un muchacho de Kuriazh, morenucho, como de quince años, tendió la mano hacia la puerta: - No, no... Te lo aseguro. No pasa nadie. Siempre está cerrada. Pasan por aquélla y por ésa; por ésta, no, te lo aseguro.

Uno de atrás pronunció:

- Allí en medio tienen armarios, con velas y otras cosas por el estilo...

Gud subió corriendo al atrio, dio unas vuellas por él y rompió a reír:

- ¿Qué más necesitamos? ¡Oh! Aquí estaremos muy bien. ¿Para qué demonios necesitamos una gradería tan magnífica? Y, en caso de lluvia, tenemos alero... Sólo que la cama será dura. ¿No será demasiado dura?

Karpinski, un antiguo gorkiano, que trabajaba desde hacía tiempo como zapatero en el destacamento de Gud, contempló alegremente las losas del atrio.

- ¡Qué va! Tenemos seis mantas y seis colchones. Y tal vez encontremos algo más.

- Tienes razón -asintió Gud.

Y luego, volviéndose de cara hacia el estanque, manifestó:

- Sabed todos que este lugar está ocupado por el primer destacamento. Y no hay protesta que valga. ¡Antón Semiónovich, usted es testigo!

- Bueno.

- Entonces... empezad... A ver, ¿a quién le toca? Esperad.

Gud sacó una lista del bolsillo:

- Sliva y Jlébchenko, a ver cómo sois. Presentaos.

Jlébchenko es pequeño, delgadito, pálido. Por una razón desconocida, su cabello negro y liso, en vez de crecer hacia arriba, crece hacia adelante, y su nariz está llena de espinillas negras.

La sucia camisa le llega hasta las rodillas y el borde desgarrado baja todavía más. Sonríe torpemente y mira en derredor. Gud le examina con un ojo crítico y luego traslada su mirada a Sliva. Sliva es igual de delgado, pálido y andrajoso que Jlébchenko, pero se distingue de él por su elevada estatura. Sobre su cuello, fino hasta más no poder, se yergue, de repente, una cabeza estrecha, en la que sorprenden los labios gruesos y sonrosados. Sliva sonrie con aire de víctima y mira hacia un rincón del atrio.

- ¡El diablo sabe qué os dan aquí de comer! -exclama Gud-. ¿Por qué estáis todos tan flacos... como perros? Antón Semiónovich, tendremos que cebar al destacamento. ¡Fíjese usted qué destacamento me han dado! ¿Es que el primer destacamento puede ser así? ¡No puede ser!

¿Tenemos bastante comida? ¡Cómo no! ¿Y tragar sabéis?

Los muchachos del destacamento se ríen. Gud pasea una vez más su mirada de desconfianza por los rostros de Sliva y de Jlébchenko y dice tiernamente: - Escuchadme, Sliva y Jlébchenko. Ahora hay que fregar muy bien este atrio. ¿Comprendéis con qué tenéis que fregarlo? Con agua. ¿Y en qué debéis traer el agua? En un cubo. Karpinski, rápido, ve donde Mitka y dile que te dé nuestro cubo y nuestro trapo. Y una escoba. ¿ Vosotros sabéis fregar?

Sliva y Jlébchenko asienten con la cabeza. Gud se vuelve hacia nosotros, se quita el gorrito y hace un vasto ademán: - Queridos camaradas, les rogamos que nos disculpen: este territorio ha sido ocupado por el primer destacamento, y no hay nada que hacer. Con motivo de que aquí se va a proceder a una limpieza general, les indicaré un buen destacamento.

El primer destacamento sigue con entusiasmo este galante proceder. Yo agradezco a Gud el ofrecimiento de buen sitio con bancos, pero renuncio a él.

Llega Karpinski, haciendo sonar los cubos. Gud da las últimas disposiciones y agita alegremente una mano: - ¡Y ahora a cortarse el pelo y a bañarse!

Descendiendo los peldaños del atrio, Bréguel observa en silencio las pisadas de sus propios pies. Yo siento unos terribles deseos de que los forasteros se vayan cuanto antes. Junto al mismo atrio, donde ha establecido Zheveli su almacén y donde se ha formado ya una fila de delegados de destacamentos y sus ayudantes y sus mozas cargan sobre los hombros montoncitos azules de calzones y montoncitos blancos de camisas aprietan bajo el brazo cajas marrones de jabón y hacen sonar los cubos, está detenido el Fiat del Comité Ejecutivo Regional. Aburrido y somnoliento, el chófer contempla con angustia a Bréguel.

Vamos en silencio hacia la puerta. Yo no sé dónde hay que ir. Si estuviera solo, me tumbaría ahora en la hierba, al pie del muro de la catedral, y seguiría observando el mundo y sus magníficos detalles. Todavía falta más de una hora para que termine nuestra operación, y después otra vez me absorberá el trabajo. En una palabra, comprendo perfectamente las miradas angustiosas del chófer. Pero de la puerta sale un grupo parlanchín y riente, y en mi alma siento de nuevo una inyección de alegría. Es el octavo destacamento, porque veo delante la figura espléndidamente modelada de Fedorenko, porque aquí están Korito, Nechitailo, Oleg Ognev. Mis ojos se fijan con involuntaria perplejidad en unas figuras completamente nuevas que llevan con poca naturalidad la ropa, habitual para mí, de los gorkíanos. Por fin, empiezo a darme cuenta: todos ellos son antiguos muchachos de Kuriazh. Ésta es la transfiguración, en cuyos preparativos hemos invertido dos semanas. Rostros frescos, lavados, gorritos de terciopelo que todavía conservan sus dobleces sobre las cabezas recién rasuradas de los muchachos. Y lo más importante, lo más agradable: miradas alegres y confiadas, la gracia recién engendrada, de hombres pulcramente vestidos y libres de piojos.

Fedorenko con el estilo lento y majestuoso que le es propio se hace a un lado y dice, enhebrando elegantemente sus palabras sólidas y abaritonadas: - Antón Semiónovich, puede usted hacerse cargo del octavo destacamento de Fedorenko en completo orden, como se dice.

Junto a él, Oleg Ognev extiende sus finos y largos labios de íntelectual y me saluda circunspecto: - En la medida de mis fuerzas he participado en el bautismo de estos pueblos. Apúntelo en algún lugar de su libro de notas por si en otra ocasión mi conducta no es tan afortunada.

Estrecho cordialmente los hombros de Oleg. Lo hago porque siento unos terribles deseos de besarle y de besar también a Fedorenko y a todos mis demás muchachos, magníficos y encantadores. Ahora me es difícil anotar algo en mi libro de notas y en mi alma. Mi alma se ha llenado repentinamente de ideas, de ímágenes, de solemnes coros y de ritmos de danza. Pero, en cuanto apreso algo por el rabo, ese algo desaparece en la multitud, y otro fenómeno nuevo grita, atrayendo descaradamente mi atención. Bautismo, transfiguración -sigo pensando de paso-, todos ésos son términos religiosos. Pero el rostro sonriente de Korotkov borra también por un segundo este esquema original. Sí, yo fui quien insistió en que se incluyera a Korotkov en el octavo destacamento. El general Fedorenko, que ha captado al vuelo mi mirada a Korotkov, le abraza por los hombros y dice, estremeciendo levemente las pupilas de sus ojos grises: - Antón Semiónovich, nos ha incluido usted un buen colono en el destacamento. Ya he hablado con él. Dentro de poco tiempo será un buen jefe.

Korotkov me mira seriamente y me dice afable:

- Después quiero hablar con usted, ¿bueno?

Fedorenko contempla, alegre e irónico, el rostro de Korotkov:

- ¡Qué absurdo eres! ¿Para qué quieres hablar? No hace falta hablar. ¿Para qué sirve eso?

Korotkov observa también atentamente al astuto Fedorenko:

- ¿Sabes?... Es que... yo tengo un asunto especial...

- No tienes ningún asunto especial. ¡Eso son tonterías!

- Es que quiero... que también a mí... se me pueda arrestar.

Fedorenko se ríe a carcajadas:

- ¡Menudas cosas quieres!... Todavía es pronto. Para eso hay que ganar primero el título de colono. ¿Ves la insignia? Y a ti no se te puede todavía arrestar. A ti se te dirá: estás arrestado, y tú responderás: ¿Por qué? Yo no soy culpable.

- ¿Y si, efectivamente, no soy culpable?

- ¿Ves cómo no lo entiendes? Tú crees que el no ser culpable tiene una enorme importancia. Pero cuando seas colono, entonces comprenderás otra cosa... ¿cómo explicártelo?... Comprenderás que lo importante es la disciplina y que la cuestión de si eres o no culpable, no es, en realidad, un asunto de tanta importancia. ¿Verdad, Antón Semiónovich?

Asentí con un movimiento de cabeza a las palabras de Fedorenko. Bréguel nos contemplaba como si fuéramos monstruos en tarros, y sus mejillas comenzaron a adquirir la forma de unos morros de bulldog. Me apresuré a distraer su atención de cosas desagradables:

- ¿Y qué grupo es aquél? ¿Quiénes son?

- Es aquel muchacho... -contesta Fedorenko-. Aquel muchacho tan combativo. Dicen que le han dado una buena tunda.

- Cierto, es el destacamento de Záichenko -digo, reconociendo a los muchachos.

- ¿Quién le ha pegado? -se interesa Bréguel.

- Le han apaleado una noche... los de aquí, naturalmente.

- ¿Por qué? ¿Cómo no lo ha comunicado usted? ¿Y hace tiempo?

- Varvara Víktorovna -digo con rudeza-, aquí, en Kuriazh, han estado mofándose de los muchachos durante muchos años. Como eso a usted le interesaba poco, yo tenía motivos para pensar que también este caso era indigno de su atención... tanto más cuanto que yo me había interesado personalmente por él.

Bréguel interpretó mi áspero discurso como una invitación a irse.

- Hasta la vista -dijo secamente.

Y se dirigió al coche, del que ya asomaba la cabeza de la camarada Zoia.

Respiré a gusto. Fui hacia el encuentro del decimooctavo destacamento de Vania Záichenko.

Vania conducía solemnemente el destacamento. Con toda intención habíamos formado el decimooctavo destacamento a base tan sólo de kuriazhanos. Esta circunstancia daba al destacamento y a Vania un brillo especial. Vania lo había comprendido. Fedorenko se echó a reír estrepitosamente:

- Pero mírales qué bien van.

El decimooctavo destacamento se aproximaba a nosotros, alardeando de porte militar. Los veinte muchachos marchaban en filas de a cuatro marcando el paso y hasta moviendo militarmente los brazos. ¿Cuándo había tenido tiempo Záichenko de conseguir semejante militarización? Decidí apoyar el espíritu militar del decimooctavo destacamento y me llevé la mano a la visera de la gorra: - ¡Salud, camaradas!

Pero el destacamento decimooctavo no estaba preparado para tal maniobra. Cada muchacho chilló a su modo, y Vañka hizo un ademán de desesperanza:

- ¡Cuidado que sois... mujiks!

Fedorenko se golpeó, entusiasmado, las rodillas:

- ¡Mírale, ya ha aprendido!

Wolodja Soren und Wanja Saitschenko (1927)

Para resolver de algún modo la situación, ordené:

- ¡Rompan filas! A ver, los del destacamento decimooctavo, contadme cómo os habéis bañado...

En el rostro de Piotr Málikov resplandeció una sonrisa luminosa:

- ¿Cómo nos hemos bañado? Nos hemos bañado bien. ¿Verdad, Timka?

Odariuk volvió la cabeza y murmuró contra el hombro del que estaba detrás de él:

- Con jabón...

Záichenko me miró orgullosamente:

- Ahora nos bañaremos todos los días con jabón. Nuestro encargado de estas cosas es Odariuk, ¿ve usted?

Y me señaló una caja color marrón en manos de Odariuk.

- Hoy hemos gastado dos pedazos de jabón: ¡dos pedazos enteros! Pero... es sólo el primer día... Después gastaremos ya menos... Ahora queremos hacerle una pregunta, ¿comprende?...

Nosotros, claro está, no gemimos... ¿Verdad que no gemimos? -preguntó, volviéndose a los suyos.

- ¡Pero mire usted qué demonios de muchachos! -se admiró Fedorenko.

- ¡No gemimos! ¡No, no gemimos! -gritaron los muchachos.

Vania volvió varias veces la cabeza en todas direcciones:

- Pero, ¿sabe?, queremos plantearle una cuestión. ¿Comprende?

- Bueno, comprendo: vosotros no gemís; únicamente queréis plantear una cuestión.

Vania abultó los labios y desorbitó los ojos:

- Eso es. Y la cuestión es ésta: en otros destacamentos hay gorkianos viejos, aunque no sean más que tres o cinco. ¿Verdad? Pero nosotros no tenemos a ninguno. No tenemos y no hay más que hablar.

Cuando Vania pronunciaba las palabras no tenemos elevaba la voz hasta chillar y hacía un movimiento encantador con un dedito enhiesito desde la oreja derecha hacia un lado.

De pronto se echó a reír sonoramente:

- ¡No tenemos mantas! ¡Ninguna! ¡Ni colchones! ¡Ni un colchón! ¡No tenemos!

Vania volvió a reírse con más alegría aún, y los demás miembros del decimooctavo destacamento le hicieron coro con sus carcajadas.

Escribí al jefe del decimooctavo destacamento una nota para Aliosha Vólkov: entregar inmediatamente al destacamento seis mantas y seis colchones.

Por el camino que llevaba al río había comenzado un gran movimiento. Los destacamentos de los colonos iban por él como de maniobras.

Detrás de la cochera, entre unos espesos matorrales, se habían instalado cuatro peluqueros, venidos ya por la mañana de la ciudad. La corteza de Kuriazh desprendíase a trozos del organismo de los kuriazhanos: confirmando mi eterno punto de vista, los kuriazhanos resultaron unos muchachos corrientes, animados, locuaces y, en general, gente alegre.

Yo veía el entusiasmo con que los muchachos admiraban su nuevo traje, con qué inesperada coquetería se arreglaban los pliegues de la camisa y hacían girar los gorritos en sus manos. El ingenioso Aliosha Vólkov, después de orientarse en la infinita feria de cosas de toda suerte amontonadas alrededor de la catedral, extrajo, ante todo, nuestro único gran espejo y dos muchachos lo colocaron en seguida sobre una altura. Alrededor del espejo se congregó en el acto una muchedumbre de muchachos ansiosos de contemplar su reflejo en el mundo y de saborearlo. Entre los kuriazhanos aparecieron muchos chicos guapos; en cuanto a los restantes, deberían embellecerse en un futuro inmediato, porque la hermosura es un fruto del trabajo y de la alimentación.

Sobre todo había júbilo entre las niñas. Las muchachas de la colonia Gorki habían traído a las de Kuriazh lujosos atavios confeccionados especialmente para ellas: falditas de satén azul con grandes pliegues, blusitas blancas de buena calidad, calcetines de color azul celeste y zapatitos de los llamados de ballet. Kudlati permitió a los destacamentos de niñas llevar las máquinas de coser a sus dormitorios, y allí comenzó la acostumbrada bacanal femenina: prueba, arreglo, planchado. El lavadero de Kuriazh había sido puesto íntegramente a disposición de las niñas durante todo el día de hoy. Yo encontré a Perets y le dije severamente: - Ponte un mono y ve a calentar el caldero del lavadero para las niñas. Pero no pierdas tiempo: un pie aquí y el otro allá.

Perets tendió hacia mi su rostro arañado, se golpeó el pecho con la mano y me preguntó: - ¿Cómo?... ¿Que yo caliente el agua para las muchachas?

- Sí.

Perets sacó el vientre, hinchó las mejillas y, llevándose la mano a la visera, como hacen habitualmente los militares, aulló con una voz que resonó en todo el monasterio: - ¡A la orden, calentar el agua!

La contestación no le salió bien del todo, pero resultó enérgica. Después de tal solemnidad, Perets se entristeció súbitamente: - Bueno... Pero, ¿de dónde saco el mono? Nuestro destacamento noveno no los ha recibido todavía...

- ¡Nene! -dije yo a Perets-. ¿Tal vez haga falta cogerte bajo el brazo y llevarte para que te cambies de ropa? Y, además dime: ¿cuánto tiempo todavía piensas estar aquí, dándole a la lengua?

Los muchachos que nos rodeaban rompieron a reír. Perets giró la cabeza y gritó ya sin ninguna solemnidad: - ¡Lo haré!... ¡Lo haré, esté usted seguro!

Y se fue corriendo.

Lápot hizo tocar otra vez a reunión de jefes, esta vez en el atrio de la catedral, donde ya había instalado su dormitorio el destacamento de Gud.

De pie en el atrio, Lápot dijo:

- Jefes, no nos sentaremos. La reunión es sólo para un minuto. Explicadles hoy mismo a los muchachos cómo hay que limpiarse las narices. ¿Qué es eso de que anden moqueando por todo el patio? Y luego otra cosa: Zhorka ha hablado ya en la reunión acerca de los excusados; vosotros también debéis decirles algo. Y sobre los cajones de la basura: advertirles que hay que tirar la basura en ellos y no donde caiga.

- Tú no te apresures; primero hay que quitar toda la porquería. ¡Qué cajones ni qué ocho cuartos! -sonrió Vetkovski.

- ¡Déjalo, Kostia! Una cosa es quitar la porquería y otra es el orden... ¡Tú, que has corrido tanto mundo, debes saberlo perfectamente! Y no olvidaos de que todos conozcan nuestra regla; si no, después dirán: ¡No lo sabíamos! ¿Cómo podíamos saberlo?...

- ¿Qué regla?

- Nuestra regla acerca de los que escupen... Repetid a coro...

Lápot comenzó a dirigir con la mano, y los jefes, sonrientes, declamaron a coro: - Una vez escupirás y tres días fregarás.

Los muchachos de Kuriazh, que seguían atentamente las deliberaciones del Soviet de jefes con el sagrado estremecimiento de unos masones recién admitidos lanzaron una exclamación de sorpresa y se taparon la boca con la palma de la mano. Lápot levantó la

reunión, y los muchachos llevaron la nueva consigna a las guaridas provisionales de los destacamentos. La llevaron hasta Jalabuda, que, para mi sorpresa, salió del establo, lleno de paja, de polvo, de no sé qué migajas de forraje y pronunció con su voz de bajo: - Estas mujeres del demonio me han abandonado y ahora tendré que ir andando a la estación.

Sí. Una vez escupirás y tres días fregarás. ¡Muy bien!... Vitka, ten compasión del viejo. Tú que eres aquí el amo de los caballos, engancha algún jamelgo y llévame a la estación.

Mitka miró al recio Antón Brátchenko. Antón también podía presumir de voz de bajo: - Pero ¡qué habla usted de jamelgos! Engancha al Molodiets al cabriolet y lleva al viejo. Pero, como usted hoy nos ha limpiado a Zhorka, justo es que ahora le cepillemos nosotros un poco antes de marcharse.

Taraniets, con el brazalete de encargado de la guardia, se me acercó todo agitado: - Allí... viven unos agrónomos... Se han negado a limpiar los dormitorios y dicen: no nos hace falta ningún destacamento.

- Me parece que tienen limpios los dormitorios.

- He estado ahora allí. He examinado sus camas y... los trapos que tienen colgados de la percha. Hay muchos piojos y chinches.

- Vamos.

En la habitación de los agrónomos reinaba un desorden completo: era visible que no había sido arreglada hacía tiempo. Voskobóinikov, designado jefe del destacamento de vaqueros, y otros dos muchachos, incluidos en su destacamento, se habían sometido al acuerdo y, después de entregar sus prendas a la desinfección, se habían marchado dejando en el nido agronómico amplios boquetes y restos abandonados de la existencia sedentaria. En la habitación había varias personas. Me acogieron sombríamente. Pero tanto yo como ellos sabíamos de qué lado estaba el triunfo, y lo único que podía discutirse era la forma de la capitulación.

Yo pregunté:

- ¿No queréis someteros a la decisión de la asamblea general?

Silencio.

- ¿Habéis estado en la reunión?

Silencio. Taraniets repuso.

- No han estado.

- Os he dado bastante tiempo para meditar y decidir. ¿Vosotros qué os consideráis: colonos o inquilinos?

Silencio.

- Si os consideráis inquilinos, puedo permitiros vivir en esta habitación diez días más. Pero no os daré de comer.

- ¿Y quién va a darnos, entonces, de comer? -preguntó Svatkó.

Taraniets sonrió.

- ¡Qué ingenuos! No lo sé -respondí-. Yo no.

- ¿Y hoy tampoco nos dará usted de comer?

- Tampoco.

- ¿Tiene usted derecho a hacerlo?

- Sí, lo tengo.

- ¿Y si trabajamos?

- Aquí trabajan únicamente los colonos.

- Nosotros seremos colonos, pero viviremos en esta habitación.

- No.

- Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Yo saqué el reloj:

- Podéis pensarlo cinco minutos. Comunicad vuestra decisión al responsable de la guardia.

- ¡A la orden! -exclamó Taraniets.

Media hora más tarde pasé otra vez ante el pabellón de los agrónomos. Aliosha Vólkov cerraba con candado la puerta del pabellón. Taraniets permanecía también allí ex officio.

- ¿Se han ido?

- ¡De qué modo! -contestó, riéndose, Taraniets.

- ¿Todos están en distintos destacamentos?

- Sí, a cada uno le han puesto en un destacamento diferente.

Hora y media más tarde, tras unas mesas engalanadas, cubiertas de blancos manteles, se celebró una comida solemne en un comedor imposible de reconocer, que el destacamento mixto de vanguardia había relamido literalmente todavía antes del amanecer, adornándolo de ramas y de flores, y donde, según el dispositivo, Aliosha Vólkov, inmediatamente después de llegar de la estación había colgado los retratos de Lenin y Gorki, mientras Shelaputin y Toska tendían bajo el techo los transparentes con las consignas y los saludos, entre los que surgía de improviso sobre la misma cabeza de los espectadores un cartel con las palabras: ¡NO GEMIR!

Los kuriazhanos, definitivamente desmoralizados, todos pelados y lavados, todos con blancas camisas nuevas, estaban colocados en los finos y esbeltos marcos de los gorkianos, de los que era imposible escapar. Sentados ante las mesas, sin moverse, las manos dobladas sobre las rodillas, contemplaban con profundo respeto los montones de pan sobre las bandejas y los cristalinos y transparentes jarrones llenos de agua.

Las niñas, todas con delantales blancos, y Zheveli, Shelaputin y Belujin, también con bata blanca, se movían silenciosamente y, hablando en voz baja, arreglaban las últimas filas de tenedores y de cuchillos, añadían algo, hacían sitio a alguien. Los kuriazhanos se sometían lánguidamente a ellos, como enfermos en un sanatorio, y Belujin les sostenía, como a enfermos, con cuidado.

Yo estaba de pie en el espacio libre, bajo los retratos, y veía hasta el final todo el oasis del comedor, surgido por un milagro inverosímil en medio del sucio erial del monasterio. En el comedor reinaba un silencio que sorprendía al oído, pero que se reflejaba en el arrebol de las mejillas, en el brillo de los ojos, en la gracia cohibida de la turbación como una verdad apaciguada, como el misterio del nacimiento de algo nuevo.

Del mismo modo silencioso, casi insensiblemente, entraron por la puerta, uno tras otro, los tambores y los cornetas y, mirando con prudencia a su alrededor, enrojecieron preocupados y se alinearon junto a la pared. Solamente ahora les vieron todos, y centenares de ojos se clavaron fijamente en ellos, olvidándose de la comida.

Taraniets apareció en la puerta:

- ¡De pie ante la bandera! ¡Firmes!

Los gorkianos se pusieron de pie con su ímpetu habitual. Los kuriazhanos, desconcertados por la voz de mando, apenas tuvieron tiempo de volver la cabeza y de apoyarse con las manos en las mesas para levantarse cuando ya cayeron sobre ellos, dejándoles nuevamente estupefactos, los truenos de nuestra enérgica banda de música.

Taraniets entró con la bandera, ya sin funda. Los pliegues de seda roja ondulaban seguros. La bandera quedó inmóvil al pie de los retratos, y nuestro comedor adquirió inmediatamente la solemne expresión de las fiestas soviéticas.

- Sentaos.

Yo pronuncié una breve arenga a los colonos, en la que no hablé ya del trabajo, ni de la disciplina, en la que no les exhorté a nada ni puse nada en duda. Únicamente les felicité por el principio de la nueva vida y expresé mi convicción de que esta vida sería magnífica, todo lo magnífica que podía ser la vida humana.

- Viviremos de un modo bello, alegre y racional -dije a los colonos-, porque somos personas, porque tenemos una cabeza sobre los hombros y porque asi lo deseamos. ¿Y quién puede impedírnoslo? No hay gente capaz de arrebatarnos nuestro trabajo y nuestras ganancias. En la Unión Soviética no hay gente así. Y ved, en cambio, qué gente tenemos alrededor nuestro. Entre vosotros ha estado hoy todo el día el camarada Jalabuda, viejo obrero y guerrillero. Os ha ayudado a desplazar el tren, a descargar los vagones, a limpiar los caballos. Es difícil calcular cuánta gente buena e inteligente, cuántos jefes nuestros, cuántos bolcheviques nuestros piensan en vosotros y quieren ayudaros. Ahora voy a leeros dos cartas. Por ellas veréis que no estamos solos, veréis que os estiman y se preocupan de vosotros.

Carta de Máximo Gorki al presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de Járkov:

Permítame agradecerle de todo corazón la atención y la ayuda prestadas por usted a la colonia Gorki. Aunque conozco a la colonia únicamente por la correspondencia con su director y los muchachos, me parece que la colonia merece la atención más seria y una ayuda eficaz.

Entre los niños desamparados se extiende más y más la criminalidad y, junto a brotes espléndidos y saludables, crecen también muchos seres deformes. Esperemos que la actividad de colonias por el estilo de la que usted ayuda señalará las vías de lucha contra la deformación, hará bueno de lo malo, como ya ha aprendido a hacer.

Estrecho fuertemente su mano, camarada. Le deseo salud, ánimos y buenos éxitos en su difícil trabajo.

M. Gorki.

Respuesta del Comité Ejecutivo del Soviet de Járkov a Máximo Gorki:

Querido camarada: El Presídium del Comité Ejecutivo del Soviet de Járkov le ruega acepte el testimonio de su más profundo reconocimiento por la atención que presta usted a la colonia infantil que lleva su nombre.

Las cuestiones relacionadas con la lucha contra el desamparo y la delincuencia infantiles atraen especialmente nuestra atención y nos mueven a adoptar las medidas más serias para la educación de los muchachos y su adaptación a una vida sana y normal de trabajo.

Esta tarea, claro está, es difícil, y no puede ser cumplida en un breve plazo, pero nosotros hemos acometido ya enérgicamente su realización.

El Presídium del Comité Ejecutivo del Soviet de Járkov está seguro de que el trabajo en la colonia en las nuevas condiciones se organizará bien, de que en un futuro próximo este trabajo será ampliado y, gracias a los esfuerzos comunes, su situación estará a la altura a que debe hallarse una colonia que lleva su nombre.

Permítanos, querido camarada, desearle de todo corazón el máximo de fuerzas y de salud para sus futuros trabajos, para su futura y bienhechora actividad.

Mientras leía las cartas, yo contemplaba a los muchachos por encima del papel. Me oían, y su alma estupefacta se había agolpado, íntegra, en sus ojos, sorprendidos y alegres, pero incapaces, al mismo tiempo, de abarcar todo el misterio y toda la amplitud del mundo nuevo.

Muchos medio se habían levantado de la mesa y, apoyando los codos en ella, tendían sus rostros hacia mí. Los rabfakianos, de pie contra la pared, sonreían con aire soñador, las niñas habían comenzado ya a secarse los ojos, y los muchachos, viriles, las miraban a hurtadillas.

En la mesa de la derecha, Korotkov pensaba en algo frunciendo sus bellas cejas. Jovraj miraba por la ventana, apretándose las mejillas con un gesto de sufrimiento.

Terminé. Tras las mesas corrieron las primeras olas de movimientos y de palabras, pero Karabánov alzó la mano:

- ¿Sabéis qué? ¿Para qué hablar? Aquí... ¡el diablo lo sabe!... Aquí hay que cantar y no hablar.

A ver, empecemos... pero como es debido... *¡La Internacional!*

Los muchachos comenzaron a gritar, a reír, pero yo vi que muchos de los kuriazhanos, turbados, se habían quedado silenciosos: adiviné que no conocían la letra de La Internacional.

Lápot se subió a un banco:

- ¡A ver! ¡Muchachas, afinad la voz!

Sacudió la mano, y todos comenzamos a cantar.

Quizá porque cada estrofa de La Internacional estaba íntimamente relacionada con nuestra vida de hoy, el caso es que cantábamos nuestro himno sonrientes y alegres. Los muchachos miraban de reojo a Lápot e imitaban involuntariamente su mímica ardiente y expresiva, en la que Lápot sabía reflejar todas las ideas humanas. Y cuando cantamos:

Atruena la razón en marcha,

es el fin de la opresión...

Lápot señaló expresivamente a nuestros cornetas, que vertían en nuestro cántico las voces argentinas de sus instrumentos.

Terminamos de cantar. Matvéi Belujin agitó un pañuelo blanco y trinó en dirección al ventanillo de la cocina.

- ¡A la mesa los gansos y los cisnes, la miel y la cerveza, el vodka y los entremeses y los helados en platos soperos!

Los muchachos se echaron a reír, clavando en Matvéi sus ojos radiantes, y Belujin, sonriendo, les respondió con una voz lenta y atenorada:

- Queridos camaradas, el vodka y los entremeses no los hemos traído, pero helados sí, ¡palabra de honor! Y ahora engullid el borsch.

Por el comedor corrieron unas sonrisas cordiales y sanas. Observándolas, descubrí repentinamente los ojos dilatados de Dzhurínskaia. Estaba de pie en la puerta del comedor, y a su espalda asomaba el rostro sonriente de Yúriev. Corrí hacia ellos.

Dzhurínskaia me dio distraídamente la mano, incapaz, de separar su mirada de la fila de cabezas peladas, de blancos hombros y de sonrisas cordiales:

- ¿Qué es esto? ¡Antón Semiónovich, espere!... ¡Pero no! -Sus labios temblaron-. ¿Todos éstos son sus muchachos? ¿Y aquéllos... dónde? Pero dígame usted: ¿qué pasa aquí?

- ¿Qué pasa? ¡Cualquiera sabe lo que pasa aquí!... Creo que esto se llama transfiguración. Pero por lo demás... todos éstos son nuestros.

AL PIE DEL OLIMPO

Los meses de mayo y de junio en Kuriazh estuvieron insoportablemente llenos de trabajo. Yo no quiero hablar ahora de este trabajo con palabras de entusiasmo.

Si abordamos serenamente el tema del trabajo, nos veremos obligados a reconocer que haya muchos trabajos pesados, desagradables, poco interesantes, que muchos trabajos exigen una gran paciencia, el hábito de superar sensaciones dolorosas y deprimentes en el organismo; muchos trabajos son, en general, posibles tan sólo porque el hombre está acostumbrado a sufrir y a resistir.

La gente ha aprendido hace ya tiempo a superar el peso del trabajo, su fealdad física, pero hoy día no siempre nos satisfacen los motivos de esta superación. Condescendientes para con las debilidades de la naturaleza humana, también ahora toleramos ciertos motivos de satisfacción personal, motivos de bienestar propio, pero invariablemente tendemos a educar amplios motivos de interés colectivo. Sin embargo, muchos problemas de esta índole aparecen muy confusos, y en Kuriazh tuvimos que resolverlos casi sin ninguna ayuda exterior.

Alguna vez la verdadera pedagogía estudiará este problema, investigará la mecánica del esfuerzo humano, indicará el lugar que ocupan en él la voluntad, el amor propio, la vergüenza, la sugestión, el espíritu de imitación, el temor, la emulación y cómo todo ello se combina con los fenómenos de la conciencia pura, del convencimiento, de la razón. Mi experiencia, dicho sea de paso, afirma resueltamente que la distancia entre los elementos de la conciencia pura y los gastos musculares directos es bastante considerable y que se impone en absoluto cierta cadena de elementos de aglutinación más simples y materiales.

El día de la llegada de los gorkianos a Kuriazh fue resuelto con mucho acierto el problema de la conciencia. La muchedumbre de Kuriazh se vio obligada, en el transcurso de un solo día, a convencerse de que los destacamentos recién llegados le ofrecían una vida mejor, que a Kuriazh habían llegado gentes dotadas de experiencia y capaces de ayudar, que era preciso seguir en lo sucesivo a su lado. Aquí el factor decisivo no fueron ni siquiera consideraciones de conveniencia; aquí se produjo, naturalmente, una sugestión colectiva; aquí no fueron los cálculos los que resolvieron la cuestión, sino los ojos, los oídos, las voces y la risa. Y como resultado del primer día todos los muchachos de Kuriazh sintieron invencibles deseos de ser miembros de la colectividad gorkiana, aunque sólo fuese porque la colectividad era, para ellos, una cosa todavía no probada en su vida.

Ahora bien, yo me había ganado sólo la conciencia, y esto era terriblemente poco. Al día siguiente, esta circunstancia se reveló en toda su complejidad. Ya desde el anochecer habían sido formados destacamentos mixtos para los diferentes trabajos señalados en la declaración del Komsomol. Casi todos los destacamentos tenían adscritos educadores o gorkianos mayores; el estado de ánimo de los kuriazhanos era excelente desde por la mañana, y, sin embargo, a la hora de comer se puso en claro que habían trabajado muy mal. Después de comer, muchos, escondidos no sé dónde, no volvieron ya al trabajo, y otros, fieles a su vieja costumbre, se marcharon a la ciudad y a Rizhov.

Yo recorrí personalmente todos los destacamentos mixtos: la situación era igual en todos ellos. El número de gorkianos era insignificante en todas partes, la preponderancia de los de Kuriazh saltaba a la vista, y podía temerse que también comenzara a preponderar su estilo de trabajo, sobre todo porque entre los gorkianos había muchos novatos e incluso había el riesgo de que ciertos veteranos, diluyéndose en el insípido líquido de Kuriazh, desaparecieran simplemente como fuerza activa. Era peligroso recurrir a las medidas disciplinarias exteriores, que obran con tanta belleza y tanta fuerza de expresión en una colectividad cuajada. Había muchos infractores, meterles en cintura era un asunto complicado, que exigía mucho tiempo y que, además, no era eficaz, porque toda medida de castigo surte efecto sólo cuando expulsa de las filas generales al culpable y es sostenida por la condena rotunda de la opinión pública.

Además, las medidas exteriores son las que actúan más débilmente en la organización del esfuerzo muscular.

Un hombre menos experto que yo se habría consolado con estas consideraciones: los muchachos no están habituados al esfuerzo físico, no tienen maña, no saben trabajar, no tienen costumbre de equipararse en el esfuerzo de trabajo a sus compañeros, carecen de ese orgullo del trabajo que distingue siempre al miembro de una colectividad; todo esto no se puede forjar en un día, para esto hace falta tiempo. Desgraciadamente, yo no podía consolarme así. En este terreno me atormentaba una ley ya conocida por mí: en el fenómeno pedagógico no existen dependencias simples; aquí son, sobre todo, imposibles las fórmulas silogísticas, el breve esbozo deductivo.

El desarrollo lento y gradual del esfuerzo de trabajo, en las condiciones que imperaban en Kuriazh por el mes de mayo, amenazaban con forjar un estilo general de trabajo, expresado en las formas más grises, y poner punto final al afán y al entusiasmo de los gorkianos en el trabajo.

La teoría pedagógica ha desdeñado siempre el terreno del estilo y del tono, y, sin embargo, éste es el sector más importante y esencial de la educación colectiva. El estilo es la cosa más delicada, la que antes se echa a perder. Hay que cuidar de él, observarlo cotidianamente; el estilo exige el mismo insistente desvelo que un macizo de flores. El estilo se crea muy lentamente, porque es inconcebible sin una acumulación de tradiciones, esto es, de principios y de hábitos, aceptados no ya por la conciencia pura, sino por el respeto consciente de la experiencia de las generaciones adultas, del gran prestigio de una colectividad íntegra, existente en el tiempo. El fracaso de muchas instituciones infantiles se debe a que en ellas no se había elaborado el estilo ni se habían formado las costumbres y las tradiciones y, cuando empezaban a formarse, los diversos inspectores del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública las aniquilaban regularmente, impelidos a ello, no obstante, por las más laudatorias consideraciones. Gracias a esto, los niños de la educación socialista han vivido siempre sin la más leve sombra de tradición y no sólo de las seculares, sino ni siquiera de las anuales.

La conciencia vencida de los kuriazhanos me permitía entablar relaciones más próximas y confiadas con los muchachos. Pero eso era poco. Para un verdadero triunfo me hacía falta ahora la técnica pedagógica. En el terreno de esta técnica yo estaba igual de solo que en 1920, aunque ya no era tan cómicamente analfabeto como entonces. Esta soledad era una soledad de tipo especial. Tanto entre el personal educador como entre los

muchachos tenía ya sólidos ayudantes; disponiendo de ellos, podía emprender audazmente las operaciones más complejas. Pero todo esto existía sobre la tierra.

En las nubes y en sus proximidades, en las cumbres del Olimpo pedagógico, toda técnica pedagógica en el terreno de la educación propiamente dicha era tenida por una herejía.

En las nubes se consideraba al niño como un ser henchido por un gas de composición especial, cuyo nombre ni siquiera se había tenido tiempo de inventar. Por lo demás, se trataba siempre de la misma alma pasada de moda que dio tanto quehacer a los apóstoles. Se suponía (hipótesis de trabajo) que ese gas poseía la facultad del autodesarrollo y que lo único que hacía falta era no ponerle trabas. Sobre ello habían sido escritos muchos libros, pero todos ellos repetían, realmente, las sentencias de Rousseau:

Tratad a la infancia con veneración...
Tened cuidado con poner trabas a la naturaleza...

El dogma principal de esta doctrina consistía en que, en esas condiciones de veneración y de obsequiosidad para con la naturaleza, del gas arriba mencionado tendría que salir, obligatoriamente, la personalidad comunista. Pero, en las condiciones de la naturaleza pura, surgía, realmente, sólo lo que podía brotar de una manera natural, es decir, las vulgares malezas del campo. Ahora bien, este hecho no turbaba a nadie: para los moradores de las nubes lo que tenía valor eran los principios y las ideas. Mis indicaciones acerca de la discordancia práctica entre la maleza obtenida y el proyecto que debía forjar la personalidad comunista eran tildadas de practicismo, y, si se deseaba subrayar mi verdadera naturaleza, decíase :

- Makárenko es un buen práctico, pero se orienta débilmente en la teoría.

También se hablaba de la disciplina. La base de la teoría en esta cuestión eran dos palabras que se encuentran con frecuencia en Lenin: disciplina consciente. Para toda persona de sentido común en estas palabras se encierra una idea simple, comprensible y prácticamente necesaria: la disciplina debe estar acompañada de la comprensión de su necesidad, de su utilidad, de su obligatoriedad, de su significación de clase. En la teoría pedagógica eso resultaba distinto: la disciplina no debía surgir de la experiencia social ni de la actividad práctica y amistosa de la colectividad, sino de la conciencia pura, del simple convencimiento intelectualista, del vapor del alma, de las ideas. Después, los teóricos siguieron profundizando y acordaron que la disciplina consciente no sirve para nada si surge como resultado de la influencia de los mayores. Esto ya no es una disciplina verdaderamente consciente, sino amaestramiento y, en realidad, una violencia ejercida sobre el vapor del alma. No hace falta una disciplina consciente, sino una autodisciplina. Igualmente es innecesaria y peligrosa toda organización de los niños. Lo imprescindible es la autoorganización.

De regreso a mi rincón perdido, yo empezaba a meditar. Y, pensaba así: todos sabemos perfectamente qué hombre debemos educar; esto lo sabe cada obrero culto y consciente y lo sabe bien cada miembro del Partido. Por lo tanto, las dificultades no estriban en la cuestión de qué hacer, sino de cómo hacerlo. Y esta cuestión pertenece ya a la técnica pedagógica.

La técnica puede ser deducida solamente de la experiencia. No se podría haber encontrado las leyes del torneado de los metales si en la experiencia de la humanidad nadie hubiera torneado metales alguna vez. Sólo cuando existe una experiencia técnica, son posibles los inventos, los perfeccionamientos, la selección.

Nuestra producción pedagógica no se basó nunca en la lógica de la técnica, sino en la lógica de la prédica moral. Esto se ve, sobre todo, en el terreno de la educación propiamente dicha; en el trabajo escolar las cosas marchan algo mejor.

Precisamente por ello nos faltan todas las secciones importantes de la producción: el proceso tecnológico, el recuento de las operaciones, el trabajo de diseño, la aplicación de poleas y de aparatos, las normas, el control.

Cuando yo pronuncié tímidamente esas palabras al pie del Olimpo, los dioses me arrojaron ladrillos y gritaron que ésta era una teoría mecánica.

En cambio, yo, cuanto más lo pensaba, mayor parecido descubría entre el proceso de la educación y los procesos habituales en la producción material, sin ver en esta semejanza ninguna mecanización particularmente espantosa. La personalidad humana continuaba siendo en mi imaginación una personalidad humana con toda su complejidad, su riqueza y su hermosura, pero me parecía que, precisamente por ello, era necesario manejarla con unos aparatos de medición más precisos, con mayor responsabilidad y mayor ciencia, y no al estilo del simple e ignorante curanderismo. Lejos de ofender mi idea del hombre, la profundísima analogía entre la producción y la educación me hacía sentir, al contrario, un respeto particular por el hombre, ya que tampoco se puede tratar sin respeto una máquina buena y complicada.

En todo caso, para mí estaba claro que muchas piezas de la personalidad humana y de la conducta humana podían ser hechas en prensas, podían ser simplemente estampadas conforme a un stándard. Mas, para ello, hacía falta que los propios troqueles, que exigen una precisión y un cuidado escrupulosos, fueran de un trabajo particularmente delicado. Otras piezas requerían, por el contrario, el torneo individual de un artífice de alta calificación, de un hombre con manos de oro y mirada penetrante. Para muchas piezas eran necesarios complicados aparatos especiales que exigen una gran inventiva y un gran vuelo del genio humano. Mas, para todas las piezas y para todo el trabajo del educador, hace falta una ciencia especial. ¿Por qué estudiamos en los centros de enseñanza técnica superior la resistencia de los materiales y, en cambio, no estudiamos en los institutos pedagógicos la resistencia de la personalidad cuando se la empieza a educar? Sin embargo, para nadie es un secreto que esta resistencia se produce. En fin, ignoro por qué no tenemos tampoco una sección de control que pudiera decir a los diversos chapuceros pedagógicos:

- El 90% de su producción, amiguitos, es defectuosa. Ustedes no han hecho una personalidad comunista, sino una porquería, un borrachín, un holgazán y un codicioso. Hagan el favor de pagar de su sueldo. ¿Por qué no tenemos ninguna ciencia acerca de la materia prima, por qué nadie sabe con exactitud lo que debe hacerse con este material: una caja de cerillas o un aeroplano?

Desde las cimas de los despachos olímpicos no se disciernen los detalles y los fragmentos del trabajo. Desde allí se ve tan sólo un mar infinito de infancia sin fisonomía, y, mientras tanto, en el propio despacho se exhibe el modelo de un niño abstracto, hecho

de los materiales más ligeros: ideas, papel impreso, sueños irreales. Cuando los hombres del Olimpo visitan nuestra colonia, no se les abren los ojos y la colectividad viva de los muchachos no les parece un hecho nuevo, que suscita, ante todo, una preocupación técnica, mientras que yo, al acompañarles por la colonia, y, encrespado ya por los contactos teóricos con ellos, no puedo desentenderme de una nimiedad técnica cualquiera.

En el dormitorio del cuarto destacamento hoy no ha sido fregado el suelo, porque el cubo ha desaparecido no se sabe dónde. A mí me interesa tanto el valor material del cubo como la técnica de su desaparición. Los cubos son entregados en los destacamentos bajo la responsabilidad del ayudante del jefe, que es quien establece los turnos de la limpieza y, por lo tanto, el turno de la responsabilidad. Pues bien, precisamente ese hecho -la responsabilidad de la limpieza, del cubo y del trapo- es para mí un factor tecnológico.

Esto se parece a un torno mecánico, viejo, desvencijado, sin marca ni año de fabricación. Los tornos de esta clase son instalados siempre en el rincón más perdido del taller, en el lugar más apartado y más sucio, y reciben el nombre de trastos. En ellos se hacen diversas piezas de poca importancia: arandelas, tuercas, algún que otro tornillo. Y, sin embargo, cuando un trasto de ésos comienza a atascarse, una oleada casi imperceptible de inquietud recorre la fábrica, en el taller de montaje se establece involuntariamente la salida condicional de los encargos, y en los estantes de los almacenes de la fábrica aparecen enojosos montoncitos de una producción desagradable, incompleta.

La responsabilidad del cubo y el trapo es para mí como ese torno. No importa que sea el último de la fila: en él se forjan las piezas de unión para el más importante atributo humano: el sentimiento de la responsabilidad. Sin este atributo no puede haber hombre comunista; sin él, será una producción incompleta.

Los olímpicos desdeñan la técnica. Por culpa de ellos, hace tiempo que se ha marchitado en nuestros institutos el pensamiento pedagógico-técnico, sobre todo en lo que atañe a la educación propiamente dicha. En toda nuestra vida soviética no hay situación técnica más lamentable que la que existe en el terreno de la educación. Por eso, el trabajo de la educación es un trabajo artesano y, entre las producciones artesanas, la más atrasada. Precisamente por ello aún rige la queja de Luká Jlópov en El revisor:

No hay nada peor que servir en la sección de enseñanza: cada quisque molesta, cada quisque quiere demostrar que también él es un hombre inteligente.

Y esto no es una broma, no es un truco hiperbólico, sino la verdad simple y prosaica: ¿A quién le falta inteligencia para resolver cualquier problema de la educación? Basta que un hombre se siente tras una mesa de despacho para que ya dictamine, haga y deshaga. ¿Con qué libros se le puede poner freno? ¿Y qué libro hace falta cuando también él tiene un hijo? Y mientras tanto, un profesor de pedagogía, un especialista en cuestiones de educación, escribe una nota a la GPU o al NKVD:

Mi hijo nos ha robado varias veces, pasa las noches fuera de casa... Ruego a ustedes encarecidamente que...

Y uno se pregunta por qué han de ser los chequistas técnicos pedagógicos más calificados que un profesor de pedagogía.

A esta pregunta candente tardé mucho en responder. Entonces, en 1926, yo no estaba con mi técnica en mejor situación que Galileo con su anteojo. Yo tenía por delante una breve elección: o el fracaso en Kuriazh o el fracaso en el Olimpo y la expulsión del paraíso. Elegí lo último. El paraíso irisaba sobre mi cabeza con todos los colores de la teoría, pero yo salí al destacamento mixto de los kuriazhanos y dije a los muchachos:

- Bueno, chicos, vuestro trabajo es una birria... Hoy os ajustaré las cuentas en la reunión...

¡Marchaos al cuerno con vuestro trabajo!

Los muchachos enrojecieron, y uno de ellos, el más alto, movió la pala en mi dirección y protestó con una voz ronca de ofensa:

- Pero si las palas son romas... Mire usted...

- Mientes -le replicó Toska Soloviov- . Mientes. Confiesa que mientes. Confiésalo...

- ¿Es que es afilada?

- ¿Es que yo no te he visto sentado en la linde una hora entera? ¿No es verdad?

- ¡Escuchad! -dije yo al destacamento mixto-. Para la hora de cenar, debéis tener acabado este sector. Si no lo termináis, trabajaremos después de la cena. Y yo estaré con vosotros.

- ¡Lo terminaremos! -resopló el dueño de la pala roma-. ¿Qué hay que terminar aquí?

Toska se echó a reír:

- ¡Miradle qué astuto!...

En este lugar no había motivos para apenarse: si la gente holgazanea en el trabajo, pero trata de discurrir buenos pretextos para justificar su holganza, esto significa que tiene capacidad de creación e iniciativa, cosas que son de gran valor en el mercado olímpico. A mi técnica no le faltaba más que apagar esa facultad creadora; en cambio, observé con satisfacción que casi no había negativas manifiestas a trabajar. Algunos se ocultaban cautelosamente, desaparecían no sé dónde, pero éstos eran los que menos me preocupaban: los muchachos empleaban con ellos una táctica original. Estuviera donde estuviera el haragán, por fuerza tenía que comer en la misma mesa de su destacamento. Los kuriazhanos le acogían relativamente tranquilos, y sólo a veces le preguntaban con una voz ingenua:

- ¿No te habías escapado de la colonia?

Los gorkianos tenían las lenguas y las manos más impresionables. El haragán que ha faltado al trabajo se aproxima a la mesa y trata de dar a entender que es una persona corriente, que no merece ninguna atención especial, pero el deber del jefe es dar su merecido a cada cual. Y el jefe dice severamente a cualquier Kolka:

- Pero, Kolka, ¿qué haces ahí sentado? ¿Es que no ves? ¡Ha venido Krivoruchko, cédele inmediatamente el sitio! ¡Ponle un plato limpio! ¿Y qué cuchara le das? ¿Qué cuchara es ésta?...

La cuchara desaparece por el ventanillo de la cocina.

- ¡Echale grasa en la sopa!... ¡Mucha grasa! ¡Petka, corre a donde el cocinero, tráete una buena cuchara! ¡Vivo! Stiopka, córtale pan... Pero, ¿cómo lo cortas? Unicamente los mujiks comen esos ladrillos; a él le hace falta una rebanadita... Pero,

¿dónde se habrá metido Petka con la cuchara?... ¡Petka, date prisa! ¡Vañka, llama a Petka!...

Krivoruchko, sentado ante un plato, repleto de borsch verdaderamente grasiento, enrojece, mirándose en la superficie de la sopa. Desde la mesa vecina, alguien pregunta dignamente:

- ¿Qué, los del trece, tenéis un invitado?

- Claro que lo tenemos... ¿Cómo no?... Ahora comerá... ¡Pero, Petka, trae la cuchara, no hay tiempo que perder!...

Petka irrumpe en el comedor con un ajetreo postizo y alarga una cuchara corriente, de las que se usan en la colonia, solemnemente colocada en las dos manos, como una ofrenda. El jefe se enfurece:

- Pero, ¿qué cuchara has traído? ¿Qué se te ha dicho? Trae la más grande...

Petka finge una precipitación atropellada, da vueltas por el comedor como un atufado y trata de salir por una ventana en lugar de la puerta. Comienza un complicado misterio, en el que participa hasta la gente de la cocina. Alguno siente ahora que se le corta la respiración, porque sólo por pura casualidad no es él también objeto de una acogida tan hospitalaria. Petka irrumpe otra vez en el comedor, trayendo en las manos algún pasapurés de una vara de altura o una espumadera. En el comedor los muchachos se desternillan de risa. Entonces, Lápot se levanta lentamente de su sitio y se acerca al lugar del suceso. Una vez allí, examina en silencio a todos los participantes del melodrama y contempla con severidad a su jefe. Después, su rostro serio adquiere, a la vista de todos, una expresión de piedad y de conmiseración, es decir, los sentimientos de que -cosa conocida de todos- Lápot es incapaz. El comedor retiene el aliento en espera del instante más alto y más sutil en la interpretación de los artistas. Lápot maneja los matices más delicados del falsete y deposita su mano sobre la cabeza de Krivoruchko:

- Nene, come, nene, no tengas miedo... ¿Por qué os burláis del niño? ¿Eh? Come, nene... ¿Qué, no tienes cuchara? ¡Ah, qué gentuza! Dadle alguna... ésa, por ejemplo...

Pero el nene no puede comer. Solloza violentamente y se levanta de la mesa, dejando intacto el plato repleto del borsch más grasiento. Lápot examina a la víctima, y por su rostro se ve qué profunda y dolorosamente sabe sufrir.

- Pero, ¿cómo? -pregunta casi con lágrimas en los ojos-. ¿Es que no vas a comer? ¡Hay que ver lo que habéis hecho con un hombre!

Lápot vuelve la cabeza hacia los muchachos y se ríe silenciosamente. Luego abraza por los hombros a Krivoruchko, que se estremece sollozante, y le saca cariñosamente del comedor. El público se retuerce de risa. Pero hay, además, un último acto de la farsa que los espectadores no pueden ver. Lápot lleva al invitado a la cocina, le hace tomar asiento ante la amplia mesa, y ordena al cocinero que sirva y atienda a este hombre de la mejor manera posible porque la han tomado con él ¿sabe usted? Y cuando el todavía sollozante Krivoruchko termina de comer el borsch y se siente con el alma bastante ligera para ocuparse de su nariz y de sus lágrimas, Lápot le asesta discretamente el último golpe, a consecuencia del cual hasta Judas Iscariote se habría convertido en un palomo:

- ¿Por qué se han metido contigo? Seguramente, no has ido a trabajar ¿eh? Krivoruchko asiente, hipa, suspira y, en general, contesta más bien por señas.

- ¡Qué gente!... ¡Qué va a decirles!... No comprenden que es la última vez que lo haces. ¿Verdad que es la última vez? ¿Y para qué mortificarte? ¡A uno pueden ocurrirle muchas cosas en la vida! Cuando yo ingresé en la colonia, estuve siete días sin trabajar... Y tú sólo dos días. A ver, deja que vea tus músculos... ¡Oh! Claro, con unos músculos así hay que trabajar... ¿Verdad?

Krivoruchko asiente de nuevo y se pone a comer sus gachas. Lápot vuelve al comedor, después de lanzar a Krivoruchko un piropo inesperado:

- En seguida me he dado cuenta de que tú eres de los míos...

Bastaban uno o dos misterios semejantes para que la evasión del destacamento de trabajo se hiciera imposible. La costumbre de faltar al trabajo fue suprimida con gran rapidez en Kuriazh.

Más difícil era tratar con simuladores como Jovraj. Ya al tercer día comenzó a padecer de insolación; se guarecía, quejándose, bajo un arbusto y se tumbaba a descansar. Con éstos se las entendía genialmente Taraniets. Conseguía de Antón el cabriolet tirado por el Molodiets y a la cabeza de todo un grupo de sanitarios, adornados con banderas y cruces, ponía rumbo al campo. El número más fuerte de Taraniets era Kuzmá Leshi, armado de un auténtico fuelle de herrero. Apenas acaba de tumbarse Jovraj a descansar en el soto, cuando cae, de improviso, sobre él la ambulancia de urgencia para accidentes. En un abrir y cerrar de ojos Leshi coloca su fuelle frente al enfermo, y varios muchachos lo hacen funcionar con verdadero entusiasmo.

Soplan sobre Jovraj en todos los lugares afectados supuestamente por la insolación, y después le arrastran hasta la ambulancia. Pero Jovraj está ya sano, y la ambulancia regresa tranquilamente a la colonia. Por duro que fuese para Jovraj someterse al procedimiento médico descrito, todavía era más duro para él volver a su destacamento mixto y recibir en silencio nuevas dosis de medicamentos en forma de las preguntas más simples:

- ¿Qué, Jovraj, estás mejor? Es un buen remedio, ¿verdad?

Por supuesto, ésas eran acciones directas -acciones guerrilleras-, pero se desprendían del ambiente general y del afán de toda la colectividad de organizar el trabajo. Y el ambiente y el afán eran los verdaderos objetos de mi preocupación técnica.

El factor tecnológico fundamental seguía siendo, naturalmente, el destacamento. En el Olimpo

no acabaron de entender hasta el mismo final de nuestra historia qué era el destacamento. Y, sin embargo, yo trataba con todas mis fuerzas de explicar a los olímpicos la significación del destacamento y su utilidad determinante en el proceso pedagógico. Pero hablábamos en idiomas distintos, y no se les podía explicar nada. Reproduzco aquí casi íntegramente una conversación sostenida por mí con un profesor de pedagogía que vino a visitar la colonia, hombre muy atildado, con gafas, chaqueta, pantalones, hombrecillo pensador y virtuoso. El profesor insistió en que le respondiera por qué las mesas del comedor eran distribuidas entre los destacamentos por el jefe de la guardia y no por un pedagogo.

- Se lo pregunto en serio, camarada, y usted seguramente bromea. Le ruego que hable en serio conmigo, ¿Cómo es posible que un niño, encargado de la guardia, distribuya las mesas del comedor y usted se esté aquí tan tranquilo? ¿Se halla usted

seguro que va a hacerlo todo de un modo equitativo, sin herir a nadie? Y en fin... puede sencillamente equivocarse...

- Distribuir las mesas del comedor no es una cosa tan difícil -respondí yo al profesor- . Además, nos atenemos a una ley muy vieja, muy bien pensada.

- Es interesante. ¿Una ley?

- Sí, una ley. La siguiente: todo lo agradable y todo lo desagradable o difícil se distribuye entre los destacamentos por turno, según el orden de sus números.

- ¿Cómo? ¿Qué dice? No le comprendo...

- Muy sencillo. Actualmente el primer destacamento obtiene el mejor sitio en el comedor; después de él, al mes siguiente, le sucederá el segundo destacamento, y así en lo sucesivo.

- Bien. ¿Y qué es lo desagradable?

- Muchas veces hay cosas de las llamadas desagradables. Por ejemplo, si ahora hiciese falta llevar a cabo un trabajo urgente, fuera del plan, el obligado a ello sería el primer destacamento, y a la vez siguiente, el segundo. Cuando se distribuya la limpieza, el primer destacamento será el primero en limpiar los excusados. Esto, naturalmente, se refiere sólo a los trabajos que se hacen por turno.

- ¿Es usted quien ha discurrido una ley tan terrible?

- No, ¿por qué había de ser yo? Han sido los muchachos. Para ellos, así es más cómodo: en general, es muy difícil hacer las distribuciones de ese género sin que haya descontentos. Y ahora esto se hace mecánicamente. El turno cambia cada mes.

- Entonces, ¿a su vigésimo destacamento le tocará limpiar los excusados dentro de veinte meses?

- Claro, pero igualmente dentro de veinte meses ocupará el mejor lugar del comedor.

- ¡Qué horror! Ahora bien, dentro de veinte meses en el vigésimo destacamento habrá gente nueva. ¿No es así?

- No, la composición de los destacamentos casi no varía. Nosotros somos partidarios de las colectividades duraderas. Naturalmente, alguno se irá, habrá dos o tres novatos, pero incluso si la mayoría del destacamento se compone de elementos nuevos, no hay ningún peligro. El destacamento es una colectividad que tiene sus tradiciones, su historia, sus méritos, su gloria. Cierto que ahora hemos mezclado considerablemente a los destacamentos, pero, a pesar de todo, su núcleo subsiste.

- No comprendo. Todo eso son invenciones. Poco serio. ¿Qué significación puede tener el destacamento, la gloria, si hay gente nueva? ¿A qué se parece esto?

- Esto se parece a la división de Chapáev -respondí yo, sonriendo.(40)

- ¡Ah! Otra vez vuelve usted a su militarización...

- En la división ya no existen los hombres que había antes. Tampoco existe Chapáev. Los hombres son nuevos. Pero son los portadores de la gloria y del honor de Chapáev y de sus regimientos, ¿comprende usted o no? Estos hombres nuevos responden de la gloria de Chapáev.

(40) .- V. I. Chapáev (1887-1919): notable jefe del Ejército Rojo, héroe popular. En 1919 mandaba la 25 división de tiradores del Frente Este, a la que se dio posteriormente el nombre de su heroico jefe.

Y si se deshonran, dentro de cincuenta años otros hombres nuevos serán responsables de su deshonor.

- No comprendo qué falta le hace a usted todo esto.

Y se marchó sin comprenderlo. ¿Qué podía hacer yo?

Durante los primeros días de Kuriazh se llevó a cabo un gran trabajo en los destacamentos.

Cada dos o tres destacamentos estaban patrocinados desde hacía tiempo por un educador.

Los educadores eran los responsables de hacer despertar en el destacamento la idea del honor colectivo y el afán de obtener en la colonia el mejor puesto, el más honroso.

Naturalmente, no se lograba despertar en un solo día los nobles estímulos del interés colectivo, pero, a pesar de todo, se llegaba a ello con relativa rapidez, con mucha más rapidez que si se hubiera cifrado esperanzas únicamente en la educación individual.

La segunda institución importante entre nosotros era el sistema de la perspectiva. Como es sabido, hay dos vías para la organización de la perspectiva y, por lo tanto, del esfuerzo de trabajo. La primera vía consistía en trazar la perspectiva personal, interesando materialmente al individuo. Esto último, dicho sea de paso, estaba decididamente prohibido por los pensadores pedagógicos de aquel tiempo. Cuando había que tratar de la más insignificante cantidad de rublos destinados a los muchachos en forma de salario o de premio, en el Olimpo se armaba un verdadero escándalo. Los pensadores pedagógicos estaban convencidos de que el dinero procedía del diablo; no en vano habían oído en Fausto:

Los hombres perecen por el metal...

Su actitud respecto al salario y el dinero era hasta tal punto una actitud de pánico, que no quedaba lugar para ninguna clase de argumentación. Lo único que podía servir aquí de ayuda era la aspersión con agua bendita, pero este remedio no estaba en mi mano.

Y, sin embargo, el salario es un asunto de suma importancia. Sobre la base del salario, el educando aprende a coordinar los intereses personales y los intereses sociales, se incluye en el complicadísimo mar del plan financiero soviético, del principio de la rentabilidad y de los ingresos, estudia todo el sistema de la economía fabril soviética y ocupa, desde el punto de vista de los principios, la misma posición que cualquier obrero. En fin, aprende a valorar los ingresos, y ya no sale de la colonia como las educandas de los orfelinatos, que no sabían vivir y que únicamente poseían ideales.

Pero no se podía hacer nada: aquello era tabú.

Yo podía utilizar únicamente la segunda vía: el método de elevación del tono de la colectividad y de organización de un complicadísimo sistema de perspectivas colectivas. Este método no olía tanto a fuerza impura, y los moradores del Olimpo aguantaban aquí bastante, aunque a veces gruñían de manera sospechosa.

El hombre es incapaz de vivir en el mundo sin una perspectiva jubilosa por delante. El verdadero estímulo de la vida humana es la felicidad futura. En la técnica pedagógica, esta felicidad futura es uno de los objetivos más importantes del trabajo. Primeramente,

hay que organizar la propia felicidad, engendrarla y establecerla como una realidad tangible. En segundo lugar, es preciso transformar insistentemente las formas más simples de felicidad en formas más complejas y considerables desde el punto de vista humano. Por aquí pasa una línea interesante: desde la primitiva satisfacción de comer una rosquilla cualquiera hasta el profundísimo sentimiento del deber.

Lo que acostumbramos a apreciar principalmente en el hombre es el valor y la belleza. Tanto lo uno como lo otro se determinan en el hombre exclusivamente por su actitud respecto a la perspectiva. El hombre que determina su conducta por la más inmediata de las perspectivas - la comida de hoy, precisamente la de hoy-es el hombre más débil. Si le satisface tan sólo su propia perspectiva, aunque lejana, puede parecer fuerte, pero no despierta en nosotros la sensación de la belleza de la personalidad ni de su auténtico valor. Cuanto más amplia es la colectividad cuyas perspectivas son para el hombre perspectivas personales, más elevado y más bello será el hombre.

Educar a un hombre significa educar en él vías de perspectiva, por las que se distribuye su felicidad de mañana. Puede escribirse toda una metódica acerca de este importante trabajo.

Consiste en la organización de nuevas perspectivas, en la utilización de las que ya existen y en el planteamiento gradual de otras más valiosas. Se puede comenzar por una buena comida, por un espectáculo de circo, por la limpieza del estanque, pero siempre hay que despertar a la vida y extender gradualmente las perspectivas de la colectividad entera hasta conseguir que lleguen a las perspectivas de toda la Unión.

Una vez conquistado Kuriazh, la fiesta del primer haz pasó a ser la perspectiva colectiva más inmediata.

No obstante, debo señalar una velada extraordinaria, que -no sé por qué- marcó un punto de viraje en el esfuerzo de trabajo de los kuriazhanos. Yo, dicho sea de paso, no contaba con tal resultado. Quería hacer sólo lo que era imprescindible hacer, pero no con fines prácticos.

Los nuevos colonos no sabían quién era Gorki. Poco despues de nuestra llegada organizamos una pequeña fiesta dedicada a Gorki. La organizamos con mucha modestia. Conscientemente, yo no quise darle un carácter de concierto o de velada literaria. Tampoco invitamos a nadie. En la escena, sencillamente adornada, colocamos un retrato de Gorki.

Yo hablé a los colonos de la vida y la obra de Gorki y lo hice con detalle. Varios muchachos de los mayores leyeron trozos de Mi Infancia.

Los nuevos colonos me escuchaban con los ojos muy abiertos: no les entraba en la cabeza que en el mundo fuera posible una vida semejante. No me hicieron ninguna pregunta ni se emocionaron hasta que Lápot trajo una carpeta con las cartas de Gorki.

- ¿Las ha escrito él? ¿El mismo? ¿A los colonos? A ver, enseñádnoslas...

Lápot paseó cuidadosamente las cartas abiertas por las filas. Alguien le retuvo por la mano, tratando de ahondar más en el contenido de lo que estaba ocurriendo.

- ¿Ves, ves? Mis queridos camaradas. Así está escrito...

Todas las cartas fueron leídas en la reunión. Después de la lectura yo pregunté:

- ¿Tal vez haya alguien que quiera decir algo?

Durante dos minutos nadie respondió. Pero luego, Korotkov, enrojecido, salió a la escena y dijo:

- Yo diré a los nuevos gorkianos... a los que son como yo. Ahora que no sé hablar... Pero no importa. ¡Muchachos! Hemos vivido aquí y, a pesar de tener ojos, no veíamos nada... ¡Como si estuviéramos ciegos, palabra! ¡Hasta da rabia pensar la de años que hemos perdido! Y ahora ha bastado con que nos enseñaran las cartas de Gorki... ¡Palabra de honor, que tengo el alma revuelta! No sé lo que sentiréis vosotros...

Korotkov se aproximó al borde de la escena y entornó un poco sus ojos bellos y serios:

- Hay que trabajar, muchachos... Hay que trabajar de otra manera. . . ¿comprendéis?

- ¡Comprendemos! -gritaron ardientemente los muchachos y aplaudieron con fuerza, mientras Korotkov descendía de la escena.

Al día siguiente, no les reconocí. Soplando, carraspeando, moviendo la cabeza, superaban con honradez, aunque con dificultad, la eterna pereza del hombre. Habían visto ante sí la más radiante de las perspectivas: el valor de la personalidad humana.

EL PRIMER HAZ

Los ultimos días de mayo nos trajeron por turno distintos regalos: nuevas plazoletas, nuevas puertas y ventanas, nuevos aromas en el patio y nuevas construcciones. Ya se desechaban fácilmente los últimos ataques de pereza. La fiesta de nuestra victoria brillaba cada día con más intensidad en el futuro. De las entrañas del monte en que se hallaba enclavado el antiguo monasterio, de las profundidades de las innumerables celdas emergía a la superficie el último tufo del pasado, y el obsequioso viento veraniego se lo llevaba rápidamente consigo a lejanas e ignotas regiones, a cualquier vertedero de la historia.

El viento podía ahora trabajar más fácilmente; los picos tenaces de los destacamentos mixtos habían enviado al cuerno en dos semanas de trabajo la secular muralla de una toesa de espesor. El Korshun, la Mary y los caballos de Kuriazh, que habían mejorado de aspecto y a los que el Soviet de jefes había dado nombres decentes - Vasilok, Monaj, Orlik-, llevaban a los lugares correspondientes lo que se iba sacando de la muralla: los ladrillos grandes y enteros, para la construcción de la porqueriza; los más pequeños, para los senderos y zanjas. Otros destacamentos mixtos, armados de palas, de carretillas, de parihuelas, extendían, desbrozaban y apisonaban las plazoletas extremas de nuestra montaña, trazaban el camino de descenso hacia el valle, construían escalinatas. La brigada de Borovói había armado ya una docena de bancos para colocarlos en las plazoletas y en los recodos de los caminos. Nuestro patio se hizo amplio y claro, había más cielo, y el follaje y las amplias lejanías del horizonte formaban en torno a nosotros un espacioso marco.

Y tanto en el patio como alrededor de la montaña habíamos acabado hacía ya tiempo con los restos de los millones destinados a la educación socialista, y nuestro jardinero Miziak, un hombre silencioso y taciturno, como suelen ser los hombres feos casados con mujeres guapas, trazaba ya con los muchachos regueros y caminos y formaban cuidadosos montones con los ladrillos gastados que revestían las aceras del monasterio.

En el extremo septentrional del patio se asentaban los cimientos de la porqueriza. Prometía ser muy sólida, con buenas jaulas. Shere no recordaba ya a la víctima de un siniestro. Ahora también él se sentía poseído por el entusiasmo de Arquímedes: todos los días iban al trabajo más de treinta destacamentos mixtos; en nuestras manos sentíamos una enorme fuerza. Y yo tuve ocasión de ver las terribles reservas de apetito de trabajo acumuladas en Shere. Había adelgazado todavía más de codicia: había mucho trabajo, mucha mano de obra; tan sólo en él mismo las fuerzas del organizador tenían un límite. Eduard Nikoláievich disminuyó las horas de sueño, pareció alargar las piernas, borró de su horario del día distintos excesos como desayunos, comidas y cenas, pero, a pesar de ello, no podía hacerlo todo.

En nuestras cien hectáreas Shere quería recorrer en mes y medio el mismo camino que en la vieja colonia habíamos recorrido en seis años. Empleaba grandes destacamentos mixtos en escardar el campo, en arrancar hasta la hierba más insignificante, volvía a arar

sin el menor estremecimiento los sectores desafortunados y sembraba en ellos no sé qué cultivos tardíos especiales. El campo se llenó de linderos rectos como rayos, limpios de malas hierbas y adornados, igual que antes, con las tarjetas de visita de Reyes de Andalucía y Princesas de diversas clases. En el sector central, junto al propio camino, Shere plantó sandías, compadeciéndose de mis perspectivas pedagógicas. El Soviet de jefes señaló esta iniciativa como algo muy útil, y Lápot se puso inmediatamente a calcular sus diversos recursos de inválidos meritorios, para formar con ellos un destacamento especial destinado a los sandiares.

A pesar del gran trabajo que nos encomendaba Shere, conseguimos formar con nuestras propias fuerzas un destacamento mixto para la limpieza del estanque. Karabánov fue nombrado jefe de este destacamento. Cuarenta muchachos, con las caderas ceñidas por los calzones más inservibles que pudo encontrar Denís Kudlati, comenzaron a vaciar el estanque.

En el fondo del estanque aparecieron muchas cosas interesantes: fusiles, retacos, revólveres.

Karabánov decía:

- Si buscamos bien, hasta pantalones encontraremos. Yo creo que también tiraron aquí los pantalones para poder correr mejor...

No fue difícil sacar las armas del cieno, pero sacar el cieno resultó mucho más difícil. El estanque era bastante grande, y si sacábamos el cieno con cubos y parihuelas, ¿cuándo se acabaría el trabajo? Entonces se proporcionó a los muchachos cuatro caballos, a los que engancharon unas paletas de invención especial y el espesor del cieno comenzó a disminuir visiblemente.

El segundo destacamento mixto especial de Karabánov tenía durante el trabajo un aspecto verdaderamente bello. Manchados de barro hasta la misma coronilla, los muchachos parecían negros. Era difícil reconocerles por la cara y daban la impresión de haber llegado de un extraño país. Ya al tercer día pudimos admirar un espectáculo, absolutamente inconcebible en nuestras latitudes: los muchachos marcharon a trabajar, ornando sus caderas con unas graciosas falditas hechas de hojas de acacia, roble y otras plantas tropicales. En sus cuellos, en sus brazos, en sus piernas aparecieron los correspondientes adornos de alambre y de hoja de lafa. Muchos se las ingeniaron para colocarse en la nariz palitos atravesados y colgarse de las orejas pendientes hechos con clavos, tornillos y tuercas.

Los negros, claro está, no conocían el ruso ni el ucraniano y se explicaban exclusivamente en un dialecto indígena desconocido por los colonos, y que se distinguía por sus sonidos guturales, desusados para el oído europeo. Nosotros nos quedamos muy sorprendidos al ver que los miembros del segundo destacamento mixto especial, además de comprenderse mutuamente, se distinguían por una extraordinaria locuacidad. Sobre la enorme cavidad del estanque reinó todo el día una batahola insoportable. Hundidos en el cieno hasta la cintura, los negros enganchaban a Strekozá o al Korshun a la desgarbada construcción de madera hundida en el fango y gritaban con todas sus fuerzas.

Negro y brillante como todos, Karabánov, que ha hecho con su cabellera un tufo de una fealdad atroz, obliga a girar sus enormes ojos blancos y muestra sus terribles dientes: - ¡Bumba, bumba!

Decenas de ojos iguales de salvajes y de blancos se fijan en el lugar que señala el brazo exótico de Karabánov, todo adornado de brazaletes. Los muchachos mueven la cabeza y aguardan. Karabánov vocifera: - ¡Pjejum, pjejum!

Los salvajes se precipitan hacia las tablas y, en un espeso y desenfrenado grupo, gritando y jadeando, ayudan a Strekozá a sacar a la orilla toda una tonelada de fango pesado y espeso.

Esta batahola etnográfica se anima particularmente al atardecer, cuando en la vertiente de nuestra montaña se instala toda la colonia y los muchachos aguardan, entusiasmados, el dulce momento en que Karabánov aulle: ¡A cortar los cuellos! , y los negros, con un rictus feroz en el rostro, se lancen, sanguinarios, sobre los blancos. Horrorizados, los blancos corren rápidamente al patio de la colonia. De las puertas y ventanas asoman sus rostros pálidos de susto. Pero los negros no persiguen a los blancos, y, en general, la cosa no llega al canibalismo, porque, aunque los salvajes desconocen el idioma ruso, comprenden perfectamente, de todas formas, lo que significa el arresto doméstico por haber ensuciado las viviendas.

Sólo un feliz azar permitió una vez a los salvajes gallear ante la población blanca en los alrededores de Járkov.

Un atardecer, después de un día seco y caluroso, llegó del Occidente un nubarrón de tormenta.

Absorbiendo todo a su paso, la nube cubrió el cielo, rugió y se desencadenó sobre nuestra montaña. El segundo destacamento mixto especial acogió entusiásticamente la nube, y el fondo del estanque vibró de gritos jubilosos. Con todas sus baterías, la nube descargó sobre Kuriazh terribles explosiones de miles de toneladas, y de pronto, sin poder sostenerse en el vacilante columpio del cielo, se abalanzó sobre nosotros, mezclando en un humeante torbellino las franjas de lluvia torrencial, los truenos, los relámpagos y una violenta cólera. El segundo destacamento mixto especial respondió con desgarradores alaridos y se puso a danzar desenfrenadamente en el mismo centro del caos.

Pero en aquel agradable momento Sínenki, severo y preocupado, salió al borde de la montaña bajo la red de lluvia y tocó alarma: una señal prolongada y trepidante. Los salvajes interrumpieron sus danzas y recordaron el idioma ruso: - ¿Por qué tocas? ¿ Eh? ¿En nuestra casa?... ¿Dónde?

Sínenki señaló con su corneta hacia Podvorki, a donde ya corrían los colonos, contorneando el estanque. A unos cien metros de la orilla ardía una jata. como una gran hoguera, y a su lado se arrastraban solemnemente los elementos de una procesión. Los cuarenta negros, con su jefe a la cabeza, lanzáronse hacia la jata. Docena y media de mujerucas y de abuelos asustados formaban en aquel momento una barrera de íconos contra los colonos que habían llegado antes, y un abuelo barbudo gritaba: - ¿A vosotros qué os importa? ¡El Señor la ha incendiado, el Señor la apagará!...

Pero, al volver la cabeza, tanto el barbudo como los demás creyentes se convencieron no sólo de que el Señor no manifestaba el menor interés por apagar el incendio, sino, incluso, de que con la connivencia divina la fuerza impura participaba decididamente en la catástrofe: hacia ellos se precipitaba, entre gritos salvajes, una multitud de negros, moviendo sus caderas felpudas y haciendo sonar sus adornos de hierro. Sus rostros negros, deformados por los palos de las narices y coronados por

espantosos tufos, no dejaban ningún lugar a dudas: estos seres no podían abrigar, naturalmente, otro designio que apoderarse de toda la procesión y llevársela al mismo infierno. Los abuelos y las mujerucas lanzaron penetrantes gritos y se dispersaron en distintas direcciones, apretando los íconos bajo el brazo. Los muchachos se lanzaron hacia la cochera y el establo, pero era tarde: los animales habían perecido. Semión, furioso, agarró el primer palo que halló al alcance de la mano, rompió una ventana y se metió en la jata. Un minuto más tarde, en la ventana apareció, de repente, una barbuda cabeza gris, y Semión gritó desde la casa: - ¡Coged al abuelo, así se...!

Los muchachos cogieron al abuelo, y Semión saltó por otra ventana y empezó a revolcarse por el patio verde y húmedo para refrescar sus quemaduras. Un negro corrió a la colonia en busca del cabriolet.

La nube se había alejado hacia el Este, desplegando por el cielo una cola larga y negra. De la colonia llegó a galope Antón Brátchenko, montado en el Molodiets: - Ahora mismo vendrá el cabriolet... ¿Dónde están los mujiks? ¿Qué hacen aquí solos los muchachos?

Instalamos al abuelo en el cabriolet y echamos a andar detrás hacia la colonia. Desde las empalizadas y las puertas nos contemplaban unos rostros inmóviles, que con sus solas miradas nos condenaban al anatema.

La aldea observaba una actitud fría hacia nosotros, aunque había llegado a nuestros oídos el rumor de que los habitantes de la aldea aprobaban la disciplina implantada en la colonia.

Los sábados y los domingos nuestro patio se llenaba de creyentes. Como regla general, sólo los viejos entraban en la iglesia. Los jóvenes preferían pasear en torno al templo. A estas formas de trato -no se sabe si con nosotros o con los dioses- también pusieron fin los destacamentos mixtos de vigilancia. Durante los oficios se destacaba a una patrulla, que se ponía unos brazaletes azules y presentaba a los creyentes la siguiente alternativa: - Esto no es un paseo público. O entráis en la iglesia u os largáis del patio. Aquí no nos hacen ninguna falta vuestros prejuicios.

La mayoría de los creyentes prefería largarse. Hasta cierto momento, no emprendimos la ofensiva contra la religión. Por el contrario, se esbozaba cierto contacto entre la concepción idealista y la materialista.

El consejo eclesiástico acudía algunas veces a verme para resolver pequeñas cuestiones de vecindad. Una vez no pude contenerme y les expuse algunos de mis sentimientos: - ¿Saben ustedes lo que les digo, abuelos? Que debían ustedes trasladarse a la iglesia que está encima de esa... fuente milagrosa. ¿Qué les parece? Ahora ya está limpia toda aquella parte. Allí se encontrarán muy bien...

- Ciudadano jefe -dijo el responsable del consejo-, ¿cómo vamos a trasladarnos cuando aquello no es una iglesia, sino una capílla? Allí no hay ni altar... ¿Acaso les estorbamos?

- Yo necesito el patio. No tenemos donde movernos. Además, fíjense: nosotros lo tenemos todo pintado, encalado en orden, mientras que su catedral está ahí, desconchada y sucia... Trasládense ustedes, yo desmonto esa catedral en un abrir y cerrar de ojos, y, dentro de dos semanas, habrá en su lugar un jardín lleno de flores.

Los barbudos sonríen no sé si porque les parece bien mi plan...

- No hay que desmontarla -dice el responsable-. ¿Cómo se construye luego? ¡Ja, ja! La construyeron hace trescientos años, gastaron en ello mucho dinero y mucho esfuerzo, y usted ahora dice: la desmonto. Eso es porque a usted le parece que la fe muere. Pero ya verá usted cómo la fe no muere... La gente sabe...

El responsable se arrellana en su butaca apostólica y hasta resuena su voz como en los primeros siglos del cristianismo. Pero otro abuelo detiene al responsable: - ¿Por qué dice usted esas cosas, Iván Akímovich? El ciudadano director cuida de sus asuntos y, como Poder soviético, puede decirse que no tiene ninguna necesidad del templo. Pero lo que hay abajo es una capilla. Una capilla, sí. Y, para colmo, el lugar está profanado, si hemos de hablar claramente...

- Pues ustedes salpíquenlo de agua bendita -aconseja Lápot.

El viejo, turbado, se rasca la barba:

- El agua bendita, hijo mío, no sirve en todas partes.

- ¿Cómo que no?

- No, hijo mío. Por ejemplo, si se te rocía de agua bendita, no servirá de nada, ¿verdad?

- Es muy posible que no -pone en duda Lápot.

- ¿Ves tú? No serviría. Las cosas hay que hacerlas con entendimiento.

- ¿Los popes las hacen con entendimiento?

- ¿Nuestros sacerdotes? Claro que entienden. Entienden, hijo mío.

- Ellos entienden lo que les hace falta -dice Lápot- . Pero usted no entiende. Ayer ha habido un fuego... De no haber sido por nuestros muchachos, se hubiera abrasado un viejo. Hubiera ardido sin remedio.

- Así lo querría el Señor. Quizá fuera la voluntad de Dios Nuestro Señor que ardiera ese viejo.

- Pues nuestros muchachos se metieron por medio y lo impidieron...

El viejo carraspea:

- Muy joven eres tú, hijo mío, para hablar de estas cosas.

- ¿De verdad?

- En cuanto a lo de allá abajo, es una capilla. Una capilla, sí, y no tiene altar.

Los abuelos se marcharon después de despedirse humildemente, y al otro día pendían ya de los muros del templo unas cuerdas en las que se sujetaban albañiles con cubos. Ya fuera porque habían sentido vergüenza de los muros desconchados del templo, ya fuera porque querían demostrar la vitalidad de la fe, el caso es que el consejo eclesiástico asignó cuatrocientos rublos para el encalado de la catedral. Se había establecido el contacto.

Hasta cierto tiempo, la actitud de los colonos respecto al templo fue más bien de curiosidad que de animadversión. Un día los pequeños me rogaron:

- ¿Podemos ver lo que hacen en el templo?

- ¿Por qué no?

Zhorka previno a los pequeños:

- Pero cuidado con hacer granujadas. Nosotros luchamos contra la religión con el convencimiento y la reforma de la vida y no con granujadas.

- ¿Es que somos granujas o qué? -replicaron, ofendidos, los pequeños.

- Y en general, ¿comprendéis?, no hay que ofender allí a nadie... Portarse, ¿comprendéis?, con delicadeza... Eso es...

Aunque Zhorka, al dar esta disposición, empleó principalmente los gestos y la mímica, los pequeños le comprendieron.

- Lo sabemos, no tengas cuidado.

Pero una semana más tarde se me acercó un pequeño pope, viejo y arrugado, y me susurró: - Tengo que hacerle un ruego, ciudadano jefe. Naturalmente, no puede decirse nada; sus muchachos no hacen nada de particular, pero... ¿sabe?... de todas formas, es una tentación para los creyentes... no está bien... Cierto que ellos tienen cuidado, Dios nos libre, nada podemos decir en contra, pero tenga usted la bondad, disponga que no vayan más a la iglesia.

- Entonces, ¿es que han hecho alguna bribonada?

- No, ¡Dios nos libre, Dios nos libre!, no hacen bribonadas, no. Pero vienen en calzones, con esos gorros que llevan... Y algunos se persignan, ahora que, ¿sabe?, lo hacen con la mano izquierda y, en general, no saben hacerlo. Y miran a todos los lados, no saben adonde mirar, unas veces se vuelven de costado al altar, otras se ponen de espaldas. Claro, para ellos todo es interesante, pero aquello, al fin y al cabo, es la casa de la oración, y los muchachos no saben qué es eso de la oración ni la unción ni el temor de Dios. Ante el altar pasan, naturalmente, con recogimiento, pero dan vueltas alrededor, miran, tocan los iconos, lo observan todo, y uno, ¿comprende?, hasta se colocó en la puerta del altar y desde allí se puso a contemplar a los creyentes. ¿Comprende? No está bien.

Yo tranquilicé al pequeño pope, diciéndole que no volveríamos a molestarles, y en la asamblea general de los colonos manifesté: - Muchachos, no id más a la iglesia; el pope se queja.

Los pequeños se indignaron:

- ¿Por qué? Los que han ido, no han hecho nada malo. Entraron, lo vieron, y a casa. ¡Todo son mentiras de ese buzo!

- ¿Y por qué os habéis persignado allí? ¿Qué necesidad teníais? ¿Es que tú crees en Dios o qué?

- ¡Pero si nos dijeron que no les ofendiéramos! ¡Cualquiera sabe cómo hay que tratarles! Allí no hay más que gente loca. Están de pie y de pronto, ¡zas!, se tiran de rodillas y empiezan a santiguarse. Y los nuestros, claro, para no ofenderles...

- Pues bien, no vayáis, no hace ninguna falta.

- Bueno, no iremos... ¡Pero hay que ver lo divertido que es aquello! ¡Hablan de una manera tan rara! Y todo el tiempo de pie. ¿Por qué estarán de pie tanto tiempo? Y tras el enrejado ese... ¿cómo se llama?, ¡ah, el altar!, está muy limpio, hay tapices, huele bien, y hay que ver lo que trabaja allí el pope. Levanta así las manos... ¡Menudo!

- ¿También has estado en el altar?

- Yo pasé precisamente cuando el buzo alzaba las manos, susurrando no sé qué. Y me estuve quieto, sin estorbarle lo más mínimo, y él va y me dice: vete, chico, vete, no me estorbes. Bien, me fui, ¿a mí qué...?

Los muchachos se sentían muy interesados por la actitud de Gustoiván respecto a la iglesia.

Efectivamente, una vez fue a la iglesia, pero volvió muy desilusionado. Lápot le preguntó: - ¿Serás pronto diácono?

- No... -respondió, sonriendo, Gustoiván.

- ¿Por qué?

- Pues... porque los muchachos dicen que eso es contrarrevolucionario... y en la iglesia ésta no hay nada... Sólo cuadros...

A mediados de junio, la colonia estaba ya completamente en orden. El 10 de junio, la centralilla eléctrica dio la primera corriente, y los quinqués de petróleo fueron enviados al depósito. La conducción de aguas empezó a funcionar un poco más tarde.

También a mediados de junio los colonos se trasladaron a los dormitorios. Casi todas las camas fueron hechas en nuestra herrería, pusimos nuevos colchones y almohadas, pero nos faltó dinero para comprar mantas, y no queríamos cubrir las camas con trapos viejos. En las mantas había que gastar, por lo menos, diez mil rublos. El Soviet de jefes había examinado varias veces esta cuestión, pero el acuerdo era siempre el mismo, y Lápot lo formulaba aproximadamente así: - Comprar mantas significa no concluir la porqueriza. ¡Que se vayan las mantas a los cerdos!

En verano, necesitábamos las mantas únicamente para presumir: todos sentían unas ganas terribles de tener unos dormitorios elegantes para la fiesta del primer haz. Y ahora los dormitorios eran un hueco por llenar en nuestra feliz existencia.

Pero tuvimos suerte.

Jalabuda visitaba frecuentemente la colonia, recorría los dormitorios y las obras, bromeaba con los muchachos y se sentía muy halagado por el hecho de que tuviésemos la intención de recoger solemnemente su centeno. Jalabuda había cobrado afecto a los colonos y me decía:

- Nuestras mujeres no hacen allí más que darle a la lengua: eso no está bien, lo otro no es justo. Yo no acabo de comprenderlas, y me gustaría que alguien me explicara: ¿qué demonios necesitan? Los muchachos trabajan, ponen afán, son buenos chicos, komsomoles. ¿Es que tú te metes con ellas, o qué?

Ahora bien, Jalabuda, que reaccionaba ardientemente a todos los temas cotidianos, se enfriaba en cuanto la conversación pasaba a las mantas. Lápot abordaba a Sídor Kárpovich por todos los lados.

- Sí -suspiraba Lápot- , todo el mundo tiene mantas, y nosotros no las tenemos. Menos mal que Sídor Kárpovich está de nuestra parte. Ya veréis cómo él nos las regalará...

Jalabuda volvió la cabeza y tronó descontento:

- ¡Qué miserables tan pillos!... Sídor Kárpovich nos las regalará...

Al día siguiente, Lápot añadía un bemol a la clave:

- ¡Resulta que tampoco nos ayudará Sídor Kárpovich! ¡Pobres gorkianos!

Pero igualmente el bemol no nos servía de nada, aunque veíamos que Sídor Kárpovich no las tenía todas consigo.

Un anochecer, Sídor Kárpovich llegó de buen humor, elogió el campo, los horizontes, la porqueriza, los cerdos. Se alegró al ver en el dormitorio las filas simétricas de camas, la transparencia de los limpios cristales en las ventanas, la frescura del suelo y el tibio confort de las almohadas bien mullidas. Las camas, cierto, herían la vista con la deslumbradora desnudez de las sábanas, pero yo no quería ya fastidiar más al viejo con la

historia de las mantas. Fue Jalabuda quien se entristeció por propia iniciativa al salir del dormitorio:

- Sí, ¡que el diablo se las lleve!... Hacen falta las mantas... sólo que... ¿cómo conseguirlas?

Cuando Jalabuda y yo salimos al patio, los cuatrocientos colonos estaban formados en él: era la hora de la gimnasia. Piotr Ivánovich Gorórvich, en plena concordancia con las reglas establecidas para la formación de la colonia, dio la voz de mando:

- ¡Camaradas colonos, firmes! ¡Salud!

Cuatrocientos brazos se alzaron y se quedaron inmóviles sobre las hileras de rostros serios, vueltos hacia nosotros. La sección de los tambores extendió por el horizonte los cuatro compases seguidos del repique de saludo. Gorórvich se aproximó para dar el parte y se irguió ante Jalabuda:

- ¡Camarada presidente de la Comisión de Ayuda a la Infancia! En la formación de la colonia Gorki, trescientos ochenta y nueve colonos participan en los ejercicios de gimnasia, tres están de guardia, seis forman parte del destacamento mixto de vigilancia, dos son baja por enfermos.

Piotr Ivánovich, veterano militar de caballería, dio un paso a un lado, y a la vista de Sídor Kárpovich se ofreció, inmóvil en el saludo, la encantadora formación de los gorkianos, desplegada en amplios y deportivos intervalos.

Sídor Kárpovich se tiró, emocionado, de las guías del bigote, se puso diez veces más serio que de costumbre, golpeó la tierra con su bastón de nudos y clamó con su invariable voz de bajo:

- ¡Salud, muchachos!

Sídor Kárpovich tuvo que parpadear con intensidad cuando un coro de cuatrocientas jóvenes y alegres voces le respondió sonoramente:

- ¡...lud!

Jalabuda no pudo contenerse, sonrió, volvió la cabeza y bramó confuso:

- ¡Menudos demonios! ¡Hay que ver cómo lo han aprendido!... Quiero... decirles una cosa.

- ¡En su lugar descanso!

Los colonos separaron la pierna derecha, cruzaron los brazos a la espalda, cimbrearon los talles y sonrieron a Sídor Kárpovich.

Jalabuda golpeó una vez más la tierra con el bastón y volvió a tirarse de las guías del bigote:

- Ya sabéis, muchachos, que a mí no me gusta pronunciar discursos, pero ahora os diré unas palabras. Sois unos valientes, os lo digo como lo siento: unos valientes. Y todo lo hacéis a nuestro modo, al modo obrero, lo hacéis bien, y os diré francamente que, si yo tuviera un hijo me gustaría que fuese como vosotros. Y no hagáis caso de lo que diga cualquier mujer. Yo os lo digo francamente: vais por buen camino, y os lo digo como viejo bolchevique y también como viejo obrero. Todo lo hacéis a nuestro modo. Si alguno os dice que no es así, vosotros no le hagáis caso y seguid adelante. ¿Comprendéis? Adelante. ¡Eso! Y, en prueba de ello, os digo francamente; las mantas os las regalo yo; ¡que tengáis mantas para taparos!

Los muchachos rompieron la perfección de sus filas y se lanzaron hacia nosotros. Lápot avanzó, dio un salto, agitó las manos y gritó:

- ¿Qué? Entonces... Sídor Kárpovich, ¡hurra!

Goróvich y yo tuvimos apenas tiempo de apartarnos. Jalabuda fue elevado al aire, manteado no sé cuántas veces y arrastrado hacia el club. Sobre la muchedumbre se alzaba únicamente su bastón de nudos.

En la puerta del club, Jalabuda fue depositado en tierra. Despeinado, rojo, agitado por la emoción, se arreglaba, confuso, la chaqueta y ya rebuscaba con asombro en un bolsillo cuando se le acercó Taraniets y le dijo modestamente:

- Aqui tiene usted su reloj, y la cartera, y las llaves.

- ¿Se me ha caído todo? -preguntó estupefacto Jalabuda.

- No se le ha caído nada -contestó Taraniets-; únicamente yo lo he recogido. De lo contrario, habría podido caérsele y perderse... Suele ocurrir, ¿sabe?...

Jalabuda recogió sus valores de manos de Taraniets, y el muchacho se perdió entre la muchedumbre.

- ¡Qué gente!... ¡Palabra de honor!...

Y repentinamente se echó a reír:

- ¡Hay que ver!... Pero, ¡hay que ver!... ¿Dónde está ése que ha recogido mis cosas?...

Jalabuda se marchó emocionado a la ciudad.

Por eso yo me sentí francamente deshecho al día siguiente cuando ese mismo Sídor Kárpovich me recibió en su propio suntuoso despacho con inaccesible frialdad y más que hablar conmigo estuvo rebuscando en sus cajones, revisando sus papeles y sonándose.

- No tenemos mantas -me dijo-. ¡No las tenemos!

- Denos dinero; nosotros las compraremos.

- Tampoco hay dinero... no hay dinero... Y, además, tampoco hay semejante presupuesto.

- ¿Y cómo dijo usted ayer?...

- ¿Qué tiene que ver eso? No eran más que palabras. Si no hay mantas, qué vamos a hacerle...

Me imaginé la esfera en que vivía Jalabuda, recordé a Carlos Darwin, me llevé la mano a la visera y salí.

La colonia recibió irritada la noticia de la traición de Jalabuda. Hasta Galatenko se indignó:

- ¡Qué hombre! Ahora ya no puede venir más a la colonia. ¡Y él que nos decía: Vendré a montar la guardia en el sandiar!...

Al día siguiente, presenté en la Comisión de Arbitraje una queja contra el presidente de la Comisión de Ayuda a la Infancia, en la que no hacía hincapié tanto en el aspecto jurídico de la cuestión como en el aspecto político; no podíamos tolerar que un bolchevique incumpliese su palabra.

Para nuestra sorpresa, tres días después la Comisión de Arbitraje nos convocó a Lápot y a mí.

Ante la mesa roja del juez, Jalabuda comenzó a querer demostrar algo. A sus espaldas agazapábanse los representantes de la esfera que le circundaba -hombres con gafas, nucas de gruesos pliegues y bigotitos a la americana- y cuchicheaban algo entre sí. El presidente, un hombre de frente amplia y ojos pardos, con camisa negra, depositó su mano abierta sobre un papel e interrumpió a Jalabuda:

- Espera, Sídor. Tú responde francamente: ¿has prometido las mantas?

Jalabuda enrojeció e hizo un ademán evasivo:

- Bueno... se habló de eso... Pero, ¡qué tiene que ver!

- ¿Lo prometiste ante todos los colonos formados?

- Sí, eso es verdad... los muchachos estaban formados...

- ¿Te mantearon?

- Me mantearon... ¡Pero qué ibas a hacerles!... ¡Son unos chiquillos!...

- Paga.

- ¿Cómo?

- Que pagues, te digo. Tienes que comprar las mantas a los muchachos. Así lo hemos resuelto.

Los jueces sonreían. Jalabuda se volvió hacia la esfera circundante y bramó algo amenazador.

Nosotros esperamos unos cuantos días, y Zadórov fue a ver a Jalabuda para hacerse cargo de las mantas o el dinero. Pero Sídor Kárpovich no recibió a Zadórov. Fue su administrador quien le explicó:

- No comprendo cómo se les ha podido ocurrir llevarnos a los tribunales. Esto es inconcebible. Bueno, mire, aquí tengo el fallo de la Comisión de Arbitraje. ¿Ve? Aquí lo tengo.

- Bueno, ¿y qué?

- Pues que aquí está tan tranquilo. Y haga usted el favor de no molestarnos más. Quizá apelemos todavía. Y, en último caso, lo incluiremos en el presupuesto del año que viene. ¿Usted cree que esto es un mercado y que va a salir de aquí con las cuatrocientas mantas? Esta es una institución seria...

Zadórov volvió muy disgustado de la ciudad. Toda la tarde el Soviet de jefes estuvo bullendo y bramando de indignación hasta que acordamos escribir una carta al Presidente del Comité Ejecutivo de los Soviets de Ucrania. Pero, al día siguiente, se halló una solución tan simple y natural e incluso tan divertida, que toda la colonia, estupefacta, se reía a carcajadas y daba saltos, pensando en el feliz momento en que Jalabuda viniera a la colonia y los colonos hablasen con él. La solución consistía en que el ejecutor judicial embargase la cuenta corriente de la Comisión de Ayuda a la Infancia. Transcurrieron dos días más: otra vez fui convocado al mismo alto despacho, y el mismo camarada de la cabeza afeitada que un día se había interesado por conocer la razón de que no me gustasen los educadores con cuarenta rublos de salario estaba sentado en su amplio sillón y tenía el rostro arrebatado contemplando alegremente a Jalabuda, que iba y venía por el despacho y que también estaba arrebatado, aunque ya por otra razón.

Yo me detuve silenciosamente en la puerta, y el hombre de la cabeza afeitada me hizo una señal para que me acercara, conteniendo a duras penas la risa:

- Ven aquí... Pero, ¿cómo es eso? ¿Cómo te has atrevido? Esto no puede ser; hay que levantar el embargo... Aquí le tienes: ni siquiera puede meter la mano en su propio bolsillo. Ha venido a quejarse de ti. No quiero trabajar, dice, me ofende el director de la colonia Gorki.

Yo callaba porque no comprendía a dónde quería ir el hombre de la cabeza afeitada.

- Hay que levantar el embargo -dijo seriamente-. ¿Qué novedades son éstas?

De pronto, otra vez sin poder aguantarse, se echó a reír estruendosamente en su sillón.

Jalabuda, con las manos metidas en los bolsillos, contemplaba la plaza.

- ¿Me ordena usted que levante el embargo? -pregunté yo.

- La cuestión es... que no tengo derecho a ordenártelo. ¿Me oyes, Sídor Kárpovich? No tengo derecho. Yo puedo decirle: levanta el embargo, y él puede responderme: no quiero. Veo que llevas en el bolsillo un carnet de cheques. Extiéndele un cheque de diez mil rublos, y nada más...

Jalabuda se apartó de la ventana, sacó la mano del bolsillo, se atusó el bigote de guías pelirrojas y sonrió:

- ¡Qué gente tan canalla! En fin, ¿qué va uno a hacerle?

Se acercó a mí y me dijo, palmoteándome en la espalda:

- ¡Muy bien! ¡Así hay que obrar con nosotros! En realidad, ¿qué somos nosotros? ¡Unos burócratas! ¡Así hay que tratarnos!

El hombre de la cabeza afeitada se echó de nuevo a reír y hasta sacó un pañuelo. Jalabuda, sonriendo, extrajo de su bolsillo el carnet de cheques y llenó una hoja.

Celebramos la fiesta del primer haz el 5 de julio.

Era nuestra vieja fiesta, cuyo orden había sido elaborado hacía ya tiempo y que desde hacía ya tiempo marcaba un importantísimo jalón en nuestro calendario anual. Pero ahora predominaba en ella la idea de la entrega de la colonia después de la operación militar. Esta idea ganó hasta al último colono, y por ello la preparación de la fiesta se llevó a cabo sin toques, en un profundo arrebato de pasión y de firme deseo: todo debía ser magnífico. Los preparativos estaban casi terminados: las camas se hallaban ahora

revestidas de magníficas y nuevas mantas rojas, refulgía el puro cristal del estanque, sobre la vertiente de la montaña extendíanse siete nuevas terrazas destinadas al futuro jardín. Todo estaba hecho. Silanti degollaba cerdos, el destacamento mixto de Butsái colgaba guirnaldas y transparentes. Sobre la puerta de la entrada, contra el fondo blanco de la bóveda, Kostia Vetkovski colocó esta consigna:

¡Y SOBRE LA TIERRA IMPLANTAREMOS LA ROJA BANDERA DEL TRABAJO!

y en la parte interior de la puerta un breve:

¡A LA ORDEN!

El día 2, el trece destacamento mixto, todo engalanado, distribuyó las invitaciones por la ciudad. Zheveli mandaba a los muchachos.

El día de la fiesta, desde por la mañana, filas de banderines rojos circundaron la media hectárea de centeno señalada para la recolección, y el camino que conducía a ese sitio fue también adornado con banderas y guirnaldas. En la puerta de la entrada había una pequeña mesita: allí estaba la comisión encargada de recibir a los invitados. En lo alto de la pendiente del estanque, habían sido instaladas mesas para seiscientos cubiertos, y una brisa cariñosa y alegre hacía susurrar las puntas de los blancos manteles, los pétalos de los ramilletes que adornaban las mesas y los delantales de la comisión que tenía a su cargo el servicio del comedor.

Al otro lado de la puerta, están de guardia, camino abajo, Sínenki y Záichenko, montados en el Molodiets y en la Mary; llevan camisas y calzones rojos, y blancos sombreros caucasianos. A su espalda tremolan al viento unas semicapas blancas con una estrella roja, ribeteadas de auténtica piel de conejo. Vania Záichenko ha aprendido en una semana nuestros diecinueve toques, y Górkovski, el jefe de la brigada de cornetas, le ha considerado digno de estar de guardia durante la fiesta. Los dos muchachos llevan las cornetas terciadas, colgadas de una cinta de raso.

A las diez de la mañana aparecen los primeros invitados: han venido andando desde la estación de Rizhov. Son los representantes de las organizaciones del Komsomol de Járkov.

Los jinetes levantan las cornetas, dejando caer sobre sus hombros las cintas de raso, y, apoyándose con fuerza en los estribos, repiten el saludo por tres veces.

Comienza la fiesta. En la puerta, los invitados son acogidos por la comisión designada para ello y a la que se puede reconocer por sus brazaletes color azul celeste. A cada invitado se le coloca en el pecho tres espigas de centeno, atadas con una cintita roja, y se le entrega un billete especial en el que dice, más o menos:

EL UNDÉCIMO DESTACAMENTO DE COLONOS LE INVITA A ALMORZAR CON EL.
El jefe del destacamento,

A los invitados se les lleva a ver la colonia, y, mientras tanto, resuenan desde abajo nuevas señales de saludo de nuestros soberbios jinetes.

El patio y los locales de la colonia se pueblan de invitados. Llegan representantes de las fábricas de Járkov, colaboradores del Comité Ejecutivo del Soviet Regional y del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, de los Soviets rurales de las aldeas vecinas y corresponsales de prensa. En automóviles pasan por la puerta Dzhurínskaia, Yúriev, Kliámer, Bréguel y la camarada Zoia, miembros de las organizaciones del Partido y el camarada de la cabeza afeitada. También llega Jalabuda en su Ford. A recibirle acude el Soviet de jefes, reunido especialmente para ello, le saca del coche y le mantea sin perder minuto. Desde el otro lado del coche contempla la escena y se ríe el hombre de la cabeza afeitada. Cuando, por fin, Jalabuda es depositado en tierra, el camarada de la cabeza afeitada le pregunta:

- ¿Qué te han sacado ahora?

Jalabuda se enfada:

- ¿Y tú crees que no me han sacado nada? Ellos siempre sacan algo.

- ¿De verdad? ¿Y qué te han sacado esta vez?

- Un tractor. Les regalaré un Fordson... ¡Que el diablo os lleve, manteadme todo lo que queráis, pero ya no me sacaréis nada más!

Jalabuda tiene que volar todavía otro poco, y luego es inmediatamente arrastrado por los muchachos no sé a donde.

El patio de la colonia está tan concurrido como la calle principal de una ciudad. Los colonos, llevando flores en el ojal, pasean por los senderos en anchas y engalanadas filas con los invitados, les sonríen con sus labios sonrosados, iluminan sus rostros con el brillo, bien confuso, bien radiante, de sus ojos, les enseñan algo y les llevan por todas partes.

A las doce entran en el patio Sínenki y Záichenko. Inclinándose desde la silla, cuchichean con el jefe de guardia, Natasha Petrenko, y luego Sínenki, dispersando a los invitados y colonos, que se ríen, lanza su caballo al galope hacia el patio de los cobertizos. Un minuto más tarde, resuena desde allí el toque de asamblea general, que siempre se toca una octava más alto que cualquier otra señal. Vanía Záichenko lo corea. Abandonando a los invitados, los colonos corren a la plazoleta principal, y antes de que la última nota de las cornetas llegue a Rizhov, comienzan a extenderse en una alineación perfecta, y Mitia Nísinov corre al flanco izquierdo con un banderín verde, levantando mucho los pies y causando la admiración de los invitados.

Yo empiezo a sentir el triunfo con cada nervio de mi ser. Esta alegre fila de muchachos, que ha surgido inesperadamente como una cinta azul y blanca al lado de la línea de los macizos de flores, ya ha impresionado la vista, los gustos y las costumbres de la gente congregada en la colonia, ya ha exigido respeto hacia sí. Los rostros de los invitados, que hasta ahora han sonreído con esa expresión de benevolencia protectora que suelen tener los mayores que tratan magnánimamente a los muchachos, se han alargado de pronto y se han hecho mucho más atentos. Detrás de mí, Yúriev exclama en voz alta:

- ¡Magnífico, Antón Semiónovich! ¡Así es cómo hay que hacer!

Los colonos terminan cuidadosamente de alinearse, sin quitarme la vista de encima. Yo, seguro de que todo está en completo orden, no retengo más tiempo la siguiente voz de mando:

- ¡Firmes, bajo la bandera!

De detrás de la catedral, subordinando severamente su movimiento al ritmo del saludo, sale Natasha y conduce al flanco derecho a la brigada de la bandera.

Yo dirijo dos palabras a los colonos, felicitándoles con motivo de la fiesta y de la victoria.

- Y ahora honremos con el primer haz a nuestros mejores camaradas, al octavo destacamento mixto de Burún.

Otra vez resuenan las cornetas en el saludo. De la lejana puerta -abierta de par en par-del patio, de los cobertizos sale el octavo destacamento. ¡Oh, queridos invitados! Yo comprendo vuestra emoción, comprendo la fijeza de vuestras miradas sorprendidas, porque no es la primera vez en la vida que también yo me sorprendo y admiro del encanto sublime y solemne del octavo destacamento mixto. Y yo, tal vez, puedo ver y sentir más que vosotros.

A la cabeza del destacamento marcha Burún, el macizo y emérito Burún, que no conduce por primera vez hacia adelante a los destacamentos de trabajo de la colonia. Sobre sus hombros poderosos se yergue una guadaña brillante y afilada, que adornan grandes margaritas. Burún es hoy majestuosamente bello, en especial para mí, porque yo sé que no es sólo una figura decorativa en el primer plano de un cuadro vivo, ni sólo un colono que vale la pena de contemplar, sino, ante todo, un verdadero jefe, que sabe a quiénes lleva tras de sí y a dónde les lleva. En el rostro serio y tranquilo de Burún veo la idea de su misión: hoy debe, en el transcurso de treinta minutos, recoger y hacinar media hectárea de centeno. Los invitados no lo ven. Tampoco ven otra cosa: este jefe actual de los segadores es un estudiante del Instituto de Medicina, y en esta conjugación fluye con especial convencimiento la línea de nuestro estilo soviético. ¡Y cuántas cosas más no ven nuestros invitados ni pueden verlas, aunque sólo sea porque no hay que contemplar únicamente a Burún! A Burún le siguen en filas de a cuatro, dieciséis segadores con las mismas camisas blancas y las mismas guadañas adornadas. ¡Dieciséis segadores! ¡Qué fácil es contarles! Pero entre estos dieciséis muchachos, ¡cuántos nombres gloriosos: Karabánov, Zadórov, Belujin, Schnéider, Gueórguievski! Sólo la Última fila está constituida por jóvenes gorkianos: Voskobóinikov, Svatkó, Perets y Korotkov.

Y tras los segadores, dieciséis muchachas. En la cabeza de cada muchacha, una corona de flores y en el alma de cada muchacha una corona de nuestros hermosos días soviéticos. Son las encargadas de atar los haces.

Cuando el octavo destacamento mixto se aproxima a nosotros, salen de la puerta dos máquinas segadoras, tiradas cada una por un doble par de caballos. Y también cada caballo lleva flores en las crines y en los arneses y también las aspas de las segadoras están adornadas de flores. Los caballos de la derecha llevan jinetes: en la primera segadora va el propio Antón Brátchenko; en la segunda, Górkovski. Tras la segadora, los rastrillos; tras los rastrillos, un barril de agua y, sobre el barril, Galatenko, el individuo más perezoso de la colonia, pero el Soviet de jefes, sin siquiera pestañear, ha premiado a Galatenko con el derecho a participar en el octavo destacamento mixto. Y ahora se puede

ver con qué celo, con qué falta de pereza ha adornado de flores su tonel Galatenko. No es un tonel, sino un macizo fragante; hasta en los ejes de las ruedas hay flores. Y, en fin, tras Galatenko, el cabriolet con una cruz roja -todo puede ocurrir en el trabajo- y en el cabriolet Elena Mijáilovna y Smena.

El octavo destacamento mixto hace alto frente a nuestra formación. Lápot sale de las filas y dice:

- ¡Octavo destacamento! Por ser buenos komsomoles, buenos colonos y buenos camaradas, la colonia os ha adjudicado una recompensa muy grande: vosotros segaréis nuestro primer haz.

Hacedlo debidamente y demostrad una vez más a todos los muchachos cómo hay que trabajar y cómo hay que vivir. El Soviet de jefes os felicita y ruega a vuestro jefe, el camarada Burún, que tome el mando sobre todos nosotros.

Este discurso, igual que todos los discursos siguientes, ha sido inventado no se sabe por quién. Se pronuncia de año en año, con las mismas palabras, anotadas en el Soviet de jefes. Y precisamente por eso se escucha con particular emoción, y también con particular emoción retienen el aliento todos los colonos cuando se me acerca Burún, me estrecha la mano y me dice igualmente lo prescrito por la tradición:

- Camarada director, permítame llevar al octavo destacamento mixto al trabajo y deme de ayuda a estos muchachos.

Yo debo responder tal como respondo:

- Camarada Burún, lleva al octavo destacamento al trabajo y toma de ayuda a estos muchachos.

A partir de ese momento, el jefe de la colonia es Burún. El es quien da toda una serie de voces de mando, y, al cabo de un minuto, la colonia entera está ya en marcha. Tras los tambores y la bandera, van los segadores y las máquinas, a continuación la colonia en pleno y después los invitados. Los invitados se subordinan a la disciplina general, forman filas y marcan el paso.

Jalabuda marcha junto a mí y dice al hombre de la cabeza afeitada:

- ¡Demonios!... ¡Por culpa de esas mantas!... ¡Si no, estaría ahora en la formación... con la guadaña!

Yo hago una señal a Silanti, y Silanti vuela al patio de los cobertizos. Cuando estamos cerca de la media hectárea señalada, Burún detiene a la columna, y alterando la tradición, se dirige a los colonos:

- Se ha recibido la propuesta de admitir en el octavo destacamento mixto como quinto segador de la brigada de Zadórov a Sídor Kárpovich Jalabuda. ¿Hay alguien en contra?

Los colonos ríen y aplauden. Burún toma de manos de Silanti una guadaña adornada y se la entrega a Jalabuda. Con un movimiento juvenil, Sídor Kárpovich se desembaraza rápidamente de la chaqueta, la arroja sobre la hierba, sacude la guadaña, dice ¡Gracias! y ocupa su puesto de quinto segador en la brigada de Zadórov.

Zadórov le amenaza con un dedo:

- ¡Cuidado con clavar la guadaña en el suelo! Sería una vergüenza para nuestra brigada.

- Cállate -replica Jalabuda-; todavía os daré lecciones...

La formación de los colonos se alinea en un lado del campo. En el centeno se clava la bandera: aquí será atado el primer haz. A la bandera se acercan Burún y Natasha, y Zoreñ se mantiene preparado como el miembro más joven de la colonia:

- ¡Firmes!

Burún empieza a segar. De unos cuantos cortes de guadaña deja caer a los pies de Natasha un montón de alto centeno. De las primeras espigas que han caído, Natasha ha preparado la atadura. Natasha ata el haz con dos o tres movimientos ligeros, dos muchachas colocan luego sobre el haz una guirnalda de flores, y Natasha, arrebolada del trabajo y de la emoción, entrega el haz a Burún. Burún lo levanta sobre el hombro y dice a Zoreñ, que, serio y chato, alza mucho la naricilla para oír las palabras de Burún:

- Recibe este haz de mis manos, trabaja, y estudia, para que, cuando crezcas, seas komsomol

y alcances el honor que he alcanzado yo: segar el primer haz.

Ahora le toca a Zoreñ. Con la voz cantarina de un jilguero en el campo, responde a Burún:

- ¡Gracias, Burún! Trabajaré y estudiaré. Y cuando sea mayor y komsomol, también alcanzaré el mismo honor que tú: segar el primer haz y entregárselo al muchacho más pequeño.

Zoreñ recoge el haz y se pierde en él. Pero otros muchachos corren ya a él con unas parihuelas, y Zoreñ deposita su rico regalo sobre un lecho de flores. Bajo el trueno de los saludos, la bandera y el primer haz son llevados al flanco derecho.

Burún da la voz de mando:

- ¡Segadores y atadoras, a los puestos de trabajo!

Los colonos se dispersan por los puestos señalados y ocupan las cuatro esquinas del campo.

Sínenki, alzándose sobre los estribos, da la señal de trabajo. Obedeciendo a la señal, los diecisiete segadores marchan alrededor del campo, abriendo un amplio camino para las máquinas.

Yo miro el reloj. Transcurren cinco minutos, y los segadores alzan las guadañas. Las muchachas terminan de atar los últimos haces y los llevan a un lado.

Empieza el momento más responsable del trabajo. Antón y Vitka están dispuestos; los caballos, descansados y bien cebados, también.

- Al trote... ¡March!...

Las segadoras avanzan rápidas por el camino que ha sido abierto para ellas. Dos o tres segundos más, y ya chirrían, escalonadas, por el campo. Burún escucha su ritmo con inquietud. En los últimos días, Burún, Antón y Shere han dedicado mucho tiempo a estas máquinas; por dos veces las han sacado al campo para probarlas. Sería un gran escándalo si hoy los caballos se negasen a ir al trote, si hiciera falta chillarles, si las segadoras se atascasen y fuera preciso detenerse.

Sin embargo, el rostro de Burún se ilumina gradualmente. Las segadoras marchan con un sonido mecánico y uniforme, los caballos van a un trote ligero sin detenerse ni siquiera en los virajes, los muchachos permanecén inmóviles en sus sillas. Un círculo, dos. Al principio del tercero, las segadoras pasan con la misma belleza ante nosotros, y Antón lanza, serio, a Burún:

- ¡Todo va bien, camarada jefe!

Burún se vuelve hacia la formación de los colonos y levanta la guadaña:

- ¡Preparados! ¡Firmes!

Los colonos dejan caer los brazos, pero dentro de ellos todo pugna por salir al exterior, los músculos ya no pueden contener su brío.

- ¡Al campo... corriendo!

Burún deja caer la guadaña. Trescientos cincuenta muchachos se lanzan al campo. En las filas del centeno segado aparecen y desaparecen sus manos y sus piernas. Riéndose a carcajadas, saltan unos sobre otros como pelotas, rebotan hacia los lados, atan los haces y corren tras las segadoras, cayéndose de bruces en grupos de tres o cuatro sobre cada montón de espigas.

- ¡Cuidado! ¡Aquí están los del decimoquinto destacamento!

Los invitados se ríen, enjugándose las lágrimas, y Jalabuda, ya de vuelta, mira severamente a Bréguel:

- ¿Qué dices?... ¡Mira!...

Bréguel sonríe:

- Bueno, ¿y qué?... Ya veo: trabajan muy bien y con alegría. Pero esto no es más que el trabajo...

Jalabuda pronuncia no sé qué sonido, algo entre t y a, pero no dice nada más a Bréguel y, volviéndose al hombre de la cabeza afeitada, gruñe furioso:

- ¡Habla tú con ella!...

Yúriev, excitado y feliz, me estrecha la mano y trata de convencer a Dzhurínskaia:

- No, en serio, ¡usted fíjese! esto me emociona, y ni yo mismo sé por qué. Hoy es, naturalmente, una fiesta, no es una jornada de trabajo... Pero, ¿sabe?, esto... es un misterio del trabajo. ¿Usted comprende?

El camarada de la cabeza afeitada contempla atentamente a Yúriev:

- ¿Un misterio del trabajo? ¿Por qué? A mi juicio, aquí lo bueno es que los muchachos son felices, están organizados y saben trabajar. Como principio es bastante, palabra de honor.

¿Usted qué piensa, camarada Bréguel?

Bréguel no tiene tiempo de pensar nada, porque Sínenki detiene al Molodiets ante nosotros y pía:

- Me envía Burún... Estamos haciendo las gavillas. ¡Que todos se reúnan junto a ellas!

Junto a las gavillas, bajo la bandera, cantamos La Internacional. Después se pronuncian discursos, buenos y malos, pero todos igualmente sinceros, y los pronuncia gente buena, sensible, ciudadanos del país de los trabajadores, emocionados por la fiesta, y por los niños, y por la proximidad del cielo, y por el chirrido de los grillos en el campo.

De vuelta del campo, comimos todos mezclados, olvidándonos de quiénes eran los superiores y los más importantes. Hasta la camarada Zoia reía y bromeaba hoy.

La fiesta se prolongó largo rato. Jugamos a la gallinita ciega. A Jalabuda le vendaron los ojos, le pusieron una correa en la mano y le obligaron en vano a apresar a un ágil muchachuelo que llevaba colgada una campanilla. También llevamos a los invitados a

bañarse al estanque, y los pequeños hicieron una representación teatral en la plazoleta principal. La representación empezaba con un coro:

¿Qué es lo que tendremos dentro de cinco años?

Entonces tendremos un Soviet urbano, un nuevo taller en el patio, un nuevo jardín por toda nuestra montaña, y mucho nos gustaría tener unos columpios eléctricos.

Y la representación terminaba con este deseo: Y el colono será como un muelle y no como una cubierta de goma.

Después de los fuegos artificiales a orillas del estanque, acompañamos a los invitados hasta Rizhov. Los que habían venido en coche se marcharon antes y, al despedirse de mí, el camarada de la cabeza afeitada -el principalme dijo:

- Bien, camarada Makárenko, seguid así.

- A la orden, seguiremos así -respondí yo.

Y la vida siguió

Y de nuevo se sucedieron, uno tras otro, días de trabajo, austeros y alegres, llenos de preocupaciones, de pequeños éxitos y de pequeños reveses, tras los cuales no veíamos con frecuencia los importantes peldaños y los grandes hallazgos que determinaban nuestra vida muy por adelantado. Y lo mismo que antes, en esos días de trabajo y, más aún, en las serenas y tardías veladas vespertinas cristalizaban las ideas, se hacía el balance de los rápidos pensamientos del día, se tanteaban los contornos inapresables y delicados del futuro.

Ahora bien, advenía el futuro, y resultaba que no era, ni mucho menos, tan delicado y que se le podría haber tratado sin tanta ceremonia. Pero no nos apenábamos mucho tiempo pensando en las posibilidades perdidas, aprendíamos algo y vivíamos de nuevo, ya enriquecidos por la experiencia, para cometer nuevos errores y seguir viviendo.

Lo mismo que antes, nos contemplaban ojos severos, se nos reñía y se nos demostraba que no debíamos cometer errores, que debíamos vivir ecuánimemente, que ignorábamos la teoría, que debíamos... en fin, que debíamos por todas partes.

En la colonia montamos rápidamente una verdadera producción. A trancas y barrancas, instalamos un taller de carpintería con buenos tornos: cepilladoras, garlopas, sierras, etc.

Nosotros mismos ideamos y construimos una máquina fresadora. Firmábamos contratos, recibíamos anticipos por los encargos y llegamos incluso a la audacia de abrir una cuenta corriente a nuestro nombre en el Banco.

Hacíamos colmenas sistema Dadán. Este trabajo resultó bastante complicado. Requería gran exactitud, pero nosotros nos dábamos maña y comenzamos a producir centenares de colmenas de esa clase. También hacíamos muebles, cajas para proyectiles y no recuerdo qué más. Igualmente montamos un taller metalúrgico, pero en este terreno no alcanzamos éxitos.

Aquí sufrimos una catástrofe.

Así transcurrían los meses. Rechazando golpes a diestro y siniestro, adaptándonos, fingiendo, a veces rugiendo y enseñando los dientes, otras veces amenazando con un

verdadero aguijón venenoso y frecuentemente tirando de los pantalones de alguna pierna que se nos ponía por medio, continuábamos viviendo y enriqueciéndonos.

También nos enriquecimos en el capítulo de las amistades. Aparte de Dzhurínskaia y de Yúriev, en el propio Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública encontramos a mucha gente de verdadera inteligencia, con un sentimiento natural de justicia y un positivo deseo de meditar acerca de los pormenores de nuestro difícil trabajo. Pero aún teníamos más amigos en la vasta sociedad, en los órganos del Partido y del Soviet regional, en la prensa, en los medios obreros. Sólo gracias a ellos contábamos con oxígeno de sobra para nuestro trabajo.

El trabajo cultural se había desarrollado en profundidad. Nuestra escuela llegaba hasta el sexto grado. En la colonia apareció Vasili Nikoláievich Perski, un hombre extraordinario: Don Quijote ennoblecido por siglos de técnica, de literatura y de arte. También su estatura y su flaqueza de carnes se ajustaban al modelo cervantino, y esta circunstancia ayudó mucho a Perski a atornillar y organizar el funcionamiento del club. Tenía una imaginación y una fantasía extraordinarias, y yo no garantizo que, en su imaginación, el mundo no estuviera poblado por buenos y malos espíritus. Sin embargo, recomiendo a todos que inviten para dirigir el funcionamiento de los clubs sólo a Don Quijotes. Estos hombres saben ver el futuro en cada astilla, saben hacer maravillas con un poco de cartón y una caja de pinturas. A su lado los muchachos aprenden a editar periódicos murales de cuarenta metros de longitud, a distinguir, en el modelo de papel de un avión, el bombardero y el aparato de reconocimiento y a defender hasta la última gota de sangre las ventajas del metal sobre la madera. Tales Don Quijotes comunican a la actividad del club la pasión necesaria, el fuego de la inteligencia y el nacimiento de los creadores. No describiré aquí todas las proezas de Perski. Diré brevemente que este hombre regeneró nuestras veladas, llenándolas de virutas, de cola, de lámparas de alcohol y del chirrido de los serruchos, del ruido de las hélices, de declamaciones a coro y de pantomimas.

Comenzamos a invertir mucho dinero en libros. En el antiguo altar, ya no había sitio para los armarios de libros y en la sala de lectura, para los lectores.

Y, además, teníamos otras cosas.

En primer lugar: ¡una banda de música! En Ucrania y tal vez en toda la Unión Soviética, nuestra colonia fue la primera que organizó esta cosa tan útil. La camarada Zoia perdió sus últimas dudas acerca de mi categoría de ex coronel, pero, en cambio, el Soviet de jefes estaba satisfecho. Cierto, organizar una banda de música en una colonia significa una carga sumamente pesada para el sistema nervioso, porque en el transcurso de cuatro meses no podéis encontrar ni un rincón donde no estén sentados en sillas, mesas y alféizares barítonos, bajos y tenores, exasperando vuestra alma y las almas de todos los que les rodean con unos sonidos indescriptiblemente horribles. Pero el Primero de Mayo entramos en la ciudad a los sones de nuestra propia banda de música. ¡Cuántos sentimientos cálidos, cuántas lágrimas de emoción y cuántos atónitos entusiasmos hubo aquel día entre los intelectuales de Járkov, las viejecitas, los periodistas y los chiquillos de la calle!

La segunda conquista fue el cine. Nos permitió trabajar de veras con el tropel que se formaba en el centro de nuestro patio. Por mucho que llorase el consejo eclesiástico,

por mucho que amenazara, comenzábamos puntualmente las sesiones a la hora en que ellos tocaban a vísperas. Este viejo repique no había reunido nunca a tantos creyentes como ahora. Ni con tanta rapidez. Apenas había descendido el campanero del campanario, apenas había entrado el pope por la puerta del patio, cuando ya se había formado a la entrada de nuestro club una cola de doscientas o trescientas personas. Mientras el pope se embutía la estola, el operador de cine embutía la cinta en el aparato; el padre ponía su disco de Bendito reino de los cielos... , el operador de cine ponía el suyo. ¡ Pleno contacto!

Este contacto terminó tristemente para Vera Berezóvskaia. Esta muchacha era una de las educandas, cuyo precio de coste ascendía a mucho en mi producción, precio de coste que nunca había sido imaginado en los esbozos de presupuesto.

Al principio, después de su enfermedad de los riñones, Vera se apaciguó y comenzó a trabajar.

Pero bastó que se coloreasen un poquitín sus mejillas, bastó que aumentara un milímetro su tejido adiposo para que comenzase a jugar con todos sus colores, con los hombros, con los ojos, con los andares y la voz. Yo la descubría frecuentemente en los rincones oscuros junto a alguna figura confusa. Veía lo fugitivo e inseguro que se había hecho el brillo plateado de sus ojos, lo repelentemente insincero del tono con que se justificaba:

- Pero, ¿qué dice usted, Antón Semiónovich? Ya no se puede ni hablar.

En la reeducación no hay nada más difícil que las muchachas que han pasado de mano en mano. Por mucho tiempo que un muchacho haya estado en la calle, por complicadas e ilegales que sean las aventuras en que ha participado, por mucho que se resista a nuestra ingerencia pedagógica, en una buena colectividad siempre se conseguirá hacer de él una persona en caso de que tenga intelecto, por pequeño que sea. Esto ocurre así, porque, en realidad, el muchacho en cuestión únicamente se ha retrasado, y siempre se puede medir y completar la distancia que le separa de la norma. En cambio, la muchacha que ha comenzado pronto, casi en la infancia, a vivir la vida sexual, además de retrasarse en lo físico como en lo espiritual, lleva en sí un profundo trauma, sumamente complejo y doloroso. De todas partes se dirigen hacia ella miradas de comprensión, bien medrosamente lascivas, bien descaradas, bien compasivas o llorosas. Todas estas miradas tienen un sólo precio, un sólo nombre: crimen. No permiten a la muchacha olvidar su pena, mantienen en ella un eterno auto convencimiento de su inferioridad. Y, al mismo tiempo que se reduce la personalidad de estas muchachas, en ellas aparece un orgullo estúpido y primitivo. Las demás muchachas son unas ingenuas en comparación con ella, unas chiquillas, mientras que ella es ya una mujer que ha probado lo que para las otras es un misterio, una mujer que posee sobre los hombres un poder especial, que ella conoce y maneja. Con esta complejísima mezcla de dolor y de soberbia, de miseria y de riqueza, de lágrimas nocturnas y de diurnos coqueteos, hace falta un carácter diabólico para trazarse una línea y seguirla, para crear una nueva experiencia, nuevas costumbres, nuevas formas de tacto y de precaución.

Así de difícil resultó para mí Vera Berezóvskaia. Después de nuestro traslado me proporcionó muchos disgustos, y yo sospechaba que en aquel tiempo había añadido muchos nudos y lazos al hilo de su vida. Para hablar con Vera, hacía falta una delicadeza

especial. Se ofendía fácilmente, se encaprichaba, procuraba escapar cuanto antes de mí para esconderse en algún lugar, entre el heno, y llorar allí a sus anchas. Pero esta circunstancia no le impedía seguir formando nuevas y nuevas parejas, destrozar las cuales no nos era difícil, porque sus integrantes masculinos tenían un miedo horrible a colocarse en el centro del Soviet de jefes y a responder a la invitación de Lápot: ¡Ponte firme y explica lo que ha pasado!

Vera comprendió, por fin, que los colonos no eran gente adecuada para el flirt y trasladó sus aventuras amorosas a un terreno menos vulnerable. Alrededor suyo empezó a dar vueltas un joven telegrafista de Rizhov, ser granulento y sombrío, profundamente convencido de que la expresión más elevada de la civilización en el globo terrestre eran las franjas amarillas de su uniforme. Vera comenzó a acudir a sus citas en el soto. Los muchachos les encontraban allí, protestaban, pero ya estábamos hartos de andar detrás de Vera. Lo único que podía hacerse, había sido ya hecho por Lápot: en un lugar solitario pescó al telegrafista Silvéstrov y le avisó:

- Estás llevando a Vera por mal camino. Ten cuidado: ¡te obligaremos a casarte!

El telegrafista volvió la almohada granulosa de su rostro:

- Pero, ¿qué es eso de casarme?

- Tú fíjate, Silvéstrov; si no te casas, te retorceremos el gaznate. Tú nos conoces... No podrás esconderte de nosotros ni en tus aparatos, y en cualquier otra ciudad daremos contigo.

Despreciando todo el orden establecido, Vera corría a las citas en cuanto hallaba un minuto libre. Al tropezar conmigo, enrojecía, se arreglaba algo en el peinado y se iba corriendo.

Por fin, le llegó también su hora. Un día, ya tarde, entró en mi despacho, se dejó caer con desenvoltura en una silla, dobló las piernas, enrojeció y bajó los párpados, pero, irguiendo la cabeza, dijo en voz alta con hostilidad:

- Tengo que hablar de un asunto con usted.

- Muy bien -repuse yo con el mismo tono oficial.

- Necesito hacerme un aborto.

- ¿Sí?

- Sí. Y le ruego que escriba una nota al hospital.

Yo callaba, mirándola. Ella bajó la cabeza.

- Bueno... nada más.

Seguí callado todavía otro segundo. Vera trataba de mirarme por debajo de sus párpados caídos, y, por aquellas miradas, yo comprendí que ahora no había en ella ningún rubor: ni en sus miradas, ni en el color de las mejillas, ni en la manera de hablar.

- Darás a luz -dije secamente.

Vera me miró de reojo con coquetería y movió la cabeza:

- No, no daré a luz.

No le respondí nada, cerré los cajones de la mesa y me puse la gorra. Ella se levantó, contemplándome con la misma mirada oblicua de antes, en una postura violenta:

- ¡Vamos! ¡Ya es hora de dormir! -dije.

- ¡Pero... yo necesito la nota! ¡No puedo esperar! ¡Usted debe comprenderlo!...

Salimos a la oscura habitación del Soviet de jefes y nos detuvimos.

- Te lo he dicho seriamente y no pienso cambiar de decisión. ¡Nada de abortos! ¡Tendrás un hijo!

- ¡Ah! -gritó Vera y se escapó dando un portazo.

Tres días más tarde, me salió al encuentro, fuera de la colonia, cuando, ya avanzada la noche, yo volvía de la aldea y echó a andar junto a mí, comenzando una jugada pacífica, en la que se sentía cierta astucia felina.

- Antón Semiónovich, usted no hace más que bromear, y yo no estoy para bromas.

- ¿Qué necesitas?

- ¡Oh! ¡Como si no lo comprendiera!... Necesito una nota... ¿Por qué finge usted que no me entiende?

La cogí del brazo y la llevé hacia un sendero.

- Vamos a hablar.

- ¡Para qué hablar!... ¡ Dios mio!... Deme usted la nota, y nada más.

- Escúchame, Vera -dije-, yo no bromeo ni finjo. La vida es una cosa seria, y jugar con la vida es innecesario y peligroso. En tu vida ha ocurrido algo serio: te has enamorado de un hombre... Pues bien, cásate con él...

- ¿Qué demonios me hace falta a mí su hombre? ¡Como que voy a casarme!... y encima dirá usted: ¡a criar niños! ¡Deme la nota! ¡Yo no estoy enamorada de nadie!

- ¿No estás enamorada? Entonces, ¿te has conducido como una libertina?

- Bueno ¿y qué? ¡Usted, naturalmente, puede decirlo todo!

- Pues, bien, voy a decírtelo todo: no te permitiré ser una libertina. Te has unido a un hombre, ¡ahora serás madre!

- ¡Le digo que me dé la nota! -gritó Vera, ya con lágrimas en los ojos-. ¿Por qué se burla usted de mí?

- No te daré la nota. Y, si continúas insistiendo, plantearé la cuestión en el Soviet de jefes.

- ¡Oh, Dios mío! -exclamó Vera y, dejándose caer sobre un lindero, se puso a llorar. Los sollozos hacían estremecerse dolorosamente sus hombros.

Yo permanecía ante ella sin decir nada. Galatenko se nos acercó desde el sandiar, contempló largo rato a Vera en el lindero y dijo sin apresurarse:

- Y yo que pensaba... ¿quién llorará por aquí? Y resulta que es Vera... Y antes no hacía más que reírse... Y ahora llora...

Vera se calló, se levantó del lindero, se sacudió cuidadosamente el vestido, sollozó por última vez y se fue a la colonia, agitando los brazos y contemplando las estrellas.

Galatenko dijo:

- ¡Vamos a la choza, Antón Semiónovich! ¡Le obsequiaré con una sandía que ya verá! ¡Se llama el zar de las sandías! ¡Hay también muchachos allí!

Transcurrieron dos meses más. Nuestra vida se deslizaba como un tren bien engrasado: en algunos lugares a toda marcha; en los sitios peligrosos, despacito; en las pendientes, poniendo en juego los frenos, y en las cuestas, soplando y resoplando. Y con nuestra vida, se deslizaba también por inercia la vida de Vera Berezóvskaia, pero la muchacha era un pasajero sin billete en nuestro tren.

Ante los colonos no se ocultó su embarazo, y seguramente la propia Vera confió su secreto a las amigas (todos sabemos qué secretos suele haber entre las muchachas). Tuve

ocasión de rendir tributo a la nobleza de los colonos, nobleza que, dicho sea de paso, no había puesto jamás en duda. Nadie se burló de Vera, nadie la persiguió. Para los muchachos, el embarazo y el nacimiento de un hijo no eran ni una vergüenza ni una desgracia. Ningún colono pronunció una palabra ofensiva para Vera, ni le lanzó una mirada de desdén. Pero acerca de Silvéstrov, el telegrafista, se hablaba de un modo especial. Por lo visto, esta cuestión había sido bien ventilada en los dormitorios y en los salones, en el destacamento mixto, en el club, en el campo, en el taller, porque un día Lápot me sugirió este tema como algo ya completamente decidido:

- Hoy hablaremos en el Soviet con Silvéstrov. ¿No tiene usted nada en contra?

- Yo no tengo nada en contra, pero tal vez lo tenga Silvéstrov.

- Le traerán. ¡Que no finja ser komsomol!

Por la noche, Zhorka y Vólojov trajeron a Silvéstrov, y, a pesar de todo el dramatismo de la cuestión, yo no pude reprimir una sonrisa cuando le colocaron en el centro y Lápot atornilló la última tuerca:

- ¡Firme!

Silvéstrov temía al Soviet de jefes como a la muerte.

No sólo se colocó en el centro y se cuadró: además, estaba dispuesto a realizar las proezas que fuesen necesarias y a descifrar toda suerte de adivinanzas con tal de salir sano y salvo de esta horrible institución. Pero inesperadamente las cosas tomaron tal giro, que fue el propio Soviet quien se vio obligado a descifrar adivinanzas, porque Silvéstrov balbuceó en el centro de la habitación:

- Camaradas colonos, ¿es que yo he ultrajado a Vera... o es que soy un sinvergüenza?...

Vosotros habláis de boda. Yo estoy dispuesto, con mucho gusto me casaría, pero ¿qué puedo hacer si ella no quiere?

- ¿Cómo que no quiere? -gritó Lápot, dando un salto-. ¿Quién te lo ha dicho?

- Pues ella misma... Vera.

- A ver, ¡que venga al Soviet! ¡Zoreñ!

- ¡A la orden!

Zoreñ se lanzó ruidosamente por la puerta, y dos minutos después irrumpió de nuevo en el despacho e hizo una señal a Lápot, indicando con su oreja derecha la remota región en que Vera se hallaba en aquel momento.

- ¡No quiere! ¿Comprendes? Yo le digo... y ella me contesta: ¡vete a paseo!

Lápot giró su mirada por el Soviet y se detuvo en Fedorenko. Fedorenko se levantó dignamente de su sitio, alzó la mano con un ademán amistoso y negligente, pronunció en voz baja, aunque sonora, a la orden y se dirigió a la puerta. Por debajo de su brazo, se deslizó Zoreñ y se lanzó escaleras abajo con un terrible estrépito. Silvéstrov palidecía y retenía el aliento en el centro de la habitación, observando cómo delante de él los colonos arrancaban la piel al ángel caído del amor.

Yo corrí tras Fedorenko y le detuve en el patio:

- Vuelve al Soviet; yo hablaré con Vera.

Fedorenko me cedió silenciosamente el paso.

Vera, sentada en su cama, esperaba pacientemente el tormento y los castigos, jugando con unos grandes botones blancos. Zoreñ, de pie ante ella, parecía un verdadero perro de caza y repetía con su voz aguda de discante:

- ¡Ve, ve!... ¡Si no, Fedorenko!... ¡Ve!... Vale más que vayas -y, bajando la voz, susurró-: ¡Ve! Si no, Fedorenko... te llevará en brazos.

Zoreñ me vio y desapareció. En el sitio donde había estado quedó sólo una pequeña espiral azulada de aire.

Yo me senté en la cama de Vera e hice una señal a las dos o tres muchachas que estaban en la habitación para que salieran.

- ¿No quieres casarte con Silvéstrov?

- No.

- Pues no te cases. Tienes razón.

Sin dejar de jugar con los botones, Vera dijo para ellos más que para mí: - ¡Todos quieren casarme! ¿Y si yo no quiero?... ¡Que me hagan el aborto!

- ¡No!

- Pues yo insisto: ¡que me lo hagan! Yo sé que, si quiero, usted no tiene derecho a impedirlo.

- Ya es tarde.

- ¡No importa que sea tarde!

- Ya es tarde. Ningún médico puede hacerlo.

- ¡Puede! ¡Lo sé! Sólo que esto se llama cesárea.

- ¿Tú sabes lo que es eso?

- Sí. Me harán una operación y nada más.

- Eso es muy peligroso. Puedes morirte.

- ¡No me importa! Vale más morir que tener un niño. ¡No quiero!

Puse la mano sobre sus botones. Ella trasladó su mirada a la almohada.

- ¿Sabes, Vera? También los médicos están sometidos a la ley. La cesárea puede hacerse sólo en caso de que la madre no pueda dar a luz.

- ¡Tampoco yo puedo!

- Tú puedes. ¡Y tendrás un niño!

Apartó mi mano, se levantó de la cama y lanzó con fuerza los botones sobre el lecho.

- ¡No puedo! ¡Y no daré a luz! ¡Sépanlo ustedes! ¡Es igual, me ahorcaré o me ahogaré, pero no daré a luz!

Se echó llorando sobre la cama.

Zoreñ entró corriendo en el dormitorio.

- Antón Semiónovich, Lápot pregunta si tenemos que esperar a Vera. ¿Y qué hacemos con

Silvéstrov?

- Diles que Vera no se casará con él.

- ¿Y Silvéstrov?

- ¿Silvéstrov? ¡Echadle!

Zoreñ agitó fulminantemente su invisible rabito y voló silbando por la puerta.

¿Qué podía hacer? ¡Cuántas decenas de siglos llevaba la gente viviendo sobre la tierra, y siempre había habido desorden en las cuestiones del amor! Romeo y Julieta, Otelo y Desdémona, Oneguin y Tatiana, Vera y Silvéstrov... ¿Cuándo terminaría todo esto? ¿Cuándo, por fin, se colocaría en el corazón de los enamorados manómetros, amperímetros, voltímetros y extintores automáticos y rápidos de incendios? ¿Cuándo se podría, por fin, descansar de la preocupación: se ahorcará o no se ahorcará?

Salí irritado. En el Soviet habían despedido ya al novio. Pedí a las muchachas-jefes que se quedaran: quería hablar con ellas acerca de Vera. Olia Lanova, una muchacha gruesa y sonrosada, me dijo después de escucharme con afable atención: - Tiene usted razón. Si le hubieran hecho eso, se habría echado a perder del todo.

Natasha Petrenko, que observaba a Olia con una mirada tranquila e inteligente, permanecía en silencio.

- Natasha, ¿tú qué piensas?

- Antón Semiónovich -repuso Natasha-, si una persona quiere ahorcarse, no se puede hacer nada. Ni vigilándola podremos impedirlo. Las niñas dicen: la vigilaremos. Claro que la vigilaremos, pero será inútil.

Nos separamos. Las muchachas se fueron a dormir y yo a meditar y a esperar una llamada a la ventana. En esta provechosa ocupación pasé varias noches. A veces, la noche empezaba con una visita de Vera, que acudía a verme sin peinar, llorosa y desesperada, se sentaba frente a mí y me decía las cosas más absurdas e indignantes acerca de su vida fracasada, de mi crueldad, de diferentes casos en que la cesárea había sido practicada felizmente.

Yo utilizaba la oportunidad para ínculcar a Vera algunos principios de la necesaria filosofía de la vida, principios de los que ella carecía en grado sumo.

- Tú sufres -le decía yo-, porque eres excesivamente ansiosa. Necesitas placeres, diversiones, alegrías. Crees que la vida es una fiesta gratuita y que tú has llegado a ella para que todos te agasajen, bailen contigo y satisfagan tus gustos y caprichos.

- A juicio de usted, ¿siempre hay que sufrir?

- A mi juicio, la vida no es una fiesta continua. Las fiestas son poco frecuentes. Lo más frecuente es el trabajo, todas las diversas preocupaciones que tiene el hombre, sus deberes.

Así viven todos los trabajadores. Y en esta vida hay más alegría y más sentido que en tu fiesta.

Antes es cuando había gente que no trabajaba y pasaba la vida de fiesta y buscaba toda clase de placeres. Pero tú sabes que nosotros hemos echado a esa gente.

- Entonces -lloriquea Vera-, según usted, el que trabaja debe sufrir siempre.

- ¿Por qué sufrir? El trabajo y la vida laboriosa son también alegría, Tú, por ejemplo, darás a luz un hijo, le querrás, tendrás una familia y cuidarás a tu hijo. Tú trabajarás, lo mismo que todos, y a veces descansarás: en esto radica la vida. Y cuando tu hijo sea mayor, me agradecerás muchas veces que no te haya permitido aniquilarle.

Lentamente, muy lentamente comenzó Vera a escuchar mis palabras y a pensar en su futuro sin miedo ni aversión. Yo movilicé todas las fuerzas femeninas de la colonia, y así fue rodeada Vera de una atención especial y de un análisis todavía más especial de la vida. El Soviet de jefes concedió a Vera una habitación para ella sola. Kudlati presidió una

comisión de tres personas, que se encargó de trasladar a la habitación los muebles, la vajilla, todo el ajuar doméstico. Hasta los pequeños comenzaron a manifestar interés por todo ese ajetreo, pero ellos, naturalmente, no pudieron desprenderse de su habitual frivolidad y de su falta de seriedad respecto a las cuestiones de la vida. Sólo por eso un día descubrí a Sínenki con un gorrito infantil recién hecho.

- ¿Qué es eso? ¿Por qué te has puesto ese gorro?

Sínenki se quitó el gorrito de la cabeza y suspiró profundamente.

- ¿Dónde lo has cogído?

- Es un gorrito... del niño de Vera... lo han hecho las muchachas...

- ¡Un gorrito!... ¿Y por qué lo tienes tú?

- Es que pasaba por ahí...

- ¿Y qué?

- Pues eso: que pasaba y lo vi...

- ¿Por dónde pasabas? ... ¿Por el taller de costura?

Sínenki comprendió que las palabras son superfluas y por eso asintió en silencio, mirando a un lado.

- Las muchachas lo han cosido para que sirva de provecho, y tú lo romperás, lo mancharás, lo tirarás... ¿Está bien eso?

No, esta acusación fue superior a las débiles fuerzas de Sínenki:

- No, Antón Semiónovich, usted escúcheme... Yo lo cogí, y Natasha me dijo: Hay que ver qué malo te has vuelto. Y yo le contesté: Se lo llevaré a Vera. Y ella me respondió: Bueno, llévaselo.

Fui corriendo a donde Vera, pero Vera había ido a la enfermería. Y usted dice que voy a romperlo...

Transcurrió un mes más, y Vera se reconcilió con nosotros y, arrebatada por la misma pasión con que antes me había exigido la cesárea, se lanzó ahora al torbellino de las preocupaciones maternales. En la colonia apareció de nuevo Silvéstrov, y hasta Galatenko se encogía de hombros en un ademán de asombro extraordinario: No hay quien comprenda nada: ahora parece que piensan casarse.

Nuestra vida siguió su curso. Aumentó la animación en nuestro tren, y ahora corría hacia adelante, cubriendo de un humo oloroso y alegre los amplios campos de la jubilosa vida. Los hombres soviéticos contemplaban nuestra vida y se alegraban. Los domingos teníamos invitados: estudiantes de los institutos, excursiones obreras, pedagogos, colaboradores de los periódicos y de las revistas. En las páginas de los periódicos y de las revistas quincenales se publicaban relatos sencillos y cordiales acerca de nosotros, retratos de los muchachos, fotografías de la porqueriza y del taller de carpintería. Los visitantes abandonaban la colonia un poco emocionados por nuestro modesto brillo, estrechaban las manos de sus nuevos amigos y, cuando les invitábamos a volver otro día, contestaban con el saludo y decían a la orden.

Eran más y más frecuentes las visitas de extranjeros. Gentlemen bien vestidos contemplaban, entornando cortésmente los ojos, nuestras primitivas riquezas, las viejas bóvedas del monasterio y los monos de algodón de los muchachos. Tampoco podíamos admirarles con nuestro establo. Pero los vivos rostros de los muchachos, el sordo zumbido del trabajo y los relámpagos de las miradas levemente irónicas a las medias escocesas y a

las cazadoras, a los rostros lustrosos y a los diminutos blocks de notas, asombraban a los visitantes.

Los extranjeros importunaban a los intérpretes con preguntas malintencionadas, y por nada del mundo querían creer que nosotros mismos habíamos demolido la muralla del monasterio, aunque esta muralla ya no existía. Me pedían autorización para hablar con los muchachos y yo la concedía, pero exigiendo categóricamente que no hicieran ninguna pregunta relativa al pasado de los colonos. Entonces, ellos se ponían en guardia y comenzaban a discutir. El intérprete, un poco confuso, me decía: - Preguntan por qué oculta usted el pasado de los educandos. Si ha sido malo, tanto más honor para usted.

Y, ya con absoluta satisfacción, el intérprete traducía mi respuesta:

- No necesitamos semejante honor. Yo exijo la delicadeza más elemental. Nosotros no nos interesamos por el pasado de nuestros visitantes.

Los visitantes florecían en sonrisas y asentían amistosamente:

- ¡Yes, yes!

Luego se iban en sus lujosos automóviles y nosotros seguíamos viviendo.

En otoño nos abandonó un nuevo grupo de rabfakianos. Durante el invierno, volvimos a levantar pacientemente en las aulas, ladrillo tras ladrillo, los arcos austeros de la cultura escolar.

¡Y, de nuevo, la primavera! Y, además, temprana. En tres días todo está terminado. En un sendero recto y firme termina pacíficamente sus días una corteza fina y sucia de hielo. Alguien pasa por la carretera, y un cubo vacío tintinea alegremente en un carro. El cielo es puro, azul, engalanado. Una bandera purpúrea chasca al ondular bajo el tibio viento primaveral. La puerta principal del club está abierta de par en par. En el desacostumbrado frescor del vestíbulo hay una pulcritud especial, y sobre el piso ha sido extendida cuidadosamente una estera después de la limpieza.

En el invernadero hace ya tiempo que bulle el trabajo. De día, las esteras de paja están amontonadas en un rincón, y los techos de cristal, levantados. Alrededor de los invernaderos hay muchachas y muchachos armados de unos palitos puntiagudos. Están picando almáciga y charlan sin cesar de unas cosas y otras. Zhenia Zhurbiná, una personilla de la edición de 1924, vaga libremente por la tierra, contemplando las enormes fosas de los invernaderos -es la primera vez que hace tal cosa en la vida-, y mira con temor hacia la cochera, porque allí vive el Molodiets, y también balbucea hablando de las cuestiones que le interesan: - ¿Y quién va a arar? Los muchachos, ¿sí? ¿Y el Molodiets también? Con los muchachos, ¿sí? ¿ Y cómo se hace?

Los aldeanos celebraron la Pascua. Anduvieron toda la noche por el patio, yendo y viniendo con hatillos y velas. Durante la noche entera estuvieron repicando en el campanario. Se dispersaron al despuntar el día, comieron a sus anchas, olvidándose ya de la vigilia, y empezaron a rondar borrachos por la aldea y en torno a la colonia. Pero no dejaron de repicar.

Subían por turno al campanario y soltaban a vuelo las campanas. Finalmente, el jefe de guardia subió también al campanario y obligó a volver a la aldea a todo un puñado de músicos. Con sus chaquetas de los días de fiesta acudieron los miembros del consejo eclesiástico, sus hijos y sus hermanos. Accionaban mucho, más audaces que nunca, y aullaban: - ¡No tienen ustedes derecho! ¡El Poder soviético permite que se celebre la

santa fiesta! ¡Que abran el campanario! ¡Es la fiesta de las fiestas! ¡Quién puede prohibir que se toquen las campanas?

- Si aunque no toquen las campanas, tú ya estás borracho -dice Lápot.

- ¿A ti qué te importa si estoy borracho? ¿Por qué no se puede repicar?

- Padrecito -le contesta Kudlati- , la verdad es que estamos hartos, ¿comprendes? ¿A qué viene esta fiesta? ¿Que ha resucitado Cristo? ¿Y tú qué tienes que ver con eso? En Podvorki no ha resucitado nadie, ¿verdad? ¡No! Pues, entonces, a qué os metéis en lo que no os importa?

Los miembros del consejo eclesiástico se tambalean, levantan los brazos y gritan: - ¡No importa! ¡Hay que repicar! ¡Y nada más!

Los muchachos, entre risas, forman una cadena y barren fuera del recinto a esta espuma pascual. Kósir contempla desde lejos la escena y se acaricia la barbeja con aire reprobatorio: - ¡A lo que llega la gente! Si quieres celebrar la fiesta, celébrala sin ruido. Pero, ¡quia! Van, vienen, insultan. ¡Dios les perdone!

Por la noche entraron en juego los cuchillos en la aldea. Los vecinos de Podvorki empezaron a gritar, a desenterrar viejos conflictos, y fueron traídos a nuestra enfermería racimos enteros de acuchillados y apaleados. De la ciudad llegó a galope un destacamento de milicianos a caballo.

Al pie de la terracilla de la enfermería se habían congregado los parientes de las víctimas, los testigos y los amigos, siempre los mismos miembros del consejo eclesiástico, sus hijos y sus hermanos. Los colonos les rodeaban y preguntaban con sonrisas irónicas: - Papaíto, ¿no hay que repicar?

Después de Pascua llegaron a nosotros rumores de que, al otro lado de Járkov, la GPU estaba construyendo una colonia infantil, aunque no dependiente del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, sino de la GPU. Los muchachos señalaron esta noticia como el indicio de una nueva época: - Están construyendo una casa nueva, ¿comprendéis? ¡Una casa completamente nueva!

A mediados de verano se detuvo en el patio de la colonia un automóvil, y un hombre con distintivos de color frambuesa en el uniforme me invitó: - Si dispone usted de tiempo, tenga la bondad de acompañarme. Estamos terminando la construcción de una casa para la comuna Dzerzhinski. Convendría que usted la viera... desde el punto de vista pedagógico.

Nos pusimos en camino.

Yo me quedé estupefacto. ¿Cómo? ¿Para los niños desamparados? ¡Un palacio espacioso y lleno de sol? ¿Piso encerado y techos con molduras?

No había estado soñando en balde por espacio de siete años. No en vano había visto entre sueños los futuros palacios de la pedagogía. Con un amargo sentimiento de envidia y de dolor expuse ante el chequista el punto de vista pedagógico. Lo aceptó confiadamente como el fruto de mi experiencia pedagógica y me dio las gracias.

Regresé a la colonia corroído por la envidia. ¿A quién le tocaría ahora trabajar en aquel palacio? No era difícil construir un palacio; había cosas más difíciles. Pero mi tristeza duró poco tiempo. ¿Acaso mi colectividad no era mejor que cualquier palacio?

En septiembre Vera dio a luz un niño. La camarada Zoia se presentó en la colonia, cerró la puerta y la emprendió conmigo.

- ¿Las muchachas de su colonia dan a luz?
- ¿Por qué en plural? ¿Y por qué se ha asustado usted tanto?
- ¿Cómo que por qué me he asustado tanto? ¡Muchachas que dan a luz niños!
- ¡Naturalmente, niños!... ¿Qué otra cosa pueden dar a luz?
- ¡No bromee, camarada!
- ¡Pero si no bromeo!
- Inmediatamente hay que levantar acta.
- En el Registro Civil se han levantado ya las actas oportunas.
- Eso en el Registro Civil, pero nosotros, no.
- Nadie le ha autorizado a usted para levantar actas de nacimiento.
- De nacimiento, no... ¡de algo peor!
- ¿Peor que de nacimiento? Me parece que no puede haber nada peor... Schopenhauer o no sé qué otro decía que...
- ¡Camarada, abandone usted ese tono!
- ¡No lo abandonaré!
- ¿No lo abandonará? ¿Qué significa eso?
- ¿Quiere usted que se lo diga en serio? Esto significa que estoy harto, ¿comprende?, harto...
¡Márchese, aquí no levantará usted actas de ninguna clase!
- ¡Está bien!
- ¡Buen viaje!

Se fue, y de su está bien no resultó nada. Vera reveló excepcionales cualidades de madre, solícita, cariñosa e inteligente. ¿Qué más podía querer yo? Vera obtuvo trabajo en nuestra contaduría.

Hacía ya tiempo que se había recolectado y molido la cosecha, guardado lo necesario, llenado de materiales los talleres y admitido a nuevos muchachos.

Muy pronto cayó la primera nevada. El día antes aún hacía calor, y por la noche giraron sobre Kuriazh, silenciosos y suaves, los primeros copos de nieve. Zhenia Zhurbiná salió por la mañana temprano a la terracilla, fijó los ojitos, muy abiertos, en la blanca superficie del patio, y se quedó pasmada:
- ¿Quién le ha echado sal a la tierra?.. ¡Mamá!...
- ¡Han sido seguramente los muchachos! ¡Ayudad al Niño!

El edificio de la comuna Dzerzhinski estaba ya terminado.(41) En la linde de un joven robledal, mirando a Járkov, se levantaba una bella casa gris. En la casa había dormitorios altos y claros, salas lujosas, amplias escaleras, cortinas, retratos. Todo había sido montado en la comuna con sumo gusto, no al estilo del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública.

Para los talleres habían sido destinadas dos naves. En un rincón de una de ellas vi con gran asombro un taller de zapatería.

(41) .- Félix Edmúndovich Dzerzhinski (1877-1926): dirigente del Partido Comunista. Fue el fundador de la Cheká, policía política del Estado bolchevique.

En el taller de carpintería de la comuna había magníficas máquinas. Sin embargo, en esta sección se advertía cierta inseguridad en sus organizadores.

Los constructores de la comuna nos encargaron a la colonia Gorki y a mí que preparásemos la nueva institución para su apertura. Yo confié este asunto a Kirguísov. La brigada dirigida por él se entregó de lleno a las nuevas preocupaciones.

La comuna Dzerzhinski estaba calculada para dar albergue solamente a cien niños, pero era un monumento a Félix Dzerzhinski, y los chequistas ucranianos ponían en esta obra, además de sus medios personales, todo su tiempo libre, todas las energías de su alma y de su inteligencia. Sólo una cosa no podían dar a la nueva comuna. Los chequistas eran débiles en el terreno de la teoría pedagógica. Pero no sé por qué no tenían miedo a la práctica pedagógica.

A mí me intrigaba mucho saber cómo saldrían los camaradas chequistas de su difícil situación.

Ellos tal vez pudieran ignorar la teoría, ¿pero estaría de acuerdo la teoría con ignorar a los chequistas? En esta nueva empresa, tan fundamental, ¿no sería quizá adecuado aplicar los últimos descubrimientos de la ciencia pedagógica, como por ejemplo, la autodirección clandestina? ¿Acaso los chequistas estarían de acuerdo con sacrificar en aras de la ciencia sus techos ornados de molduras y su excelente mobiliario? Los días siguientes habían de demostrarme que los chequistas no estaban de acuerdo con sacrificar nada. El camarada B. me hizo sentar en un muelle sillón de su despacho y me dijo:

- Mire, tengo que hacerle el siguiente ruego: no puede admitirse que se estropee todo esto, que sea destrozado. La comuna, naturalmente, nos hace falta y nos hará falta durante mucho tiempo todavía. Nosotros sabemos que la colectividad que usted dirige es una colectividad disciplinada. Denos, para comenzar, a unos cincuenta muchachos, y después empezaremos ya a completarlos con muchachos de la calle. ¿Usted comprende? Así estableceremos, de golpe, la autoadministración y el orden. ¿Comprende?

¡Cómo no había de comprenderlo! Yo comprendía muy bien que aquel hombre inteligente no tenía ni idea de la ciencia pedagógica. Hablando en propiedad, yo entonces cometí un delito: oculté ante el camarada B. la existencia de la ciencia pedagógica y no hablé para nada de la autodirección clandestina. Respondí a la orden y me retiré con pasos cautelosos, mirando a los lados y sonriendo pérfidamente.

Me agradaba que se hubiera confiado a los gorkianos la fundación de la nueva colectividad, pero este asunto tenía también sus facetas trágicas. ¿Entregar a los mejores? ¡Pero eso era imposible! Acaso la colonia Gorki no estaba interesada en cada uno de los mejores?

El trabajo de la brigada de Kirguísov tocaba a su fin.

En nuestros talleres se construían los muebles para la comuna, en el taller de costura se había empezado a confeccionar la ropa destinada a los futuros comuneros. Para hacerla a la medida, fue preciso destacar inmediatamente a cincuenta futuros comuneros.

El Soviet de jefes abordó en serio la tarea.

- A la comuna -dijo Lápot-hay que mandar a buenos muchachos, sólo que no a los mayores.

Los mayores, ya que han sido gorkianos, deben seguir siéndolo. Además, es igual: de todas maneras, pronto tendrán que iniciar su vida independiente.

Los jefes se manifestaron de acuerdo con Lápot. Pero, cuando se pasó a discutir las candidaturas, comenzaron los altercados, el verdadero trajín. Todos trataban de enviar a la comuna a muchachos de otros destacamentos. Estuvimos reunidos hasta muy avanzada la noche y, por fin, establecimos una relación de cuarenta muchachos y diez muchachas. En la relación entraban los dos Zheveli, Górkovski, Vañka Záichenko, Málikov, Odariuk, Zoreñ, Nísinov, Sínenki, Charovski, Gardínov, Olia Lanova, Smena, Vaska Alexéiev, Mark Sheinhaus.

Exclusivamente desde el punto de vista de la solidez, se agregó a Misha Ovcharenko. Yo examiné una vez más la lista y quedé sumamente satisfecho de ella: muchachos buenos y fuertes, aunque jóvenes.

Los destinados a la comuna empezaron a prepararse para el traslado. Aún no habían visto su nueva casa, y por eso les daba mayor tristeza despedirse de los camaradas. Hasta alguno decía:

- ¿Quién sabe cómo vamos a estar allí? La casa será buena, pero cualquiera sabe qué tal será la gente.

A finales de noviembre todo quedó dispuesto para el traslado. Yo empecé a componer la plantilla de la nueva comuna. En calidad de buena levadura envié a Kirguísov. Todo eso transcurría sobre el fondo de mi ruptura casi total con los sabios círculos pedagógicos del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública que funcionaba entonces en Ucrania. En el último tiempo, la actitud de estos círculos respecto a mí era no sólo negativa, sino hasta casi desdeñosa. Y aunque los círculos en cuestión no eran muy amplios y se veía a las claras qué clase de gente los constituía, resultaba que para mí no había salvación.

Apenas pasaba día sin que, bien por motivos casuales, bien por motivos de principio, se me demostrara a qué abismos había caído. Yo mismo había comenzado a dudar de mí.

Los hechos más agradables y placenteros se transformaban, de repente, en conflictos. ¿Tal vez yo era, en efecto, culpable de todo?

En Járkov, por ejemplo, se celebra un Congreso de los Amigos de la Infancia, y la colonia decide saludarles. Convenimos que nosotros llegaríamos al lugar del Congreso a las tres en punto de la tarde.

Nos aguardan diez kilómetros de marcha. Vamos sin apresurarnos. Sigo por el reloj la rapidez de nuestro movimiento, detengo a la columna, permito descansar a los muchachos, beber agua, contemplar la ciudad. Una marcha así es un agradable paseo para los colonos. En la calle todo el mundo se fija en nosotros. Durante los altos, la gente nos rodea, nos interroga, hacemos amistades. Los colonos, engalanados y alegres, bromean, descansan, sienten la belleza de su colectividad. Todo está bien, y sólo nos preocupa un tanto el objetivo de nuestra marcha. Las agujas de mi reloj marcan las tres cuando nuestra columna con música y la bandera desplegada se acerca al lugar del Congreso. Pero a nuestro encuentro corre una intelectual colérica, que empieza a machacar:

- ¿Por qué habéis venido tan pronto? Ahora va a tener usted a los chicos en la calle.

Yo señalo el reloj:

- ¡Eso no tiene importancia!... Hay que prepararse.

- Habíamos acordado que fuese a las tres.

- Usted, camarada, siempre sale con alguna de las suyas.

Los colonos no comprenden de qué son culpables ni por qué se les mira con desprecio.

- ¿Y para qué ha traído usted a los pequeños?

- La colonia viene con sus efectivos completos.

- Pero, ¿cómo es posible? ¿Es tolerable que se lleve andando diez kilómetros a unos chicos tan pequeños? ¡No se puede ser tan cruel sólo porque usted quiera lucirse!

- Los pequeños están contentos del paseo... Y, después del acto, vamos a ir al circo. ¿ Cómo podíamos dejarles en la colonia?

- ¿Al circo? ¿Y cuándo termina el circo?

- Por la noche.

- Camarada, ¡haga usted volver inmediatamente a los pequeños!

Los pequeños -es decir, Záichenko, Málikov, Zoreñ, Sínenki-palidecen en las filas y sus ojos me miran iluminados por una postrera esperanza.

- ¿Quiere que les preguntemos? -propongo.

- No hay que preguntar, nada; la cosa está clara. Envíeles inmediatamente a la colonia.

- Perdóneme, pero no me someto a su disposición.

- En tal caso, yo misma daré la orden.

Reprimiendo difícilmente una sonrisa, digo:

- Como usted guste.

La intelectual se aproxima a nuestro flanco izquierdo:

- ¡Niños!... ¡Vosotros!... ¡Volved ahora mismo a casa!... Seguramente estaréis cansados...

Su voz cariñosa no engaña a nadie.

- ¿Cómo a casa? -objeta uno de los pequeños-. No...

- Y no iréis al circo. Será tarde...

Los pequeños se ríen. Zoreñ hace filigranas con los ojos:

- ¡Pero qué pícara es! ¡Antón Semiónovich, fíjese qué pícara es!

Vania Záichenko, con un movimiento propio sólo de él, tiende solemnemente la mano hacia la bandera:

- No hable usted así... En filas no se debe hablar de ese modo... Hay que hablar de esta manera un, dos... ¿Ve usted? Estamos formados y llevamos la bandera... ¿Lo ve?

La intelectual mira con ojos de compasión a estos niños definitivamente sometidos a un régimen cuartelero y se va.

Choques así, naturalmente, no acarreaban ninguna consecuencia funesta para el trabajo cotidiano, pero originaban alrededor de mí una insoportable soledad desde el punto de vista de la organización, soledad a la que, sin embargo, podía uno acostumbrarse. Yo había aprendido ya un poco a acoger cada nuevo incidente con la

lúgubre decisión de aguantar, de resistir de algún modo. Procuraba no entablar discusión alguna y, si, a veces, contestaba, era por mera cortesía, ya que es imposible no hablar en absoluto con la superioridad.

En octubre nos ocurrió una desgracia con Arkadi Uzhikov, que debía abrir entre ellos y yo el último abismo infranqueable.

Un día de descanso los rabfakianos vinieron a visitarnos. Instalamos su dormitorio en un aula y durante el día fuimos a una gira campestre. Mientras los muchachos se divertían, Uzhikov penetró en su habitación y robó una cartera en la que los rabfakianos habían guardado el estipendio que acababan de recibir.

Los colonos querían a los rabfakianos como cuarenta mil hermanos no serían capaces de

querer. Todos nos sentíamos terriblemente abochornados. Durante cierto tiempo, el ladrón no fue descubierto, y este hecho tenía para mí la mayor importancia. El robo en una colectividad no es terrible porque desaparezca una cosa, ni porque uno salga perjudicado, ni tampoco porque otro continúe robando, sino principalmente, porque anula el ambiente general de seguridad, aniquila la confianza mutua entre los camaradas, engendra los instintos más antipáticos de la desconfianza, la preocupación por los efectos personales, un egoísmo receloso y agazapado. Si el culpable de la sustracción no ha sido encontrado, la colectividad se fracciona inmediatamente en varias direcciones: en los dormitorios hay cuchicheos, en diálogos secretos se nombra a los sospechosos, decenas de caracteres son sometidos a la más dura de las pruebas y, precisamente, caracteres que es preciso cuidar, que han sido apenas encauzados. Y no importa que se encuentre al ladrón unos días más tarde, no importa que sufra el debido castigo, es igual: eso no cicatrizará las heridas, no borrará las ofensas, no devolverá a muchos el lugar tranquilo en la colectividad. En este robo, al parecer solitario, radica el principio de largos y tristísimos procesos de enemistad, de irritación, de soledad y de auténtica misantropía. El robo es uno de los numerosos fenómenos de una colectividad en que no existe sujeto de influencia, en que hay más reacción química que voluntad malintencionada.

El robo no es temible únicamente allí donde no hay colectividad ni opinión pública; en este caso, el asunto se resuelve simplemente: uno ha robado, otro ha sido robado, los demás permanecen al margen. El robo en una colectividad hace que se descubran pensamientos secretos, aniquila la delicadeza y la paciencia indispensables en una colectividad, cosa, sobre todo, funesta en una sociedad de infractores de la ley.

El delito de Uzhikov fue descubierto sólo al tercer día. Inmediatamente le encerré en la oficina y puse guardia en la puerta para evitar excesos por parte de los camaradas. El Soviet de jefes decidió someter el asunto a un tribunal de honor. Este tribunal se reunía muy pocas veces, porque los muchachos confiaban habitualmente en las decisiones del Soviet de jefes. Del tribunal de honor Uzhikov no podía esperar nada bueno. Los jueces fueron elegidos en asamblea general, que unánimemente se detuvo en cinco apellidos: Kudlati, Górkovski, Záichenko, Stupitsin y Perets. A Perets se le eligió para que no se molestasen los kuriazhanos.

Stupitsin tenía fama de ecuánime y los primeros tres nombres prometían una total imposibilidad de blandura o de condescendencia.

El juicio comenzó por la tarde ante numeroso público. En la sala estaban Bréguel y Dzhurínskaia. Habían llegado especialmente con este motivo.

Uzhikov ocupaba un banco aislado. Todos estos días su conducta había sido descarada, nos respondía groseramente a los colonos y a mí, reíase y producía verdadera repulsión. Arkadi llevaba en la colonia más de un año, y aunque su evolución durante este tiempo era indudable, el sentido de su evolución había permanecido siempre dudoso. Ahora era más ordenado, se mantenía más erguido, su nariz no parecía ya pesar más que el resto de sus facciones, incluso había aprendido a sonreír. Pero, a pesar de todo, seguía siendo el mismo Arkadi Uzhikov de antes, el hombre sin el menor respeto por nadie y mucho menos por la colectividad, el hombre que vivía tan sólo con su avidez de hoy.

Antes, Uzhikov tenía miedo a su padre o a la milicia. En la colonia, por el contrario, no le amenazaba nada excepto el Soviet de jefes o la asamblea general, y esta categoría de fenómenos no era simplemente advertida por Uzhikov. El instinto de la responsabilidad se había embotado más aún en él, y de ahí su nueva sonrisa y su nueva insolente expresión.

No obstante, ahora Uzhikov estaba pálido: por lo visto, el tribunal de honor le imponía un poco.

El jefe de guardia ordenó que el público se pusiera en pie, entró el tribunal. Kudlati comenzó el interrogatorio de los testigos y de las víctimas. Sus declaraciones estuvieron llenas de severa condenación y de burla. Misha Ovcharenko dijo:

- Aquí los muchachos han dicho que el Uzhikov éste deshonra a la colonia. Yo os diré, queridos amigos, que esto no puede ser, que Uzhikov no puede deshonrar a la colonia.

Uzhikov no es, ni mucho menos, colono, ¿y podemos decir que sea un hombre? Juzgad por vosotros mismos si es un hombre o no. Tomemos, por ejemplo, a un gato o a un perro, y veremos que son, palabra de honor, mucho mejores que Uzhikov. Y si ahora nos preguntamos: ¿qué hacer con él?, a mí me parece que no podemos echarle de la colonia, porque esto no le servirá de nada. Yo propongo que se le haga una perrera y se le enseñe a ladrar. Y si durante tres días no le echamos de comer, palabra de honor que aprenderá. Pero en las habitaciones no hay que dejarle entrar.

Éste fue un discurso ofensivo y aplastante. Vania Záichenko se reía a carcajadas ante la mesa del tribunal. Arkadi miró seriamente a Misha, enrojeció y volvió la cara.

Bréguel pidió la palabra. Kudlati le propuso:

- ¿No sería mejor que hablara usted después de los muchachos?

Bréguel insistió y Denís le concedió la palabra. Bréguel subió a la escena y pronunció un ardoroso discurso. Algunos párrafos de este discurso se me han quedado impresos en la memoria:

- Vosotros juzgáis a este muchacho por haber robado dinero. Todos aquí dicen que es culpable, que hay que castigarle severamente y algunos reclaman su expulsión. El, naturalmente, es culpable, pero todavía son más culpables todos los colonos.

Los colonos que estaban en la sala se callaron y alargaron el cuello para contemplar mejor a una persona que afirmaba que ellos tenían la culpa del robo cometido por Uzhikov.

- Ha vivido más de un año con vosotros y, a pesar de todo, roba. Esto significa que le habéis educado mal, que no le habéis tratado según es debido, como camaradas, que no le habéis explicado de qué manera hay que vivir. Aquí se ha dicho que trabaja mal, que también antes robaba a los camaradas. Todo esto demuestra que no habéis prestado a Arkadi la debida atención.

Los ojos penetrantes de los muchachos vieron, por fin, el peligro y recorrieron, inquietos, el rostro de los camaradas. Debe reconocerse que los muchachos no se inquietaban en vano, porque en aquel momento la colectividad estaba amenazada de un grave peligro. Pero Bréguel no vio la alarma en la reunión. Con verdadero énfasis terminó su alegato:

- Castigar a Arkadi significa vengarse, y vosotros no podéis rebajaros a eso. Debéis comprender que Arkadi necesita ahora vuestra ayuda, que está en una situación difícil, porque vosotros le habéis colocado frente a todos. Hasta se le ha comparado aquí con un animal... Hay que destacar a buenos muchachos, encargados de proteger a Arkadi y de ayudarle.

Cuando Bréguel descendió de la escena, en las filas hubo movimiento, voces, risas. Alguien preguntó con voz sonora y seria:

- ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Eh?

Y otra voz respondió en un tono algo más contenido, pero en una forma bastante sarcástica:

- ¡Niños, ayudad a Uzhikov!

La sala se rió. El juez Vania Záichenko se dejó caer contra el respaldo de la silla y golpeó con sus pies el cajón de la mesa. Kudlati le reprendió severamente:

- Vania, hablando en serio, ¿qué juez eres tú?

Uzhikov permanecía con la cabeza inclinada hacia las rodillas, y de pronto estalló en una carcajada, pero se contuvo inmediatamente y bajó todavía más la cabeza. Kudlati quiso decirle algo. Sin embargo, no le dijo nada: únicamente movió la cabeza y pinchó un poco con la mirada a Uzhikov.

Bréguel, al parecer, no advirtió esos menudos acontecimientos: estaba hablando animadamente de algo con Dzhurínskaia.

Kudlati anunció que el tribunal se retiraba a deliberar. Nosotros sabíamos que los jueces no invertirían menos de una hora en sus deliberaciones jurídicas y en redactar el veredicto. Yo invité a los visitantes a pasar a mi despacho.

Dzhurínskaia se arrinconó en un extremo del diván, se escondió tras el hombro de Guliáeva y se puso a examinar con atención a los demás, en busca, indudablemente, de la verdad.

Bréguel estaba convencida de habernos dado hoy una lección de verdadero trabajo educativo.

Yo sentía en mí una extraña obstinación, no la obstinación de la rectitud, no la obstinación de la victoria, no, sino la obstinación de la amargura y de una indefinida desesperación de mi trabajo.

Bréguel me preguntó:

- ¿Usted, naturalmente. no está de acuerdo conmigo?

Yo le respondí:

- ¿Quiere usted una taza de té?

Esta gente padecía la hipertrofia del silogismo. Este medio es bueno, aquél es malo, por consiguiente hay que emplear siempre el primero. ¿Cuánto tiempo haría falta para enseñarles la lógica dialéctica? ¿Cómo demostrarles que mi trabajo se componía de una serie ininterrumpida de operaciones, más o menos largas, que a veces duraban años enteros y que, además, revestían siempre un carácter de colisiones, en la que los intereses de la colectividad y de las personas por aislado formaban complicadísimos nudos? ¿Cómo convencerles de que durante mis siete años de trabajo en la colonia no se habían dado nunca dos casos completamente iguales? ¿Cómo hacerles comprender que no se podía enseñar a una colectividad a soportar una confusa intensidad de acción, una prueba de impotencia social y que, en el juicio de hoy, el objeto de trabajo educativo no era Uzhikov ni eran los cuatrocientos colonos, sino precisamente, la colectividad?

El responsable de la guardia nos invitó a volver a la sala.

En medio de un completo silencio, de pie, los colonos escucharon la condena:

Condena

Como enemigo de los trabajadores y ladrón, sería preciso expulsar vergonzosamente de la colonia a Uzhikov. Pero, teniendo en cuenta que el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública ha intercedido por él, el tribunal de honor resuelve:

1) Dejar a Uzhikov en la colonia.

2) No considerarle miembro de la colonia por un mes, expulsarle del destacamento, no designarle para los destacamentos mixtos, prohibir a todos los colonos hablar con él, ayudarle, comer en la misma mesa, dormir en el mismo dormitorio, jugar con él, sentarse junto a él y andar a su lado.

3) Considerarle bajo el mando de su antiguo jefe Dmitri Zheveli; Uzhikov puede hablar con el jefe sólo si tiene algo que comunicarle y, en caso de enfermedad, con el médico.

4) Designarle para dormir el pasillo de los dormitorios, y para comer mesa aparte, donde indique el secretario del Soviet de jefes; puede trabajar, si lo desea, pero solo y según las órdenes de su jefe.

5) Todo el que infrinja esta disposición será expulsado inmediatamente de la colonia por orden del secretario del Soviet de jefes.

6) La condena entrará en vigor inmediatamente después de ser confirmada por el director de la colonia.

Los aplausos de la asamblea aprobaron el veredicto. Kuzmá Leshi se dirigió a nosotros:

- ¡Eso sí que está bien! ¡Esto sí que ayudará! ¡Y aquí nos decían: ayudad al pobre niño, hacedle ganzúas, je!

El ingenuo Kuzmá hablaba así ante la propia Bréguel y no se daba cuenta de que estaba diciendo insolencias. Bréguel contempló con aire condenatorio al desgreñado Leshi y me dijo oficialmente:

- ¿Usted, claro está, no confirmará esta decisión?

- Hay que confirmarla -respondí.

En la habitación vacía del Soviet de jefes, Dzhurínskaia me llamó aparte:

- Quiero hablar con usted, ¿Qué decisión es ésta? ¿A usted qué le parece?

- La decisión está bien -repuse yo-. Naturalmente, el boicot es un medio peligroso y no se puede recomendar como una medida amplia, pero en este caso concreto será útil.

- ¿Está usted seguro?

- Sí. Mire usted, a este Uzhikov no le soporta nadie en la colonia; todo el mundo le desprecia. El boicot, en primer lugar, introduce por un mes una forma nueva, legal, de relaciones. Si Uzhikov resiste el boicot, el respeto hacia él será mayor. Para Uzhikov es una tarea de honor.

- ¿Y si no lo resiste?

- Los muchachos le expulsarán.

- ¿Y usted les apoyará?

- Por supuesto.

- ¿Pero cómo puede ser esto?

- ¿Y cómo puede ser de otra manera? ¿Tiene derecho la colectividad a defenderse?

- ¿A costa de Uzhikov?

- Uzhikov buscará otra sociedad. Y eso será útil para él.

Dzhurínskaia sonrió tristemente:

- ¿Cómo puede calificarse semejante pedagogía?

Yo no le respondí: ella misma cayó en la cuenta:

- ¿Tal vez la pedagogía de la lucha?

- Tal vez.

En el despacho, Bréguel se disponía a marcharse. Lápot llegó con la orden:

- ¿La confirma usted, Antón Semiónovich?

- Sin duda. Es una espléndida decisión.

- Inducen ustedes al chiquillo a suicidarse -observó Bréguel.

- ¿A quién? ¿A Uzhikov? -se asombró Lápot-. ¿A suicidarse? Si se ahorcase, no estaría mal...

Sólo que él no se ahorcará.

- ¡Qué pesadilla! -pronunció Breguel entre dientes y se fue.

Estas mujeres conocían mal a Uzhikov y a la colonia.

Tanto la colonia como Uzhikov emprendieron con entusiasmo el boicot. Los colonos, efectivamente, interrumpieron todo contacto con Uzhikov, pero en ellos ya no había ni ira, ni ofensa, ni desprecio hacia este vil sujeto. Era como si la condena del tribunal lo hubiera absorbido todo. Los colonos contemplaban de lejos a Uzhikov con gran interés y hablaban interminablemente entre sí acerca de todo lo ocurrido y acerca del futuro de Uzhikov. Muchos afirmaban que el castigo impuesto por el tribunal no servía para nada. De la misma opinión era Kostia Vetkovski.

- ¿Es que esto es un castigo? ¡Uzhikov se pavonea lo mismo que un héroe! ¡Toda la colonia le mira! ¡Como si lo mereciera!

Uzhikov se pavoneaba, en realidad, como un héroe. En su rostro dibujábase netamente una expresión de orgullo y de vanidad. Pasaba entre los colonos como un rey

al que nadie tenía derecho a dirigir la palabra. En el comedor, se sentaba aparte ante una mesita, y esta mesita le parecía un trono.

Sin embargo, la atractiva pose de héroe se consumió muy pronto. Pasaron varios días, y Arkadi sintió las espinas de la ignominiosa corona que el tribunal de honor había ceñido a su cabeza. Los colonos se acostumbraron muy pronto a lo extraordinario de su situación, pero el aislamiento subsistió a pesar de todo. Arkadi comenzó a sufrir los penosos días de un aislamiento completo. Estos días sucedíanse hueros y uniformes, en decenas enteras de horas, no adornadas ni siquiera por un leve calor de contacto humano. Y mientras tanto, alrededor de Uzhikov seguía viviendo apasionadamente la colectividad, resonaba la risa, chispeaban las bromas, brillaban los caracteres, refulgían las luces de la amistad y de la simpatía. Por pobre que fuera Uzhikov no podía prescindir de esas alegrías, a las que estaba ya acostumbrado.

Siete días más tarde, su jefe, Zheveli, me dijo:

- Uzhikov pide permiso para hablar con usted.

- No -contesté yo-, hablaré con él sólo cuando soporte dignamente]a prueba. Díselo así.

Y poco después vi con alegría que las cejas de Arkadi, inmóviles hasta entonces, habían aprendido a trazar en su frente un pliegue apenas perceptible, aunque expresivo. Uzhikov empezó a contemplar largo tiempo a los muchachos, a quedarse pensativo y a soñar con algo.

Todos observaron un cambio sorprendente en su actitud respecto al trabajo. Zheveli le encomendaba casi siempre la limpieza del patio. Arkadi emprendía el trabajo con escrupulosa exactitud, barría nuestro espacioso patio, limpiaba los cajones de la basura, arreglaba el cercado de los parterres. Muchas veces aparecía también al atardecer con su pala, recogiendo papeles y colillas si por casualidad los había y comprobando la limpieza de los macizos de flores. Una tarde se estuvo varias horas en un aula inclinado sobre una gran hoja de papel, y por la mañana la expuso en lugar visible:

COLONO: RESPETA EL TRABAJO DE TU CAMARADA

NO TIRES PAPELITOS AL SUELO

- ¡Mírale! -comentó Górkovski-. Se considera camarada...

A mediados de la prueba, la camarada Zoia llegó a la colonia. Era, precisamente, la hora de la comida. Zoia se acercó directamente a la mesita de Uzhikov y, en pleno silencio del comedor le interrogó alarmada.

- ¿Es usted Uzhikov? Dígame, ¿cómo se encuentra?

Uzhikov se puso en pie, miró seriamente a Zoia y dijo con afabilidad:

- No puedo hablar con usted: necesito autorización de mi jefe.

La camarada Zoia se lanzó en busca de Mitka. El ojinegro Mitka llegó risueño y animoso.

- ¿Qué ocurre?

- Permítame hablar con Uzhikov.

- No -respondió Zheveli.

- ¿Cómo que no?

- ¡Pues eso, que no lo permito y nada más!

La camarada Zoia subió a mi despacho y me dijo toda una serie de absurdos:

- Pero, ¿cómo puede ser eso? ¿Y si el muchacho quiere quejarse? ¿Y si se encuentra al borde de un precipicio? ¿Se trata de un tormento, sí?

- Nada puedo hacer, camarada Zoia.

Al día siguiente, Natasha Petrenko hizo uso de la palabra en una reunión general de los colonos:

- Muchachos, vamos a perdonar a Arkadi. Trabaja bien y soporta dignamente el castigo, como corresponde a un colono. Yo propongo amnistiarle.

En la reunión general se oyeron murmullos de simpatía:

- Se puede...

- Uzhikov ha mejorado mucho...

- ¡Vaya!

- ¡Ya es hora, ya es hora!...

- ¡Ayudemos al niño!

Se pidió la opinión del jefe. Zheveli dijo:

- Os lo digo sinceramente: es otro hombre. Y ayer vino esa misma... ¡pero si vosotros sabéis quién!

- ¡Lo sabemos!

- Y se dirigió a él, diciéndole: niño, niño, y Arkadi, hecho un valiente, no se dejó seducir. Yo mismo creía antes que no saldría nada de Arkadi, pero ahora diré que en él hay algo... algo... nuestro...

Lápot sonrió:

- Entonces resulta que le amnistiamos.

- Vamos a ponerlo a votación -dijeron los colonos.

Y mientras tanto, Uzhikov, agazapado detrás de una estufa, escuchaba con la cabeza gacha.

Lápot miró las manos en alto y dijo alegremente:

- Bueno, resulta que por unanimidad. Arkadi, ¿dónde andas? ¡Te felicito, estás libre!

Uzhikov subió a la escena, miró a la reunión, abrió la boca y se echó a... llorar.

Los colonos se emocionaron. Alguien gritó:

- Mañana hablará...

Pero Uzhikov se pasó por los ojos la manga de la camisa, y yo, que le observaba, vi que estaba sufriendo. Por fin, dijo:

- Gracias, muchachos... y muchachas... y Natascha... Yo... lo comprendo todo, no creáis...

Disculpadme.

- Olvídalo -dijo, severo, Lápot.

Uzhikov asintió dócilmente con la cabeza. Lápot levantó la reunión, y los muchachos se lanzaron hacia la escena, hacia Uzhikov. Sus simpatías de hoy habían sido

retribuidas en oro puro. Yo respiré libremente como un cirujano después de efectuar una trepanación.

En diciembre se inauguró la comuna Dzherzhinski. Fue un acto solemne y conmovedor.

Poco antes de ello, un día que nevaba intensamente, los primeros cincuenta educandos designados para la comuna se enfundaron sus nuevos trajes y sus abrigos de lanoso castor, se despidieron de sus camaradas y fueron, atravesando la ciudad, a su nuevo domicilio. En grupo, nos parecieron muy pequeños e iguales a unos simpáticos polluelos negros. Llegaron a la comuna, cubiertos de copos de nieve como plumón, alegres y sonrosados. Lo mismo que polluelos, corrieron animosamente por la comuna, hurgando con sus piquitos en diversos problemas relativos a la organización. Quince minutos más tarde tenían ya constituido el Soviet de jefes, y el tercer destacamento mixto comenzaba el traslado de las camas.

Los gorkianos llegaron a la inauguración de la comuna formados, con bandera y música.

Ahora eran los invitados de sus camaradas, que desde aquel día llevaban el nombre nuevo y extrañamente solemne de comuneros. Entre los cuatrocientos antiguos muchachos

desamparados, el grupo de los chequistas -los más responsables, los más ocupados, los más eméritos- no se parecía en nada al consabido grupo de filántropos. Entre unos y otros se establecieron inmediatamente relaciones de afecto y de amistad, pero en estas relaciones mutuas se veían netamente la diferencia de generaciones y nuestro respeto especial, el respeto soviético de los muchachos hacia los mayores. Y, al mismo tiempo, estos muchachos no se manifestaban tan sólo como unos peques bajo tutela: tenían su organización, sus leyes y su esfera de negocios, en los que había dignidad, y responsabilidad, y sentimiento del deber.

Yo mismo no sé cómo ocurrió la cosa, pero el caso es que se me confió la dirección de la comuna, aunque acerca de ello no existía ni acuerdo, ni declaración oficial.

En comparación con la comuna, la colonia Gorki parecía una empresa más difícil y más compleja. Después de perder a cincuenta camaradas, los gorkianos aceptaron a cincuenta muchachos más, procedentes de la capital y gente corrida. Lo mismo que antes, los nuevos asimilaron rápidamente la disciplina de la colonia y sus tradiciones, pero adquirían con más lentitud la verdadera cultura y la verdadera fisonomía de miembros de la colectividad. A todo eso, por lo demás estábamos ya acostumbrados.

Teníamos en perspectiva buenos horizontes: comenzamos a soñar con un Rabfak propio, con una nueva sección de máquinas, con nuevas promociones a la vida. Y poco después supimos por la prensa que nuestro Gorki regresaba a la Unión Soviética.

RECOMPENSAS

Esa época -de diciembre a julio- fue maravillosa. En aquel tiempo mi barco fue muy zarandeado por la galerna, pero en este barco había dos colectividades y cada una de ellas era, en su estilo, espléndida.

Los comuneros elevaron rápidamente sus efectivos a ciento cincuenta personas. Recibieron nuevas fuerzas en tres grupos de treinta niños desamparados de primera clase, a cada cual mejor. La vida de los comuneros era una vida limpia, culta, y a distancia daba la impresión que únicamente podía envidiárseles. Muchos, efectivamente, les envidiaban, con la particularidad de que no todos los envidiosos eran niños desamparados.

Los comuneros salían a la calle vistiendo buenos trajes de paño, adornados con amplios cuellos blancos. Tenían una banda de instrumentos de viento de metal blanco, y en sus trompetas podía verse la marca de una célebre fábrica de Praga. Los comuneros eran invitados de honor en los clubs obreros y en el club de los chequistas, a donde acudían con una seria elegancia, sonrosados y afables. Su colectividad tenía siempre un aspecto tan culto y agradable, que muchas cabezas poseedoras de un aparato cerebral de tipo ligero llegaban a indignarse:

- ¡Han reunido a niños de buena familia, les han vestido y ahora están exhibiéndoles! ¡A los desamparados debían recoger!

Sin embargo, yo no tenía tiempo de preocuparme por ello. Apenas lograba en el transcurso del día hacer todo lo preciso. Iba de una colectividad a otra en un coche tirado por un par de caballos, y la hora invertida en el camino me parecía una brecha imperdonable en mi presupuesto de tiempo. A pesar de que las filas moceriles no vacilaban en ningún sitio y no rebasábamos las riberas de un bienestar absoluto, igualmente los cuadros pedagógicos perdían fuerzas. En aquel tiempo llegué a una tesis que sostengo también ahora por paradógica que parezca. Los chicos normales o los chicos llevados al estado normal constituyen el objeto más difícil de educación. Su naturaleza es más fina; sus necesidades, más complejas; su cultura, más profunda, y sus relaciones, más variadas. Estos muchachos no exigen de vosotros amplios impulsos volitivos ni una emoción que salte a la vista, sino una complicadísima táctica.

Tanto los colonos como los comuneros habían dejado de ser ya hacía mucho tiempo grupos de gente aislada de la sociedad. Los unos y los otros tenían vastas relaciones sociales: del Komsomol, de pioneros, deportivas, militares, de club. Entre los muchachos y la ciudad habían sido abiertos muchos caminos y senderos, por los que cursaba no sólo la gente, sino también los pensamientos, las ideas y las influencias.

Y, por eso, el cuadro general del trabajo pedagógico adquirió nuevas tintas. Hacía tiempo que la disciplina y el orden cotidiano de la vida habían dejado de preocuparme solamente a mí.

Ahora eran una tradición de la colectividad, que sabía de estas cosas más que yo y de las que no cuidaba por casualidad, por motivos de escándalo y de ataques de histeria, sino constantemente, de una manera ordenada, obedeciendo, podría decirse, a las exigencias del instinto colectivo.

Por difícil que fuese para mí, mi vida en aquel tiempo era una vida dichosa. Es indescriptible la impresión absolutamente extraordinaria de felicidad que se experimenta en la sociedad infantil que ha crecido junto a uno, que confía infinitamente en vosotros y que avanza a vuestro lado.

En una sociedad así, hasta un revés no entristece, hasta el dolor y los disgustos parecen grandes valores.

Yo estimaba más a la colectividad de los gorkianos que a la de los comuneros. En ella eran más profundos y fuertes los vínculos de amistad, había más gente de elevado precio de coste, era más aguda la lucha. Y también a los gorkianos yo les hacía más falta. Los comuneros habían tenido la suerte de contar desde el principio con unos patrocinadores como los chequistas, y los gorkianos, exceptuándonos a mí y a un pequeño grupo de educadores, no tenían a nadie cerca de ellos. Y por eso yo nunca pensaba que un día debería abandonar a los gorkianos. En general, me sentía incapaz de imaginarme semejante suceso. Este suceso podría ser únicamente la mayor desgracia de mi vida.

Cuando yo volvía a la colonia, volvía a mi casa, y en las asambleas generales de los colonos y en el Soviet de jefes, hasta en la estrechez de los complicadísimos choques y de las difíciles decisiones, yo descansaba realmente. En aquel tiempo se afianzó una de mis costumbres: perdí la capacidad de trabajar en silencio. Sólo me sentía a gusto cuando al lado, junto a mi propia mesa, resonaba la algarabía moceril: entonces mi pensamiento revivía y la imaginación trabajaba alegremente. Y por eso estaba, sobre todo, agradecido a los gorkianos.

Sin embargo, la comuna Dzerzhinski exigía más y más de mí. Las preocupaciones aquí eran más nuevas y más nuevas también las perspectivas pedagógicas.

Para mí fue particularmente nueva e inesperada la sociedad de los chequistas. Los chequistas eran, ante todo, una colectividad, cosa que no podía decirse en absoluto de los trabajadores del Cómisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Y cuanto más fijaba mi atención en esta colectividad, cuanto más estrechas eran mis relaciones de trabajo con ella, más esplendorosamente se abría ante mí una sorprendente novedad. No sabría decir, palabra de honor, cómo se había llegado a ello, pero el caso es que la colectividad de los chequistas poseía, precisamente, las cualidades que yo había tratado de inculcar durante ocho años en la colectividad de la colonia. De pronto descubrí ante mí un modelo, que hasta ahora había poblado tan sólo mi imaginación y que yo deducía lógica y tangiblemente de todos los acontecimientos y de toda la filosofía de la revolución, pero que hasta entonces no había visto nunca y que incluso había perdido la esperanza de ver.

Mi descubrimiento tenía tanto valor y tanta significación para mí, que lo que más temía era decepcionarme. Yo lo guardaba en profundo secreto, ya que quería que en mis relaciones con estos hombres no hubiera ni sombra de artificialidad.

Este hecho fue el punto de partida de mi nueva concepción pedagógica. Me alegraba, sobre todo, que las cualidades de la colectividad de los chequistas explicaran simple y fácilmente muchas confusiones e inexactitudes en el modelo imaginado a que hasta ahora se había atenido mi trabajo. Obtuve la posibilidad de representarme hasta en sus pormenores más ínfimos muchas esferas hasta entonces misteriosas para mí. El intelecto muy elevado de los chequistas, unido a la instrucción y la cultura, no revistió nunca la forma, odiosa para mí, del intelectualillo de la Rusia zarista. Yo sabía ya antes que

esto debía ser así, pero era difícil imaginar cómo se expresaría en los movimientos vivos de la personalidad. Y ahora podía estudiar el lenguaje, los caminos de la lógica, la nueva forma de la emoción intelectual, los nuevos dispositivos de los gustos, las nuevas estructuras de los nervios y, lo que tenía más importancia, la nueva forma de utilización del ideal. Como es notorio, el ideal de nuestros intelectuales se parece a un inquilino insolente: ha ocupado una habitación ajena, no paga el alquiler, chismorrea y a todos se hace odioso, todos se quejan de su vecindad y procuran alejarse de él lo más posible. Ahora yo veía otra cosa: el ideal no era un inquilino, sino un buen administrador que respetaba el trabajo de los vecinos, que se preocupaba de la reparación, de la calefacción, y con el que todos se sentían a gusto y contentos de trabajar a su lado. En segundo lugar, me interesó la estructura de los principios. Los chequistas eran, sobre todo, gente de principios, pero los principios no constituían para ellos una venda en los ojos, como les pasaba a algunos de mis amigos. Para los chequistas, el principio era un aparato de medición, que utilizaban con la misma tranquilidad que un reloj, sin trámites burocráticos, pero también sin la precipitación de un gato escaldado. Vi, en fin, la vida normal del principio y me convencí definitivamente de que mi repulsión hacia los principios de los intelectuales estaba justificada. Es cosa sabida hace tiempo que, cuando un intelectual hace algo por principio, media hora más tarde él mismo y todos los que le rodean deben tomar una dosis de valeriana.

Vi también otras muchas particularidades: un espíritu animoso en todas las cuestiones, y laconismo, y aversión a la rutina, y la incapacidad de tirarse sobre un diván o recostarse con el vientre contra la mesa, y, en fin, una alegre, aunque infinita capacidad de trabajo, sin adoptar aires de sacrificio y sin hipocresía, sin el más leve parecido con el tipo repugnante de víctima sagrada. Y, en fin, vi y sentí con el tacto una preciosa substancia que no puedo calificar de otra manera que de aglutinante social: el sentimiento de la perspectiva social, la habilidad de discernir en cada aspecto del trabajo a todos los miembros de la colectividad, el continuo conocimiento de los objetivos grandes y universales, conocimiento que jamás revestía un carácter sectario o de huera y machacona verborrea. Y este aglutinante social no se compraba en un quiosco por cinco kopeks sólo para su empleo en conferencias y congresos, no era una forma de choque sonriente y cortés con un vecino. Era una comunidad efectiva, era la unidad del movimiento y el trabajo, de la responsabilidad y la ayuda, era la unidad de la tradición.

Los comuneros, al pasar a ser objeto de una solicitud especial por parte de los chequistas, pasaban a vivir en condiciones felices: no tenían que hacer otra cosa que mirar. Y a mí tampoco me hacía ya falta tomar impulso y golpear con la cabeza contra la pared para convencer a mis superiores de la utilidad de un pañuelo.

Mi satisfacción era una elevada satisfacción. Tratando de reducirla a una fórmula breve, comprendí que había trabado íntimo conocimiento con auténticos bolcheviques, me convencí definitivamente que mi pedagogía era una pedagogía bolchevique, de que el tipo humano que se había alzado siempre ante mí como un modelo no era sólo un bello invento y un sueño mío, sino también una verdadera y efectiva realidad, tanto más perceptible para mí por haberse trasformado en una parte de mi trabajo...

Y mi trabajo en la comuna, que no envenenaba ningún curanderismo, era un trabajo, aunque difícil, soportable para la mente humana.

La vida de los comuneros resultó no tan rica ni tan exenta de preocupaciones como creían los que les rodeaban. Los chequistas descontaban de su salario un tanto por ciento determinado para el mantenimiento de los comuneros, pero esto no era cómodo ni para los comuneros ni para los chequistas.

Ya tres meses después de su inauguración, la comuna empezó a padecer verdaderas

necesidades. No pagábamos los salarios, incluso pasábamos dificultades para hacer frente a los gastos relacionados con la alimentación. Los talleres producían ingresos insignificantes, porque, en realidad, eran talleres de aprendizaje. Cierto que los muchachos y yo, ya en los primeros días, habíamos arrastrado el taller de calzado a un rincón oscuro y allí lo habíamos ahogado, arrojándonos encima de él con almohadas. Los chequistas fingieron no advertir este asesinato. Pero en los demás talleres no podíamos de ningún modo orientarnos hacia un trabajo que rindiera ingresos.

Un día me llamó nuestro jefe, frunció el ceño, se quedó pensativo, puso un cheque sobre la mesa y me dijo:

- Todo.

Yo comprendí.

- ¿Cuánto hay aquí?

- Diez mil. Lo último. Hemos tomado por adelantado la subvención de un año. Y más no tendremos, ¿comprende? Utilice a ése... Es un hombre enérgico...

Días más tarde recorría la comuna un hombre en el que no había nada del tipo pedagógico: Salomón Borísovich Kogan. Era viejo, andaba cerca de los sesenta años, padecía del corazón, de sofocos, de desequilibrio nervioso, de angina de pecho y de obesidad. Pero este hombre llevaba dentro de sí el demonio de la actividad y no podía hacer nada contra él. Salomón Borísovich no aportó ni capitales, ni materias primas, ni capacidad de inventiva, pero en su cuerpo adiposo se agitaban y bullían incansables fuerzas que no había podido gastar bajo el viejo régimen: espíritu emprendedor, optimismo, tenacidad, conocimiento de la gente y una pequeña y perdonable falta de principios, que se conjugaba de manera extraña con su capacidad de emoción y su fidelidad a la idea. Era muy posible que todo eso fuese aglutinado por los aros del orgullo, ya que a Salomón Borísovich le gustaba exclamar:

- ¡Usted todavía no conoce a Kogan! Cuando conozca a Kogan, ya me dirá.

Tenía razón. Nosotros conocimos a Kogan y dijimos: es un hombre admirable. Nos hacía mucha falta su experiencia de la vida. Cierto, esta experiencia se manifestaba a veces en formas que nos dejaban fríos y nos impedían dar crédito a nuestros ojos.

Salomón Borísovich trajo de la ciudad un carro de troncos. ¿Para qué?

- ¿Cómo para qué? ¿Y los locales para los almacenes? He aceptado un encargo de muebles con destino al Instituto de Construcción y en algún sitio hay que guardarlos.

- No hace falta guardarlos en ningún sitio. Haremos los muebles y se los entregaremos al Instituto de Construcción.

- ¡Je, je! ¿Usted cree que es un instituto hecho y derecho? Es una filfa y no un instituto. ¡Si fuera un instituto, a buena hora iba a tratar yo con él!

- ¿No es un instituto?

- ¿Y qué es un instituto? ¡Que se llame como quiera! Lo importante es que tiene dinero. Y como tiene dinero, quiere tener muebles. Y los muebles necesitan estar bajo techado. Eso usted lo sabe. Pero el techo deben construirlo aún, porque todavía no tienen ni paredes.

- De todas formas, nosotros no construiremos ningún almacén.

- Lo mismo les he dicho yo. Ellos se creen que la comuna Dzerzhinski es una cosa así... sin importancia. ¡Pero es una institución modelo que no va a dedicarse a construir almacenes!

¡Como si tuviéramos tiempo para ello!

- ¿Y ellos qué?

- Ellos dicen, ¡construid! Pues bien, ya que lo quieren con tanto afán, yo les he dicho: eso costará veinte mil. Pero si usted dice que no hay que construir nada, bueno, que sea como usted disponga. ¿Para qué vamos a construir almacenes cuando lo que necesitamos es un taller de montaje?...

Dos semanas más tarde, Salomón Borísovich inicia la construcción del taller de montaje. Se empotran los pilares en la tierra, los carpinteros empiezan a levantar los muros.

- Salomón Borísovich, ¿de dónde ha sacado usted el dinero para este taller de montaje?

- ¿Cómo de dónde? ¿Es que no se lo he dicho? Nos han girado veinte mil...

- ¿Quién nos los ha girado?

- Pues ese mismo instituto...

- ¿Por qué?

- ¿Cómo por qué? Quieren tener almacenes... ¿A mi qué me importa?

- Pero, Salomón Borisovich, si lo que está construyendo usted no son almacenes, sino un taller de montaje...

Salomón Borísovich comienza a enfadarse:

- ¡Pues sí que me gusta! ¿Y quién ha dicho que no hacían falta los almacenes? ¿No fue usted?

- Hay que devolver el dinero.

Salomón Borísovich frunce desdeñosamente el ceño:

- Escuche, no se puede ser un hombre tan poco práctico. ¿A quién se le ocurre devolver dinero contante y sonante? Usted tal vez tenga los nervios tan sanos como para poder hacerlo, pero yo soy un hombre enfermo, yo no puedo jugar con mi sistema nervioso... ¡Devolver el dinero!

- Pero, al fin y al cabo, ellos se enterarán.

- ¡Pero, Antón Semiónovich, usted es un hombre inteligente! ¿De qué pueden enterarse? Muy bien, que vengan, si quieren, mañana: la gente está construyendo, ¿ve? ¿Acaso pone en algún sitio que es un taller de montaje?

- ¿Y cuando empiece a trabajar?

- ¿Y quién puede prohibirme que trabaje? ¿Puede impedírmelo el Instituto de Construcción?

¿Y si yo quiero trabajar al aire libre o dentro del almacén? ¿Hay una ley que me lo impida? No existe semejante ley.

La lógica de Salomón Borísovich no conocía límites. Era un poderosísimo ariete que perforaba todos los obstáculos. Hasta cierto tiempo no nos opusimos a él porque nuestras tentativas de resistencia eran sofocadas en el momento mismo de nacer.

En la primavera, cuando nuestro par de caballos comenzó a pasar las noches en el prado, Vitka Górkovski me preguntó:

- ¿Qué está construyendo Salomón Borísovich en la cochera?

- ¿Cómo que está construyendo?

- ¡Ya está construyendo ¡Ha instalado una caldera y ahora está montando una chimenea.

- ¡Llámale aquí!

Llega Salomón Borísovich, manchado como siempre, sudoroso, ahogándose.

- ¿Qué está usted construyendo allí?

- ¿Cómo qué estoy construyendo? El taller de fundición. Usted lo sabe.

- ¿El taller de fundición? Pero si habíamos convenido instalarlo detrás del baño.

- ¿Para qué allí si tenemos un local preparado?

- ¡Salomón Borísovich!

- Bien, ¿qué pasa con Salomón Borísovich?

- ¿Y los caballos? -pregunta Górkovski.

- Los caballos respirarán aire fresco. ¿Creen que sólo ustedes necesitan aire fresco y los caballos que respiren porquería? ¡Vaya unos amos!

Nosotros, hablando en propiedad, hemos sido desalojados ya de nuestras posiciones. A pesar de todo, Vitka se resiste:

- ¿Y cuando llegue el invierno?

Pero Salomón Borísovich le pulveriza:

- ¡Resulta que sabe que llegará el invierno!

- ¡Salomón Borísovich! -grita, estupefacto, Vitka.

Salomón Borísovich retrocede un poco:

- Bueno, e incluso si llega el invierno, ¿qué? ¿Acaso no puede construirse la cochera en octubre? ¿Acaso no les es igual? ¿O es que necesitan ustedes urgentemente que yo me gaste ahora dos mil rublos?

Nosotros suspiramos tristemente y nos sometemos. Salomón Borísovich, compadecido de nosotros, nos explica contando con los dedos:

- Mayo, junio, julio, ése, como se llama... agosto, septiembre...

Durante un segundo duda, pero luego sigue recalcando bien.

- Octubre... ¡Piénsenlo, seis meses! En seis meses, dos mil rublos harán otros dos mil. ¡Y ustedes quieren que la cochera esté vacía seis meses! ¿Es que se puede admitir la existencia de capital muerto?

El capital muerto era insoportable para Salomón Borísovich hasta en las formas más inocentes:

- Yo no puedo conciliar el sueño -decía-. ¿Cómo se puede dormir cuando hay tanto trabajo, cuando cada minuto es una operación? ¿Quién habrá inventado el sueño!

No podíamos dar crédito a lo que pasaba: aún hacía poco tiempo que éramos muy pobres, y ahora Salomón Borísovich tenía montones de madera, de metal, de tornos; en nuestra jornada de trabajo no se hacía más que hablar de letras, de cheques, de avances,

de facturas, de diez, de veinte mil. En el Soviet de jefes, Salomón Borísovich escuchaba con somnoliento desdén los discursos de los muchachos acerca de la necesidad de gastar trescientos rublos en la compra de pantalones y objetaba:

- ¿Para qué hablar de esto? Los muchachos necesitan, sí, pantalones... y no hace falta gastar trescientos rublos, no, porque entonces los pantalones serán malos, sino mil...

- ¿Y el dinero? -preguntan los muchachos.

- Vosotros tenéis manos y cabeza. ¿Para qué pensáis que tenéis la cabeza? ¿Para poder poneros la gorra? ¡Nada de eso! Añadid un cuarto de hora a vuestra jornada de trabajo en el taller, y yo os encontraré inmediatamente los mil rublos y tal vez más; en fin, lo que ganéis.

Salomón Borísovich pobló de tornos viejos y baratos sus livianos talleres, muy parecidos a almacenes, los pobló del material más corriente, ligó todo con cuerdas y convenios, pero los comuneros se sumergieron entusiásticamente en esa chatarra de trabajo. Hacíamos de todo - muebles para clubs, camas, aceiteras, calzones, cazadoras, pupitres, sillas, pistones para extintores de incendios-, pero lo hacíamos en cantidades incontables, porque, en la producción de Salomón Borísovich, la división del trabajo había sido elevada al apogeo:

- ¿Vas a ser acaso carpintero? De todas formas, tú no serás carpintero; serás médico, yo lo sé.

Por eso, limítate a hacer un soporte para las patas de las sillas en lugar de hacer la silla entera.

Yo te pago por el soporte medio kopek; ganarás al día cincuenta kopeks. No tienes mujer, ni hijos...

Los comuneros se reían a carcajadas en el Soviet de jefes y amonestaban a Salomón Borísovich por sus chapuzas, pero ya teníamos plan financiero y el plan financiero era algo sagrado.

El salario de los comuneros fue introducido como si no existiese ninguna pedagogía, ni ningún diablo con sus tentaciones. Cuando los educadores sometían a la atención de Salomón Borísovich el problema pedagógico del salario. Salomón Borísovich les objetaba:

- A mí me parece que debemos educar a hombres listos. ¿Y qué hombre listo puede ser el que trabaje sin percibir un salario?

- Según, usted, Salomón Borísovich, ¿las ideas no significan nada?

- Cuando un hombre percibe un salario, le aparecen tantas ideas, que no sabe dónde meterlas.

Y cuando no tiene dinero, su idea es una sola: ¿a quién pedírselo? Éste es un hecho.

Salomón Borísovich resultó una levadura sumamente útil en nuestra colectividad de trabajo.

Nosotros sabíamos que su lógica era una lógica extraña y cómica, pero en su presión batía alegre y sensiblemente muchos prejuicios y en orden de resistencia provocaba la necesidad de otro estilo de producción.

La comuna Dzerzhinski pasó a vivir de sus propios ingresos sencillamente, casi sin esfuerzo, y hasta nosotros mismos dejamos muy pronto de considerar este hecho como un gran triunfo.

Por algo decía Salomón Borísovich.

- ¿Cómo? ¿Ciento cincuenta comuneros no pueden ganarse el pan? ¿Y cómo puede ocurrir de otro modo? ¿Es que necesitan champán? ¿A sus mujeres les gusta, quizá, emperifollarse?

Los comuneros cumplían cada trimestre nuestros planes financieros e industriales en un amplio esfuerzo común. Los chequistas nos visitaban a diario. Con los muchachos, ahondaban en cada menudencia, en cada pequeño revés, en las tendencias de Salomón Borísovich a la chapuza, en la baja calidad de la producción, en sus deficiencias. La experiencia de trabajo de los comuneros, cada día más compleja, empezó a zaherir críticamente a Salomón Borísovich, y éste se indignaba:

- Pero, ¿qué novedades son éstas? ¡Ya lo saben todo! ¡Me quieren enseñar a mí cómo se hace en la fábrica de locomotoras de Járkov! ¿Es que ellos entienden algo de eso?

De repente, brilló ante nosotros una consigna reconocida por todos:

Necesitamos una verdadera fábrica.

Se hablaba de la fábrica con más y más frecuencia. A medida que en nuestra cuenta corriente aumentaban los millares de rublos, los sueños de todos con la fábrica se fraccionaban en pormenores más próximos y posibles. Pero esto ocurrió ya en una época posterior.

Frecuentemente los comuneros se entrevistaban con los gorkianos. Los días de descanso se visitaban en destacamentos enteros, competían en el fútbol, en el voleybol, en el gorodki, juntos se bañaban, patinaban, paseaban e iban al teatro.

Con mucha frecuencia la comuna y la colonia se agrupaban para diversas campañas: del Komsomol, maniobras de pioneros, excursiones, visitas, solemnidades. A mí me gustaban particularmente estos días. Eran los días de mi verdadera victoria. Y ya entonces sabía yo perfectamente que esta victoria era la última.

En tales días, se daba una orden común en la colonia y en la comuna, se indicaban las prendas de vestir, el lugar y la hora de la entrevista. El uniforme de los gorkianos era el mismo uniforme que el de los comuneros: pantalones de montar, polainas, amplios cuellos blancos y gorros.

Yo solía quedarme a pernoctar en la colonia, encomendando la comuna a Kirguísov. Salíamos de Kuriazh con la idea de invertir tres horas en el camino. Bajábamos por la cuesta de Jolódnaia Gorá hacia la ciudad. El encuentro era señalado siempre en la plaza de Tévelev, sobre el amplio asfalto delante del Comité Ejecutivo de los Soviets de Ucrania.

Como siempre, la comuna de los gorkianos tenía un magnífico aspecto a su paso por la ciudad. Nuestras amplias filas de a seis ocupaban casi toda la calle, incluídos los raíles del tranvía. Detrás de nosotros formaban cola decenas de tranvías, los conductores se ponían nerviosos y hacían sonar sin interrupción sus timbres, pero los pequeños del flanco izquierdo conocían siempre exactamente sus obligaciones: desfilan con un aire importante, retardando levemente el paso, lanzan alguna que otra mirada pícara a las

aceras, pero no conceden atención ni a los tranvías ni a sus conductores ni a sus timbrazos. Detrás de todos marcha Petró Krávchenko con una banderita triangular. El público le contempla con simpatía y curiosidad especiales. Alrededor de él giran principalmente los chiquillos, y por eso Petró, azorado, baja la vista. Su banderita se agita en las mismas narices del conductor del tranvía, y Petró, más que andar, parece flotar en la espesa ola del ensordecedor repique tranviario.

En la Plaza de Rosa Luxemburgo, la columna deja libre, por fin, los raíles tranviarios. Los tranvías, uno tras otro, nos dejan atrás; por las ventanillas asoma gente que se ríe y amenaza con el dedo a los muchachos. Los muchachos, sin perder la alineación ni el paso, sonríen con una sarcástica sonrisa muchachil. ¿Por qué no van a sonreír? ¿Acaso no se puede gastar una broma al público de la ciudad, haciéndole una pequeña travesura? El público es de confianza, es bueno, no son boyardos y nobles quienes pasean por nuestras calles, no son oficiales peripuestos que llevan del brazo a damiselas, no son tenderos que nos ven pasar con indignación. Y nosotros marchamos como dueños por nuestra ciudad, no como niños asilados, sino como colonos gorkianos. No en vano tremola delante nuestra bandera roja, no en vano nuestras trompetas de cobre tocan la Marcha de Budionny.

Torcemos hacia la plaza de Tévelev, subimos un poco la pendiente, y ya vemos el astil de la bandera de los comuneros. He aquí la larga fila de cuellos blancos, y los rostros atentos y queridos, y las voces de mando de Kirguísov, y los brazos en alto, y la música. Los comuneros nos acogen con el saludo a la bandera. Un instante más, y nuestra banda de música, interrumpiendo la marcha, truena en el saludo de respuesta.

Tan sólo un segundo -mientras Kirguísov da el parte- permanecemos en severo silencio los unos frente a los otros. Y cuando se rompen las filas y los muchachos se abalanzan hacia sus amigos, estrechando sus manos, riendo y bromeando, yo pienso en el doctor Fausto: que me envidie este astuto alemán. Tuvo mala suerte este doctor, eligió un mal siglo y una estructura social inadecuada.

Si nos veíamos la víspera de algún día de descanso, era frecuente que se me acercase Mitka Zheveli y me propusiera:

- ¿Sabe usted una cosa? Vamos todos a casa de los gorkianos. Hoy proyectan allí El acorazado Potemkin. Y comida nos basta...

Y en aquellos días despertábamos a Podvorki, ya entrada la noche, con las marchas de nuestras dos bandas, durante largo tiempo alborotábamos en el comedor, en los dormitorios, en el club, los mayores recordaban las galernas y las bonanzas de los años pasados, los jóvenes les escuchaban con envidia.

Desde abril el tema principal de nuestras cordiales conversaciones era la próxima llegada de Gorki. Gorki nos había escrito que en julio llegaría especialmente a Járkov para pasar tres días en la colonia. Hacía tiempo que nuestra correspondencia con Gorki era regular. Aunque los colonos no le habían visto nunca, sentían su personalidad en sus filas y se alegraban, como los niños se alegran de la imagen de la madre. Sólo el que se ha quedado sin familia en la infancia, el que no ha tomado consigo para la larga vida ninguna reserva de calor, sabe bien qué frío se siente, a veces, en la tierra, sólo ése comprenderá el valor de las atenciones y del cariño de un gran hombre, de un hombre de rico y generoso corazón.

Los gorkianos no sabían expresar sus sentimientos de ternura, porque para ellos la ternura tenía demasiado valor. Yo había vivido ocho años junto a ellos, muchos me trataban con cariño, pero ni una sola vez en esos años ninguno de ellos había demostrado ternura para conmigo en el sentido habitual de la palabra. Yo sabía desentrañar sus sentimientos por indicios conocidos solamente por mí: por la profundidad de la mirada, por el tinte del azoramiento, por la lejana atención desde una esquina, por la voz un poquitín enronquecida, por los saltos y las carreras después de cada encuentro. Y por eso yo veía con qué inmensa ternura hablaban de Gorki los muchachos, qué ávida había sido su alegría al leer las breves palabras en que el gran escritor anunciaba su visita.

La llegada de Gorki a la colonia era una gran recompensa. A nuestros ojos, era -palabra de honor-una recompensa plenamente merecida. Y este espléndido premio nos fue otorgado cuando toda la Unión Soviética alzaba las banderas para recibir al gran escritor, cuando nuestra pequeña comuna podía haberse perdido entre las olas del amplio sentimiento social.

Sin embargo, la colonia no se había perdido, y esto nos conmovía y adjudicaba un alto valor a nuestra vida.

Los preparativos para el recibimiento de Gorki comenzaron al día siguiente de llegar su carta.

Por delante de él, Gorki nos envió un generoso regalo, gracias al cual pudimos cicatrizar las últimas heridas que aún nos quedaban del viejo Kuriazh.

Precisamente en aquel tiempo me exigieron que rindiese cuentas. Yo debía comunicar a los doctos varones y a los sabios pedagogos en qué consistía mi credo pedagógico y qué principios profesaba. Había motivos suficientes para tal informe.

Preparé animosamente el informe, aunque no esperaba ni indulgencia ni compasión hacia mí.

En una sala alta y espaciosa me vi, por fin, cara a cara con todo el núcleo de profetas y de apóstoles. Era... un sanedrín, por lo menos. Se manifestaban cortésmente, empleando frases redondeadas y amables, de las que emanaba un olor agradable, apenas perceptible, a sinuosidades cerebrales, a viejos libros y a sillones desgastados. Pero ni los profetas ni los apóstoles tenían barbas blancas, ni nombres famosos, ni grandes descubrimientos. ¿A santo de qué llevaban nimbos y sostenían en sus manos las sagradas escrituras? Eran gente bastante hábil, y en sus bigotes colgaban todavía migajas del pastel soviético que acababan de engullir.

El que más se esforzaba era el profesor Chaikin, el mismo Chaikin que unos cuantos años antes me había hecho recordar un cuento de Chéjov.

En su conclusión Chaikin me redujo a polvo:

- El camarada Makárenko quiere estructurar el proceso pedagógico sobre la idea del deber.

Verdad que añade la palabra proletario, pero esto, camaradas, no puede ocultar ante nosotros la verdadera naturaleza de esa idea. Nosotros aconsejamos al camarada Makárenko seguir atentamente la génesis histórica de la idea del deber. Esta es una idea de relaciones burguesas, una idea de carácter rigurosamente mercantil. La pedagogía soviética tiende a educar en la personalidad la libre manifestación de sus fuerzas y sus inclinaciones creadoras, de la iniciativa, pero en modo alguno la categoría burguesa del deber.

Gorki in der Kolonie (Kurjash 1928)

Con profunda tristeza y asombro, hemos oído hoy del apreciado director de las instituciones modelo un llamamiento a la educación del sentimiento del honor. No podemos dejar de protestar contra esta exhortación. La opinión pública soviética suma igualmente su voz a la ciencia y tampoco permite la vuelta de ese concepto, que nos recuerda tan vivamente los privilegios de los oficiales, los uniformes, las charreteras.

Nosotros no podemos entrar a discutir todas las manifestaciones del autor relativas a la producción. Quizá desde el punto de vista del enriquecimiento material de la colonia eso sea una empresa útil, pero la ciencia pedagógica no puede considerar la producción entre los factores de influencia pedagógica y tanto menos puede aprobar la tesis del autor de que el plan financiero e industrial es el mejor educador. Semejante tesis no es otra cosa que una vulgarización de la idea de la educación por medio del trabajo.

Muchos más hablaron y otros muchos callaron en un silencio condenatorio. Yo acabé irritándome y, en mi acaloramiento, eché al fuego un cubo de petróleo.

- Quizás tengan ustedes razón. No llegaremos a un acuerdo. Yo no les comprendo. Según

ustedes, la iniciativa es una especie de éxtasis. No se sabe de dónde viene, si de una holganza absoluta, no rellena por nada. Por tercera vez les explico que la iniciativa vendrá sólo cuando exista una tarea, cuando se tenga la responsabilidad de su cumplimiento, la responsabilidad del tiempo perdido, cuando exista una exigencia por parte de la colectividad. A pesar de todo, ustedes no me comprenden y otra vez hablan de una iniciativa castrada, libre de todo trabajo.

A juicio de ustedes, a la iniciativa le basta contemplar su propio ombligo...

¡Oh, cómo se ofendieron, cómo empezaron a gritarme, cómo se santiguaron y escupieron los apóstoles! Y entonces, viendo que el incendio estaba en todo su apogeo, viendo que todos los rubicones habían sido pasados y que, de cualquier forma, no tenía nada que perder, porque todo estaba ya perdido, declaré:

- Ustedes no son capaces de juzgar ni de la educación ni de la iniciativa. De estas cuestiones ustedes no entienden.

- ¿Y sabe usted lo que ha dicho Lenin acerca de la iniciativa?

- Lo sé.

- ¡Usted no lo sabe!

Yo saqué mi block de notas y leí claramente:

La iniciativa debe consistir en replegarse en orden y en atenerse rigurosamente a la disciplina, dijo Lenin el 27 de marzo de 1922 en el XI Congreso del Partido Comunista de Rusia.

Los apóstoles se desorientaron sólo por un momento, pero luego empezaron a chillar:

- ¿Qué tiene que ver aquí el repliegue?

- He querido fijar su atención en la relación entre la disciplina y la iniciativa. Y, además, me hace falta retirarme en orden...

Los apóstoles parpadearon, después corrieron unos hacia otros, cuchichearon, agitaron papeles. La decisión del sanedrín fue unánime:

El sistema del proceso de educación propuesto no es un sistema soviético.

En la reunión había muchos amigos míos, pero guardaban silencio. También había un grupo de chequistas. Escucharon atentamente los debates, apuntaron algo en sus blocks de notas y se fueron sin aguardar la sentencia.

Regresamos a la colonia ya entrada la noche. Iban conmigo los educadores y algunos miembros del Buró del Komsomol. Zhorka Vólkov renegaba por el camino:

- Pero, ¿cómo pueden hablar así? Resulta, según ellos, que no hay honor; es decir, ¿no existe el honor de nuestra colonia? Según ellos, ¿todo esto no existe?

- No haga usted caso, Antón Semiónovich -me dijo Lápot- . Se han reunido unos pesados...

- Si no hago caso -consolaba yo a los muchachos.

Pero la cuestión estaba ya decidida.

Sin estremecimientos y sin que decayera el tono general, empecé a reducir la colectividad.

Hacía falta sacar lo antes posible de la colonia a mis amigos. Esto era también necesario para no someterles a la prueba de nuevos regímenes y para no dejar en la colonia ningún foco de protesta.

Entregué a Yúriev mi solicitud de cese al otro día. Se quedó pensativo y me estrechó la mano en silencio. Cuando ya me despedía, me dijo como si cayese de improviso en la cuenta:

- ¡Espere!... Pero, ¿cómo?... ¡Si viene Gorki!

- ¿Acaso cree usted que voy a permitir a alguien recibir a Gorki en mi puesto?

- Eso, eso...

Yúriev recorría el despacho y balbuceaba.

- ¡Al cuerno!... ¡Al mismísimo cuerno!...

- ¿Qué ocurre?

- ¡Que me voy al mismísimo cuerno!

Le dejé con tan sanas intenciones. Me alcanzó en el pasillo:

- ¡Antón Semiónovich! ¿Sufre usted, verdad?

- ¡Qué va! -le contesté, echándome a reír-. ¿De dónde saca usted eso? ¡Ah, intelectual, intelectual!... Así, pues, abandono la colonia el día de la marcha de Gorki. Entregaré la colonia a Zhurbín, y ustedes harán luego lo que mejor les parezca...

- Bien...

En la colonia no hablé a nadie de mi marcha. Yúriev, por su parte, me había dado palabra de mantener la decisión en secreto.

Me lancé a las fábricas, a los padrinos, a los chequistas. Como el problema de la promoción de colonos estaba planteado desde hacía mucho tiempo, mis gestiones no sorprendieron a nadie en la colonia. Utilizando la ayuda de amigos, casi sin ningún esfuerzo, encontré para los gorkianos puestos en las fábrícas de Járkov y habitaciones en la ciudad. Ekaterina Grigórievna y Guliáeva se encargaron de darles cierta dote, cosa en la que ya tenían una gran experiencia.

Para la llegada de Gorki faltaban dos meses. Había tiempo de sobra.

Uno tras otro, se marchaban a la vida los viejos colonos. Nos decían adiós con lágrimas, pero sin pena: aún nos veríamos. Nosotros les despedíamos con guardia de honor y música, al pie de la bandera gorkiana desplegada. Así se fueron Taraniets, Vólojov, Gud, Leshi, Galatenko, Fedorenko, Korito, Aliosha y Zhorka Vólkov, Lápot, Kudlati, Stupitsin, Soroka y otros muchos.

A algunos, de acuerdo con Kóval, les dejamos a sueldo en la misma colonia para no privarla de dirección. A los que se preparaban para el Rabfak les trasladé antes del otoño a la comuna Dzerzhinski. El grupo de educadores debía seguir en la colonia durante algún tiempo para no crear pánico. Sólo Kóval no se quedó y, sin esperar el desenlace, se fue al distrito.

Y entre el fulgor de las recompensas que entonces me tocaron en suerte, una de ellas brilló incluso inesperadamente: no se puede reducir una colectividad viva de cuatrocientas personas. El puesto de los que se habían ido fue ocupado inmediatamente por nuevos muchachos, igual de esforzados, igual de ingeniosos y de valientes. Las filas de los colonos se completaban como las filas de los combatientes en una batalla. La colectividad, lejos de querer morir, ni siquiera quería pensar en la muerte. Vivía una vida plena, deslizábase vertiginosamente por raíles exactos y pulidos, se preparaba con ternura y solemnidad para recibir a Gorki.

Los días sucedíanse y ahora eran unos días magníficos y felices. Nuestra vida cotidiana se embellecía -como si fuera con flores- con la sonrisa y el trabajo, con la claridad de nuestro camino, con las palabras ardientes y cordiales. También las preocupaciones se alzaban lo mismo que un arco iris sobre nosotros, también se apoyaban en el ciclo los reflectores de nuestros sueños.

Y con la misma alegre confianza de siempre, acogíamos nuestra fiesta, la fiesta más grande de toda nuestra historia.

Este día llegó por fin.

Desde por la mañana rodeó la colonia un campamento de gente de la ciudad, de coches, de jefes, todo un batallón de periodistas, de fotógrafos, de operadores de cine. En los edificios, banderas y guirnaldas; en todas nuestras plazoletas, flores. Como una larga cadena se extendía con grandes intervalos la formación de los muchachos; en la carretera, había jinetes; en el patio, esperaba la guardia de honor.

Gorki, con una gorra blanca, alto y emocionado, el hombre del rostro de sabio y los ojos de amigo, descendió del auto, miró en torno suyo y, pasándose los dedos trémulos por los poblados bigotes de obrero, sonrió:

- ¡Salud!... ¿Esos son tus muchachos?.. ¿Sí? Bueno, ¡vamos!...

El saludo a la bandera por nuestra banda de música, el susurro de las manos moceriles, sus ardientes miradas, nuestras almas abiertas fueron como un tapiz extendido por nosotros ante el visitante.

Gorki empezó a recorrer las filas...

EPÍLOGO

Han pasado siete años. En general, todo esto ha ocurrido hace ya tiempo.

Pero todavía ahora recuerdo bien hasta el último movimiento del día en que se marchó el tren que se llevaba a Gorki. Nuestras ideas y nuestros sentimientos tendían aún en pos del tren, los ojos de los muchachos refulgían aún con el cálido brillo de la despedida, y en mi alma le llegó el turno a una pequeña y simple operación. A lo largo del andén estaban formados los gorkianos y los comuneros, brillaban las cornetas de las dos bandas y los astiles de las dos banderas. Junto al andén vecino se disponía a partir el tren local de Rizhov. Zhurbín se acercó a mí:

- ¿Pueden subir los gorkianos?

- Sí.

Cerca de mí corrieron los colonos hacia los vagones, pasaron las cornetas. Y nuestra vieja bandera, bordada de seda. Un minuto más tarde, en todas las ventanillas del tren aparecieron ramos de muchachas y muchachos. Me miraban entornando los ojos y gritaban:

- ¡Antón Semiónovich, venga a nuestro vagón!

- ¿Usted no viene? ¿Se marcha con los comuneros?

- ¿Y mañana a la colonia?

En aquel tiempo yo era un hombre fuerte, y sonreí a los muchachos. Y, cuando se me acercó Zhurbín, le entregué la orden en que se decía que, a consecuencia de mi marcha de vacaciones, la dirección de la colonia le era confiada a él.

Zhurbín contempló, perplejo, la orden:

- Entonces, ¿es el fin?

- El fin -asentí yo.

- ¿Cómo...? -empezó a decir Zhurbín, pero el conductor le ensordeció con su silbato y Zhurbín no dijo nada, sacudió la mano y se fue, volviendo el rostro para que no le viesen desde las ventanillas de los vagones.

Partió el tren suburbano. Los ramos de muchachos desfilaron ante mí como en una fiesta. Me gritaban: Hasta la vista y en broma, alzaban los gorros con dos dedos. En la última ventanilla estaba Korotkov. Sonrió en silencio y me saludó.

Salí a la plaza. Los comuneros me esperaban formados. Di la voz de mando y, a través de la ciudad, nos dirigimos hacia la comuna.

A Kuriazh no volví más.

Desde entonces han transcurrido siete años soviéticos y esto es mucho más que si dijéramos siete años imperiales. Durante este tiempo, nuestro país ha recorrido el glorioso camino del primer Plan quinquenal y la mayor parte del segundo; durante este tiempo, el mundo ha aprendido a respetar la llanura oriental de Europa más que en los tres siglos de los Románov.

Durante este tiempo, nuestros hombres han echado nuevos músculos y ha crecido nuestra nueva intelectualidad.

Mis gorkianos han crecido también. Se han dispersado por todo el mundo soviético, y para mí es difícil ahora congregarles hasta en la imaginación. Cuesta trabajo encontrar al ingeniero Zadórov, metido en una de las grandiosas construcciones del Turkmenistán; no es fácil concertar una entrevista con el médico del Ejército Especial del Extremo Oriente, Véshnev o con el médico de Yaroslavl, Burún. Hasta Nísinov y Zoreñ, con todo lo pequeños que eran, volaron de mi lado agitando las alas, sólo que ahora sus alas no son las de antes, no son las suaves alas de mi simpatía pedagógica, sino las alas aceradas de los aviones soviéticos.

Tampoco se equivocaba Shelaputin al afirmar que sería aviador; también sigue la senda de los aviadores Shurka Zheveli, sin querer imitar a su hermano mayor, que ha elegido para sí el sino de piloto navegante por el Ártico.

En su tiempo, los camaradas que visitaban la colonia solían preguntarme:

- Oiga usted, se dice que entre los niños desamparados hay muchos chicos de talento, con capacidad creadora... ¿Es verdad que hay entre ellos escritores o artistas?

Claro está que había entre nosotros artistas y escritores; sin ellos, ninguna colectividad puede existir; sin ellos, ni siquiera se podría hacer un periódico mural. Pero, al mismo tiempo, debo reconocer con tristeza que de los gorkianos no han salido ni escritores, ni artistas, y no por falta de talento, sino por otras causas: la vida les absorbió con sus exigencias prácticas e inmediatas.

Tampoco de Karabánov salió un agrónomo. Terminó los estudios en el Rabfak de Agronomía, pero no pasó al Instituto.

- ¡Que se vaya al cuerno la agricultura! -me dijo con decisión-. Yo no puedo vivir sin muchachos. ¡Y cuántos buenos chicos andan todavía haciendo el tonto por el mundo! Ya que usted, Antón Semiónovich, se ha dedicado a este trabajo, también yo puedo hacerlo.

Así entró Karabánov en la senda heroica de la educación socialista y no la ha traicionado hasta el día de hoy, aunque le ha tocado un sino más difícil que a cualquier otro asceta. Semión se casó con la muchacha de Chernígov, y les creció un chiquillo de tres años, con los ojos tan negros como los de la madre y tan fogoso como el padre. Y este hijo fue degollado en pleno día por uno de los educandos de Semión, un anormal enviado a su casa de muchachos difíciles, que había cometido ya más de una vez cosas semejantes. Pero ni siquiera después de eso vaciló Semión y no abandonó nuestro frente, no gimió ni maldijo a nadie; sólo me escribió una breve carta, en la que no había tanto dolor como asombro.

Tampoco Matvéi Belujin llegó al Instituto. Inesperadamente recibí de él esta carta:

Con toda intención, Antón Semiónovich, no le he hablado de esto; perdóneme usted, pero yo no tengo nada de ingeniero; por mi espíritu soy militar. Y actualmente me encuentro en una Escuela de Caballería. Claro está que me he conducido como un cerdo por haber abandonado el Rabfak. La cosa no ha salido bien. Pero usted escríbame una carta tan sólo; de lo contrario, no estaré tranquilo.

Cuando no están tranquilos hombres como Belujin, aún se puede vivir. Y se puede vivir todavía mucho tiempo si jefes como Belujin mandan los escuadrones soviéticos. Y aún más profundamente creí en ello cuando vino a verme Matvéi, luciendo ya sus distintivos de oficial, hecho un hombretón, alto, enérgico: producción completa.

Y no sólo vino a verme Matvéi. También venían otros, siempre hombres hechos y derechos a los que yo no estaba acostumbrado: Osadchi, tecnólogo, y Misha Ovcharenko, chófer, y el hidrotécnico del Transcaspio Oleg Ognev, y la pedagogo Marusia Lévchenko, y el ferroviario Soroka, y el electricista Vólojov, y el ajustador Korito, y el contramaestre de una estación de máquinas y tractores Fedorenko, y los activistas del Partido Aliosha Vólkov, Denís Kudlati y Zhorka Vólkov, y Mark Sheinhaus, igual de sensible, pero con un auténtico carácter bolchevique, y otros muchos.

Sin embargo, he perdido a muchos durante estos siete años. En no sé qué mar caballuno se ha hundido y no responde Antón Brátchenko; en alguna parte han desaparecido el optimista Lápot, el buen zapatero Gud y el gran constructor Taraniets. Yo no me apeno por ello, ni reprocho su olvido a esos muchachos. Nuestra vida está demasiado colmada, y no es necesario recordar siempre los caprichosos sentimientos de los padres y de los pedagogos.

Además, técnicamente es imposible reunir a todos. ¡Cuántos muchachos y muchachas pasaron por la colonia Gorki, no nombrados aquí, pero igual de reales, igual de próximos y de amigos! Desde la muerte de la antigua colectividad de la colonia Gorki han pasado siete años, y todos estos años están llenos del mismo flujo turbulento de las filas moceriles, de su lucha, de sus derrotas y sus triunfos, y del brillo de los ojos conocidos y del juego de las sonrisas conocidas.

La colectividad de la comuna Dzerzhinski vive también ahora plenamente, y acerca de esta vida se puede escribir diez mil poemas.

A. S. Makarenko inmitten ehemaliger Zöglinge der F.-E.-Dzierzynski-Kommune, welche die juristische Fakultät der Universität beendet haben. 1939

Acerca de la colectividad en el País Soviético se escribirán muchos libros, porque la Unión Soviética ha pasado a ser, principalmente, un país de colectividades. Se escribirán,

claro está, libros más inteligentes que los que escribieron mis amigos, los olímpicos, que definían así a la colectividad:

La colectividad es un grupo de individuos que actúan de un modo coordinado y reaccionan conjuntamente ante unos u otros irritantes.

Tan sólo cincuenta muchachos gorkianos llegaron un día brumoso de invierno a las bellas habitaciones de la comuna Dzerzhinski pero llevaban consigo un conjunto de hallazgos, de tradiciones y de habilidades, un surtido completo de técnica colectiva, la joven técnica del hombre liberado del amo. Y sobre una base nueva y sana, rodeada de la solicitud de los chequistas y apoyada cada día por su energía, su cultura y su talento, la comuna se transformó en una colectividad de cegador encanto, de verdadera riqueza de trabajo, de alta cultura socialista, sin dejar casi nada del ridículo problema de la corrección del hombre.

Los siete años de la vida de los comuneros son también siete años de lucha, siete años de gran tensión.

Hace ya tiempo, mucho tiempo que han sido destrozados y quemados en el fogón los talleres de chapa de madera de Salomón Borísovich. Y el propio Salomón Borísovich fue sustituido por decenas de ingenieros, muchos de los cuales merecen ser citados junto a los más dignos de la Unión Soviética.

Ya en el año 31, los comuneros construyeron su primera fábrica, una fábrica de instrumentos eléctricos. En una nave clara y espaciosa, adornada de flores y de retratos, ocuparon su puesto decenas de ingeniosísimos tornos. Ya no son calzones, ni camas de hierro lo que sale de las manos de los comuneros, sino máquinas esbeltas y complicadas, que tienen cientos de piezas, y en las que respira el integral.

Y la respiración del integral agita y emociona también a la sociedad de los comuneros, igual que hace poco tiempo aún nos emocionaban la remolacha, las vacas Simmenthal, los Vasili Vasilievich y los Molodiets.

Cuando salió del taller de montaje una gran taladradora con la marca FD-3 y fue colocada sobre el banco de pruebas, Vaska Alexéiev, convertido en hombre hacia ya mucho tiempo, dio al conmutador eléctrico y dos decenas de cabezas -ingenieros, comuneros, obreros- se inclinaron, inquietas, sobre su zumbido. El ingeniero jefe Gorbunov dijo angustiado:

- Chispea...

- ¡Chispea la maldita! -confirmó Vaska.

Ocultando su pena con una sonrisa, se llevaron la taladradora al taller, dedicaron tres días a examinarla, a comprobarla, manejando radicales y logaritmos y revisando planos. Las puntas de los compases caminaban por los planos, los sensibles pulimentadores Kehlenberg limaban los últimos detalles, los dedos sensibles de los muchachos montaban las piezas más finas, sus almas sensibles esperaban con inquietud la nueva prueba.

Tres días después, de nuevo se colocó la FD-3 en el banco de pruebas, de nuevo dos decenas de cabezas se inclinaron sobre ella y de nuevo el ingeniero jefe Gorbunov dijo angustiado:

- Chispea...

- ¡Chispea la miserable! -repitió Vaska Alexéiev.

- La norteamericana no chispeaba -recordó con envidia Gorbunov.

- No chispeaba -corroboró Vaska.

- Sí, no chispeaba -confirmó otro ingeniero más.

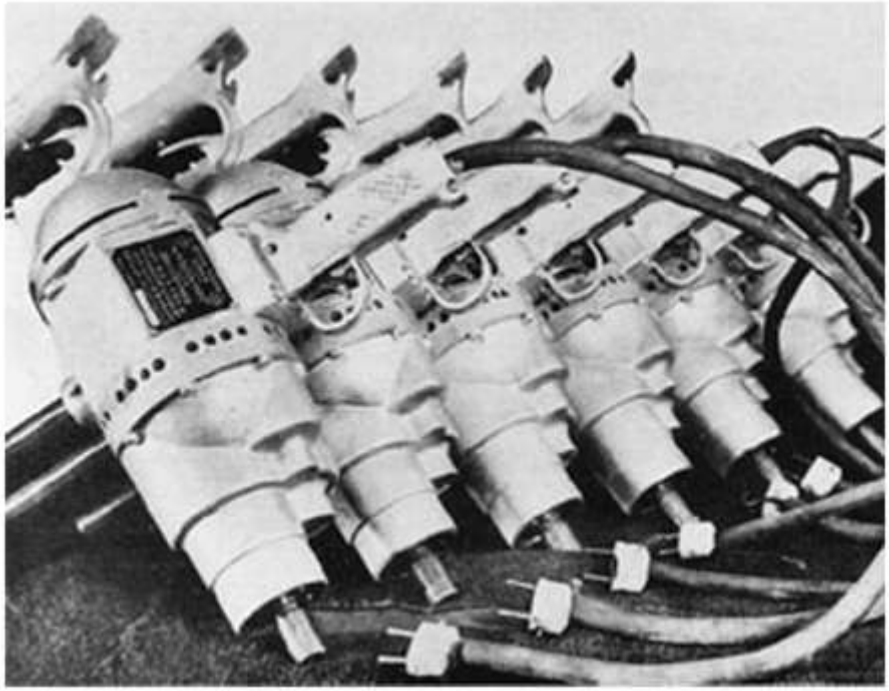
- ¡Claro está que no chispeaba! -repitieron a coro todos los muchachos, no sabiendo con quién enfadarse: consigo, con los tornos, con el sospechoso acero número cuatro, con las muchachas bobinadoras o con el ingeniero Gorbunov.

Y, de pronto, entre la muchedumbre juvenil se alzó de puntillas Timka Odariuk, mostró a todos su fisonomía pecosa de pelirrojo, ocultó los ojos bajo sus párpados, enrojeció y dijo:

- La norteamericana chispeaba exactamente igual...

- ¿Tú cómo lo sabes?

- Me acuerdo de cuando la probamos. Y debe chispear, porque aquí hay un ventilador así.



No se le hizo caso a Timka, de nuevo se llevó la taladradora al taller, de nuevo comenzaron a trabajar sobre ella los cerebros, los tornos y los nervios. Era visible el aumento de la temperatura en la colectividad. La inquietud embargó los dormitorios, las aulas, el club.

En torno a Odariuk se congregó todo un grupo de partidarios.

- Los nuestros, naturalmente, tienen miedo, porque es la primera máquina, pero las norteamericanas chispean más aún.

- ¡No!

- ¡Chispean!

- ¡No!

- ¡Chispean!

Y, por fin, nuestros nervios no resistieron. Enviamos gente a Moscú, imploramos a los superiores.

- Denos una Black and Decker.

Nos la dieron.

La máquina norteamericana fue traída a la comuna y colocada en el banco de pruebas. Ya no se inclinaban sobre el banco dos decenas de cabezas, sino el taller entero, trescientas inquietudes. Vaska palideció y conectó la corriente, los ingenieros contuvieron el aliento. Y, en medio del zumbido de la máquina, Odariuk exclamó inesperadamente en voz alta:

- No os lo decía yo...

Y en aquel momento se alzó sobre la comuna un suspiro de alivio que voló hacia los cielos, y en su lugar comenzaron a girar caras solemnes y sonrisas.

- ¡Timka decía la verdad!

Hace tiempo que hemos olvidado ese dia emocionante, porque hace tiempo que fabricamos cincuenta máquinas diarias y hace tiempo que han dejado de chispear, porque, si bien Timka decía la verdad, había otra verdad en el respirar del integral y en el ingeniero Gorbunov:

- ¡No debe chispear!

Nos olvidamos de todo eso, porque nos absorbieron nuevas preocupaciones y nuevos asuntos.

En 1932 se dijo en la comuna:

- ¡Haremos Leicas!(42)

Eso lo dijo un chequista, revolucionario y obrero, y no un ingeniero, no un óptico ni un constructor de aparatos fotográficos. Y otros chequistas, revolucionarios y bolcheviques, dijeron:

- ¡Que los comuneros hagan Leicas!

En aquel instante los comuneros no se emocionaron:

- ¿Leicas? ¡Claro que haremos Leicas!

Pero cientos de personas -ingenieros, ópticos, constructores- respondieron:

- ¿Leicas? ¿Vosotros? ¡Ja, ja!...

Y comenzó una nueva lucha, una complicadísima operación soviética de las muchas que se llevaron a cabo durante esos años en nuestra patria. En esta lucha participaron miles de alientos distintos, de vuelos de ideas, de vuelos en aviones soviéticos, de planos, de experimentos, de silenciosas liturgias de laboratorio, de polvo de ladrillo de las construcciones y... ataques reiterados, ataques insistentes, embestidas, desesperadamente tenaces de las filas comuneras en los talleres, conmocionados por los reveses. Y, alrededor, los mismos suspiros de duda, los mismos ojos entornados tras los cristales de las gafas:

- ¡Leicas? ¿Niños? ¿Cristales con una exactitud de micrón? ¡Je, je!

(42) .- Máquina fotográfica.

Pero quinientos muchachos y muchachas se habían lanzado ya al mundo de los micrones, a la finísima telaraña de los exactísimos tornos, al delicadísimo ambiente de los desvíos técnicos admisibles, de las aberraciones esféricas y de las curvas ópticas y, riéndose, contemplaban a los chequistas.

- Nada, muchachos, no tened miedo -decían los chequistas.

En la comuna se construyó una bella y espléndida fábrica de aparatos FED (tipo Leica), rodeada de flores, de asfalto, de surtidores. (43) Hace días los comuneros han depositado sobre la mesa del Comisario del Pueblo su máquina N° 10.000, una máquina impecable y elegante.

Muchas cosas han pasado ya y muchas cosas se olvidan. Hace tiempo que yace en el olvido el heroísmo primitivo, el lenguaje del hampa y otras supervivencias. Cada primavera, el Rabfak de la fábrica envía a las instituciones superiores de enseñanza a decenas de estudiantes, y muchas decenas de ellos están ya a punto de terminar los estudios: futuros ingenieros, médicos, historiadores, geólogos, pilotos, constructores de barcos, radiotelegrafistas, pedagogos, músicos, artistas, cantantes.

(43) .- Marca de la fábrica de máquinas fotográficas, compuesta por las iniciales de Félix Edmúndovich Dzerzhinski.

Cada verano, estos intelectuales visitan a sus hermanos obreros -los torneros, los fundidores, los mecánicos de precisión-, y entonces comienza la marcha anual de verano. Estas marchas son ya tradicionales. Las columnas de comuneros han recorrido muchos miles de kilómetros, como antes de a seis en fila, con la banda de música y la bandera por delante. Han recorrido el Volga, Crimea, el Cáucaso, Moscú, Odesa, las costas del Mar de Azov.

Pero también en la comuna, y en las marchas de verano, y en los días en que chispea, y en los días en que la vida de trabajo de los comuneros bate suavemente, sale a la terracilla un muchachito de cabeza redonda y ojos claros, alza la corneta al cielo y toca una breve señal: reunión de jefes. Y, lo mismo que en los tiempos lejanos, los jefes se sientan junto a la pared, los aficionados permanecen en la puerta, los pequeños se acomodan en el suelo. Y con la misma sarcástica seriedad el secretario del Soviet de jefes dice al nuevo culpable:

- ¡Sal al centro!... ¡Ponte firme y explica cómo y por qué!

Y también ocurre, a veces, que se resisten algunos caracteres y también, como una colmena, zumba, inquieta, la colectividad y se lanza al lugar del peligro. Y lo mismo de difícil y de complicada continúa siendo la ciencia de la pedagogía.

Sin embargo; ya es más fácil. Está lejos, lejos mi primer día gorkiano, lleno de vergüenza y de impotencia, y ahora me parece un cuadro muy pequeño en el estrecho cristal del panorama de fiesta. Ya es más fácil. Ya en muchos lugares de la Unión Soviética se han anudado los fuertes lazos de una importante obra pedagógica, ya descarga el Partido los últimos golpes sobre los últimos nidos de la infancia desmoralizada e infeliz.

Y tal vez se deje muy pronto de escribir en nuestro país poemas pedagógicos y se escriba un libro simple y práctico: La metodología de la educación comunista.

Járkov, 1925-1935.

ACERCA DEL AUTOR

Antón Semiónovich Makárenko, Nacido en Ucrania en 1888, hijo de un obrero ferroviario, se destacó rápidamente entre los niños de su clase por su avidez de nuevos conocimientos y la velocidad con que los incorporaba. De esta manera, además de formarse en las diferentes disciplinas, el joven Antón cumplía implícitamente con el pedido paterno de demostrar lo que valía, ya que, en palabras de su padre, “las escuelas de las ciudades no estaban hechas para los obreros”.

Hacia 1904, luego de una trayectoria escolar de excelencia, Makarenko se inscribe en un curso pedagógico para la formación de maestros de niños pequeños, comenzando a trabajar como maestro en la escuela primaria ferroviaria perteneciente al suburbio de Kriukov, de la ciudad de Kremenchug, una de los centros industriales más importantes de Ucrania.

Tras la revolución de Octubre, y debido a su reconocida trayectoria como pedagogo innovador, en 1920 se le ofrece a Makarenko la dirección de una colonia para delincuentes juveniles, quien acepta de inmediato el cargo. El estado de abandono en que se encontraba el lugar y el comportamiento de los primeros colonos, que ignoraban sistemáticamente a los maestros, provocó en Makarenko la necesidad de encontrar fórmulas pedagógicas que comprometieran a los jóvenes con los intereses colectivos y con

su propia vida. De esta necesidad surgiría la innovación pedagógica que distinguiría a Makarenko dentro de los pedagogos más importantes de la historia, en un contexto sociohistórico absolutamente diferente ya que tenía como objetivo la construcción de una nueva sociedad fundada en nuevas relaciones sociales.

La matriz básica de esta nueva pedagogía emanó de la interpretación de un suceso violento que involucró al mismo Makarenko y a uno de los jóvenes colonos. Ante la negativa del joven a cumplir con una directiva suya, Makarenko abofeteó fuertemente al joven hasta derribarlo. Esta suerte de salida compulsiva de sus emociones provocó en los jóvenes colonos una reacción inesperada: dejaron de ignorar y de ser indiferentes a sus maestros y a su propia vida.

La clave para Makarenko estaba en hacer que todos los habitantes de la colonia fueran responsables de su mantenimiento y desarrollo, tanto de la colonia como de ellos mismos. Es que en realidad, la colonia para Makarenko no era una suma de personas sino un nuevo complejo social: la colectividad, sostenida en la noción de lo nuestro por encima de lo mío. De ahí que, para el pedagogo ucraniano, “no bastaba corregir a una persona. Era preciso educarla de un nuevo modo, no sólo para hacer de ella un miembro inofensivo y seguro de la sociedad, sino para convertirla en un elemento activo de la nueva época”. Precisamente, la organización de la colectividad impedía que cualquier sujeto, por más capacidad que tuviera, se pusiera por encima de los intereses colectivos.

Para 1925 la Colonia Gorki, como pasó a denominársela en homenaje al gran escritor ruso con quien Makarenko mantenía un intercambio epistolar regular, había alcanzado una próspera situación económica y pedagógica. Estudio y trabajo se combinaban de manera perfecta con el fin de evitar que el principio pedagógico que guiaba la vida colectiva se detuviera: el establecimiento de un objetivo, de una nueva perspectiva, que mantuviera en movimiento constante al colectivo.

Al poco tiempo, los habitantes de la Colonia Gorki se propusieron trasladarse a Kuriazh para hacerse cargo de un establecimiento juvenil con más de 200 niños que vivían en condiciones muy pobres. Que la colectividad se planteara este nuevo objetivo, bastaba por sí solo para demostrar el éxito que había alcanzado el trabajo de Makarenko. Aquellos jóvenes delincuentes con los que él se había topado años atrás, se habían transformado en educadores conscientes de la necesidad de un cambio social y de convertirse en actores del mismo.

La rica experiencia del trabajo de Makarenko junto a sus compañeros y los jóvenes habitantes de la colonia, quedó plasmada en "Poema Pedagógico", publicado 1935. Allí describe con gran minuciosidad la vida en la colonia Gorki, hasta el punto de no dejar de mencionar aquello que para él había sido un fracaso: el suicidio de unos de los jóvenes.

Posteriormente, en 1938 escribe *Banderas en las Torres*, donde describe los fundamentos de la educación socialista a partir de los que fue su propia experiencia. Anteriormente, ya había publicado con la ayuda de su esposa *Libro para los Padres* donde desarrolla una serie de recomendaciones acerca de las características que debería tener la educación de los hijos.